



Cartas de África

Isak Dinesen

Traducción de Jesús Pardo

Cartas de África

Isak Dinesen

Edición y prólogo de Frans Lasson

Traducción de Jesús Pardo

ALFAGUARA



Tengo la sensación de que en el futuro, me encuentre donde me encuentre, me preguntaré siempre si estará lloviendo en Ngong.

Karen Blixen (Isak Dinesen), carta a su madre, fechada el 26 de febrero de 1919.

La lluvia en Ngong

En 1939, cuando su fama literaria estaba ya consolidada ante gran parte del público danés, e incluso ante un público extranjero aún más numeroso, escribió Isak Dinesen (seudónimo de Karen Blixen) lo siguiente a un pariente cercano que había expresado inquietud por su situación personal al morir su madre en enero del mismo año:

Comenzaré diciendo que si lo que piensas es que mi situación en Rungsted, ahora, en verano, resulta difícil —y ésta es, en términos generales, la impresión que saqué de tu carta cuando me la leyó la tía Bess—, puedo asegurarte que te equivocas, y me apresuro a corregirte. A mí me parece, al contrario, que aquí estoy divinamente; es una verdadera suerte para mí poder seguir aquí, igual que siempre, y me considero mucho más afortunada que, por ejemplo, Elle, que pronto va a tener que enfrentarse con la vida en todas sus formas. La gente aquí es sumamente amable, y la vieja casa parece que se cierra en torno a mí para protegerme, y siento, día tras día, como si mi madre estuviera aquí y continuara participando en todo. El ambiente es encantador en cuanto llega la primavera; los estorninos cantan por las mañanas ante mi ventana, las flores se abren en el jardín como cada año, y todo sigue lleno de la paz y la bondad de mi madre. No sabes lo que agradezco haber podido disfrutar de este tiempo para concentrarme en mí misma, aclarar mis ideas y concretar lo que tengo que hacer con mi vida. Ya sé que mientras yo estoy aquí hay mucha inseguridad en el mundo, pero eso a mí no me inquieta en absoluto, como sin duda inquietará a tanta pobre gente con tantas cosas que defender y por las que angustiarse; sé perfectamente que disfruto de algo que pertenece al pasado y que pronto terminará. No siento necesidad, como otros, de enfrentarme con las fuerzas que agitan al mundo, y tengo la sensación de que la insólita armonía que experimenté por doquier en compañía de mi madre sigue en cierto modo aquí conmigo. En este momento recuerdo las palabras de Nietzsche: «Digo que sí a todo».

Lo que me resulta duro no es en realidad la falta de mi madre, o de los otros que han muerto, sino la relación con la vida y con los vivos, y la duda que tengo de si seré capaz, una vez más, de convivir con ellos.

Cuando volví de África le dije a mi madre que no debía esperar mucho de mí, porque una mitad mía yacía en las colinas de Ngong, y tengo la sensación de que la mitad restante también yace: no en el cementerio, sino, de alguna manera, en el pasado, o en la universidad incluso, pero sin mantener ninguna relación con mi vida cotidiana y sus exigencias. Y pienso también que, vista con objetividad, es una ardua tarea para la segunda parte de una vida, sobre todo no siendo ya joven, sobreponerse a las dificultades y forjarse una existencia. Y esto no lo digo solamente en el sentido económico, ni tampoco me refiero a detalles como dónde podrá vivir una o cómo se las va a arreglar, sino a algo mucho más hondo: ¿cómo podrá una vivir? Pero también es cierto que este tiempo aquí me ha sido dado para aclararme en todas estas cosas. No tengo necesidad de apresurarme. Puedo dejar que las cosas se aclaren según van viniendo...

El regreso, en el sentido humano, y la insólita calma en plena tormenta, que normalmente lo arrastra todo consigo, eran experiencias que ya no podían asustar a Karen Blixen, porque, como tantas otras cosas, no pasaban de ser meras repeticiones de lo que ella misma había pasado ya en África. El que Karen Blixen, ocho años después de despedirse de su finca, quizás para el resto de sus días, pudiera sentirse como si ya no tuviera sitio legítimo entre los vivientes en el presente y en la realidad a que tenía derecho, no sorprenderá apenas a nadie que haya leído con atención *Memorias de África*. El tremendo reto que supuso para su existencia vivir en la finca, sueño de su primera juventud con el que más tarde pudo enfrentarse, le había sido arrebatado irremisiblemente, y ahora sólo le quedaba elegir entre convertirse en un impreso, como ella misma decía en momentos de amargura, o hundirse. Al volver a Dinamarca había dicho a una buena amiga que se daba a sí misma medio año de plazo para comprobar si iba a poder vivir la vida que ahora le esperaba, y que si le resultaba imposible prefería dejar de existir. Ya en 1931, cuando aún vivía entre las ruinas de su mundo exterior, se sintió capaz, con la extraña paz mental de que le fue siempre posible gozar en situaciones catastróficas, de enfrentarse consigo misma y de llegar a un resultado que a ella le pareció ventajoso. En una carta a su hermano Thomas Dinesen, fechada el 10 de abril, Karen Blixen escribe:

Para mí las cosas están de tal manera que, por ejemplo, no sería en modo alguno triste o malo el que yo, después de haber sido aquí, de muchas maneras, más feliz de lo que le es dado ser a la inmensa mayoría de la gente —y conste que no hay una sola persona por la que quisiera cambiarme—, me retirase ahora tranquila y serenamente de una existencia que tanto he amado en estas tierras... Para mí la única cosa verdaderamente natural sería desaparecer junto con mi mundo africano, que me parece parte vital de mí misma en idéntica medida que mis ojos o que cualquier talento que yo pueda tener, y no sé, la verdad,

qué parte de mí sobrevivirá a su pérdida. En pocas palabras: continuar viviendo es, a mi modo de ver, un malentendido bastante evidente en términos generales, porque ¿cuánto de uno mismo sobrevive? ¿Cuánto queda, en las actuales circunstancias, de la persona que he sido yo, o tú, si te pones en mi caso, durante quince años?

Karen Blixen podía, a veces, desesperarse por causa de la situación del momento, y enfurecerse contra el destino, pero su carácter le inducía a decir que sí a todo, fueran cuales fuesen las circunstancias que le deparase la existencia. Contemplaba su vida con ojos de pintor y sabía muy bien que las negras sombras del escenario eran tan necesarias como las luces brillantes y los fuertes colores. Tristezas y reveses pertenecían al mismo designio que las raras, pero nunca olvidadas, horas de felicidad que le eran dadas; es posible incluso que tuviera una necesidad medio inconsciente de sufrimiento, porque sentía que el sufrimiento, más que ninguna otra cosa, contribuía a madurar a la artista que llevaba dentro. En este sentido, citando las palabras de Arndt a Malli de su cuento Tormentas, ella misma era «un enigma y un heraldo de alegrías». También gritaba a veces al dolor y a los vacíos de su vida, como Jacob en su lucha con Dios: «¡No te soltaré hasta que me bendigas!».

Estos cambios de luz y oscuridad, entre aceptación sumisa de las condiciones de la vida y completo rechazo, eran indudablemente muy básicos en el carácter de Karen Blixen. Ello se ve con gran nitidez en los muchos y muy variados recuerdos de su libro de memorias, pero quedó confirmado por primera vez de manera claramente biográfica en el libro Tanne, de Thomas Dinesen, cuyas citas de las cartas de Karen Blixen a su hermano arrojaron una luz nueva sobre su personalidad entreverada de mitos. No hay en Tanne nada que contradiga su propia descripción de sus años en la finca; pero, a través de sus cartas particulares, consigue el lector, de un solo paso, acercarse tanto a Karen Blixen que le es posible ver su rostro desnudo bajo la máscara y descubrir que detrás del estilo lleno de aplomo y de la actitud distanciada que se percibe en el libro de memorias palpita una realidad de dolorosas experiencias humanas que Karen Blixen apenas tuvo fuerzas de revivir y de plasmar en el tejido de su libro al escribir Memorias de África. Tal vez no deseara en absoluto que el lector se apercibiera de las más hondas derrotas de su existencia, pero lo cierto es que se confesó de viva voz a amigos y conocidos y les contó los golpes que el destino le había asestado, y, en sus últimos años, tuvo cuidado de informar a futuros biógrafos de importantes detalles de su vida. Sin embargo, nunca consiguió forzarse a sí misma a revelar lo que más hondamente le había dolido.

Como redactor del proyectado libro de recuerdos sobre Karen Blixen, que, en 1974, acabó dividiéndose en tres libros distintos e independientes, escritos por Thomas Dinesen, Clara Svendsen y Thorkild Bjørnvig, tuve la oportunidad de leer cuidadosamente una

parte de las cartas que Karen Blixen escribió desde África a su hermano. Extractos más o menos largos de estas cartas se incluyeron, como ya hemos dicho, en *Tanne*. Un año después de la aparición de estos tres libros recibí permiso para leer la grande y, de cualquier otra manera, inaccesible colección de varios cientos de cartas de Karen Blixen a su madre, Ingeborg Dinesen, que, poco tiempo después de la muerte de Karen Blixen, fue depositada en la sección de manuscritos de la Biblioteca Real[1] junto con manuscritos inéditos y cierto número de documentos personales. Me di cuenta enseguida de lo importante que sería para la comprensión del carácter y la evolución de la personalidad de Karen Blixen la publicación de una amplia selección de cartas como telón de fondo de su obra literaria. Me impuse a mí mismo el objetivo — que entonces parecía lejano e inalcanzable— de preparar una compilación de todo cuanto había de esencial en las cartas que Karen Blixen escribiera a sus parientes más cercanos. La tarea era ímproba, pero, naturalmente, limitada, y la mayor parte de las cartas parecían haber sido conservadas.

Después de explicar mi idea a la albacea literaria de Karen Blixen, Clara Svendsen, hice el viaje a Leerbaek, en Jutlandia, para hablar a Thomas Dinesen sobre la proyectada compilación. Él y yo cooperábamos en buena armonía desde que, en 1968, le visité por primera vez durante mi búsqueda de fotografías para la gran biografía en imágenes de Karen Blixen que Gyldendal iba a publicar un año más tarde. Me dio gran alegría la confianza con que recibió mi nueva proposición, y pude proseguir y llevar adelante enseguida mis preparativos con su completo apoyo, aun cuando me dijo con plena claridad desde el principio que no quería permitir la publicación de muchas de las cartas de Karen Blixen dirigidas a él. Preferí dejar este problema a un lado por el momento, y también es verdad que anduve muy ocupado durante los meses siguientes leyendo atenta y concienzudamente las cartas a Ingeborg Dinesen, seleccionando de ellas lo que me parecía apropiado para el libro y preparando transcripciones cuidadosas de las muchas cartas manuscritas que había en la colección.

En el verano de 1976 volví a Leerbaek para examinar las cartas familiares que pudiera haber en el archivo particular de Thomas Dinesen. Esta exploración dio por resultado el descubrimiento de muchas cartas de Karen Blixen, tanto a su madre como a sus dos hermanas, Ea de Neergaard y Ellen Dahl; pero lo más importante fue la colección de cartas a la hermana de su madre, Mary Bess Westenholtz, de Folehave. No podía caber la menor duda de que estas cartas, polémicas y semejantes a crónicas, que contenían maravillosas aportaciones al debate, permanente entre ambas mujeres, sobre cuestiones como los derechos de la mujer o el espíritu victoriano y la moral sexual, debían ser publicadas junto con las otras, tanto más cuanto que esta pequeña colección parecía ser lo único que quedaba de la correspondencia de muchos años entre Karen Blixen y su «tía Bess».

Mencioné entonces otra vez la cuestión de las cartas inéditas de Karen Blixen a su hermano, y los pasajes de las cartas citadas en *Tanne* que,

por diversas razones, habían sido omitidos. Con ayuda de Ole Wivel, que hizo de intercesor, conseguí convencer a Thomas Dinesen de que me entregase la colección entera, primero para leerla de nuevo a fondo y luego para incluirla cronológicamente en el manuscrito, entre las cartas a los otros miembros de la familia, no in extenso, pero sí en una selección mucho más amplia que en Tanne. Teniendo en cuenta estas omisiones, relativamente pocas y, dentro del conjunto de las cartas que se incluyen en el libro, muy poco importantes, podemos expresar sincera admiración por el valor y la perspicacia que Thomas Dinesen, como pariente más cercano de Karen Blixen y último superviviente de la nidada de hermanos de Rungstedlund, ha mostrado al permitir una publicación por la que futuras generaciones le darán las gracias.

Así pues, con buena ayuda, ha sido posible presentar una compilación de cartas que abarca todo el periodo de 1914 a 1931, o sea, los diecisiete años que Karen Blixen pasó en África. Hay lagunas aisladas en la colección, que se deben achacar a que durante este tiempo Karen Blixen estuvo más de dos años y medio con su familia en Dinamarca, o de viaje yendo a Kenia o viniendo de ella. En realidad su estancia en África duró solamente catorce años, si se excluyen de la cuenta sus ausencias, pero, sin duda, son pocos los lectores de *Memorias de África* que han advertido esto. Karen Blixen, la escritora, ha oscurecido deliberadamente la cronología de los diversos incidentes de que habla en su libro al omitir toda mención de los años; así consigue una homogeneidad épica y progresiva que hace de *Memorias de África* una obra fundamentalmente distinta de la mayor parte de los libros de memorias. Pero es imposible no reconocer que el lector que vuelva una y otra vez a este libro se preguntará con frecuencia cuándo tuvieron lugar los acontecimientos que allí se narran. Y entre las preguntas a que pueden responder las cartas aquí publicadas está precisamente la de la cronología de las experiencias y los incidentes cotidianos que se leen en *Memorias de África*. Innumerables rasgos, observaciones y reflexiones de las cartas nos remiten al libro de memorias; no hace falta leer mucho de esta colección para constatar que Karen Blixen, cuando escribía *Memorias de África*, se servía de sus propias cartas a su madre para avivarse la memoria. Pero con la elaboración artística de la materia prima que es la realidad muchas de las apreciaciones contenidas en las cartas han cambiado imperceptiblemente, se ha profundizado en la corta perspectiva de experiencias entonces reciente, y, a lo largo del proceso, numerosos detalles han adquirido una iridiscencia y un lustre que responden con exactitud a la idea que tenía Karen Blixen de la importancia del instante.

El telón de fondo de realidad de su saga africana sobre Barua a Soldani —la carta, bien conservada y muy limpia, del rey Christian X, que, como ya he explicado en mi epílogo a *El pacto*, de Thorkild Bjørnvig, fue hallada en Rungstedlund en 1969— no es la única documentación de la libertad de acción literaria que Karen Blixen se reservaba frente a las realidades cotidianas. Abundan los casos paralelos si se leen cuidadosamente las cartas y el libro sobre la finca africana. Otro ejemplo: la modesta botella de cerveza que Karen Blixen, según carta a su madre del 12 de febrero de 1928, da al sueco Casparsson para el

camino hasta Tanganika, se transforma, en la descripción que hace en su libro de memorias del fugitivo Emmanuelson, en una noble botella de Chambertin 1906. Como escribe Karen Blixen: «Pensé: es posible que sea esto lo último que beba en su vida».

En esta colección de cartas, escritas sin idea alguna de que serían publicadas, puede ocurrir también que el mismo suceso, contado a dos personas distintas en un mismo día, varíe de tono con sólo cambiar un detalle aparentemente insignificante. En un fragmento sacado de la carta a Thomas Dinesen de fecha 12 de agosto de 1918, Karen Blixen cuenta que, en su visita a Kikuyu Station algunos días antes de la triste muerte de su perro Dusk, ahuyentó a tiempo al querido animal de la vía del tren cuando una gran locomotora se le echaba encima. Y continúa: «Ciertamente que en aquel momento ni siquiera pensé que yo misma podía correr peligro, y luego dijo Berkeley Cole, que estaba en el coche: "It was the bravest thing I have seen in my life"»[2]. El incidente se narra el mismo día con más detalle en la carta a su madre que incluimos en este libro: «Pero luego dijo lord Delamere, que estaba en el coche: "It was the pluckiest thing I have seen in my life"»[3]. Karen Blixen, evidentemente, no se paró a pensar que las frases de ambas cartas, enviadas, respectivamente, al frente francés y a Rungstedlund, donde la vida era más tranquila, iban a ser comparadas un día. En cualquier caso, la transformación del granjero Berkeley Cole en lord Delamere, el gran hombre del África Oriental británica, nos dice algo muy importante sobre el instintivo sentido publicitario de Karen Blixen. La carta a su hermano nos ofrece, sin duda, la versión original de la historia, la impresión del momento, sin intento alguno de cambiar de color la escena o de dar a la situación más peso del que en realidad tuvo. Pero, con un sentido certero y seguro de la importancia del ambiente, en el relato a su madre Karen Blixen hace que sea su cordial conocido lord Delamere quien observe y comente; sabe que su carta será mostrada a otros parientes cercanos en Dinamarca, y una frase del fundador de la colonia surtirá, a pesar de todo, más efecto en ellos y en su madre que la observación de su íntimo amigo Berkeley Cole.

Éste no es más que un ejemplo de los muchos que se podrían poner. La idea de Memorias de África como poesía basada en la realidad encuentra abundante fundamento al leer estas cartas; cada cual puede hacer sus propias observaciones según el conocimiento que tenga del libro. Y la medida en que Karen Blixen quiso dar una descripción veraz, casi documental, de su vida en Kenia, se deduce de algo que me contó hace algunos años Thomas Dinesen. Había ido a visitar a su hermana a Skagen en el invierno de 1936-1937, y ella, que estaba escribiendo Memorias de África, le pidió consejo sobre muchas cosas. Cito las palabras mismas de Thomas Dinesen: «Si, por ejemplo, escribía sobre una partida de caza y me leía en voz alta lo que había escrito, yo sugería a veces: "¡Debieras dejarlo así, como lo contaba Finch Hatton!", o cualquier otro consejo del mismo tipo. "Sí, bueno, pero esto yo no lo he experimentado personalmente", respondía Tanne. "No puedo estar segura de ello por tanto, no es más que un relato. No, lo que yo escribo debe ser exacto. ¡Tengo que estar yo misma en cada palabra!"». Y Thomas Dinesen añadía: «Pienso que Memorias de África da en todos

los aspectos una imagen correcta de la época, de los negros y de los amigos que tenía allí, pero el conjunto está visto como a través de un cristal coloreado. Tanne daba a las luces y a las sombras un tono más profundo, que arroja un insólito brillo sobre la realidad que describe. Durante mi larga estancia en Kenia saqué una impresión muy concreta de África y del mundo en que vivía Tanne, y cuando leí su libro no me fue posible, basándome sólo en lo que recordaba o sabía, localizar en él ningún detalle que no fuese exacto. No hay en él nada de lo que he visto y vivido allí que mi hermana no se esforzase en retratar exactamente, tal y como ella misma lo había presenciado».

Esta es una apreciación esencial y merece ser recordada. Pero no altera el hecho de que la artista, la narradora de sagas que había en Karen Blixen, triunfó una y otra vez sobre la narradora objetiva de recuerdos. Lo que dice la misma Karen Blixen en una tardía entrevista radiada con Niels Birger Wamberg sobre la inspiración tiene más validez que ninguna otra cosa en lo referente a su trabajo en *Memorias de África*: «Para mí la cosa era como si la inspiración abarcara todo el conjunto de la obra; algo que, de otra manera, es preciso deducir, se presenta de pronto con completa claridad en su conjunto, como si me hubiera sido enviado a modo de regalo...». La inevitable comparación que hará el lector entre el epistolario y el libro de memorias sobre sus recuerdos, vivencias y experiencias en Kenia, no reducirá, sin embargo, en ningún punto esencial la confianza que dicho lector tiene necesariamente que sentir por la autora de un libro como *Memorias de África*, siempre y cuando se haga antes una idea clara de que la obra más famosa de Isak Dinesen es un ejemplo de *Dichtung und Wahrheit*[4], o sea: verdad en un sentido más alto que el habitual en las memorias al uso, cuya fidelidad a la realidad en los menores detalles no basta para equilibrar la carencia de fantasía artística. La calidad del libro de memorias de Karen Blixen consiste precisamente en su tensa, rígida composición y en la selección cuidadosa del material; todo lo que Karen Blixen considera superfluo se elimina, todos los hilos se juntan en un solo tejido con una técnica refinadamente sencilla y sin paralelo en el resto de su obra. Parecería erróneo, incluso por lo que se refiere al supuesto valor de verdad documental de su epistolario, exigir absoluta coincidencia entre la interpretación de situaciones y rasgos de realidad de unas cartas que, evidentemente, no fueron escritas con vistas a su ulterior publicación y la obra de arte terminada, cuyo objeto es dar una síntesis de la impresión multiforme de la existencia y de los puntos principales de una filosofía vital.

La dotadísima y querida tía Bess, que sintió siempre por Karen Blixen un amor grande y lleno de inquietudes, aunque, bajo muchos aspectos, fue muy distinta a ella en carácter y manera de pensar, le propuso en 1928 que publicase las cartas que le había enviado desde África a Folehave, a su finca de Zelandia del Norte[5]. La respuesta de Karen Blixen, con fecha del 30 de marzo de 1920, es característica de la inseguridad en que aún se sentía ésta entonces con respecto a su talento o posibilidades de escritora:

Es una idea inquietante que se te haya ocurrido publicar mis cartas; si yo supiera que se iba a hacer una cosa así, pienso que me habría resultado imposible escribirlas. Te estoy, de verdad, muy agradecida por lo mucho que te gusta leer mis cartas. A mí también me gusta mucho escribírtelas, como me gustó siempre discutir contigo de viva voz problemas de la vida, pero carezco de la suficiente confianza en mí misma para imaginar que mis observaciones puedan interesar a nadie, excepto a gente como tú, que muestra benévolo interés por mí.

Ahora, a medio siglo de distancia, el círculo de los que se interesan por Karen Blixen ha crecido innegablemente y, sin duda, ha llegado ya el momento de publicar una amplia selección de sus cartas. Los estudios aparecidos en estos últimos diez años sobre su vida e ideas han preparado el terreno: después de muchos libros sobre Karen Blixen no puede menos que parecer natural que sea ella misma quien tome la palabra. El valor de la publicación de un epistolario como éste dependerá siempre, por supuesto, de cuánta luz nueva arroje sobre su autora y sobre su desarrollo como persona; desde este punto de vista, la presente colección puede ser incluida entre lo más importante de la nueva literatura danesa. No sería descaminado buscar un paralelo a esta situación en la que siguió a la muerte de Hans Christian Andersen, en 1875. Como escribe Paul V. Rubow en su prólogo a la nueva edición del libro de Edvard Collin sobre el famoso cuentista: «Para el estudio de H.C. Andersen como ser humano y como escritor, pero no necesariamente desde el punto de vista de su prestigio personal, ha sido una ventaja el que muriera sin descendencia». O, como ha dicho Carl Roos, en otra circunstancia: «La verdad sobre una personalidad importante tiene necesariamente que aumentar la importancia de ésta. La vida es mejor que las leyendas». Lo que han supuesto los tres volúmenes de cartas escritas y recibidas por H.C. Andersen, publicadas entre 1877 y 1878, y la selección comentada de las cartas de este escritor a la casa Collin (a partir de 1882), publicadas por Collin, para el conocimiento general del más notable unicornio de las letras danesas, es realmente inapreciable. Estos cuatro libros son la puerta que conduce a la investigación a fondo de H.C. Andersen, que no comenzó hasta el siglo actual.

El estudio de Karen Blixen lleva ya largo tiempo en marcha, pero es un trabajo distribuido en diversos campos y parece que falta en él un punto de partida común, en el que puedan participar y fundirse las investigaciones literarias, psicológicas y biográficas. En consecuencia, la publicación de las cartas de Karen Blixen a sus familiares más cercanos, tan relativamente poco tiempo después de su muerte, puede considerarse como una cabeza de puente definitiva en el trabajo emprendido para llegar a una comprensión más veraz de su natural disposición espiritual y de sus características psíquicas. El lector de estas cartas se dará cuenta enseguida de que Karen Blixen expresa en

ellas lo que sentía en los momentos más altos y más bajos de su existencia con mayor fuerza y emoción que en Memorias de África. El implacable apasionamiento con que pone al descubierto los errores y negligencias de su pasado en lucha nunca interrumpida por llegar a una autoelucidación, a un autoentendimiento, no tiene parejo en la más reciente literatura danesa, por lo menos en su nivel literario. Las cartas aquí recopiladas que tocan más de cerca la vida y la problemática personal de Karen Blixen darán una visión de su lucha por la supervivencia y servirán de ejemplo a otros en toda clase de dificultades, incluso si son muy distintas de las que Karen Blixen tuvo que vencer.

Para los que aún duden del derecho moral a publicar unas confesiones tan absolutamente privadas, citaremos unas palabras de Karen Blixen a Thomas Dinesen en la larga carta del 5 de septiembre de 1926 sobre una de las crisis más serias de su vida:

He pensado con frecuencia que sería de desear que alguien le hablase o le escribiese a una con completa sinceridad; aun cuando esto no le interese personalmente a una, al menos le sirve de información sobre su destino. Cuando se lee un libro, con frecuencia se piensa: Sí, está muy bien que todo esto pase de esta o de esta otra manera, y que termine así, pero el caso es que no me convence. Y en la vida se piensa muy a menudo: Ojalá la gente que ha pasado por algo semejante a lo que yo estoy pasando ahora viniera a decirme con completa sinceridad cómo terminó...

Si después de estas palabras de la propia Karen Blixen quedasen todavía lectores que piensen que una compilación de cartas como la presente penetra en un territorio en el que nadie, aparte del remitente y el destinatario, tiene derecho a penetrar, podemos citar con bastante oportunidad lo que Karen Blixen —según El pacto— le dijo a Thorkild Bjørnvig acerca de la promesa de éste de no escribir sobre ella hasta después de su muerte:

No, no escribiré usted sobre mí hasta después de mi muerte. Pero entonces lo hará. De esta forma se sentirá usted completamente libre y no le inquietará lo que yo piense sobre ello. Si yo viviera no podría menos que intervenir en sus escritos, y de esto prefiero abstenerme. Es posible que soportase bien su lectura, o incluso que lo encontrara maravilloso, pero es mejor que usted escriba siguiendo los dictados de su corazón, que escriba como ha escrito ya sobre Nietzsche, esto es lo que yo deseo que haga.

En este libro es Karen Blixen quien escribe sobre sí misma. Es posible que no le gustase ver impresas sus propias cartas; o, quién sabe, que las encontrara maravillosas. Lo esencial reside en que no fue capaz de destruirlas, aunque esta idea le pasó por la mente; eran, a fin de cuentas, documentos sobre la vida que ella había vivido y testigos irremplazables de lo que había pensado y sentido en los momentos decisivos de su vida africana, escritos directamente del corazón. En esto reside la gran diferencia que hay entre la presente recopilación de cartas y su libro de memorias. La primera contiene todas las cuentas de su vida y los balances provisionales hasta el resultado final, hasta la suma de todos los activos y pasivos vitales en *Memorias de África*.

Ante todo están las cartas de Thomas Dinesen, que dan al lector una clara idea de las fuerzas con que Karen Blixen luchaba por llegar a ser la personalidad y la mujer que ella se creía capaz de llegar a ser. A través de las crisis por las que pasó con el correr de los años, su visión de la vida fue madurando hasta convertirse en una defensa verdaderamente eficaz contra los reveses exteriores y contra los dolores íntimos que la asediaban; cuanto más se angostaban sus posibilidades de ampliar sus actividades a causa de las constantes dificultades económicas de la finca, tanto más buscaba deliberadamente ampliar los límites de su mundo interior. Gracias a su voluntad de sobrevivir a la inevitable derrota en varios frentes pudo recurrir Karen Blixen en sus últimos años africanos a ciertos recursos espirituales que sólo su desesperada situación podía, en apariencia, conminar. Y son esos recursos los que, al final, cuando la existencia que había llevado hasta entonces yacía en ruinas en torno a ella, le dieron la fuerza necesaria para realizar y rematar lo que antes no había pasado de ser fragmentos sueltos e intentos emprendidos sin demasiado ánimo. Sin su quiebra total en África sería en extremo dudoso que hubieran visto la luz pública sus *Siete cuentos góticos*.

Las cartas dicen muy poco de este trabajo literario con el que Karen Blixen se ocupaba en la finca, pero en cambio nos dan una visión única e inmediata del desarrollo de un ser humano hasta el momento en que el suelo es ya terreno abonado y se han cumplido todas las condiciones especiales para la eclosión de talentos creadores ingénitos. Se documenta en ellas al mismo tiempo lo que Karen Blixen destacaría constantemente más tarde: que ella, en los diecisiete años que pasó en la finca, no soñaba sobre todo en convertirse en escritora, sino que se esforzaba principalmente en consolidar su existencia en Kenia, en hacer de Kenia el centro natural del sistema solar de amigos y conocidos ingleses que había reunido en torno a sí cuando comenzó a desintegrarse su matrimonio con Bror Blixen.

Ciertas cartas aisladas destacan, sin embargo, como testimonio importante de sus cambiantes situaciones vitales y estados de ánimo. Basta con llamar la atención del lector sobre las cartas del otoño de 1921, o las dos largas cartas a Thomas Dinesen, de 1 de abril y 5 de septiembre de 1926, en las que con ardiente indignación e implacable

autoacusación trata de sobreponerse a las crisis en que se ve metida, llegando a las raíces mismas de las causas de sus dificultades.

Hay tres puntos decisivos en la vida personal de Karen Blixen, hasta ahora mal conocidos o completamente oscuros, que se pueden esclarecer y documentar por medio de estas cartas o de comentarios vinculados a ellas. Se trata de la historia de su enfermedad, de su amistad con el inglés Denys Finch Hatton y de su reacción a la ruptura entre los dos, que, según informaciones completamente fidedignas, tuvo lugar varios meses antes de la muerte súbita de aquél en mayo de 1931.

Tanto Thorkild Bjørnvig en *El pacto* como Thomas Dinesen en *Tanne* nos dan versiones de la enfermedad de Karen Blixen y de su amistad con Denys Finch Hatton que —consideradas como material de primera mano— contribuyen a mantener vivo el mito de una Karen Blixen que desde su juventud se mantuvo al margen de la vida de una mujer normal, en la que, además, no estaba interesada por naturaleza. En *El pacto* leemos: «Recayó en la enfermedad que ya de joven la había separado, en primer lugar, de la vida, y de manera definitiva de la vida amorosa».

En el tercer anuario de la Sociedad Karen Blixen, *Blixeniana* 1978, el profesor Mogens Fog ha pasado revista con detalle al curso de la enfermedad de Karen Blixen sobre la base de casi cincuenta años de experiencia médica y, en particular, de su propio tratamiento neurológico a lo largo de mucho tiempo de su caso concreto, y de esta descripción se deduce sin el menor género de dudas que su enfermedad, ya para 1915-1916, estaba tan bien controlada que había dejado de ser contagiosa. La *tabes dorsalis* sifilítica tardía que se declaró más adelante tuvo un alcance limitado y no le impedía mantener relaciones físicas. El hecho de que ella misma, en su carta a Thomas Dinesen de fecha 5 de septiembre de 1926, mencione el nombre de la enfermedad —junto con la documentación irrefutable de Mogens Fog sobre las características y el curso de esta enfermedad— pone punto final sin duda alguna a cualquier intento descabellado de crear mitos en torno a esta parte, ciertamente más trágica que «picante», de la vida de Karen Blixen. Es típico de su idea de las condiciones que impone la vida el que ella misma, en sus cartas, hable de su enfermedad como de una desgracia menor que le había caído en suerte, en comparación con las auténticas pruebas a que se había visto expuesta: el naufragio de su matrimonio, la fallida esperanza de enderezarlo y encauzarlo, la sensación de constante falta de medios económicos en la finca como un cuerpo extraño enquistado en ella, imposible de fusionar con su naturaleza.

Muchas de las cartas confirman que su amistad con Denys Finch Hatton fue una relación amorosa consumada, plausiblemente basada en una comunidad de sentimientos. Está claro que Karen Blixen, después de su separación y en vista de que Bror Blixen ya no vivía en la finca, dejó a un lado con toda consciencia las angostas normas de la moral burguesa, que, sin duda, tenían todavía bastante más vigencia en la pequeña

Dinamarca, de donde ella procedía, que en el África Oriental británica, con sus numerosos inmigrantes; esto se deduce del hecho de que, en 1922, conservó durante una temporada la intención de tener un hijo de Denys Finch Hatton y se sintió mortalmente desesperada cuando la cosa resultó ser una falsa alarma. La idea de tener un hijo con él debió parecerle muy natural durante algún tiempo, incluso careciendo de la seguridad de que él se aviniese a desposarla. Y cuando en la primavera de 1926, a los cuarenta y un años y en un momento crítico de su existencia, creyó de nuevo estar embarazada —lo cual se deduce de la mencionada carta, fechada el 5 de septiembre, y del comentario que Thomas Dinesen le ha añadido a instancias nuestras—, fue ella misma quien decidió no tener el hijo que posiblemente esperaba; pero esto se debió a causas muy distintas de las que cabe imaginar, si tenemos en cuenta su edad y el estado amenazante de su salud. La decisión en este caso puede achacarse al temor por su vida. Como ella misma dice en la carta a su hermano:

Siempre he pensado que agarrarse a la idea de que uno va a «vivir en sus hijos» después de haber failed in life[6] —y, en consecuencia, no teniendo fe alguna o contenido que dar a los hijos— es uno de los recursos más patéticos que hay...

Y la consecuencia natural de esta manera de pensar se ve en la carta sin terminar a Thomas Dinesen del 1 de abril de 1926:

...No, verás, tengo que ser yo misma. Ser algo en mí misma. Tener, poseer algo que realmente sea mío y que sea yo, para poder vivir, pura y simplemente vivir, y para poder vivir y pensar que sigo poseyendo la indescriptible felicidad en mi vida que es para mí el amor a Denys. Y esto yo aquí ahora no lo tengo, ni tengo ni soy nada en absoluto; he engañado a mi ángel, Lucifer, y vendido mi alma a los ángeles del paraíso, y, sin embargo, no puedo entrar en él; ni me hallo en el mundo ni pertenezco a él, pero no puedo salir del mundo; odio, siento escalofríos a cada minuto, y, a pesar de todo, los minutos siguen pasando uno a uno; es, en una palabra, la más completa infelicidad. Nunca creería, incluso si alguien me lo dijera, que fuera posible vivir así.

No creas que soy una persona tan pusilánime que no haya pensado si no sería lo mejor, al fin y al cabo, quitarme la vida, y que no esté dispuesta a hacerlo si realmente llegase a la convicción de que había llegado el momento. Porque dejar de vivir de esta manera es algo a lo que, en cualquier caso, estaría dispuesta la persona más pusilánime. Pero pienso que eso no resolvería nada. Anhele la vida y huyo del vacío y la

nada, ¿y qué otra cosa brinda la muerte? Apasionadamente deseo vivir, apasionadamente rehúyo morir...

Con esta decisión de no querer tener hijos dice adiós para siempre Karen Blixen a una de las posibilidades de felicidad que nunca hasta entonces había perdido de vista; renuncia, quizás forzada, pero elección personal así y todo, que libera para siempre su naturaleza de la dolorosa dependencia de circunstancias exteriores: la amenaza de quiebra de la finca, la amistad de Denys, que quería ser libre, y la encauza hacia el último y decisivo intento de realizar su realidad interior con una obra que sería ella misma, una expresión duradera de su ser.

La escritora inglesa Errol Trzebinski cuenta en su gran biografía de Denys Finch Hatton, publicada en 1977, que la relación entre éste y Karen Blixen se deshizo en el último año que pasó ella en la finca africana. Hay testigos de la ruptura por ambos lados, y no existe razón alguna para poner en duda la veracidad de las fuentes. De los sentimientos de Karen Blixen en esta situación las cartas no comunican nada. Evidentemente fue el golpe más duro que podían asestarle, una derrota irreparable de la que no se sentía con fuerza para hablar con su familia. No se conserva ninguna carta de Karen Blixen a su hermano escrita en el periodo entre noviembre de 1928 y abril de 1931; si esto significa que no le envió ninguna es cosa que ahora, cincuenta años después, ya no podemos averiguar. En 1929 Karen Blixen pasó más de medio año en casa de su madre, en Rungstedlund, y entonces tuvo la oportunidad de hablar con Thomas Dinesen de sus problemas.

Parece ser que disponemos de todas las cartas enviadas a Ingeborg Dinesen, desde los últimos años que pasó en la finca, pero en ellas no se habla en absoluto de la ruptura. Existe, sin embargo, un testimonio de primera mano de que la desesperación que invadió a Karen Blixen al verse una vez más incapaz de conservar a una persona a su lado pudo conducirla a una decisión irracional de poner fin a lo que por un instante le pareció una existencia completamente fracasada. Reducida a sus últimos recursos, trató de suicidarse, y entre sus papeles, más de treinta años después, se encontró una nota escrita a mano en la que pide perdón a la gente en cuya casa tuvo lugar el intento de suicidio. Este documento, posiblemente fechado, ha desaparecido en el intervalo, pero Thomas Dinesen, a una consulta directa del compilador de estas cartas, ha confirmado que su hermana, en una ocasión, «en plena posesión de sus facultades mentales», le habló de este acto; se había herido a sí misma, «pero antes de perder mucha sangre recapacitó», escribe Thomas Dinesen. No recuerda cuándo tuvo lugar esto, pero se puede pensar con poco margen de error que sería poco después de su ruptura con Denys Finch Hatton, cuando la pérdida de la finca pudo ser a sus ojos más bien un signo tangible y externo de que su vida había terminado que la verdadera causa de su acto de desesperación. La conmovedora carta a su hermano del 10 de abril de 1931, escrita un

mes antes de la muerte de Finch Hatton, puede interpretarse como un grito de auxilio en voz baja para evitar una repetición del intento, y le dio, al parecer, resultado. Incluso en medio de las crisis humanamente más difíciles trata Karen Blixen de decir que sí, de someterse. «Apasionadamente quiero vivir, apasionadamente rehuyo morir...»

Thomas Dinesen explicó en el entierro de Karen Blixen, en 1962, que su hermana, poco antes de tener que abandonar la finca, había sufrido un accidente, resultando malherida en un brazo y perdiendo tanta sangre que a punto estuvo de morir. Más tarde le preguntó él: «¿Qué pensaste en ese momento, qué sentiste?». Ella le dijo: «¿Recuerdas el poema de Bjørnson sobre Arnljot Gelline acerca de la batalla de Stiklestad? El rey Olav ha caído y sus bardos caen en torno a él, uno tras otro. Cayó también Gissur, y el bardo dorado, Torfinn, a su lado, cantó: “Ahora te di mi mejor trova, rey; fluye roja sobre tu nombre”. Pues eso fue lo que sentí en aquel momento».

Algo indica que se trató en realidad de un intento de suicidio lo que menciona Thomas Dinesen en esa circunstancia.

Los puntos de la biografía de Karen Blixen que aquí reciben atención, con apoyo en las cartas y en los comentarios, pueden, como es natural, apuntalarse con más opiniones y observaciones del mismo peso sobre otras experiencias suyas que sirvieron para rematar su idea de la vida y de sus propias posibilidades. Solamente mencionaremos su trágica intuición de que había perdido una batalla decisiva, a pesar de haber estado al borde mismo de ganarla, cuando Bror Blixen le impuso la separación en 1921. Es de él la decisión de comenzar una nueva vida en África sin ella, y esto, junto con la decepción de no haber tenido un hijo con Denys Finch Hatton en los años siguientes, minó casi imperceptiblemente la relación de Karen Blixen con Denys, induciendo en ella una angustia traumática por —una vez más— haber construido toda su existencia sobre la base de un hombre solo, precisamente porque lo que sentía por él era mucho más profundo que cuanto la había unido a Bror Blixen. Es posible que fuese este miedo lo que finalmente la llevó a exigir de Denys Finch Hatton más de lo que la naturaleza independiente de éste podía darle. Y ella, a su vez, pudo haber pensado que, al liberarse él de su asedio, aun cuando siguiera ayudándola con consejos y favores y visitándola con frecuencia, se terminaba su existencia como mujer, ya que era incapaz de retener a otra persona a su lado, y, en este sentido, sus esfuerzos posteriores no fueron sino repeticiones más o menos extremas de sus experiencias habidas durante los años de África.

Resulta afortunado para el conocimiento de la evolución de Karen Blixen como ser humano que este libro contenga tan amplia selección de todas las cartas existentes dirigidas a sus más cercanos parientes. En el material aquí presentado hay informaciones de carácter práctico e intelectual sobre todos los planos de su existencia. Nos hablan de cooperación con negros y blancos en la finca, de sus excelentes relaciones con la colonia inglesa de Kenia, de diecisiete años de lucha

económica por mantener en pie la finca, del contacto, nunca roto, con la familia en Dinamarca, de su matrimonio y de sus relaciones con los hombres que, espiritual o amorosamente, influyeron en su vida, de lo que lo estético y lo religioso llegaron a significar en sus ideas sobre la vida. Pero las cartas tienen también un interés histórico que trasciende la personalidad de Karen Blixen. Ella llegó a África con la última ola de colonizadores, casi todos ingleses, pero enseguida se creó con la población indígena una relación personal, hondamente comprometida, que era muy avanzada para su tiempo. Apenas una generación después de la publicación del libro sobre la finca africana vemos que el África que allí se describe ha pasado ya hace tiempo a la historia.

Las cartas, habitualmente cada semana, dan una imagen muy íntima de la vida de Karen Blixen en la finca, que, a partir de ahora, acompañará y dará un nuevo significado a las experiencias narradas en su libro de recuerdos africanos. Precisamente la relación entre las cartas privadas y un libro compuesto de un modo tan estricto como *Memorias de África* servirá de insólito incentivo para el lector interesado. Lo que no está en uno de ambos libros se encontrará en el otro. Y hay que insistir en que ni en esta selección de cartas ni en la necesaria poda de tan abundante material se ha prescindido de ninguna información esencial o de observación o testimonio alguno que pudiera cambiar la imagen general de Karen Blixen que el libro haya dejado en el lector. Lo que sí muestra en pequeña medida el material aquí seleccionado es lo increíblemente extrovertida y gregaria que fue la vida de Karen Blixen durante largos periodos del tiempo que vivió en la finca; le gustaba rodearse de gente y durante sus años en Kenia tuvo innumerables conocidos, de la mayoría de los cuales se habla brevemente en las cartas a su madre. Para poder incluir otras cosas, y en vista del ya considerable material de que disponemos, aun dentro de los límites marcados, se ha reducido de modo apreciable en esta selección la galería de personajes, la cual, además, podría inducir al lector no avisado a creer que Karen Blixen vivió la mayor parte del tiempo pasado en África completamente aislada del resto de los europeos de la colonia.

Esta poda ha afectado también a otro campo, a saber, la historia económica de la finca. Esto, en parte, se debe al deseo de evitar innecesarias repeticiones e informes demasiado largos sobre las perspectivas de la cosecha, las posibilidades de conseguir crédito, etcétera, y, en parte también, a que Karen Blixen, en sus cartas a Dinamarca, no era el juez más objetivo de los sacrificios financieros que la familia había hecho a lo largo de los años por causa de la finca. Como ella misma solía decir de viva voz: «Los otros no hicieron más que dar dinero. ¡Pero yo di mi salud y mi vida entera!». No hay razón alguna para publicar las quejas de Karen Blixen sobre la actitud de los accionistas con respecto a la muy poco rentable Karen Coffee Company, por lo menos hasta que un investigador serio pueda tener acceso a archivos privados y documentar debidamente el tiempo que la familia se esforzó por apoyar a Karen Blixen en lo que ella interpretaba como misión cultural europea en África. Escribir un libro sobre el telón de fondo económico de la finca, examinando sus complejidades, sería sin duda tarea de gran interés para la persona idónea, pero requeriría el

conocimiento de todos los documentos relacionados con la cuestión. Alguien acabará, sin duda, escribiéndolo, pero no es objetivo del compilador de estas cartas aportar material a ese proyecto.

Por otra parte, tampoco faltarán temas de investigación literaria para quienes los busquen en Cartas de África. Un estudio comparativo de este libro y de Memorias de África podría documentar, por ejemplo, cuantos rasgos tienen realmente en común la memorialista Karen Blixen y la narradora Isak Dinesen. Del mismo modo, las ideas de Karen Blixen sobre la cuestión de los derechos de la mujer y de las relaciones entre ambos sexos que, en algunas de estas cartas, son objeto de profundo y sutil análisis, darían materia más que suficiente para otro libro. Estudiantes para el doctorado en Filosofía y Letras no tendrán más que leer estas cartas desde el principio hasta el fin para encontrar tema apropiado para sus tesis.

Las cartas se presentan aquí por orden cronológico, con la misma ortografía que usó Karen Blixen. El texto se reproduce tal como está; de la misma manera, desde el punto de vista del idioma, ciertas frases poco afortunadas se reproducen aquí tal como llegaron a nosotros. Es sabido que Karen Blixen se distanciaba de su lengua materna en cuanto, después de una visita a Dinamarca, volvía a la finca y se veía reducida de nuevo a hablar inglés exclusivamente hasta la visita siguiente; sus cartas desde África están llenas de palabras y de giros ingleses. No hay más remedio que considerar esto como un encanto más de la presente colección de cartas y no permitir que turbe en modo alguno la dedicación que evidencian cosas que a ella le parecían importantes. El único cambio que hemos introducido en los originales consiste en puntuar normalmente todas las cartas. El descuido de Karen Blixen en este pequeño pero no insignificante tema hace necesario facilitar la lectura de sus textos con una puntuación homogénea. Las abreviaturas y las tachaduras en las cartas se indican aquí con tres puntos suspensivos.

Referimos al lector, de una vez por todas, al extenso índice onomástico y analítico que hay al final del libro. Las notas a las cartas se encontrarán también en las últimas páginas del libro. En ambos la referencia es el número de la página, no la fecha de las cartas. Las notas abarcan una selección razonable de cuestiones que el lector normal puede desconocer, pero no tratan de ofrecer información exhaustiva. No ha sido posible buscar en los archivos información sobre la historia económica de la finca; por tanto, apenas se encontrarán en las notas detalles que iluminen esta cuestión.

El primero al que debemos agradecer la publicación de estas cartas es a Thomas Dinesen, hermano de Karen Blixen, ya fallecido, y cuya amable cooperación fue decisiva para el resultado que ahora ofrecemos. No solamente puso a nuestra disposición su gran colección particular de cartas, sino que, además, la mayor parte de las fotografías que las acompañan proceden del archivo de Leerbaek. Ésta es, con alguna excepción aislada, la primera vez que esas fotos se publican. El lector

que desee completar la impresión visual de la vida en la finca puede consultar la gran biografía en imágenes publicada por Gyldendal en 1969, y allí encontrará una amplia selección de fotos de los diecisiete años que pasó Karen Blixen en África.

Estas cartas se publican por cuenta de la Fundación Rungstedlund, y tengo que dar las gracias a Ole Wivel por su guía, sus buenos consejos y su apoyo material. En los años que han pasado desde el comienzo de este trabajo me he beneficiado de su experiencia proteica como editor, miembro del comité directivo de la Fundación y amigo durante largos años de la familia Dinesen. Se debe en gran parte a los esfuerzos de Ole Wivel el que también se incluyan en este libro las cartas de Karen Blixen a su hermano.

La mayor parte de las cartas están escritas a máquina por la propia Karen Blixen (con su pequeña «Corona» que usó hasta su muerte; nunca consiguió acostumbrarse a ninguna otra), pero todas las anteriores a 1918 son manuscritas, con su letra bonita y elegante, pero no siempre fácil de leer. Su transcripción requiere mucha práctica en la interpretación de la letra de Karen Blixen, tarea en la que yo sabía que tanto Clara Svendsen como la señora Ulla Rask eran veteranas. Esta última estaba ya en Rungstedlund en 1934 para tomar taquigráficamente al dictado la traducción, realizada por la misma Karen Blixen, de su obra *Siete cuentos góticos*. Posteriormente también participó en la traducción de *Memorias de África* y *La ley del talión*. Asimismo he realizado algunas de las transcripciones en colaboración con la secretaria de la Sociedad Karen Blixen, señora Aase Vahl. Sin una distribución de las tareas no habría sido posible conseguir que el manuscrito estuviese terminado dentro del plazo previsto.

La colección de fotografías y estampas de la Biblioteca Real y su sección de manuscritos nos han brindado, como suelen hacer en estos casos, una ayuda que puede calificarse de única, por la cual envío desde aquí a cuantos participaron en ella mi agradecimiento más sincero. También al señor R.G. Orpondo, bibliotecario en jefe de la Biblioteca Conmemorativa Mac Millan de Nairobi, le debo agradecimiento por facilitarme numerosas informaciones que me eran esenciales. Como representante de la familia, la hija más joven de Thomas Dinesen, señora Ingeborg Michelsen, me ha ayudado con su colaboración y sus consejos. En una fase decisiva de las negociaciones sobre las cartas de Karen Blixen al padre de la señora Michelsen, fue el peso de sus argumentos causa importante del buen resultado final.

Y en último lugar, pero no por ello menos importante, doy las gracias al estudiante de bibliotecario René Herring, quien, a petición del rector, Preben Kirkegaard, de la Escuela Danesa de Bibliotecas, se ofreció como ayudante para preparar notas e índices, hacer correcciones, etcétera. Lo que ha significado para mí la ayuda de un lector infatigable y atento a mi lado en el momento en que el plazo de entrega de los manuscritos se acercaba de verdad, lo entenderán mejor los que, como yo, han tenido alguna vez pesadillas sobre el trabajo todavía pendiente.

Cuarenta años después de la publicación de *Memorias de África* se abre con estas cartas una puerta nueva al mundo de Karen Blixen. Nunca olvidó lo que había vivido en África, y procuró, con su libro sobre la finca, que no se olvidara mientras queden lectores de su libro. Pero en las cartas vemos a una persona de la que el libro de memorias no dice una sola palabra: la joven e inexperta Karen Blixen, cuya personalidad se desarrolló como una flor. Que los años que pasó en la finca supusieron un cambio en su vida lo sabíamos ya. Como ella misma escribe en carta a su madre, fechada el 26 de febrero de 1919: «Tengo la sensación de que en el futuro, me encuentre donde me encuentre, me preguntaré siempre si estará lloviendo en Ngong».

Y esta idea, desde luego, estuvo siempre presente en su mente cuando vivía en Rungstedlund, convertida ya en famosa escritora. Todas las noches, antes de subir a acostarse, abría la puerta que daba a la huerta y se quedaba allí quieta un momento. A lo lejos, al sur, a miles de kilómetros de distancia, yacía Denys Finch Hatton en su tumba a los pies del obelisco de las colinas de Ngong, y para Karen Blixen era como si la única vida que siempre se había esforzado verdaderamente por vivir estuviera enterrada en esa misma tumba. Desde su regreso a Dinamarca se había limitado al papel de espectadora de la vida, y ya antes de su partida de África se sentía como una muerta forzada a ver que el mundo sigue su carrera sin contar con ella. En marzo de 1931 escribe Karen Blixen a su madre:

Es una ironía del destino que tengamos lluvia tan temprana y excelente. Cuando me pongo a pensar en lo frecuentemente que he salido yo de casa en esta estación para ver si iba a llover, y no llovía, resulta extrañísimo estar ahora echada oyendo caer esta lluvia torrencial pensando que ya no me va a servir de nada.

En este momento en que Karen Blixen ha encontrado ya su tumba bajo la gran piedra junto al Montículo de Ewald, es necesario que la puerta que se abre al sur continúe abierta. Con este objeto publicamos las presentes cartas. En ellas fluye todavía la lluvia de Ngong y el rugido de los leones se oye por la noche muy cerca de la casa. No son los mismos leones que yacían sobre la tumba de Denys Finch Hatton, sino los leones de la vida de Karen Blixen: el reto al que ella fue fiel mientras vivió.

«Nadie ha entrado en la literatura más ensangrentada que yo», dijo una vez Karen Blixen. Las cartas de este libro confirman sus palabras.

FRANS LASSON

Cronología establecida por Frans Lasson

1845: 19 de diciembre: Nace el padre de Karen (Isak) Dinesen, Wilhelm Dinesen, en Katholm, una casona hidalga de Jutlandia, el penúltimo de ocho hermanos. Era la suya una antigua familia de hidalgos campesinos daneses. En 1863 Wilhelm Dinesen ingresa como cadete en la academia militar de Copenhague. Wilhelm y su padre, el camarlengo A.W. Dinesen, son testigos de la derrota de Dinamarca en la guerra con Prusia en 1864, y en 1870-1871, Wilhelm, en calidad de oficial francés, es testigo de la victoria prusiana en la guerra franco-alemana (en 1871 escribió *Paris under Communen*). En 1872, «con el corazón enfermo», como él mismo explica, Wilhelm Dinesen viaja a Norteamérica, donde vive como cazador entre los indios de Wisconsin. A causa de la enfermedad de su padre vuelve a Dinamarca, pero, al cabo de un par de años, trata de nuevo —esta vez sin éxito— de retornar a los campos de batalla como oficial (del lado turco) en la guerra ruso-turca de 1877-1878. Pasa el resto de su vida en Dinamarca como terrateniente. En 1879 Wilhelm Dinesen compra varias fincas rústicas en la aldea pesquera de Rungsted, al norte de Zelandia, entre ellas Rungstedlund (una antigua posada caminera donde había vivido el poeta Johannes Ewald entre 1773 y 1775) y Folehave, a pocos kilómetros de distancia. Con su propio nombre o utilizando el seudónimo «Boganis», escribe y publica varios libros, entre ellos los dos tomos de *Cartas venatorias* (1889-1892), que aún se consideran clásicos en su género en Dinamarca.

1856: El 5 de mayo nace Ingeborg Westenholz, la madre de Karen Blixen, en Matrup, casona hidalga situada en Jutlandia. Es la hija mayor del comerciante, luego ministro de Hacienda, Regnar Westenholz (1815-1866) y Mary Westenholz, «Mamá» (1832-1915), hija de un próspero hombre de negocios de Copenhague, el consejero de estado A.N. Hansen, cuya mujer, inglesa de nacimiento, era hija de un clérigo de la isla de Guernsey, en el canal de la Mancha.

1857: El 13 de agosto nace Mary Westenholz (tía Bess), hermana de Ingeborg Westenholz, en Matrup.

1859: El 18 de abril nace en Matrup Aage Westenholz, hermano de Ingeborg Westenholz (luego se graduaría de ingeniero y sería fundador de la Siam Electric Corp. y presidente de la Karen Coffee Co., Ltd.).

1881: El 17 de mayo se casan Wilhelm Dinesen e Ingeborg Westenholz y se afincan en Rungstedlund, mientras Mamá y Mary (Bess) se trasladan de la finca de Matrup a Folehave. Matrup continúa en posesión de la familia Westenholz.

1883: El 2 de abril nace en Rungstedlund Inger Benedicte (Ea), hermana mayor de Karen Blixen.

1885: El 17 de abril nace en Rungstedlund Karen Christentze Dinesen (Tanne).

1886: El 25 de julio nace el barón Bror Blixen-Finecke, primo segundo de Karen Blixen y futuro marido suyo, en la casona de Näsbyholm, en el sur de Suecia, hijo gemelo del heredero de la finca barón Frederik Blixen-Finecke y de su esposa Clara Blixen-Finecke, hermana del más grande terrateniente de Dinamarca, conde Mogens Krag-Juel-Vind-Frijs, del castillo de Frijsenborg, cuya madre es tía materna de Wilhelm Dinesen.

1886: El 13 de septiembre nace en Rungstedlund Ellen Alvilda Dinesen (Elle), hermana menor de Karen Blixen.

1887: El 24 de abril nace en Londres Denys Finch Hatton, el más íntimo amigo que tuvo Karen Blixen en Kenia, hijo segundo de Henry Stormont, decimotercero conde de Winchilsea y octavo conde de Nottingham.

1892: El 9 de agosto nace en Rungstedlund Thomas Fasti Dinesen, el mayor de los dos hermanos varones de Karen Blixen. Wilhelm Dinesen es elegido diputado por Grenaa, en Jutlandia.

1894: El 8 de mayo nace en Rungstedlund Anders Runsti Dinesen, hermano menor de Karen Blixen.

1895: El 28 de marzo el padre de Karen Blixen se ahorca en una pensión de Copenhague, donde solía alojarse durante la temporada parlamentaria. Se ha pensado que le indujo a ello un revés político sufrido después de un largo periodo de depresión causado por la perspectiva de completa incapacitación física y mental como resultado de una sífilis contraída años antes y que nunca llegó a curarse. Ingeborg Dinesen, con ayuda de Mamá y de la tía Bess, se ve ahora ante la responsabilidad de cuidar de cinco niños en Rungstedlund. En lugar de llevar a sus hijas al colegio las pone —junto con las demás niñas de la familia— en manos de una institutriz que les da una educación nada sistemática y, bajo muchos aspectos, poco práctica, pero de alto nivel lingüístico y cultural. La falta de un contrapeso masculino a la influencia de las mujeres fuertes y religiosas que dominan el ambiente provoca en Karen Blixen desde sus primeros años una silenciosa pero firme oposición a las exigencias de sus mayores de respeto por virtudes burguesas como el ahorro, el recato y una conducta moral intachable; y la idea unitaria del cristianismo que domina en el lado materno de su familia parece, al menos en lo que se refiere a Karen Blixen, haber caído en terreno baldío. Las tres hijas muestran poseer talento artístico: Ea y Elle principalmente en música, mientras Karen Blixen comienza a dibujar y escribir en sus primeros años. Se conservan numerosos cuadernos escolares suyos con borradores de poemas, obras de teatro y narraciones juveniles.

1899: Al ser destruida la casa familiar por un incendio, Ingeborg Dinesen y sus hijas pasan seis meses en Suiza, donde Karen Blixen estudia en un colegio francés y aumenta su ya grande conocimiento de los principales idiomas (excepto el alemán).

1902: Karen Blixen asiste con frecuencia a clases de dibujo en la Escuela de Arte de las señoritas Meldahl y Sode, en Copenhague, con la idea de hacerse pintora.

1903: Asiste a un congreso unitario en Holanda en compañía de su hermana Ea y de la tía Bess. El 30 de noviembre ingresa en la clase preparatoria del colegio de arte femenino de la Academia de Arte de Copenhague.

1904: Asiste a la Academia de Arte. Visita a la familia de su madre en Escocia.

1905: Visita Londres por primera vez. Es elegida vicepresidenta de la unión de estudiantes de arte de la Academia de Arte de Copenhague.

1906: Ingresa en la clase de dibujo del natural de la Academia de Copenhague, pero no parece haber participado en sus clases.

1907: Debuta como escritora (bajo el seudónimo de Osceola) con el cuento Los eremitas, publicado en el número de agosto de Tilskueren (El Observador), una revista literaria danesa. Otro cuento, El labrador, se publica (también con seudónimo) en la revista Gads Danske Magasin (Revista Danesa de Gad).

1909: Se publica el cuento La familia de Cats en el número de enero de Tilskueren. Ninguna de las narraciones tempranas de Karen Blixen llama mucho la atención; Karen Blixen pierde interés en seguir escribiendo debido a la falta de estímulos. Durante estos años, artísticamente improductivos, Karen Blixen pasa el tiempo con gente aristocrática de su edad del círculo de Frijsenborg y se enamora profunda pero infelizmente del barón Hans Blixen-Finecke, primo segundo suyo y hermano gemelo de su futuro marido. Él no le corresponde y sus relaciones con este círculo aristocrático se rompen bruscamente. Durante largo tiempo Karen Blixen evita ver a Hans Blixen.

1910: Dominada por la melancolía y por una inquieta desesperación, Karen Blixen —con su hermana Ea— va a París, donde pasa un par de meses asistiendo a una nueva escuela de arte, pero sin que estos esfuerzos suyos den resultado alguno.

1912: Pasa las vacaciones de invierno en Noruega con su hermano Thomas; y una larga estancia en Roma en compañía de la amiga más íntima de su niñez, Daisy Grevenkop-Castenskiold, una de las hijas de la

casona de Frijsenborg. El 23 de diciembre se promete al barón Bror Blixen-Finecke, de Näsbyholm, en Suecia.

1913: La pareja debate su porvenir con Aage Westenholz y con el tío de ambos, Mogens Frijs de Frijsenborg. Bror Blixen viaja al África Oriental británica, recomendada entonces como el país del futuro para jóvenes emprendedores. Se funda una sociedad familiar limitada en Dinamarca con Aage Westenholz de presidente y considerable capital, aportado principalmente por la familia materna de Karen Blixen; esto les permite adquirir MBagathi, una finca cafetera propiedad de suecos. A pesar de su ignorancia en agricultura y contabilidad, la sociedad nombra a Bror director gerente de la finca, lo que fue un gran error. El 2 de diciembre Karen Blixen abandona Dinamarca vía Nápoles, para comenzar una vida nueva en África.

1914: El 14 de enero Karen Blixen llega al puerto de Mombasa y ese mismo día se casa con Bror Blixen, llegando así con el título de baronesa, muy codiciado en los círculos a que pertenecen muchos de sus amigos, a su nuevo hogar situado en las afueras de la ciudad gubernamental de Nairobi, en el África Oriental británica. Poco después de la boda consulta a su médico y se entera de que su marido la ha infectado de sífilis. Se somete a tratamiento con tabletas de mercurio, remedio que más tarde se muestra ineficaz. En agosto estalla la Primera Guerra Mundial. Debido a sus relaciones con la colonia sueca del África Oriental británica, Karen Blixen y su marido son acusados, sin fundamento alguno, de germanofilia, a pesar de su ayuda, voluntaria y valerosa, al esfuerzo bélico aliado como cabecillas del servicio de comunicaciones urgentes y del transporte de provisiones.

1915: Karen Blixen se ve forzada a regresar a Dinamarca para someterse a tratamiento médico especializado después de haber vivido solamente un año en la finca africana. En Copenhague ingresa en el Hospital Nacional, donde pasa tres meses, y luego va a vivir con su madre en Rungstedlund. El 7 de septiembre muere Mamá, a los ochenta y tres años. Durante esta estancia en Dinamarca Karen Blixen escribe el poema *Ex Africa*, en el que describe la tierra que tan bruscamente había tenido que abandonar.

1916: Se casan las dos hermanas de Karen Blixen: Ea con el terrateniente de Zelandia Viggo de Neergaard; Elle con un acaudalado hombre de negocios de Copenhague, terrateniente luego, el abogado Knud Dahl. Su hermano Thomas se gradúa de ingeniero y, a la muerte de su tío paterno Laurentzius Dinesen, se le ofrece en herencia la finca

de Katholm, hogar de niñez de Wilhelm Dinesen. Rechaza la oferta por razones económicas. Como beneficiario del familiefideikommis (fideicomiso familiar) de los Dinesen tiene garantizada su independencia económica para toda la vida. La sociedad familiar se siente segura del porvenir de la Karen Coffee Co. y adquiere una finca más grande en las afueras de Nairobi para Karen y su marido. Bror Blixen va a Dinamarca en el verano y en noviembre vuelve a África en compañía de Karen Blixen para hacerse cargo de la dirección de la nueva finca.

1917: El 12 de enero la amiga de niñez de Karen Blixen, Daisy Grevenkop-Castenskiold, se suicida en Londres, donde su marido es embajador danés. La crisis matrimonial latente de Karen Blixen se hace firme. Bror Blixen se muestra completamente incapaz como director gerente de la finca; en cuestiones de dinero su gestión no merece confianza alguna. La hermana de Karen Blixen, Ea de Neergaard, da a luz una hija. Thomas Dinesen ingresa en el ejército como voluntario, para luchar contra los alemanes como su padre y su abuelo.

1918: El 5 de abril Karen Blixen conoce al piloto militar inglés Denys Finch Hatton en una cena en Nairobi. Thomas Dinesen recibe la condecoración inglesa Victoria Cross por su heroísmo durante la ofensiva aliada en el frente francés.

1919: El 14 de agosto Karen y Bror Blixen viajan, vía Londres, a Dinamarca, a donde llegan en noviembre. Bror continúa el viaje a Suecia para visitar a su familia y en marzo de 1920 vuelve a Kenia, como se llama ahora el África Oriental británica. Su matrimonio está desintegrándose. Karen Blixen pasa más de un año con su madre en Rungstedlund. Durante su visita a Dinamarca enferma por espacio de cinco meses de gripe española y de septicemia.

1920: En noviembre Karen Blixen vuelve de nuevo a África, esta vez en compañía de Thomas Dinesen, que va como representante de la sociedad familiar; su misión consiste en examinar la situación y ayudar a poner en orden el estado financiero de la finca, que es ahora completamente caótico.

1921: El tío materno de Karen Blixen y presidente de la Karen Blixen Coffee Co., Aage Westenholz, va a Kenia con el fin de tomar una decisión sobre el futuro de la finca. Como consecuencia de su inspección se despide a Bror Blixen del puesto de director gerente, siendo nombrada

en su lugar Karen Blixen, a condición de que Bror Blixen no tenga nada que ver con la plantación o con la Karen Blixen Coffee Co. Las relaciones de Karen Blixen con su familia materna se ven seriamente afectadas por sus acusaciones contra Bror Blixen. La pareja se separa, muy en contra de los deseos de Karen Blixen. Las consecuencias de la vieja enfermedad de ésta, cuyo desarrollo hacía tiempo que había conseguido frenar, comienzan ahora a dejarse sentir en forma de largos ataques de dolor súbito.

1922: Karen Blixen ve decepcionadas sus esperanzas de embarazo (de Denys Finch Hatton). El 17 de junio su hermana Ea de Neergaard muere en Dinamarca a la edad de treinta y nueve años.

1923: El 2 de marzo Thomas Dinesen vuelve a Dinamarca después de haber pasado más de dos años en la finca, convencido de que la Karen Blixen Coffee Co. es a la larga imposible de levantar. Karen Blixen está escribiendo un largo ensayo sobre la institución del matrimonio en el pasado y en el presente (publicado por primera vez en danés en Blixeniana, el anuario de la Sociedad Karen Blixen, en 1977).

1924: Karen Blixen termina El matrimonio moderno y otras reflexiones y se lo envía a Thomas Dinesen, en Copenhague. El 3 de noviembre Ingeborg Dinesen, de sesenta y ocho años de edad, llega a Kenia en compañía de Thomas y se queda más de dos meses en la finca con su hija.

1925: El 13 de enero su madre se despide y comienza el viaje de vuelta a Dinamarca. Se les concede definitivamente el divorcio a Karen y Bror Blixen. Karen Blixen y Thomas Dinesen salen de Mombasa en barco con destino a Europa. Su hermano desembarca en Aden, mientras Karen sigue, vía París, hacia Dinamarca, a donde llega en mayo. Durante los ocho meses que pasa con su madre en Rungstedlund intenta varias veces sin éxito ponerse en contacto con círculos literarios daneses. Su hermano Anders se hace cargo de la finca de Leerbaek, en Jutlandia, que hasta entonces habían dirigido la segunda hermana de Ingeborg Dinesen, la tía Lidda, y el marido de ésta, el terrateniente Georg Sass. Se publica en Tilskueren el poema Ex Africa. A través de Mary Bess Westenholz, Karen Blixen concierta un encuentro con Georg Brandes, importante crítico danés, quizás para conseguir su ayuda con objeto de publicar en Dinamarca algunos de sus escritos.

1926: El 1 de febrero Karen Blixen vuelve a la finca de Kenia. Thomas Dinesen se casa en abril con Jonna Lindhardt. La inseguridad de las relaciones de Karen Blixen con Denys Finch Hatton y su decisión de no tener el hijo que piensa estar esperando producen en ella una honda crisis personal. Se esfuerza por sobreponerse a ella, en parte analizando sus causas en profundidad en largas cartas dirigidas a Thomas Dinesen. La comedia de marionetas *La venganza de la verdad*, que escribió siendo muy joven, se publica, posiblemente por mediación de Georg Brandes, en el número de mayo de *Tilskueren*, y no con seudónimo como se había convenido, sino con su propio nombre. El sueño de llegar a ser escritora se ve fomentado de nuevo. Karen Blixen vuelve a escribir narrativa, como en su juventud, mientras el hundimiento de la finca se vuelve cada vez más inevitable. Esboza sus primeros cuentos góticos. Uno de sus cuentos terminados, *Carnaval* (publicado en inglés en 1975), tiene probablemente fecha de este año.

1927: El 23 de enero la madre de Karen Blixen visita nuevamente la finca, donde se queda con su hija más de tres meses.

1928: Bror Blixen se casa con Cockie Birkbeck. Karen Blixen se encuentra en una situación difícil en la colonia inglesa de Kenia por causa de la nueva baronesa Blixen, que participa en los safaris reales organizados durante la visita oficial del príncipe de Gales a Kenia de octubre a diciembre; Bror Blixen y Denys Finch Hatton han sido contratados como cazadores en la comitiva del príncipe. Es probablemente Denys Finch Hatton quien organiza una cena en la finca el 9 de noviembre para el príncipe, heredero del trono de Inglaterra, con el fin de remediar la situación algo violenta de Karen Blixen.

1929: Ingeborg Dinesen cae gravemente enferma en Dinamarca. Karen Blixen sale enseguida para Dinamarca y se queda en Rungstedlund desde el 18 de mayo hasta el 25 de diciembre, sin otra interrupción que un viaje a Inglaterra, donde visita, entre otra gente, a la familia Finch Hatton. Se publican en danés los recuerdos de Thomas Dinesen del frente francés durante la Primera Guerra Mundial con el título *Tierra de nadie*. Karen Blixen vuelve a África sin ninguna esperanza fundada de poder continuar largo tiempo residiendo allí. Sus relaciones con Denys Finch Hatton parecen a punto de romperse.

1931: Se vende la finca por decisión de la sociedad familiar después de varios años de crisis financiera. Karen Blixen se compromete a dejar en buen estado la empresa, a recoger la última cosecha de café y a garantizar el porvenir de sus empleados negros antes de volver a

Dinamarca. El 14 de mayo muere Denys Finch Hatton, a la edad de cuarenta y cuatro años, al estrellarse en Kenia su avión particular. El 19 de agosto Karen Blixen sale de Mombasa por mar y llega a Marsella, donde la espera Thomas Dinesen que la acompaña por Europa. El 31 de agosto va a vivir con su madre a Rungstedlund, completamente arruinada a los cuarenta y seis años de edad. Ingeborg y Thomas Dinesen la sostienen financieramente durante los años siguientes para ayudarle a comenzar una vida nueva. Ella, personalmente, duda que vaya a ser capaz de soportar la clase de vida que ahora le espera, pero, gracias a un increíble acto de voluntad y de autodominio, termina el libro de narraciones que tenía pensado, *Nueve cuentos*, con el fin de sobrevivir como ser humano.

1932: Después de trabajar con intensidad en este libro (que escribe en inglés) durante un año, Karen Blixen comienza a estudiar la forma de ponerse en contacto con editores extranjeros. Thomas Dinesen establece contacto con la escritora norteamericana Dorothy Canfield Fisher, que lee el manuscrito de algunos de los cuentos y recomienda inmediatamente su publicación a su editor, Robert Haas, en Nueva York. Haas reconoce el gran talento de la escritora, pero al principio rehúsa publicar un libro de cuentos de una escritora europea desconocida. Karen Blixen, sin desanimarse, continúa trabajando.

1933: Constant Huntington, de la editorial inglesa Putnam, rehúsa categóricamente incluso echar una ojeada al manuscrito de Karen Blixen cuando ésta le visita en el transcurso de un viaje a Londres y le habla de su libro. Robert Haas lee un par de cuentos más y decide, al fin, publicar el libro en Norteamérica. El número de los cuentos del libro se reduce de nueve a siete. Karen Blixen insiste en publicar *Siete cuentos góticos* con el seudónimo de Isak Dinesen. El editor no consigue disuadirla de esta decisión.

1934: El 19 de febrero Karen Blixen recibe en Rungstedlund un telegrama de Robert Haas; su libro, todavía sin publicar, ha sido elegido como libro del mes en Estados Unidos, lo que significa que la edición será mayor y que los derechos de autor aumentarán también considerablemente. El 9 de abril se publica en Nueva York *Siete cuentos góticos*, siendo recibido con entusiasmo por la crítica y el público. El 22 de abril los editores revelan la identidad de Isak Dinesen. Constant Huntington, de la editorial Putnam, compra el libro sin darse cuenta, a causa del seudónimo, de que es el mismo que le había sido ofrecido antes. El 6 de septiembre se publica en Inglaterra *Siete cuentos góticos*, y tiene gran éxito.

1935: Se publica en danés, en Copenhague, Siete cuentos góticos con el título Syv Fantastiske Fortaellinger, traducido por su misma autora. De septiembre a octubre Karen Blixen viaja a Ginebra y con una tarjeta de prensa que le consiguen amigos daneses asiste a las sesiones de la Liga de Naciones, donde, entre otras cosas, se debate la invasión italiana de Abisinia. Comienza a esbozar su plan de escribir un libro sobre sus años de vida en África. Muere Aage Westenholz a la edad de setenta y seis años.

1936: Karen Blixen trabaja en la versión inglesa de Memorias de África. Escribe parte de este libro en la vieja aldea de pescadores de Skagen, la población más norteña de Dinamarca.

1937: Quedan terminados los manuscritos inglés y danés de Memorias de África. El libro se publica en Dinamarca con el título Den afrikanske Farm el 6 de octubre, y sale al mercado inglés en noviembre con el título Out of Africa. Con este libro queda confirmado el nombre de Isak Dinesen como escritora clásica moderna.

1938: Memorias de África es elegido libro del mes de febrero en Estados Unidos, y publicado en marzo en Nueva York por Random House. Las cariátides, uno de los Cuentos góticos excluidos del libro, se publica en el número de marzo de la revista literaria sueca Bonniers Litterära Magasin.

1939: El 27 de enero muere Ingeborg Dinesen a los ochenta y dos años de edad. Karen Blixen es ahora dueña de Rungstedlund.

1940: Karen Blixen recibe el encargo del diario de Copenhague Politiken de pasar un mes en Londres, un mes en París y un mes en Berlín para escribir cuatro artículos de cada una de estas capitales. Va primero a Berlín, donde permanece desde el 1 de marzo al 2 de abril. Inmediatamente después de su vuelta se produce la ocupación alemana de Dinamarca y tiene que renunciar a sus otros viajes por causa de la guerra. Sus artículos sobre la Alemania de Hitler se publicaron después de la guerra con el título Cartas desde un país en guerra en la revista literaria danesa Heretica, en 1948 (en inglés se publicaron en 1979 con el título Daguerreotypes and Other Essays (Daguerrotipos y otros ensayos). Durante este tiempo Karen Blixen trabaja en un nuevo libro de

cuentos, pero no se encuentra bien de salud, lo que retrasa su terminación.

1942: Cuentos de invierno se publica en Estados Unidos, Inglaterra y Dinamarca. Este libro es elegido en Norteamérica como libro del mes.

1943: Karen Blixen siente claustrofobia en Dinamarca a causa de la Segunda Guerra Mundial y ello le imposibilita empezar a escribir un nuevo libro serio. Para entretenerse comienza a escribir la novela histórico-policiaca Vengadoras angelicales, que contiene alusiones a la difícil situación en que se encuentra Dinamarca bajo la ocupación alemana.

1944: Vengadoras angelicales (escrito originariamente en danés) se publica en Copenhague con el seudónimo Pierre Andrézel.

1945: Clara Svendsen (cuyo apellido, por haberse casado, es ahora Selborn), licenciada en Filosofía y Letras, comienza a trabajar como secretaria de Karen Blixen en Rungstedlund, encargándose de tomar al dictado la versión inglesa de Vengadoras angelicales. Esta colaboración continuará hasta la muerte de Karen Blixen. Después, en calidad de albacea literaria junto con la Fundación Rungstedlund, administrará los derechos artísticos y financieros de las obras de Isak Dinesen.

1946: Vengadoras angelicales se publica en Inglaterra. Los ataques de dolor que había sufrido Karen Blixen durante los últimos años aumentan ahora tanto en intensidad como en frecuencia, y en febrero decide someterse a una operación en la espina dorsal a fin de acabar con ellos. La operación, en la que fue preciso cortar varios nervios, da buen resultado. Con su indomable valor juvenil, Karen Blixen, en los años siguientes, reúne en torno a ella, en Rungstedlund, un círculo de amigos más jóvenes, varios de los cuales forman parte del grupo vinculado a la revista literaria Heretica, que se publicó desde 1948 hasta 1953. Futuras luminarias de la vida intelectual danesa, como Thorkild Bjørnvig, Jørgen Gustava Brandt, Aage Henriksen, Ole Wivel y Knud W. Jensen, que fundaría más tarde el Museo Danés de Arte Moderno de Louisiana, en el norte de Zelândia, están entre los visitantes habituales de Rungstedlund. Al mismo tiempo, Karen Blixen mantiene numerosos contactos con el extranjero: su reputación internacional hace natural y

exige de ella mantener siempre abierta su puerta al mundo entero, por lo menos en la medida en que sus fuerzas se lo permiten.

1947: El 8 de mayo muere Mary Westenholz (la tía Bess), a la edad de ochenta y nueve años.

1949: Se publica el libro *Isak Dinesens Eventyr* (Los cuentos de Isak Dinesen), obra del crítico danés profesor Hans Brix. Es la primera interpretación completa y panorámica de sus escritos.

1950: El 24 de marzo Karen Blixen inicia una serie de charlas en la radio danesa con un retrato sobre su criado africano de raza somalí Farah. Su dominio del medio radiofónico le acarrea popularidad y afecto en todo el país, a pesar de su tendencia al aislamiento. Con *El festín de Babette* da comienzo su colaboración en la importante revista norteamericana *Ladies' Home Journal*. En ella se publicó por primera vez cierto número de sus *Anécdotas del destino*.

1951: Del 3 al 26 de mayo hace un viaje a Grecia y a Roma en compañía de Benedicte y Knud W. Jensen.

1952: Durante el otoño Karen Blixen participa en la polémica danesa sobre la vivisección, de la que está en contra. Aage Henriksen publica *Isak Dinesen og Marionetterne* (Isak Dinesen y el teatro de marionetas).

1955: El 17 de abril Karen Blixen cumple setenta años y, con tal motivo, recibe numerosos testimonios de admiración de todo el mundo. Pero este año también experimenta un gran quebranto en su estado de salud. Se impone una nueva y grave operación, en el transcurso de la cual hay que cortar varios nervios espinales. Seis meses más tarde, tras otra operación debida a una úlcera de estómago, Karen Blixen queda prácticamente inválida para el resto de sus días. A partir de ahora le resulta muy difícil comer y, a veces, su peso está por debajo de los treinta y cinco kilos. A pesar de todo, siempre que su salud se lo permite, trabaja con ahínco para terminar dos libros de cuentos.

1957: El nombre de Isak Dinesen suena repetidas veces entre los principales candidatos al Premio Nobel de Literatura de este año, pero no se lo conceden. *Sidste Fortaellinger* (Últimos cuentos) se publica en noviembre en Dinamarca, Estados Unidos, Inglaterra y Suecia. Como de costumbre, las versiones inglesa y danesa son de la propia Karen Blixen. Realiza viajes a Roma, París y Londres en noviembre y diciembre. Es nombrada miembro honorario de la Academia norteamericana.

1958: Su deseo de garantizar el porvenir económico de Rungstedlund la induce, después de pensarlo durante varios años, a crear la Fundación Rungstedlund, institución privada que, a partir de ahora, es la propietaria del histórico edificio principal, de las sesenta hectáreas de jardines y bosques, que se conservarán como reserva para aves, y de los derechos de las obras de Isak Dinesen. El 6 de julio Karen Blixen da una charla radiofónica sobre el pasado y futuro de Rungstedlund en la que pide a los oyentes que cooperen en la consolidación económica de la reserva enviando cada uno una sola corona danesa a la fundación. Más de ochenta mil acceden a esta petición. *Anécdotas del destino* se publica en octubre en Dinamarca, Estados Unidos e Inglaterra. Hace un corto viaje a Amsterdam. Karen Blixen prepara una extensa visita a Estados Unidos, a pesar de su edad y su frágil salud.

1959: Del 3 de enero al 17 de abril realiza un viaje a Estados Unidos, pasando tres meses en Nueva York con un apretado programa. El 28 de enero Karen Blixen es invitada de honor en la celebración anual del Instituto Nacional de Artes y Letras, donde también se le invita a hablar y lo hace sobre Los lemas de mi vida (*The Mottoes of my Life*, charla publicada en *Ensayos completos / Daguerreotypes and Other Essays*). El 17 de febrero su hermana Ellen Dahl muere en Copenhague a los setenta y dos años de edad, encontrándose Karen Blixen en Cambridge, Massachusetts. Durante su estancia en Norteamérica ni siquiera su fuerza de voluntad puede evitar que, extremadamente desnutrida, sufra un colapso. Pero, al cabo de una breve hospitalización, su estado mejora de tal manera que reúne fuerza suficiente para pasar un mes en Estados Unidos con un apretado programa de actividades.

1960: El edificio principal de Rungstedlund se restaura completamente. Su nuevo libro de recuerdos de África, *Sombras en la hierba*, se publica en Dinamarca e Inglaterra. El 28 de noviembre Karen Blixen es uno de los fundadores de la Academia Danesa. Nueva hospitalización.

1961: Del 25 de junio al 9 de julio efectúa una visita a París, que será el último viaje que realice. Breve hospitalización en otoño. Se publica en Estados Unidos *Sombras en la hierba*.

1962: Después de un verano con muchos visitantes daneses y extranjeros, el estado general de Karen Blixen empeora en agosto. El 7 de septiembre muere en paz en su casa de Rungstedlund, después de haber permanecido sin sentido durante veinticuatro horas, a la edad de setenta y siete años. El 11 de septiembre sus parientes más cercanos y sus amigos más íntimos se despiden de Karen Blixen después de una breve ceremonia en el cuarto de estar de Rungstedlund. El ataúd es llevado al patio, de donde sale en un carro tirado por caballos que cruzan el bosque hasta el lugar de la tumba, a los pies de la colina de Ewald. El 11 de noviembre se publica la edición danesa de Isak Dinesen. *In Memoriam*.

1963: Su narración póstuma *Ehrengard* se publica en Dinamarca, Estados Unidos e Inglaterra.

1964: Se publica la edición danesa conmemorativa de las obras de Isak Dinesen, en siete volúmenes. Robert Langbaum publica en Estados Unidos, Inglaterra y Dinamarca *The Gaiety of Vision. A Study of Isak Dinesen's Art*.

1965: Se publica en Estados Unidos *Isak Dinesen. In Memoriam*. Los Ensayos de Isak Dinesen se publican en Dinamarca. Aage Henriksen publica *Det Guddommelige Barn og Andrea Essays om Isak Dinesen* (La criatura divina y otros ensayos sobre Isak Dinesen).

1970: Se publica *The Life and Destiny of Isak Dinesen* (La vida y el destino de Isak Dinesen), por Frans Lassen y Clara Selborn, en Estados Unidos e Inglaterra (Nueva edición: Chicago, 1976).

1974: Se publican en Dinamarca tres libros de recuerdos sobre Karen Blixen: *Tanne. Min Søster Karen Blixen* (Tanne. Mi hermana Karen Blixen), por Thomas Dinesen; *Notater om Karen Blixen* (Notas sobre Karen Blixen), por Clara Selborn, y *Pagten* (El pacto. Mi amistad con Karen Blixen), por Thorkild Bjørnvig.

1975: Se funda en Copenhague la Sociedad Karen Blixen. El 1 de octubre aparece en Dinamarca *Efterladte Fortaellinger* (Cuentos póstumos), editado por Frans Lassen.

1976: Se publica en danés el primer volumen de los anuarios de la Sociedad Karen Blixen, titulados colectivamente *Blixeniana*, compilados por Hans Andersen y Frans Lassen. Los papeles dejados por Karen Blixen se depositan en la Biblioteca Nacional de Copenhague que, a partir de ahora, es el principal centro de investigaciones sobre Karen Blixen. El 30 de agosto muere Anders Dinesen, a los ochenta y dos años de edad.

1977: Se publica en Estados Unidos e Inglaterra *Carnival. Entertainments and Posthumous Tales* (Carnaval. Divertimentos y cuentos póstumos). Liselotte Henriksen publica en Dinamarca *Isak Dinesen. En Bibliografi/Karen Blixen.* (Bibliografía de Isak Dinesen/Karen Blixen).

1978: El 16 de junio se inaugura en la Biblioteca Real de Copenhague la primera exposición panorámica sobre Karen Blixen. El 3 de noviembre se publica en Dinamarca, en dos tomos, *Breve fra Afrika, 1914-1931* (Cartas de África, 1914-1931), compiladas por Frans Lassen.

1979: Muere Thomas Dinesen a los ochenta y seis años de edad. Se publica en Estados Unidos e Inglaterra *Daguerrotipos y otros ensayos.*

1981: Se publica en Estados Unidos e Inglaterra *Cartas de África, 1914-1931*, traducidas por Anne Born.

1982: Judith Thurman publica en Estados Unidos *Isak Dinesen. The Life of a Storyteller* (Isak Dinesen. La vida de una narradora). La versión danesa, traducida por Kirsten Jørgensen, se publicó en 1983.

1985: Universal Pictures comienza el rodaje de una película basada en la vida en África de Karen Blixen, con Meryl Streep y Robert Redford. El 17 de abril se celebra el centenario de Karen Blixen en la Universidad de Copenhague. Los editores daneses de Isak Dinesen, Gyldendals, publican ediciones definitivas de sus ensayos y cuentos póstumos. La Sociedad Karen Blixen publica su décimo y último anuario, Blixeniana 1985; se disuelve la sociedad.

El 23 de diciembre de 1912 se prometió la joven de veintisiete años Karen Dinesen con su primo segundo, el barón sueco Bror Blixen-Finecke, de Näsbyholm, en Skåne. Muy influidos por los relatos de su tío común, el conde Mogens Frijs, sobre las grandes posibilidades económicas que ofrecía el África Oriental, decidieron los recién prometidos emigrar a Kenia, luego colonia de la Corona británica, y en 1913 hizo Bror Blixen un viaje a estas tierras para investigar personalmente la situación. Llevó consigo un fuerte capital que la señora Ingeborg Dinesen y su hermano, Aage Westenholz, habían puesto a disposición de la joven pareja, y enseguida entró en relación con colonos suecos. A los pocos meses Bror Blixen había comprado a su compatriota, el ingeniero Åke Sjögren, la finca Swedo-African Coffee Co.

El día 2 de diciembre de 1913 Karen Dinesen abandonó Dinamarca para dirigirse a Kenia, acompañada de su madre y su hermana menor, Ellen. Cruzaron Europa, hasta Nápoles, de donde saldría catorce días después el barco Admiral de la línea Germano-Africana Oriental. En Nápoles se despidió Karen de su familia, y la primera carta que se conserva de ella en esta recopilación fue escrita a su madre a bordo del barco, cinco días antes de que su prometido le diese la bienvenida en el muelle de Mombasa. El mismo día, 14 de enero de 1914, se casaron.

A Ingeborg Dinesen

9-1-1914

Queridísima madre:

Te enviaré esta carta en cuanto llegue a Mombasa, porque no estoy segura de quedarme allí el tiempo suficiente para escribirte, pero aquí no te contaré nada de tu amado Bror y, en general, tampoco ninguna otra cosa de gran interés. A pesar de todo se han producido algunos cambios en la gente que me sirve, y esto te interesará. En primer lugar, tengo ahora un criado indio que estaba en Adén cuando desembarqué allí, y traía una carta de Bror. El pobre había sido enviado a Tabora, y por tanto tuvo que pasar catorce días en Adén y quedó encantado de verme. Era muy agradable y simpático, me sonrió y me saludó llevándose la mano a la frente, estaba muy decentemente vestido, pero hablaba mal el inglés y hasta tartamudeaba tantísimo que daba la impresión de que se fuese a morir cada vez que intentaba decir algo. Bror me escribía que era de toda confianza y encantador. Y ahora está aquí, a bordo. Se llama Fara; espero que no resultará ser al estilo de Fara Krigsmand[7]...

De modo que no te sorprenderá demasiado saber que he contratado a una camarera aquí a bordo para que me acompañe. La cosa es que una vez a bordo llegué a la conclusión de que había hecho mal en no traerme una muchacha conmigo. De haberme encontrado bien, no habría importado nada, pero la verdad es que estaba muy poco acostumbrada a hacer esfuerzos y muy habituada a que me lo hicieran todo cuando subí a bordo. Pensé mucho en esa mujer de Dombey & Son que siempre está diciendo: an effort must be done, porque todo para mí era un esfuerzo: levantarme, vestirme, y, en general, hasta vivir, y muchas veces —y haz el favor de no enfadarte porque te escriba con toda franqueza— me sentía tan desesperada y fatigada que no me creía capaz de seguir viva hasta llegar a Mombasa...

Si las cosas ocurren como yo quiero —y, si no, no te envío esta carta—, la camarera se bajará del barco conmigo en Mombasa después de haber pasado por Durban, volverá a embarcar si no puedo yo conservarla a mi lado despidiendo en cambio al único boy —no al simpático Fara, sino al otro—, y si las dos nos sentimos a gusto juntas. Es, ciertamente, una gran oportunidad poder sacarla del barco, y también ha sido un gran favor el que me ha hecho el capitán. La doncella Martha, por su parte,

está encantada... Puede enseñar a Fara, y así no tendré que hacerlo yo, y poner la casa en orden, y así conservaré mejor mis fuerzas. Pero si esto no me sale bien, o si la cosa se echa a perder de la manera que sea, no os asustéis de que me quede con ella, porque la verdad es que no me atrevo a renunciar a ella...

Un oficial alemán, Von Lettow, de una viejísima familia de Mecklemburgo, ha sido mi mejor amigo; la situación, tal y como él dice que es allí, se parece a Landsmandsliv[8], y yo diría que sería el ideal de la tía Lidda. Reanudo esta carta antes de Mombasa. Ojalá me fuera posible estar con todos vosotros un solo instante, os abrazo a todos y me parece que estoy mirándote a tus ojos maravillosos y benditos, madrecita...

A Ingeborg Dinesen

Pabellón de caza de Hopcraft, 20-1-1914

Querida madrecita:

Hace mucho tiempo que debí escribirte, pero no sabes el poco tiempo que he tenido, y tenía muchas ganas de escribirte algo sensato y auténtico. Pero ahora envío ésta con un propio, recibidla tal y como es, y trata de ver a través del estilo confuso y revuelto para entender la grande y nueva vida y todo lo que ha pasado en estas tierras. Me paso el tiempo en la cama, y no por enfermedad, sino por la caza nocturna, en una choza de leños de dos habitaciones, con suelo de tierra apisonada y una chimenea en una de ellas, y todo en torno nos rodea la naturaleza más maravillosa que es posible imaginar, inmensas montañas azules y lejanas y la gran llanura herbosa ante nosotros llena de cebras y de gacelas, y por las noches oigo rugir a los leones como disparos en la oscuridad.

Pero ahora voy a empezar por el principio. Bror vino a recibirme a Mombasa, y fue estupendo de nuevo verse otra vez en compañía de una persona que es propia de una, pero Mombasa es como un invernadero ardiendo, y la gente allí está casi sin sentido por el sol, que les da en plena cabeza. Fuimos a ver un viejo fuerte muy bonito en una eminencia, y a las once fuimos a casarnos, con Sjögren, el príncipe Wilhelm, Boström y Lewenhaupt, que hicieron de testigos; todo fue sencillísimo y tardamos, como mucho, diez minutos. Y después fuimos en rickshaw a almorzar a casa de Hobley[9], que es quien nos casó; tenía un chalet precioso junto al mar, y de allí seguimos en tren, un tren especial para el príncipe Wilhelm, con el vagón comedor particular del gobernador y la cocina y el cocinero de Mac Millan, y fue realmente brillante. El primer

trecho fue terriblemente caluroso, pero ya luego empezó a atardecer y refrescar. A la mañana siguiente el paisaje había cambiado por completo, y ahora ya estábamos en la auténtica África, vastas praderas y montañas en la lejanía y una increíble riqueza de fauna, grandes manadas de cebras y ñus y de antílopes casi tocando el tren, y, aunque no parece gran cosa cuando se oye hablar de ello, viéndolo resulta impresionante.

En Nairobi se nos recibió oficialmente y desayunamos en casa del gobernador, y es una casa preciosa. Yo me senté a la mesa entre el gobernador y el vicegobernador, y todos me llamaban baroness a cada dos por tres; al principio yo no me daba cuenta de que era a mí a quien se referían. No te negaré que la comida fue bastante fatigante después de veinticuatro horas de viaje en tren, con tan gran número de personas a quienes nunca había visto hasta entonces. Inmediatamente después de la comida Bror y yo fuimos en coche a nuestra propia finca. El camino es encantador a más no poder, como el parque de los gamos en casa, y con las colinas de Ngong que se extienden azules delante de nosotros. Hay muchísimos árboles y arbustos en flor, y todo tiene aroma a mirto y a pinar. Aquí no hace demasiado calor, el aire es muy ligero y agradable, y se siente uno libre y alegre.

A la llegada a la finca me esperaba la sorpresa de que los mil boys estaban todos esperándome formados en filas y, con un estrépito que en verdad le ensordecía a una, se congregaron en torno al coche y nos siguieron hasta la casa, rodeándonos en cuanto nos bajamos, y todos querían tocarnos a toda costa, y todas aquellas cabezas negras justo delante de una eran verdaderamente abrumadoras. No podéis imaginaros lo preciosa que estaba la finca, y todo tan bien y en su sitio. Tengo para mí un cuarto de baño junto a mi cuarto, y un W.C. que es el único que hay en B.E.A.[10] Yo creo que el jardín puede llegar a ser maravilloso; hay árboles bellísimos, y todo su aspecto es muy bonito.

Bror tiene a seis hombres blancos en la finca, nos hicieron un té excelente y nos dieron regalos de boda y hubo un bonito discurso; era emocionante ver a la gente sin hogar y sin familia, de los que tantísimos llevan aquí ya mucho tiempo, esforzándose por hacerme la vida agradable, y daba la impresión, ciertamente, de que les divertía participar en una especie de boda.

De allí fuimos en coche otra vez, después de prometerles a nuestros boys carne para agradecerles su buen recibimiento —la carne es lo que más les gusta—, y Bror y yo comimos en paz en nuestra habitación en el hotel, lo que yo también estaba deseando después de días tan fatigantes. Pienso que os alegrará muchísimo saber lo bien que habla de Bror toda la gente que he conocido aquí. Todos ellos vienen a decirme que lo que ha hecho en la finca es un trabajo único y un ejemplo para toda África. Ahora sale el propio, de modo que tengo que enviar esto. Más en la próxima. Diez mil saludos.

Tanne

A Mary Bess Westenholz

Finca MBagathi, 1-4-1914

Queridísima tía Bess:

Tenía muchas ganas de escribirte para darte las gracias por tus cartas, pero estas cartas no son ni particularmente alegres ni propiamente privadas; pero es que resulta casi imposible escribir cartas verdaderamente personales cuando se escribe a la familia. Me paso el tiempo como prisionera en la cama porque la fiebre no acaba de bajar, y todos dicen que hay que tener cuidado la primera vez, porque si no se repite. Aquí es un poco monótono, la verdad, porque Bror, naturalmente, se pasa mucho tiempo fuera, pero, sin embargo, es muy agradable cuando empieza una a sentirse mejor; la malaria hace sentirse tan mal que una —por no citar más que mis propias, y pertinentes, observaciones— se siente tan asqueada de todo el mundo como de un vestido que sienta mal[11]. Fara es mi consuelo y mi apoyo, mejor que una doncella blanca, y no sabes lo delicado y sensato que es, y además los somalíes tienen unas maneras que parecen Grandes de España.

Los natives (entre quienes no se debe incluir a los somalíes, que son inmigrantes de Somalilandia, musulmanes y, en cierta medida, árabes, y desdennan a los negros) son los que más me interesan aquí; pero pienso que yo y Bror somos los únicos que realmente se interesan por ellos. Los ingleses son en este sentido curiosamente limitados; ni siquiera se les ocurre considerarles como seres humanos, y cuando hablo con señoras inglesas sobre las diferencias o los parecidos entre las razas se limitan a sonreír ligeramente y con cierta superioridad por mi originalidad. Los indígenas, que, bajo muchos conceptos, son más listos que ellos, utilizan esto en beneficio suyo, pero nunca será posible el verdadero entendimiento mutuo y la cooperación. Es para partirse de risa oír a los ingleses hablar su lengua; cada tribu tiene su lengua, pero el suajili, la lengua de la gente de la costa, es una especie de lengua universal que hablan las tribus más cultas. Y yo creo que como aquí nadie puede conseguir gente, pues es en gran parte por eso por lo que no les tienen ninguna consideración; por ejemplo, les hacen trabajar bajo la lluvia, que ellos no pueden aguantar —y la lluvia dura siempre varias horas—, y siempre están interrumpiendo a los musulmanes en su hora de rezo, que todo el mundo sabe que es a las seis de la tarde, al ponerse el sol. (Es verdaderamente precioso ver al viejo cocinero extender su pequeña

alfombra sobre la hierba todas las tardes y rezar tan piadosamente, con el rostro vuelto hacia La Meca, y golpeándose la frente contra la tierra.)

Con un poco de comprensión y de interés, esta sociedad sería ideal bajo muchos aspectos: los problemas sociales aquí no existen (y se pueden mantener alejados mientras no surja una raza mixta; pero yo pienso que las razas son demasiado distintas entre sí para que puedan mezclarse, nunca he oído hablar de half-casts aquí, aunque vienen muchos de Suráfrica). Teniendo en cuenta las distintas razas que hay, pienso yo que la superioridad de nuestra raza blanca es ilusoria. Podemos aprender más que ellos; ni siquiera los somalíes consiguen casi aprender a manejar máquinas, apenas saben enroscar una bombilla (ayer dejaron a uno usar mi bonito y blanco cuarto de baño y lo dejó completamente negro). Pero desde el punto de vista del carácter yo los considero por encima de nosotros. Cuando pienso que nosotros, aquí, en la finca, tenemos mil doscientos jóvenes que viven en grupos de diez o doce en malas y pequeñas cabañas de hierba, y que nunca he visto ningún rostro airado ni les he oído protestar, que todos van por ahí cantando y sonriendo, que aquí la impertinencia y la brutalidad son cosas completamente desconocidas, según tengo entendido, que se les ve constantemente echándose unos a otros los brazos al cuello y arrancándose mutuamente las espinas, pues piensa una en la cantidad de líos que tendría con mil doscientos trabajadores blancos, y llego a la conclusión de que son mejores que nosotros. Jamás beben, pero les gusta mucho toda clase de tabaco y también tabaco de mascar, y la carne, que les encanta, produce en ellos un éxtasis equivalente al de las bebidas espirituosas, y el baile.

En fin, que tienen gran dignidad y verdadero gusto en la combinación de colores y en los ropones que se ponen, y, desde luego, muy buen temperamento y buenas maneras por naturaleza. El otro día vi a Sjögren, que ha asimilado con entusiasmo la tontería inglesa, saludando al gran jefe kikuyu, Kinanjui —que estaba aquí de visita—, armó mucho ruido y se precipitó, actuó como un comediante y subrayó de esta manera que realmente estaba dignándose saludar a un indígena; y Kinanjui, que es señor de más de un millón de kikuyus, estaba sentado, completamente inmóvil y con los ojos semicerrados (siempre se puede distinguir a los jefes de los demás por sus ojos débiles y semicerrados), envuelto en su estera, mucho más sensato que Sjögren y capaz de hacer, y lo hace, que se paralice todo su trabajo con sólo ordenar a su gente que se abstenga de trabajar. Hablé un poco con él; nos prometió que conseguiríamos gente, y esto aquí es una ventaja inapreciable. Voy a caballo casi a diario a la reserva masai y con frecuencia trato de hablar con los altos, apuestos masai. Son siempre amables, la miran a una a los ojos, pero sin mirar nunca a la ropa ni a las facciones; eso pasa entre ellos por mala educación...

Por lo que se refiere a La venganza de la verdad, te diré que no quiero cambiar nada; al revés, pienso que hay pocas posibilidades de que llegue a ser publicada. No me parece que haya nada blasfemo en ella, lo que pasa es que está escrita desde el punto de vista de un ateo. Yo diría

que es imposible escribir si hay que tener en consideración a las personas que pueden leerle a una, pero, en primer lugar, tampoco me parece que vaya yo a dedicarme a escribir. En general, pienso que en la vida, o en el mundo, no hay sitio para tantas consideraciones, y si no es posible soslayarlas cabe siempre el recurso de desligarse de todo ello, formarse uno su propio pequeño mundo, pero con una condición: que hay que hacer las cosas lo mejor posible, o lo mejor para alguien. La vida aquí es más brutal y a ti seguramente te causaría más impresión que las peores cosas de la vida danesa; yo, sin ir más allá, prefiero esta vida, pero no por eso dejo de comprender la felicidad —y el encanto— de un lugar tranquilo, pacífico, que cierra los ojos y las puertas a todas las brutalidades. Sólo cabe una elección, y la prueba: si se ha elegido bien, ya no se puede cambiar, y así es mejor, siempre y cuando viera una acertadamente lo que la hacía feliz...

A Thomas Dinesen

MBagathi, 22-4-1914

...Como ya he dicho muchas veces, se le quita a una aquí enseguida buena parte de su orgullo de raza; a mí me parece evidente que estos indígenas son superiores a nosotros en muchas cosas. No son capaces de aprender tanto como nosotros, pero en lo que es necesario para vivir en estas latitudes yo diría que aprenden más rápido que nosotros. Aquí hay muchos ingleses que llevan de diez a quince años y siguen sin tener idea del aspecto de las distintas tribus, y mucho menos de su carácter, aunque sería de gran interés para ellos conocerlas, mientras que los natives enseguida se hacen una idea muy clara de nuestro carácter; y los ingleses ni siquiera llegan a aprender el poco de suajili que hace falta, y lo que hacen es hablar una especie de inglés, mientras que a mí me da la impresión de que los indígenas encuentran sorprendentemente fácil familiarizarse con nuestras costumbres. Por ejemplo, pienso que es realmente bueno que un viejo somalí, en sólo medio año, se ha llegado a hacer tan bien su composición de lugar de lo que es más o menos un almuerzo que sabe variar un menú de seis o siete platos; siempre estoy temiendo que nos traiga la sopa después del postre.

Con frecuencia pienso que nuestra vida aquí debe parecerse a la de Erling Skjalgson o a la de Haarek de Thjotta[12], con todos nuestros siervos (sólo que nosotros no tenemos un papel tan importante en la historia del país). Tú, que tanto te interesas por cuestiones sociales, encontrarías aquí tema para interesantes estudios. Aquí de verdad que no hay cuestiones sociales, ni conflictos entre pobres y ricos o entre hombres y mujeres. La lástima es que esta edad de oro está cantando su último verso, porque la estamos echando a perder. Las leyes y regulaciones de los blancos no valen para los negros, y aun cuando éstos están todavía contentos, yo diría que se ve venir el final, sobre

todo por la influencia del cristianismo, y también porque ya no tienen libertad de luchar, que era antes su principal ocupación. Los masai, que son la más orgullosa de las tribus, están a punto de extinguirse por falta de espacio, y los otros porque los indígenas ya no pueden robar las mujeres de las tribus circundantes.

Que la influencia de los misioneros es muy mala se ve, entre otras cosas, en que no hay nadie que acepte un trabajador de las escuelas de misioneros; todos dicen que son mentirosos y ladrones. ¿Cómo será posible que el cristianismo llegara a tener tanto poder cuando en realidad es impracticable y reconocido como tal? El islam me parece a mí que es una religión a cuyos preceptos la gente se atiene en gran medida. Nuestros somalíes, que trabajan en la casa, son musulmanes. La verdad es que nada les asusta; se tiran como rayos sobre los leones, los cuales, en general, pasan por tener miedo de los somalíes. Cuando, hace un par de días, un hombre de Swedo enfermó y murió, de la peste se creía que había sido, todos echaron a correr, menos los somalíes. Yo pregunté a Fara si es que no temían el contagio, y él me dijo, encogiéndose de hombros, que tenían la certeza de que, si Dios decidía que tenían que morir, morirían, pero si su destino era seguir viviendo, vivirían...

Como sin duda ya os he dicho, los grandes carnívoros dan también su sello a esta tierra. Te mando un libro: *The Man-eaters of Tsavo*[13], para que veas cómo viven aquí los ingenieros. Los carnívoros y las aves de presa son los más espléndidos productos de la tierra, y en realidad la vida de uno está marcada por ellos, se les oye, le comen a una el ganado, se les ve en libertad —experiencias notabilísimas para una persona culta—, pero le dan a todo esto un ambiente de Stort Vildt y del espíritu de la piedra.

Por lo que se refiere a escribir libros aquí pienso que es poco probable. Yo aquí soy más bien hombre de negocios. A mis ovejas, con un capital de tres mil rupias, les saco entre cuatrocientas y quinientas rupias al mes. De esto se podría deducir que soy rica, pero no es ése el caso, aunque sí se me podría llamar acomodada. Todo es carísimo por estas tierras. Cuando tenga mi jardín irá todo mucho mejor...

A ver si consigues leer esta larga carta. Por desgracia estoy en la cama todavía, y, con un par de días de intervalo, sigo así desde el 17 de marzo, pero hazme el favor de no decirle nada de esto a madre, que tanto se inquieta por la malaria, la cual, además, es una enfermedad repulsiva. Bror te manda saludos; en realidad es mucho más anarquista que tú (en cualquier caso, igual que tú). Si lees algún libro nuevo que sea bueno, mándamelo; no tienes idea de lo que se añoran aquí los buenos libros, aquí sólo se puede conseguir la estúpida literatura inglesa. Ahora adiós, mi sabio filósofo y vigoroso deportista. Da un beso a madre. No me olvides del todo, recuerda que para ti tengo siempre los brazos abiertos y dispuestos a darte el abrazo de bienvenida. Ojalá tengas suerte con todas tus ocupaciones y tus deportes; las águilas, los leones, el espíritu del mar te acompañen.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Uasha Nyero, 23-8-1914

...Si recibisteis mi carta de la finca, sabréis que Bror se fue volunteer[14], una especie de unfighting[15], porque casi fue exclusivamente para poder traer informaciones; Ture, Gethin, Fjaestad (de Swedo) y Kjellberg están a sus órdenes, y tienen a su cuidado varios puestos camineros entre Kijabe y la frontera. Todos se fueron el jueves 11. La idea era que yo me quedase en Kijabe con Kjellberg para ayudarle a cuidar de la estación terminal que hay allí, y me llevaron con mis boys y con mi nuevo y encantador caballo Aimable y con Dusk; pero justo cuando estábamos llegando resultó que a nuestro encargado del transporte, que tenía que llevar pertrechos a nuestros voluntarios — gasolina para los autos y motocicletas, comida para ellos y los boys—, le metieron en la cárcel por ser súbdito alemán, y yo, por mi parte, en tiempos tan inquietos, no me atreví a dejar ir solos a los boys con nuestras cosas de valor, el posho[16] es prácticamente inencontrable y no se puede dar a los natives azúcar, harina, etcétera, y como estaba preocupada porque no iban a poder arreglárselas solos y todo se lo iban a requisar, me fui con ellos. Si ves al tío Mogens hazme el favor de decirle que yo fui en cuatro días de Kijabe a Narok Boma, el mismo camino que hicieron ellos, con dos carromatos de bueyes (41 bueyes) y dieciocho boys, y pregúntale si es una sinecure hacer ese camino a pie; yo no me atreví a llevar a Aimable, porque es mal horsecountry[17], y me estafaron con una mula, en fin que tuve ir a pie. Conseguí sin embargo una bicicleta de un indio por el camino, pero la mayor parte del camino es como la pirámide de Cheops y no vale para ir en bicicleta. Son setenta y tres millas...

Una tarde, tropezando con una piedra en un camino hundido y después de habernos fatigado empujando el carro, saltó un león sobre uno de nuestros bueyes de reserva, a menos de dos metros de donde yo estaba. Yo estaba iluminando con una linterna, de modo que no lo vi, pero oí al buey chillar y salir corriendo, y los demás bueyes, como es natural, sintieron terror mortal y se agitaron. Corrí con Fara a una pequeña hondonada, a donde había ido a refugiarse el buey, y disparé, y todos los boys hicieron gran estrépito, de modo que el león soltó al buey; tenía la espalda muy desgarrada por las garras del león. Tuvimos que acampar donde estábamos, aunque era una garganta muy mala y angosta, rodeada de altos acantilados; pero estaba demasiado oscuro para seguir adelante, de modo que levantamos una boma[18] con espinos y

encendimos grandes hogueras, y Fara y yo estuvimos la noche entera alerta con armas de fuego listas.

Si los bueyes se sueltan en un terreno como éste ya no se les vuelve a ver. El león regresó por la noche y nos asustó bastante, pero nosotros vigilamos a nuestros bueyes y salimos de allí a la mañana siguiente en buen orden. Nuestro viejo cocinero Esmail no se apartó de mi lado durante todo este tiempo, armado con un gran cuchillo de cocina. Menos mal que un hombre por el camino me había regalado un fusil y doscientos cartuchos, con lo que también pude armar a Fara. Afortunadamente tengo fama entre mis boys de disparar muy bien, y por eso no tienen tanto miedo como realmente deberían tener cuando estoy yo con ellos; cuando tienen ganas de comer carne y estamos en un territorio sin caza, me dicen tan tranquilos que les pica^[19] este o aquel animal. Durante el viaje he tenido la suerte de matar algo para ellos todos los días; maté una grant^[20] de buen tamaño y cuernos muy grandes en el valle de Kedong. El miércoles por la tarde llegué a la boma más sucia que he visto en mi vida; contra lo que había pensado no encontré allí a nadie de nuestra gente, y lo que hice fue comer en casa del District Commissioner y acampé como pude.

Durante todo el trayecto tenía conmigo a Dusk, y era un poco incómodo, ciertamente, pero absolutamente encantador. El jueves salí de caza y maté varias grandes aves, que saben a pavo; cuando volví llegaba Bror, muy moreno y muy cansado. Había pasado todo el tiempo con lord Delamere^[21], que parece estar muy contento con él y dijo que no sabía lo que haría sin él... El día siguiente fue en verdad terrible. Levantamos el campamento por la mañana e íbamos a ponernos en marcha cuando Bror, entre todo el caos, encontró una botella donde pensó que habría soda, y bebió un trago. ¡Pero era lisol concentrado! Puedes imaginarte el daño que tuvo que hacerle, y tanto él como yo pensamos que se moría. Por suerte había agua a mano y se pudo zambullir, y yo corrí al D. C.^[22] a por leche, pero en el primer momento nunca sabe uno lo que ha pasado. No creo que tragara mucho, aunque vomitó terriblemente, pero tenía toda la boca y la garganta quemadas y se pasó la tarde con espantosos dolores, y al anochecer tenía fiebre alta y no durmió en toda la noche. Ayer, sin embargo, estaba ya mucho mejor, tanto que pudimos llevar el campamento a diez millas más al sur, y ahora, por la mañana, se ha ido a ver a Delamere. ¡Veinte millas a pie!...

Los somalíes tienen ahora su mes de ayuno, el Ramadán, durante el que no pueden comer ni beber una gota de agua entre medianoche y las seis de la tarde; no lo podrías creer, era tristísimo ver a nuestro viejo cocinero, cuando salimos de Kijabe, con un calor sofocante, y dimos con un poco de agua, y en lugar de beber lo que hizo él fue sacar su esterilla de rezar y echarse y golpearse la cabeza contra la tierra. Hoy termina ya por fin, gracias a Dios, y se rematará con un festín, aunque para mí es un misterio cómo celebran sus festines los musulmanes, pues no beben, viven de carne seca de oveja y de dátiles secos y de algo que ellos llaman gi y que huele a demonios, tanto que se le quitan a uno las ganas

de comer después de haberlo tenido cerca; pero posiblemente tendrán otras distracciones...

A Ingeborg Dinesen

Webbs Store, 23 de septiembre de 1914

...Salí de Kijabe como encargada del transporte con tres carromatos de bueyes; más tarde llegué mucho más al sur para ir a por provisiones a un gran campamento de safaris que estaba siendo abandonado a gran prisa y en medio del pánico, porque la gente había oído hablar de la guerra. Bror se quedó entretanto en un campamento de Guaso Nyiro. Yo viajé sola con diecisiete boys y ya puedes imaginarte lo tremendamente divertido que es. Estoy convencida de que los natives son absolutamente la best class de aquí; la middleclass inglesa no tiene para mí absolutamente ningún interés, pero los boys son perfectos gentlemen; yo diría que su gran educación resalta tanto más precisamente por la mezcla de razas distintas. En Dinamarca, a la gente de Fyn les parece mal que haya en el mundo gente que no es de Fyn, pero aquí siempre están juntos kikuyus, kavirondos, suajili, masai, somalíes, y todos tan distintos de aspecto, lengua, vida y costumbres como los fineses y los italianos...

Algunos días más tarde viene a verme Bror, con gran sorpresa mía. Ha estado con lord Delamere, y allí ha cogido disentería, y en vista de ello se ha tomado unos días de permiso y por puro milagro ha encontrado mis huellas en esta tierra completamente salvaje; ¡recorrió ochenta y seis millas en dos días! Tenía las piernas insensibles y no podía sentarse, pero entre todos lo sentamos; había dormido en un mayatta de los masai y no había comido; pero, así y todo, salió conmigo de caza después de comer, y yo maté un gran eland. Pensamos que fue un récord...

Ahora Bror y yo hemos acampado junto a un store en plena llanura; hoy mismo cambio de sitio mi campamento y vamos a un lugar a cosa de tres o cuatro horas de aquí donde hay rinocerontes, pero les oigo siempre enseguida. Querría irme a la finca, pero es muy pesado el que todas las noticias de aquí tengan que pasar por Nairobi, de modo que me quedo aquí suceda lo que suceda hasta ver cómo van las cosas. Bror ahora está otra vez muy bien. La idea consiste en traer gran cantidad de tropas de la India y entrar en el German East[23] por Dar es Salam, Voi y el lago[24], y como los alemanes no tienen muchos soldados ni pueden traer refuerzos se piensa que tendrán que rendirse sin gran resistencia; pero es increíble la lentitud de los ingleses. Han dejado que los alemanes lleguen aquí primero, causando enorme inquietud entre los natives, que han oído hablar de aviones y nos preguntan constantemente si los alemanes vienen volando y se llevan volando a sus vacas y a sus mujeres. Los elmorans —jóvenes guerreros masai— están listos,

pintados para la guerra; merodean por el territorio de noche y de día, por la noche con terribles aullidos. Muy cerca de nosotros tenemos un campamento con dos o trescientos...

Para ti en particular, mamá.

...Te prometo escribirte enseguida... pero también tú tienes que prometerme que no hablarás de esto, porque pienso que es un poco violento cuando se habla con tantísima anticipación de un niño que está por nacer. Pero es que, en primer lugar, yo misma pienso que sería mejor que no llegara. A ti te parece, claro está, que sería muy bonito eso de tener un nieto; pero África no es buen sitio, en absoluto, para los niños pequeños, por lo menos hasta que se ha tenido tiempo de acostumbrarse un poco a las circunstancias y aclimatarse bien. Las otras dos mujeres blancas que hay en la finca, Mrs Gethin y la señora Holmberg, están esperando, y las dos se sienten desesperadas, mal e histéricas, y se quejan todo el tiempo de la awful nuisance que es tener un niño ahora. Se puede pensar que me estoy poniendo pesada y que es mejor esperar. Pero esta vida de safari tampoco es apropiada y, sin embargo, es el mayor encanto de África. Te prometo escribirte muy pronto, cuando estemos más seguros...

A Ingeborg Dinesen

MBagathi, 6-10-1914

...La casa está manga por hombro. Ha sido elegida Headquarter[25] y punto de reunión de todos los terratenientes del distrito para el caso de que los natives se inquieten, y esto yo lo comprendo muy bien, porque es una casa prácticamente imposible de forzar. Los indios han levantado ya la solana más exterior, construyendo hasta donde deberá estar el suelo; es muy alta, porque la casa tiene foundation[26] ventilado; todavía no han puesto el suelo, y como se han quitado todas las escaleras, hay que subirse primero por una pared y luego vadear un foso lleno de escombros y después se sube a la casa. Además, hay otro trabajo de pintura a medio hacer y una ventana y una puerta arrancadas. Pienso con dolor que puede pasar mucho tiempo hasta que todo esto quede mejor. El jardín está como el Sáhara, sin un tallo de hierba. Yo comencé mi actividad de ama de casa dando a cada uno de mis totos (criaditos de la casa) veinte golpes de kiboko[27], porque habían robado, se habían emborrachado ¡y casi asesinado a otros tres muchachos! Eran buenísimos, y siempre es una lata cuando empiezan a beber; pero tengo la esperanza de que acabarán cogiendo tanto miedo que se corregirán. Ésta es la primera vez que hago dar kiboko a mis boys. Al mismo tiempo, y a modo de contrapeso, vendé a un niño pequeño al que había dado una cox en el trasero un avestruz, los cuales son tremendamente irritables y capaces de matar a coces a un ser humano. El niño tenía una

herida profunda de varias pulgadas de longitud, y yo le puse una venda muy buena, pero luego se me ha ocurrido que ahora no le va a ser posible ir al W. C. Le he prohibido severamente que se toque la venda y espero que no morirá de ésta...

Bror habla y escribe el inglés divinamente, mucho mejor que yo, que, como he tenido mis contactos más que nada con círculos somalíes, he acabado hablándolo como el Viernes de Robinson. Los somalíes me llaman Arda Volaja[28], que viene a querer decir todo lo bueno, lo grande, lo sabio, etcétera, que cabe imaginar; ¡y esto sólo a la reina Victoria se lo llamaron antes que a mí! Ya ves que puedo considerarme honrada, y espero que no lo digan por mi aspecto...

A Thomas Dinesen

MBAGATHI ESTATE

NAIROBI

(Recibida el) ¿17 oct. 1914?

(Anotación de Thomas Dinesen)

Mi querido Tommy:

Te envió esta carta a ti porque de los de casa eres el que mejor comprenderá la felicidad que me causan los acontecimientos de que trata. Durante cuatro semanas he visitado los felices terrenos de caza y es como si acabara de salir de la profunda magnificencia de la gran naturaleza salvaje, de la vida de los tiempos primigenios, hoy como hace mil años, del encuentro con los grandes animales de presa, que impresionan y emocionan, que se fijan en la mente hasta el punto de llegar a convencerse una de que solamente por los leones ya vale la pena vivir. Fuertes como el aire de las altas montañas, atezados como su sol, llenos de su belleza libre, salvaje, potente, en días de calor cegador, en grandes noches de claro de luna. Pido humilde y lealmente perdón a los cazadores, cuyo éxtasis por la caza yo hasta ahora no comprendía. No hay nada en el mundo como la caza. Justo antes de salir de caza me dio Bror un rifle, 256, con mira telescópica, un arma espléndida, con la que al principio me infundía verdadera angustia disparar, pero que he ido aprendiendo a utilizar poco a poco. Bror es un estupendo profesor. Enseguida, en el primer día, consumí una caja entera de cartuchos, y como tenía muy pocos puse gran cuidado con los disparos; disparé cien cartuchos y cobré cuarenta y cuatro reses. Es fácil sentirse tentada a disparar a demasiada distancia, pero Bror me disuadió de ello con

mucha severidad, y con gran habilidad me llevó hasta estar cerca de la pieza. Así y todo he acertado a ponerles una bala en el corazón a cuatrocientos metros de distancia a ñus y topis. Cobré veinte clases distintas de caza; todas las clases corrientes de venados, cebras, ñus, antas, antílopes, dik-dik, marabús, chacales, cerdos, un león, un leopardo, cantidad de aves grandes; con escopeta me es imposible disparar. Todavía me duele como una espina en el corazón un gran leopardo que, una mañana temprano, vi acercarse por una colina y pasearse delante de mí a cien metros de distancia, tranquilo, majestuoso; si no fuera porque soy una verdadera tonta lo habría matado. Ahora pienso que se había acercado para lanzarse sobre un kill[29] que yacía delante de mí, y no disparé, y al menor movimiento o ruido desapareció súbitamente. También he visto dos leones a la luz de la luna a cinco metros de distancia, y les he oído devorar una cebra con un ruido sobrehumano.

Íbamos en tres carromatos de mulas, con nueve boys. Ésta era una manera nueva de salir de safari y causó cierto escepticismo; la gente, en general, va con faquines y carros de bueyes, lo que lleva por lo menos el doble de tiempo y complica muchísimo las cosas... Nuestro safari fue hasta el Guaso Nyiro, un río que por un lado está a doscientas millas de la civilización y por el otro a cuarenta. Está en la reserva de los masai, y se ve a éstos por todas partes con sus grandes manadas de bueyes y sus rebaños de ovejas. Con ellos va una peste: las moscas, que están siempre a punto de comérsele a uno vivo. El interior de la tienda se vuelve negro de moscas, y a poco que ponga uno un pie delante le pasa inmediatamente lo mismo. No hay más remedio que acostumbrarse a ellas, total, que acabé dejándolas que me recorriesen la cara sin ponerme nada nerviosa. Los masai tienen siempre las comisuras de los ojos llenas de moscas, y no les preocupa en absoluto. El camino hacia abajo pasa por un trecho mesetario y es muy difícil, porque el camino es terrible sobre toda ponderación; se conduce sobre pedruscos como los que sobresalen del lado de una pirámide, con la rueda izquierda a seis varas más de altura que la derecha. Se tarda cuatro días. Y además por aquí no hay casas. Pero por lo menos así se evita el terrible bosque de maleza, la llanura se ensancha; rodeada de un tremendo panorama de montañas azules se extiende la gran meseta delante de uno, hirviendo en game. Ahora bien, la caza no es aquí tan bonita como en nuestro territorio. Las cebras son simpáticas, pero parecen caballos, los ñus parecen peligrosos, pero no lo son; una manada de jirafas ofrece un espectáculo verdaderamente maravilloso, y la primera vez no acaba uno de creer lo que está contemplando con sus propios ojos al verlas acercarse con su incomprensible altura y delgadez, como una manada de grandes reptiles y con sus insólitos movimientos como si se estuviesen acunando.

Puedo decir ciertamente que en este safari he sufrido más por causa del frío que del calor. Cuando se viaja así hay que levantarse temprano, porque siempre se tarda más tiempo en levantar el campamento y asentar la carga; de la misma manera, cuando se ha preparado kill en lugar oportuno para leones y se espera, poco antes del amanecer, encontrar alguno atraído por el cebo, conviene ponerse en marcha en

plena oscuridad, y al aire del amanecer el frío es terrible. En pleno día quema el sol de tal manera que resulta difícil disparar cuando el aire vibra de calor. Entre estas dos fases hay un momento maravilloso, sobre todo al atardecer, entre las cuatro y media y las siete, cuando todos los colores se vuelven encantadores y el aire delicioso. Un termo es una cosa estupenda si se puede llenar de agua helada por las mañanas, y resulta refrescante al mediodía. En la llanura hay muchas flores y casi por todas partes abundancia de nomeolvides.

Lo primero que oímos de leones se lo oímos a un hombre al que encontramos por el camino y con quien almorzamos; en territorio salvaje se vuelve una muy hospitalaria y se alegra de encontrar gente; se sabe quién recorre esas tierras o quién tiene stores[30] para hacer trueque con los masai, y se siguen las cacerías ajenas con interés. Éste, junto con otro, había estado en busca de quince leones, había construido una boma —cerca hecha con gran cantidad de ramas de espino, con la que se protege una, junto a su kill—, y por la noche, a la luz de la luna, después de haber disparado sobre uno de ellos, les atacaron los quince juntos, y les habrían devorado de no ser porque se les ocurrió armar un tremendo estrépito con dos tins[31], lo que asustó a los leones, que salieron corriendo. Ya estaba harto de leones, pero nos mostró el sitio. Por el camino encontramos a su compañero, Wilkes, que había estado acompañando a un europeo muy rico, Ralli, y ahora regresaba con cinco leones. Con muchas dificultades encontramos su viejo campamento en un lugar malsano, en el cauce de un río, y allí vimos muchas huellas de leones. Bror se pasó la primera noche en vela en la boma con Esman, su gunbearer[32], pero la oscuridad era completa y disparó, sin acertar, a un león. La misma noche oí yo un ruido fuera de mi tienda, que se encontraba algo apartada de la de los boys y estaba abierta, y salí a ver lo que era, y oí un gruñido sordo y profundo casi a mi lado; volví a entrar y cerré la tienda y por la mañana había huellas de dos grandes leones allí al lado; también habían pasado cerca de las mulas. A partir de entonces dormía Fara en mi tienda cuando Bror estaba en la boma. Mientras escuchábamos para ver si oíamos disparos en la noche, me hablaba él de la cría de caballos en Somalilandia. Al parecer, lo que hacen allí es dejar que las yeguas pasten a lo largo de los ríos; ciertos sementales fantásticos, que viven en el río, van a ellas de noche saliendo del agua y de este modo nacen los potrillos, rápidos como el viento. Sin embargo, no son así los ponies somalíes que he conocido. Él y el gunbearer Esman pertenecen a una tribu a la que está prohibido hacer mal a nadie y que, por consiguiente, goza de gran respeto de los demás, y esto para nosotros es muy agradable. Él dice que podríamos disparar con toda tranquilidad más de lo que nos permiten nuestras licencias, porque nadie puede denunciarnos. Más tarde, cuando salió la luna, me metí también yo a vigilar en la boma.

Entretanto llegó a nuestro campamento una mujer de lo más desagradable, lady Mackenzie —una norteamericana cuyo safari está pagado por una revista, y todo ello terriblemente publicitario, con siete hombres blancos y doscientos faquines—, acampó aquí y contra todas las regulaciones se puso a disparar en torno a nosotros, situó kill ella misma en la zona y levantó boma y espantó a todos los leones, de

manera que también nosotros tuvimos que irnos de allí y dirigirnos hacia el este. Las indicaciones de los masai sobre dónde hay leones no son de fiar y acaban desconcertándola a una; los ven por todas partes. A pesar de ello conseguimos un buen guía, un elmoran, joven guerrero; todos los masai tienen que pasar varios años de servicio de armas, y en este tiempo son sumamente atractivos, siempre armados y viviendo por su cuenta: varios de ellos juntos o en grandes «cuarteles» con amplio lugar para ejercitarse. Éste no parecía un elmoran, sino más bien una joven lechera danesa, por lo que le pusimos de nombre Maren[33]; pero no era tan tonto después de todo, y atravesó una serpiente de ocho pies de longitud, dejándola muerta, con su lanza. Guiados por él llegamos a un lugar, en la frontera, entre las montañas y la llanura, donde no creo que hayan acampado hasta ahora seres humanos. En cualquier caso el game era allí bastante manso, y manadas de eland y cebras venían, llenas de curiosidad, hasta muy cerca de nosotros. Yo intenté fotografiarlas, pero por desgracia no lo conseguí. Y tampoco cazamos mucho aquí, para no espantar a los leones, solamente a pie, y para conseguir kill que poner a los leones. Había leones por todas partes; los oíamos muy cerca del campamento por las noches, y también veíamos sus huellas en todos los cauces del río, pero no querían dejarse tentar por nuestro kill. Una mañana tras otra salíamos a ver el cebo, pero seguía intacto, y no nos quedó más remedio que salir a su encuentro en el terreno difícil, lleno de hendiduras y de maleza muy tupida.

Una tarde habíamos salido a cazar para hacer provisiones. El saise tenía que seguirnos con los caballos. Se nos adelantó, sumamente aufgericht[34]; un simba[35] enorme estaba al acecho junto a un vado del río. No teníamos mucha esperanza de encontrarlo en ese lugar, pero fuimos con el saise a pesar de todo, y dimos con una gran manada en torno al vado, y entonces vi de pronto un enorme animal echado en la hierba alta a unos cien metros de distancia; toqué a Bror y él se llevó la mira telescópica a los ojos y dijo rápidamente: It is a lion, cambió de arma y disparó. El león yacía con la cabeza sobre las patas y muy cerca de nosotros. Recibió el tiro en pleno pecho y se derrumbó sin hacer ruido. Era un gran macho. Fui hacia él y vi desaparecer la vida de sus ojos; era mi primer encuentro con un león, y nunca lo olvidaré. Los leones tienen en su empaque, en su actitud, en sus movimientos, una grandeza, una majestad que sin duda alguna infunden espanto en el ser humano; hacen pensar al hombre que todo lo demás es poca cosa: mil generaciones de poder indiscutido, y uno también tiene seis mil generaciones a sus espaldas, te hacen sentir de pronto lo que la naturaleza expresa con su fuerza cuando se la mira a los ojos. Los boys estaban extáticos, corrieron a nuestro encuentro gritando y riendo; para ellos los leones son realmente enemigos naturales, les devoran el ganado, y Fara dijo que no hay una sola familia somalí en la que alguno de sus miembros no haya sido devorado por leones. Entre los cazadores blancos calculan ellos que muere un diez por ciento (uno por cada diez leones).

Hubo gran fiesta y ngoma en el campamento, mientras desollábamos al león, que tenía once pies y ocho pulgadas de longitud. Cuando se les ve desollados se advierte de verdad que cada pulgada de su cuerpo

representa pura fuerza; los colosales músculos y tendones están a la vista, sin una capa de grasa innecesaria. Al día siguiente a las tres de la tarde vimos seis leones en la llanura, pero seguimos sin cuidarnos de ellos y los espantamos y no les disparamos un solo tiro; nos quedamos unos cuantos días más en ese campamento, pero lo levantamos para situarlo más cerca de las montañas. Para entonces ya llevaba yo dos noches en vela en la boma, y cuando no se acerca ningún game es lo más antipático que cabe imaginar. A las seis ya está una encerrada allí; comienza a oscurecer y no hay la menor posibilidad de salir hasta las seis de la mañana siguiente, cuando aparece el sol. No se puede dormir, para no desperdiciar oportunidades. Y tiene una junto a las narices el maoliente kill, puesto de tal manera que el viento te eche el aroma encima; se está incomodísima con un par de somalíes al lado, y no es posible moverse, ni hacer el menor ruido. Una noche de éstas puede durar lo que cincuenta años; una noche, sin embargo, se me presentaron un par de hienas espectrales a devorar el kill, pero las otras noches absolutamente nada. Por esta razón pasé la primera noche del nuevo campamento en mi tienda; oí a Bror disparar cuatro veces, y a la mañana siguiente temprano volvió a caballo y durante la noche había cobrado cuatro leones; a tres de ellos los encontramos, el cuarto se había metido en maleza tan tupida que resultó imposible encontrarlo sin perros. Las pieles eran magníficas; fue una lástima que las hienas hubieran devorado buena parte del mejor para cuando finalmente dimos con él. Estaba a sólo cien pasos de la boma, pero en maleza muy tupida. El mismo día hicimos una larga excursión, encontramos huellas de rinoceronte y búfalo, y es seguro que habríamos dado con un rinoceronte si hubiéramos querido cazarlo en lugar de concentrar nuestra atención solamente en los leones. Al día siguiente pasé yo una noche verdaderamente salvaje en la boma, lo más extraordinario que cabe imaginar. Había un magnífico claro de luna, y cuando está una en la boma, con el kill a cuatro varas de distancia, se ve a las fieras casi como si estuvieran al lado. Primero vienen las hienas, temerosas y tenebrosas, van y vienen un par de veces y acaban atreviéndose a devorar; más y más hienas van saliendo, como sombras, de la oscuridad; se oye el ruido de cada uno de sus dientes contra la carne. Luego vienen los chacales, pequeños y ansiosos, semejantes a zorros, y son terriblemente ligeros y atractivos; muchas veces veía yo por las mañanas a las madres jugando con sus cachorros, y era encantador. A la luz de la luna se ve todo con mucha claridad, y casi se les puede coger con las manos si está uno quieto como un muerto, el arma apoyada contra una rama, lista para disparar. De modo que...

(Aquí falta una hoja de la carta)

...los que Bror se había perdido, porque fueron demasiado lejos, casi justo en la nuca, y cayó sin ruido. Lástima que no fuese más que una vieja leona muy grande, tanto Bror como yo pensábamos que era un león, por lo grande que era. Bror cobró esa misma noche otra leona, mucho menor, pero con una piel preciosa. Terriblemente cansada y rota y contenta se despierta una al amanecer después de un corto sueño y vuelve a casa, donde los boys nos felicitan y va una y se echa y se la comen viva las moscas. La noche siguiente la pasé en la boma y cacé un

leopardo enorme y de gran belleza, y vi por la mañana al que no había alcanzado, fue como una aparición. Y ¡ay! tuvimos que volver, y bien que me dolió. De las grandes llanuras salvajes seguimos hacia el norte, abandonamos a los masai, no oímos ya más leones, llegamos de nuevo a los stores situados más lejos, encontramos a hombres blancos, llegamos a la estación de ferrocarril de Kijabe, vamos en tren y Rundgren nos viene a buscar en motorcar...

En la finca todo seguía bien. Pero ¡cuánta monotonía trae la civilización a nuestra vida! La seguridad misma, que la vida busca con todas sus fuerzas, y su anhelo por conocerlo y clasificarlo todo, la dejan sin ningún encanto —únicamente en las ciudades verdaderamente grandes vuelve de nuevo la «jungla»...

A Ingeborg Dinesen

MBagathi Estate, 22-10 (1914)

...Fara me ha pedido permiso para ir a comerciar por cuenta mía durante tres meses. Los somalíes son gente nómada y les invade honda tristeza cuando tienen que pasar largo tiempo en el mismo sitio, y pienso que es una lástima forzarles a ello; incluso si en realidad se sienten contentos donde están, les hace falta un cambio de aires. Primero inventó que tenía que ir a la escuela a aprender a leer; pero en esto no quise yo ayudarle, porque pienso que es así como empiezan a volverse descontentos e inservibles. Lo que realmente ha sumido su alma en el desasosiego es que ha recibido carta en la que le dicen que su mujer en Somalilandia ha tenido un toto[36]. Aquí llevamos ya largo tiempo esperando este suceso con impaciencia y contando los días con los dedos desde mi salida de Adén, cuando estaba él allí esperando mi llegada, y entonces la situación era que se había casado y ya esperaba el niño, y ahora tiene que salir a ganar dinero para él. Los somalíes son inmensamente ricos, muchos de ellos yo creo que millonarios, pero invierten todo su dinero en ganado, y viven, visten y comen como en los tiempos de Abraham. Es una idea extraña para los europeos: la lucha por la riqueza, la gran riqueza incluso, sin la menor apetencia de lujo. Yo he preguntado a somalíes si ellos, teniendo dinero y volviendo a sus casas en Somalilandia, irían con botas, pero todos rechazaban esto con muchas risotadas de desdén. Los masai son iguales. Entre sus principales jefes hay muchos que tienen hasta cincuenta mil cabezas de ganado, además de grandes cantidades de ovejas, y son, como los somalíes, tremendamente codiciosos de dinero, pero los jefes tienen las mismas casas, llevan las mismas pieles de oveja, viven exactamente igual que los otros masai. No sé cómo han llegado a este grado de igualitarismo. Fara, en cualquier caso, me ha prometido que nunca dejará mi servicio...

No se puede menos —a pesar de la vieja germanofobia— de reaccionar contra la increíble jactancia inglesa; lo que siempre están diciendo, por ejemplo, es que ellos son «el único pueblo que tiene brain[37]», y cuando se dice constantemente que los cañones alemanes son pura basura, que ni un solo soldado alemán sabe disparar, y cuando se describen las más espantosas crueldades cometidas por los alemanes, mientras los ingleses siempre se conducen como perfectos gentlemen, resulta imposible compartir esta monstruosa actitud de beatífica autosatisfacción. Pero también estoy segura de que para Europa sería la mayor tragedia imaginable que ganaran los alemanes, y es terrible pensar que ya están en Francia. Por lo que se refiere a la crueldad, pienso que todos los pueblos civilizados se vuelven salvajes con la guerra. Pero los alemanes son los que con más desvergüenza proclaman su táctica, propia de los hunos...

Me deprime mucho oír que Mamá[38] no está bien, y pienso que seguramente ya no la volveré a ver más. Pero es casi una buena cosa que no comprenda esta guerra, pues sería terrible para ella. Cuando escribes sobre estas cosas en casa las veo con toda claridad, y cuando pienso en las sombras de la guerra, que se ciernen sobre todas las ciudades pacíficas, yo misma casi no lo comprendo. Pienso que cuando miro hacia el norte tendría que ver un inmenso incendio en el cielo, y allí están Dinamarca, Rungsted, el Sund...

A Ellen Dinesen

MBagathi, 26-10-1914

...Precisamente ahora he tenido yo una triste experiencia con mi gata, que ha vuelto a tener gatitos en el bosque; ayer por la tarde entró a toda prisa en la cocina, donde estaban los boys, primero con uno y luego con otro gatito en la boca, y los dos estaban cubiertos de grandes y repulsivas hormigas negras, que, literalmente, le devoran a una viva. Se las quitamos y dejamos a las crías en una caja, pero esta noche los volvió a sacar ella, seguramente porque tenía miedo de Dusk, y así las cosas esta mañana vino a buscarme con grandes quejidos y fue corriendo delante de mí al bosque, al lugar donde los había tenido, pero allí sólo había un amasijo de hormigas y sólo quedaba un poco de piel y huesos. Hay que tener muchísimo cuidado con las hormigas, porque es de verdadero asco si se le suben a una encima; perforan con la cabeza hasta llegar a la carne y se meten sobre todo por los sitios más desagradables.

He leído algunos libros de Tolstói y puedo decir que nunca he dado con una persona tan dotada y al tiempo tan poco comprensiva. Mucho de lo que escribe es sencillamente repulsivo, y yo preferiría con mucho la muerte a un mundo en el que sus ideales cobraran realidad. Por el

contrario, he leído un libro divertido y admirable: La Révolte des Anges, de Anatole France, y dos divertidos libros suecos: Pennskaftet, y otro, nuevo, Firman Åbergsson, que seguramente divertirán a Tommy. Aquí tengo bastante tiempo para leer, pero los libros ingleses me parecen muy malos, en general esta gente no me va. Lo que pienso con mucha frecuencia, y lo que quiero ver bien, si alguna vez vuelvo a esa tierra y ellos todavía existen, son los impresionistas franceses; en general añoro mucho todo lo francés y lo italiano, y qué encantador será cuando pueda volver a ver cosas antiguas y bellas; si es que los alemanes no lo han destruido todo para entonces...

A Ingeborg Dinesen

MBagathi, 3-12-1914

...Pienso que los ingleses que viven aquí están empezando a mirarnos con cierta prevención, quiero decir, los suecos, lo cual, por cierto, no me sorprende porque todos ellos, lo que se dice todos, son germanófilos; esto, a mí, con frecuencia, no siempre me parece agradable, porque mi casa se ha convertido en una especie de lugar de reunión para ellos, y aquí discuten la guerra y el futuro. Pero también es cierto que se han mostrado prudentes, y se han puesto a disposición de las autoridades, más que muchos ingleses. Nuestro vecino Van de Weyer ha llevado a cabo una colecta en beneficio de los belgas, y los hacendados daneses y suecos han pensado mejorar su situación dando un buen donativo para la causa «de los suecos y los daneses de Ngong», pero Dios sabe muy bien que no es nada fácil acopiar dinero en los tiempos que corren. Es una pena que ni Dinamarca ni Suecia tengan colonias; se siente uno siempre aquí como gente extraña. A mí los ingleses me resultan particularmente extraños, de modo que es una suerte para mí considerar a los somalíes y a los natives como hermanos...

El pobre Bror está completamente desesperado porque no se puede mover, pues el government le ha cogido sus vehículos, y sus bueyes se le mueren. Puedes estar segura de que habría sido una tremenda ventaja para esta finca si hubiera línea férrea con Nairobi. Hemos tratado de resolver el problema firmando un contrato con Swedo para quemar carbón vegetal de los árboles y ya tenemos veintiún montones de carbón quemados; es muy divertido participar en esto. Hemos pensado organizar un pequeño safari en Navidad, pero Bror piensa que mientras esté fuera se le mueren todos (los bueyes) como la última vez, de modo que ahora, la verdad, no sé lo que va a pasar...

Estoy muy ocupada enseñando a un cocinero que no sabe lo que se dice nada. Como yo misma tampoco ando muy allá, y además las explicaciones hay que dárselas en suajili, no resulta nada fácil, pero, a pesar de todo, no va mal. Tener a alguien que ha aprendido aquí a

cocinar a la inglesa es lo mismo que si no supiera nada. Mis ingleses nunca toman otros postres que pudín de sagú, ¿y un Robi Poli pesado como un quintal? Mi cocinero y yo hacemos ahora a la perfección hojaldre de distintas formas, natillas, merengue, crêpes, torta de varias capas, diversos suflés, cuernos de crema, pastel de manzana, pudín de chocolate, buñuelos; además se le dan muy bien toda clase de sopas, hace buen pan y bollos y asa muy bien en nuestro horno, que es malo y pequeño. Para mí es mucho mejor tener un poco de comida atrayente, y sobre todo un poco variada. He pensado hacer una carta semanal, como en las cárceles y en los asilos; aquí en realidad es eso lo que hago, para no tener que comer lo mismo día tras día. Estoy segura de que no me vas a creer si te digo que mi casa es conocida por lo bien que se come en ella; los suecos de aquí dicen que, para el gusto nórdico, es la casa mejor llevada de toda B.E.A., pero también es cierto que no conocen muchas. (Esta jactancia mía hazme el favor de no contarla por ahí)...

Por lo que se refiere a leones —que Thomas, la verdad, podía habérselo callado—, lo único que puedo decir es que pienso que ninguna persona normal puede vivir en un país donde hay leones sin intentar cazarlos. Considerado desde un punto de vista moral es posible que esté mal, pero si lo miras en relación con los leones mismos, yo diría que si alguien viene aquí y me mata en lo mejor de mi juventud de modo que muera en cinco minutos y sin haber tenido el menor aviso anticipado de lo que me espera, me sentiría sinceramente agradecida y no tomaría a mal el que me miraran durante mis últimos instantes, con profunda admiración ante mi fuerza. El plan que ha hecho la naturaleza para los seres humanos, con una larga decadencia y largos sufrimientos, es tan duro que no me parece vergonzoso intervenir con una bala rápida (herir es siempre una lástima, pero mis balas no hacen grandes estragos cuando no aciertan bien en el blanco), y hay que tener mucha suerte en algunos casos de guerra para sufrir los mismos dolores que, por ejemplo, una persona que muere de cáncer.

Por lo que se refiere a mulos, la verdad es que no me dan pena, y tampoco te la darían a ti si fueras testigo de lo malos que son. Todas nuestras mulas están gordas y bien cuidadas, pero, así y todo, prefieren que les peguen y les den patadas y las pinchen con estacas antes que moverse, y esto, yo misma...

La carta siguiente es la única de la colección que está redactada en inglés. Todas las cartas del África Oriental británica estaban siendo censuradas por causa de la guerra y, por consiguiente, debían ser escritas en una lengua comprensible para el censor[39].

A Ingeborg Dinesen

MBagathi Estate, 24-2-1915

Queridísima madre:

Hace dos meses que no sé nada de ti y casi he renunciado a la idea de escribir porque pensaba que se interviene todo el correo, pero hoy he recibido una carta de Elle, con otra de Caecilie incluida, y voy a probar suerte de nuevo enviándote a ti ésta. Tienes que dar mil gracias a Elle por su carta, no tienes idea de lo importante que es para mí en estas latitudes. Dicen que hay un correo en Adén que lleva meses retenido allí, y espero que algún día continúe su camino y me traiga buenas noticias de todos vosotros. Todas las cartas ahora habrá que escribirlas en inglés...

Aquí el tiempo ha sido terriblemente seco y no sé lo que van a hacer los pobres indígenas, porque sus shambas están completamente negras, los masai y su ganado mueren a centenares de sed y calor. También yo he sufrido mucho por esto. Bror te escribió una larga carta, ¡y en inglés también!, pero yo la rompí porque en aquel momento se sentía muy inquieto por mi causa y era muy triste toda ella. Pero ahora me siento muchísimo mejor, aunque estaba algo enferma porque me envenené yo misma con veronal. Pasé algunas noches sin poder dormir y ya sabes que eso no es corriente en mí por lo que comencé a irritarme —Elle me comprenderá— y primero probé un sobre de veronal, luego dos, anoche tomé cuatro y pensé que no iba a volver a despertarme. Bror bajó por casualidad por la tarde y trató de devolverme a la vida, pero cuando consiguió despertarme me puse a vomitar todo el tiempo y seguí así durante dos días. Después de esto me hizo ir a ver a un médico en Nairobi, que me miró con mucho detenimiento y acabó diciendo que nunca en su vida había visto una constitución tan sana. «Me tiene usted impresionadísimo —no hacía más que decirme—. Tiene usted los mejores pulmones y el mejor corazón que he visto en mi vida». Pero pensó que el calor y el tiempo seco han sido demasiado para mí y acabó recetándome varios tónicos en los que no tengo mucha fe...

Salgo en safari con Fagerskiöld el lunes a Lakepea, Aberdaire y Kenia, pasaremos cosa de dos meses, allí hace más fresco que aquí y estoy encantada de poder salir de aquí. Allí hay búfalos, y a veces también elefantes, pero, en cualquier caso, me gusta la idea de salir a ver sitios nuevos. Bror lo ha organizado todo muy excelente, es estupendo para estas cosas, todo me lo pone muy fácil. Espero que encontraré mi jardín un poco menos sahariano cuando vuelva y que la solana estará terminada del todo, ahora ya es estupendo tenerla y pasamos casi todo el tiempo en ella, pero no hay escaleras y está muy alta ...

Ahora tengo tres perros más, uno me lo regaló un joven guerrero masai, es el perro más feo que he visto en mi vida. Fara no hace más que traerme regalos también, viejos bordados y armas somalíes, lanzas, cuchillos y escudo, con mangos de plata, los somalíes son siempre muy dados a hacer regalos. Ahora Bror me ha abierto el baño y ya lo tengo listo y me está gritando que no puedo seguir aquí más tiempo, de modo

que, por ahora, adiós a todos, no sabéis lo tonta que me siento cuando tengo que expresarme en inglés. Adiós y que sigáis bien y seáis felices. Espero saber de vosotros pronto. Adiós.

Vuestra Tanne

Ya para esta fecha estaba Karen Blixen seriamente afectada por la sífilis que había contraído como consecuencia de su matrimonio con Bror Blixen. El profesor Mogens Fog, que fue su médico durante muchos años, ha publicado en el tercer anuario de la Sociedad Karen Blixen, BLIXENIANA, 1978, un informe sobre la historia clínica de Karen Blixen, estructurado sobre material documental factual y anotaciones propias. Escribe en él, entre otras cosas: «Karen Blixen nunca mostró el menor indicio de sífilis cerebral, solamente una limitada dolencia en la médula espinal. Tuvo que darse cuenta temprano de la infección porque ya en 1914 se dirigió a un médico inglés en Nairobi y éste la trató con tabletas de mercurio. Pero no se curó. En carta a su madre escribió en mayo de 1915 que tenía mucha fiebre. El médico le recomendó ir a Dinamarca y en junio llegó a Copenhague.

»Aquí visitó inmediatamente al profesor de enfermedades venéreas y de la piel, doctor C. Rasch. Éste, en sus notas de la última hospitalización, en 1925, hizo un resumen del curso de la enfermedad y de los reconocimientos.

»Entre julio y diciembre de 1915 se le hicieron cinco pruebas Wassermann en la sangre (una reacción específicamente sifilítica), y de ellas solamente la primera resultó positiva, luego todas las demás pruebas sanguíneas fueron normales. Los fluidos de la médula espinal mostraron en septiembre de 1915 un fuerte aumento de células sanguíneas blancas, un ligero aumento en pruebas ulteriores, pero en lo demás normal, en ningún momento reacción Wassermann positiva. La normalización temprana de la reacción Wassermann en la sangre significa que se había parado en su segunda fase la sífilis “activa” y, con ella, el riesgo de infección... Rasch le dio en 1915 dos series de inyecciones de salvarsán, pero este tratamiento, evidentemente, no era asequible todavía en Nairobi...»

A Ingeborg Dinesen

París, 28-5-1915

No tengas ningún miedo. Todo va bien.

Mi querida y dulce madrecita:

Acabo de comer con el barón Bech Frijs, y me ha dicho que si me doy prisa todavía puedo enviar una carta por medio de un sueco que regresa hoy. Pienso que es mejor que telegrafiar, y envío ésta con el sueco para decirte que estoy aquí, en París, camino de Londres, para hablar allí con un especialista en enfermedades tropicales. Me he vuelto a sentir mal, y el médico de Nairobi me explicó que debería volver a casa para un change of air. Ellos pensaban que si aquí no me repongo enseguida me exponía a no liberarme ya nunca de mi fiebre o incluso de coger Black Water[40], que se coge por tomar demasiada quinina (pienso que es una especie de enfermedad de la vejiga), y sobre todo cuando me dijeron que, después de esta enfermedad, se expone una a no tener hijos (pero es mejor que de esto no hables con nadie), pensamos Bror y yo que no tenía sentido seguir allá; en fin, que vendí todo mi trading shauri[41] y cogí un barco ocho días después y el viaje ha sido estupendo y ya me siento enormemente mejor y he engordado mucho.

Parece ser que ahora en Londres hay una especie de inyecciones para la malaria que la curan a una por completo; un médico en Nairobi me puso una, pero lo único que saqué de ella fue un serio envenenamiento de la sangre en el brazo. Pero a lo mejor no es necesario, y, en cualquier caso, pienso volver a casa lo antes que pueda, pero sólo por un tiempo corto. Créeme, estoy harta de estar sin Bror; saluda de mi parte a la tía Clara y dile que él lo pasa estupendamente bien y que yo llego enseguida y le llevo abrazos de parte suya. Vivo en casa de Henrik, y allí podéis telegrafiar cuando recibáis esta carta. Fara me acompañó hasta Marsella, porque me encontraba bastante mal al salir de Mombasa, pero desde allí le mandé de nuevo a casa. Vivo en la misma pensión que en 1910; vive también aquí el agregado sueco, que hace de agregado militaire. Hoy he oído cañonazos, estaba mirando las rosas en Bagatelle; disparaban desde un zepelín que volaba sobre nosotros.

Querida madre, qué estupendo va a ser veros a ti y a todos vosotros. No tienes que preocuparte por mí; estoy, de verdad, mucho mejor, y me siento fuerte, y aquí se está muy bien. Los submarinos no me dan el menor miedo, pienso ir por Bergen y el 15 de junio me tenéis en casa. Os abrazo a todos y me alegro infinito de veros.

Vuestra Tanne

A su vuelta a Dinamarca, en junio de 1915, vivió Karen Blixen más de un año con su madre en Rungstedlund, además de los tres meses en total que había estado hospitalizada para reconocimientos y tratamiento de su enfermedad. En 1916 se casaron sus dos hermanas[42], su hermano Thomas aprobó un examen en el instituto politécnico y solicitó después ir como voluntario a la guerra mundial, del lado francés. Tanto su padre

como su abuelo habían ganado la cruz de la legión de honor como oficiales en el ejército francés, y Thomas Dinesen pensaba que también él debía participar en la lucha contra la amenaza de la invasión alemana de Europa. Como escribe él mismo en Tanne: «En el verano de 1916 expliqué a madre mi decisión, y ella enseguida se deprimió mucho y no acababa de comprenderlo. Le pedí entonces a Tanne que me ayudara, y después de hablar ella a solas varias horas con mi madre llegamos a un acuerdo completo. A partir de entonces no recibí más que apoyo cálido y cariñoso, hasta que volví a casa, sin ninguna herida, del ejército canadiense, en enero de 1919.

»En el verano de 1916 llegó Bror a pasar unos meses a Dinamarca, y Tanne se volvió con él a Kenia en noviembre, llena de fe en el porvenir de la finca. Por causa de la guerra casi todo cuanto se producía en Kenia era enviado a Europa a precios altos —Tanne y Bror habían dado con el lugar más apropiado para su porvenir, o así parecía por lo menos. Formaron una gran sociedad, la Karen Coffee Company, Ltd., muchos de la familia pusieron dinero en ella, compraron acciones, y se obtuvo un crédito bancario por un millón».

Ahora podían cumplirse los deseos de Karen y Bror de tener una casa más señorial. La sociedad compró la casa con la tierra en que estaba emplazada, como sabemos por Memorias de África. El 10 de noviembre de 1916 Karen Blixen y su marido viajaron por Göteborg a Londres, donde se alojaron en el Carlton Hotel. En un principio habían pensado ir a Marsella por París, pero como tenían que seguir hasta África con el cuñado de Bror, Gustaf Hamilton, y se les desaconsejaba la ruta Marsella-África por causa del peligro de torpedos en el Mediterráneo, llegaron a la conclusión de que lo mejor iba a ser coger un barco en Londres, y reservaron cabinas en el Balmoral Castle, en principio lleno, partiendo para Durban, en África del Sur, vía El Cabo.

Karen Blixen escribe a su madre en noviembre de 1916: «Fue para mí un verdadero dolor no ir a París. Pero no se podía pensar en viajar en el peor año de la guerra como si estuviéramos en plena paz. Es curioso lo “marino de altamar” que se vuelve uno cuando ya ha viajado por mar una vez; las grandes rutas vuelven a tentar con gran fuerza, y para mí es una verdadera delicia ir en coche por Piccadilly. Si alguna vez llego a tener dinero me iré a vivir a una gran ciudad; hay en ellas algo que es inexplicablemente encantador. —Y muy maravilloso es que nuestra idea de la vida sufra un cambio tan total ante el primer soldado que vemos. Duele, pero es sobre todo por encontrarse una con los grandes, violentos y emocionantes acontecimientos, por ver la vida y la muerte en una figura tan igual y rutinaria, por la vergüenza que se siente ante la pequeñez de las propias inquietudes y, aunque parezca raro, por una especie de amargo dolor al no poder participar en ello. Pienso mucho en Tommy —en nuestro propio Tommy debo decir, porque aquí todos son tommies[43]— y le comprendo muy bien. Lo terrible es que la guerra existe realmente; que arrastra a la gente, que es casi inevitable, de una forma o de otra, y aquí, en Londres, se siente de verdad lo que antes se intuía en casa, que el que se zafa de ella se zafa quizás de la vida misma

—(“el que huye del destino no gana felicidad. Lo que se gana por fuera se pierde en el propio interior.”)—. Las grandes tormentas se han levantado y estamos en sus manos, y, en consecuencia, se impone un sentimiento de solidaridad que crece por momento; y da fuerzas, pero ¿de dónde sacar fuerza suficiente a pesar de todo?...»

Al día siguiente escribe así en carta a su madre: «Sólo un par de líneas para decirte que estamos bien y mañana por la mañana salimos de aquí, nos vamos del encantador Londres, donde por mi gusto yo me quedaría más tiempo. Hemos tenido que pasar todo el tiempo por tiendas, comisarías legaciones, bancos, oficinas de líneas marítimas, etcétera. Hoy hemos estado con la reina Alexandra, que estuvo increíblemente amable y simpática, luego comimos con Henrik, en la legación sueca, y estuvimos en varias tiendas, y luego vinieron los Reventlow a cenar aquí con nosotros...»

Hacia el 20 de noviembre zarpó finalmente el barco.

A Ingeborg Dinesen

UNION-CASTLE LINE

R.M.S. BALMORAL CASTLE

Lunes, 27 nov. (1916)

...Debíamos llegar a El Cabo el día 8 y pasar allí dos días. Luego tenemos cinco o seis días de viaje hasta Durban, con cortas paradas por el camino en East London y Chinde; en Durban tenemos que dejar este barco y esperar otro, de la línea British India, y esto, como mucho, puede llevar catorce días...

Éste es un barco muy bonito, y no está lleno, pero la gente que va en él es de lo más corriente, lo cual es natural en tiempo de guerra, cuando sólo viajan los que tienen necesidad de viajar. Muchos de ellos son oficiales, y la mayor parte ha estado en el frente, pero los ingleses tienen una curiosa particularidad, que siempre son idénticos, por muy distinto que sea lo que les pasa por la cabeza, así como lo oyes, desde que tienen diez años hasta que cumplen los noventa. No piensan en otra cosa que en sus games de cubierta, y si no supiéramos que hay guerra se podría pasar una el viaje completo sin enterarse...

Bror está estupendamente bien y muy simpático, ayudándome siempre, y disfruta de estar en el barco y descansa mucho, preparándose para el trabajo que le espera en África. Tiene muchos planes para organizar

Swedo y la tierra de la costa, de modo que vamos a estar bastante ocupados. Me alegro mucho de poder organizar mi casa...

A Ingeborg Dinesen

HOTEL EDWARD

BEACH, DURBAN

7 de enero de 1917

...El 27 salimos de aquí para Maritzburg... Por medio del cónsul sueco conseguimos una invitación de un viejo granjero, el Hon. Joseph Baynes[44], que es el que ha racionalizado toda la agricultura de Natal, y nuestra visita a su finca fue verdaderamente interesante y divertida, y vimos allí a gente de lo más simpático que he visto en mi vida. Su propiedad se llama Nel's Rust —el Reposo de Nel—, y Nel fue el abuelo materno de Botha; es absolutamente como un pequeño reino autosuficiente, con cientos de magníficos animales y de natives que, en su mayoría, nacieron allí en segunda generación, y que parecían querer al viejo Baynes. Éste era un gran tipo excéntrico, vivía solamente para su finca, pero estaba muy puesto en la Biblia y en Shakespeare; conocía a todo el mundo en Inglaterra y se le invitaba a todas las grandes casas siempre que iba allí de visita, y había estado en la coronación del rey Eduardo y en la del rey George, pero no quería dejar su Nel's Rust por nada de este mundo.

Desde hace un par de años estaba enfermo y tuvo que ir a Europa para una operación importante. Todos sus indígenas fueron a pedirle que dispusiera que llevaran su cuerpo para ser enterrado allí; en cuanto se sintió mejor en Inglaterra fue a una gran empresa de gramófonos y les hizo grabar un discurso en kafir[45] dirigido a toda su gente en el que les decía que seguía vivo y que volvería a ellos, y la empresa entonces envió el disco y lo pusieron en su gramófono en la solana; y su representante allí dijo que jamás en su vida había visto gente tan emocionada como aquellos indígenas al oírlo...

Un telegrama enviado desde MBagathi el 26-1-1917, y recibido en Rungsted el 29-1, comunicaba que Karen Blixen y su marido habían llegado a la finca.

A Ingeborg Dinesen

MBagathi, 1-2-1917

Mi querida madre:

¡Por fin estamos de nuevo en casa! Es como un sueño volver aquí, y como un sueño dar vueltas y verlo todo otra vez. En alguna ocasión tendrá que venir alguno de vosotros a estas tierras y unir nuestro mundo con éste; ahora se parecen demasiado a dos existencias distintas. Todo sigue bien aquí. La finca tiene un estupendo aspecto, y en Swedo todo va mucho mejor que nunca. Es curioso que haya llovido, y todavía sigue lloviendo todos los días, es rarísimo para esta estación; ojalá no quiera decir que no vamos a tener lluvia en abril, cuando llegue el momento de plantar. El café va muy bien, aunque la helada lo ha retrasado.

La casa ha mejorado increíblemente desde que nos fuimos. El pórtico y la solana se han cubierto de verde y dan mucha sombra; en mi dormitorio hay ahora una gran bow-window que lo hace el doble de grande y lo airea mucho. El jardín está verde y lleno de flores y el parque muy bello con hierba verde muy tupida bajo los árboles. A pesar de todo te diré que me alegro de mudarme a Swedo; he estado allí y la casa es deliciosamente fresca, las habitaciones son muy altas y ventiladas y tendremos unas vistas bellísimas en cuanto hagamos talar y podar un poco los alrededores. Hay que arreglar muchas cosas todavía, porque ha llovido mucho, y hay cosas que reparar, pero en un mes o así espero estar ya viviendo allí y os enviaré muchos pensamientos de agradecimiento.

Fara vino a esperarme a Mombasa y fue muy emocionante volver a verle. Hassan y el viejo Ismail han venido aquí a saludarme; toda nuestra gente está contentísima de que estemos otra vez en casa. Puedes creermelo que fue divertido ir en coche por esta tierra de nuevo y ver los animales salvajes...

Después de todo lo que he visto en Natal, esta finca es sin duda una finca modelo y la tierra aquí es mejor que ninguna otra de las que he visto. Bror escribe al tío Aage de todas estas cosas. Fue una lástima para Bror que Bursell se despidiera el primer día, sin más. Ahora sin duda podrá conseguir un puesto mejor pagado aquí; todos los sueldos aquí han subido increíblemente, y él se considera demasiado competente. Pero fuimos nosotros quienes le ayudamos y le pusimos en condiciones de poder tener estas oportunidades; está visto que no se puede contar con la lealtad de este tipo de gente. Ahora Bror ha aceptado sus exigencias —sesenta libras esterlinas al mes y un diez por ciento—, en espera de una respuesta del tío Aage, a ver si conseguimos otro, a ser posible danés...

A Ingeborg Dinesen

MBagathi, 13-3-1917

Queridísima madre:

Ya sé que hace tiempo que no escribo, pero es que hemos estado otra vez de viaje por ahí y hasta ayer no volvimos a casa.

Me acaba de llegar la noticia de la muerte de Daisy[46]; Else me escribió dándomela, fue muy amable por su parte. Para mí ha sido una terrible pena. Pienso que es como si muchísimos colores y muchísimo brillo desaparecieran de la vida con ella, y también gran parte de mi juventud. Aunque en estos últimos años la había visto muy poco, hay escasas personas cuya falta voy a sentir más, y ahora me doy cuenta, con su muerte, de cuantísimo he pensado en ella a pesar de todo, y si alguna vez llegásemos a tener algo de dinero, habría querido hacer algo por ella. Era una persona maravillosa, de las mejores que he conocido. Pienso que no se puede decir que haya sido desdichada. Se alegraba más de vivir que la mayoría de la gente, siempre estaba ocupada con algo y tenía muchísimos intereses, y era querida como muy pocas personas. Yo habría cambiado con gusto mi vida por la de Daisy.

No comprendo en absoluto que ya nunca la voy a volver a ver. Siempre me acuerdo de ella en Asís, y fue maravilloso que una persona moderna como Daisy pudiera entrar en ese mundo y llegar a formar parte de él, como hizo ella. Pobre Henrik, no sabes la pena que me da; fue buena cosa que Daisy estuviera con él cuando murió. Es el único que ha sido verdaderamente bueno para con Daisy, y aunque es la única persona con quien se puede decir que ella en su vida se ha portado mal, a pesar de todo pienso que, unas cosas con otras, le ha hecho más bien que mal. El tiempo que ha pasado con ella es sin duda la única vez que ha vivido de verdad, y esto él mismo lo comprende así. Hay poquísima gente capaz de elevar la vida sobre las cosas cotidianas y darle poesía, y a pesar de todo pienso siempre que lo que más se siente por esa gente es agradecimiento.

Acabamos de volver de una gira por la finca de Uasin Gishu. Ha sido una gira larga y dura; la verdad es que yo hubiera preferido no ir, pero entre que Bror siempre insiste en que le acompañe y vea todas las distintas secciones de la Karen Coffee Co., y también que yo misma me doy cuenta de que así es mejor... Durante el camino de vuelta estuvimos en la Government Sale[47] anual de Naivasha; es aquí un acontecimiento tan importante como el Derby; fue divertido verlo, y encontrar a unas pocas personas. Lord Delamere y Galbraith Cole estaban allí, y también los Buchanan, con quienes viví en Gil Gil, Van de Weyer y algunos oficiales a quienes había visto en la reserva durante la

guerra. Yo habría preferido que desde el principio nos hubiéramos dedicado al cattle y no al café, es una vida más agradable y más simpática la gente a la que se trata; pero cuando empecemos una lechería modelo vendrán sin duda muchos ganaderos a verla...

He llegado a un acuerdo con Fara: me proveerá de huevos, mantequilla, carne, aves de corral y hortalizas por dos libras y diez chelines a la semana. Pienso que sacaré beneficio, pero por otra parte yo quedo libre para siempre de preocuparme de esas cosas, que es muy pesado. Fara recibirá siempre lo mismo, por mucha gente que venga a comer aquí, y para mí no es tan corriente poder hacer un presupuesto y saber que me basta con mis ingresos...

A Ingeborg Dinesen

Frydenlund, 24-3-1917

Queridísima madre:

Ésta es mi primera carta desde Frydenlund, a donde ahora nos hemos ido a vivir, y donde estoy encantada, a pesar de que por el momento vivo en un verdadero caos. Aquí los obreros no han hecho absolutamente nada en los dos meses que hace que les di instrucciones, y el tejado se ha hundido y el suelo se ha levantado, pero a pesar de todo es estupendo estar aquí, donde siempre hace fresco, y es maravilloso tener de nuevo habitaciones grandes; para mí tienen el aspecto de salas, aunque en casa ciertamente nunca nos parecían impresionantes...

He empezado a pintar otra vez, pero por el momento hay aquí demasiado caos y dispongo de poco tiempo. Tengo tremendos deseos de volver a salir al aire libre a cazar. He recibido de Sjögren, con la casa, un arma de fuego que es buenísima. Aquí no tengo más remedio que limitarme a cazar palomas; ayer por la tarde maté veintiuna...

Tengo que contarte lo que se dice aquí de Von Lettow. Se le considera el genio más grande de nuestro tiempo. Es verdaderamente interesante haberle conocido. Se dice que toda su táctica consiste en mantener viva la guerra aquí, hasta que se alcance la paz en Europa, para que Alemania pueda reivindicar G.E.A., y que él está ateniéndose a esta táctica con increíble tenacidad y eficacia.

Fara está aquí, detrás de mi asiento, y charla conmigo en cuanto me ve dejar la pluma. Cuando Bror está ausente lo pasamos muy bien él y yo

juntos por la tarde; él me da todas las noticias imaginables de la gente de Somalia...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, Nairobi, 1-6-1917

...Estoy aquí, escribiendo en el cuarto de fumar u oficina de Bror —en Frydenlund—, la única habitación que está ya como Dios manda... Estoy muy contenta con esta estancia; tiene una gran ventana de diez pies de anchura hasta la solana y siempre está agradablemente fresca y con luz suave; tenemos en ella muebles de Sjögren y algunos nuestros de MBagathi, y para Bror es una gran ventaja tener un cuarto propio, donde puede escribir y guardar sus papeles. Sólo hay una puerta, como en la oficina de casa, de modo que no existe ninguna otra entrada y sólo entra la gente que tiene algo que hacer aquí. Es también muy agradable para mí, cuando estoy, como ahora, sola al atardecer, disponer de un cuarto tranquilo y retirado...

Mis dos perritos, Askari (policía) y Banja (la rata), están echados aquí; Bror tiene consigo a Dusk —no puede prescindir de él, se lo lleva a los hoteles y se lo sube a los coches—. Estos dos nacieron justo cuando llegué yo aquí, y son muy graciosos, porque se parecen muchísimo a Dusk, tanto de aspecto como de carácter. Es tristísimo haber perdido a Dawn, su madre. Un leopardo se la llevó. Era una perra increíblemente buena y lista, y, al contrario que Dusk, me tenía a mí un cariño especial, pero era demasiado valiente. Todos los perros duermen en la solana, y una vez oí de pronto en plena noche un violento estrépito, y cuando salí ya no había allí ningún perro a la vista; después de mucho buscar encontré a los dos pequeños temblando en un rincón, a Dawn no la hemos vuelto a ver...

La guerra está volviéndose un peso cada vez más pesado para nosotros, todo se vuelve complicado y difícil, muchas cosas son completamente imposibles, y lo peor de todo es que se van a llevar a muchísimos natives a G. E. A. como porteadores o faquines; ya ves que los problemas laborales se ciernen como sombras cada vez más espesas sobre todos nuestros planes en estas tierras. Me alegro de tener boys tan buenos, Fara, Juma, que estaban en MBagathi y lo tenían en buen orden cuando nos fuimos, un boy bastante viejo, Esa, que es una verdadera perla —había pasado catorce años en un mismo sitio hasta que se vino con nosotros—, un cocinero somalí verdaderamente estupendo de quien, sin embargo, tengo fuertes sospechas de que sea un ladrón, y un muchachito somalí de nueve años, Abdullai, que a mí me encanta. Conmigo se porta exactamente como con una vieja niñera; pero a esa edad los negros son también mucho más eficientes y más de fiar que los blancos de la misma edad...

Bror mató hoy una pitón de quince pies... Habíamos salido e íbamos a ver la finca, no lejos de aquí, pero, con mirada profética, acababa yo de decirle a Bror que creía que había pitones cuando vimos moverse la hierba para dejar paso a una gran serpiente. La hierba es ahora muy alta, de modo que tuvimos mucha suerte de que Bror le diese, sin embargo la bala apenas le pasó rozando, y la serpiente se puso verdaderamente furiosa, se levantó y golpeó a todos lados. Con su largo cuerpo, de colosal fuerza, pueden golpear en dos lados con veinte pies de separación en un segundo, y nunca he visto nada con tal aspecto de furia. Yo estaba casi fuera de mí misma de espanto, porque el tonto de Dusk se puso a correr detrás de la serpiente, y ésta le dio un golpe en el hocico, haciéndole sangre, y yo, que sólo podía verle la cabeza y un trozo del cuerpo sobre la hierba, pensé que era una de las grandísimas mambas venenosas. Y entonces Bror le acertó en la cabeza. La piel es bonita, y he pensado enviársela a Hellstern, en París, para que me haga con ella un par de zapatos.

Ahora tenemos en la finca más de cien acres de plantación de lino. Es precioso, parece tierra familiar, y el color fresco, bonito y verde es algo único por estas latitudes, donde los colores son muy secos. El olor es agradabilísimo, como un fondo de bosque plantado de anémonas en primavera. La hierba que planté bajo los árboles en torno a la casa ya es también de un verde muy agradable; claro que hay que reconocer que he tenido una oportunidad única gracias a la lluvia tan fuerte y seguida. Del jardín botánico de Durban me llevé muchas palmeras y arbustos floridos que he plantado aquí, y son verdaderamente dignos de atención...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 14-6-1917

Queridísima madre:

Me acaba de llegar —no sé si retrasada del correo anterior o con el siguiente— una sola carta tuya, escrita el día de mi cumpleaños. Voy a contestar a ella inmediatamente, aun cuando sólo sean cuatro letras, porque me escribes que Tommy se va de viaje a América, vía Bergen. Querida madre, cuánto querría yo estar junto a ti y tenerte en mis brazos. Las dos pensamos completamente lo mismo sobre este querido muchacho, que lo primero y más importante es su felicidad, que tiene que deshacerse de esa sensación de inutilidad y aislamiento y habituarse a la compañía de los otros, sentirse parte de la vida, «y si no se arriesga la vida nunca se ganará la vida»[48]. Tommy se da cuenta perfectamente de sus propias faltas y defectos en este sentido y

encuentra difícil llegar a ser algo y lo único que cabe en su caso es que se emancipe dejándose llevar, y no sólo de una idea, sino a través del «bautismo de la acción».

Pero tú, querida madre, tienes que sufrir las consecuencias de tener hijos tan maravillosos, que sólo se liberan con una revolución o yendo a una guerra mundial; otros, y no es, en absoluto, distinto, se liberan yendo al colegio de Frederik Zahle o aprendiendo a conducir, con la ventaja de que así no hacen sufrir a nadie. Y a pesar de todo no son tan pocos los grandes hombres de este mundo, exploradores del polo norte, artistas y gente del Ejército de Salvación, cuyas madres han tenido que juntar las manos y consolarse pensando que el destino y la felicidad de sus hijos tiene que ir por esos retorcidos caminos —y además, si te paras a pensarlo, los peligros son los mismos, más o menos, en la oficina de un ministerio que entre los icebergs—. No sé si te acuerdas del cuento de la cigüeña —los dos hombres que vivían en una casita triangular, y el agua que salía del estanque de los peces, etcétera—, todavía con frecuencia me sirve a modo de explicación de la vida, y pienso siempre en él como, en su tiempo, la reina Draga. Precisamente cuando piensa una que se va a caer sin remedio —«cae en un foso y se vuelve a levantar»— es cuando está una a punto de realizar la obra de arte de su vida, su microcosmos. Yo misma he experimentado esto en mi propia vida, y los momentos más grandes han sido precisamente cuando he podido vislumbrar la cigüeña (haz el favor de no entenderme mal).

Incluso si a Tommy no le aceptan, o si le aceptan y llega a darse cuenta de que todo esto que a él ahora le parecen grandes visiones no es más que horrible y monótono, por lo menos habrá hecho las paces con su talento y con sus fuerzas y se habrá quitado algo de encima para siempre.

Bror está en Mombasa, pero hablé anoche con Fara sobre Tommy y te aseguro que hay que tomar en serio la inamovible fe de los musulmanes en el destino; no es una de esas cosas que se dicen, sino la sabiduría vital que da a gente completamente ignorante como Fara una paz y una superioridad verdaderamente sorprendentes. Si exceptuamos a los indígenas, se encuentra aquí —en medio de los atroces muertos vivos de la mediocridad de la clase media inglesa— a personas que pura y simplemente buscan los valores esenciales y originarios de la existencia. Uno de éstos es por ejemplo lord Delamere, otro Galbraith Cole y algunos de the Dutchmen[49] como Posma y el viejo Kolbe, de quienes ya te he escrito. Y hay algo en los ingleses que no queda más remedio que admirar, en la visión clara, como genial y sencilla, con que comprenden su propia naturaleza y la siguen sin miedo alguno. Pienso que Tommy se parece a ellos, pero le falta el aplomo o la fe en el derecho de su propia naturaleza, tienes el ejemplo de lord Delamere, que ha vuelto las espaldas a todo lo que hay en Inglaterra y vive entre los masai. A pesar de que estos hombres son incomprensibles para gente de conveniencias como Gustaf Hamilton, que no conseguirá jamás explicarse el que a Cole le guste más vivir en su finca de Elmenteita que en el Carlton Hotel—y seguramente descendientes del inglés

cuadriculado de «Pontemolle», y de la misma mentalidad—, yo creo que son la gente más feliz del mundo, y pienso que Tommy se les parece, y también que podría ser muy feliz aquí; pienso igualmente que también podría serlo entre camaradas en una trench[50], pero creo que últimamente no ha sabido apreciar las felices circunstancias en que vivía, y que le ha oprimido una sensación de desagradecimiento y de absurdo. Pero creo que esto mismo les pasa a la mayor parte de los jóvenes que viven en la casa de su niñez. Ningún idilio en el mundo puede hacerles felices, porque aspiran a hacer proezas —«Amaba la gesta que acechaba adormecida bajo las estrellas; aspiraba a devenir el eco de una gesta cantada»—, y mientras sus hogares les echan de menos, al mismo tiempo les reconquistan, porque ellos, desde lejos, ven el hogar con más claridad y ejerce en ellos más poder que de cerca, hasta el punto de que acaba atrayéndoles de nuevo, irremisiblemente, con recuerdos de juegos y de ternuras.

Amada madre, aquí expreso, mal quizás, lo que quiero decir, pero ¿qué hacer? La gran distancia es inamovible, y todo esto lo pienso yo diría que abrazándome a tu cuello, y apenas consigo ponerlo en el papel. Cuando pienso en ti y en Tommy y en que tenéis que separaros, mi corazón se llena de temor y emoción, porque vosotros dos os parecéis el uno al otro y sois para mí lo más bello que he visto en mi vida y os quiero a los dos muchísimo. Pero también veré lo maravilloso que será volvernos a encontrar.

Cada vez que me propongo escribirte sobre mi vida diaria ocurre algo que lo deja carente de sentido, primero Ea, luego Tommy. Pero ya verás, querida madre, que de la angustia y de la inquietud de los grandes sucesos y de todo lo que tú piensas que te agota y te desgarrar sale una bellísima cigüeña —«la vida misma»—, y en tal volumen que en ninguna imaginación o sueño se ha podido formar jamás nada lejanamente tan bello y rico.

Te abrazo, mi querida madre.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 11-8-1917

...Desde que se fue Tommy de casa ninguno de los dos estáis lejos de mis pensamientos un solo minuto, y a ti te tengo presente cada instante del día. Puedes creerte que me alegré de sus cariñosas cartas, la primera desde el vapor y luego también desde Nueva York. Se podía ver en cada

línea que el mundo se había abierto para él, que estaba gozando de todo, de su juventud y de su libertad y de su independencia; pero dado su carácter pienso que nunca habría podido ser así de no ser porque algo más grande, algo que le atraía mucho más, y más importante, lucía en lo más hondo de su ser, y es por esto en gran medida por lo que uno le quiere. Pienso todo el tiempo en padre y en la abuela, cuando fue padre a la guerra francesa; para ella debió ser casi más duro todavía que para ti —aunque el dolor sin duda fuera el mismo—, y luego pasó la angustia y le recuperó; yo no puedo menos de pensar que la abuela a veces se sienta contigo en tu cuarto de estar por esa lejanísima atracción que indudablemente une a todas las madres, y por esa maravillosa comprensión vuestra por todos esos hijos imposibles de comprender que vosotras, benditas, milagrosas madres, tenéis, y que os explica sin necesidad de palabras y con claridad absoluta la extraña manera de ser del pequeño Wilhelm o del pequeño Thomas, y lo que cada uno de ellos necesita.

Créeme, madrecita, me doy cuenta de que «una madre es una mártir», pero por eso precisamente se la ama por encima de lo humano. Nunca jamás olvidaré lo que era para mí poder dejar en tus manos toda la inquietud y todo el dolor que me acuciaban; y entonces, de pronto, desaparecían, como cuando una, de pequeña, había roto una taza. Es un milagro que nadie, lo que se dice nadie más que tú podía hacer; ninguna otra persona, aun cuando fuera la más prudente y la más sabia del mundo, puede iluminar su rostro mirándome y darme paz, sólo tú, y sé que cuando regrese a tus brazos volverá todo a ser igual de infinitamente feliz. Regresar a los brazos de una madre y ser recibida en ellos es el mismo milagro eterno y natural que cuando florece el bosque todos los años; la tierra, abierta y desolada, donde soplan todos los vientos contra una, se ahueca súbitamente en bóveda, a modo de refugio, como un cobijo, y todo, al mismo tiempo, libre y vivo y fresco, se inclina sobre mí como para bendecirme, y por ese camino marcha una bajo una bendición permanente...

A Ellen Dahl

Bogani, 13 sept. 1917

...No puedes hacerte idea de lo que me alegró tu carta desde París, y pienso que es maravilloso que tú y Knud, en París, penséis en mí, y también que podáis daros cuenta y disfrutar de las bellezas de París y de Francia... Cuando estuve yo allí, también durante la guerra, en 1915, París me parecía irradiar un resplandor como ningún otro sitio del mundo, y la dureza de la guerra no contradecía en nada absolutamente la belleza y la vida de París, y además pensé que era ése precisamente el principal encanto de París y, en general, de Francia —y el más grande don del sur, que todo, allí, se convierte en armonía; saben reunir todos

los distintos elementos de la vida y hacer de ellos belleza—. Todo lo que en las naturalezas incompletas, insatisfechas, se vuelve contrastes: cuerpo y espíritu, naturaleza e ideal, teoría y práctica, arte y vida, vida y muerte, resuena allí fundido en un solo y bellissimo acorde. Me gustaría que nos pudiéramos ver los cuatro, nosotros y tú y Knud en París en 1919, cuando vuelva a casa. Para mí Francia es tierra santa; de allí surgen belleza y libertad, los poderes más divinos de la vida...

Últimamente se ha estado muy bien aquí —es lástima lo mucho que llueve por estas fechas, con gran desesperación de Bror, que es ahora cuando cosecha lino—, pero a pesar de todo entre los días de lluvia tenemos días que son absolutamente perfectos, como en mayo en Dinamarca, con todo el verde lleno de frescor y el aire como en Fontainebleau, diría yo. Tengo un prado delante de la casa; sí, y también todo en torno a ella, porque Njovana Bogani —la Casa del Bosque— está situada en medio de un gran bosque, pero no he llegado a talarlo a máquina excepto delante de la casa —lo que les ha caído muy bien a los totos, que cuidan las cabras; a veces tengo aquí hasta cien cabras kikuyu y ovejas y pequeños de piel oscura que las cuidan, y con la suave sombra de los árboles contra la hierba no se podría desear espectáculo más arrebatador en Arcadia. Entonces tocan la flauta y bailan; el último domingo celebraron un gran baile, más de mil personas, delante de mi casa...

Tengo a Fara, que es un verdadero ángel, y boys que, en general, no tienen rival, y un muchachito somalí de diez años que se llama Abdullai y que diría yo que es al que más quiero de todos, como si fuera mi propio hijo. Fui a visitar a su madre en la ciudad somalí, en Nairobi, el otro día; es divertido ver cómo viven y, no creas, los somalíes tienen muchas cosas bonitas, sobre todo saben trenzar y bordar muy bellamente con paja de colores. Me tiene irritada el libro de Johannes Poulsen[51], donde dice que el islam deja desnudo el espíritu. A mí me parece que no hay gente con más orgullo de sí mismos y paz y valor y dignidad que los musulmanes; mis mejores amigos son musulmanes, y están muy por encima, pero muchísimo más, que los ingleses que tenemos aquí. Como Johannes Poulsen no ha pasado de Port Said, cuando se expresa así es como si alguien hubiera visto Nyhavn y Lille Kongensgade[52] y luego emitiera su juicio sobre toda la cristiandad, y quien, por lo demás, carece de sentido es Johannes Poulsen; lo que me admira es que un libro tan completamente lleno de lugares comunes y tan banal haya podido tener éxito en Dinamarca...

A Thomas Dinesen

Ngong, 12-1-1918

Mi querido Tommy:

Muchas, muchísimas gracias por tus dos cartas de Inglaterra, que me llegaron justo para Nochebuena y fueron el mejor regalo de Navidad que habría podido recibir. Te mandamos un telegrama, pero me temo que no lo habrás recibido; pero, aun sin telegrama, sabrías sin duda que hemos pensado en ti y que deseamos todo lo mejor del mundo, y que el próximo año tenemos que estar juntos todos aquí y celebrar la Navidad ante nuestras hogueras del campamento, «en la reserva masai[53]».

Pienso en ti todos los días, mi viejo Tommy, y no sabes las ganas que tengo de verte pronto, y oírte contar todo lo que has visto y experimentado. Hablaremos también de los viejos días en casa, del vuelo de los patos salvajes, de las tormentas de nieve de Finse y de la saga de Olav el Santo y de d'Artagnan y Porthos. Tu pequeña foto de uniforme, que me mandaste con la última carta, la tengo sobre la repisa de la chimenea, y estoy muy orgullosa de enseñársela a todos los que vienen aquí, y explicarles que tengo un hermano que es soldado...

Anteayer fui a ver las moving pictures y vi escenas del frente y la batalla de Arras, y a pesar de que en realidad no era posible hacerse una idea, porque no se oye el terrible estruendo, resulta tremendamente impresionante. Lástima que sólo se viera a soldados ingleses, porque aunque yo ahora estoy más íntimamente relacionada con ingleses no hay que olvidar que también están los franceses, con quienes late mi corazón; y si no fuera porque a lo que tú ibas era a participar en la lucha de Francia me habría resultado muy difícil hacerme a la idea de tu marcha, ¡y bien difícil que me resulta a pesar de todo! Pienso que en esta terrible guerra se ha juntado todo: el cristianismo, la cultura, los ideales humanos. Sólo una cosa luce sobre las ruinas: el santo nombre de Francia, como en tantas otras ocasiones. ¡Dios mío, que no sea ésta la última vez!...

Ahora se dice por aquí que la guerra ha terminado, aunque todavía no han cazado a Von Lettow, y estoy convencida de que no le van a cazar nunca. Es una bella cualidad de los ingleses esta de reconocer y admirar el valor y la grandeza de sus enemigos; de Von Lettow todos ellos hablan con gran aprecio, y dicen que es uno de los mejores hombres que, en general, tiene Alemania en esta guerra. Yo pienso que es interesante haberle conocido; no es tan frecuente en la vida encontrar gente de esa calidad. ¡Lo que ha cambiado el mundo esta guerra! Cuando me pongo a pensar en cómo Von Lettow y yo solíamos sentarnos a charlar en la cubierta del Admiral, y en cómo viajaba él, y en cómo se dirigía hacia un grande y terrible destino, apenas puedo comprender que sean ambas una y la misma existencia; pero lo cierto es que tampoco sé yo de verdad cuál es la más natural para los seres humanos.

Precisamente acabo de conocer a una persona que no vive más que para la guerra, y pienso que sólo sería feliz en ella, y he pensado en ti, si no acabará pasándote lo mismo: Eric von Otter[54], que está de vuelta de leave[55] de G.E.A., y a quien me he alegrado mucho de volver a ver;

yo diría que se parece a padre por su carácter, tan interesado por toda la naturaleza, la caza y la guerra, y sobre todo por los natives, sus costumbres e ideas, en fin, que ya puedes comprender lo que me interesó hablar con él. Es completamente musulmán, se sabe el Corán de memoria, y es el único europeo que tiene permiso de los mismos musulmanes para tocarlo cuando, por ejemplo, tiene que prestar juramento ante un tribunal militar, y lleva además consigo Los tres mosqueteros, de los que habla con la misma veneración que Elle y tú...

Dios sabe dónde estarás ahora, mi querido Tommy, cuando leas esto, si estarás en Francia y habrás visto muchas cosas que resultan imposibles de imaginar aquí. Cuando miro las estrellas por la noche, aquí, entre los grandes árboles del parque, trato siempre de recordar sus nombres, que tú me enseñaste, y me pregunto si las estarás viendo también tú al mismo tiempo desde alguna trench, en cierto modo tan lejos, tan lejos de mí, y en cierto modo siempre estaremos, a pesar de todo, muy cerca el uno del otro; demasiadas veces han derivado nuestros pensamientos por los mismos caminos y todavía se podrán encontrar en muchos grandes países, cuyo camino conocen, en Almannagjaa, y a bordo del bajel que se desliza espléndidamente a lo largo de la costa de las islas Sigil. Aquí tengo en el gramófono Ancha vela cruza el mar del Norte —curiosa combination, pero así es la vida—, y me es imposible oírlo sin echarme a llorar, porque me pongo a pensar en ti; pienso que hemos estado unidos «en lo alto de Skandsen por la mañana»[56]. Lo que has sido tú para mí, desde que eras un niño, y hasta que, como mi hermano grande, me consolabas y me ayudabas en mis apuros, y también la última vez que estuve en casa, es algo que nunca te podré agradecer bastante; tú eres la única persona en el mundo a quien yo contaría todo. ¡Ojalá estuvieras aquí en este momento!

Créeme, me he alegrado de recibir tus cartas de Canadá. Ya las he contestado, pero es posible que no las hayas recibido. Me causó una gran alegría ver que ahora por fin gozas de la vida como un joven lleno de fuerzas, después de haber sido sabio astrónomo durante tanto tiempo. Te mandé a Inglaterra un poema de Año Nuevo[57], que a mí me pareció muy bonito, y que decía algo de lo que deseo que la vida te traiga en este nuevo año. Ojalá tengas fuerzas para sobrellevar lo que esperas ver y experimentar, y puedas llegar, de esa forma, a amarla más.

Recibes noticias de casa más rápidamente que yo; las últimas cartas que recibí tenían casi tres meses de retraso. Me inquieta mucho que Elle siga estando tan mal; por fortuna tiene consigo a Knud, y en esto por lo menos no se cumplieron mis deseos; Mopsus tenía razón a pesar de todo en que Dios es infinitamente más imaginativo que nosotros. Ojalá consiga encontrar una paz en la que podamos sentirnos seguros y una reunión entre madre y yo, que ahora sólo de una manera muy vaga consigo imaginarme. Toda clase de venturas para ti, ahora y siempre, mi muy amado Tommy.

Tu fiel hermana y amiga, mientras viva,

Tanne

A Ingeborg Dinesen

Bogani, 14-2-1918

...He pasado catorce días cazando con Eric Otter en las llanuras de Tana para matar búfalos y rinocerontes, que hasta ahora no había cobrado nunca, y di con los dos, y he pasado un safari encantador. Es un paisaje bellísimo y maravillosamente «romántico», como de Claudio de Lorena, y con montañas azules rematadas en cúpula, largas llanuras pardas y anchas, ríos torrenciales, en torno a los cuales abundan las palmeras y los grandes árboles verdes. Pero el calor es terrible, hay sólo tres mil pies, y una verdadera peste infernal que es típica de las llanuras de Tana, los pequeños ticks[58], que se le echan a uno encima a millones y le amargan la vida. Son casi invisibles, pero cuando sales al aire libre y vas entre la hierba alta, te miras el cuerpo y lo ves gris a causa de estos bichos, peor, creo yo, que los soldados en las trincheras con los piojos, y es notable que bichos tan diminutos puedan llenarte hasta tal punto de veneno y malestar; llegas a verte el cuerpo entero como si tuvieras sarampión, y te sientes como si anduvieses o yacieses entre llamas. Pero lo bueno que tiene ir de safari es que se te olvidan todas las penas de la vida y te sientes el día entero como si llevases dentro media botella de champán —lleno del más íntimo agradecimiento por sentirte vivo—. Está muy bien vivir a la manera nómada, y es antinatural, por el contrario, tener casa siempre en el mismo lugar; sólo se siente uno verdaderamente libre cuando puedes ir en la dirección que se te antoje por las llanuras, acercarte al río al ponerse el sol y acampar allí y saber que puedes dormir bajo otros árboles, otras vistas a la noche siguiente. Llevaba tres años sin sentarme ante un fuego de campamento, de modo que volver a tener esta experiencia y oír lejos a los leones, en la oscuridad, fue como retornar al verdadero y auténtico mundo, donde ya había vivido una vez diez mil años atrás...

Volvimos a casa el miércoles... Todo lo encontré bien, pero terriblemente seco, y Bror me parece delgado. Aquí, en la casa, había gran agitación, porque durante nuestra ausencia había habido un robo en la casa de los boys, y les habían desaparecido todas sus posesiones; al pobre Fara le robaron quinientas rupias, su reloj y la cadena, ambos de oro, que yo le había dado, y cinco anillos también de oro. En consecuencia hemos tenido en la casa detectives negros, y creen ahora que han cogido al peor ladrón en la persona de mi sais, Jogona, que por el momento está encerrado en mi meat-safe[59] en espera de que la policía se lo lleve a Dagoretti. No le envió al pobre, porque pienso que torturan sin muchos escrúpulos; pero también es verdad que bien podía haber dejado en paz

las cosas mejores de sus compañeros. No creo yo que los natives piensen que robar es malo, y en este sentido no se puede uno fiar de nadie. Se delatan a sí mismos casi siempre, porque en sus grandes fiestas, cuando beben, cantan y tocan el tambor, no pueden contenerse y se jactan de sus hazañas; así es como cogieron ahora a Jogona, y el otro día también a cuatro asesinos en Lumbwa, que, en su ebriedad de fiesta, se pusieron a declamar cómo habían matado a un mesunga (hombre blanco) con nueve jabalinas; los ahorcaron...

A Thomas Dinesen

Ngong, 26-2-1918

...He tenido la alegría de que la gente de aquí comience a mostrarse muy afable y simpática con nosotros; pienso que mostrándonos reservados y sin quejarnos o forzar nuestra presencia a los demás de ninguna manera hemos llegado a adquirir cierta consideración, y sólo los que se hayan visto acusados de germanofilia podrán comprender lo abominable que es, de modo que resulta realmente un gran alivio. Con el tiempo llegaremos a formar parte de lo mejor de aquí; tengo la sensación de que esta tierra nos pertenece. Tiene un encanto, una fascinación, que no todos son capaces de comprender, y algunas de sus peores cualidades contribuyen curiosamente a ese encanto: la sequedad, la falta de color, la uniformidad, pero se la llega a querer de una manera que nunca me había parecido posible con una tierra que no es la propia, la tierra de nuestra niñez. El que la mayor parte de los blancos de aquí la odien y se agoten trabajándola la acerca más también en cierto modo a sus corazones, como si parecieran comprender su voz y se dieran cuenta de que les está hablando...

Te he escrito muchísimas cartas, tanto a Canadá como a Shoreham; ojalá las hayas recibido. Tú eres la persona a quien más me gusta escribir, y a ti te lo puedo decir todo, pero lo que pasa es que aquí tampoco hay tantísimas cosas de que escribir. Sin embargo tengo la sensación de que tú, más que ninguna otra persona, te interesas en todas las cosas de aquí, y esta tierra —Bror y yo— estamos siempre esperándote para darte un gran abrazo de bienvenida...

Pobre tía Bess; pienso, como tú, que es muy triste pensar en ella, y tengo con ella una sensación de desagradecimiento, porque la verdad es que, en cierto modo, una vez nos lo dio todo, y lo que podía esperar de nosotros no se lo hemos dado. Quiso enseñarnos sus ideas y pensamientos sobre la vida, y casi todo lo que nos ha enseñado es negativo: para que no nos vaya a nosotros como le ha ido a ella. Y en cierto modo tiene, a pesar de todo, el corazón más cálido que he conocido, y es una persona muy dotada. ¿Cómo puede ser esto? Yo creo que la vida, para devolvernos algo, nos exige que la amemos, no

solamente algunos de sus aspectos, y no solamente nuestras ideas e ideales, sino que amemos la vida misma en todas sus formas, y cuando me hablas tú de mis ideas sobre la vida lo único que te puedo decir es que no tengo otras; pienso que las personas que sienten este amor, reciben, incluso las menos dotadas y las peor equipadas, muchísimo de su propia existencia, mientras los más dotados, a quienes este amor falta, son en realidad muy pobres.

He sabido de casa que ha muerto la vieja señorita Merwede. Era sin duda una de las personas que amaba de manera espontánea todo lo que la vida ofrecía, y también recibió mucho en cierto modo. Esto es también lo que yo más te deseo: que ames todo lo que pertenece a la vida. La verdad es que no sé cómo ha sido que las ideas e ideales del cuarto de los niños de Matrup han podido llegar a volverse tan inamovibles y tan firmes en la mente de la tía Bess, del tío Aage y de la tía Lidda, de modo que, con el paso de los años, de ser una bendición han acabado siendo una maldición...

Si llego a tener un hijo, lo que tan íntimamente deseo, y si no tarda mucho, no me creeré en posesión de toda la verdad de este mundo, sino que dejaré que otras personas y otras circunstancias cooperen a educarle en la misma medida que mis propias ideas; porque hay muchos momentos en los que la vida de fuera le enseña a uno insensiblemente mucho más que los principios mejor meditados y más idóneos. No sabes lo que me gustaría ser algo para la tía Bess y darle algo a cambio de su gran amor; pero hay muchas cosas en mi vida y en mis pensamientos con las que ella se tendría que reconciliar para poder tener alguna alegría por mi causa, pero o no quiere o no sabe, esto lo noto muy bien, incluso en las cartas...

Eric y yo nos llevamos El cazador de ciervos y Los tres mosqueteros para leer en el safari, y me recordaron mucho a ti. Te sonríes cuando te deseo el espíritu del cazador de ciervos y de los mosqueteros, pero es posible que comprendas que te estoy deseando algo vivo, luminoso y fuerte.

Que vivas bien, pequeño Tommy.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 27-2-1918

...Estos días he estado leyendo mucho sobre Mahoma y el islam. Libros que me ha prestado Eric; acaparan la atención en cuanto empieza una a leerlos. El pobre Bror protesta que no quiere oír hablar de Mahoma entre las doce y las cuatro. Pienso que hay momentos en que se haría una musulmana de modo que probablemente todo esto tiene un sentido. Eric dice también que sus askaris —soldados—, cristianos invariablemente, se vuelven musulmanes al cabo de unas semanas en campaña, y que solamente entonces son eficaces de verdad. No es cierto lo que dice Johannes Poulsen, que el islam deja desnudo el espíritu; pero pienso que hace falta una actitud espiritual más alta para comprender el cristianismo, para él esta gente de aquí no se encuentra adaptada, mientras el islam les hace muy buenos. Resulta evidente que está mucho más claramente delineado como doctrina moral que como religión —yo creo que no tiene ningún dogma religioso—, pero que descansa sobre una gran dependencia en el destino y en la fe de que Dios está con ellos, y pone por encima de todo el aprecio de uno mismo, considerarse uno mismo más que los otros. Su moral es muy benéfica, porque carece de toda idea del pecado, al contrario del cristianismo, pero se compone de los conceptos de higiene y honor. Pone, por ejemplo, la discreción entre sus primeros mandamientos, lo que tiene que ser una verdadera bendición de Dios para la sociedad musulmana, y una desearía que la religión cristiana adoptase también este mandamiento. Pienso también que los musulmanes, de una manera sublime, que nosotros no conocemos, han realizado la idea de la fraternidad; ciertamente es raro encontrar —por lo menos aquí— musulmanes pobres, y se unen y se ayudan entre sí de una manera que es por completo desconocida entre los cristianos, pero no sé si esto es amor, más bien como una familia, cuyos miembros pueden reñir a fondo unos con otros, pero, así y todo, se mantienen juntos contra el resto del mundo.

En general, a mi modo de ver, hay algo evidentemente seco en los musulmanes que conozco, a pesar de su ardor; pero no sé si esto les viene de la religión o de la raza, o quizás se deba a que nunca beben vino. Me pregunto si no será que una nación que nunca se emborracha llega a carecer de elemento «lírico» en sus sentimientos, ¿y también, por ejemplo, lo equivalente en su sense of humour, lo que nosotros llamamos jovialidad, congenialidad? Aunque son muy dados a reír, tienen, en general, otras razones para sonreír que nuestros sencillos compatriotas; es más bien sarcasmo o malicia o regocijo por reveses ajenos. Son más liberales en su religión que nosotros; para un musulmán no tiene nunca la menor importancia entrar en una iglesia cristiana, si no hay ninguna otra a mano, y muestran el mayor respeto por la Biblia cristiana, aunque creo que menos por los cristianos mismos, porque dicen que no siguen los mandamientos de su religión; y es cierto que no los siguen, al menos no en la misma medida que ellos los de la suya. Cuando se riñe con un musulmán por la razón que sea casi siempre termina la disputa levantando el musulmán tres dedos y diciendo que, de la misma manera que nosotros afirmamos que Dios es TRES, y entonces cierra la mano, dicen ellos que Dios es UNO —«pero Dios mismo sabe quién dice la verdad—, y por tanto caben diversas opiniones sobre todo lo que hay en el mundo». Y también, prescindiendo de su doctrina, que, ciertamente, a

lo largo de los años ha ido recibiendo bastantes elementos extraños, yo diría que Mahoma es una de las personas más interesantes sobre quienes he leído. ¿Te acuerdas de The Hero as a Prophet, en Heroworship de Carlyle? Es bastante bueno, pero yo diría que le falta algo: hay algo impresionante en la capacidad de mantener durante muchos cientos de años a seres humanos ignorantes y sin desarrollar, que no saben leer, reunidos en perfecta obediencia en torno a las mismas pequeñas cosas y con el mismo entusiasmo. Dispensa que te escriba todas estas cosas, y que me ponga contigo tan pesada como con Bror.

Mil gracias por una carta para mí fechada el 1 de noviembre, que me llegó ayer, o sea, con un retraso de cuatro meses... Gracias también por tu preciosa carta a Bror. Puedes creer que siento bien oír que hay alguien que tiene fe en uno. No sabes lo que le alegró a Bror recibirla. Esta noche se ha puesto a escribirte, pero si acabará la carta es cosa que no te puedo decir... Te pido encarecidamente, a ti, que tienes afecto a Bror y crees en él, que tengas tanta fe en él que no le juzgues enteramente como a las restantes personas; no es como todos los demás, y necesita libertad para mostrarse como en realidad es, para vivir al máximo como sabe él vivir... Todos necesitamos alguien en quien creer en esta vida, si no no llegamos a ser nada, y te encarezco, y éste es mi primero y último deseo, que seas verdaderamente ciega con Bror durante dos o tres años más, de modo que if he steals twopence from a blind beggar and buys poison for his mother with it, you will say it was only his high spirits[60], y entonces te estaré infinitamente agradecida, y tú, por tu parte, verás también que habrá valido la pena...

A Ea Neergaard

Bogani, 27-3-1918

...No sabes lo que me conmueve leer en vuestra carta que habéis visto a Ellen Wanscher en la Vimmelskaft[61]; ¿pero qué puede interesaros a vosotros saber que he estado en el Blue Post en compañía del teniente Cartright? Lo que ocurre es que, poco a poco, detalles de mi existencia —como café y lino, Fara, Dusk, lord Delamere, safaris y trading— llegan a formar parte de vuestra vida, y para mí es maravilloso que vayáis sabiendo un poco cómo es mi ambiente aquí. Cuánto más interesantes son las cosas si también vosotros las conocéis. No sabes lo que me alegran tu visita y la de Viggo.

Aquí por desgracia tenemos ahora una sequía mucho peor de cuanto os podéis imaginar. Si continúa mucho más tiempo morirá toda la tierra, y ya como están las cosas nos hallamos bastante mal. Ahora empezaremos a notar nosotros las escaseces que vosotros conocéis desde hace tanto tiempo; mantequilla, leche, crema, verduras, huevos,

todo eso ya sólo existe en el recuerdo. Todas las plantas se ajan, la llanura se quema a diario y está completamente negra y carbonizada, y cuando vamos a Nairobi en coche y nos acercamos a la ciudad, la vemos como bajo un gigantesco incendio —cubierta de polvo día y noche, y de gruesas nubes amarillas—, con el viento que llega de la ciudad somalí y el bazar. Se tiene la sensación de que bacilos de la peste y el cólera se ciernen agitadamente en torno a ella. Hay también una mortandad hasta ahora desconocida entre los niños blancos de Nairobi, y este viento ardentísimo, que lo deseca todo de modo incesante, ataca a los nervios de la gente de tal forma que debemos tener mucho cuidado en nuestros contactos con los demás. Pero cabe pensar que la sequía, como tantas otras cosas de estos años, terminará algún día, y que entretanto podremos seguir resistiendo; aber frage nur nicht wie...[62]

Puedes creermelo que echo de menos terriblemente la música, y, como la música, todas las demás artes; qué poco talento tienen los ingleses. Y mi gramófono no es más que un ronco eco de lejanas melodías. He oído en él dos dúos de La flauta mágica, sobre todo ese que dice: «Suenan tan maravilloso que tengo que bailar», que ha sido a veces para mí un verdadero baño de rejuvenecimiento. Vosotros estáis contentos y bien, pues incluso en medio de todas esas preocupaciones y miserias podéis ir a la Unión Musical de Slagelse y empapar de vez en cuando vuestro espíritu en el mundo de belleza de los viejos y maravillosos y sabios maestros. Aquí, en cambio, yo anhelo con frecuencia de manera indescriptible ver alguna cosa nueva de las que se adquieren para el museo Thorvaldsen[63] o bien Jeppe de la montaña, y si estuviera en casa es evidente que no me sentiría así. Pero es que allí lo tenéis todo; aquí el espíritu está reducido a mucho menos que simple racionamiento de guerra.

Fara está muy interesado en la niña; él y Abdullahi me han dado un collar de ámbar como el mío —que trae suerte— y un cinturón de seda de muchos colores para «el toto de mi hermana». No sé si a la cría le gustará; en cualquier caso os puedo asegurar que el cinturón le dará veinte veces la vuelta a su cintura...

A Ingeborg Dinesen

Bogani, 6 de abril de 1918

...No he estado bien del todo últimamente, y estoy convencida de que es por causa de la sequía; he tenido mucho reuma y encuentro difícilísimo dormir, y los nervios no me rigen del todo... Hoy, por primera vez, da la impresión de que va a llover, y renace de nuevo la esperanza. ¡Rezad ahora por nosotros! Todo el mundo dice que the long rains se perderán este año, como las short, pero lo que no sé es en qué se basan para decirlo. Mucha gente tiene aquí una pésima costumbre: la de ver las

cosas lo más negras posible, y van y les contagian a los demás su pesimismo... En general puedo decir que odio esta especie de pequeña comunidad que se aísla de todo lo demás y vive solamente para sí misma; pienso que a fuerza de estar siempre envenenándose acaba llena de hiel y me alegro mucho de haber podido mantenerme al margen de sus pequeñas shauris y de sus chismorreos.

Ayer estuve en Nairobi en una comida muy divertida, en Muthaiga; Cartwright se va a la guerra en Mesopotamia, y yo le he prometido ir a comer con él antes de su partida. Éramos sólo cuatro personas, la hija del gobernador anterior[64] y una persona absolutamente encantadora, Denys Finch Hatton, de quien había oído hablar mucho siempre, pero al que no había conocido personalmente hasta ahora. Es uno de los antiguos settlers[65], como Delamere, Galbraith Cole y Van de Weyer; son mucha mejor gente que los que llegaron más tarde. Le gustaría comprar terreno aquí, para tener una casa en las cercanías de Nairobi; su finca está más allá, en la zona de cerca de Movoroni y Uasin Gishu. Pienso que en el futuro mucha gente acabará haciendo lo mismo — ahora que el camino es bueno se va en coche en media hora, y Ngong es el mejor sitio de toda B.E.A. por lo que se refiere al aire y el clima y la belleza; Eric Otter habla también de comprar tierra de Van de Weyer y venirse a vivir aquí. Toda esta tierra irá subiendo de precio sin duda alguna, pero también os digo que me parece una especie de maldición que esto vaya a convertirse en una zona de chalets con parcelas. Siempre se acaba cogiendo cariño a la tierra en que una vive y yo tengo ahora una especie de sentimiento secreto por todos estos lugares y nombres: Dagoretti, Ngong, Donja Sabuk, Kabiti, que se parece mucho al que me inspiran Humlebaek y Helleholm[66]. Aquí también se está bien, con sólo que, santo cielo, empieza a llover de una vez...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 17-5-1918

...El domingo pasado dimos una partida de caza, que salió muy bien, en honor del general Llewellyn. Sólo fuimos el general, el comandante Davis y su mujer, Eric, el capitán Gorringe, Van de Weyer, Finch-Hatton, Bror y yo; cobramos más de treinta gamos, dos chacales y un leopardo. Llovió un poco, y se estaba muy bien con el fuego en el comedor, y yo me esforcé en preparar un lunch frío. Finch Hatton y Van de Weyer se quedaron, naturalmente, a la comida —es costumbre en esta tierra que la gente decida quedarse en el último momento— y también a pasar la noche; al día siguiente fui con F-H a comer a Nairobi... Me fastidia mucho que se haya ido; no es frecuente conocer a una persona con la que una congenia tan rápidamente y con la que se está tan a gusto, y, la verdad, qué cosas tan maravillosas son la inteligencia y el talento. Hay una cierta clase de ingleses que tienen una personalidad increíblemente

agradable; Alan Thompson, con quien viajé en 1915, era algo parecido, pero ni con mucho tan encantador como Denys. Ahora se ha ido a Egipto para asistir a la escuela de vuelo, en El Cairo sin duda, y luego se va a Mesopotamia; espero de verdad volverle a ver. Pienso que es una gran suerte para esta tierra que haya una clase de gente sin otra cosa que hacer que seguir su propia mind y que han sido educados para ver la vida y sus cosas desde lo alto, y si tuviera yo un hijo le enviaría sin duda alguna a Eton. En nuestro país, donde todo el mundo crece en el mismo ambiente pequeño, pienso que sería buena cosa que penetrara de vez en cuando un punto de vista un poco distinto; es verdaderamente terrible lo limitado que es el horizonte de la mayor parte de la gente en Dinamarca.

Bror es un enfermero incomparable, mucho mejor que la implacable Motherwell, y mis boys se portan conmigo como verdaderos ángeles. Miss Motherwell se ha pasado todo el tiempo, es cómico, haciéndose cruces de lo mal que les controlo, y diciéndome que soy demasiado liberal con ellos; pero las dos cosas que yo más trato de conseguir aquí como ama de casa: tener la casa limpia y tener paz en el hogar y nada de shauries (que, sin embargo, todos tienen aquí con sus boys), eso, por lo menos, lo he conseguido. Además, boys que sean buenos de verdad no son nada fáciles de encontrar, y hay que estar siempre encima de ellos y vigilar para que no se coman el azúcar. He heredado un somalí de Denys Finch-Hatton; no quería ir a ninguna otra casa que la mía. Pero la verdad es que yo de ahorrativa no tengo nada, por desgracia. Si para ahorrar tengo que vivir como si estuviera muerta, casi prefiero morirme de verdad; hay, además, un sistema de ahorro que es mucho más seguro y eficaz. Ojalá llegara yo a tener alguna vez dinero de verdad, entonces podría contentar a mucha más gente; ya lo tendremos...

Cuando se lleva tanto tiempo fuera de casa el futuro y el pasado se confunden de una manera extrañísima, y se piensa frecuentemente que la diferencia entre la vida y la muerte es una ilusión. Aquí pienso que el Folehave de Mamá es real y tangible fuera del tiempo. Cuando pienso en ti te veo como cuando yo era niña y te recuerdo con un vestido blanco de rayas azules antes de la muerte de padre, y a Tommy y a Anders también les veo de pequeños, jugando con sus barcos en el borde del agua, como si no hubiesen cambiado. Hay sin duda muchas cosas que se ven mejor a distancia, como en el arte impresionista. Hay siempre —casi todos los días— algo que se va de la vida; de esta manera se puede decir que todos los días se experimenta la muerte, pero no pienso que sea esto lo que tiene importancia, y aquí, en África, siento que la casa de Slettemose con la vieja señora Frederiksen, y los Fyrrebakkerne de nuestras excursiones por el bosque, siguen vivos, y que el camino de Lunden no puede morir. Si muriera yo aquí estoy segura de que me sentirías mucho más cercana, e igual de viva, incluso si no recibieras un pequeño trozo de papel y tinta como prueba de ello. ¿No recuerdas el poema de Musset a Victor Hugo?[67] Casi todos los días pienso en él aquí:

Et nous nous souvenons que nous marchions ensemble,
que l'âme est immortelle,
et qu'hier c'est demain.[68]

Recuérdalo bien, queridísima madre, que hier c'est demain.
Muchos miles de saludos de

Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 20-5-1918

...Me dices en tu carta que cuando te escriba debo decirte siempre con sinceridad cómo me encuentro; pero es que no resulta siempre fácil, incluso para una misma. Bror está muy desesperado por lo mucho que he adelgazado y dice que no quiere estar casado con un esqueleto, y la verdad es que debo haber perdido las treinta y cinco libras que engordé la última vez que estuve en Dinamarca; los vestidos de Drecoll que compré en París en 1915 —y que luego me resultó imposible, ni siquiera haciendo el más grande de los esfuerzos, meterme en ellos— me están ahora demasiado grandes, y bien irritante que es. Pero, por lo demás, me encuentro muy bien y me siento completamente bien, excepto que me cuesta dormir...

Pienso que es muy fascinadora esta tierra, quizás lo sean todas las tierras nuevas que se extienden ante una, esperándola, y en las que es posible hacer tantas cosas; lee el poema de Kipling sobre África del Sur, (Lived a woman wonderful)[69] que habla de la gente que siente una sola vez este encanto y ya nunca más puede deshacerse de él:

They esteemed her favour more
than a throne's foundation
for the glory of her face

bid Farewell to breed and race
yea and made their burial place
altar of a nation.[70]

Pienso que para Bror este sentimiento es mucho más fuerte que para mí; hoy precisamente hablamos de esto, y de si volveríamos a nuestra tierra y nos afincariamos allí, si, por ejemplo, nos hubiéramos asegurado un par de miles de libras esterlinas al año, y él dijo que por lo que a él se refiere no se trata de dinero, sino de haber realizado algo aquí, y de participar en la construcción del porvenir de esta tierra, eso es lo que cuenta. Y estoy segura de que eso lo hará; reiros de mí si queréis, pero ahora me siento en estos tiempos difíciles como Kadidja, la mujer del profeta; y estoy segura de haberme casado con un gran hombre...

Por este correo también he recibido una preciosa carta de Tommy... Estoy contentísima porque en todas sus cartas habla de venir aquí. También yo pienso que sería una tierra ideal para él. Me gustaría muchísimo hacer un safari por Somalilandia y Nilo abajo con él alguna vez. Hasta Somalilandia tengo que hacerlo; toda esa raza tiene para mí un gran encanto, en particular ahora que he oído a Denys Finch Hatton hablar de sus expediciones allá. Pero también es verdad que tuvo muchos troubles, sobre todo con la sed, pero es una vile tribe[71] y Abdullah Hassan, the mad mullah[72], campa allí por sus respetos; pero ¿no te parece que también esto sería muy a propósito para Tommy? Ya he aprendido a hablar un poco de somalí, pero es una lengua verdaderamente difícil...

Esta sociedad en que vivimos tiene una jerarquización o graduación muy definida, que se basa casi exclusivamente en el tiempo que lleva viviendo aquí cada uno. Todos los «viejos» settlers se mantienen unidos y miran con tremenda superioridad a los recién llegados. A la gente del tipo de Delamere y Cole y Van de Weyer, que están aquí desde antes de la llegada del ferrocarril, nadie les puede beate[73], y por lo que se refiere a los que llegaron anteayer o ayer nadie cuenta con ellos. Galbraith Cole, además, fue deportado una vez porque mató a un native que estaba robando sus ovejas; pero cuando empezó la guerra regresó.

Bror tiene mucho interés en que haga yo un viaje a El Cairo. Mary Goschen me escribió hace poco una carta muy amable. Debiera de estar muy contenta; pero en estos tiempos los viajes son muy molestos, y no sé si dan permiso para ir por tierra. Bror tiene la idea de que lo único que me preocupa es volver a ver a Finch-Hatton, que está ahora en El Cairo. Aunque hay algo de exageración, la verdad es que me alegra mucho haber conocido aquí esta vez a tanta gente a la que tengo afecto y considero verdaderos amigos...

He mandado a Tommy unos poemas, ya que es siempre tan amable y admira tanto mis escritos. ¿Me harías tú, a propósito, el favor de hacer copiar a máquina el poema titulado La primavera —si es que lo conservas— y enviármelo? Quiero incluirlo en una colección y mandársela a Tommy. Pero lo que pasa es que la única copia la tienes tú, de modo que no la pierdas; puedes sacar dos o tres copias de él...

A Thomas Dinesen

Ngong, 1-6-1918

Mi viejo y queridísimo Tommy:

Gracias por tu carta del 19-3. No sé cómo decirte lo mucho que me impresiona y me conmueve saberte en Francia; el idioma de todos los días carece de palabras para expresar lo que se siente en tales momentos —de modo que sólo quedan los viejos sentimientos humanos, los de siempre—, lo mismo sintieron Bergtora y Bergliot. Dios te conserve; ojalá llegues a encontrar la grandeza que tanto buscas y ojalá, ojalá, ojalá nos reunamos aquí el año que viene, o en nuestra tierra, en el Sund: «Las mismas hayas y claras noches/ la misma felicidad...»[74] Créeme que con muchísima frecuencia deseo poder sentarme a tu lado y charlar contigo como en los viejos tiempos, y algo parecido pueden hacer mis cartas. Y si no se me ocurre otra cosa que escribir, te envío un verso como ya he hecho un par de veces —te mandé uno la semana pasada, titulado: El barco navega con la corriente—, que te mostrará lo mucho que pienso en ti todas las horas del día. Acuérdate de decirme si lo has recibido; si no te lo volveré a mandar.

Pienso que ya habrás recibido mi telegrama —no consigo recordar cuándo te lo envié— y mi carta sobre la renuncia a nuestro proyecto de comprar los paquetes de los demás accionistas de la K.C.C.[75] En general, lo que dices tú sobre ese proyecto en tu carta me parece acertado, pero puedes comprender que lo pensamos en circunstancias extraordinarias y sobre todo con la idea de que no teníamos la confianza de los nuestros, y por la inseguridad general que nos daba este pensamiento... Ahora el plan está descartado, y los accionistas pueden tomar las duras con las maduras al alimón con nosotros; todo parece indicar que va a haber más de aquéllas que de éstas.

Pero lo que está muy lejos de ser descartado es el plan de soldier-settlement[76] que Bror ha propuesto a la Land-Commission[77] y sobre el que ya te escribí en mi última carta. Éste, por el contrario, se halla tan vivo que los periódicos de aquí no hablan ahora de otra cosa, y no me es posible abrirlos sin encontrar largos ataques o defensas de él,

incluso llegando a detalles como the Dinesens are the Baroness Blixen's family, and known as anti-German[78]. Trataré de enviarte algunos recortes. El día 16 va a haber una reunión para debatir la idea en Nakuru, donde también tendrá que estar presente Bror. Se hospedará en casa de lord Delamere e irá a la reunión en su compañía, y esto me alegra mucho, porque siempre es mejor cuando hay gente muy de aquí que le tiene afecto a uno, y la verdad es que, en términos generales, puedo decir que la gente tiene aquí auténtico peso específico, como lord Delamere, Hunter y los settlers más antiguos, se han sentido todos muy entusiasmados con el scheme[79] de Bror y se han mostrado muy amables y serviciales últimamente.

Me alegro —y sobre todo ahora que tenemos relaciones más frías con la mayor parte de los escandinavos afincados aquí— de haber ido conociendo a tantos estupendos ingleses en estos últimos tiempos. Siempre he creído que la idea tradicional que se tiene de los ingleses, y que hasta ellos mismos están sacando siempre a colación, de que su calma e indiferencia no eran en el fondo más que reserva, bajo la que ocultaban sus verdaderos sentimientos, bueno, pues yo pensaba que no los tenían en absoluto, pero ahora que he podido conocer a muchos de ellos más íntimamente me doy cuenta de que hay muchos, incluso si el sentimiento, que pudiéramos decir, no es el lado más fuerte de su carácter, que sí que tienen, después de todo, bajo su calma inamovible, mucha inteligencia y una actitud muy independiente sobre las cosas de la vida, muy buena disposición para ayudar y mucha fidelidad en la amistad —no, sin embargo, en el amor, creo yo—, además de una intrepidez absoluta que llega al desprecio a la muerte, y también una limpieza que es agradable, aunque no sea particularmente interesante, tanto de cuerpo como de alma, una straight-head[80] de acción y pensamiento que me parece que sólo raras veces se encuentra en el promedio de la gente de otras naciones...

Fara está en Mombasa, a donde ha ido a casarse; tiene que hacerlo a toda prisa, para que sea antes del Ramadán, que comienza ahora con la luna nueva y durante el cual tienen que renunciar a todos los goces de la vida, incluso los del amor. Estoy ocupándome ahora de construirle una casa, y mis otros somalíes se alegran lo indecible de tener entre ellos a una mujer joven de su propia raza. Hay mucha caballerosidad en el carácter de los orientales con respecto a sus mujeres, a quienes consideran como el más alto valor de la vida, más aún, como el único verdadero; los otros somalíes están ahora muy ocupados en organizarlo todo lo mejor posible en torno a la casa de Fara «para la llegada de Fathima». Tienen reglas muy severas sobre quién debe entrar en la casa de un hombre casado, y, como ocurre con todas sus otras leyes, se guían por tribus; la tribu de la esposa puede entrar libremente en todas las habitaciones de la casa, incluso si no está el marido; la tribu del marido puede entrar solamente en los cuartos de estar, y la gente de las demás tribus no puede cruzar el umbral más que por invitación...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 1-6-1918

...Es desesperante que la lluvia haya cesado otra vez, mucho antes de que tuviéramos suficiente. Qué anormal y difícil ha sido este año... Ya antes de las lluvias estaban los natives al borde —sí, la pura verdad— del hambre, y su maíz y sus alubias todavía no han crecido; en estos meses últimos esta tierra ha vivido en parte de maíz, que se trae de África del Sur. La mayor parte de los hacendados no han tenido más remedio que reducir su labour considerablemente, porque no pueden conseguir posho para sus jornaleros, algunos ya han llegado a parar por completo el trabajo en sus fincas...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 11-6-1918

...He escrito la primera carta a Tommy en Francia. Yo creo que cuando se piensa en sus cartas, tan alegres y felices, y en lo estupendamente que le ha sentado ya esto a él, no es posible decir que se equivocara al irse de casa; me hago cargo de que para ti fue durísimo, pero también me parece que Tommy a ti casi nunca te ha dado ningún disgusto y ha sido siempre un chico modelo en todos los sentidos, de modo que casi le debemos esto: que, por una vez en su vida, se lanzara a pensar en sí mismo más que en los demás. Creo, quizás, que tú podrías haberle impedido irse, pero entonces es posible que se hubiera echado a perder algo entre vosotros dos. Ahora pienso que todo ha sido solamente amor y comprensión, desde el primer día que le tuviste; y es maravilloso por tu parte, madrecita mía, el que ahora no sientas la menor amargura contra Tommy por haberse salido con la suya...

Aquí giran los pensamientos de todos en torno a una cosa solamente: la lluvia que no acaba de caer. Es desesperante verlo, pensar y escribir sobre ello. No quiero imaginarme siquiera lo que va a ser de esta tierra como la lluvia la abandone. Los natives morirán a decenas de miles. Por el momento es imposible conseguir barcos que traigan suficiente de Australia o de América, y además estos natives están acostumbrados a su propia comida y no quieren comer otra cosa, más aún, apenas podrían. Ya han muerto muchos, en particular niños pequeños. Igualmente, entre los niños blancos la mortandad es algo nunca visto; mueren de disentería, porque no pueden conseguir leche, ya que no hay hierba...

Yo fui la primera que vio ayer la luna nueva del Ramadán, lo que me ganó reputación entre los musulmanes y significa que tendré gran suerte —sí, a ver si nos trae lluvia...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 29-6-1918

...Ayer hubo aquí una gran reunión de plegarias de ancianas mujeres kikuyu; algunas de ellas parecían restos de tiempos antiguos a medio desintegrar, como si las hubieran sacado de la tumba para pedir lluvia, y era trágico oír sus gritos al cielo, que sus hijos morían, sus shambas morían. Yo traté de poner en marcha un «samaritano de niños»; es intolerable ver el hambre de los pobres pequeños, precisamente ahora me acaban de traer uno que puede estar a punto de morir de sed, nunca en mi vida he visto nada parecido, no es más que piel y huesos, con glándulas terriblemente hinchadas; pensé que estaba muy enfermo, pero sus padres me dijeron que era hambre, porque no había podido comer más que hierba. Sería buena cosa si pudiéramos conservar a algunos con vida... He hablado con lord Delamere, que está tratando de matar todas las cebras de su finca —por causa de epidemias— y enviarlas a Nairobi; cobra cinco rupias por pieza, con gastos de transporte llegan a costar en Nairobi alrededor de diez rupias, y son del tamaño de un caballo pequeño, y casi siempre están gruesas y cebadas, pero lo que yo no sé es si los niños de aquí las comerán; en tiempos normales ningún native come cebra, y los kikuyus y masais no comen ningún animal salvaje en absoluto. Los blancos no pueden comer cebra; una vez traté yo de comer una sopa que estaba hecha con cebra, pero el sabor era insoportable. Hoy voy a hablar con el doctor Burkitt —un tipo muy excéntrico que vive aquí, un irlandés medio loco, pero genial, lo que los ingleses ciertamente nunca son, y un verdadero hombre de ciencia—, que es buen amigo mío, y trataremos de organizar las cosas lo mejor posible. Tenemos que hacer algo, porque nuestros primeros intentos ya han tenido eco en los artículos de fondo de la prensa. La mayor parte de los blancos se toman muy poco interés en sus natives, considerándolos en parte sus enemigos naturales; e incluso si no se considera esto desde un cierto punto de vista de humanidad, por lo menos hay que tener en cuenta que el porvenir de esta tierra depende sin duda alguna de su native labour, y en interés propio debieran cuidar de los niños por lo menos tanto como de sus terneras o de sus potros...

A Thomas Dinesen

Ngong, 17-7-1918

Querido Tommy:

Muchos miles de gracias por tus poemas en inglés y en danés, que me llegaron por el correo, que, aparte de esto, no me trajo nada. Los he leído muchas, muchas veces; el librito inglés, con tus notas y subrayados, es ahora mi mayor tesoro. Resulta, sin duda, más fácil para los que están en la guerra, o a punto de ir a ella, leer esta clase de cantos bélicos; para nosotros tiene grandeza todo esto —miedos, valor, voluntad, todas las cualidades que allí se funden en una sola y se derraman en dimensiones mucho más grandes de lo que pensamos—, pero es que esto es real; leyéndolas ocurren ante nosotros y adquieren una fuerza sobrecogedora: la victoria del espíritu sobre la materia, la increíble grandeza del espíritu humano, no solamente en los más grandes, sino en todos los seres humanos, en particular al observar que los más sencillos, los menos dotados son capaces de levantarse tan completamente por encima de las circunstancias que lo más terrible que puede ofrecer la vida se vuelve carente de importancia. Un efecto parecido tienen las sagas para mí. Aquí tocamos la verdad: «¡Muerte!, ¿dónde está tu lanza? ¡Infierno!, ¿dónde tu victoria?»[81] Pero entonces interviene lo humano y reclama sus derechos —como en el poema *Milking Time*— con infinito dolor. Os entiendo muy bien a ti y a todos los que, como tú, han intuitido que cuando comenzó esta inmensidad no podíais quedaros fuera de ella, pero lo espantosamente doloroso es que ocurriera. Porque incluso si después de ella surgieran un nuevo cielo y una nueva tierra, no es menos cierto que habrá sido un Ragnarök[82]; esto, los que no estamos allí lo sentimos, y quizás mejor que nadie.

Ya te he escrito todo esto antes, que la grandeza de las sagas, que, para mí, son los mundos más altos que conozco, está siempre relacionada contigo —sí, sin duda contigo, y mucho—. Cuando pongo en mi pequeño gramófono el disco Ancha vela cruza el mar del Norte, me parece que me trae recuerdos no de una canción, sino de una experiencia; he estado en Skansen[83] contigo y con Erling Skjalgson[84], y esos jóvenes héroes —Erling, Olav Trygveson en persona, Ejnar Tambeskaelver— tienen tus mismos rasgos o se te parecen como hermanos. «Cara a cara deben luchar las águilas»[85], esto lo llevas tú en tu querido y amado rostro, que tengo ahora mismo frente a mí, aquí, ampliado de la pequeña foto tuya de uniforme que me enviaste de Nueva York. No recuerdo haber leído en ningún sitio palabras más nobles, más claras, más llenas de fuerza que en esta breve frase. No sabes lo orgullosa que me siento de mi hermano; tantas cosas que yo misma he soñado, pero sin conseguir nunca llevarlas a la práctica, se han vuelto realidad a través de ti. Pero todo esto hace mayor la angustia que ahora se cierne siempre sobre nosotros: que esta inmensidad la podamos perder, todo lo más espléndido, lo más fuerte podrá irse de nuestra vida, y nosotros nos quedaríamos entonces en nuestra existencia monótona, como si hubiéramos traicionado lo más grande. De esta angustia yo no puedo

hablar con cualquiera, pero a ti sí que te lo puedo decir, y también que, si por la fuerza de las cosas nos vemos separados, por lo menos te he querido infinitamente, por lo menos eres para nosotros Olav Trygveson; no, qué va, mucho, mucho más...

He escrito algunos versos, que te envío[86]; lástima que esta vez hayan salido algo tristes, pero la próxima te los mandaré más alegres. Porque —quand même— tengo la convicción de que la vida es muy bella y rica y grande; y lo seguiría pensando aunque acabara muriendo en un basurero. Y esto es lo que siempre siempre te deseo a ti, amado hermano, que veas el bello, grande rostro de la vida a través de todas las miserias que tendrás que ver, y sin perder nunca la fe. Sin duda me he vuelto algo musulmana, de tanto tratar con somalíes; si Fara va a París —me lo llevaré conmigo si voy— verás cuánta fuerza hay en esta sencilla e inamovible fe en el destino.

Si alguna vez hay algo que no quieras escribir a madre, escríbemelo a mí, de la misma manera que yo a ti te lo escribo todo, mi querido amigo, el mejor. Y todos los días pienso en lo extraordinario y alegremente que lo vamos a pasar en cuanto salgas de la guerra, lo mucho que tenemos que hablar, y qué maravilloso, maravilloso va a ser ver de nuevo tu rostro.

Siempre tuya

Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 30-7-1918

...He tenido que renunciar a mi «samaritano de niños» al no serme posible encontrar maíz; en lugar de maíz ahora se da arroz a los natives, pero yo no me atrevo, porque puede fácilmente darles beriberi si no se sabe prepararlo bien; se trata de una «enfermedad de hambre», como tienen sobre todo en la costa occidental, y es peor que el hambre misma. Pero resultaba animador ver a los pequeños niños negros tan contentos con su comida; los más pequeños de todos se apresuraban a llevar la suya a un lugar seguro, un poco apartado de los mayores, de modo que enseguida tuvimos un grupo de niños de dos años —un par de veintenas— sentados en un rincón de la pradera con sus pequeños cuencos llenos de posho y sumidos en silenciosa felicidad. Los mayores gorjeando como gorriones, completamente entusiasmados, como locos.

Pero tuve que poner fin a esto; eran demasiados los niños, y el hombre con quien teníamos la contrata del maíz la rescindió...

Aquí, por el momento, ha surgido una cuestión que me interesa en sumo grado, y es la del native pass, que sobre todo ha levantado gran conmoción entre los somalíes, que, según esta ley, estarán al mismo nivel que los kikuyu y los demás natives de la comarca, a quienes llaman ushesis, o sea, esclavos, y por los que sienten profundo desprecio. A mí me caen bien los somalíes y pienso que esto está siendo muy mal organizado. Según esta reglamentación no tendrán derecho a apelar en justicia y quedarán en manos de los pequeños officials locales; no tienen derecho a pasar tiempo en Nairobi si no se encuentran al servicio de un hombre blanco, etcétera. Me parece que todo este asunto está siendo llevado con una tremenda falta de tacto; ¿qué sentido tiene provocar con él a una raza entera? ¿Y por causa de una regulación que es más teórica que otra cosa? Resulta indudable que podrían haberlo organizado de otro modo, dando un pase especial a los somalíes. Hablé de esto con lord Delamere, con quien comí la semana pasada; él piensa más o menos como yo, y es de todo el territorio quien mejor conoce a los somalíes.

Es, en general, lamentable que los ingleses, por causa de esta guerra, se vean forzados a adoptar una actitud contraria a su naturaleza; antes eran realmente «el pueblo libre», pero ahora han tenido que adoptar gran número de medidas extrañas a ellos y que no les van. Los mejores de ellos no quieren tener nada que ver con este asunto; tanto Delamere como Finch-Hatton dijeron: People in uniforms are not human beings[87], y además resulta muy difícil de aplicar, porque los hombres mismos que ahora, por la fuerza de las circunstancias, se ven obligados a imponer un control de hierro, no crecieron en un ambiente de disciplina, y sólo conocen el sistema desde un punto de vista: desde arriba; en la gente menos dotada esto da lugar a una multitud de arbitrariedades. También, a mi modo de ver, es completamente contrario al carácter inglés tratar de oprimir la individualidad ajena, y es probablemente por esto por lo que hasta ahora han tenido in hand[88] a los natives de sus distintas colonias; pero es plausible que esta guerra, que está echándolo todo a perder, vaya a ser también causa de que cambien radicalmente ciertos conceptos en las clases average[89]de las naciones que participan en ella...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 12-8-1918

...Lo primero de todo, darte las gracias y un abrazo, querida madre, por tus encantadoras, amantes, valientes cartas que me llegaron después de este largo silencio como vendría ahora la lluvia sobre nuestra reseca

shamba. Estaba muy angustiada y preocupada por ti, y cuando no podía dormir no hacía más que pensar en ti, sola en toda esa casona en Dinamarca —pero espero que ya no será en el pequeño camastro de hierro—, sin nadie a quien explicar el texto[90] de la noche, y pienso que he estado todas las noches sentada junto a tu cama, madrecita...

Ya puedes comprender lo que me impresionaron las cartas de Tommy; sin duda te escribió a ti lo mismo, y me parece que cuando él lo ve así y cuando ha pasado por tales experiencias y tan infinitamente felices, lo menos que se puede decir es que tenía razón en querer ir a la guerra, y que si le hubiéramos forzado a renunciar a ella le habríamos quitado algo que jamás nos hubiera sido posible reemplazar... Tommy ha experimentado «lo maravilloso» de una manera que no le ha separado de su tiempo, sino que casi puede decirse que ahora es lo normal entre la juventud europea; si hubiera ido a una expedición al polo norte o al sur se habría visto igualmente expuesto y se habría encontrado muy aislado, distinto de todos los demás; ahora se siente parte de los otros, y yo pienso que es una gran felicidad, en particular para una naturaleza como la suya... No cabe esperar demasiado, pero tampoco es cosa de ser tan cobarde que, por puro miedo a quedar decepcionada, aplaste una toda fe y toda esperanza, y sobre todo cuando con sólo leer sobre la guerra se ve que el mundo entero está cambiando, ¿qué no tendrán en sus manos los que participan en esto, los que ahora blanden con ellas toda la historia del mundo? Pero más orgullosa todavía que de Tommy lo estoy de ti, y esto mismo siente el propio Tommy; me escribió no sabes con cuánto cariño sobre ti. Puedes creer que no pasan muchos minutos del día y de la noche sin que él y yo te sintamos cerca.

Hoy escribo con honda tristeza porque he tenido una gran pena, casi la más grande que podía caer sobre mí en estas tierras: he perdido a Dusk. Y además fue tristísimo; es muy duro pensar que un perro que durante toda su vida ha sido tan buen amigo mío, y del que yo estaba tan orgullosa, haya podido morir de esta manera, y enteramente por culpa mía.

Bror y yo y Von Huth nos fuimos en los primeros días de agosto a Nakuru y Naivasha, donde Bror tenía asuntos de negocios. Bror y Huth salieron el miércoles, yo el viernes; íbamos a reunirnos en Nakuru. Yo me llevé a Dusk conmigo, pues le aburría mucho quedarse solo con los boys y le encantaba ir en coche, y teníamos todo el automóvil para nosotros solos. Durante el camino de ida, por raro que parezca, estuvo a punto de ser atropellado por el tren en la Kikuyu Station, donde se cruzaron los dos trenes. Yo me encontraba junto a la puerta del vagón mientras Dusk tomaba el aire entre los raíles, pero no vi llegar el otro tren hasta que estuvo a pocas yardas de él. Me quedó el tiempo justo para salir disparada y sacarlo de allí; la locomotora nos golpeó a los dos —a él con gran estrépito—, pero como al mismo tiempo estaba yo tirando de él, esto me ayudó a sacarlo de los raíles. Aullaba que daba pena, pero no tenía absolutamente nada, y yo en aquel momento no pensé haber corrido el menor peligro, pero luego lord Delamere, que estaba en el vagón, me dijo: «It was the pluckiest thing I have seen in my

life»[91], y toda la gente llegó corriendo, porque pensaron que era que alguien se había tirado al tren; y entonces me sentí llena de alegría y de orgullo por haberlo salvado. Pero habría sido mucho mejor para él haber quedado muerto allí.

El viernes teníamos que ir de Nakuru al campamento de un hombre llamado Collier, situado a treinta millas de Nakuru. Bror, Dusk y yo en el coche, Huth en motorcycle. Cuando estábamos a tres o cuatro millas del campamento se estropeó el automóvil y Bror pensó entonces volver a Nakuru conmigo en la motorcycle mientras Huth y Dusk seguían hasta el campamento y esperaban allí a que nosotros encontrásemos a alguien que pudiera ir a buscarles, al automóvil y a ellos, el lunes por la mañana. A mí no me gustaba nada dejar así a Dusk; casi nunca lo he hecho, excepto cuando tenía que salir de viaje, y pedí muchísimas veces a Huth que tuviera buen cuidado de él, manteniéndolo siempre cogido de la correa y sin dejarlo nunca alejarse. Cuando ya se habían puesto en marcha corrí hacia ellos y dije: «Tiene usted que cuidarlo bien. Ayer arriesgué mi vida por él y hoy volvería a hacer lo mismo. Es lo mejor que tengo en el mundo». Bror y Huth sonrieron y dijeron: «No hagas las despedidas demasiado conmovedoras». Dusk me miraba muy serio.

El domingo Bror y yo teníamos que ir a comer a casa de lord Delamere, que posee una finca a veinte millas de distancia al otro lado de Nakuru. Nos pusimos de acuerdo con un hombre para que fuera a buscarles el lunes por la mañana, y pasamos la noche en casa de Delamere, y él mismo nos llevó en coche el lunes a Naivasha, que estaba más o menos a mitad de camino entre Nakuru y Kikuyu, y donde deberíamos acampar, porque Bror tenía un contrato para labrar la tierra allí. De Naivasha debíamos seguir a casa el miércoles por la mañana, y yo pensaba encontrar a Dusk en Naivasha Station, pero allí no estaba y hasta que no llegamos casi a casa no vi a Collier, que iba en el tren y me dijo que Huth y él habían salido de caza el domingo por la tarde con Dusk y que Dusk había salido corriendo a la media luz y no lo habían vuelto a ver. Entonces cogí el tren de vuelta —ya eran quince horas de tren en un solo día— y llegué a Nakuru a las siete de la tarde y entonces vinieron dos somalíes y me contaron que ellos, el mismo día por la mañana, habían visto un perro como Dusk en la Njoro Station; había pasado toda la noche en torno a su campamento, pero ellos lo habían espantado. Por la mañana, cuando levantaron el campamento, se quedó allí aullando. Tuve la suerte de dar con un coche y fui allá aquella misma noche y recorrí toda la zona y pregunté a todo el mundo por Dusk, pero nadie le había visto. Huth se alojaba en el Nakuru Hotel. No había hecho el menor esfuerzo por encontrarlo; después de desaparecer Dusk el domingo por la tarde, ellos dos levantaron tranquilamente el campamento el lunes por la mañana, de modo que Dusk no tuvo la menor posibilidad de encontrarlos, y este terreno está cubierto de maleza muy tupida, sin un solo ser humano en las proximidades. Huth me dijo: «Lamento realmente lo que ha pasado».

Seguí en Nakuru —maldito lugar— tres días, buscando por todas partes, pero absolutamente nadie lo había visto. Prometí trescientas rupias al

que lo encontrase. Al final tuve que acabar creyendo lo que decía Bror constantemente, que lo habría cogido algún leopardo la noche misma en que desapareció. De modo que volví a casa el viernes, pero dije a Fara que se quedara y siguiera buscando, y él se montó en una mula y se fue montaña arriba. Allí lo encontró el domingo por la mañana. Estaba terriblemente flaco y enfermo; echado al lado de un potrillo de cebra al que había matado a mordiscos, pero que a él le había roto el pecho de una cox, por lo que tosía y escupía sangre. Reconoció a Fara y le llamó quejumbrosamente en cuanto le vio, pero estaba muy enfermo; no podía ni andar ni siquiera beber leche y murió aquella misma tarde. Fara no podía llevárselo consigo, así que lo dejó echado entre la maleza. De modo que a mí ahora ya no me queda nada de él.

Comprenderás que ha sido un gran dolor, y no es tanto que lo vaya a echar de menos, sino lo mucho que habrá sufrido. Y fue culpa mía, pues nunca debí dejárselo a persona tan indiferente y tan poco de fiar como Huth. Era un animal, en todos los aspectos, superior a la mayor parte de la gente. Me era muy fiel y cuando yo estaba en casa sola nunca se apartaba de mi lado. Siempre lo había tenido aquí. No sabes lo apuesto y listo que era. Yo estaba orgullosísima de él. Mi encantador y fiel Dusk. No te imaginas lo que lo echo de menos, y aunque llegue a los setenta años no creo que pueda pensar en él sin ponerme a llorar...

Muchas veces he pensado escribirte sobre Anders, pero siempre ha sido difícil comentar esto desde tan larga distancia; es muy fácil equivocarse por completo al tratar de comprenderle. Pero, en parte, basándome en lo que me escribe Tommy en su última carta, y en otras también, yo diría como opinión personal que sería tonto no dejar a Anders venir aquí antes de que siente cabeza. Pienso que esta tierra le iría muy bien en todos los sentidos, e incluso si no se decide a quedarse aquí, le resultaría interesantísimo verla...

La cuestión de Leerbaek[92] es, sin duda, si él se sentirá contento allí; de otra manera no tendría ningún sentido, ni para él ni para Sass. Pienso que el principal (y casi único) defecto de Anders es su falta de confianza en sí mismo, y es una verdadera lástima, a mi modo de ver, que la tía Lidda tenga un talento casi único para destruirla hasta a la gente que la tiene. Me temo que Anders es incapaz de llevar a cabo nada, ni siquiera de proponer algo sin que ellos tengan que darle el visto bueno, y que su talento nunca florecerá allí, mientras que aquí estoy convencida de que sería distinto. Me parece también que la moral de la tía Lidda tiene un gran fallo; es igual de detallista y exigente en las cosas pequeñas que en las grandes, de modo que para ella viene a ser lo mismo el que una persona se emborrache o que cometa asesinatos. Esta situación, en gente emprendedora, podría conducir a una carrera de asesino, pero en caracteres más retraídos yo diría que lo que hace es paralizar toda iniciativa. Siempre he pensado que Anders era mucho más simpático y alegre y, en general, mejor y más agradable en Katholm que en Folehave, donde se le criticaba muchísimo. Era, como yo, más feliz con la familia de padre, y debiera haberse ido a vivir con el viejo del sillón[93] y no con la tía Lidda...

Galbraith Cole acaba de casarse con una chica enormemente dulce y guapa, una niece[94] de Balfour. Tiene aspecto de colegiala danesa; dice que ha escrito a su tío sobre el scheme de Bror de settlement para soldados. Se han construido una casa grande y bonita en la cima de una colina con vistas al encantador lago de Elmenteita, cuya propiedad se reparten entre Cole y Delamere. En general, la tierra de allí arriba es muy buena, y me gustaría tener en ese lugar una cattlefarm[95], pero tal vez acabemos teniéndola y dejando de hacer todas las tonterías que hemos hecho aquí como novatos que éramos en estas tierras...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 23-10-1918

Queridísima madre:

Es una verdadera vergüenza que haya tardado tanto en escribirte, pero la verdad es que he estado enferma casi todo el tiempo. Como sabéis por mi telegrama, tengo septicemia desde que me caí de una mula (por telegrama dije que era un caballo, porque pensé que a lo mejor no entendíais la palabra mule). Poco después de escribirte mi última carta —el 11 de septiembre— tuve una fuerte fiebre. La noche del 12 me llevó Bror en un carro de bueyes, donde había instalado una cama, a Naivasha, y tuvimos suerte de coger el tren de Nairobi al día siguiente temprano. Desde la estación de Nairobi fui derecha en coche a casa del doctor Burkitt —un irlandés loco, pero el mejor médico que hay aquí, y persona simpatiquísima—, y él entonces me dio cloroformo sin más, vestida de safari y con botas de montar, a pesar de mis estentóreas protestas. Me abrió la pierna desde la rodilla hasta la cadera y sacó una gran cantidad de dead flesh[96], de modo que la llaga resultó muy grande. De ahí tuve que ir al Kenya Nursing Home de Nairobi, donde pasé catorce días, que fueron todo menos divertido. Después pasé ocho días en casa de los Mac Millan, en Nairobi. Burkitt me cosió dos veces y me dio cloroformo otras dos, y de sobra sabes lo mucho que a mí me ha destemplado siempre esto. Luego he tenido que estar en la cama casi hasta ahora, y así y todo aún me falta para estar curada, pero ya me encuentro mucho mejor y me molesta poco, aunque por desgracia me quedará una gran cicatriz, lo que me tiene fastidiada. Bror ha estado incomparable, cuidándome mucho, y es un experto cuando se trata de vendar. Me parece increíble verme de nuevo aquí, en casa, con mis encantadores boys, que son extraordinariamente solícitos en esto de cuidarme. Gracias por tu telegrama, que me sirvió de mucho consuelo. Ahora pienso que me he sobrepuesto por completo a esta desgracia,

pero la verdad es que su tiempo ha durado. Burkitt asegura que llegué en el último momento y que no hubo más remedio que hacer lo que hizo.

Las buenas noticias de casa —me refiero a las de Francia— me han ayudado muchísimo a restablecerme; es una verdadera maravilla pensar en la retirada alemana por Bélgica y Francia, precisamente por donde habían entrado con tanto ímpetu en 1914, tan seguros de la victoria. Ojalá, ojalá no esté la paz demasiado lejana. No tengo la menor duda de que la tierra entera exhalará un infinito suspiro de alivio y alegría el día en que se firme la paz, y de que nadie, ni el Káiser siquiera, habría empezado todo esto de haber sabido lo que iba a suceder; y sin embargo no puede haber paz. Es como si se hubieran puesto en movimiento fuerzas tan poderosas que ya no resulta posible dominarlas y como en el poema de Goethe sobre el aprendiz de brujo que sólo sabe su oficio a medias y que evoca a los espíritus y les manda traer agua; pero como no sabe la palabra mágica para detenerlos está al borde de la muerte cuando llega el brujo y los para con una sola palabra. Y aquí ¿cuándo llegará el brujo a decir la palabra?

Mientras vivía yo en casa de los Mac Millan le pedí prestados a Bulpett muchos libros sobre la guerra, en especial libros franceses. Es estupendo leerlos para dejar un poco la literatura inglesa. Hay muchas cosas bellas en ellos, pero así y todo no debiera uno leerlos. Leí sobre todo uno titulado *Lettres d'un soldat*. Son cartas de un joven artista francés, y lo que realmente impresiona es la idea que tiene de la guerra un hombre sumamente refinado, la experiencia de un joven que antes de la guerra vivía exclusivamente para el arte y la belleza y se ve arrojado, como soldado raso, en plena guerra a la que él se opone completa y absolutamente. Produce una impresión fuerte y penosa, porque no es la experiencia de un simple; pero detrás de este soldado se ve a Francia entera, casi a la joven generación de artistas y científicos de todo el mundo, que ha sido arrancada de sus trabajos y de su porvenir y llevada a los piojos y al fango y a la sangre de las trincheras. A pesar de ello, acabas adentrándote en la inmensa grandeza de esta lucha. Leí también *Ana Karenina* otra vez; pienso que toda la historia de amor y matrimonio de Kitty y Ljovin y su vida en el campo es de lo más fascinante que se puede imaginar...

Con ésta os mando un recorte de periódico donde estamos Mac Millan y yo, para que le podáis ver en todo su poder. La foto se tomó durante una garden-party en beneficio del fondo Star and Garter que tienen los Mac Millan en Nairobi. Se recaudaron veinte mil rupias, de modo que no fue tan mal la cosa...

Aquí campa por sus respetos una epidemia de gripe; la semana pasada murieron de ella veintidós personas. El major Elkington está al borde de la muerte ahora mismo. Hay también mucha small pox[97], y he encargado al médico de la misión escocesa de aquí que nos vacune hoy a Bror y a mí. Todos nuestros boys se vacunan ahora; hemos tenido un par de casos en la finca...

A Thomas Dinesen

Ngong, 7-11-1918

Mi querido Tommy:

Gracias por tu breve carta del 17-8, en la que me cuentas que has participado en la gran ofensiva y me prometes contármelo todo tal y como fue. Todavía no he recibido más, pero no tienes idea de lo mucho que me han conmovido estas pocas líneas. Escribes que fuiste over the top[98] diez minutos después de que comenzase el fuego graneado, y yo no sólo te imagino esperando y luego lanzándote al avance, sino que me parece que yo misma he estado contigo y oído los disparos y visto las trenches y la batalla. Querido Tommy, nos traes a todos un hálito de grandeza que tú mismo has vivido. Dios te guarde, sobre todo. «¡Victoria en tu mano y victoria en tu pie, victoria en todos tus miembros, con victoria vuelvas!»[99] Cuánto me gustaría ser yo misma un joven soldado y estar con vosotros y hacer huir a los boches; pero una parte de esa gloire tuya me corresponde también a mí. No sabes cuánto me alegro de oírte contar todo eso.

Si en esta carta, a pesar de la alegría de que me llenan las buenas noticias de Francia, te pareciera algo deprimida se debe a la epidemia de gripe española, que aquí campa por sus respetos con tremenda violencia...

En casa estamos en la cama Bror y yo y todos los boys, sin dejar uno, y la verdad es que la cosa no puede ser más molesta. También hay mucha viruela suelta por todas partes, incluida nuestra finca, de modo que a todos nos han vacunado, y esto la deja a una sin fuerzas. Entretanto cabe esperar que esto acabe de una vez. Y hemos tenido una gran felicidad: por fin han llegado las lluvias y todo está floreciendo y promete lo mejor para esta saison. La finca tiene un aspecto magnífico, y espero y realmente creo que pronto tendré grandes dividendos por vuestro dinero; pero un año más como éste es algo que me aterra. No es ninguna broma tener la responsabilidad del dinero ajeno, sobre todo como en este caso, que se me ha confiado por puro cariño; espero que nunca te veas en la necesidad de comprobarlo personalmente. Pero no creo que falten muchos años para que madre reciba cincuenta mil coronas al año de esto, y eso hará olvidar estos tiempos difíciles...

Hemos tenido algo de trouble en la reserva masai; menos mal que ya ha terminado. Se trataba de reclutar a algunos masai, y ellos no estaban por la labor, y hasta se dispusieron a defenderse y se llenaron de

exitement[100], robaron ganado e incendiaron todos los stores[101] de la reserva. También creo que las autoridades militares podrían haberse conducido con más tacto, pero no suele ser el tacto su virtud principal —perdona— y después de que hicieron un mess[102] de todo el asunto, tuvieron que pedir a lord Delamere, que es el «padrecito» de los masai, que fuera a resolvérselo. Lord Delamere desapareció en la reserva sin dejar huella y, que yo sepa, no ha reaparecido, pero ha vuelto a calmar las aguas tormentosas con sólo aparecer entre ellos. Me imagino que para él es una verdadera liberación ir a hablar con sus viejos masai chiefs[103], de modo que todavía tardará en volver; aquí tiene que pasarse el tiempo entre su finca y una multitud de comités y consejos, lo que evidentemente le fastidiaba sobremanera...

Mi pierna no está curada todavía, y ya hace casi tres meses que tuve el accidente; pero las heridas aquí son una verdadera lata. He sufrido mucho por causa de ésta; dos veces me han dado cloroformo, dos veces me han cosido y descosido, de modo que casi me siento como un soldado veterano. Tengo una cicatriz repulsiva desde la rodilla hasta la cadera, y no sabes lo que me deprime; Bror espera que no sean muchos los que la vean...

Me escribe madre que quieres ser aviador, pero lo que no acabo de entender es si la escuela donde estás ahora es de aviación. Comprendo que te apetezca y me alegraría, después de la guerra, dar una vuelta en tu avión. Si vas a Francia como aviador no sería imposible que conocieses a un hombre que se llama Denys Finch Hatton, que también es aviador y está en el frente francés, y me alegraría mucho que os vierais. He tenido la felicidad, en mi vejez, de reconocer en él a mi ideal hecho carne, y tendría gracia que os conocierais...

Por fin me llegaron El Dios de Egholm y Los milagros de Clara van Haag; los he leído con mucho interés y Bror está en la cama leyéndolos ahora, y protestando a todo protestar de que su autor está como una cabra.

Bueno, adiós, mi querido Tommy, y ojalá nos veamos de nuevo antes de que me salgan canas. Ya tendría gracia que también tú acabaras siendo capitán Dinesen.

Muchos muchos miles de saludos.

Siempre siempre tu fiel hermana

Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 15-11-1918

Querida madre:

Te escribo por primera vez desde la firma del Armisticio y el fin de la guerra.

Ahora nadie sabe lo que va a ocurrir, ni lo que va a ser del mundo; lo único que veo yo es que no hay más tiros y que no caen más heridos y muertos.

Si por lo menos estuviera yo en Dinamarca o en Francia o en Inglaterra, pero sobre todo en Dinamarca, y pudiera pasar estos días con vosotros... Ahora recibes el premio de tu heroísmo. Lo que en este momento resulta casi imposible de comprender es que se haya podido resistir todo esto. No entiendo cómo los que tienen en sus manos la posibilidad de decidir han mantenido esto tanto tiempo, sin firmar la paz y obstinándose, por el contrario, en sus exigencias del principio; pero lo cierto es que hace cinco meses apenas nadie creía en una solución. Cuando piensa una ahora en la guerra, en los primeros meses, Verdún, y en los últimos ataques alemanes contra París, se diría que es incomprensible que Francia y el mundo entero se vean libres...

Esta noche va a haber en Nairobi grandes desfiles con antorchas y música. Estamos invitados a participar en ellos a través de Otter, que ha sido encargado de gran parte de la organización. Cinco mil soldados negros recorrerán Nairobi con antorchas. También ellos tienen sus motivos para estar contentos, los pobres; es terrible pensar lo que la guerra ha diezmado a la población indígena.

Aquí, en Ngong, el loco de Gorringe ha convencido a todos los colonos para celebrarlo con un bonfire[104] en la cima de las Ngong Hills, y también esto va a tener lugar esta noche. Como es un camino muy difícil de recorrer a caballo en pleno día no sé cómo se las van a arreglar, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte son mujeres muy viejas. Pero los ingleses tienen energía y un entusiasmo que vence todos los obstáculos cuando se trata de ir a picnics...

A Thomas Dinesen

Ngong, 13-12-1918

Mi querido y encantador Tommy:

No sé, la verdad, cómo felicitarte por tu V.C.[105] como se merece. Yo, que vivo entre ingleses, sé perfectamente el tremendo valor que tiene, the only order in the world[106]; esto quizás la gente no lo comprenda bien en nuestra tierra. He oído que es aproximadamente la milésima que se ha dado, de modo que tú estás entre los mil hombres más valientes del mundo, cosa que yo, por otra parte, nunca he puesto en duda, pero es estupendo tenerlo en blanco y negro. Tan orgullosa y encantada estoy de ti que todas las mañanas me despierto como cuando era mi cumpleaños de pequeña. Algo de la gloria del héroe llega hasta tu hermana, y la gente de aquí ha sido amable hasta el punto de decir que el valor es un rasgo familiar nuestro. Aparte del honor —que es le superflu y, por tanto, le nécessaire[107]— es que no sabes lo útil que nos ha sido a nosotros aquí tu cruz. Ha salido en la prensa local y ha cerrado de verdad la boca a los que, con increíble pertinacia, seguían diciendo que éramos germanófilos...

Ojalá vinieras a vernos. Se te festeja mucho donde estás ahora, pero nosotros te organizaríamos, créeme, un recibimiento muy especial. En cualquier caso te estoy tan agradecida que no sé cómo explicártelo; porque tu cruz nos llegó en un momento en que había tenido yo muchos reveses y estaba empezando a desesperar de los dioses eternos, y no hay peor desgracia que ésta. Ahora he recuperado la fe tanto en los dioses como en los héroes, incluso los siento muy cerca de mí.

Y ahora vas a oír algo verdaderamente notable. Al principio de tu aventura estaba yo angustiadísima por ti y me desesperaba y solía hablar de ello con Fara, y él proponía que fuésemos a buscar al viejo jeque somalí, o árabe mejor dicho, bueno, quiero decir sacerdote, para que nos hiciera un encantamiento que te protegiese de los peligros. Esto lo hicimos tres viernes seguidos y consistía en un pedazo pequeño de papel con textos del Corán, que Fara y yo teníamos que enterrar y no repetir a nadie, y así lo hicimos. Te reirás si te digo que con frecuencia era para mí un consuelo en momentos de necesidad, y más todavía que yo, a pesar de que por entonces no me encontraba lo que pudiéramos llamar boyante, le pagué al viejo jeque mil rupias por hacer esto. Pero sigue oyéndome y a lo mejor ya no te ríes tanto. En su encantamiento el jeque no solamente pedía que salieras de la guerra sin que te tocaran las armas del enemigo, sino que MATARAS A DOCE ENEMIGOS, FUERAS UN EJEMPLO PARA TODOS Y GANARAS GRAN HONOR. Y ayer leí un recorte del Times donde se decían exactamente las mismas palabras. De modo que atrévete a repetir que no tenemos un pacto con los poderes superiores. A mí misma me tiene esto tan emocionada que pienso que es hasta alarmante y que debes pensar en Fara y en mí con agradecimiento. El viejo jeque viene aquí de visita uno de estos días, cuando Bror esté fuera. En el papel que escribió estaban tu nombre y el de madre, que él tradujo, y es muy curioso ver Ingeborg Westenholz

escrito en árabe. No sé si debiera contarte todo esto, pero alguien te lo tenía que decir.

Me escribes sobre la finca de Naivasha. Todavía no está vendida, pero no puedes conseguir el traspaso por ser extranjero —¡estos ingleses siempre tan generosos!—, y como la guerra ha terminado y tú ahora puedes venir aquí, no hay ninguna razón para que compre yo algo que tú no has visto...

Ahora se ganan grandes fortunas por estas tierras con el henequén, una especie de fibra. Puede ocurrir que acaben bajando los precios en cuanto todos empiecen a cultivarlo, pero si se da una prisa y está entre los primeros en dedicarse a su cultivo las posibilidades son buenas. Si te decidieras a invertir dos mil libras y quinientas al año —de ese dinero puedes conseguir a préstamo una parte en los bancos de aquí en cuanto hayas empezado a plantar— durante los tres próximos años, podías tener una gran plantación en marcha para 1923, que, con los precios vigentes ahora, te podría rendir cincuenta mil libras esterlinas al año; e incluso si los precios bajaran a la mitad serían veinticinco mil libras. Y si no tocas ese dinero, sino que lo dejas a un lado o lo colocas, para 1928, o sea en diez años, y con tu plantación en marcha, estarías en condiciones de hacer una oferta a Collet. Lo mejor sería que vinieras tú mismo aquí con el dinero que quieras dedicar a esto; así puedes ver personalmente la tierra y hablar con la gente y cerrar el trato lo antes posible, porque ahí es donde está la oportunidad.

Para que no pienses que es mentira te incluyo algunas cifras. (La gente que plantó henequén en 1915-16, y que empezaron con un capital de mil libras esterlinas, tenían el año pasado un net profit[108] de treinta mil libras.)

Nosotros, naturalmente, estaríamos only too pleased[109] de ayudarte y cuidártela. Tenemos una oportunidad de hacer una oferta, porque en estos días precisamente estamos tratando de poner en orden nuestras cosas aquí para encontrarnos más libres. Nosotros y nuestro vecino Johnnie, que aportaría la garantía, hemos propuesto a nuestros accionistas de Dinamarca que arrienden la finca por cinco años, y pagarles un siete y medio por ciento por el capital de este año, un diez por ciento el año próximo y un doce y medio, un quince y un diecisiete y medio los años siguientes. Es decir, lo que habíamos pensado cuando estuvimos allí en 1916. Lo único que esto excluye dos años, y habrán perdido los beneficios de su dinero en esos dos años, pero la causa de esto es, en parte, la guerra, y en parte también estos terribles años últimos, y una empresa nueva siempre está expuesta al principio a reveses como éstos. Además, plantaríamos doscientos acres todos los años en las tierras de la compañía, parte en Ngong y parte en Uasin-Gishu, lo que, por tanto, supondría un capital de reserva para ellos y un aumento de ingresos a los dos o tres años de plantarlos.

¿Consideras tú que les parecerá una buena proposición? Desde mi punto de vista yo lo veo así: tengo fe absoluta en esta tierra, mayor cuanto

más tiempo vivo en ella; pero es tan poco conocida que resulta difícil hacer cálculos. Se ha visto el año pasado lo poco de fiar que es el clima, que puede darnos sorpresas en cualquier momento. Por tanto, para empezar una empresa aquí hay que tenerla bien capitalizada, mejor que en nuestro caso. Estoy convencida de que el que tomara este arriendo por cinco años saldría ganando; pero también podría ocurrir que 1919 fuese como 1918, y entonces no conseguiríamos defendernos sin más capital de casa. ¿Y de dónde lo van a sacar, y cómo quedará nuestra situación?...

Johnnie van de Weyer, que sería half-partner[110] en esta empresa, es nuestro vecino, un antiguo oficial en los scotch guards y persona excepcionalmente buena, un hombre bastante excéntrico. Ahora estamos aguardando la respuesta del consejo de administración de casa y, sinceramente, esperamos que se acepte la proposición. Nosotros nos encargariamos de administrar la finca como siempre y, por supuesto, viviríamos aquí, aun cuando pienso que la vida de Bror se hará vagabunda. Es posible que yo, si el plan se toma en serio, vaya a Dinamarca lo antes posible. ¿Te reunirías conmigo en Londres entonces, y así podríamos ir juntos a Dinamarca por Escocia? ¡Ay, mi querido Tommy, será verdad que vuelva yo a ver tu rostro, con el que he soñado cien veces!...

Sí, de todas las fuerzas del mundo el amor es la más divina. Es él quien ha creado todo cuanto hay de bello en el mundo: el canto de los ruiseñores, las flores de los árboles, las obras de arte y, ciertamente, también la mayor parte de las V.C. No sé si sabrás suficiente francés para entender el soneto de Musset sobre Beatrice Donato[111] en *Le Fils du Titien*, que dice:

Vois donc combien c'est peu que la gloire ici-bas,

Puisque, tout beau qu'il soit, ce portrait ne vaut pas

(Crois-m'en sur parole) un baiser du modèle.[112]

¿Y cabe imaginar algo mejor que pasearse junto al mar en un día de otoño con una Victoria Cross recién ganada y en compañía de una bella chica a la que amas? Entonces es cuando se recibe la herencia en oro puro y puede reírse uno de todos los assignats[113], aun cuando esto también conlleve a veces grandes dolores —Alles geben die Götter, die unendlichen ihren Lieblingen ganz: Alle Freuden —die unendlichen—, alle Schmerzen, die unendlichen, ganz[114][115]. (Perdone el censor.)

Mi corazón se alegra cuando piensa en ti. Qué orgulloso habría estado padre de ti; pienso que nos has dado mucho lustre y no sabes lo contenta que estoy de haberte ganado la famosa botella de champán, y

de que tú, con tu gran éxito, justifiques la vieja teoría de Absalón: que en el mundo hay muchas grandes y bellas artes, pero la más grande de todas es la de vivir. ¡Que vivas siempre bien!

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 8-1-1919

Mi querido Tommy:

¡Feliz año nuevo! Ojalá te toquen en 1919 todas las mejores cosas de este mundo, y ojalá nos veamos, aquí o en nuestra tierra. Lo mejor de todo sería que nos viésemos en Europa y luego tú vinieras aquí conmigo. Te puedo asegurar que ya eres persona popular aquí; todos los somalíes preguntan por my brother y están enterados de lo de tu cruz, y tengo varios boys que están impacientes por entrar a tu servicio cuando tengas tu finca aquí. Suelen preguntarme si tú me shindes —me eclipsas, me haces sombra—, y cuando me oyen decirles que tú me shindar sana[116] me insisten en que les prometa que les recomendaré para tu servicio.

Gracias por tu carta, en la que me hablas de tu croix de guerre[117]. Estoy encantada a más no poder; la V.C. es probablemente mejor, pero la otra te llega de Francia, que es y ha sido siempre para mí la tierra santa, de donde llegan la libertad y la belleza. Padre estaría loco de orgullo por ti. No puede haber tantos que tengan al mismo tiempo la cruz de guerra francesa y la Cruz de la Victoria. Te mando un recorte de uno de nuestros periódicos[118], por el que podrás ver el bien que nos has hecho. Habré leído sobre la guerra de trincheras cien veces, y me creo bien al tanto de lo que era todo eso, y de lo que se siente. Era cosa de hombres.

Te he comprado una isla en el Lake Naivasha y estoy en tratos sobre la finca de que ya te he hablado, de cinco mil acres. La isla pienso que es algo único aquí, aunque no en el mundo. Por supuesto que no es grande, sino muy pequeña —¡¡¡más o menos como el trozo de jardín que hay entre el canal y la Strandvejen!!!—, pero es alta, de acantilados que caen a pico en el agua clara, y está cubierta de grandes árboles. Se podría tener allí un molino de viento y bombear agua y plantarlo todo con rosas y rododendros. Y también se podría tener allí un lugar para bañarse y un pequeño puerto para una lancha motora, y salir en ella por

las mañanas, antes de que apriete el calor, y cazar patos y gansos, de los que hay millones y millones, y algún que otro viejo hipopótamo. Peces no hay, pero ahora van a tratar de poner truchas; en esto podrías participar también tú. Pienso que puedo conseguir la isla por cien libras esterlinas, pero luego te costará bastante construir una casa en ella e introducir otras mejoras; aunque no creo que, a fin de cuentas, ascienda a mucho.

Así pues, es la finca que está junto a la orilla... Anteayer estuve en un baile en Nairobi —que, por cierto, fue entretenidísimo—, y allí encontré a una persona la mar de encantadora y amable, el colonel —o mayor— Buxton, que se volvía a Inglaterra al día siguiente. Ha comprado trescientos acres de terreno para construir al lado, o casi al lado, de la finca que creo que te conviene, y comprará otros cinco mil acres... Es posible que puedas comprar la finca en su nombre, si resulta que hay muchas dificultades para extranjeros; él hará por ti lo que pueda, en parte porque somos muy buenos amigos y en parte también porque habló de ti con gran admiración y piensa que puede dar contigo en Inglaterra sin saber tu dirección por lo famoso que eres. Acuérdate, por lo que más quieras, de no decirle los años que tengo, pues creyó que tengo veintisiete y yo le dije que sí; esto, por cierto, no debes decírselo nunca a mis amigos de aquí, porque si se te ocurre hemos terminado tú y yo.

Acabo de regresar de un maravilloso safari por Navidades y Año Nuevo con Greswolde-Williams en Kedong... Yo cobré un león, al que tracked[119] de día, siguiéndole a caballo. Fue muy exiting, porque yo ya le había disparado, y él salvó una altura y desapareció de nuestra vista. Nosotros entonces —Frank G-W y yo— salimos al galope en pos de él, pero sin conseguir verle, y es terreno muy difícil, con pequeños montículos y maleza muy espesa. Entonces nuestros caballos bolted[120] ¡y allí le vimos, sentado entre un arbusto de espino, en un pequeño desfiladero, a cinco yardas de nosotros! Yo me había acercado tanto que casi podía tocarle la cabeza, porque lo que menos podía esperarme era que iba a estar allí sentado, y el caballo casi se volvió loco del susto. Nos alejamos a todo correr y le veíamos moverse entre la mata de espino, gruñendo y lleno de furia, pero sin mostrarnos la parte de él que queríamos, de modo que no era cosa de arriesgar un disparo al azar; menos mal que, al fin y al cabo, cuando me pareció ver su silueta, agitando la cola en el interior de la mata, disparé y le di en el hombro. Pero la bala era pequeña para animal tan grande, y entonces salió de la maleza y vino hacia nosotros, straight como una bala de cañón, y puedes creermelo que los leones, cuando atacan, tienen verdadera expresión en el rostro. Conseguí acertarle con una bala en el pecho; y cayó casi a mis pies. La piel no es particularmente buena; no sé si te gustaría la cabeza, pero sin duda tú querrás tener tus propios leones.

El soldier-settlement scheme[121] sueco, del que ya te escribí, ha sido aceptado por la land-commission; ahora veremos si se nos da permiso

para hacer algo con él. Quizás tú, en calidad de ex-soldier, pudieras solicitar una finca. Pienso que podría ser un buen affaire.

La ley sobre el native pass para los somalíes no ha entrado en vigor por el momento; posiblemente estén esperando alguna decisión del nuevo gobernador, que todavía no ha llegado. Llegará sin duda en la primera semana de febrero, y será recibido con una semana de carreras y otros deportes, lo cual resultará divertido, ya que todos los responsables serán gente que conozco bien; lástima que no tenga otra cosa que ponerme que harapos; es la pura verdad, en parte por pobreza y en parte también porque aquí no se puede encontrar ropa que sea un poco atractiva. A ver si Lilian puede comprarme algo. Es curioso la importancia que tiene la ropa. Posiblemente yo le dé excesiva importancia, pero la verdad es que no hay nada, ni la enfermedad, ni la pobreza, ni la soledad, ni ninguna otra desgracia, que me atormente más que ir mal vestida. Cualquier depresión, por dura que fuese, se me ha ido siempre enseguida con un sombrero nuevo. Sé muy bien que es una tontería...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 26-2-1919

...¡Ya llueve! Más de cuatro pulgadas en tres días, y nadie puede hacerse la menor idea de lo bien que esto le sienta a la shamba y, a través de ella, a toda la vida. Me paso todo el tiempo pensando en la canción: Nun, armes Herz, vergiss der Qual! Nun muss sich alles, alles wenden[122][123]. Quizás esté terminando de verdad nuestro tiempo de apuros y vendrán tiempos mejores. Ahora realmente verdecera el valle más lejano y más profundo. Es algo que casi parece un milagro lo rápidamente que cambia todo aquí bajo la lluvia; Ngong Hills y la reserva, que estaban resacas como una estera, relucen ahora con el verde más suave y espléndido, y toda la shamba florece. Con tal de que esto dure... Es encantador, un paraíso terrenal, cuando cae bastante lluvia. Y en los tiempos de apuros llega uno a querer más en cierto modo esta tierra terca y recalcitrante; tengo la sensación de que en el futuro, me encuentre donde me encuentre, me preguntaré siempre si estará lloviendo en Ngong.

La race-week[124] fue un gran éxito y la verdad es que me divertí como una loca, aunque buena parte de ello debe contemplarse desde un punto de vista humorístico. Fueron dos race-days y muchos lunch parties y bailes. Y todo ello en honor del nuevo gobernador, sir Edward Northey, que me parece que ha producido una impresión muy simpática en todo el mundo, y sin duda es persona muy inteligente. No le envidio su cargo. Le observé mucho, pues coincidimos en un baile y estuve sentada a su lado en un lunch que dio Delamere en la race-course[125]...

El domingo siguiente a las carreras tuvimos aquí una partida de caza; es una excursión bonita y fácil, saliendo de Nairobi, y siempre hay gente a la que le encanta participar. Fueron Delamere, el general y su hermano, el colonel Llewellyn, que es encantador, Denys Finch Hatton, Johnnie van der Weyer y muchos otros, veinte en total; todo fue a pedir de boca. Finch Hatton estaba con fiebre y se ha quedado a vivir aquí; todavía no se ha ido y para mí es una delicia sin límites; no creo haber conocido nunca a un hombre tan inteligente, y esto es cosa que aquí reconocen todos...

Bueno, debo terminar porque tengo que salir con Denys. Siguen levantando grandes edificios —nun muss sich alles, alles wenden—. Ojalá todo os vaya igualmente bien a vosotros y tengáis luz y alegría después de este terrible año.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 12-7-1919

Querida madre:

...Si he tardado tantísimo en escribir la razón es que todo este tiempo estuve pendiente de hacer las maletas para irnos a Europa. La situación, tanto militar como civil, está tan mal organizada en esta tierra y es tan caótica que la mayor parte de la gente se ha visto en la misma incertidumbre en estos tres meses últimos, y, como es natural, todo sufre las consecuencias... Ningún alma de madre sabe aquí cuando llegará el barco próximo o según qué prioridades o regulaciones se admitirán en él pasajeros; mucha gente se pasa semanas y hasta meses en Mombasa a fin de estar listos para aprovechar la menor oportunidad. Éste me parece a mí que va a ser nuestro último recurso... Para los militares que van a ser desmovilizados la cosa es todavía peor, porque sólo pueden coger ciertos barcos muy concretos. Denys Finch-Hatton, por ejemplo, tuvo que esperar ocho meses a recibir la orden de desmovilización en Egipto; íbamos a ir juntos Nilo abajo, pero de pronto se cerró también esa ruta por causa de los disturbios que hay allí...

Todo el comercio sufre, naturalmente, por causa del cambio, y es que, por el momento, se pierde un veinticinco por ciento de todo el dinero que se saca de Inglaterra. A mi modo de ver, el Estado va a tener que

dar tarde o temprano un paso radical para salir de esta situación, si no quiere que el país vaya a la quiebra: por ejemplo, introducir aquí el mismo sistema monetario que en Dinamarca. Pero tengo la impresión de que las cosas se hacen a la ligera... Es curioso, al mismo tiempo la tierra aquí está subiendo de precio. La finca de Naivasha, que el tío Mogens tenía de plazo hasta tres meses después de firmada la paz para decidir si la compraba por ocho mil libras esterlinas —renunció al trato en 1917—, se acaba de vender el otro día por doce mil libras; aquí, o sea, quince mil libras en Londres...

Nos han invitado a vivir en Government House durante la race-week. La houseparty[126] se compone de nosotros solamente y los Polovtsoff[127] y Delamere. Me hace falta de todo, porque estoy completamente desprovista de toda clase de ropa; pero el general me asegura que me ayudará a conseguir algún tipo de permiso para ir a Dinamarca, ya sea por barco o subiendo el Nilo.

Gracias a un montón de Politiken[128] que me llegó con el último correo he podido seguir la pista a las actividades del tío Aage[129]. Me parece a mí que es peligroso cuando, en el fondo, no se sabe de verdad quién es el que tiene razón. Leí un artículo en The English Magasin de febrero de un cierto Hamilton Fyfe que ha vivido muchos años en Rusia y daba la impresión de ser sensato y decía lo que siempre he pensado, que el bolchevismo es el primer intento verdadero de realizar la democracia y podría muy posiblemente terminar haciendo cosas buenas. Los excesos, desde luego, son ciertos, pero no peores que los que tuvieron lugar durante la Revolución Francesa, por cuyas ideas todavía se rigen sus más acérrimos enemigos. Si es que, por otra parte, no son peores los que se permitió el regimiento del zar; bueno, la verdad, nadie sabe...

El Gobierno ha organizado aquí una especie de lotería para fincas destinadas a ex-soldiers, con lo cual se reparte mucha tierra. Pienso que está lamentablemente organizado y que no le va a dejar contento a nadie, pero esta especie de cosa es realmente imposible de organizar de manera satisfactoria. He presentado una solicitud para una finca para Tommy y he tenido la satisfacción de que fuera el único extranjero que ha sido aceptado. Entretanto, Tommy va a ir a Dinamarca. Lo que pedí para él es una finca en el norte de Kenia. Es una comarca encantadora y pienso que le resultaría divertido recibir una finca por su participación en la guerra.

Ayer volvimos de un safari de catorce días al Kedong Valley y Naivasha con el general y madame Polovtsoff... Ésta es, como ya os he dicho, madame Ignatieff, de la legación rusa de Copenhague; el tío Mogens y Sophie conocieron a su marido aquí en 1911, cuando acampaban al pie del Mau, no sé si te acordarás. Él dice que la tía Fritze y Sophie estaban sentadas con sombrillas sobre las rodillas para ocultar las perneras de sus pantalones. Ha sido gobernador de Petrogrado y huyeron al estallar la revolución; él es una persona increíblemente agradable y dotada. Ahora quieren volver a su casa, porque han recibido un telegrama de su hermano en París diciéndoles que hay mucho por hacer; la mayor parte

de los rusos fugitivos del antiguo régimen se congregan sin duda allí. Han perdido todo su dinero, pero dicen que lo mismo les ha pasado a todos, y venden sus alhajas para poder vivir. Quieren que vaya a Europa con ellos, y me han invitado a vivir en París o en su casa de Montecarlo; a mí esto sí que me gustaría, porque podría ver a mucha gente interesante, y conocería a un grupo histórico...

El 14 de agosto de 1919 zarparon Karen Blixen y su marido en el Pundua, que iba de Kilindini, el puerto de Mombasa, en África Oriental, a Londres vía Bombay. Después de pasar unos días en Londres, donde, entre otras cosas, estuvieron con Denys Finch Hatton, que se encontraba por entonces visitando a su familia en Inglaterra, llegaron a Dinamarca en noviembre. El año siguiente lo pasó Karen Blixen con su madre en Rungstedlund, yendo a ver al profesor Rasch, en el Hospital Nacional, para tratar su enfermedad. Según el informe del profesor Mogens Fog, en BLIXENIANA 1978, Karen Blixen tenía en 1919 gripe y septicemia y permaneció enferma cinco meses.

Después de una visita bastante larga a Suecia, volvió Bror Blixen a Kenia en marzo de 1920; casi nueve meses más tarde cogió Karen Blixen con su hermano Anders el barco para Inglaterra, y se alojó en Londres, donde Thomas Dinesen llevaba ya algún tiempo. Desde allí, ella y Thomas Dinesen seguirían unos días más tarde por París y Marsella para coger el Garth Castle para África. Karen Blixen estuvo durante todo este viaje en un estado de ánimo próximo a la desesperación. La inseguridad por el futuro de la finca era mayor que nunca; en su dirección en Londres se habían cruzado diversos y ominosos telegramas de África y Dinamarca referentes a un préstamo final y definitivo, que la hacían vacilar constantemente entre la esperanza y el temor.

A Ingeborg Dinesen

Hotel Washington

Curzon Street, Mayfair, W.

(Noviembre, 1920)

...Me siento algo aturdida después de estas treinta y seis horas, en verdad terribles, por el mar del Norte, pero, aparte de esto, estoy bien y disfruto lo indecible de verme aquí con los chicos. Aquí hace frío —y en París será todavía peor—, pero hemos tenido tiempo claro y sereno. Ahora me encanta Londres, y en esta estación las grandes ciudades tienen algo muy poético; anoche, con la luna nueva de fondo, vi una vieja lechuza posada en un árbol en Piccadilly, entre todos los coches con los faros encendidos que pasaban zumbando por delante...

Me falta mucho por hacer, toda clase de recados, pero los chicos salen juntos por ahí y lo pasan verdaderamente bien. Tengo gran irritación, y es que el príncipe Wilhelm y Sjögren están en el Garth Castle. Es una situación muy embarazosa, con la letra de cambio de veinticinco mil de Sjögren y todo lo demás, y luego, naturalmente, las festividades que va a haber allá a su llegada —se van a alojar en la Government House—, donde también a nosotros se nos espera para el banquete, lo cual, a decir verdad, me sienta todo lo mal que puedes imaginarte...

A Ingeborg Dinesen

Hotel Washington

Curzon Street, Mayfair, W.

24-11-1920

Queridísima madre:

Antes de dejar Londres quiero mandarte unas líneas. Lo hemos pasado muy bien juntos, y pienso que Anders disfrutó muchísimo, y Thomas y yo también de tenerle con nosotros. Ayer hicimos una excursión verdaderamente encantadora al antiguo campamento de Tommy en Haglemere. Fue muy emocionante ver todos los sitios donde le había imaginado en acción, la cruz en el lugar de las ejecuciones y las pequeñas tearooms[130], el tiempo era maravillosamente sereno con sol y algo de helada. El paisaje es allí muy bello, con grandes colinas y hermosos árboles, sobre todo robles. Les envidio sus vallas de estacas de roble. Thomas mostró mucho interés y nos lo enseñó todo; allí ha sido muy feliz. A Anders no le interesa nada lo que le cuentan los demás, prefiere encontrar relatos paralelos de su propia época de soldado.

Por la noche daban Fausto en el Covent Garden; a mí me pareció la representación bastante mediocre, con un Fausto espantoso, pero Anders quedó encantado. Fue algo difícil para Thomas y Anders la separación esta mañana, pero esperemos que los dos lleguen a tener una relación armoniosa y vuelvan a verse con alegría. Yo diría que los dos se han desarrollado mucho este verano; se han vuelto bastante más maduros.

Mis planes son muy inciertos, y esto me resulta muy duro. Es también en verdad mala suerte el que a Buxton se le ocurra salir de viaje precisamente ahora, y que nos vayamos a cruzar por el camino; si estuviera aquí, o en África, por lo menos una semana conmigo,

podríamos haber puesto las cosas en orden, más o menos. Muy pero que muy a la fuerza me quedaré en París, sobre todo porque me lo juego todo a una sola carta —Buxton—, y ni tengo tiempo ni estoy en contacto con los de África, si, por ejemplo, las condiciones de Buxton me resultasen inaceptables. También me inquieta algo quedarme tanto tiempo en París sin hacer nada; bueno, claro que podría buscarme algo que hacer, pero apenas puedo pensar en otra cosa que en Ngong de momento. Por si acaso he teleografiado sobre los plenos poderes para Thomas; o sea que si Milligan me aconseja sin lugar a dudas que me quede —es decir, si la cosa con Buxton está, a efectos prácticos, hecha —, Thomas puede ir y hacer lo que sea posible allí. Pero espero muy de veras encontrar en París un telegrama que nos permita a los dos ir allá juntos; esta idea nos tenía muy contentos a los dos...

...Es maravilloso que existan Rungsted y Folehave, y todos vosotros. Pero Ngong, Ngong, lo llevo grabado en el corazón...

A Ingeborg Dinesen

Gd. Hôtel Louvre et Paix

Marsella, 1-12-1920

Queridísima madre:

He pasado unos días terribles desde que recibí el telegrama de Bror con la petición de que me quedara a esperar a Buxton. Cuando sabe una lo que conviene hacer puede una ponerse a hacerlo y resolver lo que sea, pero es que yo no sabía en absoluto lo que resultaba más sensato en estas circunstancias. Quedarme aquí era jugármelo todo a una carta: Buxton, y todo dependería de lo bien que saliese. Estaba dispuesta a hacer lo que me pareciese mejor —aunque siempre tiene que haber un cierto riesgo—, y ahora salgo para allá y espero, espero, que con esta decisión no habré echado a perder mi mejor oportunidad.

Si Bror por lo menos me hubiese tenido un poco a jour de las circunstancias, me habría sido posible llegar a un acuerdo con Buxton aquí, pero ahora me parece que sé demasiado poco. Ignoro, por ejemplo, con qué interés puede responder la finca de un préstamo, o si yo puedo vender Uasin Gishu y a qué precio. Además, Bror sigue dando por supuesto que lo que tenemos que hacer es vender, mientras que yo lo único que pienso es que sería maravilloso poder conservar la propiedad. Y esto es lo que preferiré siempre, hasta el último momento. No, pienso que lo que tengo que hacer es ir allá, Dios quiera ahora que eso sea lo acertado. Cuando telegrafí sobre los plenos poderes mi idea

era que Tommy saliese para allá mientras yo me quedaba aquí. Y de sobra sé que él lo haría lo mejor posible, pero es que no conoce a la gente ni las circunstancias de allí, y tendría casi necesariamente que atenerse a las instrucciones de Bror...

Querida madre, no sabes lo terriblemente que te añoro en estos días. Pero hay cosas que no tienen remedio. Si consigo alguna vez llegar a poner todo esto en orden, de modo que ni vosotros perdáis vuestro dinero ni yo mi trabajo y podamos llegar a algo, habrá valido la pena. De seguro que iré a veros enseguida, pienso yo...

A Ingeborg Dinesen

Marsella, 4-12-1920

...Te escribo a lápiz porque estoy en la cama, con una enfermedad desconocida. Acabo de leer que hay en París una nueva epidemia, y espero que no sea eso lo que tengo. Esto (lo mío) consiste solamente en que vomito todo el tiempo y me siento muy mareada, pero lo que no sé es si se trata de alguna especie de intoxicación o de agotamiento después de mis difíciles decisiones de Londres y París. Yo diría que, en general, no se puede saber por los síntomas si es del estómago o de la cabeza. Espero ponerme lo bastante buena para salir de viaje pasado mañana, pero de no ser así menos mal que Tommy tiene plenos poderes.

De negocios lo único que te escribiré es que he recibido un nuevo telegrama de Bror proponiendo dar mi casa y mi parque a modo de commission al que nos consiguió el préstamo. Es, realmente, una idea diabólica, de Bror mismo, sin la menor duda. Ni Buxton ni Denys podrían habérsela sugerido. Pero Bror no ha podido nunca pensar que yo tenga cariño a mi casa de allí. Espero, muy de verdad, que esto se pueda arreglar de alguna otra forma...

Haz el favor de decirme de una vez si Anders disfrutó de sus días en Londres; no hay manera de sacárselo directamente a él. Por lo demás es conmovedoramente sincero, y dijo, al preguntarle Thomas y yo si pensaba algunas veces en nosotros cuando no estábamos con él: «No, por Dios bendito, ni una sola vez. A lo mejor es que me pasa algo, pero sólo pienso en lo que tengo delante». Es muy sensato y concienzudo, y llegará a ser algo, y verdaderamente no creo que valga la pena intentar que se interese por cosas que a él mismo no se le ocurran de modo espontáneo. Y también, después de haber estado tanto tiempo con él durante estos días en Londres, he llegado a la conclusión de que sería injusto tratar de casarle. La verdad es que es muy dócil, y que se le podría inducir a dedicarse a algo que no le interese en absoluto, pero eso sólo serviría para hacerle infeliz. Pienso que, en cierto modo, se ha desarrollado muy tardíamente, y quizás dentro de diez años llegue de

manera normal a lo que ahora le correspondería por su edad, pero creo que forzarle sería hacerle verdaderamente desgraciado...

A Ingeborg Dinesen

MOMBASA CLUB

BRITISH EAST AFRICA

30-12-1920

Querida madre:

Hemos llegado all right, y Bror, Olga, Fara y Abdullahi estaban esperándonos. A Thomas le encanta Mombasa y todo en general, y es estupendo tenerle al lado. Por lo que puedo comprender de lo que me dice Olga todo en mi finca está en un terrible mess; parece ser que Bror ha sacado una nueva bill of sale[131] de todos mis muebles, que vence muy pronto; y no sé, la verdad, lo que va a pasar. Todo este tiempo, por cierto, ha habido gente en la casa, y hay muchas cosas rotas, dice Olga; entre ellas toda mi porcelana y mi cristal. ¡Figúrate que lo han usado para tirar al blanco! Bror está convencido de que no saldrá bien lo del préstamo. Cree que es un acuerdo entre Ekman, Bursell y la tía Fritze para parárnoslo todo y hacer una oferta de compra el 1 de febrero. Bueno, Dios sabe cómo va a terminar todo esto. He estado constantemente preocupada por la posibilidad de nuevas sorpresas, y ésta, por cierto, no será la última...

En el transcurso de unos meses empeoró mucho más la situación económica de la finca. Y la cosa terminó con la llegada a Kenia del presidente de la compañía, Aage Westenholz, con la idea de deshacerse de la plantación. Los fuertes deseos de Karen Blixen de continuar su actividad dieron por resultado, a pesar de todo, que se llegase a un acuerdo, firmado el 19 del 6 de 1921, nombrándola a ella directora ejecutiva a condición de que Bror Blixen, que se había mostrado completamente incapaz como director responsable, no tuviera ya nada que ver con la plantación o con la Karen Coffee Co. Karen Blixen prefirió —si bien con amargura— aceptar esto a abandonar la finca.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 19-5-1921

Mi queridísima madre:

No intento excusarme por no haberte escrito; en cierto modo me doy perfecta cuenta de que es inexcusable, pero la verdad es que, tal y como estaban las cosas, no me ha sido posible. Todo estaba muy inseguro; ni siquiera sabía si lo que te escribiese un día no iba a convertirse en pura fantasía para el siguiente, y yo misma desconocía lo que convenía pensar y creer, tanto menos escribir...

Sobre mis planes prefiero, de verdad, no decirte nada aún; no sé, créeme, si esto va a funcionar. Pero hemos tenido lluvia, y esto era lo más importante; una lluvia encantadora, cuatro pulgadas en estos seis días últimos. Ahora todo tiene otro aspecto, y, después de la angustiosa sequía, ha sido una gran felicidad.

Fue estupendo que viniera aquí el tío Aage, y conmigo estuvo incomparablemente bondadoso, y es divertidísimo tenerle entre nosotros. Él y yo somos muy distintos y no nos entendemos siempre, por supuesto, pero es impresionante lo que me ha ayudado a pesar de todo. Thomas y él están quedando muy bien en este asunto, y entre ellos dos hablan y discuten estupendamente. Yo creo que Thomas lo pasa bien aquí. No sabría decirte lo maravilloso que ha sido tenerle a mi lado, y lo bueno, amable y servicial que ha sido para conmigo...

¿Verdad que fue una tragedia lo de Denys, que salía en barco de Adén precisamente cuando llegaba yo? Y ahora no tengo la menor idea de cuándo volverá por aquí. En general son muchos los viejos amigos que se han ido de esta tierra, pero he encontrado bastante gente simpática a la que no conocía antes. Por lo demás vivimos muy tranquilos. Al tío Aage le tiene sin cuidado conocer gente y, por otra parte, ya hemos tenido bastante con ocuparnos de nuestras shauries...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 26-7-1921

...Hemos pasado mucho tiempo este mes viajando por los alrededores y viendo fábricas, porque es lo más lógico si vamos a instalar una nosotros. Creo que tenemos la mejor maquinaria de B.E.A., pero pésimos edificios y ningún sistema en general. Ahora Thomas se va a encargar del edificio de la fábrica y de la instalación de la maquinaria, y

además de que realmente me parece que esto es muy buena cosa para la finca, me alegro de que tenga trabajo de verdad por su cuenta...

Soñé muchísimo esta noche con todos vosotros; Elle me hablaba de su viaje a Italia y Mitten también estaba con nosotros, y yo pensaba en sueños, y también cuando desperté: no, ahora quiero ir a casa. Pienso también ahora que habría sido mejor si me hubiera quedado en casa desde el principio en vez de venir aquí. Pero ya, sin embargo, lo mejor va a ser que siga aquí unos pocos años más; hay mucho, muchísimo que me ata. Os añoro terriblemente a todos vosotros en estos momentos, pero tampoco es imposible que alguno de vosotros se anime a venir aquí.

He pasado algunos días en Njoro para tratar de bueyes... Me alojé en casa de unos suecos que se llaman Lindström; gente verdaderamente encantadora, sobre todo ella, que es increíblemente amable, y de vez en cuando me divierte encontrarme con una mujer por estas tierras, porque la verdad es que me paso casi todo el tiempo entre hombres...

Amada madre, no sabes lo mucho que me cuesta escribirte sobre mi vida privada, pero, a pesar de todo, te pondré unas líneas. En estos seis meses he llegado a la conclusión de que muy muy a mi pesar me tengo que separar de Bror. Aquí hay muchísimas cosas que nos unen y me resulta imposible dejar de creer en sus buenas cualidades y no pensar que sus inexplicables explosiones irracionales y crueles sean otra cosa que una especie de locura pasajera. Quizás sea también pura y simplemente que le tengo demasiado cariño; y no sabes lo que me cuesta dejarle ahora que lo está pasando tan mal...

A Ingeborg Dinesen

KAREN ESTATES

P.O. BOX 223, NAIROBI

KENYA COLONY

Ngong (otoño de 1921)

Queridísima y bendita madre mía:

Hace mucho tiempo que no me decido a escribirte, y que hago mal no es necesario que me lo digas. Pero todo aquí ha sido muy inseguro y han

pasado demasiadas cosas desagradables. Sin embargo, todo va a cambiar ahora.

Quiero pedirte por favor que en el futuro —por lo menos durante un año, aunque es posible que menos tiempo— te escriba yo a ti sola y sin que ninguna otra persona vea mis cartas. De sobra sé lo mucho que los demás se interesan por mis cosas, y por mis penas y alegrías, y que acabarán cansándose; pero esto sólo durará poco tiempo; porque si no es que a mí me resulta imposible escribir, eso está claro. Les sigo queriendo como siempre a pesar de todo, pero en estos tiempos, con una sequía terrible, peor que en 1918, y con todas mis shauries con Bror, etcétera, etcétera, etcétera. La verdad es que no quiero tener la sensación de que mi matrimonio y mis asuntos de dinero y mi futuro y mi humor y mis cuentas van a ser la comidilla de Matrup y de Leerbaek y en la finca de Holbaek. O, por lo menos, no con todos los detalles que yo misma te haya podido confiar a ti en un momento de falta de dominio sobre mí misma.

También me resulta imposible contestar a sus cartas, que me figuro cómo serán. Estoy pasándolo terriblemente mal aquí; he estado examinando un montón de cosas, algunas puramente prácticas, pero otras relacionadas con mis sentimientos, mi verdadera vida, quizás por culpa mía, quizás por casualidad, y toda mi energía se va en examinarlas y reponerme de todo ello. Esto lo sabéis todos vosotros. Pienso, naturalmente, que acabaré sobreponiéndome a todo esto; sin duda llegará un momento en que piense que soy la más afortunada de todos nosotros, y que todo esto valió sobradamente la pena. Pero mientras lo tengo entre manos y mientras toda mi energía me haga falta a diario para ponerme a mí misma en orden, no me es posible discutir de ello con muchas mujeres y tíos y cuñados y amigos viejos y jóvenes.

Si sé que lo que te escribo es solamente para ti, te escribiré con exactitud lo que pienso; todos mis planes, cuando los tenga, te los confiaré a ti como a mí misma, pero necesito saber con absoluta seguridad que no se lo vas a enseñar a nadie, ni siquiera a título de excepción irrepetible.

Os quiero a todos igual, aunque ciertamente estoy segura de que, por ejemplo, a la tía Bess la quiero mucho más que a Ea o Elle; en cuanto consiga aclararme yo misma podré «volver de nuevo» a todo el grupo, y no sabes lo muchísimo que me alegra saber de sus vidas y sus circunstancias y sus intereses diarios, de Folehave y de Rungsted, de Elisabeth, de Malla, y sobre todo, como es lógico, de Mitten; pero no quiero que me escriban sobre mis circunstancias íntimas, porque no las comprenden en absoluto y no son más que un aburrimiento de leer y completamente imposibles de contestar.

Ahora, por ejemplo, me doy cuenta de que no debí haber ido a Dinamarca la última vez; no fue natural y me apartó más de todos vosotros en lugar de acercarnos. Es muy posible que no vuelva a casa durante algún tiempo. He estado pensando que si me fuera posible dejar

todo esto una temporada tú y yo podríamos pasar unos meses, por ejemplo, en Francia, en París o en el sur de Francia. A fin de cuentas mi hogar eres tú y sólo tú, tú eres todo lo que yo más quiero en Dinamarca.

Pienso que fue una gran desgracia para mí la muerte de padre. Padre me entendía tal y como yo era, a pesar de lo pequeña que era yo entonces, y me quería muchísimo. También habría sido mucho mejor para mí haber pasado más tiempo con su familia; con ellos me sentía yo más animada y más libre. Con Mamá y con la tía Bess y con toda tu familia —con el tío Aage cuando estuvo aquí hace poco— siento como si, unas cosas con otras, me quisieran sólo de cierta manera y a pesar de ser yo como soy. Siempre están viendo la posibilidad de hacer de mí otra persona; y lo que a mí misma me parece bueno de mi carácter ellos no lo pueden sufrir.

No pienses que digo esto como reproche; la única que merece aquí reproches soy yo, porque no conseguí liberarme antes, y también porque cuando, finalmente, me liberé en cierto modo, o por lo menos me alejé de todo ello, lo hice con vuestra ayuda. Éste es el único gran error que he cometido en mi vida, y bien lo sufro, y he sufrido todas las penas del infierno por su causa. Porque, de no haber sido así, ¿qué importaría que lloviese aquí o dejase de llover, y si la tierra subía o bajaba de precio? Más aún, ¿qué importaría nada? Me las habría podido arreglar yo sola de la forma que fuese.

Pero esto acabará arreglándose también de una forma o de otra. Pienso que lo mejor será comprar, y ya saldré sola como sea de todas estas dificultades en que yo misma me he metido.

Pero —si lo hago así y vuelvo a ser algo, y si llega un día en que pueda ver la vida con serenidad y claridad— será a padre a quien tendré que agradecerse. Es su sangre y su cabeza lo que puede sacarme de estos apuros. Con frecuencia he tenido la sensación de que se encontraba a mi lado y me ayudaba, diciéndome muy a menudo a propósito de muchas de mis shauries: «Manda todo esto al diablo».

Cada uno de tus hijos piensa que te quiere más que los otros, y esto me pasa también a mí. No es razonable. Pero lo que sí es cierto es que cada uno de ellos te quiere a su manera, y yo pienso que hay algo en mi manera de quererte que se parece a la manera que tenía padre de quererte. Tú, para mí, eres lo más encantador y lo más maravilloso del mundo; con sólo que existas, toda la tierra es diferente; contigo hay paz y armonía, y sombra y fuentes que fluyen y pájaros que trinan; ir a ti es exactamente como ir «al cielo».

Pero tienes que permitirme que te escriba de la misma manera que tú querías que te escribiese a ti padre. Sin mostrárselo a nadie, y sin someterme en tus pensamientos a juicios ajenos.

Si padre te hubiera escrito un día que había cometido un delito o si te lo hubiera dicho personalmente, no se te ocurriría sin duda pensar en lo

que iba a decir la tía Bess sobre una cosa así si llegase a saberla, ni pensarías que hacías mal en ocultárselo a ella. Habría sido un asunto entirely, eternamente, entre tú y él. Bueno, pues ahora te pido yo a ti que hagas lo mismo con mis cosas y mis cartas.

Éstos son tiempos difíciles para mí, mucho más difíciles, por ejemplo, que aquella vez que estuve enferma aquí. Tu amor y tu comprensión son luces y estrellas que iluminan y relucen entre todo esto. Y debo aceptarlo a mi manera, si no me mataría, y esto lo tienes que comprender. Y tienes que tener la fuerza, madrecita, de conservar esta comprensión a pesar de los juicios ajenos. La choza[132] de hierba y el office-work del tío Aage y las comparaciones que hace la tía Bess de mí con la comandanta[133], etcétera, todo eso bien sabe Dios que no son más que puras tonterías en estos tiempos, porque ahora la cosa va completamente en serio.

Cuando se pongan a hablar de eso, tú óyeles y diles que sí y amén, pero sonríete para tus adentros. No te dejes convencer por lo que digan; compréndeme a mí como sólo tú sabes hacerlo. E imagínate a padre sentado a tu lado, quizás incluso hablándote con preocupación de la criatura que tenéis ambos en estas tierras, que ha gastado demasiado dinero y se ha comportado con ligereza de muchas maneras. Pero quizás él sepa ver el sentido de ello, quizás diga: «Pero por lo menos tiene valor, y nos quiere a ti y a mí, más tal vez que alguno de nuestros otros hijos; dale un poco de tiempo, ya verás cómo todo acaba arreglándosele». Sí, habla un poco de mí con padre. Él tiene verdaderamente la responsabilidad; después de todo me abandonó muy temprano y fue causa de que las cosas no fueran fáciles para mí.

Pero con los demás no hables de mí; límitate a dejarles decir lo que quieran, y permíteme que te escriba a ti sola. Te quiero infinitamente.

Gracias, mil, mil gracias por haber pagado a Borre. Has sido increíblemente amable. Pero no pagues nada más. Es, por supuesto, terrible, tener tantas deudas como tengo yo. Espero que pronto se acabará.

Quieres hacer el favor de dar gracias de verdad a la tía Bess por su carta; se la agradecí muchísimo. Pero lo cierto es que no sé cómo responder a ella. No resulta fácil examinar las propias circunstancias y compararlas con La saga de Gösta Berlings. Dejando a un lado que a mí me parece que no puede demostrar nada con Selma Lagerlöf, porque tiene un mundo completamente suyo, y una tiene la sensación de que todo podría haber ido igual de bien por derroteros completamente distintos, lo que ocurre es que no creo parecerme a la comandanta en lo más mínimo. Es posible que alguna vez, en broma, se me ocurriera decir que me gustaría ser como ella, pero ni la tía Bess siquiera puede ver ningún parecido. Y si insiste, pregúntale qué piensa ella que habría pasado si la comandanta no llega a estar casada —a una edad más joven— con Gösta Berling. En ese caso habría que haber reescrito el libro por completo.

Me habría gustado mucho escribirte algo sobre Thomas, porque es eso realmente lo que más quieres oír. En cierto modo lo está pasando bien, muy ocupado con la construcción de la factory, con lo cual a mí y a la empresa nos hace un favor grandísimo. Pero cuanto más voy conociéndole gracias a esta convivencia, tanto más me doy cuenta de lo difícil que le resulta a una persona de su carácter dar con algo que realmente le parezca digno de ser vivido. Para Thomas sólo existen las cosas grandes; no es capaz, como lo soy yo, de encontrar goce o consuelo en dificultades, en cosas pequeñas. Y no todos los días se encuentran grandes cosas, y es evidente que este tiempo se le hace más cuesta arriba precisamente por eso. «Feliz la cima que el águila del entusiasmo/ roza con sus grandes alas». Pero es duro pensar que ya nunca más se oirá ese roce y que en adelante no habrá otra cosa que simples gorjeos de gorrión y graznidos de pato, cuyo sonido es el doble, qué va, diez veces más insoportable. Podría ser muy bien que esta tierra a él no le vaya. La razón esencial en que me baso para pensar así a lo mejor a ti te hace sonreír: es que aquí hay tan pocas mujeres jóvenes que me resulta muy difícil imaginarme que le vaya a ser posible encontrar en este lugar la novia de su juventud, y en ella pongo yo precisamente todas mis esperanzas para Thomas. Pero por otra parte se me hace muy cuesta arriba acostumbrarme a la idea de que se vaya a Norteamérica, como debe de estar pensando hacer.

Durante cosa de una semana he tenido aquí viviendo a un cierto joven, llamado lord Doune, y no sabes lo que su estado de ánimo me recuerda al de Thomas. Tenía la misma edad, y al parecer se ha portado bien como aviador durante la guerra. Su aspecto era bueno y disponía de todo el dinero que quería. Se pasó seis meses de safari y deseaba ir a la India y Persia. Y me dijo, completamente en serio, que cada vez que veía una estrella fugaz le entraban deseos de no terminar vivo el año. Me contó que su madre tenía gran empeño en verle casado, y la verdad es que la comprendo. Pienso que es una situación común, en cierto modo, no a todos los jóvenes que han estado en la guerra, sino a la élite. Después de una experiencia así ya no pueden contentarse con la vida cotidiana, y la grandeza que para ellos fue realidad durante un instante no ha desaparecido del todo de sus ojos, sino que se ha deprimido, se ha vuelto farsa y pacotilla.

Sin embargo, creo a pesar de todo que la grandeza y el esplendor siguen existiendo, y que los reconocerán cuando se les aparezcan de nuevo. No sólo de la justicia cabe decir, como se dice, que bienaventurados son los que tienen hambre y sed de ella, porque serán saciados; esto se puede decir también de la verdad que busca Thomas, y de todo lo que es grande de verdad en el mundo.

Bueno, basta por hoy. La próxima vez te hablaré de mis «planes», tanto próximos como lejanos.

Adiós, amada y querida madre. Me imagino que ahora me estás abrazando. De modo que a partir de este momento te escribiré a ti sola.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 25-10-1921

Queridísima madre:

Ahora te escribo, como te dije la última vez, en la idea de que solamente tú vas a leer mi carta. Es tan necesario para mí saber esto con certidumbre que no me creería capaz en absoluto de escribirte así si no estuviera completamente segura de ello. No debes hacer ninguna excepción con mis cartas, ni siquiera si no contienen secretos o confidencias de ningún tipo. No sabes lo que deseo tener siempre la sensación de que a ti te lo puedo decir todo.

Te ruego, querida madre, que no me sigas escribiendo sobre mi matrimonio o sobre Bror. De sobra sé que lo haces con la mejor intención del mundo; pero hay veces en que incluso lo que se hace de esta manera yerra el blanco, y esto que a ti te cuesta tantos esfuerzos y dolores decirme, me cuesta a mi esfuerzos y dolores leerlo, y pienso que con ello lo único que consigues es hacerme ver lo poco que me comprendes. O bien pienso que sobre este asunto —que de ninguna manera podría servir de tema para un consejo de familia— habéis hablado ya tanto que habéis perdido toda imparcialidad o todo sentido de la objetividad cuando os referís a él, y lo juzgáis completamente fuera de contexto. Y no creas, por favor, querida madrecita, que te digo esto llevada por la ira o la amargura; lo que pienso es que es la única explicación de que hasta tú me escribas como me escribes, y muy de verdad me gustaría que dejases el tema.

Porque de qué otra forma quieres que me explique lo que me dices de que tengo que elegir entre Thomas y Bror. Si haces el esfuerzo de imaginarte esto aplicado a los otros verás lo absurdo que es. Imaginémonos que Knud y Thomas —o Viggo y Thomas— riñesen terriblemente, hasta el punto de romper por completo el uno con el otro, más incluso, que llegasen a las manos. Y supongamos que todos vosotros os ponéis del lado de Thomas, más aún, que Elle —o Ea— piensa que es él quien tiene razón. Ninguno de vosotros va a pensar por ese sólo motivo que sería necesario que Elle se separase de Knud, o Ea de Viggo. Pero sería así y todo terriblemente doloroso para Elle o para Ea que se hablase en su presencia de esto, y tanto más si el motivo

central de ello eran el cariño y la bondad de Thomas. En términos generales pienso que es una situación única el que una familia entera trate con todas sus fuerzas de convencer, más aún, de forzar casi a uno de sus miembros a divorciarse. ¿O acaso has oído jamás en tu vida un caso como éste? Aplícalo incluso al matrimonio que peor se lleve de todos los que conoces y hasta tú misma tendrás que darte cuenta de que es una intromisión absurda en circunstancias muy particulares que los demás no pueden juzgar. Imagínate esto aplicado al tío Mogens y a la tía Fritze; incluso en este caso es de suponer que la familia se debe abstener de entrometerse si él explicase que ha tomado la decisión de no divorciarse. Más aún, incluso si se tratase de un delincuente, de Alberti, por ejemplo, deberían abstenerse.

Hay dos cosas que no entiendo: lo distinta que soy y he sido siempre de vosotros. Hasta qué punto las cosas que me hacen a mí feliz o infeliz son distintas de las que os hacen felices o infelices a vosotros. Que me sea posible a mí vivir en circunstancias que para vosotros serían espantosas, y estar contenta, y, por el contrario, en circunstancias que a vosotros os parecen felices, sentirme infeliz en el más alto grado. Y esas circunstancias vosotros no podéis juzgarlas de antemano; no sabéis, ni podréis saberlo nunca, qué influencia pueden tener en mi felicidad y, en consecuencia, debierais tener mucho cuidado con vuestros consejos; podríais arrepentiros terriblemente de ellos. Mi enfermedad, por ejemplo, la tomé con bastante tranquilidad, y si no hubiera estado bajo vuestra influencia la habría tomado con más tranquilidad aún; y ahora tengo siempre la sensación de que eso debió molestaros. Aguanté en el hospital bastante bien, aunque para mí fue infernal. Para cualquiera de los otros habría sido completamente distinto. Pero por nada de este mundo querría volver a la época en que tenía que ir a comer a Folehave todos los domingos. No debes pensar que esto que te escribo es duro o cruel. Preferiría de verdad no hablar de ello; pero si me escribís las cosas que me escribís no es posible evitarlo, y pienso que tú últimamente me has escrito cosas que me han hecho más daño, y ésta es la única manera que se me ocurre de terminar este asunto por vuestra parte y por la mía.

Y la otra cosa que no acabo de comprender es que con cada carta de este tipo que me escribís os alejáis más y más de mí. Sin embargo, tienes por fuerza que darte cuenta de ello con sólo que te imagines que la tía Ellen, el tío Edmund, o incluso la tía Bess y la tía Lidda te escribiesen a ti sobre padre y sobre tus relaciones con él insistiendo a todo insistir en que lo que tenéis que hacer es divorciaros. Incluso si padre te hubiese hecho a ti la más grande de las injurias, despilfarrando tu dinero, vendiendo tu casa, cometiendo algún escándalo, bueno, pues ni aun así lo tolerarías. Imagínate que se tratase de uno de tus hijos, por ejemplo, y que todos te escribiesen a propósito de Anders —si Anders hubiera cometido esta gran falta o la de más allá— conjurándote a que te desentendas de él. Esto te distanciaría de todos ellos; y si no te hicieran caso a tiempo al rogarles tú que pararan, acabaríais rompiendo. Os pido encarecidamente que dejéis de escribirme sobre este tema. Medítadlo bien antes de que sea demasiado tarde.

No puedo dejar de pensar que, a fin de cuentas, y por enésima vez, es la cuestión económica lo que está en el fondo de todo esto. A veces pienso que tiene razón la tía Emy y que el dinero juega un papel tremendo en toda tu familia, y encima tengo dos cuñados para quienes es el único criterio posible de valor. Si Bror pudiera mantenerme y no os causase a vosotros dificultades económicas no habríamos llegado a esto; nunca habríais llegado a la conclusión de que debiéramos divorciarnos. No se te ocurra pensar que no me doy cuenta de lo muchísimo que os debo, y de que habéis puesto muchísimo dinero en esto y de que estáis constantemente arriesgándolo, y todo lo que esté en mi mano hacer para que no lo perdáis os aseguro que lo haré. Me he comprometido, y me comprometí sin la menor vacilación, a que Bror no intervenga en absoluto en este asunto, y ciertamente di mi palabra de honor. Pienso que vuestras exigencias no tienen por qué ir más allá de la cuestión de negocios. Si alguien exigiera de mí que me hiciese de la iglesia danesa por el mero hecho de haberme prestado, aunque fuese ni más ni menos que veinte mil libras esterlinas, desde luego que le diría que no de la misma manera y me quedaría convencida de que era una injusticia lo que se me pedía. ¿Y, además, qué es lo que queréis conseguir? Imaginémonos que yo voy y digo que bueno, que me hago de la iglesia danesa y prometo comulgar todos los domingos; bien, pues no habríais conseguido más que algo puramente externo, y no veo qué otra cosa podría ser un divorcio obtenido a la fuerza.

Es posible que me haya extendido demasiado sobre este tema; pero también te puedo asegurar que ha sido muy a mi pesar. Por tanto no pienso volver a escribir sobre ello. Si tú insistes en este asunto no te daré ninguna respuesta, y ya puedes ir diciéndoselo también a los demás. Es imposible tratar de esto sin que acabemos amargándonos entre nosotros mismos, y eso es algo que no quiero que ocurra por nada de este mundo.

Te quiero demasiado, mi amor por ti es demasiado elevado...

Por el momento la señora Lindström, de Njoro, y sus dos niñas pequeñas, viven aquí conmigo mientras su marido y Bror están en un safari cinematográfico, y esto para mí es una gran alegría. Es increíblemente encantadora y simpática y natural, el verdadero tipo de señora nórdica, y está muy por encima de las inglesas digan lo que digan. Sus dos niñas pequeñas se llaman Nina, de seis años, y Ulla, de cuatro. Thomas y la señora L. tienen intención de hacer una gira por Kenia en sidecar; estaría muy bien que Thomas saliera un poco —el pobre se ha pasado aquí solo mucho tiempo— y que tuviera compañía. Su ambición es hacerlo todo él solo, pero ésa es una felicidad estéril, y, además, produce un gran vacío, me parece a mí, no tener a nadie con quien hablar de las cosas de una. Por otra parte yo pienso que Thomas se ha desarrollado tremendamente durante el tiempo que ha pasado aquí, o por lo menos que ahora le resulta como más fácil expresar su personalidad, no es tan rígido —me refiero espiritualmente— como antes. Creo que le ha divertido eso de construir la factory y la verdad es que lo ha hecho muy bien. A todo el mundo le tiene impresionado. Pienso

ahora que Thomas es más competente de lo que parecía en casa, o, mejor dicho, que lo es de una manera más práctica, y me gustaría mucho que adquiriera Uasin Gishu, como él tanto desea, y entonces podría trabajar de verdad y no se pasaría todo el tiempo leyendo a Einstein —y esto lo hace muy bien, pero la verdad es que todo tiene un límite y a mí me parece que ya hemos llegado a él—. Además encontró un espíritu gemelo en Doune y se pasaban las horas muertas entre discusiones que sobrepasaban toda la comprensión humana normal.

Ahora tengo la más íntima esperanza y pienso constantemente que vosotros, en casa, aprobaréis mi plan de dividir la finca en parcelas y de renovación de la dirección. He estado pensando en él día y noche durante los meses pasados y me parece bueno. Sí, sin duda, pienso de verdad —y no creas que tengo manía de grandezas— que si me ponéis a mí a la cabeza de esta finca y me dais verdaderamente plenos poderes no habrá en toda B.E.A. una sola finca que pueda comparársela. Y esto se debe al apasionado interés que me tomo por ella. Hunter se ríe de mí, pero lo cierto es que amo cada uno de sus acres, de sus natives, de sus arbustos de café...

Querida madre, entiende bien esta carta, está escrita con el amor más inmenso, el más sincero y el más profundo... de modo que comprendeme de verdad hasta qué punto me hace temblar el temor de que estos misunderstandings[134] puedan llegar a ser reales. Entiéndeme que por nada de este mundo querría yo que fuese así, por nada de este mundo ni del otro; en fin, que preferiría no volver a hablar de esto. Y como decía Doune: recuerda que cuando se cabalga se guarda un solo silencio. Bueno, pues yo os digo, recordad que cuando escribís golpeáis en un solo corazón. Y recordad también lo lejos que estoy de todos vosotros; a tanta distancia las cosas son distintas. Como dice Cyrano:

Je mourrai si de cette hauteur

Vous me laissez tomber un mot dur sur le cœur...[135][136]

Buenas noches, madre mía, a quien quiero por encima de todo.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 30-10-192(1)

...Pienso que te dejas influir por los demás y por lo que piensan de mí, hasta el punto de que ya no me comprendes, y puedes suponer que esto a mí me duele; pero estoy completamente segura de que las cosas volverán a aclararse y de que se trata solamente de un misunderstanding en estos difíciles tiempos y circunstancias. Pero mientras las cosas estén así, creo que lo mejor va a ser que deje de escribir a casa. Antes, cuando te escribía, pensaba que podría continuar haciéndolo, incluso si rompía temporalmente con todos los otros; pero, después de estas cartas últimas, me doy cuenta bastante claramente de que no va a ser así de ninguna de las maneras. Si no te ha sido posible impedir que se discuta en una reunión del consejo de administración la cuestión de si voy a separarme o a dejar de separarme —en relación con el despido de un empleado de la finca, con lo cual, naturalmente, no tiene nada que ver—, eso quiere decir que nuestras maneras de pensar se han vuelto tan distintas que tengo verdadero miedo de escribiros y de recibir cartas vuestras, y la verdad es que preferiría dejarlo. No sé, por cierto, si después de todo esto me será realmente posible volver a Dinamarca. Pienso que de tanto hablar de estas cosas habéis llegado a una increíble confusión de ideas por lo que a mí se refiere, y ésta es la única manera que se me ocurre de explicarme lo que ha sucedido.

Hablas de la humillación a que me ha expuesto Bror. Pero haz el favor de intentar de una vez, realmente en serio, en tus pensamientos, comparar alguna humillación a que padre pueda haberte expuesto a ti en vuestras relaciones privadas, con la humillación que habría sido, por ejemplo, el que el tío Gex o la tía Ulla, Ulf o el tío Alfred, hubieran sido convocados a una reunión para debatir si debíais o no debíais divorciaros. No consigo comprender que podáis creer que yo podría olvidar jamás una cosa así. Pero ya que nos hemos distanciado tanto una de otra y veo que con cada carta la distancia aumenta, he tomado la decisión de no escribir ya más a casa, lo que se dice a nadie de casa, y te rogaría que tampoco tú me escribieses. Y digo más, cualquier carta que me llegue de casa la devolveré sin leerla, y también las tuyas, amada madre, para que os deis cuenta de una vez que hablo en serio cuando digo que me parece lo mejor interrumpir nuestras relaciones por una temporada. Y no pienses ni por un momento, querida madre, que hago esto llevada de la ira, sino solamente porque pienso que es lo mejor, y que es más peligroso seguirnos escribiendo, y porque considero que lo adecuado habría sido que yo hubiese tomado esta decisión con las últimas cartas que recibí de vosotros.

Me dices que mi sitio natural es con vosotros, pero, al mismo tiempo, últimamente he podido ver que vuestra forma de pensar es por completo ajena a la mía; jamás podré encontrarla natural. El espíritu de que me hablas yo creo que lo he visto ahora por el revés, y es para mí uno de los peores fariseísmos que caben; jamás podré llegar a considerarlo como mío. Pienso también que he visto hasta la evidencia que mis relaciones con muchos de casa, que me han sido muy íntimos, han terminado por completo. Pero nuestra relación, querida madre, no se

podrá romper nunca, y no tiene absolutamente nada que ver con la distancia o con desacuerdos. Incluso si no vuelvo nunca más a casa, o incluso si no llegamos a volver a vernos durante muchos años, no tendría ninguna importancia. Más aún, incluso si no nos volvemos a ver nunca más, pienso que no tendría ninguna importancia en comparación con el gran amor que nos une a ti y a mí, madrecita mía.

Pero, a pesar de todo, sigue siendo mejor dejar de escribirnos, por ejemplo, durante un año, que permitir que la influencia de otra gente se mezcle para nada en esto.

Te enterarás, indudablemente, de mis cartas de negocios al tío Aage todos los meses. He pensado mucho en irme de esta finca, y lo he hablado con Thomas, y quizás sea una debilidad por mi parte el que no me decida a hacerlo. Pero si no me voy es porque estoy completamente convencida de que, sin mí, se vendría abajo. Y no es solamente por causa de vuestro dinero por lo que no quiero que suceda esto como resultado de una decisión mía, sino porque ésta es la obra de mi vida y no puedo renunciar a ella. Mis natives, que confían en mí, hasta nuestros bueyes y nuestras plantas de café, jamás podría pensar en ellos si tuviera la certidumbre de haberlos abandonado. Si vosotros queréis a toda costa que no siga yo aquí, una de dos: o me lo decís claramente o me echáis con exigencias que sabéis perfectamente que mi orgullo y mi amor propio no podrían aceptar, y en este caso la responsabilidad sería vuestra. Me he dado cuenta ahora de que no puedo aceptarla yo, y si te escribo esto es a modo de explicación de algo que quizás encontréis incomprensible, a saber: que sigo aquí.

Y ahora, adiós, mi amada, amada, amada madre. No me es posible expresarte lo muchísimo que te quiero, cuánto te he bendecido siempre.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, mañana de Navidad, 1921

...Te escribo en la cama. Con dificultad conseguí permiso ayer para venir a casa; pero habría sido muy pesado para Tommy estar aquí solo mientras yo me paso la noche de Navidad en el hospital. Me puse mala el domingo —hace ya una semana—, y el médico me llevó

inmediatamente al hospital. Pensé de verdad que me moría, pero eso yo lo pienso siempre que me pongo mala, lo peor es que también lo pensaron en el hospital. Tres médicos a quienes llamaron a consulta no acertaban a decir qué tenía...

Hazme el favor de dar las gracias a la tía Bess por su interesante carta. Y dile lo siguiente:

1. Que está mistaken[137] por completo si piensa que los que ponen todo su dinero en un caballo, incluso si ese caballo es lo único que poseen en este mundo, tienen venia, o, en términos generales, oportunidad siquiera de usar el látigo y las espuelas.
2. Que, en general, el látigo y las espuelas son algo que hay que usar con la mayor prudencia y comedimiento incluso en el trecho final de la carrera, o al dar un salto o una vuelta, pero nunca jamás sin una razón específica, y siempre en proporción a lo que se ha puesto en el caballo.
3. Que yo, en general, encuentro degradante el que se me compare con un caballo, y sobre todo con un caballo con el que hay que servirse de espuelas y látigo, porque tiene que ser un caballo muy malo. (A menos que se trate de una circunstancia muy especial, por ejemplo, cuando hay que sacrificar un caballo para poder llevar un mensaje a tiempo, u otra situación parecida.)
4. Que no debe pensar que la comandanta se casó con Gösta Berling por obligación. Ella le quería, y no le despreciaba, más bien al contrario. Se daba cuenta de su gran talento.
5. ¿Qué quiere decir con eso de los desharrapados caballeros[138] a los que piensa ella que estoy ayudando y protegiendo y viviendo por ellos en la K.C.C.? ¿Se refiere acaso a los empleados blancos de la compañía? ¿Piensa que han sido contratados con ese objeto? Pues no se habrían enfadado poco en casa de ser éste el caso...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 23-1-1922

Queridísima madre:

Quiero escribirte una carta para explicarte un poco mis relaciones con Bror desde que volví a esta tierra. Ahora pienso que las cosas están poniéndose de tal forma que nos vamos a separar, y esto no tiene por qué ser ningún secreto, aun cuando no querría que hablárais de ello a gente ajena a nosotros. Si las cosas se ponen ahora así es porque es Bror quien lo quiere, y porque él, por su parte, piensa que en el futuro se las podrá arreglar mejor solo, separándose de mí, y está convencido de que, de esta manera, será más feliz.

Siempre he dicho, y tú lo podrás comprender perfectamente si te pones de verdad en mi lugar, que no quería nunca en modo alguno exigir una separación, o tratar de forzarla contra la voluntad de Bror. Ni tampoco sé si es posible hacerlo, excepto en casos de verdadera furia; y aun cuando yo, alguna que otra vez, me he enfadado con Bror, o mejor dicho, me he desesperado por su manera de conducirse, nunca hemos pasado de ahí. Son demasiadas las cosas que nos unen durante todos estos años en que hemos compartido aquí tantísimas dificultades, para que yo ahora vaya a tomar la iniciativa de acabar con un estado de cosas que, en cualquier caso, era de intimísima camaradería.

Cuando pienso en lo mucho que nos unimos Thomas y yo en el tiempo en que vivimos juntos aquí, y que, sin embargo, es muy corto en comparación con el que llevo viviendo con Bror, me siento incapaz de comprender, en términos generales, cómo puede llegar la gente a ponerse en la tesitura de romper una relación así. Desde luego que me doy cuenta de que estas cosas pueden cambiar mucho, y, en teoría, podía yo perfectamente hablar de divorcio, como recordarás, cuando estuve la última vez en casa, pero en cuanto volví aquí y vi de nuevo a Bror comprendí que me iba a ser imposible, fuera cuando fuese, abandonarle a él y a nuestro matrimonio. Pero, en estas cosas, Bror tiene un temperamento muy distinto al mío; pienso que es capaz, de alguna manera, de borrar de su mente toda una parte de su vida y todo un sentimiento de su conciencia y concentrarse por completo en el momento presente y en el porvenir. No sé si será siempre así, ni si también él se sentirá lleno de recuerdos de un tiempo que ha pasado.

En cualquier caso mi más íntimo deseo es que él sea feliz.

Ya puedes comprender lo difícil que resulta esto para mí. Había mucho en mi relación con Bror que, en cierto modo, era un problema, una responsabilidad —la más grande, creía yo, de toda mi vida—, y no me ha sido posible romperla del todo. He invertido mucho en él, tanto en tiempo como en fuerzas. Es fácil decir que habría sido mejor si hubiera renunciado antes a él; pero pienso que me habría sido completamente imposible, y es evidente que las cosas tenían que ir como han ido. Lo cierto es que buena parte de mi juventud y de mi capacidad se ha ido en estas lides, y yo diría incluso que una parte de mi alma también. Y sin embargo no es esto, ni mucho menos, lo que más me cuesta; pero es que he tenido muchísimo cariño a Bror, a pesar de todo, y él, durante largos años, ha sido la persona a quien yo más cercana sentía a mí en el mundo. Hay algo terriblemente amargo en ver que de toda nuestra

relación, si se quieren ver las cosas con claridad, ya no queda nada. Y a pesar de todo no pienses que me siento amargada; más bien diría que me siento como se siente la gente cuando se le muere un hijo.

Por Bror yo siento ahora, y sentiré siempre, hasta que me muera, la más íntima amistad, o la más grande ternura, de que soy capaz. Quiero pedirte que no pienses nunca en él con ira. Y creo que te será posible en cuanto le sepas lejos de mí y ya no te inquietes por su posible influencia sobre mí aquí. Yo no pienso que Bror, al contrario que otra gente, pueda ser considerado responsable de lo que hace; la culpa es en parte de su carácter y, en parte también, me parece a mí, de su educación. Si se le entiende bien no creo que sea posible mirarle con ira o amargura en absoluto, aun cuando estoy convencida de que yo no desearía a ninguna persona querida que dependa de él para su felicidad o su bienestar.

Pero creo que si continúo aquí y acaba por salirme bien la tarea que me he impuesto, recuperaré todas mis fuerzas y pensaré que mi vida, a pesar de todo, ha sido rica y afortunada. Lo que pasa es que no es posible predecir ahora en absoluto si las cosas irán por ese camino. Y si al fin y al cabo no me queda otro remedio que abandonar esta tierra y mi finca, no sé, la verdad, lo que será de mí. No te digo esto para tratar de influir en modo alguno en vuestras decisiones en cuestiones de negocios, pues esas cosas vosotros tenéis que verlas desde otro punto completamente distinto. Pero pienso que, a pesar de todo, tú puedes hacerte cargo ahora de que, si todo esto se abandona y queda en nada, ya no podrá esperarse más de mí en este mundo. Llegado el momento podríais pensar que no era justo que no os lo hubiese dicho ahora. De sobra sé la facilidad con que la gente, cuando se pone a hablar, tiende a afirmarse mutuamente en un punto de vista que no tiene nada que ver con la realidad. Por consiguiente no se os ocurra poneros a hacer planes para organizarme esto o lo de más allá, aun cuando entre vosotros penséis que sería muy buena cosa para mí, mejor, incluso, que la vida que llevo aquí. Hay cosas en este mundo que son imposibles, pura y simplemente imposibles. No puedo volver a casa; si tengo que abandonar esto no puedo volveros a ver. De sobra sé, y esto tú lo comprenderás, que me recibiríais con el cariño y la comprensión más grandes, pero para mí no sería suficiente. Y a vosotros tampoco os satisfaría.

Si te escribo esto es solamente porque tenía muchísimas ganas de decírtelo. Ya imaginarás que lo que más deseo es que tú, por lo menos, me comprendas debidamente.

No es ni mucho menos seguro que las cosas vayan a ir así; tengo la esperanza de que Karen Coffee se restablezca y salga de estos tiempos difíciles. Esto supondría tantísimo para mi vida aquí que me daría más alegría y mayor sensación de riqueza de lo que os podéis imaginar. Y luego hay aquí mucha gente —desde Fara, que es casi una de las personas a las que más quiero en este mundo, hasta mis pobres totos— que dependen de mí y que han puesto en mí toda su confianza, y esto requiere todas mis energías y me da fuerza en las dificultades,

induciéndome, más de lo que puedo explicar, a hacer cuanto esté en mi mano, de la forma que sea. Y mi posición aquí —en cuanto consiga poner las cosas un poco en orden— es tal que no podría desearla mejor.

Aquí veo a mucha gente a la que he llegado a querer de verdad —como Denys, que viene ahora, y Doone—, y a la que no habría podido conocer en Dinamarca. Siento incluso un tremendo cariño por mi casa, el jardín y la finca entera; tengo la sensación de que vosotros raras veces os dais cuenta de que soy yo quien ha creado todo esto, y que es parte de mí. Si alguna vez vienes a esta tierra, lo que para mí sería la más grande alegría de este mundo, acabarás cogiéndole cariño también y comprenderás que yo, en cierto modo, he llegado a formar parte de ella, como tenía que ocurrir, y en mucha mayor medida de lo que os podéis imaginar. Y la idea de que tú, y todos vosotros, podáis algún día sentirnos orgullosos y contentos de mí —lo que hasta ahora no puede decirse realmente que sea el caso— sería para mí la mayor felicidad que podría desear...

(Apéndice a la carta del 23-1-1922)

Querida madre:

Añado un par de líneas a mi carta para decirte que por fin voy a hacer lo que vosotros tanto deseáis; Bror y yo nos separamos. Te ruego que no hables de esto, pero a ti te lo quería decir. Ahora recordaréis, si no lo habéis hecho ya, lo terriblemente mal que lo ha pasado Bror aquí. Ha estado sin trabajo y sin dinero, perseguido por la policía; ha tenido que ir a esconderse a la reserva masai, sin tienda ni zapatos. Era absolutamente imposible que yo, ante la gente de aquí, y también por respeto a mí misma, me pusiera a hablar de divorcio en estas circunstancias. Pero ahora pienso que lo podrá pasar mejor; se va a casar, en cuanto se le arreglen un poco las cosas, con una señora inglesa[139] que le ayudará.

Lo único que puedo decir es que resulta muy difícil contemplar toda una parte de la vida de una y decir: no queda nada de todo esto. Pero, prescindiendo de ello, y también del dolor de separarme de él, a quien tanto he querido, pienso que para mí va a ser un alivio, una liberación de muchas circunstancias desesperantes.

Te pediré más tarde, cuando esto se haga público, que me ayudes a mantener una actitud digna. Bror no es un mártir del que me he separado cuando mi posición era segura. Es posible que Bror alegue

esto, y que su familia lo crea. Tengo que hacer lo posible para que no cunda esta idea. Yo no quería en absoluto separarme; estaba dispuesta a dar a Bror toda su libertad, siempre y cuando no hubiese escándalo, e incluso a ayudarle en todo cuanto me fuese posible; pero de ningún modo quería acabar con nuestro matrimonio. Es Bror quien piensa ahora que puede presentársele por fin una oportunidad en la vida separándose de mí y quien lo desea. Y todavía en este momento yo preferiría que no siguiese adelante, que renunciase al divorcio.

Pero si acaba siendo así, como estoy segura de que ocurrirá, haré cuanto esté en mi mano por encauzar mi vida de la mejor manera posible. Os pido a vosotros, y sobre todo a ti, que me ayudéis hablando bien de mí, y espero que también penséis bien de mí; para mí esto es más difícil de lo que probablemente pensáis...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 25-3-1922

...He pensado muchas veces que debería escribiros diciéndoos que no debéis pensar que el porvenir de Thomas esté aquí, y que no hagáis nada en este sentido; pero, en cierto modo, parece desleal escribir sobre los que conviven con una a espaldas de ellos, incluso si es con la mejor intención del mundo, como hago yo ahora. Se podría pensar, por supuesto, que Thomas, entusiasmado, por ejemplo, con la vida de safari, o algo parecido, porque no tiene ningún otro plan, podría decidirse a quedarse conmigo en África, pero estoy completamente convencida de que eso no sería bueno para él. Thomas no encaja aquí; esto lo veo con bastante claridad, aun cuando me resultara difícil explicar por qué. Y pienso que sería muy artificial y forzado que tratara de interesarse por farming[140] en cualquiera de sus formas. Thomas no es persona práctica y no siente el menor interés por las cosas prácticas; a mí me parece que su talento es más por la ciencia teórica, sin que importe apenas qué clase de ciencia.

También ha sido para mí una especie de decepción, en parte por lo mucho que quería tenerle aquí conmigo, y en parte también porque había pensado que yo, o África a través de mí, podríamos ayudarle a superar una fase indecisa de su vida, dándole un interés por algo y una actividad. Pero después de haberle visto aquí me parece bastante claro que le sería muy fácil encontrar algo que le fuese mucho mejor y que le interesase más. Son las discusiones interminables, que yo odio de todo corazón, lo que más le interesa, de esto no me cabe duda, y yo siento

que soy un bore para él, porque estoy siempre volviendo a lo mismo, que si los bueyes, que si la labranza, que si las cuentas, y todo de lo más prosaico. Por el momento está estudiando el Nuevo Testamento y le interesa muchísimo, tanto que vuelve constantemente a leerlo; y yo no sólo es que me siento por completo incapaz de meterme en un debate a fondo con él sobre este tema, sino, además, es que no creo que en toda esta tierra haya nadie capaz de debatirlo con Thomas a su nivel.

Lo que más le interesa, al menos en parte, son las ciencias sociales, y en parte también la filosofía o la ciencia como la de Einstein. Pienso que podría muy bien dedicarse a esto, sobre todo teniendo en cuenta que es económicamente independiente y que es mucho más inteligente de lo normal. Diría yo que Einstein o Wells o algún otro de sus ídolos podría muy bien utilizarle si fuera personalmente a verles y a ponerse con alma y vida a su disposición; he hablado muchas veces con él de la posibilidad de escribirles, pero pienso que no lo ha hecho. Desde luego, le echaré de menos muchísimo cuando se vaya de aquí; pero sería peor convencerle para hacer algo que a él no le va en absoluto...

He tenido la gripe española y este mes llevo ya tres semanas en la cama, con pocas interrupciones. Se ha esparcido por todo el territorio, y esperamos que tarde o temprano pasará...

A mí me ha ocurrido la desgracia más extraña de toda África. No sé si os hablé del gallo. Ya sabes, el gallo de bronce que tenía yo en casa. Aquí estaba colocado encima de un armario, y una vez, tratando de cerrar un cajón de ese armario, se me cayó en la cabeza. Perdí el conocimiento y me desperté en medio de un charco de sangre. Llegó Fara y alzó los brazos al cielo al verme. Si yo hubiera quedado muerta la cosa habría sido más romántica, porque resulta que el gallo era un viejo ídolo de África Occidental, y tuvo que ser una bella escena, de haber habido allí alguien que lo viese caer y darme justo con el pico...

Recibí carta de Denys Finch Hatton; llega aquí a fines de abril. Pienso verle para que me dé buenos consejos sobre la venta de la finca; en esto sí que podría ayudarme mejor que nadie...

A comienzos de 1922, la hermana mayor de Karen Blixen, Ea de Neergaard, cayó gravemente enferma después de haber dado a luz a un niño muerto. Su estado fue empeorando gradualmente, hasta que el 17 de junio murió con sólo treinta y nueve años de edad.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 15-10-1922

...Este jueves vino aquí el gobernador —el nuevo gobernador, Coryndon—. Unos días antes había comido yo con él en casa de los Mac Millan, mostrándose siempre conmigo extraordinariamente amable, y ya me había dicho lo que le gustaría venir a mi casa a tomar el té. Yo pensaba que querría ver la finca, pero ni se le pasó por la imaginación siquiera. El té fue la mar de agradable... Hablamos mucho de los natives y teníamos las mismas ideas en bastantes cosas, por ejemplo, que el porvenir de este territorio debe descansar, más de lo que ocurre ahora, en la native production. En Uganda los natives producen —y exportan— grandísimas cantidades de algodón, de sésamo y también café, y es de suponer que a todas esas tribus se las prepara para muchas cosas...

A mí me parece que se nos echa encima la lluvia. Tenía yo muchas ganas de ir a las Ngong Hills a pintar antes de que empiece a caer de veras, y se nos ha ocurrido salir de excursión esta mañana, en el Harley, y si podemos acamparemos allí durante un par de días, Thomas para cazar —ahora hay una cantidad increíble de aves allí, en particular de codornices y pintadas— y yo para dedicarme a la pintura. No sabes lo que me alegro de que me vayáis a enviar colores por intermedio de Viggo. Por desgracia no me queda más remedio que confesar que le di a Finch-Hatton mi mejor cuadro, porque le gustó y él es de los que nunca admiran nada. Pero no os preocupéis, porque le enviaré a la tía Bess algo mejor en cuanto ponga manos a la obra.

Me da mucha rabia pensar que no me acordé de pedirte que me mandases Djaevlerier, de Sophus Claussen, también con Viggo. Tenía un ejemplar, me lo había dado Elisabeth, pero lo malo es que me ha desaparecido, y créeme que no puedo vivir sin él. Afrodites Dampe y Mennesket son para mí una especie de evangelio. Por ello te quedaría muy agradecida si me lo enviases. Se puede hacer perfectamente, sin duda, sin que tenga por fuerza que traérmelo alguien que venga aquí.

He puesto mis libros en orden y he encontrado un viejo Buch der Lieder. Tiene todas las viejas canciones de Ea, las que cantaba de niña en Rungsted. Y ahora, cuando me pongo a leerlas aquí, me parece oír su voz y ver las lilas y las hojas de haya en plena tarde luminosa, im wunderschönen Monat Mai...[141]

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 29-10-1922

...Pienso muchísimo en el pasaje de la Biblia: «No te soltaré hasta que me bendigas»[142]. Veo en esta frase un profundo sentido, algo muy grande; casi la considero mi «lema» en esta vida. En cualquier circunstancia, en todo cuanto se experimenta en este mundo, tiene gran validez, gran fuerza; incluso en esta finca y en esta tierra, por más que os parezca ridículo, vuelvo sobre ella. Lo más duro para mí es que en mi matrimonio no me haya sido posible realizarla, a pesar de que Bror y yo nos hayamos separado verdaderamente como buenos amigos.

Pero también pienso que cuando se dice una cosa así es necesario aceptarla, entrar en ella, decidirse a soltar lo que realmente le ha dado a uno su bendición. Ocurre casi a diario en la vida que pasa un tiempo, una circunstancia, y no es posible detenerlo, pero cuando le han dado a uno su bendición, se queda con algo que ya no puede perder. Y si me pongo a pensar en lo íntima y constantemente que Ea te ha bendecido a ti, y no en un momento sólo, sin duda; en lo lleno que estaba su corazón de bendiciones para ti, me digo a pesar de todo que hay mucha luz en la oscuridad que te rodea...

En 1922 pensó Karen Blixen haber quedado embarazada. Thomas Dinesen cuenta en carta al compilador de este libro que su hermana le mandó recado con su vigilante nocturno de que fuese inmediatamente a verla a su casa. Su esperanza en que iba a tener un hijo con Denys Finch Hatton había quedado frustrada y se sentía llena de la más absoluta desesperación. Su hermano trató de consolarla en la medida de sus fuerzas, y al cabo de tres horas quedó relativamente tranquila.

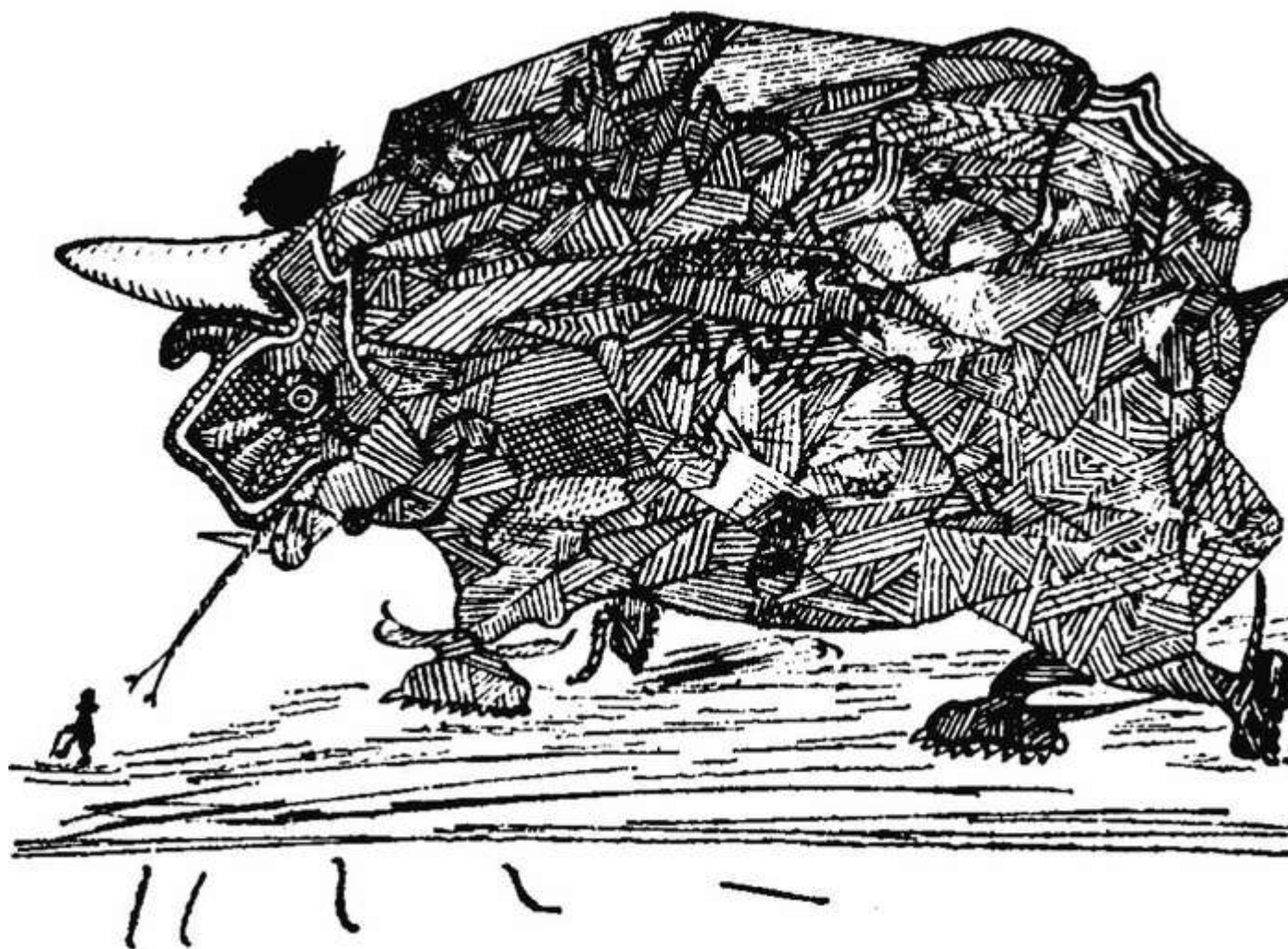
A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 19-11-1922

...Estamos sin un céntimo. No sé si nuestro consejo de administración, en Dinamarca, vive en la ilusión de que nos las vamos a poder arreglar el mes entero con doscientas libras esterlinas cuando nuestro gasto normal es de quinientas. Pero, por el momento, nos las arreglamos. He vendido mis vestidos a una señora judía de Nairobi —resulta ridículo verla con ellos puestos— y a Thomas le quedaba algún dinero en el banco; quería empeñar sus armas. Menos mal que los natives tienen mucha confianza en mí. Pido a Dios que no queden decepcionados...

Espero de verdad recibir los colores, y sobre todo lienzo, cuando llegue Viggo; ya no me quedan y siento verdaderas ganas de volver a coger los pinceles. ¿Me harías el favor, tú o Elle, de preguntar a Stelling o a Wieth si no se puede hacer un lienzo especial para pintar en él yo misma, es decir, con sólo darle una capa de la mezcla que sea? Denys Finch Hatton me ha animado a pintar otra vez; Denys, por cierto, tiene mucho talento para la pintura, pero no se toma ninguna molestia por ejercitarlo...

Rinoceronte dibujado por Denys Finch Hatton en una edición de *The ancient mariner*, de Coleridge (actualmente en Rungstedlund).



A Ingeborg Dinesen

Ngong, 31-12-1922

...Viggo y el primo llevan ya más de quince días aquí[143]; viven abajo, en la casa de Thomas, y se encuentran bien así, me parece a mí, porque tienen más tranquilidad e independencia. Como invitados son encantadores y fáciles de contentar, y creo que esta tierra les gusta. Hemos tenido que ir varias veces a Nairobi y también hemos dedicado mucho tiempo a ver la finca, y todavía falta algún tiempo para que puedan salir de safari, si es que llegan a hacerlo...

Pasamos una velada de Navidad muy tranquila, pero yo diría que quedó bien a pesar de todo. Thomas y yo tratamos de decorar el cuarto con «abeto» y velitas, y también tuvimos arroz con leche, pavo y una especie de pastel de almendra. Viggo, ciertamente, tiene algo que es muy familiar y muy danés; lo mismo cabe decir del otro. Thomas y yo nos hemos sonreído un poco a espaldas de ellos por causa de su ropa y de su aspecto, que se niegan a adaptar a las circunstancias de aquí, pero también esto resulta algo conmovedor. No sabes lo que hemos pensado en vosotros y lo mucho que hemos hablado de los que estaban en Rungsted; siempre se piensa que se ha vuelto uno tan viejo que la Navidad ha perdido su significado, su importancia, pero luego resulta que nos trae muchísimas cosas y que sigue ejerciendo gran poder. Cuando los otros se fueron a la cama, cogí el coche y fui, primero, a una fiesta de noche en casa de lady Northey, que había insistido en que fuera, y donde estaban la mayoría de mis amistades, y de allí a la misa del gallo en la misión francesa. Haz el favor de no creerte, como dice Thomas, que estoy a punto de hacerme católica. Lo que pasa es que los sacerdotes franceses son siempre muy amables y muy simpáticos, y su iglesia es de veras muy bonita. Los Northey me llevaron a cenar después de la misa, de modo que volví tarde a casa. Hacía una bellísima noche estrellada; luego hemos vuelto a tener lluvia, más de una pulgada en una semana.

Yo llevaba conmigo a un muchachito kikuyu, Kamante; el tío Aage quizás le recuerde. Se encontraba muy enfermo, con grandes llagas, cuando estuvo aquí el tío Aage; luego le envié yo a la misión escocesa, donde le curaron y le convirtieron al cristianismo, de modo que insistió con gran decisión en venir conmigo a la iglesia, y espero que la diferencia que hay entre los ritos católicos y los presbiterianos —o lo que sea— no cause conflictos en su alma. Es la persona más ridícula que

hay, no del todo normal, pero con una inteligencia que para algunas cosas sorprende por su agudeza; pienso que es de la madera con la que en los viejos tiempos se hacían los bufones de la corte...

Da muchas gracias de mi parte a la tía Bess por los libros; no he leído aún la tercera parte de Kristin, y la verdad es que siempre le ponen a una nerviosa esas especies de continuaciones, pues nunca están a la altura del principio; pero Thomas, como es natural, está lleno de entusiasmo y va ya por la mitad. Jyder y Den Fremsynte, los he releído, después de muchos años, con gran alegría, y pienso que el último es el mejor de todos los de Lie, y un libro muy encantador...

2-1-1923

(Continuación de la carta de fecha 31-12-1922)

No había terminado anteayer y desde entonces he estado muy ocupada. La noche de Año Nuevo —después de que conseguí acostarme y dormir un par de horas— vinieron a buscarme en coche Finch Hatton y un sujeto llamado lord Francis Scott y su sobrina, lady Margaret Scott, y me llevaron a una cena de media noche. Algunos de los invitados volvieron conmigo aquí a la mañana siguiente y desayunamos juntos y luego me llevaron de nuevo en coche a Muthaiga ayer por la tarde y de allí he vuelto esta mañana muy temprano...

A Ingeborg Dinesen

Enero, 1923

Siempre resulta interesante saber algo de lo que se dice en casa. Y también sobre la pequeña aventurilla de Georg Brandes; resulta desde luego admirable la energía que tiene ese anciano... Cuando la gente vuelve a Lucerna con sus pequeñas aventuras amorosas lo que debieran hacer los que se sorprenden de ellas es cerrar la boca. A pesar de todo no se puede negar que Brandes es uno de los que más honor han dado al nombre de Dinamarca en estos últimos veinticinco años.

Sí, desde luego, puedes alegrarte de volver a tener a Thomas contigo en casa... A mí su ausencia me resulta muy dura. Pero me doy perfecta cuenta de que es buena cosa para él irse de aquí; bajo muchos aspectos, lo ha pasado muy mal en esta tierra, por más que creo que los dos recordaremos con especial agrado el tiempo vivido juntos y las muchas cosas buenas y divertidas que nos han ocurrido. Pero me parece que aquí se ha desarrollado bastante, y estoy convencida de que se ha puesto de acuerdo consigo mismo y ha aclarado realmente sus ideas sobre la vida y lo que desea de ella, y esto siempre es lo principal. Quizás, después de todo, quede África en su recuerdo, además de como un terrible lugar de shauries, como el monte de la revelación: adiós, montaña de Alverner, adiós amadísima montaña.

Lo que me predijiste de mi pelo, que me volvería a crecer, está resultando, afortunadamente, más verdad de lo que piensas. Desde que me lo corté y me lo puedo cuidar mejor, no tienes idea de la melena leonina que me ha crecido, más que nunca. Son dos los consejos que daría yo a todas las mujeres jóvenes: cortarse el pelo y aprender a conducir. Esas dos cosas le cambian a una la vida. El pelo largo ha sido verdaderamente una esclavitud durante milenios; se siente una de veras más libre de lo que cabe expresar con palabras con una melena corta que se puede arreglar en un minuto, y por entre la cual puede soplar el viento. Y si aquí no se tiene esa cruz se puede una mover realmente en términos de igualdad con los hombres. Si me sentaran bien iría por aquí con pantalones, con shorts, como hacen tantísimas señoras; pero, lástima, lástima que no tenga yo las piernas como es debido, o el valor moral para enseñarlas...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 4-2-1923

...Toda la gente de aquí está ocupada con the indien question[144], que se piensa que pueda acabar en una revolución. Lo que todos dicen es que no quieren convertirse en «peones del juego de ajedrez político», es decir, del juego del Gobierno inglés frente a la India, y esto es lo que, a mi modo de ver, no tienen más remedio que ser si se sienten de verdad entusiasmados y llenos de fe en the Empire . Personalmente yo ahora apenas tengo sentimientos racistas, por lo cual no siempre me resulta posible comprenderles. Siento las diferencias de clase bastante más que las de raza, y preferiría, con mucho, verme mano a mano con un jefe árabe o con un sacerdote indio que con un camarero danés...

Es tristísimo oír lo difíciles que son las cosas para todos. Sólo poco a poco llega una a darse cuenta de los terribles efectos de la maldita guerra. Y casi más todavía que los sufrimientos personales le llena a una de honda angustia el ver que toda esta era está cayendo tan bajo que su único interés acaba por ser la preocupación de encontrar el pan de todos los días. Y yo misma, como no consigo encontrar bonitos sombreros, me angustio sinceramente pensando que es porque ya no los hacen. ¡Y cuántas cosas más por el estilo! La época del estraperlo fue bastante mala, sobre todo por la crueldad con que aquella gente extraía oro de la sangre ajena; pero pienso también que la gente tiene buenas cosas individualmente, y en los difíciles tiempos que corren esto adquiere mayor importancia cuando parece que todo se está viniendo abajo...

El 2 de marzo de 1923 Thomas Dinesen se despidió de Karen Blixen y de la finca para emprender el regreso a Dinamarca, largamente aplazado.

A Thomas Dinesen

23-3-1923

(Contrafirma de Thomas Dinesen)

...Lo que más me angustia en estos momentos es que, como verás por mi telegrama, no me van a mandar nada de dinero hasta el 1 de abril. No sé con certidumbre hasta qué punto se han comprometido a enviarme las quinientas libras esterlinas convenidas, y si consideran que es inútil no lo harán en ningún caso. Ya es mala suerte que todas las ventas prometidas hayan fallado. También he recibido carta del agente a quien habíamos escrito en Eldoret, y me dice que no hay posibilidad de ventas mientras no se arregle la cuestión india. Como es natural, una forced sale[145] de toda la propiedad en estas circunstancias no produciría absolutamente nada, pero si los de casa pierden por completo la paciencia eso les dará igual.

La verdad es que la finca tiene un magnífico aspecto; ha mejorado mucho desde que os fuisteis, y ya hemos terminado de arar. El 17 tuvimos una pulgada y cuarto de lluvia, y llegué a pensar que era que ya

empezaban de verdad las lluvias largas; pero desde entonces no ha caído nada. Entretanto es tal el calor y el tiempo opresivo de tormenta que está haciendo, que es natural esperar lluvia en cualquier momento. Esa pulgada nos hizo mucho bien, y toda la shamba está llena de botones dispuestos a abrirse en cuanto caiga el primer aguacero. Pienso que la floración que se aproxima va a ser mayor que la que tuvimos cuando tú estabas aquí. Sobre todo en el trecho que podó Holmberg y en la shamba al este del camino del Kilimanjaro, en torno a la casa de Thaxton, por allí sí que va a haber.

De sobra sabes, sin que tenga yo que repetírtelo ahora, lo desesperada que sería la situación, a mi modo de ver, si renunciásemos en este momento, después de tanto trabajo y estando ya tan cerca de la meta, porque así es como pienso que estamos. Si vosotros llegáis a la conclusión de que es eso lo que hay que hacer, entonces tendréis que actuar de acuerdo con esa conclusión, pero yo, por mi parte, lucharé por seguir adelante mientras me queden vida y fuerzas.

El futuro de la finca será sin duda: o bien que la Company la conserve, o bien que yo consiga dinero prestado y la compre, o bien que se venda forzosamente y caiga en manos extrañas. Y ahora voy a deciros mis ideas sobre lo que se puede hacer en los dos primeros supuestos; del último no pienso ocuparme aquí, tendría que ocurrir bajo su propia responsabilidad, y, presumiblemente, sin mi presencia.

Para mantener la finca entre ahora y el 1 de septiembre —que es el periodo de tiempo que yo calculo necesario para llegar a una situación segura— hacen falta mil seiscientas libras esterlinas. Los gastos propiamente dichos no llegarán a tanto, pero lo que sucede es que el seguro de los edificios de la finca vence a mediados de abril y hemos tenido una shaurie muy latosa con el café de la finca de Uasin Gishu, que no se ajusta a las instrucciones del Departamento de Agricultura y por lo que ahora tenemos fuertes multas. De esas mil seiscientas libras esterlinas tengo yo en caja ciento cincuenta. Si se consigue persuadir a los de casa de enviar las quinientas prometidas, sólo nos faltarán novecientas cincuenta. De éstas pienso que puedo sacar alrededor de cien con lo que ahorre del dinero del seguro..., de modo que nos faltarán de ochocientas a ochocientas cincuenta libras esterlinas para sacar adelante la finca hasta que llegue el otoño. Y lo que yo pensaba es que podrías acercarte tú a Londres, poner en claro la situación con los Gilliat y tratar de inducirles a liberar su capital ya invertido, a sacrificar una cantidad extra, pagadera mensualmente, mientras mantengamos la finca en situación satisfactoria, lo cual ellos pueden comprobar por intermedio de Milligan, que, también, si fuera necesario, podría darles información telegráfica sobre el aspecto de la finca y sus perspectivas para el otoño. Si fuera posible persuadirles a facilitarnos hasta doscientas cincuenta libras esterlinas al mes durante cuatro meses —1 de mayo, 1-6, 1-7 y 1-8—, hemos ganado; pero es muy dudoso. Tú mismo puedes juzgarlo y, según las circunstancias, arriesgar doscientas libras al mes, o ciento cincuenta, o —si todo lo demás falla— cien, cualquier cantidad nos vendrá bien. El resto de la suma podrías ver la forma de

conseguirlo de alguna otra manera. No sé si te sería posible o si estarás dispuesto a conseguir este dinero por tu cuenta, quizás tú y Viggo en comandita; naturalmente, esto tiene sus dificultades y sus molestias, pero con esa suma se puede muy bien evitar que todo esto se venga abajo...

He pensado también en la posibilidad —y si te la paso es porque todo se puede debatir, y en último término no se perjudica a nadie con ello— de que tú consiguieras un crédito de mil libras esterlinas para invertirlas aquí. En este caso debes (si los de casa nos quieren echar una mano hasta el 1 de abril, porque antes no es posible hacer nada) telegrafiar preguntando, por ejemplo, a Hunter, Taylor, Harrison o a algún otro, cuánto se sacaría ahora con una forced sale. Si te dicen, por ejemplo, que veinte mil libras esterlinas, entonces podrías hacer al consejo de administración la oferta de que tú mismo te encargarías de mantener la finca durante cuatro meses contra una opción de compra por veinte mil libras esterlinas en el plazo de esos cuatro meses. Quizás fuese posible conseguir ciertas condiciones de la Company: que ellos, si ven al final de este tiempo que la finca es viable, se ofrezcan, de la forma que sea, a reembolsarte mil libras esterlinas...

No creo que fuera nada desleal por mi parte tratar de comprar en las actuales circunstancias, aunque sin duda se diría que lo es. Para madre sería mejor, desde luego, que si el comprador fuera otra persona. Mi plan consistiría en vender Uasin Gishu —en cosa de uno o dos años— y pagar con ayuda de un préstamo, porque sin duda me sería posible conseguir un crédito más o menos grande aquí, en Ngong, con menos intereses; quizás se pudiera acordar desde el principio que los intereses fuesen bajos mejorando la seguridad del préstamo con pagos a plazo.

Me gustaría estar en comunicación contigo y espero que me escribas y telegrafíes ampliamente. Si se lleva a cabo mi idea del préstamo, de una u otra forma, preferiría que las negociaciones con los de casa sean a través de ti. En tal caso te telegrafiaría que Denys Finch Hatton y yo podemos conseguir dinero y comprar. No quiero exigir privilegios en caso de compra, pero tampoco quiero quedar en peor situación que cualquier otro comprador; por ejemplo, que parte del capital en acciones quede relegado a segunda prioridad.

Bueno, pues esto es todo por lo que se refiere a mis shauries. Y sigo apoyándome en ti demasiado y para todo como cuando estabas aquí, pero ¿no crees también tú que, con sólo que salgamos ahora adelante, llegará un tiempo en que podré devolveros tanto a ti como a todos los demás lo que me habéis dado? Y si no consigo salir ahora de este atolladero, entonces, en cualquier caso, todo esto se habrá perdido. Ésta es la razón de lo que acabo de exponerte. No sabes lo que te he echado de menos desde que te fuiste; casi me he sentido incluso un poco loca, me parece, al quedarme de pronto tan sola. Y luego está todo muy desequilibrado en torno a mí; toda la vida, tan grave y urgente. Me parece que hay dos caminos, dos posibilidades para mí. O esto sale adelante y marcha por sí solo, con lo cual pues tanto mejor para mí: mi

existencia continúa aquí, hay armonía en mi relación con los de casa si acabo volviendo ahí próspera y succesful; sí, la verdad es que no puedo menos de imaginarme nuestro futuro safari, cuando todas estas shauries nos parecerán sombras y nos sonreiremos de ellas. O, en caso contrario, failure, failure, failure[146], y de una manera inmerecida, me parece a mí. Or how?[147]

Sí, la verdad, sigo confiando en tu comprensión, ahora como antes, y en tu amistad. Y escribe.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, lunes, 1-4-1923

...Tampoco hay absolutamente ningún motivo de que me tengas pena porque estoy sola, veo ahora a más gente que cuando estaba aquí Thomas, porque él, en general, no se ocupaba de nadie. Y además a mí no me inquieta nada estar sola, si no queda otro remedio. Tal y como estoy aquí ahora, con mis boys y mis perros y gente blanca, me encuentro en una situación que se ha ido produciendo de manera natural en torno a mí y que me he creado yo misma; a mí me va bien, y me siento a gusto en ella...

Tampoco tienes que pensar que deseo «circunstancias de paz», como tú dices; la verdad es que no sé a qué circunstancias te refieres, pero las circunstancias no son más pacíficas para un molino que no tiene nada que moler —al contrario—, porque aun así no puede estarse quieto. Me inquieta verme en una situación en que el contenido de mi vida llegue a reducirse a «charlar» un poco de todo, y en la que se consuma una armando pequeñas shauries por causas ínfimas. No te agobiare nunca con soledad o enfermedades; para mí esas cosas carecen de importancia.

Lo que de veras me preocupa, y lo que para mí sería una verdadera desgracia, es no tener una continuidad en mi vida. La veo ante mí como si toda ella pudiera convertirse en el peor de los horrores, como si pudiera convertirse en una especie de locura. Es, indudablemente, fastidioso tener tantas shauries y preocupaciones como he tenido en estos últimos años, pero esto mismo le pasa ahora al mundo entero, y

mientras haya en ellas un sentido y una coherencia es buena cosa resistirlas, y además son interesantes; de otra especie muy distinta son las desgracias que dejan la vida reducida a nada, sin sentido alguno, completamente sometida al acaso. Si mi matrimonio hubiera ido de otra forma, o si hubiese tenido hijos, no me habría visto envuelta en esta especie de espanto...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, lunes, 9-4-1923

...Pienso que hay muchos niños encantadores que en cierto modo no saben llegar a ser mayores; se quedan en nada, y, de la misma manera, más tarde en la vida, hay muchas personas que no saben llevar el peso de los años: lo bueno que tenían en sus años jóvenes desaparece y no les llega nada en su lugar. Es, en cierto modo, como si seajaran, pero sin llegar a madurar. Y luego, en general, he estado pensando con frecuencia si no será que la edad es la más difícil de todas las pruebas, y para todos. Algo así como pasa con el vino; la buena vintage[148] será la que mejor se conserva. Y no solamente con las personas, sino también, por ejemplo, con el arte. La cosecha más pobre es mejor beberla inmediatamente, sin ilusiones, porque si no puede empeorar. Pero si sale realmente buena, qué encanto y qué valor adquiere dejándola madurar. Mientras el vino sea joven nadie puede saber de verdad lo que vale; pero ¡y al cabo de cincuenta o incluso de veinte años! Por ejemplo, cuando releo a Oscar Wilde pienso que se ha vuelto muy endeble y lastimoso, me parece que en su mayor parte sólo sirve para escupirlo; pero con Oehlenschläger —lo mejor de él— y con Aarestrup[149], yo diría, por el contrario, que los años les prestan una profundidad y sutileza, un bouquet que no creo que sus contemporáneos lo sintieran cuando los leían...

Estoy ahora pintando a una muchachita kikuyu, espero que me quede bien. Cuando consigo ponerme a pintar —y me sale más o menos bien— y llueve en la finca y el aire es suave y fresco, como suele ser aquí en la estación de las lluvias, me parece de verdad que da gusto vivir. Espero que Thomas se haya acordado de mis colores de Francia; ya no me queda rojo, y esto sí que es un problema. En Nairobi todo lo que se encuentra es pura porquería...

Esta semana he tenido que ir varias veces a Nairobi por shauries del seguro... Este miércoles, estando allí, vi a Finch-Hatton, que volvía de safari, y almorcé con él en Muthaiga. Fue muy agradable. Yo creo que

Finch Hatton es —al contrario que Geoffrey Buxton— esa especie de persona que va a mejorar con los años, que, como dice Stevenson hablando de d'Artagnan, ...will mellow into a man so witty, kind and upright... that the whole man rings true like a good sovereign[150].

Sigo recibiendo el Tilskueren que me mandáis, mejor dicho que me manda Thomas. Aunque me parece vergonzosamente aburrido, siempre suele tener algo interesante. En el último número encontré en las cartas de Zahrtmann[151] un pasaje sobre Frederik Frijs, a modo de ejemplo de joven aristócrata verdaderamente noble y digno, del que, la verdad, no pude menos de sonreírme. Por lo demás escriben con muchos elogios de las obras teatrales en un acto de Otto Benzon[152] que, según tú misma me dijiste, habían sido un completo fracaso.

Tengo que decirte algo que posiblemente te alegrará, y que me dijo una vieja enfermera escocesa. Fui a hacerle una visita y nos pusimos a hablar y hablamos de que todavía yo no había visitado a mis distintos vecinos y que éstos me encontraban descortés. ¿Qué más le da a usted, me dijo ella entonces, cuando everybody knows you are a true christian woman?[153]; aunque eso es lo que nunca podré llegar a ser; pero quizás incluso ella pueda sentir simpatía por una pagana humanista. Son sin duda los natives quienes dan tan buenos informes de mí, y en cierto modo no les falta razón, ya que yo haría por ellos cuanto estuviese en mi mano en este mundo. No sé, la verdad, qué es lo que tiene esta gente tan primitiva para resultar tan atractiva, pero lo cierto es que lo son. Leí el otro día un artículo sobre Hans Egede y parece ser que su actividad ha sido auténticamente magnífica. Si yo tuviera de verdad «fe» acabaría sin duda de misionera, pero también es cierto que se puede ser misionera en cierto modo sin necesidad de fe...

Espero muy de veras que nos veamos el año próximo. Por el momento resulta difícil saber si las cosas comenzarán a irme bien. Me agradaría ver la forma de ir a Europa este año que viene, entre otras cosas porque me gustaría mucho ver al profesor Rasch. En general me siento de maravilla, pero a pesar de todo he estado enferma un par de veces sin saber a ciencia cierta lo que tenía; y luego hace ya muchísimo tiempo que hablé con él. Tampoco es que tenga demasiados deseos de ir a Dinamarca en la próxima ocasión que vaya a Europa; después de toda esta shaurie de mi divorcio me parece que sería mejor dejar transcurrir unos años. Pero he pensado que no estaría mal pasar unos meses pintando en París, y Rasch podría darme la dirección de algún médico de ahí. Pero haz el favor de no inquietarte por esto que te escribo; lo más probable es que no tenga ninguna importancia, porque si la tuviera sentiría algo, y pienso que es una de las enfermedades más fáciles que hay, si la trata una como es debido...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 29-4-1923

...Fara y yo hemos puesto al pequeño Abdullahi, el hermano de Fara, en un colegio de Mombasa: yo pago una cierta cantidad mensual para tenerle allí. Nos da mucha alegría; sus maestros le elogian y dicen que es concienzudo y aplicado y que está deseoso de aprender. En otros tiempos tuve muchos deseos de poner aquí una escuela; en el fondo no sé si no sería mejor conservar a los natives en sus ideas primitivas, pero pienso que esto está out of the question. La civilización acabará apoderándose de ellos de una forma o de otra, y lo único que se puede hacer es procurar que ocurra de la mejor manera posible. A mí me alegraría muchísimo cooperar, sobre todo enseñándoles también algún trabajo manual, alguna artesanía, y, desde luego, mejores condiciones higiénicas; ellos, por regla general, tienen interés por aprender, pero son terriblemente inconstantes. Yo diría que para un native es una verdadera tortura dedicarse al mismo trabajo durante bastante tiempo seguido, como no sea a esta triste especie de agricultura a la que llevan ya acostumbrados diez mil años.

Yo misma he podido comprobar esto con mis modelos; se quejan y se retuercen en cuanto tienen que estarse posando, mirando siempre a la misma cosa durante largo tiempo, aunque a primera vista cabría pensar que esto es lo que a ellos les va. Casi he terminado ya el retrato de una muchachita kikuyu; estoy bastante satisfecha del resultado...

He releído ahora a Benvenuto Cellini[154]. Me gustaría poder hacer un verdadero viaje por Italia del norte la próxima vez que vaya a Europa; a lo mejor podríamos ir juntos Thomas y yo. No hay en todo el mundo un país que tenga más encanto para mí; yo diría que esa tierra es la naturaleza misma, en particular los colores, y es sobre todo por causa de los olivares.

Viggo dijo... que la tía Bess ha terminado ya de escribir toda la biografía de Mamá[155]. ¿Se va a publicar? ¿Y no crees que la tía Bess debía mandármela? No sabes cuánto pienso aquí en Mamá; creo que a ella le habría divertido mucho ver esto. También pienso en los viejos tiempos, en Dinamarca, y siento grandes deseos de saber algo sobre eso, quiero decir sobre la niñez y la juventud de Mamá, y antes incluso. Bakkehus og Solbjaerg, el libro de Troels Lund sobre la casa de la colina tiene que ser muy entretenido; me gustaría tenerlo...

A Thomas Dinesen

Ngong, 29-4-1923

Queridísimo Tommy:

Sólo unas pocas líneas.

Recibí ayer carta de Bror, del Congo. Estando en Government House oyó hablar del crédito que proyecto y me escribe que cree que me lo puede conseguir «en nuestra tierra», aunque no sé si se refiere a Suecia o a Inglaterra. Pone ciertas condiciones para conseguírmelo. No creo, la verdad, que lo haga por ayudarme. Lo que pasa es que actúa por su cuenta y ya comprenderás que estoy muy inquieta por si se le ocurre escribir o decir algo sobre este asunto que pueda perjudicarme en Dinamarca. Por tanto, si la cosa llega a vuestros oídos de la forma que sea, hazte cargo de que esto no es asunto mío; no soy yo quien lo ha organizado. También me ha mandado aquí a la mujer con quien ha estado de safari y me dice que ella puede hacer algo por medio de su padre, que es muy rico; pero desde el principio le dije bien claro que no quería saber nada del asunto.

Todos te mandan saludos; mis boys están desesperados porque ya nunca sales de caza para que ellos coman carne.

Aquí todo está muy bello y muy verde, la reserva entera reluce cuando se la mira desde tu antigua casa.

Prométeme que me escribirás hablándome de todo.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, lunes, 28-5-1923

Mi querida madre:

No pude escribirte ayer, porque tuve un modelo —un viejo kikuyu— y el domingo es sin duda el mejor día que tengo para pintar; los otros días estoy constantemente agobiada y por eso me pongo kali[156]. Cuando estaba pintando el retrato anterior —de una joven kikuyu—, acabé tan desesperada que tiré pinceles y colores al suelo y le dije a Fara: «Take it away and burn it, I will never look at it again»[157]. Y el prudente Fara se lo llevó todo de allí en medio de un gran silencio, pero volvió al cabo de un par de días y me dijo: «Try one more day, then I think God shall help you and it will be very good»[158]; en mis conversaciones con Fara todo gira en torno a Dios, y hasta qué punto nos ayudará con el maíz, con los perros, con el automóvil, etcétera. La verdad es que esta vez me ayudó, por lo menos terminé el cuadro, aun cuando no haya quedado very good. Pero también quiero tener un momento para escribirte, y como no suelo tenerlo en días laborables, discúlpame si la carta me sale algo precipitada...

Os reiríais de mí si me vierais con mi costume de lluvia. Ahora voy casi siempre con pantalones caqui y una especie de blusa que me llega hasta las rodillas, y llevo las piernas desnudas y zuecos; me imagino que ahora, con el pelo corto, me parezco a Tolstói, sólo que sin la barba. Además he aprendido yo sola a arar, y así no seré menos que Tolstói en una foto...

Me gustaría muchísimo recibir libros sobre el Renacimiento; ¿no sabría Knud de algunos? Que yo recuerde hace un par de años salió un libro alemán sobre el Renacimiento en Italia y los hombres que lo hicieron; tuvo gran éxito y sin duda habrá sido traducido, pero la verdad es que no consigo acordarme del nombre de su autor...

A Thomas Dinesen

Ngong, 12-6-1923

(Contrafirma de Thomas Dinesen)

...La finca está en magnífica condition; todos y cada uno de los árboles tienen mucho mejor aspecto que el año pasado, el trabajo va muy bien y a buen ritmo y hemos salido de muchos trabajos que ya no tendremos que hacer más: plantar shade-trees[159], arar a fondo entre el café, reparar caminos, etcétera. Los gastos bajan constantemente, tenemos una gran extensión de maíz... y muchas cosas más. Pero ahora, cuando hemos llegado a una situación en la que, por decirlo así, nos lo jugamos

todo por cincuenta toneladas más o menos, lo mejor es no fiarse exclusivamente de este estado de cosas...

No tengo intención de proponer al tío Aage o a la Company nada que la situación no justifique en este momento. No ha sido en absoluto mi intención proponerles, como me dices tú en tu carta, «una quiebra»... No se trata, nada de eso, de que me la vendan en un momento en que ellos preferirían no vender en absoluto. Pero cuando las cosas se ponen de tal manera que hay una posibilidad de que esa coyuntura se presente en cualquier momento, no es absurdo que yo, por mi parte, prepare mis posiciones, en la medida en que sea posible prepararlas.

Me dices que te has servido de toda la confianza que los de casa tienen en ti para persuadirles de que confíen en esta finca. Doy por supuesto que tú esto lo has hecho según tu propia convicción, aun cuando, al mismo tiempo, te quedo muy agradecida por ello. Pero con la más grande de las convicciones, con seguridad incluso de que una empresa tiene gran valor, es preciso, así y todo, tener en cuenta que las circunstancias pueden cambiar, que puede llegar un momento en que hagan falta recursos. Pero donde no hay recursos de ninguna clase — donde las cosas han run tan close[160] que, como ya te dije, cincuenta toneladas más o menos pueden significar, no una cosecha más o menos buena, no un beneficio más o menos grande, sino la sentencia de todo el destino de esta empresa—, entonces es siempre razonable, incluso en los momentos en que todo parece ir bien, ponerse a pensar en otras posibles salidas para el caso de que llegue esa circunstancia. Digamos que este año tenemos una cosecha verdaderamente buena, tan buena como nos sea posible imaginarla en el momento de mayor optimismo, pero que va tan despacio que los árboles no tienen tiempo de florecer bien el año próximo. Pues entonces llegará de nuevo un momento en que nos hará falta ayuda económica, de casa o de donde sea.

Mi punto de vista es, como tú, por otra parte, sabes muy bien, que tengo fe en esta finca; estoy convencida de que acabará saliendo adelante, y bien. Pero cuanto más tiempo sigo aquí, y cuanto más cariño le cojo — en 1915 yo habría podido volver a casa sin la menor pena, e incluso en 1920 sin que ello supusiera para mí ver toda mi vida por los suelos— tanto más opresivo resulta vivir como me ha pasado, y me pasa, a mí, día tras día, con la espada colgando sobre mi cabeza: pues eso, que cualquier pequeño revés, sí, ya te lo he dicho, que incluso un pronto de los de casa, podría resultar decisivo para el destino de la finca, y para el mío. Mientras siga aquí continuaré tratando de crearme algún tipo de seguridad. Quizás te parezca que pienso demasiado en mí misma y demasiado poco en los de casa, que tanto han puesto en esta empresa, y es posible que tengas razón. A pesar de todo, la situación no ha sido nunca tal, no lo es ahora, que vaya yo a ponerme a convencer a los de casa de que tienen que vender contra su voluntad. Nunca se mencionó la cuestión de que comprara yo la finca hasta que ellos mismos se manifestaron decepcionados con ella y expresaron su deseo de deshacerse de la empresa. Para ellos esto es una gran cantidad de dinero, lo sé perfectamente; pero es que para mí supone la vida entera.

Bueno, esto por lo que se refiere a business; y, como ya te he dicho, quizás con demasiada frecuencia, las posibilidades de que ese préstamo llegue a ser realidad son muy pequeñas.

Quería decirte también que te echo de menos de una manera verdaderamente angustiosa. A pesar de la insistencia de los totos wakamba, no me ha sido posible decidirme a salir de caza a Orungi lo que se dice ni una sola vez. Hasta las salidas a Nairobi en este coche que tanto quiero, ahora que las llanuras a lo largo de la carretera son verdaderamente «como un lago rizado por el viento», con miles de flores blancas, se me han vuelto melancólicas en extremo. Cuando me llegó el Tilskueren, esa apestosa revista, el otro día, me parecía completamente antinatural no tener a nadie con quien leerla y discutirla. Es curioso que al principio tenía yo a Bror por compañero de todas mis experiencias aquí, y luego te tuve a ti, y ahora os habéis ido los dos y probablemente nunca más volveréis. Menos mal que por lo menos tengo a Fara. Ha pasado por un periodo de impaciencia que, como sabes muy bien, les suele pasar a los somalíes, y ahora, de pronto, se ha vuelto un verdadero ángel, y esto tiene mucha importancia en mi vida. Conduce de verdad bien, y cada día que pasa se vuelve más mi chófer; en general yo diría que la gente de color, en cuanto tiene algo que ver con los automóviles, ya no puede pensar en otra cosa. El mío ahora está cuidado de manera ejemplar, y esto siempre es algo.

Por lo demás, los caminos aquí han estado muy mal, y el camino del gobierno peor que los nuestros. Había tantos baches en el trecho entre Dagoretti Junction y Nairobi que la pobre gente que no los conocía y tenía que ir por allí, cuando estaban llenos de agua, se rompía los muelles y los ejes a cientos. Yo estuve en Nairobi el otro día porque tenía verdadera necesidad de hablar con Hunter, y al volver vi nueve indian carts[161] en un bache en la reserva de Forest. Les echamos una mano para descargarlo todo y luego volverlos a cargar, y entonces tuvimos oziko, en fin, que no nos quedó más remedio que parar junto a la casa de Charlie y mantenernos firmes allí; y para entonces ya estaba yo tan cansada con los constantes cambios de velocidad, el temor de que el coche se estropease, y todo lo demás, que apoyé la cabeza contra el automóvil y rompí a llorar, como si me estuvieran azotando, con gran espanto de Fara...

No tienes idea la de pulgas que hay en la casa; Fara dice «only cats and dogs, these tow people bring them in»[162]; lo que no sé es quién va a sacárnoslas de aquí...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 17-6-1923

...Por lo demás puedo decir en términos generales que odio los principios; casi siempre son mala cosa, ¡y con cuánta frecuencia se esconden bajo este nombre pura y simplemente prejuicios! Pienso que Mario Krohn dijo algo bueno y certero cuando me escribió: «La bondad, no en el sentido de una colección de sermones, sino definida como un movimiento del alma». Y de esto pienso yo que los niños pueden dar más que nadie. Muchas veces he pensado que nadie puede realmente juzgar las relaciones entre los cónyuges, porque la parte exterior, que es la que se ve, carece de sentido, y puede ser completamente distinta de la interior, y no encerrar nada, por lo que no es posible hacerse una idea certera sin poder echar una ojeada, siquiera sea fortuita, al interior. Recuerdo que en una ocasión pensé que Viggo le hablaba a Ea con mucha sequedad, y sin comprensión, y que ella poco después me contó casualmente que Viggo, estando ella cansada y habiéndose echado, se fue a sentar al borde de su cama y le dijo: «No te voy a decir nada, para no molestarte. Lo que haré será sentarme aquí, a tu lado, y mirarte». Y esto, sin duda, era más sincero y una expresión más real de toda su relación que el resto de las cosas que oyen los demás. Entre una madre o un padre y un hijo puede muy bien ocurrir algo semejante, que el verdadero meollo interior de su relación hay que adivinarlo. Y yo pienso que Mitten significa para Viggo más de lo que éste aparenta, quizás más de lo que él mismo sabe...

A Thomas Dinesen

Ngong, 19-8-1923

Queridísimo Tommy:

No sé cómo darte las gracias por tu regalo, verdaderamente digno de un rey, de diecinueve libras esterlinas que me llegaron el otro día... Y créeme que no pudieron llegarme con más oportunidad: si un ángel hubiera bajado del cielo a dárme las no me habrían venido más à propos. Es algo notable, y tengo que contártelo. No sé si te escribí ya sobre una shaurie con un muchachito somalí de once años, que, a mi modo de ver, fue injustamente acusado de robo y condenado a cuatro

años de cárcel. Es de una familia muy pobre, y los desdichados somalíes sólo querían cooperar con la mitad de los costos del caso, y yo, entonces, les prometí ciento cincuenta chelines; pero cuando pasé revista a mis recursos me di cuenta de que no iba a poder dar ese dinero, y Fara y yo no sabíamos qué hacer, «A menos que Alá nos envíe algo especial ahora», decía Fara. Y justo entonces llegó tu dinero, o casi. Haz el favor de no contarles esto a los otros, porque les parecerá una tontería...

Estoy muy triste por la muerte de Eric Otter[163]. La otra noche me llegó la noticia con un mensajero que me enviaron de los K.A.R. para ver si sabía yo la dirección de su mujer o de su madre; por desgracia no sabía ni la una ni la otra. Murió de black-water en Turkana. Fue uno de mis mejores amigos en los viejos tiempos de aquí, y es extraño, parece como si ahora todo ese tiempo desapareciera de mi entorno.

Haz el favor de dar muchas gracias a la tía Bess por su carta, que me alegró lo indecible, pero a la que, la verdad, no sé qué contestar; sobre todo porque, a juzgar por lo que en ella me dice, tengo la impresión de que la mía fue bastante idiota, debido a lo cual no me apetece nada escribirle otra parecida. Siempre resultan difíciles ese tipo de debates por carta a tanta distancia, pues para cuando se reciba la respuesta ya no recuerda una lo que había escrito en un principio. Pero, a pesar de todo, es muy importante para mí recibir vuestras cartas, y en especial las de tía Bess. Le escribiré a pesar de todo —si es que viene más o menos a propósito— que ciertamente creo que la «libertad» y la «felicidad» son un estado interior, y que no es posible en absoluto hacer reglas sobre la manera de atraerlas; ni siquiera las pequeñas y sencillas condiciones que propone la tía Bess me parecen, con mucho, necesarias. Yo creo que a la gente le puede perseguir la policía sin por ello dejar de sentirse felices y libres, pero también pienso que en cada caso individual se dan circunstancias externas que, de una manera o de otra, condicionan esos sentimientos. Del mismo modo, por ejemplo, que el café puede crecer —y sentirse, sin duda, libre y feliz— por debajo de siete mil pies o el cedro por encima de siete mil, me parece a mí que cada persona requiere una cierta tierra, un cierto calor y una cierta altitud, más reducida en algunos casos, y casi universal quizás en otros, para poder sentirse libre y feliz, es decir, para poder desarrollar su naturaleza en libertad hasta el máximo de su capacidad. Pienso que se puede uno sentir completamente libre tanto en un convento trapense como en la corte de Berlín; pero diría que sólo un carácter insólito, e insólitamente propenso al amor, se sentiría libre en ambos lugares (y lo mismo en un bar entre bolcheviques y en la vicaría de Nøddebo)[164].

No tengo casi duda de que el hombre se siente libre cuando está en disposición de amar las leyes a las que nuestra existencia tiene que someterse. Por ejemplo, cuando oigo hablar de la libertad ilimitada de que se goza a bordo de un barco, me siento, personalmente, casi conmovida, porque las leyes del movimiento a las que es necesario someterse en ese ambiente a mí me parecen contrarias a la naturaleza. Yo diría que si la tía Bess se siente libre escribiendo como escribe, no es

porque está en situación de «dar a cada cual lo que le corresponde, de pagar sus impuestos, etcétera —tengamos en cuenta que a ella el orden y la honradez le son necesarios, y le gustan mucho—, sino porque la gente a quienes ella quiere y que tienen importancia en su vida, no le exigen otra cosa que lo que ella misma, por su naturaleza, es capaz de dar. Y además tengo que protestar contra la idea de que hablar de libertad sea mera palabrería en boca de Drachmann. Yo no sé de nadie que la haya amado más, desde luego ningún poeta, y cuyas obras, cuando se leen, dejen mayor sentimiento de haber estado «al aire libre», de respirar una atmósfera más libre y más fresca...

Estoy esperando aquí a Denys, quizás hoy, desde luego esta semana, y, en consecuencia, ya sabes:

La muerte no es nada, el invierno no es nada...[165]

A Thomas Dinesen

Ngong, 10-9-1923

...Desde que recibí la carta del tío Aage mi existencia aquí ha sido toda ella de aroma de rosas y luz de luna llena, y me he sentido, más o menos, como creo que se sentiría Sansón cuando le cortaron el pelo: sin fuerzas. Ya no puedo solucionar ninguna shaurie con Hunter, Harrison y Milligan; ya no puedo siquiera contener la impaciencia de mis blancos por lo que se refiere a esperar dinero, y bien sabe Dios que en esto nunca se contó conmigo. Nadie entiende lo que yo me esforcé por conseguir vender la casa de MBagathi para ver si así nos las arreglábamos este 1 de septiembre, y me resultó fácil; y ahora, después de esta shaurie, a pesar de que ya he estado diez veces en Nairobi para tratar de este asunto, ni siquiera puedo hacer que se firme la escritura, y de sobra sé que la culpa es mía; me siento como si ya no pudiera hacer más ante las vacilaciones de Hunter y el ruin y calculado antagonismo de Harrison. Todavía se me puede uncir, por supuesto, al molino de rueda, como a Sansón, pero para ese menester será mejor que os sirváis de una mula...

Por lo que a mí misma se refiere, ya he puesto mi corazón en esto en tal medida que ha habido muchos momentos en los que me he sentido completamente decidida a rehusar seguir viviendo si tenía que irme de aquí. Y ni siquiera ahora estaría del todo dispuesta a decir que podría sobrevivir realmente a esto. Pero también hay momentos en los que pienso que es un error asirse de tal manera a una sola cosa en esta vida,

y que debiera tener en mí suficiente fuerza para ser capaz de vivir después de un derrumbamiento como éste. Pero también hay que pensar un poco en cómo pudo pasar una cosa así. Hasta ahora mi ruptura con este lugar me ha parecido una especie de Ragnarok[166], después del cual ya no queda nada. Pero si ahora te escribo es para pedirte que me ayudes a hacer algo, lo que sea posible, después de esto.

Por tanto, y para empezar, te preguntaré si tú, en el caso de que tuviera yo que irme de aquí, estarías dispuesto a venir a poner orden según mis planes, a fin de evitarme a mí esa tarea, y sobre todo porque así no tendría que convivir, por ejemplo, con el tío Aage, durante mis últimos meses en la finca.

Y luego: ¿me ayudarías a intentar un nuevo comienzo en la vida? Y, si me ayudas, ¿con cuánto?

No te escribo esto para pedirte limosna, sino porque quiero saber cuál es mi situación. Porque si tú, por ejemplo, me dices que no te es posible ayudarme —como podría ser muy bien el caso si, por ejemplo, estuvieras pensando en casarte o en dedicarte a alguna otra actividad—, no creas que no me voy a hacer cargo. En tal caso, pura y simplemente, tendría que orientar mis planes en otro sentido.

Yo podría muy bien casarme ahora; pero estoy completamente convencida de que no debo casarme sin amor o si no es para llegar a una posición muy concreta y que me vaya muy bien. Casarme para que otro se haga cargo de mí es cosa en la que ni pensar cabe. También podría irme de viaje durante algunos años con alguien con quien me lleve bien y que me ayude a poner mis ideas en orden.

Es una verdadera vergüenza la manera en que se educa a las chicas. Estoy completamente convencida de que si a mí me hubieran educado como a un chico estaría ahora, con exactamente la misma inteligencia y dotes de que dispongo, en situación de arreglármelas muy bien. Pero, incluso en las actuales circunstancias, podría salir perfectamente de este atolladero si recibiera ayuda desde el primer instante.

Por mi parte no creo —como posiblemente es también tu caso— que tenga yo muchos melindres sobre la clase de vida que voy a llevar, ya que he tenido la mala suerte de no encajar en las circunstancias en que he nacido y que me estaban destinadas como algo natural. A una cosa estoy completamente decidida: no quiero vivir entre la clase media. Pero me parece, de verdad, que podría ser muy feliz si, para comenzar, me fuera factible, por ejemplo, tener un hotelito para gente de color en Djibuti o en Marsella. (Esto no lo tenía yo pensado, es lo primero que me viene a las mientes.)

Como ves, no he tomado ninguna decisión, ni sé tampoco si la Company habrá tomado alguna. Me gustaría que cuando recibas ésta me digas lo que piensas antes de tomar yo decisión alguna, y muy bien sabes que siempre he tomado muy en serio tus consejos. Por tanto te quedaré muy

agradecida si me escribes largo y detalladamente y me dices lo que en realidad piensas.

La verdad es que no había pensado escribir una carta tan larga. Pero cuando me pongo a escribirte siempre resulta más largo de lo que había pensado al principio.

Denys Finch Hatton ha estado viviendo aquí algún tiempo, y se quedará una semana más todavía, y me he sentido completamente feliz, en serio, tan feliz que vale la pena haber sufrido y estado enferma y todas las shauries que se me echaron encima esta semana.

Adiós, querido hermano.

Siempre, siempre, tu Tanne.

A Thomas Dinesen

Ngong, 25-9-1923

...Lo primero que quiero decir en este caso es que yo, después de lo que ha dicho y teleografiado y escrito la Company, me doy perfecta cuenta de que no tienen la menor intención de conservarme a mí como manager. De no ser así no me habrían tratado de esta manera...

...Por lo que se refiere a mi situación, lo único que puede decir es que siempre me han encantado y que adoro esta tierra y su gente y este lugar, si no lo que más de todo el mundo, sí, desde luego, hasta el punto de haberme sentido feliz dedicando todo mi tiempo y toda mi capacidad —lo que, en general, suele llamarse «toda la vida»— a su servicio. Pero, a pesar de todo, tales podrían ser los cambios en mi situación aquí que mis sentimientos también cambiasen. Recuerdo que la señora Casse tenía una teoría, o quizás fuese mejor llamarlo un experimento mental, sobre sus propios sentimientos con respecto a su marido, y era así: si le arrancaran un brazo o una pierna a Peter, ¿le amaría yo menos? No. Si le sacaran los ojos a Peter, ¿le amaría yo menos? No. Si Peter perdiera el oído, el habla, la salud, el vigor, ¿le amaría yo menos? No. Y así sucesivamente. Incluso descartando que fuese fácil, de un golpe, arrancarle tantas cosas a Peter que la relación, por lo menos, tendría que cambiar por completo, pienso que la posibilidad misma de que Peter fuera a sufrir tales cambios en su persona llenaría de tan hondo desagrado a cualquier persona normal que si le fuese posible romper a tiempo su relación con él lo hará sin duda alguna. Pero, en cualquier caso, esto lo único que demuestra es que los brazos, las piernas, etcétera, no eran, para la señora Casse, lo esencial de sus relaciones

con Peter, y lo más probable es que la situación fuese muy distinta en el caso, que podría ocurrir, de que Peter perdiese su inteligencia, su integridad, su sensibilidad, su amor por ella. La cuestión, por consiguiente, se reduce a una cosa: lo que es essential en una relación. A toda persona le puede ocurrir perfectamente que las circunstancias le impongan cambios en sus sentimientos o en sus ideas. Quizás pueda hacerse una excepción en las relaciones entre madre e hijo; pero, incluso en este caso, podrían ponerse las cosas en tal tesitura que todas las personas imparciales llegaran a la conclusión de que sería una suerte, por ejemplo, que la muerte pusiese fin a la relación. Por lo que a mí respecta, mi situación aquí podría cambiar hasta tal punto, incluso en su espíritu mismo, que las circunstancias externas: el que yo siga viviendo en esta casa y se me siga llamando managing director[167], no fuese compensación suficiente...

Sé muy bien que sería una verdadera tristeza y una desgracia para mí renunciar a esto y marcharme. Pero si las cosas se me ponen de tal forma que, desde todos los puntos de vista de fairness y decency[168] y equidad, me llegue a ver alejadísima de las personas de quienes dependo, y si me obstino en dejar bien en claro que lo que piensas es que estoy recibiendo de ellos más de lo que les puedo dar en ningún momento, y, encima, más de lo que en ningún momento habría sido razonable y digno recibir, ¿podría considerarse, desde cualquier punto de vista: moral, o de simple sentido común, justo el que yo continuase aquí?...

Aparte de esto, me encuentro muy bien y me he sentido más feliz que ninguna otra persona de la tierra, porque he tenido aquí a Denys viviendo conmigo durante un mes. Espero que vuelva y quizás se pase aquí la Navidad —está ahora de safari, y durará unos meses—, porque luego se va a ir en enero. El que existan personas como Denys —y esto yo lo había intuido ya antes, pero sin osar jamás llegar a creerlo— y el haber tenido la felicidad de encontrar a uno de ellos en mi vida y haberle tenido tan cerca —aun cuando haya habido largos periodos de separación— me compensa de todo lo demás de este mundo, y otras cosas pierden importancia por completo en sí mismas.

Otra cosa, te ruego que, en el caso de que yo muriese y tú le encontrases más tarde, no le digas esto que te he escrito.

A Thomas Dinesen

Ngong, 18-10-1923

...Así pues, veo ahora que es la renta básica de madre lo que aquí está en juego. También considerables cantidades de dinero de la tía Bess, de Anders y tuyas. Asimismo, se puede alegar que se trata del capital de un millón en acciones lo que está invertido aquí, y que es, en gran parte, una cuestión de honor.

Entre las posibilidades actuales de salvar todo esto no cuento yo la de que llegue más dinero de casa. Parto de la idea de que hay que descartar por completo nuevas aportaciones.

Pero hay otros factores además del dinero, y éstos, a mi modo de ver, pueden ser decisivos, y es de ellos precisamente de lo que quería escribirte hoy. No estoy dispuesta a invertir en esto mi vida, pero sí que lo estoy a invertir toda mi fuerza y todo mi tiempo durante algunos años más. Y ahora quería preguntarte si también tú estarías dispuesto, si te parece que puede ser decisivo, a hacer de esta empresa la principal cuestión de tu vida durante, por ejemplo, un año.

Yo, ahora, no te puedo dar en firme ningún plan o estimate. Pienso, como ya te he escrito, que la cosecha no va a ser tan pingüe como habíamos pensado y como sería necesario para poder llevar de una vez a buen fin todos los asuntos; hemos sido, desde luego, muy optimistas al creer que una finca abandonada como era ésta iba a poder ponerse completamente en orden a fuerza de trabajo en tan corto tiempo. Pero pienso, así y todo, que ha mejorado de forma colosal y que acabará estando completamente en orden si podemos dedicarle un poco más de tiempo, y que las cosas aquí, en general, están a punto de mejorar también. Por eso, desde mi punto de vista, sería imprudente renunciar ahora a todo, si se puede sacar adelante, aunque sea con grandes esfuerzos...

Doy por supuesto que si te mando un telegrama tú puedes arreglártelas para venir aquí. Pero te digo muy en serio que, en cualquier caso, deberías venir en febrero o en marzo, si para entonces, por ejemplo, no se ha arreglado todo con una venta. ¿Te parece bien esto? No creo que debierais haceros a la idea de renunciar a esto sin que alguno de los de casa venga aquí a verlo en el último momento. No debierais pensar que porque hayamos sido demasiado optimistas este año la empresa sea inviable... Estoy completamente convencida de que entre tú y yo, si nos dedicamos a ello de verdad el año que viene, podemos salvar todo esto y convertirlo en un éxito. ¿Piensas que valdría la pena, y te animarás a venir aquí conmigo?...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 21-10-1923

...Éste ha sido un año notable por la caza y los leones, los cuales incluso han llegado hasta Nairobi. Un león joven visitó varias noches seguidas el «parque zoológico» que hay en torno a Government House, y finalmente el asistente del gobernador lo mató de un tiro justo delante de la casa una mañana temprano. También por estos alrededores los hemos oído. El otro día estuve pensando en ellos con cierta inquietud, porque fui a caballo muchas millas por el interior de la Game Reserve[169]; la hierba era tan alta que me cubría las botas incluso a caballo, y, de pronto, caímos Rouge y yo en el fondo de un tremendo hoyo que de cualquier forma me habría sido imposible ver; tuve la sensación de precipitarme al fondo de una tumba, y vi el espinazo de Rouge oscilar sobre mí; se levantó y salió, y se le rompió la brida; yo entonces salí como pude, a rastras, y le vi allí, a muchas yardas de distancia, con aire desdeñoso. Tan desesperada me sentía que rompí a llorar; estábamos en pleno mediodía y el calor era espantoso, y Thomas sabe muy bien lo que significa ir entre las hierbas altas; se tiene la sensación de estar uno ahogándose, y sobre todo con ropa de montar y botas altas resulta insoportable. Pensé que tardaría siete horas en volver a casa, y que Rouge desaparecería y se lo llevarían los leones, pero fue un gran milagro, porque le alcancé y le cogí y regresé a casa arrogantemente montada en él...

En una cosa te ruego muy de verdad que no te entrometas —porque sé que es completamente absurdo—, a conocer sus (me refiero a Thomas) amoríos o flirtations... No creo que sean posibles las relaciones entre madre e hijo, cuando viven juntos —lo que siempre es completamente antinatural, pues si el hijo ha llegado a la edad de Thomas, lo más razonable sería que tuviese su propia casa, con lo que toda clase de cosas se volverían más fáciles—, más que si ella se da cuenta de que una parte de la vida de él, que a ella, naturalmente, siempre le parecerá llena de frivolidad, queda fuera de su esfera. Los amoríos de esa especie son cosa que los jóvenes aceptan de la manera más natural, pero que una señora vieja raras veces es capaz de aceptar; yo diría que desde la señora Montague y la reina Bera hasta la abuela no ha existido una sola madre que no se sintiera preocupada y al tiempo irritada si se tomaba la molestia de enterarse de lo que hacían sus hijos jóvenes en esta cuestión. Y además, teniendo en cuenta las costumbres y usos de nuestro tiempo, lo mejor será que dejes todo eso en manos de Thomas. Aparte que no creo que su respeto por las mujeres o por el amor vaya a sufrir en absoluto con todas estas frivolidades tuyas, incluso si ahora parecen algo distintas que en tus tiempos, cuando tus contemporáneos se iban de cortejo.

Pienso que, para la edad que tenemos, a veces sientes demasiado la responsabilidad de nuestra conducta, por lo cual, en cualquier caso, nadie podría pedirte cuentas. Quizás sea más bien que tomas demasiado a pecho el que se nos critique, sobre todo en la familia. Pero creo que

debieras sobreponerte a esto; por desgracia no somos perfectos, y por eso no es posible evitar, cuando se está tan unido a la familia como estás tú, que se comenten ciertas diferencias entre el concepto que tiene una madre y el que tienen sus parientes sobre lo que deben ser los hijos. Pero nosotros hemos llegado ya a una edad que, en términos generales, nos permite tomar con calma cualquier tirón de orejas de esa gente con tal de que tú dejes de preocuparte de tales cosas.

En realidad yo creo que estos detalles de «mediocridad burguesa» no significan mucho para ti, y que tú, verdaderamente, entre don Juan y don Octavio, preferías por hijo a don Juan, más aún, que te habrías ido a cenar gustosamente con el comendador si te hubiese sido posible evitar ser blanco de las críticas que llovieron sobre don Juan. Si, en el fondo de tu corazón, pudieras decir: «Thomas es más frívolo de lo que yo había pensado, y está sumido en frivolidades, pero sé que no hay nada malo en ello, y que además esto no es asunto de nadie», ya verías como tú paz interior y la alegría que te da Thomas no resultaban afectadas en absoluto...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 11-11-1923

...Hace ya tres años que volví de casa; han pasado muchas cosas desde entonces y cabe decir, sin temor a exagerar, que han sido tres años terribles para la mayor parte de la humanidad. Yo, personalmente, no habría querido perderme esos años por nada de este mundo; hasta entonces nunca supe de verdad lo que eran las shauries, pero también es cierto que tampoco había sabido lo que es ser completamente feliz, o sea, dicho de otra forma, lo que es vivir. He estado pensando en esto y me gustaría mucho releer Adam Homo para ver cómo le explica el viejo pastor Homo —¿o Madame?— a Adam lo que es «ser». Sí que me gustaría tener aquí Adam Homo, y también muchísimo la Isle des Pingouins y La Rôtisserie de la Reine Pédauque, de Anatole France, si es que alguna vez una persona amable se decide a enviarme libros, estos últimos en francés, naturalmente...

Hoy es el cumpleaños de Mahu; cumple cinco años y está muy entusiasmada. Le he regalado un collar y una ternera. Tanto ella como su hermano menor, que tiene dos años, han estado jugueteando por aquí mientras yo me pasaba la tarde entera escribiendo, y han celebrado una ngoma. El niño, Tumbo, es ridículamente pequeño, exactamente como una rana, pero nada le intimida, y se muere de risa y se da golpes en la tripa y todo le tiene sin cuidado...

Thomas se alegrará sin duda de saber que estoy escribiendo un pequeño tratado de moral sexual[170], a ver si consigo terminarlo. La verdad es

que Thomas y yo nunca estuvimos muy de acuerdo en estas cuestiones; me imagino que también él tendrá serias discusiones con la tía Bess...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, víspera de Nochebuena, 1923

...Cuando se envejece me parece a mí que la distancia pierde gran parte de su importancia, tanto en el espacio como en el tiempo; realmente pienso que todo lo que desapareció hace ya tiempo, y todo lo que está ocurriendo ahora lejos de mí, es igual de «presente» como lo que yo misma hago casualmente en este instante.

Es maravilloso esto de ir haciéndose tan vieja poco a poco; ahora soy igual de vieja que tú a la muerte de padre, y a ti te recuerdo con mucha claridad desde bastante antes, con un vestido de algodón a rayas azules y blancas, y con tu maravillosa cabellera —hasta tal punto que casi me parece que tenemos la misma edad—. A la tía Bess puedo recordarla de muchacha; y por lo que se refiere a Malla yo diría que nunca ha sido ni más joven ni más bella que ahora, y espero que siga conservándose eternamente joven, por lo menos hasta que vuelva yo a Dinamarca. Me gustaría poder oler aquí el árbol de Navidad y el asado de ganso, tan tremendamente agradables; es cierto, como en Garman & Worse, que le nez c'est la mémoire, pero, en cualquier caso, pensad en mí cuando comáis el ganso y encendáis las velas y cantéis Las campanas doblan por Navidad, que, para mí, es el más bello de todos los salmos navideños y el que mejor me recuerda la atmósfera de esta fiesta en casa. Bueno, «Feliz Navidad» a todos vosotros, querida gente...

Voy a ver si consigo atraer mano de obra a la finca abriendo una escuela ahora con el nuevo año; hacía mucho tiempo que tenía este proyecto, pero Dickens se oponía; menos mal que ha acabado aviniéndose a razones. Vamos a tener el local en «la casa de Charlie» —Thomas sabe dónde está— y pienso que lo voy a pasar muy bien. Será después del atardecer, para no interrumpir el trabajo de la finca. Es una lástima que los wakamba se opongan a tener aquí católicos —la verdad es que no sé por qué; tienen la idea de que no les enseñan bastante—, de modo que, contra mi voluntad, tengo que herir a mis amigos de la misión francesa, pero de nada me serviría ir en contra de los deseos de los natives en una cosa como ésta, cuando de lo que se trata es de atraerlos aquí. Me parece a mí que todas las fincas de tamaño más o menos grande debieran tener una escuela como ésta; no sirve de nada ir por ahí diciendo que los natives se sienten más felices en su estado

primitivo, aparte de que esto, en sí mismo, es muy debatible, hay que tener en cuenta la imposibilidad de mantenerles así, y con no ayudarles en este sentido lo único que se consigue es que ellos, por sí mismos, aprendan lo peor de la civilización, como esos terribles Nairobi-boys que han aparecido desde que yo llegué aquí por primera vez y que en nada son inferiores a los que tenemos en Dinamarca, con «el pelo sobre la frente», y a quienes, según el tío Rentz, lo que había que hacer es llevarlos a Nørrefaelled y fusilarlos. Es, sin duda, el deseo de subir en la escala social lo que induce a los natives a querer aprender. Como te digo, estoy muy contenta de poder facilitárselo.

Esta semana estuvo aquí el mayor Taylor, que vino a ver la finca, y me gustaría muchísimo saber la opinión que le merece. No estaba aquí desde febrero, de modo que podrá darse cuenta mejor de los cambios que yo y Dickens, que los vemos todos los días. Pienso que va a mandar un informe a casa sobre ellos.

El mismo día de su visita pasó aquí algo terrible y triste. Yo estaba bañándome, antes de la cena, cuando oí un disparo. Siempre me espanta oír disparos, sobre todo de noche, pero pensé que sería algún blanco disparando a las hienas. Poco después llegó Thaxton a todo correr en motocicleta y dijo que se había producido una desgracia; su cocinero había salido y su kitchen-toto[171] tenía en su cabaña una reunión de chicos de su edad; uno de éstos se las había arreglado para apoderarse de una escopeta de perdigones que Thaxton había dejado en la solana de su casa para ver si así las aves de presa se asustaban y dejaban de acercarse a sus gallinas, y la había disparado en medio del grupo. Thaxton estaba asustadísimo y no sabía cuántos de ellos habían resultado heridos, y me pidió que fuese con él. Me puse algo de ropa y corrimos a su casa, que es la que tenía Thomas al final de su estancia aquí. Luego averigüé que habían quedado heridos levemente otros tres chicos, y que se habían ido de allí a todo correr; cuando llegamos sólo había dos. Uno era Maturri, a quien Thomas quizás recuerde, un toto pequeño, muy bueno y simpático, y estaba herido en el cuello y en el pecho; yacía inconsciente en un charco de sangre. El otro estaba sentado y le manaba sangre de la boca, o, mejor dicho, de lo que le quedaba de la boca: tenía toda la mandíbula inferior destrozada por el tiro.

Los vendé lo mejor que pude, pero no era nada fácil a la luz de una mala linterna, y fui a por mi coche para llevarlos al hospital. Los faros no funcionaban bien y el coche no terminaba de arrancar; me parece ahora que tardamos una eternidad en ponernos en marcha. Tampoco resultó nada fácil conseguir que se estuvieran quietos en el coche, porque todos los baches y desniveles del terreno se notaban mucho en esas circunstancias; pero acabamos llegando. Thaxton y Kamante, a quienes Thomas conoce, se encontraban conmigo; Fara estaba casualmente ausente aquella noche. Cuando sacamos del coche a Maturri el pobre muchacho murió. El otro había perdido tantísima sangre que todo el coche estaba empapado, y se encontraba muy mal, aunque todavía vive; fui a verle al día siguiente. Pienso que habría sido mejor para él

morirse, y de seguro habría muerto de no ser porque le llevamos al hospital, pero también es verdad que no se debe pensar así. Yo creo que no sufría, pues el golpe había sido demasiado fuerte; cuando le llevaba por el bosque le oí gritar y quejarse, pero cuando llegamos le cogí la cabeza entre mis manos y le dije: Procura estar quieto y tranquilo, estoy aquí para ayudarte. Y ya no se quejó más en todo el camino hasta el hospital, donde le llevaron mucho de un sitio para otro. Maturri no pudo sentir absolutamente nada; había recibido el tiro de lleno, con perdigones del número cuatro, en todo el pecho; se quejaba, pero estaba inconsciente.

Fuimos a la comisaría enseguida para contar lo que había sucedido y allí nos tuvieron horas; la desgracia había ocurrido hacia las siete y media y no volvimos hasta las tres de la madrugada. La policía no puede decir nada; no cabía la menor duda de que se trataba de un accidente, o de juegos de chicos. A Thaxton le cae una multa por tener su arma cargada a la vista de todos. El desgraciado chico que disparó el arma ha desaparecido; es evidente que tiene que estar asustadísimo. La cosa ocurrió el miércoles y desde entonces le hemos estado buscando, y naturalmente también su familia: es el hijo de Kanino. Yo diría que se ha ido con los masai y que está escondido allí; Farah tiene una teoría, dice que se quedará allí hasta que has married six or five wife[172], y como ahora sólo tiene ocho años tardaremos mucho tiempo en volver a echarle la vista encima. Lo que me gustaría saber es que está seguro dondequiera que esté. No se puede fiar uno de los nervios de los natives. Hay otros tres chicos que resultaron heridos, pero no es cosa de importancia.

Tuve que ir a Nairobi otra vez a la mañana siguiente, ya que estaba citada con Hunter para conseguir algo de dinero para mis blancos antes de Navidad; como es natural, lo pedían y se lo habían ganado, aunque sólo sea por lo pacíficamente que han estado esperándolo. Fui a comer a casa de los Mac Millan y luego estuve en el hospital para ver a Wanjangiri. Es un hospital de natives buenísimo y tiene un médico estupendo. Había bebido leche y me conoció y entendió lo que le dije, y ahora van a ver si consiguen coserle todo lo que tiene suelto; pero lo que no pueden decirme es cómo va a quedar, ni tampoco sé yo qué es lo que podrán hacer, porque ha perdido los dientes y la mandíbula por el tiro. Me dijeron que estaba bien vendado y que gracias a eso se había detenido la hemorragia; fue pura suerte, pues yo casi no podía ver cuando le vendaba. Luego ha ido su hermano a verle; seguía más o menos igual.

Me he resfriado conduciendo el coche; apenas llevaba ropa encima, sólo una falda y una chaqueta y zapatos, de modo que al día siguiente casi no tenía voz; quizás fuera también, en parte, nervios; estaba cansadísima cuando volví por la noche de la expedición, como si hubiera recorrido cinco millas, en fin, que me he pasado un par de días en cama. El viejo Mr. Bulpett vino en coche a verme y le agradecí la amabilidad.

El pequeño Maturri, el que murió, era un toto buenísimo; había pasado algún tiempo en mi casa, pero ahora trabajaba en la fábrica clasificando café, y siempre que me veía se reía mucho y me llamaba; le había visto aquella misma tarde cuando pasé por allí con Charles Taylor, y es extraño que fuera a morir en mis brazos un par de horas después...

Pienso que estas navidades las voy a pasar sola; me han invitado a varias cenas en Nairobi, pero no sé si iré. Posiblemente vengan aquí Berkeley Cole y Finch Hatton unos días más tarde. Berkeley me ha mandado un telegrama diciéndome que me manda un gato como regalo de Navidad —cuando estuvo viviendo aquí había muchísimas ratas—, pero como no puedo encontrarlo en ninguna parte mucho me temo que el desdichado gato estará en alguna estación, Dios sabe dónde. Farah y yo vamos esta mañana a ver si damos con él, y también a comprar azúcar, cigarrillos y rapé por un total de doscientos chelines que teníamos guardados con este objeto; es para repartirlo el día de Navidad entre toda la gente de la finca. Serán más de mil personas, de modo que la calidad no podrá ser nada del otro jueves...

Estoy de acuerdo contigo sobre lo que me escribes a propósito de Kristin Lavransdatter. Es extraño que, estando Thomas aquí, lo leímos juntos y a mí me gustó muchísimo, pero ahora, en cambio, no me atrae nada; más aún, el libro entero, y sobre todo su autora, me repelen un poco. Me doy cuenta de que, en cierto modo, se trata de una obra monumental, pero es una visión terrible de la vida, que, incluso desde el punto de vista estético, echa a perder el libro, o bien lo hace excesivamente angosto, sin horizonte artístico, como un cuadro del que se pueda decir que «no tiene aire». Casi nunca en mi vida había topado yo en mis lecturas con tal colección de personas desgraciadas, y yo diría que todo ello se resume en la idea que tienen de la vida, y luego ellos mismos, entre sí, no hacen más que atormentarse mutuamente hasta matarse. La única vez en todo el libro en que puede hablarse de algo alegre es cuando Kristin y Erlend, al principio de sus amores, se dejan llevar de sus sentimientos o pierden la cabeza hasta el punto de olvidarse de los demás, y esto los otros no pueden ni perdonarlo ni olvidarlo, y les hacen pagarlo durante el resto de sus vidas. Aparte de esto no hay en el libro más que miseria tras miseria: Ragnfrid, Simon, Ramborg, Gunnulf, Audhild[173] y Bjørn, Erling y Halfrid, Ulf; que alguno de ellos, como Ragnfrid, o incluso Gunnulf, al cabo de toda una vida de vivir en la esclavitud de su propia y absurda conciencia, hacia el final, alcancen una especie de paz a costa de todo, qué quieres, a mí me parece demasiado. Si la autora se hubiera enfurecido de que la gente se destruya recíprocamente la vida de esta manera, como Strindberg, o si se hubiese elevado sobre ellos, sonriéndoles con superioridad y compasión, como hace, por ejemplo, Anatole France, el libro tendría un nivel más elevado y una podría, de una u otra forma, aceptar el conjunto; pero, no, lo que ella hace es tomarlo todo completamente en serio, como si la vida fuera así, y una termina diciendo, como Ronald Fangen (refiriéndose a Sigrid Undset)[174]: «Se lee este libro y se dice uno a sí mismo, esto es, sin duda, claro y bello, pero con una constante sensación de protesta y desagrado. Y cuando uno se ha pasado una hora

sin leer el libro se ve claramente que lo que se defiende en él es un punto de vista ridículo y horrible de la vida». En lo que respecta a su visión de la vida, ¿la ve ella realmente así? «Todo lo que uno ha encontrado en ella, la palpitante variedad, la salvaje exuberancia de peculiaridades... ¡Oh, Dios celestial: ¡la vida!... ¡Una gigantesca fábula infantil sin pies ni cabeza!» Y, sin embargo, no niego yo tampoco que se trate de una obra fuera de lo corriente. Pero no pienso que sea arte de alto nivel; estoy de acuerdo con Levertin[175] en que lo que busco en el arte es una iluminación, como la que Goldschmidt llama magia de la vida, y en la obra de Sigrid Undset no se encuentra, en general, iluminación alguna; es como un gran paisaje gris y sin colores; falta la varita mágica, kein hexerei[176], y yo digo, como Otto Benzon (me parece que es él), que el arte verdadero siempre tiene algo de brujería.

Puedes estar segura de que estoy de acuerdo contigo por lo que se refiere a La saga de los Forsyte. Es un libro atroz, y con él se tiene la misma sensación que cuando se oye a un cura decir las cosas más estúpidas, que es absurdo que a nadie se le ocurra contradecirle. No pudo ser en absoluto así; la gente no podía aceptar los acontecimientos como su autor quiere hacérselos creer; hay, desde el principio hasta el fin, una afrenta al buen sentido del lector, y a su dignidad. Por ejemplo, no pudo ser que el joven Jocelyn[177], que se nos presenta como espiritual y al tiempo sensible, se dedicara a analizar de esa manera a toda su familia ante un hombre de quien lo más que sabía era que a su propia hija, con quien él estaba prometido, la había tratado groseramente, por decirlo de una manera suave, y que ahora se dedicaba a seducir a la mujer de su propio primo. Pero, por lo demás, no veo nada realmente único en la literatura inglesa; sin contar con que los mejores de ellos tienen también novels en cierto modo completamente ajenas a la vida humana y a la humanidad (o a la comprensión humana), en las que rigen sus propias y extravagantes leyes tanto para la verosimilitud como para la moral, etcétera...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, sábado, 29-12-1923

...Intenté, también, aprovechar los días de Navidad para escribir mi tratado de «moral sexual» para Tommy; claro está que no podré abarcar tema tan vasto, será más bien sobre el «matrimonio», y lo escribo sin ningún miedo, pues Tommy siempre me consideró reaccionaria. Aparte de que resulta muy difícil escribir sobre esta clase de cosas cuando está una completamente sola, no tengo aquí acceso a libros de los que me haría falta citar frases, de modo que estoy segura de que no conseguiré avanzar mucho. No sabes lo que me duele no poder hacerlo mejor. Interrumpí mi trabajo literario para enseñar a Hassan a hacer crustader, y en esto tuve más éxito...

Ayer fui de nuevo a Nairobi... Con gran alegría, vi a mi niño en el hospital, y se encontraba mucho mejor. Estaban limpiando las habitaciones y el chico se hallaba al aire libre en una strecher y me hizo señas al verme llegar. Yo había traído a Kamante, a quien Thomas conoce, para que le consolase contándole lo malo que había estado, mientras que ahora está grande y fuerte y ya juega al fútbol; se sentó en su cama y le echó un gran discurso, pero la conversación fue en kikuyu, de modo que no me enteré...

Me tiene muy preocupada y deprimida el pequeño toto que disparó sobre los otros dos; sigue sin aparecer. Su familia ha salido a buscarle por toda la comarca; también hemos avisado a gente de Nairobi, pero no conseguimos dar con la menor pista de él. Los suyos piensan que quedó tan asustado que ha acabado matándose; es esto muy propio de los natives, en cuanto se ven en alguna dificultad en su vida, incluso si son de esas que se resuelven en pocos días, pero es que no consiguen ver las cosas con tanto tiempo de antelación. Por lo demás, un chico pequeño como él, si se escapa al bosque para esconderse, puede caer presa de leopardos o leones. Otra posibilidad es que se escape para irse con los masai, y es que esa extraña raza moribunda acoge con verdadera ansia a los niños de otras etnias de los que puede apoderarse, y entonces ya nunca los suelta; los aceptan en su grupo y les permiten heredar sus posesiones materiales, que, con frecuencia, son muy grandes, de modo que es muy posible que para Kabirot sea una ventaja, pero lo malo es que su propia etnia se queda sin ellos. Algo parecido le ocurrió precisamente hace poco a un hermano de Kamante, que hace quince años se escapó de su familia porque había perdido una oveja y tenía miedo a su padre, y hace poco, viendo a Kamante y al resto de sus hermanos ir por la otra orilla del río, les llamó y les contó, como un nuevo José, que le habían adoptado en la familia de un jefe, había heredado grandes rebaños y estaba casado con dos mujeres masai; pero

había prometido que nunca jamás volvería a los kikuyu. Esto, para los masai, es rebajarse, pues en los viejos tiempos despreciaban a los kikuyu, pero ahora no tienen ya hijos. Espero que le haya ocurrido esto al hijo de Kanino, pero la verdad es que no podemos averiguarlo...

PERSONAL

Si Thomas ha vuelto a casa podrías darle esto, y así no tienes que molestarte tú. En general estoy harta de causarte molestias con este asunto, pero si no está él en casa no me queda otro remedio.

Mi divorcio va, por supuesto, bastante avanzado, y posiblemente tengamos ya pronto el fallo. Y ahora lo que os quería pedir, si no es demasiado tarde, por intermedio de Repsdorph, es que cuidéis, si ello es posible, de que Bror me asigne una pensión.

Ya sé que esto no parece nada bonito; pero os puedo prometer que no haré uso nunca de ella. Ésa es la razón de que prefiera la formulación legal de esta manera, porque pienso que me puede facilitar mi situación considerablemente en el futuro. Siempre habrá problemas mientras Bror esté en esta tierra y mientras sus amigos, y él mismo, piensen que la Company y toda mi familia le han tratado injustamente y le han repudiado; si la ley, a la que no pueden acusar de parcialidad, accede a reconocerme a mí este derecho, al que yo, frente a Bror, podría recurrir año tras año, pienso que mi situación se vuelve mejor, aunque en la realidad no suponga diferencia alguna. Thomas, que conoce las circunstancias, entenderá esto que te digo.

Y además es que, según la ley inglesa, la mujer es la parte «culpable» del divorcio si no se le reconoce ninguna maintenance a costa del marido, de modo que, de esa forma, también sería mejor para mí aquí; para Bror pienso que sería lo mismo.

...Si pensáis que esto parecería demasiado egoísta, lo único que me cabe decir desde mi punto de vista es que quizás el futuro me vaya liberando, a medida que pase el tiempo, de toda acusación de egoísmo...

Sigo teniéndole mucho cariño a Bror; precisamente acabo de volverle a ver, y ahora, como ya no dependemos el uno del otro, pienso que podemos ser buenos amigos, pero lo que pasa es que él ve muchas cosas de forma muy distinta a la mía; y cuanto mejor pueda yo defenderme de que sus opiniones se interfieran en mi vida, pues tanto más fácil será para los dos vivir en esta colonia y vernos aquí, ya que no lo podemos evitar...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 27-1-1924

...En vista de que las flirtations de Thomas siguen preocupándote, he pensado que por una vez te escribiré un par de líneas sobre mi propio concepto de las convenciones sociales habituales entre jóvenes de ambos sexos, de la manera en que se han ido desarrollando a lo largo de los años desde que estalló la guerra; no voy a creer, sin embargo, que aquí lo que voy a hacer es decirte mi opinión acerca de lo que está bien o mal en este asunto, lo que es recomendable o no, sino, solamente, lo que yo misma, por lo que he visto y oído, pienso que es normal y ocurre de modo natural en este momento.

No sabría decir si, en el origen, ha sido la idea de la igualdad de los sexos lo que ha conducido a circunstancias de tipo práctico, como la independencia de las chicas jóvenes y, por ejemplo, el birth-control[178] que —según mi propia convicción— se practica ahora por todas partes, o si eso, por el contrario, se debe a circunstancias económicas prácticas: ni juzgaré el hecho indudable de que las chicas jóvenes, por ejemplo, durante la guerra, tuvieron que mantenerse a sí mismas y defenderse solas en la vida de igual manera que los chicos, lo que, poco a poco, en la consciencia general y en todas partes, ha puesto a chicos y chicas en el mismo nivel; pero, a mi modo de ver, lo que es seguro en cualquier caso es que los jóvenes de ambos sexos de la actual generación se consideran a sí mismos completamente iguales en todas las circunstancias de verdadera importancia. Esto es válido también, y sobre todo, para cuanto se refiere a las relaciones amorosas, que han tenido que cambiar, de la misma manera que ha cambiado la idea que se tiene de ellas de modo considerable. En la práctica pienso que esto ha conducido a una situación en la que, mientras las formas de contacto de los tiempos pasados —es decir, de hace un par de generaciones— entre jóvenes de ambos sexos eran por medio de fiestas —bailes, visitas de vacaciones de verano, etcétera—, o sea, encuentros que tenían lugar fuera de la vida normal de chicos y chicas y que se expresaban en forma de galanterías, cortejos y una especie de asiduidad e insistencia, por una parte, de reticencia y reserva, por la otra, con mucho secreto por ambos lados, actualmente, por el contrario, son una coexistencia constante en todas las formas de sus vidas diarias; y a mí me parece que las relaciones normales y naturales entre dos jóvenes, si se tienen simpatía mutua y están absorbidos el uno en el otro, toman ahora en general la forma de lo que en los viejos tiempos recibía el nombre de «relaciones amorosas» y era entonces la excepción y se consideraba y trataba como tal. Esas mismas circunstancias tienen que ser consideradas ahora de forma distinta, pues ambas partes aceptan que ninguna de ellas da o

recibe, arriesga o goza, o, en términos generales, expone más que la otra.

En los viejos tiempos había la idea de «seducir», «seducción», etcétera, pero yo pienso que eso ya no forma parte en absoluto de la manera de pensar de los chicos y las chicas de hoy, y que una persona moderna nunca usa esas palabras sin que «en su voz se note una pizca de ironía»[179]. Y si se quieren examinar más de cerca esas ideas hay que entender que en la relación amorosa el «seductor» convencía a la otra parte por su propio beneficio, o la inducía a algo que, de la forma que fuese, iba a perjudicarla, destruirla o degradarla; y el «seductor» sabía perfectamente que la otra persona se iba a arrepentir, y que, además, degradaba a la persona «seducida» incluso a los ojos del seductor mismo; porque a un hombre no se le llamaba seductor solamente porque había persuadido o importunado a una chica para que se casase con él. En circunstancias más elementales podía también entenderse que el seductor llegase a prometer algo —por ejemplo, el matrimonio— a sabiendas de que no iba a cumplirlo; pero esto se sitúa ya sin duda fuera del concepto propiamente dicho de seducción. Hoy en día las «relaciones amorosas» no conducen a ninguna de las consecuencias que tú sabes, y, por consiguiente, el concepto entero (por lo que a esas relaciones se refiere, naturalmente, porque sigue existiendo en otros terrenos, por ejemplo, en política) ha desaparecido, como es lógico, del diccionario de la humanidad.

Yo pienso que lo que no admite excepción es que tanto el chico como la chica tienen el mismo goce en sus relaciones amorosas y pueden salir de ellas con la misma buena conciencia, siempre y cuando ambos se hayan atenido a las reglas aceptadas de buena conducta. Y para la chica moderna, que es independant[180] en su vida, que no se ve degradada en la opinión de la gente, y que sabe que no se expone a tener un hijo si ella misma no lo desea, no hay riesgo de ninguna clase. Siempre puede haber un cierto riesgo de que una de las partes se ate más y se sienta más dependiente de esa relación que la otra, pero a eso, en todo caso, se exponen ambas partes por igual y es muy difícil evitarlo en cualquier clase de relación; por ejemplo, podría suceder, y con más fuerza, en un matrimonio en el que una de las partes esté siempre expuesta a amar más apasionadamente o, por ejemplo, más largamente que la otra y, por esto mismo, llegue a sufrir mucho más que en una relación amorosa libre; pero este riesgo se puede aceptar sin sentirse uno tratado de modo injusto por la otra parte. En los viejos tiempos había una cierta idea de que generalmente la mujer ponía en la relación amorosa más sentimiento que el hombre; pero sólo Dios sabe si puede ser verdad esto cuando la mujer, fuera de su vida amorosa, tiene exactamente los mismos recursos que el hombre.

Lo realmente importante de todo esto es lo siguiente: que la chica ya no se ve, como en los viejos tiempos, disminuida a sus propios ojos o a los del chico por causa de una relación amorosa. Ahora bien, no te puedo decir si es la frecuencia misma de las relaciones amorosas libres lo que ha conducido a que la joven generación tenga estas ideas, o si son estas

ideas lo que ha dado lugar a que haya más relaciones amorosas libres. Lo que sí es seguro, por supuesto, es que cada uno considera siempre, incluso con la mejor conciencia del mundo, que su propio caso es excepcional. Fue esto, y no la índole de sus relaciones, lo que hizo infelices a Kristin Lavransdatter y Erling, y puedes creermelo que habría sido peor para ellos si, por ejemplo, uno de ambos hubiese perdido su fe en la Virgen María; porque, en tal caso, evidentemente, les habría sido muy difícil seguir. Quizás lo que ha pasado es que se ha producido un cambio de gustos, de la idea misma del «ideal», pero esto a su vez depende de circunstancias prácticas, porque la misma cosa no siempre significa lo mismo. Por ejemplo, un hombre de hace doscientos años no habría tenido el menor escrúpulo en casarse con una chica, incluso si era de la clase más alta, que fuese capaz apenas de escribir una carta; hoy en día esa chica pasaría por estúpida. Los somalíes de la Somalia francesa no pueden casarse hasta que han matado a un hombre; esto no quiere decir necesariamente que sean muy sanguinarios, también es posible que allí las circunstancias sean tan belicosas que el joven llegado a la edad de casarse sin haber participado en una lucha a muerte pase por ser un cobardón. Una joven que, en los viejos tiempos, cuando las mujeres se casaban a los diecisiete años, osara buscar alivio antes de tiempo y a través de los muros de prejuicio y deferencia de que estaba rodeada, en una relación amorosa, tenía que tener le diable au corps, y es de suponer que un hombre sensato lo pensaría mucho antes de casarse con ella; pero, por la misma regla de tres, el joven moderno puede considerar que una chica que ha vivido cinco o diez años en la atmósfera de libertad y amor en que crecen hoy en día las chicas sin haber pensado siquiera en amar, es o muy estúpida o muy calculadora, y, en consecuencia, pensárselo también mucho antes de casarse con ella.

Llevo tanto tiempo fuera de mi tierra que no sé cómo se conducen las clases altas danesas; pero pienso que sería una excepción si en un círculo de chicas jóvenes inglesas en torno a los veinte años hubiese alguna que no hubiese experimentado una «relación amorosa», exactamente igual que ocurriría con un grupo de chicos jóvenes. Y esto no es ningún secreto de familia entre las mujeres; para los chicos que son compañeros de estas chicas, que trabajan, bailan, discuten, van en coche, vuelan y se casan con ellas, es esto también cosa natural, de la misma manera que para ellas cuando se trata de sus amigos.

He oído a muchísimos hombres hablar con gran miedo de casarse con una jeune fille, por ejemplo, Charles Gordon, Polovtsoff, Eric Otter. Polovtsoff, que, ciertamente, pertenecía a una generación algo más vieja, me dijo una vez que él, con su experiencia, pensaba que la falta de experiencia en la novia era el mayor obstáculo que cabe para la felicidad matrimonial, y cuando se leen libros de una cierta época no se puede menos de pensar que no le faltaba mucha razón. Recuerdo que Eric Otter, en una ocasión en que estábamos hablando de la libertad de las chicas jóvenes, me dijo que él tenía la esperanza de que llegase a ser de verdad lo natural y lo lógico para cuando su propia hija tuviese esa edad, porque él pensaba que muchas de las dificultades y muchas de las faltas de comprensión mutua que había sufrido en su propia vida matrimonial tenían por causa la desproporción que suele haber en este

asunto. El que no fuese así en los viejos tiempos y el que ninguno de los cónyuges deseara que fuera así se debía a que la vida y la esfera del hombre y de la mujer eran en general muy distintas; no partían, en absoluto, de las mismas premisas. Ahora los jóvenes maridos y sus mujeres viven en las mismas circunstancias, se mueven en el mismo ambiente y entre la misma gente y se enfrentan con los mismos fenómenos, y los chicos jóvenes considerarían la exclusividad espiritual (?) de sus esposas tan absurda como muchas de las cosas que en otros tiempos pertenecían a la forma de vestir femenina.

Es posible que todo esto te interese a ti muy poco, y, en este caso, discúlpame. No lo he escrito para darte a conocer mis «ideales», sino, por el contrario, para exponer la idea que yo tengo por propia experiencia sobre las relaciones y los ideales modernos. Es posible que tú misma no hayas conocido a mucha gente joven de la generación que quedó marcada por la guerra, y muchas veces pienso que te causas a ti misma preocupaciones absurdas al medir los usos y costumbres de los jóvenes de ahora con el rasero de, bueno, de hace mucho tiempo; porque los amigos que teníais de vuestra edad eran ya muy anticuados a este respecto, y es, a fin de cuentas, el rasero de los tiempos de Mamá... No entiendo, la verdad, que Thomas te ponga delante sus flirtations sabiendo que tú no las puedes sufrir, aunque también es cierto que yo no me portaba mucho mejor cuando te ocultaba mis amistades, etcétera, porque pensaba que a ti no te iban a gustar. Esto viene a ser, más o menos, como el humo del tabaco; si una quiere que sus parientes masculinos la vengán a ver a sus habitaciones y se sientan a gusto en ellas, no le queda más remedio que acostumbrarse a él.

Si a ti no te apetece leer todas estas observaciones te pediría que se las pases a la tía Bess, con quien he hablado muy frecuentemente sobre este tipo de relaciones. Pienso que de vez en cuando me viene bien ejercitarme un poco en estas cosas, para ver si todavía escribo bien el danés; porque la verdad es que no he hablado una palabra de danés desde que se fue Tommy de aquí...

Me ha interrumpido en plena carta una visita muy molesta, un danés viejo, ciego y borracho, Aarup[181], que vino a preguntarme si no podría dejarle una casa donde pudiera dedicarse a hacer kibokos, que es de lo que él vive. Y la verdad es que no supe negárselo y le he prometido dos habitaciones en la casa de Charlie, donde vivía Palme; pero sé que Dickens y Thaxton, que le conocen, se van a desesperar. Vino muy elegante, en coche, con un amigo suyo, cafetero de Kiambu, a quien sin duda importunó hasta conseguir que le trajera aquí...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 3 de febrero, 1924

...He tenido muchos problemas con el viejo danés Aarup, a quien prometí una casa en la finca por una temporada breve; éste es el tipo de obra de caridad que uno nunca debiera hacer, sobre todo porque, en el fondo, es a otros a quienes afecta, en este caso a Dickens y a Thaxton. Aarup está casi completamente ciego y no puede hacer nada solo, y además es un charlatán tremendo, capaz de pasarse horas contando toda clase de historias carentes por completo de interés, al estilo de tío Gerhardt: ...«bueno, eso pasó en 1889... No, no, espera un momento, miento, fue ciertamente en 1888 o 1887. Sí, a ver que me acuerde; sí, justo, así es...» Y todavía para mí todo esto siempre podría tener algún interés, ya que, en general, suele tratarse de alguna metedura de pata del alcalde de Kolding, o cosa parecida; pero lo que no puedo realmente exigir de los demás es que se resignen a escucharle, con lo cual el pobre se siente mortalmente ofendido y viene aquí a quejarse del poco caso que le hacen. Y no puedo tenerle viviendo aquí, en mi casa, porque casi siempre está ligeramente ebrio y además tiene constantemente unos líos tremendos con los natives. A pesar de todo le aguanto, no me cae mal, pero la verdad es que le preferiría lejos. Le he regalado una caja grande de puros que Finch Hatton se había dejado olvidada, y con esto se ha vuelto «amigo mío para toda la vida», según sus propias palabras. «El tabaco, para mí el tabaco es ahora esposa y patria; ya se dará usted también cuenta de lo que le estoy diciendo si alguna vez se queda ciega como yo», me dice...

No sabes cuánto he pensado en la pobre tía Clara... A la tía Clara la quiero muchísimo, y pienso que es una persona grande como hay pocas y de una bondad insólita; pero, al tiempo, es tan parcial que creo que no me sería posible vivir con ella, y te aseguro que apenas puedo leer ninguna de sus cartas sin sentirme terriblemente conmovida en lo más hondo de mi ser... Sobre todo es su furiosa parcialidad por los hombres en todas las circunstancias de la vida; la tierra y todo cuanto produce les pertenece a ellos siempre y en todas partes, y si alguna vez cometen un mistake es porque las mujeres les han inducido a ello. Una espera a ver alguna de las maravillosas hazañas con que los hombres justificarán esta actitud, pero a este respecto no se les exige nada. Un sistema así no se tiene en pie hoy en día, de la misma forma que tampoco se tienen en pie el rey absoluto o la infalibilidad del Papa o los privilegios de las clases altas, yo, francamente, no creo que haya otra posibilidad, excepto la igualdad, incluso moral, para hombres y mujeres, dada la forma en que se han ido desarrollando las circunstancias. Y desde luego la insistencia de los hombres en que sus tentaciones son más fuertes —y esto también lo sostiene la tía Clara— no puede hold water[182] ahora, porque las condiciones de vida son las mismas para los hombres que para las mujeres, ¿o es que me van a decir que las mujeres no pueden, en todas y cada una de las ocasiones, asegurar que también ellas tienen grandes tentaciones, por ejemplo, de divertirse, de gastar dinero, etcétera? La tía Clara posiblemente nunca ha tenido ninguna

«tentación» en ningún sentido, y yo pienso de verdad que esa clase de mujeres hacen mucho daño a su sexo al presentar su propio caso como norma general, cosa que los hombres, naturalmente, se apresuran a aceptar. Me imagino que la tía Clara, con dieciséis años y recién casada, estaba en éxtasis ante los muchos talentos del tío Frederik, incluso en su vida cotidiana, por ejemplo, para conseguir entradas de teatro, para organizar un viaje o comprar caballos, entender de cuentas y de política —cosas que, evidentemente, estaban muy por encima de su capacidad—, y sobre esta base ha ido ella edificando todo el edificio de su admiración por la superioridad de los hombres; pero ahora hasta ella misma tendrá que reconocer que se ha quedado sin base, pues ve a sus nietas enfrentarse con todas las dificultades de ese tipo que representa la vida; ¿cómo le va a ser posible exigir, o esperar siquiera, que un edificio así pueda sostenerse en pie?

Cuando me pongo a pensar en la manera en que todo lo que caía dentro del ámbito de los hombres —por ejemplo, las batidas de caza, los puros, el vino— en Näsbyholm se consideraba como un rito, mientras que los sombreros de señora y los grupos de costura eran cosas de risa, todo mi sentido moral protesta a gritos, y me pregunto qué grandeza espiritual y moral, y, en cualquier caso, qué inteligencia puede justificar una situación así por parte de los hombres... Nada de esto me atrevo a explicárselo a la tía Clara, porque inmediatamente lo rechazaría como repelente, ridículo, frívolo deseo femenino de rebelión y dominio... Yo, por mi parte, pienso que todo esto está ya muy lejos de mí; y, desde luego, no deseo otra cosa que someterme a un hombre al que admire, pero te aseguro que no siento ninguna veneración por un par de pantalones puros y simples, y me parece buena cosa que, como el sombrero de Geizler[183], estén bajándolos ahora por la fuerza de su elevada posición. Es posible que haya habido una época en que los pantalones fueran un símbolo santificado, y también es posible que esa época fuera mejor y más feliz, pero ahora ya nadie sabe qué es lo que simbolizaban. La tía Clara tiene todo el derecho del mundo a presentarse como su última y extática sacerdotisa, y como tal podremos honrarla, pero yo, por mi parte, renuncio de todo corazón a la esencia misma de ese viejo culto y a los actos que le acompañan...

A Thomas Dinesen

Ngong, 24 de febrero de 1924

...En general no creo tener yo motivos de queja, pero también pienso que hay algo en mi relación con mis parientes de casa —quizás sea que

todos nosotros, en general, somos muy distintos— que les impide comprender las dificultades que hay en mi vida, o incluso que pueda haber algo verdaderamente difícil para mí, y esto me recuerda con frecuencia las palabras de Ragnhild:

...tengo abundancia de parientes

que ven cómo la angustia hace palidecer mis mejillas,

pero nunca se les ocurre que sufro

si la conmiseración de los muertos no me envía una tumba.[184]

Ahora no se dan cuenta, en absoluto, de que la angustia hace palidecer mis mejillas; pero por lo menos cabría pensar que a ellos, sin necesidad de tener que ponérselo delante de los ojos, se les podría ocurrir que éstos han sido unos años muy difíciles para mí...

Yo, por mi parte, pienso que he hecho un buen trabajo aquí, desde muchos puntos de vista un trabajo único. Estoy completamente convencida de que ninguna otra persona habría podido o querido hacerlo, y con tales dificultades que cualquier otra persona se habría rendido; sí, ciertamente, pienso de verdad que yo, por decirlo así, me he ganado la V. C. con este trabajo tanto como tú en la guerra. Pero éstas son cosas de las que a nadie en casa se le ocurre en absoluto hablar o pensar siquiera. Los datos que me apoyan: que la finca se encuentra en una situación completamente distinta de cuando me hice cargo de ella, que todo está en marcha, que estamos a punto de acabar con nuestro mal nombre y que el futuro tiene ahora perspectivas muy distintas a antes, que hemos reducido más todavía los costos de lo que se creía posible en casa; pero estos datos la gente de casa no los ve; pueden hacer caso omiso de ellos y quedarse tan tranquilos, incluso si les envío las opiniones más autorizadas en su apoyo prefieren considerarlas como dudosas en sumo grado; sí, pienso que incluso lo que yo misma les comento o indico les parece un argumento en contra mía; y si no me ando con cuidado en estas cosas son capaces de lanzar en cualquier momento una lluvia de «riñas» sobre mí.

Las dificultades que hemos tenido aquí también las echan a un lado, y si resultan invencibles es culpa mía, y ellos no pueden hacer absolutamente nada por remediarlas...

Hay otra cuestión, y me gustaría haberte hablado de ella antes, y es la visita a estas tierras de madre. Te diré ante todo que tengo tremendos deseos de ver aquí a madre, pero si voy a tener tantas shauries y si la situación no se vuelve más satisfactoria, casi pienso que no sería buena idea... Vivir de esta manera hace inevitables las rupturas a la larga; no

parece posible que los demás se den cuenta de esto, pero yo sí que me la doy. Además es que no me encuentro bien. Y las alegrías que tengo aquí se ven turbadas constantemente por shauries y por la sensación de completa inseguridad que tengo sobre el futuro; y sin duda todo esto resulta, en cierto modo, tanto más irritante cuanto más feliz y contento se siente uno en el momento. No creo que este año sea el mejor para que madre venga. Si las cosas toman mejor cariz podría quizás venirse aquí conmigo el próximo otoño, porque te diré que el año próximo necesito ir a casa; y esto te lo digo completamente en serio, es que si no yo me muero.

Estoy harta de escribirte siempre con lamentos. Pero por otra parte pienso que si ahora me muriera —porque me parece que en esto soy como Monica: I do not bend, I break[185]— sentirías que no te hubiese puesto en antecedentes con tiempo. No es seguro que me vaya a morir; pero estoy mucho más cerca de ello de lo que creen los de casa.

Muchos miles de saludos de

Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 15 de marzo de 1924

Queridísimo Tommy:

Esta vez tengo muchísimas cosas por las que darte las gracias. Primero, un cheque de cuarenta libras esterlinas que me ha encantado y que me viene pero que muy bien, mejor de lo que te podría decir con palabras; y luego, un pequeño fauno de porcelana de Copenhague que es verdaderamente encantador y que ya he puesto en la repisa de mi chimenea y está siendo admirado por todo el mundo. Y no recuerdo si te he dado ya las gracias por Hassan, con el que disfruté mucho. ¡Un millón de gracias por todo ello!

No te escribo más esta vez; no consigo poner en orden mis ideas. Denys está viviendo aquí estos días y nunca en toda mi vida he sido más feliz, pero ni con mucho, que ahora. Tú, que has sabido lo que significa sentir

verdadero amor por otra persona —y no como me parece a mí que sucede con la mitad de los matrimonios y de las relaciones amorosas que he conocido, basados en circunstancias y en la costumbre, etcétera, sino uno, uno solamente, por haber encontrado en esa persona lo mejor de toda la tierra—, tú sabes muy bien lo que representa ser feliz de este modo, y cómo se apodera de todos los pensamientos, de todo el ser de uno, y sabrás comprender esta carta y perdonarla.

No digas nada a los otros de esto. Y tampoco, si por ejemplo yo me muriese y encontrases una vez en el futuro a Denys, debes darle a entender que te he escrito a ti en estos términos. Tú eres la única persona a quien he hablado de esto, y por otra parte es una verdadera fortuna tener a alguien en quien poder confiarse y que lo comprende. Ya te harás cargo de que toda esta shaurie es para mí una gran angustia; se me ha ido convirtiendo más y más en lo único que tiene algún sentido en mi vida, y ¿cómo terminará? Sí, claro que no es esto en el fondo lo que quiero decir, pero incluso poseer o haber poseído algo que tiene incalculable valor para una, produce un cierto espanto, y todas mis circunstancias son sumamente inseguras.

Pero no vale la pena ponerse a pensar en todo esto en un momento en que sé realmente lo que es vivir y ser feliz, feliz...«La muerte no es nada, el invierno no es nada...»

Muchos miles de saludos, amado Tommy.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 13-4-1924

...Resulta inevitable que muchas veces se tengan opiniones muy distintas sobre una cosa, y pienso con frecuencia que se puede ceder considerando que así se gana más que se pierde, es decir, que más vale ver a la gente de uno trabajando con entusiasmo y tratando de mostrar lo bien que lo están haciendo que empeñarse en que se instale una ventana o se desterrone un campo de un modo o de otro. La gente no puede trabajar a la larga con alegría si no se le da al mismo tiempo una cierta medida de libertad, o bien no pueden poner toda su personalidad en un trabajo si no es con libertad, y yo estoy cada vez más convencida

de que es la personalidad lo que realmente tiene valor, incluso cuando se trata de una misión o de un trabajo concreto... Me parece que la experiencia muestra constantemente que todo depende de la totalidad; sólo los prigs[186] —que para mí son la raza más repulsiva de toda la humanidad— insisten, tanto en el arte como en la política o en cualquier otra forma de vida, en los detalles, y siempre en perjuicio del conjunto, de la totalidad, y cuando se tiene confianza en una persona, en general lo mejor es forzarse uno mismo a schwam über[187] toda una serie de detalles.

En Por amor a la vida, de Jakob Knudsen —que sería lo que se quiera, pero no era ningún prig ni ningún pedante—, hay hacia el final un pasaje sobre esta cuestión que debes releer, si tienes el libro, donde uno de los viejos sacerdotes desaconseja a Viig sus relaciones con Karen. Le dice que si tiene fe en una persona es preciso tener confianza en que todo lo que haga lo hará bien sólo por ser ella quien lo hace, sin preocuparse para nada de si lo efectúa según las ideas de uno. Todo esto no me ha quedado muy claro, pero espero que me entiendas lo que te quiero decir. En cualquier caso yo creo que en toda colaboración hay una cosa que me parece esencial: no quites nunca el entusiasmo a tus subordinados. Es mucho mejor, para ir más deprisa, suprimir una serie de detalles que quizás en sí son deseables y cerrar los ojos a muchos pequeños fallos para conseguir que: «Los que te quedan arden con sólo oír tu nombre...»[188]

Voy a darte un poco más la lata con las shauries del viejo Aarup. Como verás por los recortes de prensa que te incluyo, murió de repente el lunes por la mañana en la shamba...

Como ves por la prensa, fui yo quien le encontró; estaba en el camino de mi casa. Fue una verdadera suerte que ocurriese así, porque solía ir a Nairobi algunas veces y regresar cuando le apetecía, y precisamente había estado pasando diez días en Nairobi y acababa de volver de allí. Si se hubiese quedado muerto en el camino de vuelta —donde solía tomar un short cut[189] por la llanura— podían haber pasado meses sin que ni sus amigos de Nairobi ni yo nos pusiéramos en movimiento para averiguar lo que había sido de él. Yo misma le llevé a su casa; tenía conmigo a Kamante, mi toto «cristiano» —habíamos salido a buscar champignons—, y me dijo que éste era el tercer cadáver que yo y él habíamos tenido que llevar, lo que, por cierto, es verdad; primero, la muchachita kikuyu que fue atropellada por el carro de bueyes, luego el toto que murió de un disparo, y ahora Aarup, y espero que sea el último. Rose Cartwright llegó diez minutos más tarde en su coche y como los boys le dijeron que yo había salido a la shamba, fueron todos en mi busca; me alegré de que no fuera Rose quien le encontrara, porque está esperando un, niño justo en estos días, y esto podría haber sido un choc para ella.

Envié aviso a la policía y ya en plena noche llegaron aquí tres agentes en un coche con una caja para llevarse al viejo Aarup. Querían que saliese a la shamba para mostrarles dónde le había encontrado, y en

cuanto nos pusimos en movimiento en su coche estalló una tormenta como nunca he visto otra igual; tuvimos una pulgada en tres cuartos de hora. Yo estaba con el agua hasta las rodillas en el camino donde había muerto y en el que antes no había ni una gota de agua. Mientras íbamos a su casa y le poníamos en la caja, todos los caminos estaban ya convertidos en verdaderos torrentes, y yo pensé que no les iba a ser posible meter la caja, que, además, cabía muy mal en el coche. Con la habitual desidia y tontería de la policía de Nairobi, habían venido sin cadenas, y el coche se bandeaba de un lado al otro del camino como un barco en mar muy picada; entretanto los rayos caían como locos en torno a nosotros y retumbaban los truenos y la lluvia se precipitaba in sheets[190] y se me pegaba la ropa al cuerpo, de tal modo que me fue realmente difícil quitármela. Era como un capítulo de una novela, y yo no podía menos de pensar lo mucho que Aarup lo habría enjoyed; porque todo lo que se salía de lo corriente tenía una gran atracción para él. Al otro día me enteré de que no llegaron a Nairobi hasta las cuatro de la madrugada.

Al día siguiente fui allí para asistir a su entierro, pero mi coche se estropeó por el camino, de modo que no llegué.

Echo de menos al viejo Aarup, que solía venir a verme y se estaba conmigo charlando y además era el único con quien podía hablar danés; pero para él fue una gran suerte morir. Ya estaba casi ciego por completo, y en general yo diría que tenía muy mala salud; sin duda no había llevado nunca una vida que pudiéramos calificar de muy sensata. Siempre estaba de buen humor, y siempre con grandiosos planes sobre lo mucho que iba a hacer todavía. Su memoria era notable y recordaba cosas de su niñez y de su vida en el campo, en la Jutlandia de entonces, y también se acordaba de todas las viejas canciones de la patria. Pero se había vuelto muy amargado, siempre rumiando viejas ofensas que le habían hecho; sobre todo tenía aquí, en esta tierra, ciertos enemigos, llamados Brink y Andersen, por quienes sentía un odio verdaderamente irreconciliable, aunque en realidad no sé lo que le habían hecho, y estoy segura de que hasta a él se le había olvidado. El otro día volvió de Nairobi enfurecidísimo contra el viejo Nepken[191], que es vecino nuestro aquí, en las Ngong Hills, y del que seguro que has oído hablar a Thomas, ya que pensaba que éste, junto con Brink y Andersen, había pasado ante él sin saludarle. Traté de calmarle, porque la verdad es que Nepken se había portado como un buen amigo; pero él declaró que nunca más volvería a hablarle. «Y si el mismo Jesucristo hubiera pasado junto a mí de esa manera», me dijo, «haría lo mismo.» «Sí, claro, pero es que Jesucristo nunca haría una cosa así», le dije yo. «Ah», dijo él, «si Jesucristo estuviera con Brink y Andersen, nunca se sabe, diablos, lo que habría hecho...»

Si consigues dar con la hija de Aarup y si ella lo desea, haré poner una lápida o una cruz en su tumba de Nairobi con la inscripción que me diga; pero esperaré a hacerlo hasta saber de ella, porque no conozco su nombre entero ni tampoco la fecha de su nacimiento. Aquí resulta muy complicado averiguar lo que hay que hacer en cualesquiera

circunstancias de este tipo; pienso que los ingleses estas cosas las tienen muy mal organizadas, y además aquí no tenemos cónsul; ya he estado en veinte sitios distintos por culpa de este problema...

La cinta de mi máquina de escribir está muy mal, porque la he usado para escribir mi ensayo sobre el matrimonio para Thomas, aunque no acabo de sacarlo adelante, en parte porque no tengo aquí a nadie con quien pueda comentar o juzgar lo que he escrito, de manera que no sé si es lo más superficial del mundo, y en parte también porque no consigo encontrar las citas que me harían falta, pues aquí no tengo libros que consultar. Pero, en términos generales, mi punto de vista es que el matrimonio está terminado, excepto por lo que se refiere al nombre, y, en consecuencia, de lo que se trata es de una de dos, o se reconstruye sobre alguna otra base —y acerca de esto habría que ponerse de acuerdo— o se va acostumbrando la humanidad a practicar el amor libre —al que, por decirlo de alguna forma, se ha lanzado sin ninguna preparación— con más dignidad y belleza. Personalmente lo que yo creo es que esto terminará con una forma nueva de matrimonio basada en la idea de la raza: eugenics, birth-control, etcétera, con un idealismo más estricto que el antiguo, pero que el «amor libre» tendrá derecho a existir y a campar por sus respetos, como la shaurie particular de la humanidad. El matrimonio actual ha perdido, desde luego, toda su reputación; en cualquier caso puedo asegurarte que ésta es la situación entre los ingleses, y lo que pienso es que un matrimonio que no se basa en ninguna idea moral, religiosa o social, y que se puede disolver cuando se quiera, por ejemplo, sobre la base de un solo caso de infidelidad —y que ambos cónyuges contraen a sabiendas de esto— no merece ninguna estima ni es digno de ser conservado.

Ya veo que sigues lamentándote todo el tiempo por causa de las flirtations de Thomas. La verdad es que estoy harta de esto, y que te he predicado todo cuanto sabía sobre este asunto y que ya no se me ocurre nada más que decirte. Permíteme, por tanto, para terminar de una vez, que te diga un par de cosas en serio, pero, por favor, no te me enfades. Pienso que toda vuestra familia carece, en cierta medida, de la capacidad de «divertirse», o, para decirlo de manera simbólica, de gustar el vino de la vida, y que tendéis a ver la felicidad humana en términos de régimen de pan y leche. Pero lo cierto es que la mayor parte de la humanidad lo que desea es exitement, una ligera embriaguez, diversiones, peligro incluso. Yo misma pienso que, si estuviera en mis manos hacer algo por la humanidad, lo que haría sería divertirla. Hay personas maravillosas, pacíficas, encantadoras, como vosotros, pero también las hay de otro tipo, y me permito utilizar palabras del mismo Shakespeare: «¿Piensas acaso que, porque tú eres virtuoso, no habrá ya vino de Canarias?[192] Claro que sí, y hasta jengibre que quema en la garganta...»[193]

Las pequeñas flirtations de Thomas ciertamente que no le queman ya a nadie en la garganta; pero déjale al pobre que beba todo el champán y el asti spumante que pueda, y que lo disfrute, aun cuando a vosotros lo que os apetezca sea una taza de café. Yo creo que lo que habría que

hacer es alegrarse íntimamente porque Thomas, que tan poca aptitud tenía para ello de muchacho, y hasta cuando ya era todo un hombre, se siente ahora con ganas de divertirse, aunque sea con cosas que ni a ti ni a mí nos tientan; además de que, a mi modo de ver, es muy triste para un hombre tener que decir, como J. P. Jacobsen: «...Nunca pude vivir la vida del joven, pasé el tiempo soñándola, ¡ay de mí!, en el reino de las sombras. Nunca he sido joven y ahora ya soy hombre»[194]. Esto es peligroso para ciertas naturalezas, y termino esta carta pidiéndote muy de veras: déjale que se divierta, déjale que se divierta, déjale que se divierta, y no le ensombrezcas en nada sus diversiones...

A Mary Bess Westenholz

Ngong, 19-4-1924

Querida tía Bess:

Muchos miles de gracias por tu divertida carta que me llegó el día de mi cumpleaños, junto con dos cartas de madre y una de Thomas. Tan llena de cosas e interesante era que me temo que esta carta mía no se puede comparar en modo alguno con ella; pero, aunque sólo sea para mostrarte el alto aprecio en que tengo tus cartas, y lo agradecida que te estoy por lo mucho que te molestas escribiéndome espontáneamente tan largo y tan tendido, trataré de contestarte.

No me parece muy animador lanzarse a un debate por carta a tanta distancia, la verdad. Es más o menos como ponerse a jugar al tenis con pelotas tan altas que haya que esperar media hora cada vez a que bajen. Es inevitable que, de esta manera, se pierda algo del estilo y el encanto del juego, aun cuando quizás se revista al mismo tiempo de una cierta dignidad.

Comenzaré tratando de examinar la inagotable cuestión de la confianza que se va perdiendo.

Para empezar te diré que estoy muy de acuerdo contigo en que el conflicto, en su momento, surgió esencialmente de un malentendido, o de una falta de comprensión —y es cierto, por otra parte, que casi todos los conflictos entre gente razonable tienen esa causa—, y en último término en parte también de falta de claridad en la elección de las palabras. No teníamos razón alguna para quejarnos o para echaros en

cara que vuestra confianza en nosotros no era ya la misma de antes, porque ésta es una cosa que puede ocurrir entre las mejores personas; lo que pasó es que teníamos la impresión de que vosotros pensabais que éramos nosotros quienes os habíamos decepcionado o no estado a la altura de vuestra confianza, o incluso que os habíamos engañado, y por eso nos sentimos heridos, y sobre todo inseguros, porque la verdad es que no os habíamos engañado deliberadamente, ni sabíamos, por muchas veces que volviese a pasar, que vosotros entendíais lo que pensábamos, decíamos, hacíamos, equivocadamente y con el mismo lamentable resultado.

Si, por ejemplo, Farah, a quien yo misma he enseñado a conducir mi automóvil, y de quien espero que sea un chófer como Dios manda, resulta un día que no sabe manejar los frenos y tira al río con coche y todo, puedo decir con toda la razón que mi confianza en él (como chófer) ha disminuido, pero no, por el contrario, que haya traicionado mi confianza o me haya estafado. En las expresiones mismas o en la elección de las palabras que yo, después del accidente, le diría, sería posible dirigirle un reproche o censura razonable, pero también lanzar contra él una acusación injusta.

Sería, sin duda, por ejemplo, muy razonable que tú, después de haber visto los cuadros míos que mandé a casa desde aquí, me dijeras que tu confianza en mí como artista ha quedado reducida. Esto, naturalmente, a mí no me gustaría, pero sería tanto un error por tu parte como un fallo por la mía. Y si tú, de la misma manera, vas llegando gradualmente a la convicción de que la joven generación, en lo que se refiere a la virtud, al espíritu de sacrificio, a la capacidad de acción, de movimiento, es inferior a lo que habías esperado y creído de ella, podrías decir perfectamente que tu confianza en la juventud danesa ha quedado reducida; pero esto, razonablemente, es algo que ellos, con la mejor voluntad, son incapaces de remediar y, en cualquier caso, no iban a corregirse en atención a ti. El problema está entonces solamente en la medida en que se podría decir que se han aprovechado de tu confianza, o incluso abusado de ella, y en tal caso lo que nos planteamos es una cuestión de integridad.

A mi modo de ver se puede distinguir entre franqueza o sinceridad y confianza. Cabe exigir una cierta sinceridad a cualquiera, pero la confianza, me parece a mí, no es cosa que cualquier persona pueda tener derecho a exigírsela a otra.

La gente honrada nunca navega bajo pabellón falso, pero lo que sí puede hacer es exigir a los suyos que conozcan las banderas. Una de rayas azules, rojas y blancas no les dice nada a los no iniciados. Para un marino suele indicar, en cambio, que el barco con el que ha tropezado es francés y, lógicamente, lo asocia con ciertos conceptos primitivos; en tiempo de guerra lo que indica es que se trata de un barco amigo o enemigo. A cierta gente que ha estudiado y viajado esa bandera les ofrece en un instante y en resumen todo lo que ese país representa geográfica, constitucional y culturalmente.

Me parece que es en una de las historias de Jakob Knudsen donde un joven campesino que llega a Copenhague se siente rodeado de gente poco de fiar, embusteros incluso, entre otras razones porque dicen a la doncella que diga a posibles visitantes que «no están en casa», cuando la verdad es que están la mar de bien detrás de sus puertas cerradas. O sea que mienten, en cierto modo, por escrito, al colgar una tarjeta donde pone «No estoy en casa» al pie de la escalera, impidiendo así a los visitantes subir y ponerse a llamar al timbre o a la puerta. Bueno, pues si el muchacho ése cogiese la tarjeta en cuestión y se la llevase consigo a su casa y la colgase en la parte exterior de la puerta de su padre, donde hasta entonces nunca se había visto una cosa así, su mensaje se entendería sin duda de forma completamente literal, y la gente entonces podría quejarse de que se les ha tomado el pelo si después resulta que la familia estaba tranquilamente en casa; pero si él, basándose en esto, acusase a la señora de Copenhague de embustera, ¿no podría ésta llevarle a los tribunales para exigirle una retractación y obligarle encima a excusarse, por mucho que él mostrase al juez la tarjeta junto con pruebas incontrovertibles de que la familia entera se había pasado el día entero en su casa?

Y si ahora, de la misma manera, ese mismo joven, o su hermana, se lanzan sin preparación alguna a alternar con ciertos círculos en Londres, París o Copenhague incluso, donde, por así decirlo, todas las señoras se mejoran de aspecto con cremas, polvos y rouge, con cabello artificial o teñido, con pestañas artificiales, etcétera, podría ocurrir también que, después de sufrir una terrible desilusión, califiquen a todas las mujeres de esta sociedad de personas profundamente falsas. Pero la cuestión es: ¿tendría razón? Pues yo pienso que hay muchas señoras viejas que a ojos de estos jóvenes podrían parecer verdaderas Jezabeles, con la cabeza llena de rizos prestados, cubiertas de polvos y pintadas, incluso, quién sabe, quitándose años con desvergonzada mendacidad, pero que, en realidad, en todas sus relaciones con Dios y los hombres son tan veraces como el más claro día, y ¿no crees que sería en interés de los jóvenes daneses reconocer y comprender esto? En el libro de Samuel Butler *The Fair Heaven* se describe el caso de un niño amante de la verdad cuya fe en los hombres sufre una seria sacudida por primera vez cuando se da cuenta de que todo el imponente volumen de miriñaques y faldas de su madre no es su verdadera parte inferior, sino algo que se puede quitar y poner. ¿No debería este niño, cuando crezca algo más y adquiera cierta experiencia, cambiar de nuevo la idea, con toda justicia, sobre la integridad y la veracidad de su madre?

O digamos, por ejemplo, que el rey danés, según la constitución, está vinculado a la fe luterana. ¿No podría un particular que se ha enterado de que el rey no creía realmente en la Trinidad, tener derecho a llamar al rey mentiroso y farsante?

A mi modo de ver sería un malentendido, o cortedad de vista, o pedantería, hablar de engaño en estos casos. Toda esta gente, si se piensa de manera muy literal y muy fáctica, está mintiendo; pero no navegan bajo bandera falsa, no se comportan deshonestamente. Y esto

no sólo se debe a que todos los seres humanos, en relación con los cuales podríamos estar hablando aquí de engaño, se dan cuenta perfectamente de la verdadera disposición de las cosas, y practican el mismo sistema para «recibir», se tiñen o se hacen la permanente, o, en fin, pasan a diario delante de cientos de escaparates donde se exponen rizos postizos y se leen anuncios de rouge, belladona, etcétera; y se casan y se bautizan y se entierran según ritos de los que apenas saben una palabra, con lo que queda perfectamente claro que todas estas mentiras y engaños que se practican no son, a fin de cuentas, otra cosa que una deferencia que la gente que se ve obligada a coexistir en una sociedad ejerce recíprocamente. Así se aseguran entre sí contra la posibilidad de una visita inoportuna; se reúnen, en sus comidas y banquetes, más o menos con el aspecto físico, el atuendo, etcétera, que se espera de ellos, y el rey escucha los sermones, participa en consagraciones eclesiásticas, comulga, etcétera, para evitar los conflictos a que conducirían los cambios de fe y de arraigadas opiniones religiosas en el más alto representante de la nación. Dicho de otra forma: en general nadie siente deseos de ir al fondo de esas mentiras y engaños, ni tampoco de sustituirlos por la verdad plena y entera.

Por consiguiente, a mi modo de ver, puedes decir de tus conocidos que «están falsificados y made up from top[195] hasta los dedos del pie», y lo mismo, más o menos, en las otras circunstancias que aquí se mencionan; pero si lo que dices de ellos es que navegan bajo bandera falsa en todos los actos de su vida, entonces eres injusta con ellos.

Así es como son las cosas, estoy convencida de ello, por lo que se refiere a las novias de que hablas en tu carta. Sus conocidos y sus iguales esperan que no se les ponga en una situación embarazosa con la llegada inesperada de hijos ilegítimos, o con la conducta antirreglamentaria de una joven pareja que va a su casa de visita, y en la boda misma lo que esperan es ver a la novia con velo y corona —por más que piense yo que son poquísimos los que dan verdadera importancia a estas cosas—, de la misma forma que, cuando van a un entierro, esperan ver a la viuda «desconsolada» y envuelta en un velo negro, e igual que esperan ver a la pareja casadera de rodillas prometiéndose vivir juntos hasta que la muerte les separe, incluso si tienen las dudas más fundadas sobre sus convicciones religiosas, y por muy alto que sea el porcentaje de matrimonios que terminan en divorcio, la gente, así y todo, espera oírles cantar que su casa se edificará «sobre la roca de la palabra divina»[196], por más que sepan perfectamente que esa «palabra» ha tenido muy poco que ver, y cada vez menos, con los cimientos de esa casa; pero lo que sucede es que no sienten el menor deseo de enterarse de sus más íntimas circunstancias, tanto físicas como espirituales, y se sentirían sumamente incómodos si tuviesen que escuchar una exposición detallada de ellas. No exigen ser informados sobre si la boda a que asisten va o no acompañada de verdadero amor, o si se celebra por simple deferencia a la familia y a su posición o porque ninguno de los dos contrayentes pudo encontrar otro cónyuge; y sin el menor género de dudas piensan en términos generales que no tienen más derecho a saber si una joven pareja no casada «viven juntos» que a saber si una joven pareja casada viven separados, incluso si en ambos casos pudieran

enterarse de sabrosos y picantes temas de gossip[197]. Podría incluso decir que me parece tosco y simple el que los que son ajenos a la cuestión se pongan a hacer elucubraciones sobre la «pureza» física de la novia, y creo, en cualquier caso, que toda la parte masculina de la fiesta de bodas de que hablo piensa como yo. Por supuesto que puede haber casos individuales de personas que están interesadas, que se han ocupado de ello, y que han dado por supuesto esto o aquello o lo de más allá y que, en consecuencia, se han sentido «defraudadas», por así decirlo; así y todo yo aseguraría que los contrayentes están dispuestos a sostener que éstos son asuntos personales suyos, por lo que no deben explicación alguna a los que no participan en ellos. Imaginémos, de la misma manera, una joven pareja casada que, por la razón que sea, aplaza su vida conyugal por uno o dos años. Es de suponer que sus conocidos, si se enteraran más tarde de esto, recordarían ciertas circunstancias, pequeñas observaciones en broma, quejas a la joven esposa porque seguía sin esperar la cigüeña, etcétera, y en cierto modo podría decirse que la joven pareja ha estado tomándoles el pelo, ¡pero no podrían sostener seriamente que se les haya engañado o tomado el pelo de verdad! Hay muchas situaciones en la vida que son tan íntimas que no se le puede pedir a nadie que dé explicaciones sobre ellas —y de las que nadie desea ser informado.

Por consiguiente pienso que se pueden tener todos los derechos del mundo a decir, por ejemplo, que una viuda, a pesar de su profundo «dolor» y a pesar de sus velos y sus crespones, puede estar eternamente contenta de haberse quitado de encima a su marido, o que la novia de las tres últimas bodas a que has asistido no era «virgen» —si éstas son el tipo de observaciones que se pueden hacer con un mínimo de tacto es otro asunto—, pero si a alguien se le ocurriera mostrar prueba documental de que navegan bajo bandera falsa y tratan de engañar a toda la parroquia, estaría cometiendo una injusticia con ello.

Es contra este estado de cosas contra lo que nosotros, los jóvenes de entonces, protestábamos. No teníamos nada que oponer al hecho, naturalmente lamentable en sí, de que viéseis en nosotros una moral más laxa, menos amante de la patria, menos formada, menos considerada, etcétera, que en el caso de vuestra generación; y nosotros reconocíamos parte de esto, si recuerdo bien, sin necesidad de que se nos exigiera. Pero pensábamos que se nos hacía una injusticia cuando vosotros asegurabais que habíamos traicionado vuestra confianza, que no éramos honestos.

Por lo que se refiere a los ejemplos que mencionas, te diré que pienso que tienes todo el derecho del mundo, en esos casos concretos, a sentirte irritada. Si das dinero a un joven con instrucciones claras de que lo tiene que gastar en irse de viaje y si das permiso a tu muchacha de que vea a su novio hasta las nueve de la noche, a su tía los miércoles y a su abuela en las horas de iglesia los domingos, una de dos: o los interesados obedecen tus órdenes o tratan de hacer que las cambies o confiesen luego que te han tomado el pelo. Y que en esto hayan hecho bien o actuado con buen sentido depende, en cada caso individual, de

vuestras relaciones y también de la manera en que tú les diste esas instrucciones.

Pero no pienso que estos ejemplos se parezcan nada a las circunstancias de que se trataba cuando se habló de si nosotros habíamos decepcionado tu confianza o la vuestra; en cualquier caso recuerdo algo sobre ello. Si no me engaña la memoria, el problema surgió en un principio a propósito de las costumbres ligeras de algunas de mis amigas. Y es aquí donde yo, que nunca he fingido respeto alguno por el sexto mandamiento, pienso que las acusaciones de haberos tomado el pelo o de haber traicionado vuestra confianza eran injustas.

Y pienso también que es una cosa completamente distinta cuando de lo que se trata es de confianza. Aquí sí que se puede uno sentir decepcionado y herido mucho más profundamente que cuando de lo que se trata es del círculo de amistades de uno o de si mi mejor amiga me cuenta que durante varios años ha mantenido una relación amorosa, o de si mi hermana, en su día de bodas de plata, me cuenta en confidencia que nunca ha vivido conyugalmente con su marido; claro que puedo sentirme irritada al darme cuenta de que he estado tan ajena a su vida, pero en ningún momento se puede alegar que tenga yo derecho a exigir estas confidencias, de la misma manera que tampoco se puede exigir amor. Ni siquiera se puede plantear derecho a reciprocidad; más bien, como dice melancólicamente Heine: «Ella era digna de amor y él la amaba, pero él no era digno de amor y ella no le amaba»[198]. Sería mejor decir: él inspiraba confianza, y yo le di la mía, pero yo no inspiraba confianza alguna, y él no me dio la suya, sobre todo porque yo, en el fondo, lo que pienso es que tenemos tanto derecho a exigir que otra persona reciba nuestras confidencias como a que ella nos confíe las suyas.

Pienso que la mayor parte de la gente siente fuertes deseos de expresarse con completa claridad entre sí y que los que saben ganarse la confianza ajena y conservarla realizan una acción grande y buena. Pero éste es un don muy particular, y sólo se da en ciertas circunstancias, y nos llevaría mucho tiempo examinarlo aquí con detalle, pero, a pesar de todo, querría decirte un par de cosas. Primero, que todo esto, a fin de cuentas, se resume en si el que habla en confianza puede estar seguro de la discreción del otro. Y éste es un punto sobre el que me permito decir que, a mi modo de ver, nuestra generación tiene una moral más alta que la vuestra: nosotros éramos más discretos. Recuerdo una ocasión en que las circunstancias y, por así decirlo, una crisis en mi vida, me habían desequilibrado y hablé con la tía Lidda de cosas íntimas mías; luego me enteré de que lo había contado todo, lo que se dice todo, a todo el mundo. No la juzgaré en este caso como habríamos juzgado a uno de nuestra edad, porque sé que eso sería injusto; pero ella, en cualquier caso, tuvo que comprender que ya no podía esperar de mí ninguna confidencia más. Y la verdad es que lo que se dice seguros de vosotros nunca nos sentimos. Pienso que en la Iglesia católica, que, en este aspecto, ha llegado a lo más alto, es un pecado completamente imperdonable revelar los secretos de

confesionario, y que el cura tiene que presenciar la ejecución de un inocente con la confesión entera del verdadero culpable en su cabeza sin poder decir una sola palabra de ella. Si esto es en sí justo o injusto es cosa que no sé, pero estoy completamente segura de que ese absoluto silencio es una necesidad para la confidencia si no se quiere que se convierta en una simple farsa. En toda mi vida he conocido a tres personas en quienes pude en todo momento tener la más absoluta confianza a este respecto: Ellen Wanscher, Thomas y Farah, y puedo decir también que en nuestra vida en común nunca he tenido ningún secreto para con ninguno de ellos.

Otra circunstancia es necesaria para la completa confianza, y en esto tomo también a la Iglesia católica como ejemplo: la relación personal no debe ser demasiado honda. Y así vemos que para hacer confidencias hay quien escoge a un amigo a cuya casa no va —ni el amigo tampoco a la suya—, o bien una vieja tía o niñera que están encerradas en alguna institución lejana o benéfica, o un médico que no forma parte de su vida diaria. No resulta siempre agradable tener que convivir con una persona que conoce todos los pensamientos y circunstancias de uno. Pero hay también una cuestión práctica: a la gente le gusta hablar sin exponerse a interferencias en sus planes. En cualquier caso, sin renuncia, nadie puede exigir o esperar confianza, y pienso que es esto lo que con tanta frecuencia obstaculiza la confianza entre los jóvenes y los mayores.

Los mayores piensan, naturalmente, primero, que ellos saben más de las circunstancias de la vida, y, segundo, que la responsabilidad de los males y los bienes de los jóvenes recae en último término sobre ellos, y los jóvenes, en general, encuentran dificultad en expresar bien sus pensamientos y su vida espiritual y sienten una cierta repugnancia natural cuando se trata de responder de sus ideas, explicarlas y defenderlas.

Puedo darte un ejemplo de mi propia primera juventud, una vez en que se me acusó de falta de sinceridad, y mucho me pesa que no tuve entonces energía para actuar más por mí misma. Fue que yo, siendo todavía una niña, envié en cierta ocasión unas flores a Georg Brandes, que estaba enfermo en el hospital municipal. Sin ninguna duda lo hice llevada de mi entusiasmo más íntimo por lo que entonces era para mí la primera manifestación del espíritu y del genio; llevaba largo tiempo sumida en los libros de Brandes y puedo asegurar que fue él quien me inició en la literatura. Mi primer entusiasmo personal por los libros —por Shakespeare, Shelley, Heine— lo tuve gracias a él. Desde un punto de vista puramente objetivo, Brandes era uno de los grandes espíritus de mi país, y además un hombre viejo que se encontraba enfermo. La conciencia no me reprochó en absoluto esta acción mía, pero sabía muy bien que a vosotros no os iba a gustar. Por otra parte, no fue más que una de esas pasiones, uno de esos actos románticos que las niñas no suelen contar a sus familias. No recuerdo cómo llegó a saberse la cosa, pero lo que sí recuerdo es lo muchísimo que me chocó que toda la familia, entre otros la tía Thora, que estaba de visita aquel día, se

enzarzaran en una indignada discusión sobre el tema, y el cariz tan desagradable que acabó tomando todo el asunto.

Entonces de lo que se me acusó fue de haber tomado una decisión así a vuestras espaldas, pero ¿de qué otro modo iba a poder hacer cosa semejante? Y cuando os enterásteis me impedisteis seguir; no pude volver a escribir a Brandes ni saber nada de él o verle, a pesar de lo muchísimo que lo deseaba. Sin embargo, gracias a mi habilidad, me las arreglé por lo menos para escribirle una sola vez y «ofrecerle mi homenaje», y durante mucho tiempo recordé esto con alegría. No tuve ni la fuerza ni la capacidad de volver a intentar nada parecido con mayor ímpetu, y de poco me habría servido, aunque mi admiración por Brandes siguió siendo la misma de siempre.

A mí esto me causó una gran pena, y ahora considero que tuvo que parecerme una gran desgracia. Mi amor juvenil de entonces por el «espíritu», del que me sentía starved[199] en mi vida diaria, había tenido por lo menos una oportunidad; fue la única vez en que vi abierta una posibilidad de ponerme en contacto personal con uno de los grandes espíritus de Dinamarca, y ahora pienso que Brandes pudo haber hecho una gran escritora o artista de mí, como hizo con tantos otros —porque no me puedes negar que no hay en Dinamarca un solo artista o escritor en estos últimos cincuenta años que no haya llegado a serlo, en mayor o menor medida, a través de él—, y mi juventud pudo haber quedado marcada por el trabajo del espíritu y por el entusiasmo por el arte y el «genio». Si me hubiera dado cuenta entonces de cuánto estaba realmente en juego, y aun cuando no hubiese tenido la fuerza de persistir hasta el final oficialmente, sin duda habría sabido engañaros, y la verdad es que siento no haberlo hecho. Los primeros cristianos —desde luego sans comparaison— no celebraban sus ritos religiosos en las catacumbas sólo por miedo a las bestias salvajes del circo, etcétera, sino, sobre todo, porque temían que se les impidiese y frenase en su adoración a Dios, que, para ellos, era la principal necesidad, y ¿quién osaría acusarles de hacer trampa?

Bueno, pienso que ya basta por hoy. Terminaremos con estas consideraciones sobre la honorabilidad, la franqueza, la confianza. Pensé continuar con un «ensayo» sobre otro tema igualmente imperecedero: el amor, sobre el que también tú escribes; pero me imagino que a estas alturas ya estarás cansada de muerte de mis observaciones, y lo mejor va a ser dejar una dosis para la próxima vez. Además es que estoy escribiendo una serie de observaciones sobre ese tema para Thomas, y mis ingeniosidades no toleran repetición. Bueno, pues quería darte las gracias por la paciencia con que me has escuchado hasta ahora, si es que me has escuchado. Te darás cuenta, es de suponer, de que estoy sin práctica en esta especie de debates, pues aquí no los hay, y resulta difícil y complicado, sobre todo cuando necesitas desarrollarlos por escrito.

Muchos miles de saludos para ti y para todo Folehave. De lo que pasa aquí te enteras sin duda por madre; lo único que espero es que te des

cuenta bien clara de que yo rompo los diez mandamientos y me sienta de maravilla.

Esta noche soñé que asistía con todos al entierro de la vieja Sanne, y que tú me decías que te gustaría tener la esperanza de que yo seguiría el ejemplo de ella. Es extraño que una sueña tales cosas; hace treinta años, ni más ni menos, que no pensaba en Sanne.

Bueno, una vez más, muchos, muchos saludos, querida tía B.

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 27-4-1924

Mi querido y viejo Tommy:

Mil gracias por una carta que me llegó el día de mi cumpleaños; fue encantador saber de ti, y espero que sigas pasándolo bien en Oxford y que hayas trabado conocimiento con gente interesante y que te diviertas a modo. ¿Has ido a ver a Wells? Mi opinión es que debieras hacerlo sin el menor género de dudas; pienso que con frecuencia la gente vacila en este tipo de cosas porque les parece que los grandes hombres reciben demasiados de estos homenajes; pero, por un lado, no estoy segura de que sea siempre así, y además resulta evidente que tienen que saber distinguir entre las personas. La única vez que me lancé a una aventura de éstas, y fue con Georg Brandes, tenía yo un interés verdaderamente patético y pudo haber dado un gran contenido a mi existencia si no me hubiese comportado como una estúpida. Aparte de que tu V.C. debiera, en casos como éste, conferirte una situación privilegiada. ¿Leíste *The Dream*, de Wells, en el *Nash's Magazine*? A mí me interesó muchísimo y estoy completamente de acuerdo con todo su concepto vital de nuestro tiempo. Con frecuencia he pensado lo que solías decir tú: que la gente puede muy bien llegar a ser más lista, más bella, etcétera, pero no más feliz. En esto me parece que te equivocas; en cierto modo yo diría que la gran idea de nuestro tiempo es «la educación para la felicidad» —como dice también Wells: *the art of being human*[200]— y que esta idea podría muy bien ser la campanada que anuncie el comienzo de una «edad de

oro». El camino que conduce a ella no ha estado libre del todo hasta ahora; antes hubo que quitar de enmedio muchas cosas de nuestra antigua visión del mundo, y la primera de todas, a mi modo de ver, la religión. Igualmente, en cierta medida, tuvimos que liberarnos de las fuerzas de la naturaleza, o dominarlas, antes de poder avanzar algo por ese camino. Si *The Dream* se publica como libro, ¿me harías el favor de enviármelo? Pero esto no podrá ser, sin duda, hasta que termine de serializarlo Nash's.

Me inquieta pensar que a veces te abrumo con mis preocupaciones; pero es que en ocasiones se me vuelven verdaderamente muy grandes y tienes que acordarte de que tú eres la única persona en el mundo entero a quien puedo escribir con el corazón en la mano y en quien me puedo volcar por completo. A madre tengo que escribirle siempre cheerfult[201], y aquí no tengo absolutamente a nadie que esté dispuesto a escuchar ninguna de mis shauries o siquiera que esté al corriente de ellas. Yo diría que en las cartas de madre se nota que ahora está más influida por el resto de la familia, o quizás sea solamente que está envejeciendo y se sume más y más en sus propias tristezas; pero ya no tiene esa antigua «movilidad de alma»[202] con la que solía apartar de sí la tristeza incluso en momentos difíciles. Por ejemplo, ahora las divergencias entre nosotros y ella le llegan tan dentro que resulta un verdadero crimen mencionárselas.

A mí me parece que este tipo de amor familiar o de cohesión o unidad en una familia, como es el caso de la nuestra, tiene también sus maldiciones; madre, por ejemplo, pone sus relaciones con nosotros sin duda alguna en primer lugar, y a continuación sus relaciones con sus hermanos, etcétera, y todo esto constituye el contenido total de su vida, y yo, por ejemplo, sé contentarla perfectamente en esto, pero no hacerlo de una manera completamente sincera, y esto me duele, porque en estas relaciones ella pone todo su corazón y toda su alma. No sé si me entiendes lo que quiero decir. Pienso, por ejemplo, que madre nunca se dará cuenta de que puede haber circunstancias en nuestra vida que, para nosotros, tienen más importancia que nuestra relación con ella o que nuestras relaciones mutuas entre hermanos. No puede entender, por ejemplo, que la tragedia en que derivó mi matrimonio haya sido para mí una tristeza más grande que la muerte de Ea; yo diría que madre ya no piensa nunca en Bror o en todo este asunto ni se le ocurre siquiera que a mí misma me preocupe, pero, en cambio, sí que le inquieta, de vez en cuando, la idea de que estoy sobreponiéndome a la muerte de Ea con una facilidad que a ella no le cabe en la cabeza. Lo cierto es que Ea, por muy hondamente que yo la quisiera, no formaba parte de mi realidad, de la realidad, de un modo tan íntimo como Bror en los años en que estuvimos de verdad casados, felices e iniciando una vida completamente nueva.

Si madre llegase a saber que yo estaba enamorada de otra persona, que, para mí, significaba más que ninguna otra cosa en el mundo, pienso que no lo comprendería en absoluto, más aún, que le haría mucho mal. Con respecto a Elle yo diría que esto es lo que siente, y que,

en cierto modo, es para ella una decepción constante e inconsciente, o una especie de inconsciente rencor; o quizás, más bien sea que aunque las circunstancias de Elle, ciertamente, la satisfacen en todos los sentidos, no se encuentra del todo contenta en sus relaciones con Elle y busca por eso una especie de compensación en sus otros hijos. Pienso que madre nunca se dio cuenta, por ejemplo, del papel que tenía Viggo en la vida de Ea... O, puesto del revés, que madre, de alguna manera, no es capaz siquiera de juzgar el verdadero papel que, por ejemplo, pueda tener Anders en mi vida o yo en la de Anders. Por mucho que nos queramos y por muy contentos que nos sintamos cuando estamos juntos, la verdad es que con el tiempo se han ido evidenciando grandes diferencias entre nosotros, tanto en edad como en muchas otras cosas, para que podamos seguir sintiéndonos tan próximos —Dios sólo sabe si Anders piensa en mi tres veces al año—, pero a mí no me parece que a madre se le ocurran estas cosas; para ella probablemente Anders sigue estando en primerísima fila entre los hombres a quienes quiero y que significan algo en mi vida.

Madre y yo hemos tenido una larga correspondencia sobre tus flirtations —no sé si te has enterado— y yo acabo de escribirle precisamente una carta llena de exhortaciones, en parte porque siempre está lamentándose por esta shaurie, y en parte también porque no hace más que hablar de lo que le asusta la idea de que te vayas a casar con una muchacha de servicio que «no sea digna de nosotros». Dejando a un lado el hecho de que esta frase es de una terrible arrogancia, hay que tener en cuenta que puede ser buena cosa el que ella, ante todo, piense en tu mujer en relación consigo misma, con Rungsted, con Folehave, con Mitten y conmigo. Si este punto de vista acabase teniendo vigencia podría llegar a ser un terrible obstáculo para tu matrimonio de manera evidente, y también para tu felicidad conyugal —en el caso de que te cases—, y a mi modo de ver, la verdad, el hecho es que si nosotros fuésemos como madre, Mamá y la tía Bess pensaban que éramos —o sea, tan unidos a la familia como ellas mismas—, seríamos completamente unfit[203] para casarnos con cualquier persona que sea... No sabes lo que me gustaría que madre pudiese encontrar alguna otra cosa, por lo menos para distraerse, en lugar de estar siempre pendiente de sus hijos y de sus nietos, por ejemplo la música, la beneficencia, un poco de vida social, etcétera, de la misma manera que la señora Wanscher, por ejemplo, se ocupa de teatro y de literatura, y llena así su vida, pero de sobra sé que eso es pedir la luna.

Por tanto también yo estoy algo preocupada por la idea de la visita de madre a estas tierras... Precisamente porque llevo tantísimo tiempo fuera de casa que madre no ha podido desilusionarse, y porque a mí, en mis cartas, me ha sido muy fácil escribirle lo que ella quería oír, y tener todo lo demás bien lejos de sus oídos. Pienso que madre está completamente convencida de que ella y yo, en cierto modo, lo somos todo la una para la otra, o por lo menos que ella lo es todo para mí, y no creo que se dé cuenta de esto o que pueda sentirse decepcionada conscientemente a este respecto, pero me parece que si llegara a decepcionarse, por poco que fuera, supondría para ella una pena, un dolor indescriptible; más aún, que sentiría algo así como si se le cerrara

el último refugio de su gran amor. Madre me escribe, por ejemplo, que será «como estar en el cielo poder pasar de nuevo las Navidades juntas», y no puedes hacerte idea de lo inquieta que estoy ante la posibilidad de no quedar a la altura de las circunstancias. Se me ocurre que si estuvieras también tú aquí, con nosotras, la cosa podría ir fácilmente mucho mejor...

Y ahora, volviendo a mis propias shauries, hay aquí algo que me gustaría que me echases una mano, a saber, referente a Bror. He recibido dos cartas, la primera es de Roy Whittet, que estuvo de safari con Bror, y la otra es del propio Bror, y por ella me entero de que está muy enfermo en Arua, en Uganda. No tengo la menor duda de la índole de su dolencia, y él mismo se da cuenta perfectamente de que se trata de su antigua enfermedad; me escribe que primero tuvo una especie de llaga en todo el cuerpo, y luego una inflamación en las articulaciones, y que está hinchado y completamente rígido, además de tener siempre fiebre alta y cierta parálisis. Whittet me escribe, sin que Bror tenga idea de ello, y me pide que prepare a la tía Clara; pienso que lo que quiere decir es que hay muy poca esperanza. Dadas las circunstancias he escrito a Bror diciéndole que, si está en condiciones de ser transportado, venga aquí. No tiene nada de dinero; se fue a ese safari con la esperanza de cazar elefantes, pero no hubo nada que hacer. No puedo, la verdad, dejarle que siga allí, enfermo, y que muera como un perro, y le he prometido, una vez por todas, no escribir sobre esto a su familia.

Todavía no sé si podrá venir, después de todo, pero si puede, yo te pediría que hablastes de ello al tío Aage. Y si decide despedirme por esta causa, bueno, pues que me despida. No creo que esto pueda tener ninguna influencia en nuestro divorcio, que a estas alturas está prácticamente terminado; y los abogados deben también darse cuenta de que las circunstancias en Europa y aquí son distintas; aquí apenas hay hospitales, y ni un solo sanatorio o pabellón de reposo, balnearios, etcétera. No sé de ningún otro sitio donde Bror podría refugiarse; a la gente, además, le pondría nerviosa, desde luego, por ejemplo a los Lindström o a los Bursell, que tienen hijos. Lo único que quiero es tenerle aquí mientras se encuentre muy enfermo, pero no supondrá lo que se dice ninguna influencia en la marcha de la finca. A mí la verdad es que no me hace ninguna, pero que ninguna gracia poner al tío Aage al corriente de todas mis shauries, pero si es necesario, y esto eres tú quien lo tiene que decidir, se lo puedes contar todo con la mayor franqueza; por supuesto que necesitas advertirle que no hable de esto con nadie. Hasta que te vuelva yo a escribir no debes hacer nada; a lo mejor Bror se siente demasiado mal para realizar el viaje.

...Por lo que se refiere a la finca he estado muy preocupada porque las lluvias se interrumpieron el 5 de abril y luego hemos tenido tres semanas más bien frías, exactamente igual que después de las lluvias en tiempo normal. Todo el mundo vaticinaba una estación de lluvias fallida, y la cosa tomaba mal cariz. Anteayer, sin embargo, comenzó de nuevo, y

ahora sigue lloviendo. Está empezando a florecer, y si hace buen tiempo será un año estupendo.

Pienso constantemente en la posibilidad de comprar la finca, lo que, a mi modo de ver, sería la mejor solución. He pensado ofrecer una cierta suma, y prometer que si algún día vendo la finca entera compartiré el beneficio que obtenga con la vieja compañía. Mervyn Ridley, que va a Dinamarca, tratará de explicar esto en nombre mío. Ya puedes imaginarte que pienso que para mí sería un buen negocio...

Denys ha vuelto a Inglaterra; estaba aquí conmigo cuando recibió carta de su padre y su hermano[204] diciéndole que su madre estaba muy enferma, de modo que salió para allá con sólo un día de aviso. Tengo la esperanza de volverle a ver vivo, pero la verdad es que no sé cuándo regresará. Ya puedes comprender lo mucho que le echo de menos, tanto como el saber que ni siquiera está en esta tierra y puedo tropezar con él en cualquier momento. Si le ves haz el favor de no decirle que cruzaste el estanque en coche, porque también él lo hizo y estaba orgulloso de ello, y ya comprenderás que no quiero privarle de su juguete. He recibido carta suya, pero desde entonces no he vuelto a saber nada, ni tampoco lo espero, porque me parece que se le da mal eso de escribir.

He mandado mis cuadros a casa para que veáis qué os parecen, y también he mandado unos poemas —bajo el nombre de Osceola— al Tilskueren; no sé si los aceptarán, de modo que mejor es que no digas nada a nadie. Son: Claro de luna, Viento favorable, Dos canciones de Fortunio, La madrugada y Reserva masai. Tengo un par de narraciones cortas y he pensado mandarlas, si es que publican cuentos. ¿Me creerás si te digo que no he recibido tu artículo sobre la caza del león en Gads Magasin?[205] Es verdaderamente the limit.

Tengo una proposición que hacerte, pero haz el favor de no dudar en decir que no. Tengo que volver, estoy enferma y necesito tratamiento; pero no quiero ir a Dinamarca, sobre todo allí no, tal como están las cosas. Al contrario, a donde querría ir es a París, donde Rasch podría recomendarme a un buen médico, y donde, al mismo tiempo, podría asistir a una escuela de pintura. He pensado que esto podría ser para la próxima primavera. Llevo ya mucho tiempo resistiendo; he estado muy mal, pero ahora me siento mejor y me imagino que no hay demasiada prisa. ¿Me harías el favor, si no descabala tus planes, de estar allí conmigo? No es que sea yo particular por lo que a París se refiere; podría ser, por ejemplo, Múnich; lo único importante es que se trate de un buen sitio donde estudiar arte, y sobre todo que no sea Londres; llevo ya tantísimo tiempo entre ingleses que ahora lo que me hace falta es someterme a otra influencia; pero, por ejemplo, Florencia o Roma vendrían muy bien.

Pienso que tú y yo, que hemos ido aflojando poco a poco nuestros vínculos con nuestra tierra y nuestra familia, podríamos pasarlo bien algún tiempo juntos. Se me ha ocurrido que podrías venir aquí con madre, por ejemplo en octubre, y os iríais el 1 de enero o algo antes,

quedándoos, por tanto, en el este, cosa de tres meses —¿o te gustaría quedarte más tiempo?—, y luego podríamos reunirnos los dos dondequiera que fuese a mediados de abril y estar juntos tres meses; a mí me gustaría pasar algo más de tiempo en Europa, a ser posible seis meses, y hacer algún viajecito por ahí luego. Te agradezco mucho, y de verdad, tu oferta de financial assistance. Había algo que quería preguntarte, si podría ir contigo a China, pero eso no va a ser tan fácil. Lo que me hace falta es un cambio de aires. En términos generales lo que quiero también es poner mis ideas en orden sobre mi porvenir —si voy a seguir aquí o si debo pensar en algo completamente distinto—, pero eso puede esperar hasta entonces. No tienes que contestar, piénsatelo tranquilamente. Para ti podría tener interés estudiar, por ejemplo, en París; podríamos tener un pequeño apartamento en la orilla izquierda del Sena, trabajar lo más posible y salir de excursión de vez en cuando.

Bueno, espero que esta carta tan larga no te habrá cansado demasiado. Cuéntame algo sobre la vida intelectual inglesa; tengo miedo de volverme completamente idiota si sigo aquí. Estoy escribiendo un tratado sobre el matrimonio, pero va terriblemente despacio, y me está quedando bastante mal, porque aquí no tengo a nadie con quien hablar del tema; hasta me duele el cerebro cuando me pongo a pensar. Mi idea general es que el matrimonio ha desaparecido, sólo queda el nombre, pero renacerá en forma más estricta, para la raza, mientras que el amor, como inspiración artística y felicidad de toda clase, continuará como cosa particular; y que la humanidad, en cualquier caso, tendrá que pasar por una sexual education seria, ideal, que no consistirá solamente en información de tipo físico y en el dominio de las relaciones físicas, sino en la práctica de la lealtad, la abnegación, la belleza en estas relaciones humanas concretas. Pero ya te diré más sobre esto en otro momento...

A Thomas Dinesen

Ngong, 22-5-1924

Queridísimo Tommy:

Con la presente te mando los ocho primeros capítulos de mi tratado sobre el amor y el matrimonio. El resto te lo enviaré después; es que

pensé que tendría gracia que lo leyeras estando en Oxford, y además éste es el último correo en el que me va a ser posible mandártelo allí.

No podrás juzgarlo hasta que lo tengas entero, de modo que no te tomes la molestia de hacerme ahora una crítica en forma, prefiero que la mandes más tarde.

Tengo muy claro que este trabajo no es gran cosa; y que puedo alegar muchas circunstancias atenuantes, aunque de sobra sé que esto no es excusa, porque el lector tiene perfecto derecho a preguntar por qué motivo me empeñé en escribirlo en medio de tantas dificultades. Pero a ti, que siempre he pensado que tienes más interés en mí como persona que como escritora, puedo decirte a pesar de todo, y a modo de explicación, que la tarea moral de acopiar y conservar todas mis energías a fin de terminarlo una vez empezado, y mantener al mismo tiempo mis pensamientos claros y en orden dentro de lo posible, ha sido importante para mí, sobre todo aquí, donde el ambiente es muy poco propicio al trabajo mental abstracto.

Hay una gran dificultad, y es que aquí no tengo acceso a los libros de donde tomar mis citas. Por ejemplo, no consigo recordar el título del libro de Martensen-Larsen[206], de modo que hazme el favor de ponérmelo tú, pero no lo que dijo Kormak a Stengerde[207] (las dos líneas últimas). Pido perdón por esas lagunas.

Como no he hecho copias de esta obra y éste es, por tanto, el único ejemplar de que dispongo, me he permitido mandártelo certificado, lo que, espero, no te causará muchas molestias, y sobre todo no querría dar la impresión de que le doy excesivo valor. Así y todo sería una pena que el resultado de tantos esfuerzos se perdiera antes de llegar a las manos de su único lector.

Muchos saludos y deseos de suerte y porvenir de tu

Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 20-6-1924

Queridísimo Tommy:

Con la presente te mando los cuatro capítulos últimos de mis consideraciones sobre el matrimonio. Bien sabe Dios que no son gran cosa; posiblemente tan banal como aburrido... Pero, así y todo, tiene mérito el que consiguiera terminarlo, y puede que te entretenga, o a la tía Bess, o a Elle, que, como tú, quizás se interesen personalmente en mis puntos de vista; pueden leerlo, si les apetece.

Hay un poco de lío con la numeración de las páginas (269 y 277) y espero que no te confundas. Me gustaría mucho saber tu opinión.

Al mismo tiempo quería pedirte un favor. Mandé unos poemas —siete en total— al Tilskueren, pero el doctor Levin sólo quiere uno de ellos (Reserva masai) y dice que no tiene sitio para más. Así y todo se ofreció muy amablemente a hacer que los acepte otra revista si me parecía bien a mí; pero pienso que no hay motivo para dejarle que se tome esa molestia. Lo que había pensado es que como tú tienes relación con Gads Magasin, podrías tratar de ver si allí los aceptan. Por eso he pedido a Levin que te los mande, y te quedaría muy agradecida si hicieras lo que esté en tu mano para que se publiquen allí o en algún otro sitio.

Con muchos miles de saludos de

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 3 de agosto de 1924

Queridísimo Tommy:

Muchas, muchísimas gracias por tu carta, que me llegó anteayer en un correo terriblemente lento. Voy a contestarte a lo que me dices en ella sobre ti mismo lo mejor que pueda, en parte porque en este momento no tengo ninguna shaurie, y sólo Dios sabe cuánto durará este estado de

cosas hasta que nuestras cartas vuelvan a tratar exclusivamente de ellas.

Sé muy bien que ya no voy a poder aconsejarte de verdad ni ayudarte de ninguna manera. Pero, así y todo, nunca está de más exponer un punto de vista sobre la cuestión y escuchar lo que tienen que decir los demás sobre ella.

A punto estuviste de recibir una carta mía sobre el mismo tema. Me sentía deprimidísima, tan —como tú dices— «desesperadamente infeliz» en estos meses últimos, desde que se fue Denys, como te puedes imaginar; y luego, la monotonía de esta vida mía y la imposibilidad de salir de ella y tener algún cambio, y mi modo de ser es completamente contrario a esta forma de vivir, así que no puedo menos de desesperarme. Siento mi vida como algo carente de sentido y absurda; en una palabra, como si yo existiese solamente para los detalles: que estoy aquí, que pinto, que me levanto por las mañanas, etcétera, etcétera, y, como a Sabine, «me asqueaba la vida como un vestido que sienta mal»[208]. Pero por lo que se refiere a mí concretamente, lo que suele ocurrirme cuando llevo tiempo sumida en la desesperación es que, inexplicablemente, voy subiendo de nuevo, poco a poco, a la superficie, y pienso que esto se debe a que mi naturaleza tiene insólitas reservas de joie de vivre que actúan a contrapelo del sentido común, de la misma manera que las heridas se me curan más rápidamente que a los demás.

Esto no te pasa a ti del mismo modo. Pero pienso, sin embargo, que se puede hacer un esfuerzo para enderezar las cosas y tratar de que las fuerzas de que se dispone despierten y hagan lo posible en ese sentido. El clima de aquí, y luego que soy libre y nadie puede meterse en mis cosas, me ayuda mucho, o eso pienso yo por lo menos, a sentirme fuerte y con capacidad para renovarme a pesar de todas mis penas. O sea, que yo diría que lo que a ti te pasa es que has ido por mal camino, pero acabarás volviendo al bueno.

Si lo que preguntas es si pienso que hiciste bien en renunciar a lo que a ti te parece lo más alto que puedes alcanzar en la vida para lanzarte a, como tú mismo dices, «navegar con la vieja carga de siempre por cauces bien delimitados», la verdad es que lo único que puedo contestarte es no, no, no, no. No es ésta la manera, a mi modo de ver, de escapar a la propia naturaleza... Y a lo que dices sobre un «trabajo ordenado» pienso que se le puede aplicar el mismo rasero: para ti eso sería inútil, y la única ventaja que tendría sobre el matrimonio es que a ese trabajo podrías renunciar cuando mejor te pareciera; pero, en este contexto, no es una ventaja muy grande. Pienso que hay muchas personas que se llaman a sí mismas librepensadores, anarquistas incluso, y que, en realidad, sienten gran respeto por cualquier contrato que implique una «actividad» y por un buen ingreso regular, pero tú no perteneces a esa clase de gente. No se me ocurre, la verdad —teniendo en cuenta el estado de ánimo en que te encuentras y la actitud con que te enfrentarías con ese tipo de trabajo—, qué es lo que podría atraer en él a una persona como tú.

Puedo juzgar por mí misma; me gustaría casarme y estoy harta de vivir sola. Pero el caso es que si no fuera como soy, etcétera, podría casarme perfectamente, por ejemplo, con Jack Llewellyn o con Berkeley Cole, que me cae bien y con quien lo paso bien, y ahora tiene ciento cincuenta mil acres al norte del territorio, ¡y no es poca cosa! Pero tal y como soy yo, esto me parece imposible. Claro es que, a pesar de todo, podría hacerlo, es decir, podría ir a la alcaldía con Berkeley y luego irnos los dos a Nyeri en su coche. Pero pienso que esto resultaría tan absurdo, tan antinatural como si yo de pronto me pusiera a decir que me he casado con Banja. Posible es, pero, desde un punto de vista imparcial resulta «tonto», aunque lo tonto de ello está en que yo soy como soy y sería muchísimo más tonto pensar que me iba a ser posible cambiar arbitrariamente este estado de cosas, tanto como si pensara que puedo volver, también arbitrariamente, a tener diecisiete años, o convertirme en hombre o en perro.

Creo que estoy unida para siempre a Denys, destinada a adorar la tierra que pisa, a sentirme feliz por encima de todo cuando está él aquí y a sufrir más, muchísimo más que la muerte, cuando se va...

Si no hubiera aquí somalíes y natives de quienes depender, la middle class inglesa, con la que, por necesidad, convivo, acabaría volviéndome loca. Aguanto bien a la aristocracia y a la bohemia, cosa que a ti, probablemente, no te pasa; pero, por otra parte, tú, como hombre que eres, tienes más posibilidades de conocer, o de poder mezclarte con la clase baja o proletariado y vivir con ellos. Una vez me hablaste de contratarte como marinero; y yo diría que esto exactamente es lo que deberías hacer ahora. O quizás fuera lo mismo para ti pasarte un año en Somalilandia o en Abisinia.

Estoy convencida de que a ti, por el momento, te resulta absolutamente insoportable vivir entre tu misma clase con bienestar y de una manera ordenada; sería para ti un veneno. Cuando uno ha recibido un golpe mortal no hay nada peor que los pequeños detalles, comodidades, goces, un ambiente agradable.

Pero justo ante la puerta de una hay personas que pasan hambre, que están desesperadas, que luchan. Y no me refiero solamente a proletarios, estoy pensando en Alemania, Rusia, Austria, esto pasa en el mundo entero. Si quieres que te dé un consejo, lo que debes hacer es buscar a esa gente, o, mejor, buscar las circunstancias, los ambientes en que el peligro, el derrumbamiento de toda una vida están al orden del día...

Por lo que me escribes se diría que no hay otra cosa en el mundo que viajes, estudios, y luego, claro, «la mesa de oficina durante ocho horas» y el matrimonio burgués. Es siempre lo mismo, más o menos, el mismo ambiente y la misma especie de gente. Pero es que además hay un mundo salvaje que todos tratan de evitar, pero que pienso que a ti te sentaría bien. En cualquier caso a mí me gustaría, antes de perder la

esperanza y de llegar a la conclusión de que la existencia no tiene valor alguno, llegar a conocerlo.

Ya sé que tengo un cierto faible[209] por dar consejos; en cualquier caso he dado muchísimos en mi vida y cuando me pongo a pensarlo me parece que nadie hasta ahora ha seguido uno solo de ellos. Y tampoco sé por qué los iban a seguir; cuando no se ve de manera directa e inmediata que un consejo va a traer ventajas, habría que creer que el que lo da tiene una especie de inspiración de Dios o, por lo menos, es una persona superior. Por otra parte yo diría que hay algo liberador — cuando se ha llegado al extremo de pedir consejo— en seguir un consejo incluso si no se ve que vaya a servir de mucho.

Yo creo que de las personas como tú —y lo diré con toda claridad: tan sincero— siempre sale algo. Y cuando se tiene tu sinceridad es preciso no renunciar a ella, por difícil que resulte, al menos mientras sea posible resistir. Erasmus Montanus sentía tanto y tan verdadero amor por la ciencia que antes se habría hecho soldado que declarar que la tierra era plana como una torta; porque ¿qué alegría habría tenido él en la montaña o incluso casándose con Lisbet? El reconocimiento del mundo entero, desde Per el Sacristán y el Jesper Alguacil[210], no le habría causado la menor satisfacción...

Por lo que se refiere a mi tratado sobre el matrimonio, del que tan amablemente hablas, claro que lo puedes mostrar a quienes les interese de verdad, si ello te divierte, pero lo cierto es que lo escribí para ti solamente. Mucho de lo que se dice en él está sacado directamente de nuestras discusiones, y encontrarás allí muchas de tus propias opiniones. Y también podría serte de utilidad, en cierto modo, que tú mismo escribieras sobre el tema...

Me alegrará lo indecible volverte a ver por aquí. No sabes lo muchísimo que te echo de menos.

Mil saludos a todos.

Tu Tanne

Vuelvo a retomar esta carta para añadir un par de líneas a modo de contestación a lo que me escribes al final de la tuya: «Lo que has conseguido también podré conseguirlo yo algún día». Desde luego que creo que también tú llegarás a experimentarlo. Todos los que tienen capacidad para amar acaban, tarde o temprano, encontrando a la persona a quien se entregarán total y absolutamente. Los que nunca han amado quizás duden de que llegarán a amar; pero a mí no me parece

que en la vida sólo se llegue a tener una vez un atisbo de felicidad; la felicidad está en uno mismo, y acaba tocándole a uno con tanta seguridad como que nos vamos a morir. Te puedo hablar de mi propia experiencia; siendo yo todavía muy joven me enamoré intensamente — esto fue en 1909— y pensé que ya nunca volvería a tener una experiencia así; y luego, nueve años después, en 1918, la volví a tener, y mucho, mucho más viva y profunda que la vez anterior. En una ocasión leí una traducción de un pequeño poema griego:

Eros golpeó, como un herrero con su martillo,

hasta que saltaron chispas de mi terquedad.

Refrescó mi corazón con lágrimas y penas

como hierro candente bajo una catarata.

Recuerdo estos versos con mucha frecuencia. Así me parece a mí que es como ocurre, y no, en absoluto, en una suavidad que se funde, a pesar de que es eso lo que se suele decir. Tú espera; el martillo se volverá a levantar otra vez para ti.

Pienso que es un fallo que no hayas leído nada de literatura antigua, porque estoy segura de que te haría bien. Lee a los filósofos y satíricos antiguos, por ejemplo a Rabelais. Hay dos cosas que me parece que te sentarían bien en este momento: sense of humour y peligro. Lee también a Søren Kierkegaard, aunque te parezca un poco abstruso (y hasta es posible que un poco anticuado para ti). En casa tenemos de él Enten-Eller. No creo que nadie le haya leído reflexivamente sin quedar bajo su influencia. Fue un hombre sincero y sufrió por esto; quizás tú encuentres algo de ti mismo en su concepto de «El individuo»[211].

Bueno, disculpa mi tonta carta. No es en absoluto la que habría hecho falta. Pero por lo menos la acabaré gritándote una vez más lo que quería decirte: resiste.

A Thomas Dinesen

Ngong, 4-9-1924

Queridísimo Tommy:

Ayer por la tarde recibí el telegrama de madre, y ya comprenderás que no tengo palabras para decirte la alegría que sentí al pensar que pronto iba a veros a ella y a ti. Es casi inconcebible, y tantas son las ganas que tengo de veros a los dos que, ahora que me hago de verdad a la idea de que vais a venir, no sé cómo me las voy a arreglar para que el tiempo pase más deprisa.

No tengo necesidad de pedirte que cuides a madre lo mejor que puedas durante el viaje; pienso que no te das del todo cuenta de lo infernal que es para la mayor parte de la gente. Enviaré al pequeño Abdullai —que está aquí de vacaciones por ahora y se ha convertido en un guerrero de enorme tamaño, y es, me parece, una especie de genio de las matemáticas— a recibiros a Mombasa, y espero que os las arregléis bien. Farah dice, por cierto, que será necesario que vaya él, pero prefiero tenerle aquí a mano; lo que sí haré será mandarle a la estación de Nairobi...

Es posible que hagáis el viaje con Denys, porque tengo entendido que vuelve en un barco francés en octubre. En tal caso haz el favor de decirle a madre que se comporte como si nunca hubiera oído hablar de él.

Ayer tomé el té con Genessee, que habló de ti con mucho afecto y se alegró infinito de volver a verte.

Bueno, pues bienvenido, bienvenido queridísimo hermano. Todos aquí se alegran como puedes imaginarte de volverte a ver: Poor Singh, que, por cierto, se ha vuelto espantoso; Kamante, que es ahora nuestro mejor jugador de fútbol; Abdullai, Farah, y no menos tu vieja, fervientemente hermana tuya

Tanne

A todos os ha dado mucha pereza escribir últimamente; no he recibido una sola carta vuestra en los tres últimos correos.

El 11 de octubre de 1924 la señora Ingeborg Dinesen y Thomas Dinesen salieron de Dinamarca hasta Marsella por París. Cinco días después tomaron en Marsella el vapor Chambord que cruzó el Mediterráneo pasando por Port Said y costeano el África Oriental hasta Mombasa, donde Farah los recibió el día 3 de noviembre. La madre pasó esta vez más de dos meses en la finca, y del diario que se conserva de su visita a Kenia resulta que, en el transcurso de esta visita, conoció a la mayor parte de los amigos ingleses de Karen Blixen, como sir Northrup y lady Mac Millan, Denys Finch Hatton, Charles Bulpett, Berkeley Cole, Hugh Martin, Algy y Rose Cartwright, por no nombrar más que a unos pocos de ellos. El domingo, 11 de enero de 1925, se celebró un gran ngoma en la finca, al que asistieron, entre otros, el jefe indígena Kinanjui, y dos días después se despidió Ingeborg Dinesen de su hija en la estación de Nairobi. Thomas Dinesen acompañó a su madre hasta Mombasa, y ésta llegó a Copenhague el día 7 de febrero.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 14-1-1925

Querida, bendita madre:

Desde que vi tu querido rostro desaparecer tren adentro me alegraré cada día pensando en volverlo a ver en la solana de Rungsted, y realmente ya no falta mucho tiempo para que esto sea realidad. Lady Mac Millan me sacó de allí antes de que tú hubieras desaparecido del todo; es, como sin duda sabrás, una superstición inglesa que hay que evitar el último vislumbre; fue muy amable por su parte acompañarme, pero me parece sin embargo que habría valido la pena verte un segundo más. Me llevó consigo hasta Chiromo, pero al llegar allí me fui yo rápidamente por mi cuenta.

Cuando llegué en coche a la finca me pareció que tu ausencia iba a serme insoportable; pero al dar la vuelta al recodo y ver la casa me ocurrió algo maravilloso, y es que pensé que volvía a casa a verte, y así ha sido desde entonces sin interrupción. Ahora comprendo bien lo que significa el que la casa donde ha estado mi madre quede for ever blessed[212], y qué verdad es. Te veo en la solana, y sentada en el banco de piedra. Te veo sentada en el cuarto de estar, cosiendo, y venir a mi encuentro saliendo de tu cuarto. Todo lo que yo había querido hasta

entonces ha adquirido ahora un nuevo y maravilloso valor, porque en ello han reposado tus ojos, y porque también tú lo quieres ahora. Ya no puedo sentirme nunca más solitaria en esta casa. Todos los boys vinieron a decirme lo mucho que sentían tu ida, y que por qué no quisiste quedarte aquí seis meses, Wataa yaate na penda Mama[213]. El pobre tonto Tumbo se pasó el día entero llorando por tu ida y por no habernos acompañado; ya había llegado a un cierto grado de resignación al volver yo a casa, y lo único que me dijo, deprimidísimo, fue: Mimi kidogo[214], porque ésta era la razón que le habían dado. El pequeño Dragón llegó corriendo, muy contento, a recibirme, pero ahora te busca por toda la casa y esta noche la pasó en tu cuarto. Además, la fauna, a mi regreso, había aumentado porque Kamante ha cogido una tortuga, que, por cierto, se ha adaptado sin dificultad a este ambiente apacible.

En casa me encontré una carta de la tía Bess que no pudo llegar más oportunamente o ser mejor recibida. Dentro había también dos cartas de la tía Lidda, por las que veo que la vida en Matrup ha sido apacible y armoniosa últimamente.

Hoy recibí telegrama de Repsdorph diciéndome que ya está lo de mi divorcio; es curioso que coincida con el undécimo aniversario de mi matrimonio.

No tengo ninguna otra cosa que escribirte hoy. Te quiero dar las gracias una vez más —mil y mil veces más— por haber venido aquí; nunca lo olvidaré. Desde el primer momento en que vi inesperadamente tu rostro en el automóvil, y hasta el ultimísimo minuto, las horas y los días han sido como un gran tesoro que he acopiado y que ya nunca nunca podré perder. Todo ha tenido aquí un significado, un esplendor como si el sol iluminara al atardecer las Ngong Hills; todas las cuerdas que aquí hay las has pulsado tú con tu ligera y querida mano, y todas suenan al mismo tiempo y en un solo acorde; de modo que por cada palabra que me has dicho y por cada vez que me has mirado te quiero dar más gracias de lo que me es posible expresar con palabras. Querida, querida madre, mientras te escribo levanto la vista y es como si te estuviera viendo y oyendo tus pasos y tu voz, y tienes que estar en la casa, y ciertamente que lo estás: «El poder del espíritu es grande», esto es sabido, y no cabe duda de que continúa sintiéndose su presencia después del contacto físico tanto como durante ese contacto.

Lady Mac Millan, como te puedes suponer, no se cansa de repetir lo encantadora que es mi madre; dice que representas the most beautiful, lovely and delightful type of woman[215].

Toda la gente de aquí te envía cariñosísimos saludos, y también Lulu, Minerva, la casa misma y hasta las colinas; ni quieren ni pueden despedirse de ti. Ni yo tampoco te digo adiós, porque te vuelvo a ver muy pronto, y tú a mí.

Gracias y gracias y gracias de nuevo, mientras viva, por haber venido aquí.

Tu Tanne

El 5 de marzo Karen Blixen embarca en Mombasa a bordo del Admiral Pierre, con destino a Marsella, en compañía de su hermano Thomas y de Farah. En la escala de Adén, los dos hombres dejan el barco para efectuar un safari de dos meses en Somalilandia, país natal de Farah. Karen Blixen continúa sola su viaje y llega a Marsella a finales del mes de marzo.

A Ingeborg Dinesen

Marsella, Hôtel du Louvre et de la Paix

28-3-1925

Querida madre:

Aquí me tienes, otra vez en Europa, y comenzaré dándote las gracias por tu carta y por tu bienvenida. Es encantador verme aquí, pues el viajar es siempre trying[216]... Me separé de Tommy en Adén, y él estaba muy contento con su viaje, pero, como ya sabrás seguramente, no le dejaron entrar en Somalilandia. Es lo más ruin que he oído en mi vida, ¡hacerle esto a un hombre que estuvo dispuesto a sacrificar su vida por ellos! A veces los ingleses me ponen tan frenética que pienso que no quiero nada con ellos. Ahora no sé qué voy a hacer; espero que me mande noticias desde París. Sin duda tú sabes ya más que yo.

Sentí mucho tener que separarme de él, con lo bien que lo habíamos pasado juntos. Farah le acompañaba y la verdad es que no tengo idea de lo que habrá sido de él. Fue muy duro también separarme de toda la gente de Ngong, sobre todo de Pjuske, que igualmente estaba muy

deprimido. Los natives daban pena, llegaron en gran número para despedirse, y todos decían: «Te diremos gracias, gracias, gracias cuando vuelvas». La vieja, a quien quizás recuerdes, que me llamaba a mí Mamá, llegó la última mañana arrastrándose y dijo: «He oído que te vas de viaje, pero no puedo creer que Dios nos rechace de esta manera». Se quedó sentada fuera, llorando. Y tuve la gran pena de que Minerva muriera antes de mi partida; se había vuelto dulce y alegre como no puedes hacerte idea. Thomas y yo la queríamos mucho. Tumbo quería venir también a Europa para estar contigo, y todos me pidieron que te diese muchísimos saludos. Tu nombre es grande y amado entre los natives. ¡Cómo puedes pensar, querida madre, que voy a encontrar la casa vieja y destartalada si es así precisamente como nos gusta! ¡La verdad, tienes casi que ser un poco tonta para escribir una cosa así! Me alegro lo increíble de todo lo que me espera: comprar ropa en París, ver cuadros y oír música de nuevo, el paisaje de mi tierra, fruta y pan de centeno y gambas... Y hazme el favor, no se te olvide tener en casa un buen queso de cabra noruego a mi llegada; no sabes lo que me apetece...

A Ingeborg Dinesen

Quai Voltaire, 7-4-1925

Querida y dulce madre:

Mil gracias por tu telegrama sobre Tommy, que me acaba de llegar. No tengo palabras para decirte lo mucho que me alegré; pienso que para él habría sido una terrible decepción si todo eso se hubiera quedado en nada... No sé cómo expresarte el alivio tremendo que sentí, porque lo último que supe de él y de Farah es que iban a alquilar un dhow e irse de pesca, y por eso precisamente es tan agradable saber que están de nuevo pisando tierra firme. La verdad, no puedo soportar la idea de que algo le salga mal a Tommy, que es tan incomparablemente bueno y amable; deseo muy de veras que le saque provecho a esa gira. Farah hará por él sin duda todo lo que pueda, pero la verdad es que no es la persona más adecuada para ponerse una en sus manos...

...Como estaba tan mal vestida, con agujeros en los zapatos y la ropa casi en andrajos —pienso que es ésta la razón de que la madame del hotel me mire con despego—, me he movido más que nada por la orilla izquierda del Sena, que me parece que tiene muchísimo charme... Ayer

fui al teatro a ver L'Idiot[217], una dramatización del libro de Dostoievski. No he leído el libro, pero no creo —a juzgar por lo que he leído de Dostoievski— que se le parezca en lo más mínimo; por más que la primadonna, Ida Rubinstein, que es guapísima, tuvo la oportunidad de lucir unas toilettes preciosas...

A Ingeborg Dinesen

Hôtels St James 211, rue St Honoré

& d'Albany 202, rue de Rivoli

París

20 de abril (1925)

...Ahora pienso seguir mi plan de salir de aquí el viernes o el sábado por la mañana e ir por Hamburgo, o sea que estaré en casa el sábado o el domingo por la noche, lo que, espero, te parecerá bien. Tal vez te parezca mal que llegue a casa tan pronto, pero pienso que o lo hago así o me decido a quedarme en París para ir a una escuela de pintura durante tres meses por lo menos, y esto me parece que sería demasiado; y en cierto modo creo que lo más fácil es que me ponga a pintar en casa, y no aquí, donde no conozco a ningún pintor ni puedo conseguir recomendaciones, con lo que sin duda me pondrían con los verdaderos principiantes. Dos cosas me gustaría mucho hacer durante mi estancia en casa: pintar y aprender a guisar. ¿Crees que podría aprender en las cocinas reales? Es posible que las señoritas Nimb, si siguen vivas, me tomen como alumna por mor de nuestra vieja amistad...

En mayo de 1925 llegó Karen Blixen a Dinamarca; era su tercera visita a casa desde que se afincara en África. Esta vez se quedó en Rungstedlund ocho meses en total. La carta que va a continuación, dirigida a la tía Bess, y sin fecha, fue escrita en este tiempo.

A Mary Bess Westenholz

(Sin fecha. Rungstedlund, ¿1925?)

Querida tía Bess:

Como le pasa a la mayor parte de la gente que tiene poca agilidad en las respuestas cuando se pone a discutir, yo tengo mis argumentos como si dijéramos en la punta de la lengua, y con frecuencia, si lo que quiero es ser sincera y no responder lo primero que se me ocurra cuando el contrincante me acorrala, no me queda otro recurso que decir: esto no lo he pensado bien. Y después se pone uno a pensar en ello y a aclararse las ideas, y siente uno ganas de recomenzar la discusión, lo que en la realidad sucede poquísimas veces.

Como continuación de nuestra discusión de ayer querría tratar de explicar ahora algo más claramente lo que a mi modo de ver tienen de poco inglés el espíritu y la visión de la vida del arte victoriano. Lo que pienso es que ese arte era doctrinario en un sentido que, en el fondo, es extraño a la esencia misma de lo inglés. Con frecuencia se me ha ocurrido en Kenia —y, naturalmente, sobre todo en su agricultura— lo poco dados que son los ingleses a construir teorías o, por lo menos, a utilizarlas. Aquí, en Dinamarca, nos sentimos inclinados a dar demasiado valor a la formación teórica, por lo cual, en cuanto alguien ha pasado por un colegio y aprobado un examen, pensamos que ya está en condiciones de enfrentarse con la vida, y sin embargo, con este sistema hemos conseguido eficacia y superioridad. Los ingleses, según mi experiencia personal, dan cada vez menos importancia a la teoría, y se basan más bien en cierto instinto; para una tarea o para un puesto concreto difícil prefieren a un hombre de cuyo golpe de vista y buen juicio consideran que se pueden fiar, y no dan mucha importancia a la formación y los exámenes del solicitante. Esto chocaba sobre todo si lo comparamos con los jóvenes campesinos y lecheros suecos, porque los suecos de esta generación han tomado sus sistemas en lo esencial de Alemania, y los alemanes son teóricos par excellence, doctrinarios, amigos de los sistemas.

Yo diría que esto mismo se ve en el terreno militar y ha resultado evidente sobre todo en la gran guerra, donde no se puede negar que los alemanes —y los suecos también, lo que pasa es que no tuvieron la oportunidad de mostrarlo— tenían todas sus cosas en el mejor orden posible, preparadas sobre la base de toda clase de cálculos, mientras que los ingleses, ésta es la verdad, hicieron la guerra un poco a la buena de Dios. Claro está que si pueden hacer las cosas así es porque disponen de tremendas reservas de capital, y también porque su carácter les

brinda grandes recursos, de manera que los errores de cálculo y las decepciones no les afectan realmente, y además, en cierto modo, les falta aptitud para lamentarse o arrepentirse de haber dado un paso en falso o calculado mal.

Ahora, al tratar de considerar históricamente el espíritu y la esencia de lo inglés, de la misma manera que creo conocerlo a través, por ejemplo, de su literatura y de su arte, y en especial de memorias y disquisiciones culturales, pienso que la era victoriana que, evidentemente, como el príncipe consorte mismo, era muy dada a los memorandos y a lay down rules[218], infundió a Inglaterra un espíritu y una visión de la vida que eran ajenos a ella y no estaban in line con su auténtico espíritu y su vida.

Yo sería la última en negar que, al mismo tiempo, la época victoriana hizo cosas grandes. Y es evidente y razonable que a vosotros, los que conocisteis Inglaterra y lo esencial de la literatura y el arte inglés, etcétera, precisamente cuando estaba imbuido de este espíritu, puede pareceros todo ello insperablemente unido. Además, yo apoyo esta teoría mía —y conste que no le doy más valor que el de simple teoría— en mi experiencia personal, que es que nunca me gustó ni me interesó ni entendí la Inglaterra victoriana tal y como me la presentaron de niña, mientras que, más tarde, con el conocimiento que fui adquiriendo de la vieja Inglaterra a través de su historia y su literatura y de conocer personalmente a ingleses de un tipo que me parece un throwback o una continuación de su vida y tradiciones —esto que digo vale en cierto modo para la aristocracia, que, sin duda, en parte se mantuvo al margen durante la era victoriana—, he llegado a admirar y a sentir la mayor simpatía por lo inglés.

Para mí ahora la esencia de lo inglés está particularmente unida al deseo y el anhelo de la libertad humana. Leyendo memorias e historia del tiempo anterior a la revolución, cuando la aristocracia francesa se vio de pronto tan interesada y tan influida por lo inglés, me digo que también aquí se advertía una vuelta a la libertad, a lo humano y natural como contraste a lo convencional. Puede decirse que fue simbólico que, por esa época, los grandes nobles franceses, bajo esta influencia, transformaron sus jardines geométricos en parques; y es que, para mí, no hay mejor expresión del espíritu inglés que un parque. En el parque los ingleses hacen lo natural digno y lo noble natural; pero para esto no es fácil dar reglas; para tender un jardín francés se pueden dar, lógicamente, muchas reglas y leyes, pero cuando de lo que se trata es de crear un parque lo único que vale es la vista y el instinto. También pienso que cuando, después de haber oído, por ejemplo, a Racine, se vuelve a Shakespeare, éste siempre influye en el sentido de lo humano y la libertad.

Ahora bien, pienso igualmente que la era victoriana se alejó en parte de este ideal de humanidad libre; bajo la great Victorians, Inglaterra, desde el punto de vista del espíritu, se volvió, a mi modo de ver, menos parque; surgieron muchas reglas, se tendieron caminos rectos, y ya no se podía

pisar la hierba. Tú y yo no hemos hablado de si a esto se le puede llamar realmente una mejora o, más bien, lo contrario, sino, solamente, de en qué medida es o no es auténtica manera de ser inglesa, in line con el resto de su evolución, lo cual a mí no me parece que sea el caso.

Cuando leo a un escritor victoriano, como, por ejemplo, Dickens —que verdaderamente me encanta, y de quien creo haber leído la mayor parte de sus obras—, me da la impresión de que es auténtico, y, por ello mismo, grande y realmente charming cuando escribe sobre personas y circunstancias que no están sujetas a ninguna regla, donde todo está permitido y nada importa nada, excepto que haya vida, que sea entretenido y alegre, y, sobre todo, libre y humanamente atractivo. No hay más remedio que querer a Micawber y a Fagin y a toda la pandilla del artful dodger[219], el mismo Bill Sykes tiene algo de simpático, y Dickens en sus descripciones de esta gente está in line con Swift, Hogarth y todos los grandes y viejos humoristas. Pero, por el contrario, cuando se pone a describir a gente y circunstancias para quienes rigen leyes y regulaciones específicas, donde está limitado el juego libre de las fuerzas, entonces, a mi modo de ver, pierde vida por completo; cuando se pone a hablar de Agnes y del doctor Wickfield, y de todo ese mundo en el que, con gran desesperación mía, cayó y fue recibido Oliver Twist, Dickens, me parece a mí, se vuelve pesado de muerte.

Yo creo que lo mismo se puede decir de Kipling, que es un excelente representante de la época victoriana tardía, y que tomó como la cosa más natural el mundo creado por los victorianos; de no ser por el mundo de los indígenas de la India, que, a sus ojos, estaba fuera de la ley y del derecho, y que entra en juego en su obra de vez en cuando, Kipling sería insoportable, pero en sus descripciones de ese mundo hay algo que yo considero auténticamente inglés.

Es en esa compenetración con lo humano en libertad donde me parece a mí que está el humor inglés. Y no es que quiera yo decir que no hubiera en absoluto sentido del humor en la época victoriana; pero lo que ocurría era que ante muchas situaciones y circunstancias había un tabú que, a mi modo de ver, está en oposición y en conflicto con la verdadera esencia de lo inglés. Yo diría que la vieja Inglaterra era ajena a cualquier clase de pruderie[220], y que las señoras que pintaron Reynolds y Gainsborough eran, bajo muchos aspectos, más libremente naturales que bellezas francesas contemporáneas suyas.

Cuando dices que las public schools inglesas anteriores a Arnold eran el más grande de los caos, pienso yo que hay que tener en cuenta que los ingleses, sin duda, saben encontrarse a gusto y sacar partido de un caos que a un alemán o a un francés les sumiría en la desesperación. A mí me parece que los ingleses muy raras veces tienen sus ideas en modo alguno ordenadas de manera sistemática, incluso en el índice de un libro. Hindenburg se habría tirado de los pelos de espanto si hubiera tenido que mandar al ejército inglés en plena guerra. Cabe dudar si el doctor Arnold consiguió realmente hacer a la joven Inglaterra de su tiempo menos brutal y más caballerosa, pues estas cosas no se

consiguen de la noche a la mañana; es cierto que introdujo maneras más razonables en los colegios, pero Strachey, entre otros, considera que los hizo más cerrados, o, a mi modo de ver, intelectual y moralmente fanáticos.

Te diré de paso que tengo certísima impresión de que la divinización inglesa de la casa real perteneció esencialmente a la época victoriana y comenzó con la misma Victoria. No creo yo que reverenciaran a los Estuardos y a los Hannover más que nosotros a nuestros Oldenburg. La gran nobleza inglesa nunca les tuvo, ciertamente, en gran estima, al contrario, ellos mismos se consideraban mejores, e incluso si no constituían más que un pequeño círculo, es un ingrediente que, a pesar de todo, tiene su influencia en la vida y en la forma de pensar de una nación. En Dinamarca no teníamos suficiente nobleza; en Suecia la nobleza se cerró como en Francia —hasta que llegaron a ser demasiado rígidos incluso entre ellos mismos— en torno a la corte. Pero no tengo suficiente información para seguir hablando de esto.

Es posible que digas que no estoy lo bastante bien informada sobre los victorians para ponerme a juzgarlos. Y esto, naturalmente, es cierto; pero, si no se tiene un motivo, resulta demasiado difícil ponerse a estudiar en serio algo que a uno no le cae bien. Sin embargo, yo creo conocer tan bien como tú un cierto número de ellos, como, por ejemplo, Tennyson, Rosetti, las hermanas Brontë. Pero si se trata de hacer comparaciones tiene que pesar también lo que sabe una sobre otros periodos o personalidades, y te aseguro que he estudiado bastante a fondo la historia y la literatura y el arte inglés.

Si con una palabra se puede aclarar una idea resumiré lo que quiero decir para acabar de una vez diciendo que los victorians, a mi modo de ver, influyeron en los ingleses en el sentido de convertirlos en «personajes con una meta» (no sé si conoces esta expresión; la usa Rathenau o Erichsen, y basa en ella todo un concepto de la vida), pero ellos, de por sí, no lo son.

No quiero dar la impresión con todo esto de haber descubierto alguna verdad nueva o absoluta, y me conformaría con que pensases o dijese que hay algo de cierto en ello.

No ocurrió nada digno de particular mención en la vida de Karen Blixen durante su larga estancia en casa de su madre, Rungstedlund, en 1925, aparte de un corto periodo de hospitalización. El suceso trascendental en la vida de la familia fue el compromiso matrimonial de Thomas Dinesen con Jonna Lindhardt. El día de Navidad se despidió Karen Blixen de sus parientes y amigos y su hermano Thomas la acompañó hasta Amberes, de donde iba a zarpar el barco Springfontein. El 1 de febrero de 1926 estaba de nuevo en la finca.

A Thomas Dinesen

Ngong, 24 feb. 1926

Queridísimo Tommy:

Me habría gustado poder contestar a tu carta hace largo tiempo, y me alegró mucho recibirla, pero es que he estado tan resfriada, o como se llame lo que tuve, con fiebre, tos, catarro, dolor de cabeza, etcétera, y me duró siete semanas —personalmente creo que fue una dolencia nerviosa y que la causa se debió a que no llegué a marearme en el golfo de Vizcaya— en las que sólo pude hacer las cosas más necesarias, las cuales, volviendo a otra parte del mundo tras casi un año de ausencia, se extienden hasta cubrirlo todo. Sólo ahora me veo con las fuerzas suficientes para ponerme a escribir una carta más o menos como Dios manda. Mentalmente ya te había escrito muchas, y en muy distintos estados de ánimo; pero ésta será algo más serena, porque ahora me siento mucho mejor y después de casi un mes aquí podría ser una especie de visión de conjunto.

Con el mismo correo recibí una carta muy simpática de Jonna, a la que yo contestaría si supiese qué novedades son las que le interesan de esta parte del mundo para ella desconocida. Si ocurriera algo, como, por ejemplo, que los leones sacasen a rastras de su casa al señor Dickens y a su mujer con su baby y todo y yo me encontrase los cadáveres a medio devorar en la llanura, pues se lo contaría enseguida; pero, entre tanto, haz el favor de darle de mi parte mis sinceras gracias por su carta; me ha conmovido que me escribiera...

Lo primero, te mando muchísimos saludos de todos los natives, somalíes e indios, en quienes tienes los más leales amigos. No hay uno solo que no me preguntara si piensas volver, y todos han suspirado y se han entristecido al saber que es muy poco probable que eso ocurra pronto. Cuando les digo que tú has «pattat ndito»[221], ellos me preguntan: «Modja tu?»[222], y lo que quieren decir, claro, es que te mereces diez. Farah dijo que eres «very good, very good, very good, all people say this»[223]. Y cuando le dije que sí, porque no eres kali, dijo él muy arrogante: «Not this, many people not kali, but Thomas quite different, his word more good than big contract with other white men»[224].

El pobre Sing se puso muy contento con su Uhr[225], que él, sin embargo, receló que no fuese de plata, con gran indignación de Farah. También Kinanjui se deshizo en agradecimientos cuando le di su bakshish[226] de veinte chelines. Sin embargo todavía no le he dado a Juma los veinte que le destinás, porque sospeché —y me quedo corta— que me robó los botones de camisa que te tenía prometidos, y que ahora, llena de vergüenza, tengo que confesarte que no te puedo mandar. ¡La caja seguía en su sitio, pero no había nada dentro! Y esto me irrita como no te puedes hacer idea, porque eran bonitos de verdad, y me habría gustado muchísimo que los tuvieras tú. Pienso que Juma no es completamente responsable de sus actos; es capaz de las cosas más extrañas. Claro está que pudo haber sido cualquiera de los boys de Denys —si no él mismo— quien los ha cogido; pero lo que pasa es que ya me van faltando muchas cosas de este tipo, y yo diría que todo induce a pensar que se trata de un ladrón que vive en la casa...

Ya veo que el Tilskueren todavía no ha publicado La venganza de la verdad. ¿Será que se han vuelto atrás y no piensan aceptarla? ¿No podrías averiguarlo tú, y, también, quitarle a Holstein el Jacques, sobre el cual sigue sin dar señales de vida? Si en el entretanto La venganza de la verdad acabara publicándose, ¿no me harías el favor de entregar al viejo Georg la carta que te adjunto? Me gustaría mucho que la viese y a ser posible también que me respondiese algo. Incluso si sale en el número de marzo te ruego que se la envíes; podrías añadir algo de tu parte, por ejemplo, que yo te la había mandado, pero que se retrasó inesperadamente.

La verdad es que, por desgracia, no me siento con vigor para hincarle el diente a El corazón de Elmi, ni a ninguna otra cosa; pocas veces en toda mi vida me he sentido tan baja de fuerzas y de ánimo para trabajar como ahora, y la verdad es que no sé cómo va a terminar esto. Es de esperar que se me pase y que te pueda enviar un nuevo libro y un cuadro que, por lo menos, te recuerden en parte la naturaleza de estas tierras, pero pienso que va a tardar; precisamente ahora tengo la sensación de que nunca voy a encontrarme ya más con fuerzas para bajar al estanque...

Denys sigue de safari, pero espero su regreso pronto. He recibido un par de cartas tuyas; pienso que le ha gustado mucho vivir aquí; todos sus amigos dicen que no había forma de sacarle de Ngong. Se va a Inglaterra porque su padre está enfermo[227]. Da pena, verdaderamente; hace dos años tuvo que ir a casa por causa de su madre, que murió.

Ha invitado a mucha gente aquí, y todos tienen la cortesía de decirme que «it was always you we came out to dine with, but it was ghastly without you, like a haunted house»[228]. Me alegraré mucho de volver a ver a Denys, pero me gustaría poder tener mejor salud cuando él llegue...

No puedo decirte cuánto me complacería que encontrases algo en la Sociedad de Naciones y que en algún momento te interesases por los natives de aquí. Estoy muy enfadada con los ingleses porque quieren subirles los impuestos, se habla de un impuesto per cápita de veinte chelines; si tienes en cuenta que lo máximo que pueden ganar es alrededor de ciento cincuenta chelines al año, resulta patético; ojalá la gente de allá se enterase de estas cosas, pero este país está increíblemente desasistido de la ley. Las clases altas no han mejorado en absoluto desde la revolución; no se preocupan lo más mínimo de las clases bajas, lo que demuestra que carecen por completo de vergüenza; aquí pasan hambre los indígenas y llegan a morir de hambre, mientras el gobernador se hace construir una nueva residencia que le cuesta ochenta mil libras esterlinas, y el champán fluye a ríos en sus races[229], etcétera. Lord Delamere dio en Nakuru un banquete para doscientas cincuenta personas, en el que se bebieron seiscientas botellas. Y es que ni siquiera se dan cuenta de lo que pasa; las señoras de aquí, cuando se enteran de que los natives no tienen posho, son capaces de preguntar por qué no comen trigo o arroz, como María Antonieta, que preguntó por qué no comían pastas los pobres que carecían de pan. Pierde una la paciencia con esta gente, y es una verdadera pena, porque a mí me gustaría que desapareciera el concepto de «clase dirigente», pero lo cierto es que ya ha desaparecido, y esto no es solamente culpa de ellos.

Hay veces en que añoro tanto tu presencia, para hablar contigo de todas estas cosas, que me parece que voy a explotar; no me atrevo a hablar de esto con ningún inglés. Pienso que mi influencia aquí, como extranjera y como mujer, tiene que basarse solamente en el ejemplo; si me pongo a predicar pierdo todo mi poder, que tengo que ganarme a pulso, como anfitriona y como amiga; aunque sólo sea por medio de mi hospitalidad pienso que tengo aquí una misión que cumplir para mi «hermano negro», pero lo malo es que el ejemplo sólo da resultados muy a la larga, y me entran ganas de vez en cuando de decirles a la cara lo que pienso de verdad, porque en ocasiones la estupidez inglesa llega a extremos increíbles.

He leído un bonito libro: *The Constant Nymph*, de Margaret Kennedy, que también es verdaderamente divertido, cosa rara en un libro; y un librito de poemas, *A Shropshire Lad*, y te recomiendo los dos, si es que puedes dar con ellos.

Enseña a madre algo de esta carta y explícale que esta vez no va a recibir ninguna porque no me siento con fuerzas; he tenido que pasar otra vez varios días en la cama, pero me parece que no me sirve de nada, así que me he vuelto a levantar. He llegado a tener ciento cuatro[230] en esta semana última, y mucho dolor en el cuello.

Para terminar te diré algo de mí. Pienso que tenías razón y que hice bien en volver aquí; o sea, que mi porvenir se encuentra aquí, porque para mí está claro que volver a África era necesario. Aquí es donde tengo mi vida y aquí es donde debo estar. En esta tierra permanece gran parte de

mi corazón, yo diría, quizás, que casi mi corazón entero, y no tengo más remedio que acostumbrarme a la soledad y a otras cosas, y lo que realmente me inducía a ir a Dinamarca, no tener shauries, incertidumbres y dificultades, sino, en cierto modo, vivir como si dijéramos en algodón en rama, eso a mí no me va en modo alguno. Pero una cosa te quiero pedir, en la medida en que te sea posible —sin que esto signifique que te pido algo sobrehumano—, y es que me ayudes a seguir aquí. Un trasplante más es algo que ya no soporto, sería demasiado para mí; sí, de veras, pienso que me moriría, o que sería lo mismo que morirme, del esfuerzo y del sufrimiento. Si no fuera porque, cuando estuve esta vez en casa, pensé en la posibilidad de quedarme allí, no me habría sido tan duro iniciar el viaje de vuelta, ni me habría supuesto tal esfuerzo regresar a estas tierras; de veras, a veces tengo la sensación de que estoy en Dinamarca y que esto de aquí es algo imaginario; o sea, que el centro de gravedad no ha cambiado verdaderamente de sitio todavía, aunque no tardará en cambiar. Pero cuando decía que «odiaba» esto no me refería al país o a la gente o a las circunstancias —no los odio, los quiero, como bien sabes—, sino a la situación de incertidumbre en que he vivido aquí, y que ya no puedo seguir soportando. Y ahora que mi corazón ha vuelto a echar raíces en todo esto ya no lo puedo desarraigar.

Tú me has comprendido y me has ayudado más en esta vida que ninguna otra persona; y ahora debes comprenderme y ayudarme en la medida en que te hagas cargo de que no puedo, siempre y cuando las circunstancias lo permitan, moverme de aquí. Tienes que apoyarme en la idea de que una bala sería más digna que seguir viviendo en este mundo como en movimiento continuo.

Sopla viento de las plains de Athi y las hienas ululan muy cerca. Hay verde por doquier porque ha llovido y me llega el aroma de los bosques y de los maizales. La luna acecha detrás del cafetal, hay grandes nubes blancas por todo el cielo; tienes que acordarte de estas noches africanas. Todo te envía muchos saludos a ti, que estuviste aquí en otro tiempo.

Siempre, siempre, tu vieja y segura amiga

Tanne

La carta que sigue, que nunca llegó a terminarse, no fue enviada por Karen Blixen a su hermano hasta seis meses más tarde, junto con la del 5 de septiembre de 1926, para hacerle ver documentalmente la crisis por que había pasado poco tiempo después de su vuelta a la finca. Aun

cuando en este libro se presentan cronológicamente, las dos cartas debieran ser leídas seguidas.

A Thomas Dinesen

Ngong, 1-4-1926

Queridísimo viejo Tommy:

Ante todo quiero darte las gracias por tu telegrama sobre tu boda, y te deseo con todo mi corazón toda la felicidad que hay en el mundo. Mis pensamientos os acompañan todo el tiempo a ti y a Jonna; no puede haber nadie en este mundo que más de corazón os desee a los dos en esta solemne ocasión todo cuanto de maravilloso puede ofrecer esta vida, armonía y contento, verdadero, verdadero amor y comprensión en todos los avatares, incidentes y experiencias de la vida, que maduréis y envejecáis llenos de confianza y acuerdo con la eterna poesía. Hay tantísimos que te quieren y para quienes tú tienes tantísima importancia, pero para nadie has tenido tanta como para mí; nadie piensa en tu amistad, tu comprensión y tu ayuda con tanta gratitud como yo. God bless you, hermano mío, a ti y a Jonna, ojalá tengáis un largo y luminoso porvenir, y que viváis para celebrar bodas de plata, de oro y de diamante, llenos de un amor más y más rico, profundo y lleno con cada año que pase, un fondo cada vez mayor de experiencias y recuerdos grandes y compartidos, alegres, maravillosos, interiores y exteriores.

Muchísimas gracias por tu carta, que me alegró muchísimo. Siempre es estupendo saber de ti, y, con excepción del relato de la enfermedad de Jonna, que tuvo que ser terriblemente penosa, pero que ahora me imagino que habrá terminado, todo transcurrió alegre y felizmente, y es estupendo recibir una carta así. Ojalá que todas las cartas que reciba de ti en los años venideros —y si los dos vivimos espero que sean muchísimas— sean igual de buenas. Pienso en algunas cartas tuyas que he recibido en otros tiempos, sobre todo en una de Oxford de hace dos años, y no sabes lo íntimamente que me alegra compararlas, y no sólo por lo que me alegra saberte feliz, sino porque me hace ver que la vida puede dar tantísima luz después de la oscuridad; que no se equivocan los libros que «terminan bien» y en los que sale recompensada la virtud, y que puede perfectamente haber esperanza para todos los que ahora... ven la vida con angustia y desesperación, sin esperanza.

Y ahora, después de todo esto, te contaré algo que quizás te apene leer. Comenzaré diciéndote que cuando recibí tu telegrama tenía también yo uno listo para enviarte a ti, y que decía así: Will you help me to get to Europe, I shall die if remaining here[231], y la razón de que no lo enviase fue solamente que pensé que iba a dar la impresión de una extraña respuesta a tu telegrama. Naturalmente que un telegrama así se envía por pura desesperación; hay tiempo suficiente, y tiene más sentido enviarte el mismo mensaje por carta, y para cuando esta carta llegue a tus manos ya estarás en casa, en Rungsted, de regreso de varias maravillosas semanas con tu joven esposa, para celebrar el setenta aniversario de madre; incluso si no es el momento más oportuno para desahogos tan tristes, por lo menos sé que los vas a recibir en circunstancias tan felices que no te resultarán demasiado devastadores. No me queda más remedio que escribirte, porque la verdad es que no sé a quién voy a escribir si no es a ti; ¿a quién, si no a ti, puedo escribir con toda franqueza? Verme condenada al silencio, como estoy pasando yo ahora, produce la misma sensación que estar enterrada viva, y puedes imaginarme yaciendo en plena oscuridad con todo el peso de la tierra sobre mi pecho, y por favor, perdóname este grito.

Cuando estuve en casa y hablamos de mis planes me parece que los dos teníamos razón: tú cuando decías que no tenía sentido que me quedase en Rungsted; y yo en que tampoco lo tenía para mí volver de nuevo aquí. Y si uno de los dos tenía más razón que el otro ése eras tú; haberme quedado en casa con madre habría sido una verdadera locura. Y el hecho mismo de que pudiera ocurrírseme tal posibilidad sólo se explica por las insólitas circunstancias: me encontraba en casa de vacaciones después de tantos años y mi estado de ánimo en aquel momento me inducía a dar más importancia al ambiente y a la paz familiar; además me decía que esto no podía durar mucho tiempo, pues nunca tuve necesidad de imaginarme un trabajo continuado ni, menos, una existencia siempre igual; incluso el verano insólitamente bello que hacía. Y todo esto influyó muchísimo en mi visión de Dinamarca y de la vida danesa. Pero era completamente erróneo. Ahora ya estoy lejos de todo eso y he tenido tiempo de reflexionar, y puedo asegurarte que he luchado incesantemente, tanto en el barco como desde que estoy aquí, para poder hacerme una idea clara de las cosas, y pienso que ahora tengo un poco más de perspectiva, y en este momento no me queda más remedio que escribir a una persona con quien puedo hablar de todo con absoluta franqueza y veracidad, y ésta es la razón de que recibas ahora esta carta.

Quizás recuerdes que en casa te dije bastantes veces que siempre me he preguntado cuándo comencé a ir por el mal camino que me ha llevado a la situación en que ahora me encuentro, o sea: empantanada, y nunca conseguí aclararme; ¿fue quizás cuando me prometí con Bror? ¿O cuando nos decidimos a venir aquí? ¿O en algún momento de mi vida aquí?

Tal y como lo veo ahora no fue en ninguno de esos momentos, sino mucho antes, yo diría casi de seguro que coincidió con mi llegada a este mundo.

Pienso que fue para mí una gran desgracia pertenecer a la familia, el ambiente, el «concepto vital» en que nací y crecí. Ya comprenderás que esto lo digo sin el menor reproche a los de casa, y también sin la menor crítica, excepto en la medida en que es lícito criticarlo todo; porque la verdad es que no conozco gente mejor, más atractiva y simpática, más agradable que la de mi familia, pero no cabe duda de que no eran lo que yo necesitaba. Y su grande, ilimitada bondad y amor por mí, toda la extensión de sus buenas acciones para conmigo no fueron sino otras tantas desgracias que me impidieron rebelarme. Ya recordarás que hablábamos del extraño poder que tuvieron Mamá —en particular en su tiempo y ante sus hijos— y madre ante nosotros para sofocar toda crítica, toda réplica, para salir al paso incluso de nuestros pensamientos privados sobre la posibilidad misma de que madre pudiese equivocarse siquiera, lo que nos habría permitido enfrentarnos con ella; esta extraña fuerza ha resultado ser una influencia fatal en mi vida; si tú, por ejemplo, hubieras crecido bajo la influencia del tío Laurentzius, no habría tenido más remedio que llegar un momento en el que, por el impulso mismo de tus propias convicciones, te habrías emancipado; y ésta, que habría sido la solución ideal para mí, me resultó, como te digo, imposible en el ambiente de casa. Y los débiles intentos que hice de niña y de muchacha acabaron pareciéndome, en el aire que respirábamos y en la luz que nos iluminaba, actos llenos de maldad.

No voy a decirte que esto me hiciera infeliz, pero todas mis aptitudes naufragaron allí; todas las posibilidades que hubiera en mí de llegar a vivir y a actuar por mí misma, de realizar algo como la persona que soy, se disiparon por esta causa. Y ahora que creo poder ver y juzgar con claridad toda esa situación resulta que estoy en inmensa deuda con todos ellos —o, mejor dicho: con ese particular espíritu, y por una suma de amor y tolerancia que no me merezco en absoluto—, pero, la otra cara de la cuenta: también con una reclamación contra ese espíritu por el tiempo de mi vida, mi niñez y mi juventud en que tuve la posibilidad de llegar a ser algo, sobre todo de ser yo misma, independiente de ellos, y que ellos me robaron, y que yo, ahora, no veo la manera, en este momento de mi vida, de recuperar.

Pienso que es posible vivir en casa y ser muy feliz allí, cuando se puede, como el tritón con Agnete, «taparse las orejas y la boca»[232] ante todo el mundo exterior. Y pienso que esto es lo que hacen todos los de casa, y siempre con la mayor armonía. Cuando me escribe la tía Bess hablándome de Mamá, de madre, de ti y del tío Aage como de la gente más noble que hay en el mundo, de Magleaa, de Folehave, me doy cuenta de que es posible vivir de esta manera y ser feliz, útil, desarrollar el propio talento de la mejor manera posible y, en consecuencia, esparcir felicidad y armonía en torno a uno. Sólo en mi caso no es posible esto (y el hecho de que yo, en el verano, en casa, llegara realmente a pensar que era posible, y hasta me sintiese tentada a

intentarlo, fue, como te digo, una ilusión absolutamente extraña, aunque quizás explicable).

¿Te acuerdas que nosotros, en el parque de Knuthenborg, hablamos de Lucifer? Bueno, pues estoy convencida de que Lucifer es el ángel que hubiera debido protegerme a mí. Y la única solución para Lucifer fue la rebelión, y verse arrojado a su propio reino. En el paraíso —si hubiera podido seguir allí— habría sido una figura digna de pena. Pero es que Lucifer era más grande que sus subordinados, que sus humildes servidores que siguieron en el paraíso, y que son los que ahora resultan de pena, más aún, que allí están reducidos a nada.

Lucifer tenía la ventaja de ser eterno, y de que en relación con él no se puede hablar de tiempo o de oportunidades desaprovechadas. Es posible que desaprovechara algunas oportunidades de rebelarse, pero esto no tiene nada que ver, porque entre tanto no se iba haciendo demasiado viejo ni para aprender ni para estudiar ni para «participar en algo», ni para introducirse en otro ambiente, en otras circunstancias, ni estaba perdiendo fuerzas para dedicarse a algo nuevo.

Me doy cuenta ahora de que hubo muchas oportunidades que debí aprovechar para romper con ese paraíso tan especial en el que tan mal papel hice. Por ejemplo, sin el menor género de dudas debí hacer la reválida. Esto, estrictamente, no hubiera sido rebelarme contra el espíritu del paraíso; pero, en la práctica, tal y como yo lo deseaba, habría venido a ser lo mismo. (Cuando intenté ir por ese camino, o sea, ir a la Academia, caí en manos de la familia Plum, una filial del paraíso, y todavía recuerdo lo insegura y culpable que me sentía, por ejemplo, en nuestros «carnavales de la sociedad de alumnos», aun cuando habrían debido divertirme lo indecible.) Y luego, más adelante, habría debido casarme —o, por lo menos, intentarlo— con el viejo Hoskier en París. O fugarme con cualquier hombre en Roma. Y la razón de que nunca lo hiciera fue, ni más ni menos, mi falta de energía moral, el no tener la grandeza de miras de un Lucifer; lo cierto, en cualquier caso, es que las cosas no se me terciaron así, y yo veía la vida entera reflejada ni más ni menos en la parábola del captain Brun sobre las cerillas, y todavía hoy en día pienso que es ésa la filosofía vital del paraíso. Y lo mismo cabe decir de mí lamentablemente como «escritora». La verdad es que no puedo, que me es imposible escribir nada que valga algo si no rompo antes con el paraíso y me veo arrojada a mi propio reino. La venganza de la verdad es, indudablemente, un pequeñísimo intento en ese sentido; lo escribí en Roma. Pero pequeñas escenas de la vida africana que el Flensburg Avis espera ahora de mí tan benévolamente se piensa que van a ser como una imitación del himno en elogio de los ángeles, y a esto no tengo ya la menor intención de prestarme; se convertirán en mbuni[233] antes incluso de que llegue a escribirlas.

Hay dos cosas que quiero que me digas en cuanto levantes la vista del papel al llegar a este punto:

La primera es: has sido una completa idiota, una fool, una loca de atar, hasta el punto de que se te puede comparar con Lucifer, como tú misma dices. Con el espíritu de Lucifer todavía viviente en el universo y coincidente en todo contigo te has privado completamente de un ambiente familiar amable y amante y lleno de buena voluntad y que cuenta, todo lo más, con unas cien mil personas que viven en la indulgente y, en el fondo de su corazón, tolerante Dinamarca. Y a este reproche no tengo yo otra respuesta posible que «amén, amén». La verdad es que no conozco a nadie más estúpido que la persona que te escribe estas líneas; Dios os libre a todos de llegar a la tesitura de veros en tal estado de pura estupidez y desolación.

La otra observación que se te ocurrirá, y que se le ocurriría a cualquier persona decente que haya leído hasta aquí, es ésta: tacha de una vez toda la estupidez del pasado y decídette a hacer en este mismo momento todo lo que debiste haber hecho hace mucho tiempo; haz de una vez todo eso de que hablas, y que ya no es una rebelión, porque a tu edad toda la gente sensata te considera ya dueña de ti misma, y vete al infierno si es que es allí donde crees que te corresponde estar.

Sí, querría hacerlo. Pero lo malo es que «lo que quiero es precisamente lo que no hago, y lo que no quiero es lo que hago»[234]. Y una de las razones de que no lo haga es que no veo la manera. Estoy empezando a pensar, como Sophus Claussen, que «ya no hay una escalera que conduzca al infierno»[235], y que «el diablo es caro y difícilmente accesible, un solo atisbo deslumbrante de su cola rematada por una estrella de fuego es demasiado caro para la mayor parte de la gente»[236]; o bien que, sea cual sea el caso de «la mayor parte de la gente», el mío es que personalmente he perdido los valores de juventud, tiempo, trabajo, personalidad, con que en algún momento pude haberlo pagado, y ahora soy insolvente.

Ya me he dado cuenta de que me he ido por demasiadas profundidades de filosofía y metáforas. Ahora voy a ver si te explico, con toda la claridad que me sea posible, cómo veo yo en este momento mi propia situación, y te pido que me aconsejes.

CONTINUACIÓN, 3-4-26

Querido Tommy: Ya veo que esta carta va a acabar siendo igual de larga y mucho menos entretenida que las Confesiones de Rousseau, y me doy cuenta de que no es justo pedirte que la leas. Pero sigo adelante, así y todo, porque al escribirte siento un verdadero alivio, y una sensación de bienestar que de otra forma no sentiría. Es posible que cuando llegue al fin de esta carta me sea posible prescindir de enviártela, y ahorrarte así

el leerla. Pero ahora, mientras la escribo, puedo tener la sensación de estar dirigiendo mi carta a alguien, lo que significa: a ti, porque la verdad es que no conozco absolutamente a ninguna otra persona a quien pueda yo escribir con tanta franqueza y de quien me quepa esperar ser comprendida.

Para empezar donde la dejé trataré de darte una impresión de la situación en que me encuentro en este momento, o sea, en abril de 1926.

Denys ha pasado aquí catorce días, y ahora se va a Europa, lo que quiere decir que le espero aquí mañana y pasado mañana, y se va de Nairobi el jueves.

Durante el tiempo que ha pasado aquí, he vivido, como en ocasiones anteriores, una felicidad casi perfecta, mezclada con una desesperación casi perfecta ante la idea de que no tardaría en volver a irse de mi lado, de que ya no iba a volver a verle más, etcétera.

El resultado de estos diversos estados de ánimo ha sido una absoluta certidumbre de que Denys es lo único que tiene importancia para mí en esta vida, y que toda mi existencia gira en torno a él como en torno a un eje, y que además contiene las posibilidades de lo que la gente suele llamar cielo o infierno, con transiciones muy arduas de salvar.

Pero, de esta manera, con este único contenido en mi vida, no me es posible vivir; es una situación insostenible y no quiero, en modo alguno, permitir que mi futuro inmediato se transforme en seis meses de completa desolación, vacío y oscuridad, con la esperanza de volverle a ver en el otoño para volver a verme elevada en la misma total felicidad, y caer de nuevo en el fondo de la desolación y la oscuridad, etcétera, etcétera, y así, infinitamente.

Ya sé que tú has dicho que vale la pena ser completamente infeliz en un momento con tal de ser real y completamente feliz en otro. Visto desde el punto de vista de la matemática pura te concedo que puede que sea así y que realmente lo uno se equilibra con lo otro, si, por ejemplo, una persona se las arreglase de tal manera que pudiese pasarse seis horas en un baño de aromas oyendo la música más bella del mundo, y luego pasarse otras seis en el potro (y así sucesivamente); pero, en la práctica, esto, como *modus vivendi*, es pura y simplemente imposible, porque no puede uno aislarse así del pasado y del futuro; antes de mucho tiempo la existencia se le volvería a uno un completo caos y se acabaría cayendo en el abismo.

Dudo mucho que sea realmente posible lo que se llama «vivir de» una pasión; quiero decir, que sea esto posible más allá de un periodo de tiempo muy corto. Pero, aun cuando fuese éste el caso, no podría ser, en absoluto, solamente una pasión, tendría que abarcar y contener muchísimo más. Si va a resultar que esa relación se convierte en mi única posesión en esta vida, si tengo que enfrentarme con ella con las manos completamente vacías, sin otros intereses, experiencias,

pensamientos o impresiones nuevas, entonces se convertirá para mí, de ser la relación más feliz que cabe imaginar, en una simple hambre y satisfacción física, y esto no quiero que me ocurra; aparte de que no podría durar así, se extinguiría por sí sola in no time[237].

Ya ves que no, que tengo que ser yo misma. Ser algo en mí misma. Tener, poseer algo que realmente sea mío y que sea yo, para poder vivir, pura y simplemente vivir, y para poder vivir y pensar que sigo poseyendo la indescriptible felicidad en mi vida que es para mí el amor a Denys. Y esto yo aquí ahora no lo tengo, ni tengo ni soy nada en absoluto; he engañado a mi ángel, Lucifer, y vendido mi alma a los ángeles del paraíso, y, sin embargo, no puedo entrar en él; ni me hallo en el mundo ni pertenezco a él, pero no puedo salir del mundo; odio, siento escalofríos a cada minuto, y, a pesar de todo, los minutos siguen pasando uno a uno; es, en una palabra, la más completa infelicidad. Nunca creería, incluso si alguien me lo dijera, que fuera posible vivir así.

No creas que soy una persona tan pusilánime que no haya pensado si no sería lo mejor, al fin y al cabo, quitarme la vida, y que no esté dispuesta a hacerlo si realmente llegase a la convicción de que había llegado el momento. Porque dejar de vivir de esta manera es algo a lo que, en cualquier caso, estaría dispuesta la persona más pusilánime. Pero pienso que eso no resolvería nada. Anhele la vida y huyo del vacío y la nada, ¿y qué otra cosa brinda la muerte? Apasionadamente deseo vivir, apasionadamente rehúyo morir.

Pero si consigo imaginarme, o lo intento por lo menos, que sigo viviendo, desde luego tendrá que ser de una manera o de otra. ¿Podría yo acaso imaginarme la posibilidad de salir de aquí y llegar a la vida —lo que yo llamaría vida— en algún otro sitio? O bien, ¿me sería posible acaso imaginarme la posibilidad de llegar a vivir —lo que yo llamaría vivir— aquí?

Estoy empezando a pensar que lo que tengo que hacer es explicar mejor lo que quiero decir cuando uso la expresión simbólica: Lucifer, para que no se entienda que aspiro a algo terriblemente demoníaco o se me entienda mal de alguna otra manera.

La entiendo en el sentido de: verdad, o búsqueda de verdad, lucha por la luz, crítica, o sea, en una palabra, lo que se entiende por espíritu. En contraposición a la cómoda idea de que lo que uno quiere es lo mejor, sí, eso, justo, la deseada paz, contento y falta de críticas, que es el paraíso. Pues lo mismo en mi caso: el trabajo —pienso que soy capaz de trabajar más y de cansarme menos que la mayor parte de la gente—, un sense of humour que no sólo no se asusta de nada, sino que, actuando según sus ideas, se siente capaz de burlarse de todo, y vida, luz nueva, cambio.

Y aquí me tienes, en pleno idilio que no es ningún idilio, excepto que soy yo quien quiere convertirlo en idilio.

¡Ay, Tommy, Tommy!, ¿piensas tú que todavía puedo llegar a «ser algo», y que no desperdicié todas mis oportunidades en esta vida mientras me quedó tiempo, para no acabar agostándome y quedándome hecha un harapo, debiendo tener paciencia conmigo misma y esperando que otros la tengan conmigo al verme completamente fracasada?

Haz el favor de no responderme a esta carta con consuelos, diciéndome que he llegado a «ser algo», que no estoy poniendo a prueba la paciencia de la gente, etcétera; eso sería lo peor que podrías decirme, porque sé perfectamente cómo están las cosas, y la verdad es que ahora estoy a punto, al borde mismo de lo que la gente suele llamar el abismo, el hundimiento.

Pero si se te ocurre alguna salida para mí, haz el favor de escribirme diciéndomelo, te quedaré agradecida mi vida entera.

Es evidente que encontrarme a mí alguna actividad, la que sea, presenta tremendas, posiblemente invencibles dificultades, incluso si se trata de una especie de job, porque lo cierto es que no sé hacer absolutamente nada.

¿No es, sin embargo, también terrible que personas perfectamente decentes y como es debido crezcan —solamente por ser del sexo femenino— sin aprender lo que se dice nada en absoluto? A mí me parece que yo era una niña por encima de lo normal, y que quería aprender, por ejemplo, las matemáticas, para las que realmente me parece que tenía aptitud; pero aunque mi familia estaba ansiosa de enseñarme buenas costumbres y altruismo, nunca se les pasó por la imaginación hacerme aprender más números que los que supo enseñarme la señorita Zøylner. Mis maestras fueron Mamá y la señorita Zøylner, y desde que volvimos de Suiza —donde no aprendimos lo que se dice nada— y yo cumplí catorce años, lo cierto es que no aprendí nada en absoluto. Y esto, aunque ellas sí que sabían —lo que a mis ojos no estaba del todo claro— que mi posición no iba a permitirme vivir sin ganar dinero. Ciertamente es que bien pude yo tomar una decisión por mí misma, pero aquí entró en juego la curiosa resistencia a todo cuanto estuviera situado fuera del estrecho círculo familiar, y el extraño poder que tenían los mayores y que nos hacía sentirnos culpables si nos oponíamos a ellos. ¿Qué era lo que pensaban? Bueno, sí, estaba claro lo que pensaban: que nuestro futuro era el matrimonio. Ojalá se hubieran ocupado de verdad de ello. Estoy convencida de que no habría sido difícil en absoluto casarme a mí; y pienso que un buen partido, una buena finca, por ejemplo, me habría tentado mucho; pero lo cierto es que no se me presentó la oportunidad; no dimos con ningún buen partido...

Pero también es cierto que en casa no se podía hablar de un matrimonio de sentido común. Mucho más se pensaba en ponerse en manos del amor. ¿Pero te parece que un sentimiento de este tipo es bastante para construir sobre él todo el porvenir de una persona? ¿Y qué pasa si no encuentra una a quién amar? ¿O lo encuentra, pero la otra persona no

la ama a una? O incluso si la ama y es amada, ¿te parece bien entregarse al amor con las manos vacías, sin ninguna clase de recursos, sin saber siquiera nada, sin ser capaz de nada, sin haber aprendido nada? Hasta la married life tiene su lado práctico. Nosotros no sabíamos nada de economía doméstica, de cuentas, de representación de ninguna clase. Y se nos había educado tan separadas del mundo que carecíamos de cualquier asidero al que agarrarnos para mantenernos en pie; yo fui a París sin una carta, sin una sola recomendación para nadie, y cuando yo vivía en casa de los Plum en Copenhague, no conocía una sola casa, aparte de las de la tía Ida y la tía Ellinor, a las que podía ir a pasar una velada. Pero todo esto es neither here nor there[238].

Intenta ponerte en mi lugar, imagínate que en este momento te encuentras sin dinero y sin ninguna especie de formación, y te harás una idea de mis sentimientos en este momento.

¿Te parece posible, desde un punto de vista puramente práctico, sacarme de esta situación? ¿Te parece que podría, a mi edad, con, por ejemplo, un año de preparación, para lo que sería posible que alguien me ayudase, aprender algo que me permitiese vivir y dedicarme a alguna actividad adecuada y en la que me fuese posible desarrollar mis aptitudes?

Junto con innumerables draw-backs[239] tengo la ventaja de que no doy ninguna importancia a las conveniencias. Estaría dispuesta hasta a dedicarme a la trata de esclavos si viera en ese oficio opening[240]; también me iría con toda tranquilidad de misionera a China. Quiero estar donde haya vida y donde pueda poner en juego mis fuerzas y mis aptitudes, si es que todavía me queda alguna. Dices tú que podría dedicarme a escribir. Bueno, sí, de acuerdo, también lo pienso yo, pero tendría que verme en circunstancias que me dieran la luz y la movilidad que necesito para volver a pensar, inventar.

¿Me harás el favor de meditar en todo esto? No creas que estoy tan desesperada —aunque desesperada sí que lo estoy— que me ahorcaría a pocos ánimos que me dieras, porque todavía tengo un año para ver si esto va a salir bien. Y en cuanto al tiempo, el tiempo pasa y nunca vuelve sobre sus pasos; ¡ay, si en lugar de subir al maldito barco en Amberes me hubiera metido en el tren de París y comprado periódicos para ponerme a venderlos por las calles!

CONTINUARÁ

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 4 de mayo de 1926

...Es increíble que tengas setenta años —pero esto te lo estará diciendo todo el mundo en este momento— y es maravilloso pensar lo que es realmente un ser humano cuando en un día como éste, por decirlo así, lo contempla todo de un solo golpe, junto; pues tú eres ahora la niñita que nació el 5 de mayo en Matrup, por supuesto rodeada de la gran alegría de sus jóvenes papás, y la joven novia que durante cuarenta y cinco años celebró todos sus cumpleaños como si cada uno de ellos fuera el último de su soltería, y la abuela de Mitten, y la suegrecita de Jonna, y la memsabo mesei de Tumbo...

Con frecuencia, cuando oía que se había muerto alguien, sentía yo que cesaba de existir para mí en un punto aislado de su vida, pero, al tiempo, la vida, la personalidad del muerto, continuaba siendo una realidad única, existiendo en igual medida en todas las fases de esa realidad, más o menos de la misma manera que cuando se ve una comedia en el teatro, que se siente uno interesado por una escena o un acto que se representa en ese momento, pero, en cuanto cae el telón, se concibe y se juzga la obra entera como conjunto. Y esto es lo que puede ocurrir también en tu septuagésimo cumpleaños, sobre todo cuando se está tan lejos; esos setenta años se conciben como una vida...

Estoy muy fastidiada, porque he tenido que volverme a meter en la cama y, la verdad, es que, una cosa con otra, no estoy bien en absoluto desde que me embarqué en Amberes. Y la cosa está empezando a ponerse pesada. No puedo tampoco decir que esté enferma, pero lo que estoy es terriblemente cansada, e incapaz de hacer lo que se dice nada. Nunca hasta ahora me había sentido de este modo, como si vivir me resultase demasiado penoso, y no sé qué es lo que va a ser de mí. Exceptuando el tiempo que pasó aquí Denys, me he sentido así casi desde que me fui de casa...

Mi escuela no va bien, y si no fuera por no quedar mal ante Dickens y los demás me decidiría a cerrarla. No creo, la verdad, que los natives estén todavía maduros para este tipo de desarrollo; da la impresión de que se saltan una fase que nosotros, en nuestra larga transición de bárbaros a personas civilizadas, hemos tenido que recorrer entera; a veces tengo la impresión de que nosotros, llevados de una especie de impaciencia, les hacemos venir al mundo prematuramente, y por tanto, les estamos poniendo en una couveuse, lo cual, ciertamente, sería terrible tener que hacérselo in the flesh[241], y al que lo hiciera habría sin duda que castigarle. Y tampoco me parece que para ellos sea mejor el kiboko en este momento.

Y si he llegado a este punto de vista, en términos generales, sobre cuanto se refiere a lo que se entiende por educación, no es porque me sienta partidaria de la estaca y la vara, sino porque lo que quiero es evitar algo peor, pues siempre me he opuesto por completo a work upon los feelings[242] de la gente, y si lo que se pretende es conseguir algún resultado, un cambio, un desarrollo, puede utilizarse el método que sea;

la arcilla siempre es dócil si lo que se quiere no es más que darle forma. Pero lo que hay que hacer es dejar que intervengan las realidades directamente, la naturaleza primitiva también es capaz de comprenderles, y no los razonamientos, sacados de las realidades, de personas mucho más evolucionadas, porque meterles esos razonamientos a los niños o a los natives en la cabeza me parece que es como querer alimentarles con comida ya tragada y vomitada. Creo que está lejos este método de educación de ser más comprensivo y piadoso, porque a un niño se le hace sufrir mucho más cuando se le mete en la cabeza lo angustiada que está su madre, etcétera —bueno, si es que realmente lo siente, porque si no es pura hipocresía y artificialidad—, que cualquier azotaina, por fuerte que sea.

Por ejemplo, cuando oigo al padre Bernhard contar lleno de orgullo que un grupo de los boys de la misión inglesa fue a explicarle que querían entrar en su misión porque habían leído la Biblia y ya no podían en absoluto seguir pensando que la comunión era sólo un símbolo, no la transformación en la carne y la sangre de Cristo, la verdad es que yo lo único que puedo hacer es sentir pena porque gente corta de vista se dedica a jugar y a volver del revés tan superficial como irresponsablemente la disposición natural de los natives, que es muy buena y sana y equilibrada, y sacan en su lugar un tipo falso y fofo del que tardaremos muchas generaciones en llegar a deshacernos...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 13-5-1926

...Lo que pienso es que este carácter especial —pero el carácter de Tommy es así—, o «heroico», si se prefiere, puede perfectamente vivir y prosperar bien y armoniosamente en una existencia igual, tranquila, laboriosa, en su exterior incluso «pequeño-burguesa», de la misma manera que vemos que les ocurre a los hombres de ciencia —al contrario que a los artistas; porque me parece que a éstos les resultaría difícil—, y la verdad es que yo preferiría mucho, pero que mucho, ver a Tommy afincarse y acomodarse a este tipo de vida que verle —ahora que ha elegido a una chica como Jonna y debe pertenecer a ella como ella a él, y lo hará— dedicarse a jugar —bueno, no es ésta la palabra apropiada, pero es la más acertada que se me ocurre en este momento —, a buscar ansiosamente «aventuras». De esta manera pienso que podría muy bien perjudicarse a sí mismo, y perjudicar a Jonna al forzarla a algo que a ella la expondría a perder su propio equilibrio. El hecho de que Jonna —como me dices en tu carta que te contó Tommy— se aviniera a comprometerse con él sin saber a ciencia cierta ni lo que «era» ni dónde vivía, no me parece a mí que sea un indicio de deseos de aventura, sino, pura y simplemente, lo que habría hecho cualquier chica joven buena, había enamorado; y en este caso concreto pienso yo que

también muestra absoluta confianza en que Tommy iba a estar a la altura de la situación por lo que se refiere a «ser algo», a ofrecerle a ella un lugar donde vivir y donde organizar su vida de la mejor manera posible; y esto: no preparar a tiempo una vivienda y lanzarse a un viaje de recién casados de tres meses en automóvil, a mí, la verdad, no me parece ninguna hazaña.

La aventura... Bueno, sí, vamos a ver, ¿qué es eso? No es, que yo sepa, ninguna travesura, puede presentarse con un simple disfraz de esos de diario, tan sencillo como los cuentos populares o las leyendas que fueron creciendo a lo largo de la vida durante siglos; en su forma más noble y más auténtica estará siempre con Thomas, porque es un «héroe»; también puede ser que se aparezca cogida de su mano derecha sin disfraz alguno a ojos de todos, en un momento en que su convicción le arranque a su hogar, a su patria, para lanzarse a una empresa que sea a sus ojos lo más grande que pueda ofrecérsele; pero yo pienso que todos los que le queremos podemos estar bastante tranquilos, incluso si le vemos pasar su vida, día a día, en una casa de Copenhague con chokolatinas para los niños de Rothe[243] y visitas al parque zoológico y visitas de la suegrecita Lindhardt, esto será siempre para él lo más grande de la vida, lo que realmente tiene sentido...

Pienso que Tommy carries too heavy weight[244] para ponerse a dar ahora saltos mortales y que es, por su naturaleza, profundamente sobrio y moderado, que evitaría «la trampa». Siempre he pensado que yo —que tiendo a los saltos mortales y me gustan las bebidas embriagadoras—, quizás sin saberlo y desde luego completamente sin proponérmelo, puedo haberle hecho daño; pero, por Dios bendito, entonces él era joven y no tenía obligaciones, y siempre hay algún error en la vida de una, y ahora soy mucho, pero que mucho más sensata. Y en este instante en que Tommy está ante un nuevo comienzo en su vida pienso que lo más importante para él es ser lo bastante veraz como para resignarse a renunciar a «adornarse». No creo que le vaya a ser muy fácil —porque, en lo que respecta a esto, Tommy está muy mimado—, pero estaría dispuesta a ayudarle con mucho gusto, pues pienso que es en esa escuela donde él encontrará su auténtica felicidad y donde podrá conservarla y desarrollarla mejor...

Lo que me dices de Mitten... me ha hecho pensar mucho... En el fondo yo diría que es siempre lo mismo cuando se educa a alguien: la conducta y los actos del uno son bastante incomprensibles para el otro, y todos los niños, cuando llegan a la edad de la razón, recuerdan la conducta que tuvieron sus padres y sus mayores con ellos —inconsiderada y, al tiempo, muy consideradamente— con sorpresa y maravilla y la única explicación que se les ocurre es que todo eso les pasó en otro tiempo, y que, a pesar de todo, no puede caberles duda alguna de que fue con amor y buena voluntad en todo momento... Cuando se tiene con una criatura tan especialmente querida como Misen, no hay más remedio que desear que se detengan el viento y la helada y que no llegue la noche, y, al mismo tiempo, siente una que está bien que no se detengan, porque hasta el viento y la helada y la oscuridad tienen una

misión en esta vida y nos traen beneficios, y por eso estaría una perjudicando y limitando, si tuviese ese poder, a la persona a la que ama... Toda la riqueza y todo el amor que puedas derramar sobre Missen en Rungsted podrás convertirlo con buena conciencia en alegría para su vida; y al mismo tiempo tendrás que darte cuenta de que no ha habido educación de niño alguno en este mundo que no pudiera ser criticada, y con razón, por alguna persona llena de amor y preocupación e interés, pero sin influencia cotidiana en el niño.

Yo diría que en la vida se aprende que no hay que precipitarse a pensar que lo que es bueno, agradable y sensato para uno mismo lo es también para los otros; esto no quiere decir que haya que acabar aceptando humildemente que los métodos de los demás son mejores, basta con dar por supuesto que son igual de buenos, y llegar a ver lo bello y lo bueno expresado de todas las maneras posibles; igual que se puede ver, por ejemplo —esto es imposible verlo cuando se acaba de llegar a esta tierra, pero resulta muy aleccionador cuando llega a darse cuenta una de ello—, que una ndito[245] es guapa y está elegantemente vestida y lista para el baile porque se ha pintado de arcilla roja todo el cuerpo y tiene la cabeza recién afeitada. Yo diría, si se me permite expresarme así, que es un gran placer saber discernir la belleza, la alegría y la armonía de la vida expresada constantemente en diversas formas...

No pude escribirte el domingo porque he estado resfriadísima y tuve que meterme en la cama. Siempre que me descuido un poco —y la verdad es que resulta imposible vivir aquí en la estación de las lluvias— cojo un resfriado como el que tuve en el barco y me duelen muchísimo la cabeza y los oídos. Lo que me parece es que tengo una especie de inflamación en algún lugar de la cabeza, y si estuviera en casa me operaría; pero aquí no es posible, y alguna vez acabará curándose...

Ayer fui a ver cuatro aeroplanos, los primeros que pasan por aquí, y llegaban de Kisumu. ¡Dos horas de vuelo! Aterrizaron cerca de Dagoretti Junction y había algo así como mil coches y una cantidad incalculable de gente para recibirlos. Eran preciosos cuando pasaron zumbando, pero lo que me amargó es que me enteré de su llegada en Nairobi y no tuve tiempo de avisar a mis totos para que vinieran a verlos; habíamos estado allí el día antes, y con nuestras mejores galas, pero no llegaron. En esto se ve lo buena gente que son los ingleses: casi todos los coches europeos estaban llenos de houseboys y de totos...

A Ellen Dahl

Ngong, 16 de mayo de 1926

...Quiero contestar ante todo a lo que me dices en tu carta sobre la posibilidad de que se represente La venganza de la verdad. No sabes lo que me alegraría. Tanto Poul Levin —¿qué le pasa al judíazo ese que no consigue publicármelo en el Tilskueren?— como Ludvig Holstein hablaron de ello, pero la verdad es que les falta energía para llevar la idea a la práctica. Por supuesto que Johannes Poulsen sería el mejor de todos; de él se podrá decir lo que se quiera, pero lo cierto es que es un artista. Por si acaso consigues hacer que se represente te daré un par de consejos sobre el decorado y el vestuario. Tienes que tener presente que se trata de una comedia de marionetas y que, en consecuencia, está completamente fuera de las normas. No puede haber, por tanto, unidad alguna entre el vestuario y el decorado, y la escenificación entera es bastante primitiva; por ejemplo, los murciélagos de Mopsus, cuando salen del saco y escapan volando, se ve claramente que les tiran de cuerdas. La escena: una posada bastante oscura que iluminan las candilejas o algunas luces poco fuertes, muy pintoresca, pero muy sencilla. Podría servir algo como el dibujo que te adjunto. Los personajes son como sigue:

Abraham. Claramente caracterizado como un viejo judío. Con caftán, como un judío polaco, o como Fagin, pero lo mejor es el caftán. Barba y rizos, todos los colores muy oscuros y sucios.

Sabine. Aquí haría falta algo bastante vistoso. Por ejemplo, brocado de plata. Más bien algo muy moderno, como una robe de style de Lanvin, con las caderas acolchadas. El pelo corto, permanently waved. Debe llevar un fichu, porque, al menos que yo recuerde, habla de quitárselo. Muy joven.

Mopsus. Puede ir, más o menos, como se quiera. Quizás como en los cuadros holandeses del siglo XVII. Lo más importante es la máscara.

Fortunio. Lo mismo. Me lo imagino en camisa y con pantalones largos, algo como del siglo XX o de El gineceo. Quizás con delantal.

Jan Bravida. Es el más difícil de vestir, como también de representar. Perfectamente correcto como un joven soldado en uno de los cuadros de Frans Hals, o bien completamente fantástico, por ejemplo en plus fours[246] (shepherds plaid sweater)[247] y calcetines de deportista,

pero éstos como calzas de cota de malla y el sweater como una cota de malla de acero, hasta arriba del cuello. Frans Hals es el mejor modelo. En cualquier caso el pelo tiene que ser muy moderno y bien afeitado. Tanto él como Sabine y Fortunio tienen que ser muy jóvenes. Y Jan Bravida sobre todo muy elegante.

Amiane. Como una vieja mendiga holandesa; se le puede encontrar modelo en cuadros holandeses. Bastante shabby[248], de negro, o negro con un poco de blanco. Para hacerla pasar por bruja o hada no me opongo a que se recurra a ciertos efectos escénicos, por ejemplo, que despliegue, cuando no la vea ninguno de los otros, un par de alas de murciélago, o bien mostrarla, con efectos de luces, con un vestido muy vistoso y enojado, y con una tiara o una fontange en la cabeza. Cuando no se usen efectos luminosos con ella deberá situarse en una parte muy oscura de la escena.

Tiene que haber música en La venganza de la verdad. Una obertura corta, una melodía para la primera canción de Fortunio, y quizás también alguna especie de acompañamiento para Levad anclas, pero me imagino que eso se podría arreglar. ¿Está por ahí todavía Jeppesen, y estaría dispuesto a hacerlo? Por otra parte, siempre se puede cantar Ven dulce tristeza; o bien se le podría adaptar cualquier vieja melodía.

Me alegraría lo indecible que esta obra se representara, y te quedaría eternamente agradecida por cualquier molestia que te tomes en este asunto...

Yo aquí tengo que seguir viviendo y haciendo como si nada, ahora que Denys se ha ido, y con él el aroma de las rosas y el relucir de la luna llena; todo hay que pagarlo en este mundo, y por supuesto también el tener lo que se quiere. Estoy escribiendo dos pequeñas comedias de marionetas para entretenerme, pero menguado consuelo es...

Me acaba de llegar tu artículo sobre el jardín de Rosenborg[249], estupendamente escrito y muy lleno de gracia y de comprensión. Mil gracias.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 27-6-1926

...Vengo de la escuela, donde ahora las cosas van mucho mejor; esta vez pienso que he tenido suerte con el maestro. Me cuesta muchísimo

contener la risa, sobre todo cuando se ponen a cantar los salmos, que ahora está de moda cantar con balidos, y creo que al mismo Per el Sacristán le gustaría oírlo. El maestro empezó con un sermón, del que, vergüenza me da decirlo, no entendí ni palabra; yo le escuchaba diciéndome que ojalá no estuviera incitando a mis totos a sublevarse, y de pronto se me ocurrió que lo que hacía era explicarles lo estupenda que yo era y lo depravados que eran ellos por no ir a la escuela todos los días. Tanto el discurso como la canción se interrumpían de vez en cuando porque Rouge, que vive en la habitación contigua y al que evidentemente todo aquello le llenaba de agitación, no se podía contener y daba algún golpe atronador contra la pared. A mí me parece que el maestro escoge melodías terriblemente difíciles para enseñárselas a los niños; y cuando se sabe tan mal como yo el suajili resulta, naturalmente, tanto más difícil aprenderlas de memoria. Para ellos, claro, era bastante fácil. Es de suponer que él conoce bien sus gustos y su forma de pensar; el título del salmo que aprendieron hoy se tradujo así: *There is life in a look at the crucified one*[250], en lo que a mi modo de ver no hay sentido alguno, pero la cosa es que lo cantaron con mucho entusiasmo; decían mucho *damu* a *gondoa*[251], que, me imagino, significará «la sangre del cordero». Yo lo único que sé es el término *gondoa*, por causa de mis tratos sobre ovejas, pero a lo mejor es que no tienen palabra propiamente para cordero...

El miércoles estaba yo plantando en el jardín —lo que me hace disfrutar mucho— cuando llegó aviso de Dickens de si quería llevar a un toto enfermo al hospital. En fin, que le llevé en el coche y como había por la tarde una *matinée* con ciertos cantantes italianos —del coro papal de Roma— fui a oírles. Tienen voces verdaderamente preciosas, desde luego, y cantan como nadie. El programa que habían elegido era demasiado popular, pero la verdad es que es el único que le va de verdad a un público inglés, aunque también cantaron muchas cosas muy atractivas: El barbero, *Bohème* y unas cuantas canciones italianas; fue estupendo oírles... Qué distinto es el temperamento latino del nórdico, y qué talento tienen los artistas, aunque sea de otra manera completamente diferente; estos padres eran tremendamente dramáticos, y siempre que se les presentaba la más pequeña oportunidad se lanzaban de lleno al teatro, por ejemplo, en un dúo entre Fausto y Mefistófeles; Mefistófeles, pequeño y gordo, se volvía completamente demoníaco, con ojos llenos de maldad y satánicas risotadas y gestos salvajes; había en todo ello algo ciertamente irresistible...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 1-8-1926

Querida madre:

Hoy te escribo poco porque tengo muchos preparativos que hacer para la dichosa fête de lady Grigg, que es mañana; entre otras cosas me han pedido que prepare las almendras para su pabellón de té y no estoy segura de si mi cocinero recuerda bien cómo se hacen, aunque yo misma se lo enseñé hace tiempo. Todo este asunto de la fiesta me parece a mí un disparate y tal barbaridad que pienso que dentro de cien años la gente se sentirá incapaz de comprender este fenómeno; es una fiesta benéfica y bien es cierto que lo que se recaude en ella se dedicará a beneficencia, pero los gastos son tan altos —y no digamos los esfuerzos que cuesta— que estoy convencida de que habría sido mucho mejor ir pidiendo el dinero de puerta en puerta. A toda la gente de esta sociedad, que no es tan grande, y por eso pienso que va a ser difícil encontrar compradores, se les ha sableado y se les ha importunado hasta convencerles de que den todo lo que puedan, y luego en levantar las tiendas de campaña y tenderetes se han gastado más de cien libras esterlinas; y encima —además de que muchísimas otras cosas, como verduras, frutas, flores, aves de corral, etcétera, que llegan de up country, sufrirán ciertamente en el transporte y bajarán de precio— la mayor parte de las cosas tendrán que venderse por debajo de su valor, lo cual irritará sin duda a los que lo han dado y tampoco compensará a los compradores, pues es evidente que en circunstancias normales no se les ocurriría adquirir estos pavos, estas cabras de angora, estas gallinas de Guinea, o estas native curious, a cuyo precio hay que añadir los gastos del hotel y del viaje en tren o en coche, y la entrada, y los vestidos y los sombreros nuevos. Todo esto se lo habrían ahorrado con sólo que hubieran podido hacer la compra en el sitio mismo donde viven. Es el mismo tipo de economía que leemos en las cartas de madame de Sevigné, donde, durante uno de los viajes de madame de Montespan por Francia, el alcalde de una ciudad de provincias mandó hacer un barco sobredorado para llevarla río abajo, el cual, entre velas de seda y equipamiento, costó cien mil livres —que, por supuesto, tuvo que costear la provincia—, «pero este dinero ciertamente no fue desperdiciado, porque la marquise quedó tan encantada con el espléndido barco y con las atenciones de monsieur de Tourvel que, a su vuelta a Versalles, consiguió del rey que el sobrino de Tourvel recibiese el mando de uno de los mejores regimientos». Es de esperar que no tuvo que ir a la guerra...

Mis actividades, en calidad, más o menos, de lo que Anders solía llamar: «Profesora de toda clase de animales», se han ampliado de tal manera que apenas tengo tiempo para otra cosa, sobre todo porque ahora me llaman constantemente y en los momentos más difíciles. Desde luego está visto que tengo talento como médico, o buen ojo en esto de las enfermedades y los enfermos, y hasta ahora he tenido suerte con mis curas. Pero el recelo de los kikuyus ante lo que pudiéramos llamar el

universo en general es tan hondo y tan fuerte que sólo un pequeño porcentaje de sus enfermos viene a que yo les trate, y estos meses han muerto muchos, sobre todo entre los viejos. Ellos siguen con su antigua costumbre de exponer a sus muertos a la intemperie, y las hienas se los llevan a donde mejor les va, y ése es el motivo de que vaya yo y me encuentre de pronto dos pedazos de cadáver en pleno bosque, o entre el maíz, detrás de mi casa. Dickens y Farah —para los musulmanes las tumbas tienen un papel muy importante— insisten en que les encargue a ellos enterrar a los muertos que haya en el futuro; pero no me siento con fuerzas para tomar tal decisión, porque la verdad es que estoy del lado de los kikuyus en este asunto, y estaría perfectamente dispuesta a permitir que mi propia transición a esqueleto —que aquí, por cierto, es muy rápida, porque el sol y el viento y los animales y las aves ayudan— tenga lugar entre la hierba seca y el aire libre y bajo las estrellas y, por así decirlo, bajo los ojos de mi propio círculo de amistades...

A Thomas Dinesen

Ngong, 5 de agosto, 1926

...A continuación de este tardío agradecimiento van mis más íntimos deseos de felicidad y alegría en todos los sentidos posibles para vuestra vida diaria y para vuestro nuevo hogar[252], del que me alegraré infinito de saber más detalles. Ojalá que éste, como dice Jakob Knudsen del suyo, sea para vosotros: «mi alma, el hogar de mi corazón[253]», lo que yo misma he sentido con frecuencia sobre mi propia casa, aquí, en Ngong. También quiero desearos que sea para ti el punto de partida de un verdadero trabajo, de eso que la gente llama «una ocupación»; que vivas para ver tu propia personalidad expresada en acción. Holger Drachmann, en un poema, por el que se le ha tomado mucho el pelo, dice algo parecido a esto:

Oigo en la noche

de bosques silenciosos

un grito como de: ¡auxilio

Dios mío!

Me levanto, escucho,

no consigo dormir.

¿Quién soy yo?

¿Qué aspecto

tengo yo?[254]

Yo diría que estos versos expresan algo real, verdadero. Es, en cierto modo, lo que uno busca siempre en la vida. Al tratar uno de ver en el propio interior puede intuir solamente, o incluso puede ver el dibujo del barco o de la casa que se construirá; en su trabajo, en su actividad, en las impresiones que va recibiendo, en las relaciones que tiene con el resto del mundo —con las gentes y las ideas que hay en él— llega uno a saber esto, llega a verlo, por así decirlo, cara a cara. Con frecuencia hay que reírse de ello, porque es muy distinto de lo que se creía que iba a ser, tan distinto que a veces llega incluso a ser sorprendente para uno mismo. Es mi vieja parábola del hombre «que se cayó en un foso, se volvió a levantar, y allí vio... una cigüeña»; algo muy distinto también de lo que se esperaba, igual que las esculturas de nuggos y ngoroas de mis primitivos y jóvenes artistas uakamba, los cuales, sin embargo, se plasman a sí mismos en un instante tales y como son, ni más ni menos. Esto, en general, satisface, y basta, porque es muy raro, es —y perdona que siga repitiéndome— como los assignats, cuyo valor aparente es de cien francos, pero se cambian por diez francos, y todo el mundo queda contento. La realidad cambia de camino, a mi modo de ver, alejándose del «valor nominal», pero *sounds true, like a good sovereign*[255], y se recibe el cambio y se acepta, sí, hasta se dan las gracias por él. Ojalá tú, ahora, en tu nueva casa —cuya dirección no sé todavía— puedas adquirir una colección así de oro de ley, del pan de Jan Bravida, que sacia más que un libro de cocina...

Supongo que seguirás interesándote por saber algo de mí y de mi vida, y sobre esto te diré que me siento muy feliz; ciertamente, a veces, cuando por la noche saco afuera a los pequeños —con mucho miedo de un kali leopardo que los aceche— y me quedo afuera, en el patio empedrado, y miro al cielo estrellado y la silueta de las colinas Ngong que se destacan contra él, me digo que soy completamente feliz y me parece casi ver la «cigüeña». Creo que la gente de aquí, a pesar de todas las shauries que, por otra parte, no tienen absolutamente nada que ver con esto, disfruta de libertad y paz; es posible que, en realidad, esto signifique simplemente que yo aquí estoy en paz con mi vida. Me he dado cuenta —y esto, en sí mismo, es muy curioso y tan ridículo como los animales wakamba— de que la más fuerte y más verdadera pasión de mi existencia ha llegado a ser mi amor por mi black brother[256]; y no tiene importancia alguna que me cause muchas preocupaciones y problemas, porque a pesar de todo sigue siendo para mí una gran

satisfacción, de la que saco gran goce. De la misma manera te puedo decir que mi gran devoción por Denys da a toda mi vida una dulzura indescriptible, a pesar de su constante ausencia. Si esta situación continuase como ahora te aseguro que me proporcionaría la mayor felicidad. Hemos hablado tanto del matrimonio que pronto no nos quedará nada más que decirnos sobre él, y lo último que se me ocurriría es hablar mal del matrimonio a un joven esposo en plena luna de miel; pero por lo que a mí, personalmente, se refiere, me da la impresión de que no estoy diseñada para él. A Elle, y quizás también a ti, pues en mi vejez me he aficionado a repetir todo el tiempo las mismas ideas, os he expuesto una teoría sobre el amor moderno considerado como «homosexualidad» —concebido en el mismo sentido que se da a esta expresión: o sea, homogéneo—, que adopta la forma de una simpatía apasionada, de una comunidad amorosa ante ideas o ideales más bien que una elevación y una dedicación, personales y recíprocas ambas, y pienso que un sentimiento así no puede vivir y prosperar fácilmente —no diré que en convivencia constante, día a día, a través de la vida entera, porque esto me parece perfectamente posible— en circunstancias en las que, por decirlo así, cada parte no tiene existencia propia, como muy bien puede ocurrir entre los amigos más fieles del mismo sexo. Aldous Huxley tiene una expresión: *The love of the parallels*[257] —que él precisamente utiliza en un sentido bastante trágico, pero que yo, sin duda, tengo derecho a utilizar como mejor me parezca—, la cual, en cierto modo, expresa lo que quiero decir: la gente «no sale» la una hacia la otra, ni «asciende» la una hacia otra; posiblemente la gente no llegue nunca a acercarse unos a otros tanto como los que tienen capacidad para este tipo de elevaciones recíprocas, y nadie es nunca la meta de otra persona en la vida, pero mientras uno sea fiel a sí mismo y luche por llegar a su objetivo lejano, acaba por encontrar la felicidad en la convicción de poder seguir yendo paralelamente por toda la eternidad.

Esto no se lo puedes mostrar a Jonna; en parte es que no quiero hablar de Denys a nadie excepto a ti, y en parte también porque no es bueno para una joven esposa el que se discutan y elogien en su presencia relaciones tan inmorales.

En fin, puedo decirte que te estoy muy agradecida porque, estando yo en casa, insististe en que lo lógico para mí era volverme a África. Pero querría añadir unas palabras para explicar que en esto no podría haber para mí ningún conflicto en absoluto; cuando hablaba de ello conmigo misma, veía, me parece, con menos claridad mi propia actitud, mi propia idea sobre lo que hago ahora. Lo que yo temía aquí, sintiendo algo que a veces llegaba a ser verdadero espanto, no eran las circunstancias, sino la inseguridad de todo ello, y la fatalidad de, otra vez, por decirlo así, irremediablemente, dedicar mi vida y la devoción más íntima de mi alma a algo que podría volver a perder. En casa, en Dinamarca, toda la gente me parecía como muy segura; no ran risks[258] de ninguna clase, y esto fue —y no las circunstancias específicas que les permitían vivir así— lo que yo les envidiaba. Y el presentimiento, la convicción de que mi vuelta a mi vida de aquí, precisamente a lo que es mi vida de aquí, no podría ser considerada como un experimento, sino que era, en realidad, definitiva, y esto hacía

que la decisión fuese para mí lo más difícil que cabe imaginar. Casi siempre llega un momento en la vida en el que hay todavía la posibilidad de elegir entre dos caminos, y otro momento en el que sólo hay una posibilidad. Y esto lo tenía yo perfectamente claro: esta vez había quemado mis barcos. «...No retreat, no retreat, ...they must conquer or die who have no retreat»[259], pero es infantil dejarse asustar por esta certidumbre, y sin duda fue solamente porque mi elección, en un momento dado, se me hizo patente de manera insólita y clara en el viaje de regreso, por lo que me causó tal impresión; pero esto, desde luego, es algo que le pasa a todo el mundo.

He tenido el disgusto más grande que cabe imaginar, tan grande como si me hubiera ocurrido a mí misma, diría yo: a saber, que mis boys, un día, cuando yo les había vuelto las espaldas para ir a Nairobi a hablar con Hunter, permitieron que un repulsivo perro se apareara con Heather. Cuando pienso en todo lo que he hecho por conseguirla, y por traerla aquí, tanto que casi perdí la vida por causa de ella a bordo, y que ahora sea éste el resultado de tanto esfuerzo, es para desesperarse. Ni siquiera me he atrevido a escribir sobre esto a casa; pienso que es lo que se llama un «disgusto», por oposición a un verdadero dolor, al que no cabe dar expresión de ninguna manera; le va comiendo a una por dentro y envenenándole por completo el alma y la existencia. Cuando me enteré y fui a hablar de ello con mis boys, comprobé, con gran desconcierto por mi parte, que me resultaba imposible pronunciar una sola palabra. Después, al recuperar el uso de la palabra, les despedí a todos, sin excepción; bueno, con excepción de Farah, que no parecía tener más sentido de responsabilidad por lo sucedido que los otros, pero que no había estado allí al haberme acompañado a Nairobi. Después todos me han jurado que serán buenos en el futuro, y, como te puedes imaginar, he acabado por permitirles que se queden, y hasta han pergeñado un cuento: dicen que fue Banja quien en realidad se acercó primero al otro perro; esto, claro, no es que sea imposible, y lo único que podemos hacer es esperar mientras el incidente sigue su curso; en cuanto vea los cachorros de Heather me daré cuenta de su procedencia...

Para terminar te diré algunas palabras sobre la finca. Como sabes muy bien, hemos sufrido una fuerte decepción: la cosecha no se anuncia demasiado buena y, en consecuencia, no podemos esperar gran cosa. Ya recordarás que en 1922 nos pasó más o menos lo mismo después de un año seco, y a pesar de las abundantes lluvias, lo que —estoy convencida de ello— me llevó a ingresar en el hospital de Nairobi. Casi desde que llegué aquí me he sentido preocupada por la idea de que la situación pudiera repetirse este año; estamos a demasiada altitud para que nuestras plantas puedan recuperarse enseguida después de una sequía. Me apresuro a añadir que pienso que la finca tiene un aspecto estupendo; ha progresado, de verdad, en todos los sentidos, y estoy convencida de que podemos esperar una buena cosecha el año que viene, si el clima no nos complica demasiado la vida...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 8 de agosto de 1926

Querida madre:

Estoy muy entristecida porque Abdullai, a quien llevé conmigo a Dinamarca, murió anteayer. Hay mucha enfermedad aquí ahora por todas partes; esto fue por black-water, una consecuencia de la malaria. Es una muerte trágica, porque Abdullai era el único sostén de su madre, cuyo marido es una mala persona, y ahora la pobre se queda con dos niños pequeños. La desdichada mujer se puso frenética de dolor y desapareció durante dos días, pero ahora ha vuelto de nuevo entre nosotros. Hace algún tiempo oí yo que Abdullai estaba enfermo y fui a visitarle a la aldea somalí, no recuerdo si escribí algo sobre ello. Me dijo que saludase mucho de su parte a todos los de Rungsted. Él y su madre estaban muy bien juntos y yo me llevaba magníficamente con él y me sentía muy a gusto siempre en su compañía. Farah ha tenido que ir a una ceremonia musulmana que se celebra después del entierro. He podido enviar a su madre algún dinero para los gastos; todas las festividades musulmanas, cualquiera que sea su motivo, consisten fundamentalmente en beneficencia, y no beben nada y también se muestran muy parcos en la comida. Abdullai iba a casarse la semana que viene; la joven novia, que todavía no le conocía, llega ahora de Mombasa para asistir a la ceremonia fúnebre...

El otro Abdullahi, el hermano de Farah, tiene que pasar su examen final el mes que viene; y para mí también ya es hora, porque llevo pagados más de mil doscientos chelines por su educación; espero que le sea de utilidad. Es grande y gordo como no te puedes imaginar, pero tiene exactamente la misma cara que cuando tenía seis años; es un chico notable, con su pasión por aprender, sobre todo en lo que se refiere a números; goza de gran prestigio entre los somalíes, porque nunca es kali, y Farah dice que incluso los viejos somalíes le piden consejo cuando no se ponen de acuerdo entre sí. Quizás acabe convirtiéndose en una especie de Salomón.

Esta semana ha transcurrido bajo el signo de la beneficencia de lady Grigg, y yo, cuando ya el miércoles había pasado, podría decir como mi viejo cocinero cristiano: «Y con la ayuda misericordiosa de Dios, hemos visto el fin». Ha sido una de las cosas más improbables que he tenido que soportar en mi vida... Yo misma no tuve más remedio, en mi tiempo libre, que ir por los otros tenderetes y comprar mucha basura, de la

que, sin temor a mentir, cabe decir que «no hay manera humana de deshacerse de ella». Mi experiencia más grande fue en la tienda de los cócteles, que estaba a cargo de Keith Caldwell, donde se reponían fuerzas en un momento, pero yo diría que a la larga eso no sentaba nada bien, ya que allí se hacían los cócteles de manera completamente espontánea y a gusto de cada uno; y a los que llegaban un poco tarde les daban un vaso compuesto de unos veinte líquidos distintos que les habían ido sobrando...

La carta que va a continuación fue enviada por Karen Blixen a su hermano junto con la carta inacabada del 1 de abril de 1926. Las dos cartas, por consiguiente, deben ser leídas seguidas.

Thomas Dinesen explica en carta al compilador, fechada el 14 de marzo de 1978, que el suceso de que habla la carta de Karen Blixen en la página 262, que la forzó a hacer balance de su situación, como ella misma dice, fue que en un momento de la primavera de 1926 había creído estar embarazada.

A Thomas Dinesen

Ngong, domingo, 5 de septiembre del 1926

Confidencial

Mi querido y viejo Tommy:

Te escribo hoy, y no sin cierta inquietud. Siempre ha sido all right acudir a ti con toda clase de shauries, tanto materiales como espirituales, en otros tiempos, cuando tú eras libre como los pájaros, porque entonces uno piensa que puede recurrir a gente como tú sin demasiados escrúpulos de conciencia; tú, por así decirlo, no tenías nada en que pasar el tiempo, más aún, no se sabía nunca si alguna de las shauries que descargaba sobre tus hombros no podría quizás interesarte, o tener algo que estuvieras buscando. (Eso es lo que pensé, por ejemplo, cuando en 1920 puse más o menos el África entera sobre tus hombros, con sus blancos y sus negros, su agricultura, su política, su caza, etcétera.) Pero

ahora eres un hombre con toda la responsabilidad de la felicidad de otra persona, y quizás, dentro de poco, de más; y realmente no debes aplazar demasiado tiempo el momento de asentarte de la manera que sea, pues tienes que administrar por ti sólo tu talento, tus fuerzas, tu dinero y tu tiempo. No vayas a creer que me quejo de nada de esto; no sabes lo de veras que te he deseado no sólo la felicidad en todos los sentidos, sino precisamente eso: que tengas en tus manos toda tu personalidad y tu vida, y debería, más que ninguna otra persona, renunciar a pedirte «toda tu atención», como solía yo decir con tanta frecuencia en otros tiempos. Pero también ahora, muy poli-poli, debo afianzarme en nuestra amistad, que es eternamente incambiable.

Y luego, también: yo aquí me consumo en este momento por dar con una persona con quien pueda hablar con completa franqueza y sinceridad de todo, a quien pueda exponer todas mis dificultades y preocupaciones y a quien pueda pedir consejo y ayuda —e incluso si una piensa que le van a contestar que por el momento no pueden hacer nada, por lo menos es consolador en sí el tener a alguien a quien poder recurrir—, ¿y qué otra persona tengo yo en el mundo, salvo tú, a la que pueda hablar o escribir de esta manera? Mientras no te pongas kali sobre esto no se pierde nada en absoluto escribiéndote, y confío en que no te enfades, incluso si, después de leer esta carta, la echas a un lado y dices: esta mujer está cada vez mas trastornada. No sé, la verdad, de nada en este mundo que tú pudieras escribirme a mí que me hiciera «perder la paciencia con Thomas»; pero, por propia experiencia, tengo una idea muy alta de tu paciencia conmigo.

De sobra sé que en otros tiempos he tenido tendencia a «quejarme» o, mejor dicho, a ponerme furiosa y gritar con el destino en general y contra cada una de las menores aflicciones, pero de esto creo haberme curado ya, más casi que la mayor parte de la gente. No obstante, si a pesar de todo de vez en cuando se produce una explosión de este tipo, tiene sin duda que deberse en parte a que me encuentro aquí muy solitaria por lo que se refiere a compañía de gente de verdadera confianza. Ahora precisamente no me llevo nada bien con Dickens, que es bastante descortés y desagradable conmigo, y cuando a Farah le entra su humor hosco me doy cuenta de lo aislada que estoy aquí, no solamente por lo que se refiere al intercambio de las opiniones más elementales entre gente afín, sino también cuando lo que una necesita es ese modesto consuelo que se llama «una palabra amiga». Los jambo memsabo[260] de mis pequeños totos me producen un efecto benéfico superior a lo normal y aguardo con impaciencia mis encuentros con tu amigo Mohr todos los lunes en el hotel Stanley, donde nos tomamos un vermut y nos cambiamos libros, con verdadero anhelo, aunque sólo sea por mostrar la amabilidad y simpatía que son normales entre los seres humanos. Si piensas en esto y te muestras comprensivo con lo que te escribo, podrías, al menos, enviarme tu jambo memsabo desde Dinamarca, y esto, por sí sólo, me resultaría bastante satisfactorio.

Esta vez me ha resultado difícil el regreso de Europa, y encontrarme aquí a gusto o equilibrada. (Bien es cierto que siempre me ha sido difícil

a lo largo de mi vida sentirme a gusto o equilibrada, pero no tengo intención de hablar de esto, sino que me ceñiré a una cuestión concreta.) De modo que te diré que me siento bastante inquieta ante la idea de volver a casa; las circunstancias son tan distintas que cuesta mucho adaptarse a lo uno a partir de lo otro. He sido, si se me permite decirlo, víctima de un gran altibajo, completamente absurdo, en mi visión de la vida en general, y para una persona que ha conservado un mínimo de sentido común resulta realmente terrible este fenómeno. No creo que fuera provocado tan sólo por las circunstancias externas especiales, sino, más bien, por el momento de la vida en que me encontraba: o sea, cuando ya no se dispone de distintas posibilidades, sino que hay que aceptar lo que llega for good y, por así decirlo, hacer estado de la propia situación —y esto, creo yo, resulta siempre difícil—; y cuando se considera la propia situación se tiene la tendencia a ver un momento con absurdo optimismo y el siguiente con igualmente oscuro pesimismo. Pero esto se encuentra en la naturaleza misma de las cosas, porque es realmente un juicio difícil, y una de las muchas felicidades o ventajas de ser joven es que mientras se tienen delante muchas posibilidades no hay necesidad de decidirse por ninguna de ellas. Sin embargo, cuando se llega a mi edad esa elección se nos presenta a todos, pero no todos la aprovechan, y de esto resulta en parte que mucha gente viva espiritualmente al día, sin nada en que ocupar sus activos y sus pasivos, y en parte también que la gente casada o que vive en familia, o que, en términos generales, disfruta de una sociedad más o menos íntima del tipo que sea, se apoyen unos en otros convencidos de la importancia y el sentido y la ventaja de sus posesiones particulares —pero de estos apoyos y ánimos yo estoy excluida—, y en un matrimonio como es debido no hay necesidad de ajustes de cuentas, porque todo en él está por encima de valoraciones.

Te incluyo una carta que, como ves, te escribí dos meses después de mi llegada a esta tierra. Entonces tuve todavía, a pesar de todo, suficiente sentido común para no mandártela; y cuando me di cuenta de que no debía enviártela me pareció completamente absurdo seguir escribiéndola, de modo que ahí la tienes, sin terminar. Ahora que veo las cosas de manera algo distinta te la mando sólo a modo de ilustración de la situación, o por lo menos de una fase por la que he pasado. No te voy a decir que he llegado a la conclusión de que no tenía razón en lo que te escribía en ella; con esos mismos datos pienso que la cosa sigue siendo más o menos como la expongo. Lo que ocurre, si se me permite decirlo, es que he acabado por dar a esos datos una interpretación distinta, y pienso que a todo el mundo le pasa una cosa así en su vida tarde o temprano. ¿Has leído las *New Arabian Nights*, de Stevenson? ¿Recuerdas cómo el príncipe Florizel de Bohemia, en ese libro, después de haber sido expulsado de su reino, acaba teniendo un cigar divan[261] en Piccadilly y llegando a la conclusión de que es mucho más feliz allí que antes, cuando era príncipe? En su caso hay que convenir en que tiene razón; pero también es cierto, sin duda, que él nunca habría renunciado voluntariamente a su categoría de regente para abrir un cigar divan. De la misma manera pienso que una persona que, por ejemplo, ha perdido sus dos piernas en la guerra, podría llegar a aceptar que es perfectamente posible vivir sin piernas, y que él, al

perder las suyas, había llegado a una apreciación más alta de la literatura o del pensamiento, de la contemplación de la naturaleza, de la música, etcétera, e incluso podría terminar diciendo que ahora era más feliz que antes; pero una cosa está clara: nunca habría podido llegar de manera inmediata y directa a este punto de vista.

Poco después de escribirte esa carta me ocurrió algo que cambió por completo las cosas, es decir, que me forzó a pasar revista a mi situación. Pienso que yo, en la primavera, me encontraba en el mismo estado que A... en agosto del año pasado. Si sucedió realmente así no lo sé con completa seguridad, ni lo voy a poder saber, pero viene a ser lo mismo, y el verdadero punto de gravedad de esta experiencia —que, por otra parte, me resultó muy desagradable— no era éste. Fue entonces cuando me di cuenta con claridad del hecho de que no deseaba tener ningún hijo. Y bien que me la di, aunque hubo momentos en que llegué a decirme que habría sido, como quien dice, a great joke[262], y me entretenía imaginando lo que habría podido pasar si las cosas de mi entorno hubieran ido de otra forma: por ejemplo, si tú no te hubieras casado, o si Daisy estuviera viva. Pero también había veces en que la idea de tener un hijo me parecía una gran felicidad. ¿Cuál es la razón?

Siempre he pensado que agarrarse a la idea de que uno va a «vivir en sus hijos» después de haber failed in life —y, en consecuencia, no teniendo fe alguna o contenido que dar a los hijos— es uno de los recursos más patéticos que hay... y me parece tan moralmente despreciable como lógicamente estúpido. Pero ¿era ésa mi propia situación? ¿Tenía yo acaso, sin darme cuenta de ello, la convicción de haber failed, en lo exterior, en circunstancias inseguras o desesperadas o, con mayor profundidad, al llegar a la conclusión de que la vida is not worth living?[263]

Esta carta, si conservo en ella las proporciones, acabará siendo demasiado larga, pues solamente de introducción llevo ya seis caras. Pero me voy a imaginar, por ejemplo, que ya nunca más vamos a decirnos nada, y así, a pesar de todo, tendrá un cierto atractivo para ti, a modo de último capítulo de un libro del cual algunos de sus capítulos te parecieron interesantes.

Cuando se trata de evaluar o medir el propio destino, una de las dificultades con que te encuentras es que siempre acaba volviendo irremediablemente a puntos de vista o raseros ajenos. Sobre todo ocurre esto cuando una se ha visto forzada tantas veces a confesarse idiota y ha perdido la mayor parte de su aplomo inicial, porque entonces se llega, sin quererlo, a tratar de apreciar las cosas a través de ojos ajenos y se olvida de que los demás juzgan cosas y circunstancias en todo momento desde puntos de vista y criterios más o menos personales. Pero de lo que es necesario darse perfecta cuenta es de cómo se presenta la situación para uno mismo, para la persona específica y civilizada a que aquí nos referimos. ¿Habré yo failed ante mí misma o desde mi propio punto de vista?

Pienso que a la mayor parte de la gente, pero no tanto a ti, porque tú, naturalmente, has pasado por experiencias semejantes a las mías, le parecería muy raro que yo dijera ahora que lo que me afectó o se apoderó de mí a mi vuelta a casa, y que desde entonces me ha sido difícil asimilar a las circunstancias de aquí, y a mi vida de aquí, fue precisamente que la gente de Dinamarca me parecía que lo supeditaba todo a la felicidad y que eran de verdad felices. Para mí, a lo largo de tantos años, la vida había sido una lucha para mantenerme a flote o para conseguir algo —primero durante mi enfermedad, luego durante la paranoia de Bror y las difíciles circunstancias en que estábamos aquí—, hasta el punto de que se me había olvidado el arte de enfrentarme así con la existencia. Se puede ser feliz cuando se ha vencido una shaurie o se ha sabido sobreponer uno a ella, hasta que llega la siguiente, pero ser feliz en uno mismo de un día para otro, salir al encuentro de la vida para ser feliz y ver su esencia interior, a mí esto es cosa que hace mucho tiempo que no se me ocurre intentar. Y ahora, cuando me parece que lo veo hecho realidad, ya te darás cuenta de que puede atraer con gran fuerza, y no sólo porque veo la paz en ello, sino porque lo considero muy lleno de belleza.

Lo que en el pasado, ante mi propio destino, me había causado dolor era casi siempre que no me parecía que yo hubiera llegado a ser lo que debía, y que no había sabido sacar suficiente provecho de mis talentos y de mis dotes; realmente lo pienso desde un punto de vista muy objetivo, aunque se podría creer que me sobrevaloro demasiado. Ya hemos hablado tú y yo de lo triste que es este fenómeno en la vida; que, por ejemplo, no era triste, por muy doloroso que fuese de verdad, ver a un perro de caza azotado para hacerle cobrar la res, o a un caballo de carreras para que se esfuerce al máximo, pero lo que sí es triste es que a un perro de caza se le utilice de perro de vigilancia o se le encadene, o a un caballo de pura sangre se le unza al arado, o se meta a un ave salvaje en una jaula, o se plante un arbusto de café en tierra mala. Por ejemplo, cuando costé la educación de Abdullai, o cuando no tengo más remedio que imponerme a mis natives esperando hacerles así un poco más humanos —lo que, evidentemente, no coincide en absoluto con mis intereses—, más aún, cuando estoy echada por la noche y me pongo a pensar en la manera de enseñar a mi cocinero a hacer pasteles buenos de verdad o en plantas mis cinerarias una y otra vez, hasta veinte, en distintas clases de tierra, es la misma convicción la que me impulsa: la sensación del gran valor de lo divino, del talento, de lo particular, de la belleza, el temor a verlo derrumbarse y derramarse sin provecho. Y también pienso con frecuencia que yo he tenido dotes y una gran energía de trabajo, pero no he llegado, por la razón que fuese, del modo que sea, a estar a la altura de ambas. Estas dos cosas no han cooperado entre sí, no he tenido la oportunidad de cooperar con mis propias dotes; mi trabajo —y en cierto modo estimo que me he esforzado en él— ha sido como el del perro de caza que vigila y ladra en la perrera, en «espíritu y verdad»[264] sin intención ni objeto, más aún, contra todo objeto, y de manera sumamente mediocre.

Pero esta última vez que estuve en casa me pareció que debía dejar de inquietarme por este motivo, incluso que había algo de inquieto, de inarmonioso, de antipático en este punto de vista, sobre todo ante la armonía y la belleza con que la gente de allí —¡y sin reservas mentales o motivos ulteriores!— se dedicaba enteramente a gozar en su propia felicidad. Toda la gente que traté, y a quien tanto me alegré de ver: Elle, Koosje, Sophie, no querían en absoluto alcanzar «el ideal», sino, más bien, ver el ideal en todo cuanto querían y habían alcanzado, en todo cuanto a ellos les complacía. Cuando se habla de un caballo ideal, o de un perro o de un jardín ideal, no se trata de entrenar a un ganador del Derby o a un caballo matemático en Elberfeld, ni tampoco de obtener un premio de perros policía, sino, simplemente, de que el animal doméstico ideal sea fiel y tenga buen aspecto. Ir por el bosque desde Rungsted hasta Folehave, hacer una taza de té con tostada de pan de centeno, plantar una nueva hilera de jacintos... Éste es el contenido de la vida que vale la pena, porque es algo que una quiere, con lo que una se siente a gusto, lo que le hace feliz a una. El «hogar ideal, espartano, impregnado de la patria», es el Magleås[265] que uno ha levantado y ajuarado a su gusto, y en el que uno se siente at ease[266]. Qué bello y sonriente era todo, como si las gentes se pasearan por un jardín o un bosque mientras yo me esforzaba por escalar, jadeante, una temible cima rocosa. Y qué emocionante era... ver jardines, niños y amigos pasándolo bien sin el menor esfuerzo, mientras yo, que pensaba haber estado dispuesta a arriesgarlo todo, y que en cierto modo había sido tratada como quien lo ha arriesgado todo, no estaba in gear[267] y había terminado dedicando mi vida a make both ends meet[268] en una lejana finca cafetera, cuyo porvenir sigue siendo bastante problemático.

Pienso que tú ahora eres muy feliz, o que, al menos —porque en tu vida y en tu porvenir tendrán que ir surgiendo muchos problemas—, fuiste completamente feliz durante tu viaje de novios por Francia. Supongo que no creerás que es la envidia lo que me induce a decirte que yo no recuerdo en absoluto haber vivido nunca, ni siquiera lejanamente, así. Bueno, sí, cuando estuve con Daisy en Roma, quizás entonces nuestras excursiones a caballo a Frascati llegaron a tener algo de esa luz; pero no había perspectiva en eso, siempre estaba una pensando que pronto terminaría. Yendo con Denys en coche por la reserva de caza pasaba lo mismo, y durante mis vacaciones en casa, igual; la perspectiva estaba cortada, y desde donde estábamos se podía ver el corte. Ya te he hecho ver, sin duda, que se me ha convertido en una especie de costumbre o de idea fija mirar siempre hacia adelante de esta manera y calcular el tiempo que le queda todavía a una cosa, por insignificante que sea, como por ejemplo cuando voy a Nairobi —«ya sólo quedan diez, veinte minutos»—, y esto proviene, me parece a mí, de que en estos diez años últimos he vivido casi siempre de esta manera, pendiente de esta idea. Cuando me embarqué me vi en mi verdadero elemento, por lo que se refiere a este modo de pensar; y en el golfo de Vizcaya dispuse de una buena ocasión de encontrar consuelo en este tipo de previsiones.

Pero, a lo que iba: el destino ajeno puede, ciertamente, servir de guía o de iluminación más o menos para el propio. Yo no soy Elle, ni Koosje, ni

Jonna, esto es evidente; no creo que, en términos generales, pueda decirse de mí que me guía la envidia, y aun en el caso de que sintiera envidia por ellas, esa envidia sin duda sería por su personalidad o por sus aptitudes, y no creo que nadie llegue a esto, por muy dado que sea a la envidia.

He leído que la verdadera religiosidad se define así: amar sin condiciones el propio destino; y hay algo de cierto en esto. O sea: creo en cierto modo que esa «religiosidad» es la condición de la felicidad auténtica. Pero lo que no creo es que lo que nos reconcome, nos llena, nos impulsa y no nos deja en paz cuando nos vemos metidos por completo en ello, sea en gran medida irritación ante oportunidades perdidas, o, como dije, la envidia por aquellos a quienes las cosas les han ido mejor. Por ejemplo, la idea: ¿cómo sacaría yo el mejor partido posible de este destino mío, al que, a pesar de todo, amo «incondicionalmente»?; es igual que la cuestión: ¿cómo saldré yo de todo esto con la inteligencia, la edad, el aspecto, la casa, las amistades, el porvenir, las posibilidades de que dispongo? ¿Cuáles son, dando por supuestas mi situación y mis circunstancias actuales —y, como te dije, no sé ni cómo ni cuándo me hubiera sido posible, incluso de haberseme presentado la posibilidad, cambiarlas o mejorar, y, además, de nada vale llorar oportunidades perdidas—, mis condiciones, mis dificultades para alcanzar un cierto nivel de desarrollo o la felicidad?

No pienso empezar aquí a clasificarlas entre las que proceden de circunstancias externas y las de las que se puede decir que tienen su origen en mi propio temperamento; y es que pienso que esas dos categorías de realidad se mezclan entre sí. Si, por ejemplo, tengo frío, puede decirse que esto tendrá su origen en mi propia constitución o en la temperatura circundante, pero ello no cambia mi sensación de frío, y haría falta, digamos en sentido figurado, una persona muy inteligente para decidir si lo que tengo que hacer es tomarme un tónico o echarme junto a la chimenea. No creo que haya dos personas que reaccionen igual ante la misma influencia externa, y con la edad se aprende a ser veraz y a no tener prejuicios por lo que a estas cuestiones se refiere, tanto ante uno mismo como ante los demás. La gente que, leyendo esto, se lanzara a acusarme de falta de energía ante lo que para ellos es un mal menor, debiera recordar que yo, posiblemente con más fuerza que ellos, he sido víctima de un mal mayor. Y si no fuera por lo mal que suena podría decir, por ejemplo, que, para mí, tal y como está ahora el mundo, valió la pena contraer sífilis con tal de ser «baronesa»; pero con esto no quiero decir en modo alguno que tenga que ser éste un criterio válido para todos.

Lo primero de todo cuanto poseo es para mí la libertad; ésta, a fin de cuentas, se encuentra limitada por circunstancias externas, pero, a pesar de todo, es muy grande, y nadie tiene derecho a censurarme por mi aspecto, por cómo pienso o —excepto en business— por cómo hablo y actúo. Esto es parte de mi «falta de compromisos», bien que lo sé, y bien que lo siento a veces, y sin duda tú, que ahora tienes luz y calor gracias a una relación segura, podrás comprenderlo muy bien; pero aun

cuando esta situación me ha costado cara, el precio no ha sido demasiado alto. Sé bien que mi amor por mi libertad es real y está muy arraigado en mí —yo la libertad teórica no la valoro tanto, mi mucho menos—, pero si hablamos de libertad práctica pienso que, en todo momento, de poder elegir, yo elegiría siempre con el pensamiento puesto en ella. Si yo hubiera deseado de verdad una «relación, un compromiso», podría perfectamente haberme propuesto amar a Geoffrey Buxton, en quien habría encontrado una buena ancla, o soñar con el Empire; y si he dedicado mi vida a amar al desarraigado Denys y a la raza negra en su totalidad, se debe —entre otras razones— a que aquí tengo que sentirme segura; no puedo ser poseída ni deseo poseer, y bien sabe Dios lo frío y lo vacío que puede llegar a ser esto, pero no es ni asfixiante ni apretujado. Y también sé que debo aceptar mi destino «sin condiciones», porque por mucho que aspire a algo más permanente y más íntimo en mi vida, siempre me «escabullo» cuando llega el momento de la verdad, que a mí se me repite constantemente. Ya te he dicho que me gustaría ser sacerdote católico, y lo sostengo —y casi lo soy ya—, pero habría que ser más que un ser humano para no suspirar profundamente a veces al ver encenderse las luces en las casas y reunirse los grupos familiares. No voy a decir, como Shelley, que soy *One whom men love not and yet regret*[269]; a mí me quieren, estoy bastante convencida de ello, pero no quieren, o no pueden, acercarse demasiado —no más de lo que se me acercan Farah o Pjuske—, ¿y no está esto bastante lejos de una auténtica relación, como la que, por ejemplo, tenemos tú y yo? De esto te puedo hablar sin temor a que pierdas la paciencia o me entiendas mal, porque pienso que también tú, a veces, has sentido lo mismo. Recuerdo que Daisy era, por así decirlo, un sacerdote católico muy amado; no había una sola persona, ni una, de las que conocía, con la que, de alguna manera, no estableciese algún tipo de relación personal —camareros, cocheros, gente a quienes había visto una o dos veces, y que ahora, después de tantos años, todavía hablan de ella—, pero nadie supo anclarla, y al final de su vida yo diría que lo echó de menos...

Pero tú puedes comprender que incluso si uno se resigna muy cheerfully[270] a una convivencia verdaderamente íntima con otros o con otra persona, es posible, así y todo, echar de menos y anhelar hasta casi sofocarse una simpatía y una comprensión más someras. Ahora que Berkeley ha muerto y Denys está en su tierra ya casi no tengo a nadie con quien hablar, y te añoro a ti y nuestras discusiones hasta el punto de que me parece que mi anhelo debiera atraerte como un imán por encima del mar y de la tierra hasta colocarte donde yo estoy ahora. Si te parece fatigante recibir una carta tan larga, achácalo a esto que te digo. El intercambio espiritual que es la coexistencia con seres humanos que comparten los intereses de una y le tienen cariño a una es muy necesario, un día con otro, para no sentirse starved, porque incluso se llega a sentir pánico ante la perspectiva de morir de hambre y quedar finalmente vacío por completo y stale[271]. A esta distancia la correspondencia va a un ritmo que para los seres humanos resulta antinatural e intolerable; se siente una como Ea ante un sacerdote de quien había oído que «habla tan despacio que es imposible seguirle». Aparte de que yo tenga o deje de tener tanta relación con el cielo y con

los santos como un sacerdote católico, no tengo relación alguna con la Iglesia; no he recibido ninguna carta pastoral de mi obispo ni puedo aspirar a una audiencia del Santo Padre. Y esto, además de ser una gran lástima y de poder, sin duda, causarle a uno la muerte espiritual en último término, tiene la virtud de ponerme nerviosa; puede uno caer en un mood[272] de completa desesperación ante el cielo y la tierra que cinco minutos de conversación bastarían para disipar por completo.

En fin, que pensarás que la situación insegura en que seguimos viéndonos esta Company y yo misma con ella puede llegar a fin de cuentas a resultar desesperante. Fue emocionante en otro tiempo, pero ahora se ha convertido en una penosa joke. Yo pienso que si pasamos este año habremos superado nuestras dificultades; pero esto ya nos lo hemos dicho otras veces, y además estoy segura de que este año lo vamos a pasar. Y otra cosa: nunca más hacer planes a la larga, nunca más calcular el futuro a más de unos meses vista y, sobre todo, nunca fijar la mirada más allá de febrero o marzo, porque eso no conduce a nada bueno; se acaba como la mujer del funcionario de Det Flager, que «por causa de la incertidumbre sus pies perdían asidero, pero ella seguía dando saltitos, con el pensamiento y con el espíritu, como un pájaro, hasta que llegó un día en que las fuerzas acabaron por fallarle»[273]. No quiero hablar más de este asunto, pues se está convirtiendo en un intercambio de discursos, un intercambio sin ninguna utilidad; y se termina igual que se empezó, sólo que con un poco de mareo.

Pero todo esto que he enumerado a mí no me break[274]. Tengo la impresión de que podría breake a otros, pero no a mí, de la misma manera que el haz de leña o el cuévano de bibi[275] no nos podrían breake a nosotros, mientras los conservemos en equilibrio sobre la cabeza. Este, como te digo, aislamiento, esta falta de relaciones — soledad continua, áspera inseguridad en todas las circunstancias prácticas del día—, todo esto es un peso que, sin embargo, en mi caso está donde debe estar; y lo puedo soportar con relativa facilidad, incluso cuando llega a ser excesivo. Pero ahora querría decirte algo que es, si no lamentable, por lo menos cruelmente superfluo, y que pienso que a ti te parecerá mal, más aún, que te merecerá el mayor desprecio. No se puede remediar; cuando te escribo a ti tengo que ser como siempre que he hablado contigo: completamente sincera, de otro modo carece de sentido todo esto.

Cuando te digo que estas circunstancias, que quizás a otros les parecieran muy duras, a mí no me oprimen en absoluto, te lo digo, es de suponer, porque están, after all, de acuerdo con mi naturaleza, y esto es, sin duda, como te digo, lo más importante, por muy desagradables o unbearable que las circunstancias y los reveses puedan parecernos. A fin de cuentas todo depende de que el hombre, en esa situación, siga siendo lo que es, y de que la reacción que provoca en nosotros la presión externa sea expresión verdadera de todo nuestro ser. Mi enfermedad, por ejemplo, no me fue realmente «hostil»; muchas shauries que para algunas personas habrían sido completamente

insoportables, a mí me resultan casi reanimadoras, como, por ejemplo, las desagradables dificultades que me ocasiona en mis relaciones con los ingleses mi pro-nativeness. No sé si te acuerdas de que tú y yo una vez hablamos precisamente de las facilidades y las dificultades que brindan las circunstancias externas cuando lo que se quiere es «ser uno mismo», y tú entonces dijiste que sería terriblemente difícil, por no decir imposible, por ejemplo, el que un gran profesor de matemáticas pudiera ser él mismo en una isla desierta entre salvajes; le faltarían por completo las condiciones necesarias para expresar lo que era realmente su propio ser; las raíces, por así decirlo, habrían sido cortadas y esto para él sería una desgracia mucho mayor que, por ejemplo, para un hombre práctico y competente, de la misma manera que sería una desgracia mucho mayor para un virtuoso del violín que para un gran naviero perder dos dedos de la mano derecha.

Cuando yo, este año, en circunstancias que de forma particular me forzaron a mostrarme concienzuda y franca, traté de aclarar mi propia situación y en particular mi futuro, pasé revista a mis circunstancias de aquí y a mis posibilidades de prosperar o ser feliz, y entonces me di cuenta de que lo que me hacía difícil la existencia aquí era que soy muy pobre. Ya sé que suena mal, y realmente me costó algún tiempo confesarme a mí misma que es así como son las cosas; pero ahora me doy cuenta de que ésta es la pura verdad, y no sé por qué motivo resulta tan terriblemente penoso. La educan a una en la idea de que no hay que pensar así, de que es una cosa banal, indigna de la inteligencia y carente de idealismo, casi lo más bajo en que se puede caer. Y es, en cierta medida, verdad que la gente que no se ocupa de cosas de dinero (y esto es porque se ocupan de algo más grande o más alto en la vida) están por encima de los demás y son más valiosos. Pero este valor superior lo tienen por sí mismos; no es el amor o la indiferencia al dinero lo que resulta decisivo en esta cuestión, y los negros más bajos o más insignificantes no se volverían mejores o más altos porque hayan podido deshacerse de su codicia de dinero. Es más alto ser Einstein que saber hacer bordados artísticos o representar comedias; pero cuando lo que una sabe hacer, lo que le permite a una expresar su personalidad, es una de esas cosas, no se mejora una arrojando de sí sus sedas de bordar o volviéndole la espalda, despectivamente, a las candilejas.

Se me ocurre que acaso una cierta forma y un cierto color que hay en torno a mí, una cierta «elegancia teatral» que Elle solía reprocharme en otros tiempos, una expresión de mi ser, sean para mí, como suele decirse, «una necesidad de la naturaleza»; sin esas cosas no me vuelvo, desde luego, una glotona que no puede conseguir sus platos favoritos, pero sí una actriz sin escenario, una violinista sin manos o, por lo menos, sin violín, o sea, algo así como ese profesor tuyo de matemáticas que se encuentra en una isla desierta; en una palabra, que dejo de ser yo. Uno puede verse forzado, sin duda, a prescindir de esas cosas, de la misma manera que, por ejemplo, es posible resignarse a prescindir del ejercicio cuando le encierran en la cárcel; pero lo que ya no parece posible es prescindir de todo sin perder la felicidad. Yo accedería a perder una pierna a cambio de recibir cinco mil libras esterlinas al año; y no porque pensase que, de esta forma, iba a poder llevar una vida más

cómoda —estaría dispuesta a que se especificase en el contrato que renunciaría en tal caso a las cinco mil libras esterlinas—, sino porque pienso que sin una pierna podría seguir siendo yo misma, pero muy difícilmente sin dinero. He sentido mi enfermedad y siento ahora mi soledad como molestias, sin duda, pero también como reveses, como situaciones que, con el tiempo, han llegado a ser parte de mí misma; es el caso, por ejemplo, de mi nariz, que me gustaría que fuese más bonita, pero tampoco me molesta demasiado como es; sin embargo mi pobreza la siento como un cuerpo extraño en mí, como una punta de lanza o una aguja, como un jigger[276] incluso, y no consigo acostumbrarme, más aún, mi propia constitución se rebela sin cesar.

No sabes lo poco que me gusta escribirte estas cosas, bien lo sabe Dios, pero puede resultar útil aclarar lo que es bueno y lo que es — independientemente de su naturaleza o intención— malo. ¿No es cierto que hay algo de insincero o de prejuicio en ello? ¿Es acaso peor confesar que la pobreza hace sufrir, que confesar que se sufre en soledad o cuando se está angustiada? —lo que a mí no me pasa; pienso realmente que me he creado una capacidad de resistencia al espanto que pocos pueden igualar; casi podría lanzarte esa cita que me escribiste tú mismo una vez: «A mí ya no hay quien me muerda, ni los piojos ni las balas del enemigo». Desde luego, a mí ya no me asustan las serpientes, y yo misma he matado una con un bastón—. ¿Y no es cierto que para poder juzgar debidamente los puntos flacos de una persona hay que examinarlos a la luz de sus virtudes y de toda su personalidad? Cuando tú, por ejemplo, te causaste a ti mismo gran cantidad de sufrimiento, y a otros también, con tu tendencia a lo que la tía Bess solía llamar «erofilia», ¿no fue posiblemente debido a muchas cosas de la vida, de la sociedad, de tus circunstancias, y no es también cierto que la causa estaba en algo de tu carácter que, además, poseía valor y que, cuando tuviste la suerte de que tus circunstancias cambiaran un poco, se convirtió en felicidad y en contenido de vida para ti y para otra persona?

Mi interés por el dinero se debe en parte a que las cosas materiales o sensuales o visibles son para mí, yo creo que en mayor medida que para otra gente, una expresión de algo espiritual; ¿es esto una mala cualidad o un fallo? —Pero de hecho esto es lo que me induce a pintar un poco y lo que, en cualquier caso, me produce infinito goce en el arte. En una ocasión leí que la «cúpula de Miguel Ángel tiene un valor educativo infinitamente más moral que una biblioteca entera de obras de moral—; de cualquier modo expresa esto para mí una gran verdad, del mismo modo que siempre he creído que en el día del juicio final se podría censurar a la gente por haber puesto dos colores equivocados juntos con la misma severidad que por haber dado falso testimonio contra su prójimo. Por ejemplo, mis vestidos: no creas que si gasto muchísimo dinero en ropa es para causar impresión o para que se me compare ventajosamente con otras mujeres, lo hago porque, para mí, creo yo, más que para otras personas, la ropa es una expresión de mi ser. Sabes perfectamente que soy capaz de ir andrajosa, pero asistir a una comida o a unas carreras con un vestido dowdy me parece completamente

antinatural, como lo sería para ti ir por la Bredgade[277] con unas bragas blancas de señora bordadas...

Pero no es solamente —en el supuesto de que, después de todo esto, sigas teniendo todavía la paciencia de escucharme— mi deseo de poseer «cosas buenas» lo que me hace que sea tan opresiva para mí la pobreza; tú sabes muy bien, por ejemplo, que en las relaciones que tengo con los natives, y que para mí son tan importantes, resulta casi imposible dejar de gastar más de lo que, de acuerdo con mi posición, se espera de mí. Evidentemente esto está mal. Pero también es cierto que en ello reside gran parte de mi felicidad y de la esencia misma de mi vida. Asimismo cabe decir que a los natives se les puede ayudar de otras maneras, además de con dinero, y yo, por mi parte, creo que también lo hago así; les doy gran parte de mi tiempo, por ejemplo, sirviéndoles de médico, y mucha energía; pero el hecho sigue siendo que aquí el dinero es como las manos del violinista; es posible que sin ellas siga siendo igual de gran artista, pero eso sólo Dios lo sabrá, y ¿quién se beneficia de ello? Este año los natives han estado muy hard up[278]; el dinero que les he prestado distribuyéndolo un poco entre todos —mil seiscientos chelines — ya no puedo pedir que me lo devuelvan.

Quizás resulte triste sin remedio, pero el hecho es que, cuando me ponía a pensar en mi problema, ahora, en mayo, me daba la impresión de que, de haberme tocado, por ejemplo, el Calcutta sweep o cualquier otro golpe de suerte parecido, quería haber tenido el hijo aquél. Y esto no sólo era por lo inquieta que me sentía al verme obligada a horrar, sino por el hecho en sí. Cuando se ha sufrido tanto por causa de la pobreza piensa una que no debe conducir a otra persona a ella con los ojos abiertos. Creo que todos me condenarían si dijese —pero a ti te lo digo a pesar de todo— que me parecería de importancia secundaria saber que, por causa de mi enfermedad, mis posibilidades de tener buena salud iban a disminuir, y cuando juzgo por mí misma me digo que la enfermedad dificulta menos que la pobreza la tarea de ser una misma. Pero dejemos esto, sea como sea.

Pero, por lo que se refiere a mi relación con Denys —que, a pesar de todo, como escribe Stuckenberg, es «la felicidad de mi vida»[279]—, ¿entiendes que también esto me oprime y me limita, me obstaculiza en mis esfuerzos por ser como yo quisiera ser, como debiera ser natural que yo fuese en una relación de este tipo? Y esto no quiere decir que trate de «mostrarme» a él o de halagarle en exceso, como esas amantes medio locas que todos conocemos, que están preparando toda clase de manjares y comodidades para causar impresión; pero lo que pasa es que cuando me doy cuenta de que yo, como te dije en mi carta anterior, a veces, en mi relación con él, estoy con las manos vacías, esto se debe en gran parte a mi falta de dinero. Si en alguna ocasión se me presentara la oportunidad de hacer un viajecito a China, o, cuando estuve en casa la última vez, un viaje como el que hiciste tú, por ejemplo, a Italia, que a él le gusta tanto como a mí, o a Egipto, que él conoce tan bien, o si pudiera practicar mis conocimientos de música con un piano, entonces, por lo menos, no me sentiría tan dependiente de él y

de mi sentimiento por él solamente, y esto me hace infeliz en el momento en que podría ser feliz por completo. Quizás digas tú a esto que son cosas sin importancia siempre que la gente se quiera de verdad, pero lo compararé con que tú, viviendo con Jonna, perdieras parte de tu fuerza atlética o que, por ejemplo, te quedases corto de vista. El hecho de que puedas llevarla en coche o ir a esquiar con ella, incluso llevarla a cuestras por una escalera si hace falta, éstas, sin duda, son cosas secundarias, pero también son expresiones de tu ser, quizás, sobre todo, en tu relación con ella.

Cuando te digo que siento la pobreza como un «cuerpo extraño», se debe a que pienso que no me sirve para expresar algo que sea propio mío; no es mi culpa. Mi «exilio», mi soledad, eso sí que es culpa mía; mi forma de ser, mi posición, la que fuese, todo eso me afectaría siempre de una manera u otra; pero por lo que se refiere a la pobreza o al dinero en general, a mí se me ha taught wrong on purpose[280], como dice Mrs. Warren en la obra de Bernard Shaw[281]. Pienso que las personas que se ocuparon de mi educación y de mi desarrollo tuvieron que darse cuenta de que yo, dado mi carácter, no estaba de acuerdo con ellos, pero querían a toda costa que lo estuviera; para mí estaba perfectamente claro, y de esto no se me puede echar a mí toda la culpa, que yo era distinta de ellos, y debiera habérmelo confesado a mí misma. Me acuerdo que la tía Bess, cuando mi compromiso con Bror, dijo que lo único que a ella le alegraba de todo aquello consistía en que el novio era pobre; y ahora yo podría añadir que esto, de toda aquella desgracia, era precisamente lo único en verdad desgraciado. Debí haberme puesto de acuerdo conmigo misma en que, ya que el dinero en realidad tenía tanta importancia para mí, y no poseyendo yo ninguno, la mejor forma de ser feliz habría sido obtenerlo, y esto, de haber hecho un esfuerzo no me habría sido imposible, de la manera que fuese. En esto pienso que he cometido un fallo, he sido «mal guiada» y debo pagar las consecuencias de mi error.

Si me he extendido tanto sobre este tema es porque pienso que toda esta forma mía de pensar te resulta a ti extraña y, por tanto, era necesaria una explicación, y asimismo porque mi punto de vista también ha cambiado desde la última vez que hablamos; pero, así y todo, me he extendido fuera de toda medida. Y la verdad es que este problema no ocupa en mi vida tanto sitio en proporción. Pero como éstas van a ser mis confessions —y será la última vez que te escriba así—, por lo menos debo tratar de explicarme con claridad.

Como te decía, no es imposible que esta concern[282] mía acabe dándome el dinero que necesito; no es tantísimo, después de todo. Y tras hacer stock[283] de mi situación, mi felicidad o infelicidad aquí, pienso que puedo terminar diciendo que, si llego a saber que las cosas iban a ir así y que yo, en consecuencia, podía quedarme aquí, sólo que con éxito en la empresa a la que, por causa de los curiosos vaivenes del destino, he dedicado mi vida, y si Denys hubiera llegado también aquí como ha ocurrido en realidad, y las circunstancias entre él y yo hubieran sido las mismas, habría sido tan feliz como es posible serlo en esta vida, es decir,

lo que suele llamarse pura y simplemente «feliz». ¿Te acuerdas de que tú y yo en una ocasión hablamos de que como mejor se puede juzgar de la propia felicidad o infelicidad en una situación determinada es pensando que va a ser eterna? ¿Y que entonces, con mucha frecuencia, en circunstancias que en el momento mismo no parecían particularmente infernales, uno podría llegar a la conclusión de haber «caído en el infierno»?

Lo que, en términos generales, caracteriza mi situación es precisamente que no va a ser eterna. Si a mí me llegan a informar en el golfo de Vizcaya que me iba a corresponder ser responsable de Heather para toda la eternidad, lo más probable es que me hubiera sentido tan desesperada como los condenados del Juicio final de Miguel Ángel; pero ahora no pasaría de ser un incidente. Y al revés, como una imagen en el espejo, puede aplicarse a mi estancia aquí: con sólo que supiera yo que va a durar, a pesar de los pesares y a pesar de muchas dudas y problemas, algunos de los cuales te envío a ti para que me los aclares, me sentiría completamente convencida de que estoy muy cerca del paraíso. No, por supuesto, de la manera en que tú estás en el paraíso, porque yo soy, como te dije, hija de Lucifer, y los cánticos angélicos no se han hecho para mí, pero sí tan cercana a la felicidad y al equilibrio como es posible con mi carácter y mi naturaleza.

En la última carta que te envié te decía que cuando, como esta tarde, me encuentro a la puerta de casa en pleno anochecer y contemplo la luna y oigo lejos un ngoma, y rememoro mi partida de Nápoles, mis shauries con la señora Birkbeck, mi enfermedad y mi primer encuentro con Denys, a veces me parece que estoy «viendo la cigüeña». Y es cierto. La veo o la presiento, o sea: creo en ella. A lo mejor hasta llego a verla de verdad alguna vez. Y podré sentarme aquí, bien firme, no demasiado lejos de todos vosotros y de todo lo de casa, porque podría reunirme con vosotros con sólo hacer un viaje siempre que me convenga, con la finca bien y próspera, con Denys como viejo y seguro amigo, con descendientes de Pjuske y de Heather, y con el hijo de Farah de mayordomo. En fin, con una vida más llena de experiencia y conocimiento y armonía y equilibrio que en ningún otro momento hasta ahora. Y entonces confesaré lo mismo que estoy dispuesta a reconocer en este instante, que he recibido más de lo que merecía, y que haber caído en tantos pozos y haber cruzado el mar como loca valió la pena, pues fue necesario para la silueta bella y completa de la cigüeña...

Estoy extendiéndome demasiado, pero lo justifico con el principio cristiano: Haz a los demás, etcétera. Me daría mucha alegría el que tú me escribieras sobre ti como yo te escribo sobre mí. Incluso si en este momento no te sientes muy contento, puedes mostrarte tolerante con sólo ponerte a pensar que para mí era necesario escribirte como te he escrito antes de poder concentrar mi atención en otra cosa, por ejemplo, en mis comedias de marionetas, que ahora se van a poner de nuevo en movimiento. Me sentía muy insegura y no podía ser de otra manera hasta oír mi propia voz, hasta verme a mí misma en el espejo igual que cualquier otra persona normal, en una palabra, hasta

ajustarme las cuentas a mí misma. Y ahora me siento como si me hubiera quitado un peso de encima y te doy anticipadamente las gracias por leer todo esto.

Con frecuencia he pensado que sería de desear que alguien me escribiese o me hablase francamente; incluso si una misma no siente verdadero interés por ello, al menos le sirve al propio destino a modo de aclaración, de información. Cuando se lee un libro, se piensa con frecuencia: sí, ciertamente, estaría muy bien que la cosa fuese de esta forma o de aquélla, y que terminase así o asao; pero no encaja. Y en la vida se piensa con frecuencia: ojalá la gente que ha pasado por cosas parecidas a las que he pasado yo me viniera a decir con toda franqueza cómo terminó. A mí no me es posible decir cómo terminó, eso es el tiempo quien lo dirá, pero, termine como termine, es posible que, cuando se contemple el fin, pueda tener interés, aunque sólo sea a manera de información suplementaria sobre el principio por el que se rigen los pozos y la carrera por el mar hasta conseguir que salga esa especial cigüeña.

No sé ninguna otra dirección para escribirte que nuestra casa; si recibes esta carta cuando alguien pueda verla diles que es un manuscrito. Recibirás uno, por cierto, dentro de poco, ahora que he podido descargar mi corazón de todo este peso.

Mis saludos más cariñosos, queridísimo Tommy mío. Te prometo que nunca más te volveré a escribir de esta manera. En fin, que nos levantamos del banco de piedra y nos marchamos, tú a reunirte con Jonna, y así me imagino que te sentirás contento, aunque sin duda un poco cansado.

Mil saludos.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 12-9-1926

...Salí en coche a visitar a la madre de Abdullai. (Tommy la conoce de seguro.) Fue tan desgarrador y trágico que no me es posible expresarlo con palabras; parecía Niobe o una de las mujeres junto a la cruz, y no se

le puede decir nada para consolarla. Abdullai era buenísimo con ella; poco antes de que muriera fui yo a verle, porque me había enterado de que estaba enfermo, y era encantador y conmovedor verlos a él y a su madre juntos; verdaderamente deslumbraban cuando se miraban el uno al otro, como una pareja de enamorados. Y ahora la encontré completamente destrozada. Casi resulta imposible pensarlo, pero lo cierto es que esta desgraciada madre ha perdido once hijos. Yo diría que tienen tuberculosis; sus hijos son bonitos y encantadores, pero en cuanto empiezan a crecer mueren...

Denys estará de vuelta por aquí el 1 de noviembre...

Farah se hará cargo de la duca[284] de Hassan a fines de este mes, pero seguirá a mi servicio. Yo me alegro; por medio de él puedo conseguir cuanto necesito: toda clase de mercancías y carne, y ahora su duca de Thika le llevará lejos de aquí con frecuencia. El gordo Abdullahi llevará la tienda durante un año en cuanto haya terminado la escuela. Farah se ha comprado un lorry[285] Chevrolet y está muy excited, como te puedes imaginar...

A Thomas Dinesen

Ngong, 22-10-1926

...Varias veces he pensado escribirte para hablarte de «moral sexual», y como hoy tengo tiempo, pues voy a ver si te hago algunas observaciones que espero que tomes como consejos bienintencionados, y, en cualquier caso, que no me los tomes a mal.

A mí me parece que uno de los moves más peligrosos con que se puede empezar una carrera —ya sea como político, trabajador social o escritor— es éste: to flog dead horses[286]. Esto le pone a una en desventaja ante la opinión general y le deja a una en evidencia ante la gente progresista, porque da la impresión de que está una atrasada. Quiero decir, por ejemplo, que es precisamente lo que ha debilitado a los unitarios; si hubieran empezado diciendo que venían con un mensaje para un mundo cada vez más descreído se les habría escuchado de muy otra forma, pero lo que hicieron fue concentrar su atención en luchar en la retaguardia contra dogmas, ortodoxia, etcétera, y ahora yo diría que lo que predicán no va a resultar fácil que atraiga la atención de la gente.

Pienso yo que Dinamarca y Escandinavia, que están realmente a la cabeza del progreso en tantas cosas, hasta el punto de que una persona que se halle allí a la cabeza lo estará también en el mundo entero, en la cuestión de la moral sexual y birth control se encuentran oficialmente pero que muy a la zaga. Posiblemente se deba esto a que nosotros, en realidad, somos tan liberales que todo el problema se ha podido resolver sin cuchilladas y polémicas como tantas de las que oímos el eco desde otras tierras; posiblemente seamos conservadores, aunque la verdad es que yo no puedo dar mi opinión en esto, pues no participo en la «vida espiritual» y en las circunstancias de Dinamarca. Pero lo esencial es que estoy segura de que la lucha que está teniendo lugar ahora en nuestra tierra en torno a esta cuestión es un punto de vista superado ya en el mundo, y que los gritos de guerra de Thit Jensen y del doctor Leunbach no conseguirían impresionar a nadie por esos mundos. Por ejemplo, he hablado de esto con Denys y me dijo que le sorprendía mucho que nosotros, con lo progresistas que nos consideraba en todos los problemas sociales, estuviéramos siquiera polemizando sobre semejante tema. Del mismo modo, yo —cuando me fijo en las circunstancias que prevalecen aquí y en el comportamiento de la gente más ecuánime y de mayor éxito social— me siento segura de que la «moral sexual» antigua, negativa, ha dado ya las últimas boqueadas. Podría ser, naturalmente, que en este país, en cierto modo, esté fuera de la ley y del derecho; pero los ingleses, se diga lo que se quiera, no vienen aquí a cambiar de puntos de vista y de conciencia en cuanto llegan, y lo cierto es que no hay absolutamente nada que no se pueda hacer en este sentido con toda libertad, siempre y cuando se tenga cuidado de no ponerse pesado y de no irritar a los demás. A mí me parece que el punto de vista general en todos los círculos espiritualmente libres de Europa, y que se expresa cada vez con más libertad, es que la moral sexual es cosa privada, y que el control de natalidad es responsabilidad de la gente decente según sus ideas y capacidad.

No quiero decir con esto que no se pueda aspirar a un verdadero ideal en este asunto; pienso, por el contrario, que hay un ambiente propicio a una revelación, de la misma manera que podría haberlo para una revelación religiosa o para un ideal social positivo. Pero estoy convencida de que lo que no hace ninguna falta es luchar contra la moral vieja o someterla a crítica o juicio alguno. Contra lo que luchan los ingleses, en la medida en que puede decirse que realmente luchan, es contra la vieja legislación matrimonial; y si luchan contra ella es porque quieren deshacerse de una ley que se interpone en el camino de la conciencia de toda la gente progresista; pero en este punto la lucha adopta otras formas, porque, cuando se trata de leyes y de legislación, cobran peso los más «reaccionarios», los más anticuados puntos de vista que se puede concebir en cuestiones de moral. A mí me parece que esta actitud recibe el apoyo de todo lo que se lee en la literatura inglesa moderna sobre este tema. Te recomiendo, si no lo has leído todavía, un libro de Bertrand Russell: *Principles of Social Reconstruction*; se trata, por lo demás, de un libro ya viejo, escrito durante la guerra, pero a mi modo de ver es una obra muy buena bajo muchos aspectos. Te lo enviaría si fuera mío, pero es que me lo han prestado.

A un hombre con influencia directa en la vida práctica y que, por ejemplo, forma parte del parlamento, es lógico que se le presenten con frecuencia ocasiones en las que se vea obligado a retroceder muchos cientos de años en su argumentación, por ejemplo, en este mismo asunto que nos ocupa —pues en la población hay un fuerte elemento católico con influencia en el proceso legislativo—, y a concentrar su atención en la fundación divina del matrimonio con Adán y Eva en el paraíso, o en la actitud de san Pedro ante el birth control. Esto también nos puede pasar a nosotros en la vida práctica; Knud puede decirle a Elle que no quiere que entre un judío en su casa, y aquí puede resultarle difícil a una señora tener influencia en la E.A. Womans League[287] sólo porque tiene dutch blood[288].

Pero nadie que realmente quisiera ser un campeón o un adelantado en estas cuestiones diría cosas así por escrito, excepto, todo lo más, como curiosidades o como parte de una exposición histórica del asunto; porque está claro que un asunto puede quedar en la vida y tener interés en la vida porque ya está agotado en la literatura. Y a los escaramuzadores[289] no les importa saber dónde está la retaguardia.

A mí me parece de verdad que tus discusiones con la tía Bess sobre esto pueden ser y tienen que haber sido muy peligrosas para ti. La tía Bess no es, por supuesto, ninguna «reaccionaria», pero lo que le ocurre es que tanto en su propia vida como en los círculos en que se mueve carece de las premisas necesarias para comprender este asunto desde un punto de vista personal, y también ocurre que, en su carácter, siente tal repulsión contra él —por más que, al mismo tiempo, y por raro que parezca, despierte su interés— que se ha negado a conocer la literatura más elemental sobre el tema; parte de sus teorías descansan sobre una base completamente errónea —como, por ejemplo, que las enfermedades sexuales se contraen, independientemente de cualquier otra razón, como consecuencia de una vida erótica muy agitada—, e incluso en esas discusiones es preciso tener tan en cuenta lo que a ella personalmente le parece mal —como cuando tú, por ejemplo, hubiste de alegar que la actitud de abstinencia de los jóvenes estudiantes de Oxford ante las mujeres les llevaba con frecuencia a tener relaciones entre ellos mismos—, que toda la discusión, en realidad, tiene por valor cero. Como queremos tanto a la tía Bess y como ha tenido tanta importancia para nosotros en nuestra niñez y juventud, estas discusiones poseen para nosotros un contenido y un valor; pero, desde un punto de vista puramente abstracto no son en realidad otra cosa que resurrecciones de una batalla que ya ha sido librada y ganada, y si las imprimiéramos no tendrían el menor interés o importancia ni a favor ni en contra del problema, ¡sólo les quedaría el que pudieran tener como materia literaria!...

El que desea estar entre los mejores no le queda más remedio que buscar y cultivar la compañía de los mejores; el que quiere estar entre los primeros tiene que buscar y conocer a los primeros, y no necesariamente en su contacto personal, sino en su manera de pensar y en su vida intelectual. A mí siempre me ha irritado el que tú buscaras

principalmente a tus inferiores o, como mucho, a tus iguales. Digamos que te resultaba algo más difícil encontrar a tus superiores que a otra gente, pero así y todo, éstos seguirán existiendo y a veces estarán muy a tu alcance. Recordarás que te he dicho ya en otras ocasiones que tengo grandes deseos de verte a los pies de algún maestro o de algún camarada de talento, escuchando sus palabras. Pero si es que hay algo en tu naturaleza que te dificulta encontrarte a gusto entre ellos, por lo menos no renuncies nunca a la literatura, en las teorías, en el mundo de las ideas. Y esto no es porque la actividad de una, en su círculo privado, no pueda llegar a ser benéfica en extremo, siempre y cuando se tenga bien claro que, fuera de él, no tendrá la menor importancia; ni tampoco porque un político conservador no pueda actuar con la misma eficacia, o más incluso, que un revolucionario, pero a ser un Danton solamente se llega en la cima de la montaña o en los clubs jacobinos, y el agitador que se cree revolucionario porque hace la revolución en la redacción del *Berlingske Tidende*[290], y un titán porque consigue escandalizar al círculo de costura de la reina viuda, bueno, ése no es ni una cosa ni otra; tal vez sea de utilidad a alguna gente, pero nunca podrá inspirar ideas.

Por lo que se refiere a la cuestión de la moral sexual, pienso por consiguiente que lo que hace falta es más bien, mucho más, algo positivo que negativo, y que apenas necesitamos críticas y juicios sobre su ortodoxia; la verdad es que ya he recibido tantos que casi, por pura decency y espíritu cristiano, sería mejor dejarlo. La libertad... estoy convencida de que la tenemos, si bien es verdad que no siempre la hemos tenido, y no me cabe duda de que la generación que viene después de nosotros se la asegurará totalmente. Pero ¿qué van a hacer con esa libertad, y dónde está la estrella que brillará sobre ella y sobre ellos? Te aseguro que no lo sé. La eugenics es sin duda un buen objetivo por el que luchar; pero yo diría que si los descendientes de nuestros descendientes fijan de nuevo sus miradas en los descendientes de sus descendientes, se van a cansar. Este amor por la continuidad de la vida, cuando la vida en sí misma no tiene ningún valor absoluto, siempre me ha parecido un argumento de poca sustancia. Pero no pienso ponerme a hablar ahora de todo esto, porque entonces esta carta no tendría fin. Lo único que te diré es que todo este asunto del sexo en el futuro —por algún tiempo— no tendrá demasiada importancia una vez que haya afirmado y puesto de manifiesto su derecho y su libertad; lo mismo ha ocurrido, sin duda alguna, con muchas fuerzas que estaban reprimidas, por ejemplo, sin ir más allá, con los «derechos humanos», por los que en otro tiempo la gente llegó a dar su vida, y que les parecían tan necesarios como la luz y el aire, y ahora apenas se piensa en ellos. Como tú sabes muy bien, para mí lo sexual —física y espiritualmente— no es ni ha sido nunca lo esencial en las relaciones entre hombre y mujer, tiene que haber más; como también tiene que haber más, desde el punto de vista social, entre el patrón y el trabajador, entre mano de obra y capital; pero estamos esperando al profeta que nos aclarará esto, y es posible que no fuera lo peor, al menos por el momento, meterse en un partido y hacer en él lo que sea posible, o *mind the own business*...[291]

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 7 de noviembre de 1926

...Me ha ocurrido algo que me parece un milagro en miniatura. Ya sabes que muchas veces he meditado y me he consolado con mi teoría de la «cigüeña»; es decir, que en la vida ocurre lo que le ocurrió al hombre de tu viejo cuento ilustrado, que el agua se salía del cubo y cuando corrió a detenerla se cayó en el hoyo, etcétera, y al día siguiente se encontró que de todo aquello había resultado lo más inesperado del mundo: ¡una cigüeña! Bueno, pues ayer precisamente, estando yo sentada a la mesa de piedra, pensando —me parece que era a propósito de Thomas— en esa filosofía de la vida, levanté la vista y ¿qué dirás que vi? Pues... ¡una cigüeña! Pero de la especie europea de verdad, o danesa, exactamente como si acabara de despegar de un tejado en Ølholm o salido de uno de los cuentos de H. C. Andersen. Es completamente mansa, se pasea por la solana y viene cuando la llamo y no hace ningún esfuerzo por escapar. No tengo la menor idea de dónde puede haber llegado; da la impresión de haber estado ya en contacto con seres humanos. La alimento con ranas que los totos me traen en cubos a tres céntimos la pieza, y con ratas, y es muy divertido verla comer; en general tiene mucha dignidad en todo lo que hace. En este momento está en el prado de la casa, mirándome muy seria. Lulu, con una hija casada y un baby, le hacen compañía. Yo ahora creo que tengo cierta disposición para entenderme con los animales salvajes. ¿Te acuerdas de lo mansa que se volvió la lechuza también en bastante poco tiempo? Es lo mismo que me pasa con los natives, que siempre me llevo bien con ellos; y también la misma aversión que me inspira el matrimonio. No sé si me entiendes bien: no me gusta coger nada y encerrarlo y apropiármelo, y ellos esto lo ven. En cualquier caso siento un gran amor por todos los «hijos saltarines del bosque», contra quienes «rugen los rebaños»[292], y, para terminar esta explicación, contestaré a lo que vosotros llamáis mi «esnobismo» con unas palabras del viejo Aarestrup, cuando, después de hablar de

...campesinos o poetas,

con pluma o con escarapelas,

ministros o cocineros,

andrajosos o con capa,
pero trabajadores todos ellos;
¡a tu salud, dócil rebaño!

pasa a decir:

Los animales salvajes en el bosque
y arriba, en el cielo, las aves,
¿quién no los ama?
¡Ay!, el noble es igual
que el animal salvaje entre los mansos.
¡Un hurra en su honor!
etcétera[293]

...Los natives, sin que vayamos a incluirlos en la nobleza de la humanidad, tienen, a su manera, para mí, el mismo encanto salvaje, y se dan cuenta de la simpatía que siento por ellos, como también en cierto modo, Lulu y mi cigüeña, a la que Kamau considera mseĩ kabisha[294], y de quien yo pienso que Farah, que está ahora muy interesado con Las mil y una noches, sospecha que es el califa transformado en cigüeña...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 14 de noviembre del 1926

...Me han escrito mucho de casa sobre tu viaje y también de lo que pensáis tú y los otros sobre él. Pero todos ellos han visto la cuestión desde el punto de vista: lo bueno o lo arriesgado que sería para ti, y de

esto habría mucho que pensar y que hablar... Aparte de los problemas de tu salud y de tus fuerzas, el estado en que te vas de casa y las molestias de tu viaje, también hay que tener en cuenta la cuestión de la situación que te vas a encontrar aquí, y por lo que a esto se refiere pienso que tengo la responsabilidad, por lo menos, de aconsejarte. Y me parece que ya te he escrito sobre esto, aun cuando fuese hace mucho tiempo; pero no he oído absolutamente nada, ni mencionado ni tratado, en ninguna de vuestras cartas, en respuesta a lo que os he escrito; es como si esta cuestión no existiera. Lo que ocurre es que, por propia experiencia, sé que pasa algo misterioso con las cartas de África a Dinamarca, y viceversa, en el largo viaje; no sé si será el clima o el tiempo o si serán fantasmas de piratas en el mar Rojo que intervienen en el asunto, el caso es que lo que resultaría claro y diáfano en una carta de Vejle a Rungsted, o de Njoro a Ngong, en el largo viaje que hay de una parte del mundo a otra se ve sometido a una misteriosa influencia y se vuelve oscuro y confuso; estoy empezando a sospechar que desaparecen párrafos enteros...

Ahora trataré de explicar, por consiguiente, que en modo alguno debéis juzgar la situación que hay aquí, ni tomarla en consideración en vuestras decisiones futuras; lo que yo querría por encima de todo es que comprendieseis bien lo que realmente pasa aquí y, luego, que saquéis conclusiones según vuestras luces.

Para empezar diré algunas cosas con completa claridad:

Que aquí todo está en buen orden.

Que la finca, en conjunto, tiene tan buen aspecto como nunca hasta ahora la había visto.

Que la floración que tenemos en este momento es la más abundante que hemos conocido durante la estación corta de lluvias, incluso yo diría que más que nunca en todo el tiempo que llevo aquí.

El resumen de todo esto es: que vamos a salir por fin de todas nuestras dificultades y a ver nuestro trabajo coronado por el éxito, pero solamente a condición:

1. Que nos favorezcan las condiciones climáticas, y
2. Que esta cosecha sea lo bastante grande para sostenernos hasta que llegue la cosecha próxima.

O sea, que de estas dos condiciones dependemos enteramente, y en torno a ellas giran mis dudas...

Sé muy bien que en mi evaluación de estas distintas circunstancias intervienen sombras de otros tiempos, frecuentemente con excesivo peso. En los seis años que hace que asumí la responsabilidad de este negocio nos hemos visto con tanta frecuencia al borde del abismo que es

muy posible que mis inquietudes sean una broma que me gastan mis nervios, de la misma manera que después de un largo viaje por mar se siente una como si estuviera columpiándose hasta mucho después de haber desembarcado. En 1923, al poco de que Thomas y Viggo se fueran de aquí, me acuerdo que solía yo bendecir los sábados por la tarde porque estaba segura de que al menos en las treinta y seis horas siguientes no recibiría ningún telegrama que me trajera de casa alguna decisión fatal y contundente. Este tipo de experiencias, creo yo, marca la mentalidad de uno de manera completamente inconsciente, y vuelve a salir a la superficie cuando menos se espera. Hasta el buen aspecto de la finca y el espectáculo de los cafetos tan cubiertos de capullos me upset[295], y la verdad es que no hay motivo alguno de que sea así.

Y ésta es la cuestión, que las posibilidades de éxito o de fracaso de la finca gradualmente van pesando sobre mí con el peso acrecentado de los años y con la fuerza y el amor que he depositado en ella... Yo ya no soy la misma persona que se embarcó en Nápoles en el Admiral en 1914; y no solamente es que han dejado en mí su huella trece años, sino también que todas las oportunidades que se le presentan a una entre los veintisiete y los cuarenta y un años, y nunca más tarde, se me han juntado en mi vida aquí en Ngong...

Bueno, ya no te voy a decir nada más sobre esto. Como hemos quedado, da a leer esta carta a la tía Bess y a Thomas y que ellos te aconsejen.

Sólo quiero decirte otra cosa. Si vienes, tráeme algo de música; me voy a comprar un piano. Un concierto para piano de Beethoven, el Claro de luna, las Bodas de Fígaro, y algo de Schubert y de Grieg, y Orfeo...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 27 de noviembre de 1926

...Aquí todo tiene un aspecto magnífico después de la lluvia. Lulu y mis cigüeñas se pasean por la pradera, que, en vista de tu llegada, ha sido por fin segada y atusada debidamente. La verdad es que el ambiente no es en realidad muy navideño; pero ya sabes lo maravilloso que se pone todo aquí después de la lluvia, como en los versos de Bödtcher:

La noche cálida ha derramado sus dones,

fresco como un vaso de agua es el aire matinal.

A través de la ventana abierta entra el aroma

como un torrente

de los jardines, ricos en naranjas, de Ngong...[296]

o del bosque, donde todo florece. Hay innumerables champignons en la pradera, como cuando estuviste tú aquí el año pasado.

Denys estuvo ayer aquí, y vuelve esta tarde. Me escribió desde Mombasa que se sentía muy contento de regresar a África y no estar camino de Inglaterra, y añadía, y ya puedes figurarte lo que me alegré: Homeward bound I feel that I am, for now Ngong has got more of the feeling of home to me than England[297]. Es posible que pase aquí la Navidad...

A Thomas Dinesen

Ngong, 29 de noviembre de 1926

...Hasta que no pueda ya más y me deshaga en improperios contra el destino prefiero salir adelante de las dificultades sin quejas de amigos queridos que participen en mis desdichas, y en mis ataques pido al destino que libre a todos los que quiero de estar presentes.

En el entretanto, si madre quiere realmente venir a estas tierras, y si vosotros pensáis que ello le hará bien, ya me las arreglaré yo con buen humor para salir del paso y os prometo no desahogarme con ella.

Pero tengo que poner, como condición absolutamente necesaria para que madre pueda salir de Dinamarca, que no se tome ninguna decisión de importancia sobre Karen Coffee Co. mientras ella se encuentre aquí. Si en algún momento llega a tomarse una decisión de este tipo, quiero estar completamente libre y sin sentirme obligada a tener consideraciones con nadie en absoluto...

El 2 de enero de 1927 comenzó Ingeborg Dinesen su segundo viaje a Kenia. Thomas Dinesen la acompañó hasta Marsella; desde allí zarpó su barco el 6 de enero y a su llegada a Mombasa el 23 del mismo mes estaba Farah esperando a la señora Dinesen, de setenta años, para acompañarla en el viaje por tren hasta Nairobi, donde Karen Blixen, Denys Finch Hatton y Tumbo la aguardaban en la estación para darle la bienvenida. La carta que sigue es la primera en que Karen Blixen saluda a su madre al desembarcar ésta en Mombasa.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 19 de enero de 1927

Mi querida oveja blanca como la nieve[298]:

¡Te portaste como un hombre! Yo siempre supe que mi madre era una verdadera heroína, pero me regocijo al comprender que ahora tendrán que reconocerlo nada menos que dos partes del mundo.

En este momento tienes a toda África a tus pies y con los brazos abiertos, orgullosa y agradecida de tu amor. El viento, el sol, la sombra, los grandes mangos, los jóvenes negros, los animales de la reserva de caza, las cimas blancas del Kilimanjaro y tus propias Ngong Hills, en cuanto alcances a verlas desde el tren, todo te repite lo mismo: «Bienvenida, bienvenida»; llegas derecha al corazón abierto de África.

Mando a Farah a recibirte y espero que te será de alguna utilidad. Espero que no te moleste el que Denys esté viviendo aquí por el momento. Es que ha estado muy enfermo de disentería y con fiebre y ahora ya se está restableciendo, y la verdad es que no quiero mandarle a Nairobi, donde acechan la enfermedad y la muerte, como lo oyes. Denys me ha rogado que le dejara irse cuando vinieras tú, pero no creo, la verdad, que tengas nada en contra de que siga aquí; se alegra mucho de volverte a ver...

A Thomas Dinesen

Ngong, 29 de enero de 1927

...Pienso que yo, completamente al contrario que animar a madre a hacerme esta visita, lo que he hecho desde el principio ha sido mostraros todas las dificultades que presentaba y, hacia el final, si bien de manera indirecta, he llegado incluso a desaconsejarla... Cuando envié un telegrama a finales de octubre suspendiendo con firmeza la visita pudisteis haberos dado cuenta de que el plan me parecía arriesgado, y en Navidad te mandé también a ti un telegrama: Prospects doubtful[299], y luego, ya en Año Nuevo, a madre misma: Prospects very uncertain[300].

Denys, que vivía aquí y que vio todos mis telegramas, dijo: «Your people must be quite mad if they let your mother start after this»[301]. Sé positivamente que no lo estáis; es posible que, por el contrario, veáis las cosas con más claridad que yo. Pero esto, como te dije, resulta difícil de comprender en otra parte del mundo...

Si hubieseis pensado un poco en mi punto de vista habríais debido daros cuenta de que tenía que haber un motivo para una actitud como la mía, posiblemente que me sintiera inquieta ante lo difíciles que iban a presentármese aquí las circunstancias. ¿Hubo alguno de vosotros, en el transcurso de vuestras conversaciones sobre este asunto, que dijera en algún momento: esto va a ser demasiado para Tanne?

La razón de que no pudiera expresarme antes con más claridad fue porque las circunstancias cambian aquí muchísimo de un día para otro, y tú, que las conoces personalmente, te puedes hacer cargo. Y ahora vas y me dices que habéis dejado salir de viaje a madre a pesar de todo lo que yo dije de lo difíciles que eran los tiempos; que no me podéis echar una mano para ayudarme a salir de ellos, pero que no debo permitir que madre se dé cuenta. Éste es el tipo de consejo que dan los ingleses cuando dicen: Don't be an ass[302]. Contra el consejo mismo no tengo nada que oponer; lo malo es, únicamente, que no se me da ninguna indicación sobre la mejor manera de llevarlo a cabo.

Pero ahora os creo que habéis hecho todo lo posible por tomar la decisión adecuada; y vosotros tenéis que creerme a mí que he hecho cuanto ha estado en mi mano por sacar el mejor partido posible de ella.

Enseña esta carta a Elle; ésta es mi última palabra sobre este asunto, de verdad. Tender love a todos vosotros.

A Thomas Dinesen

Ngong, domingo, 27-3-1927

...Es realmente divertido que a madre le guste tanto la naturaleza de aquí, y también los negros de todas las edades; como consecuencia de esto todos la quieren muchísimo. Con los blancos la cosa se vuelve un poco más difícil; aquí es muy fácil olvidar el criterio con que los europeos miden a la gente y su conducta, y a mí me gusta que madre conozca a la gente que yo conozco y trato, pero cuando avisamos que vamos a ir a tomar el té a casa de Charles y Honour Gordon, y oímos que Idina y su actual marido están viviendo allí con ellos, no me queda más remedio que olvidarme de mis actitudes civilizadas y dejar la visita para otro día teniendo en cuenta la dignidad de una señora danesa fina. La señora Gliemann[303] no suele esconder sus trapos sucios, y a madre le caen bien su franqueza y su cordialidad.

Denys y madre estuvieron viviendo aquí durante el primer mes de la estancia de madre, y con mucha simpatía mutua. La verdad es que, técnicamente, no he sido yo muy sincera sobre este asunto, aunque al principio se me ocurrió serlo, y si no lo hice fue, más o menos, por las siguientes razones: primero, que pensé que madre tendría una impresión más exacta si interpretara mis relaciones con Denys como amistad, por ejemplo, porque entonces ella entendería la situación como muy feliz para mí, mientras que, de otra forma, y dadas las ideas preconcebidas y el modo de pensar de madre sobre la vida, sería difícil para ella no llegar a la conclusión de que se trataba de una especie de desgracia para mí —cuando en realidad es una felicidad—, en parte porque no quiero que se vea esta relación deformadamente y se critique como critica otra gente sus matrimonios. Pienso que con mucha frecuencia no queda más remedio que recurrir a Pilato y a su frase: «¿Qué es la verdad?»[304] Si alguna vez, tú, en tus conversaciones con madre, llegas a la conclusión de que sería mejor hablarle de estas relaciones de otra manera, quedas autorizado para hacerlo, y puedes mostrarle esta carta o explicarle mi punto de vista. Por lo demás, podría ser muy buena cosa que yo misma, antes de que madre se vaya de aquí, la ponga en antecedentes y quizás entonces no le cause la menor impresión.

Es muy emocionante y divertido para mí ver a madre sentada en el cuarto de estar y en la solana cosiendo las sabanitas y las almohadas de tu hijo. La cigüeña sigue paseándose llena de gravedad en torno a la casa y las dos estamos de acuerdo en que quiere conocer a la familia antes de salir volando para el norte a entregar el niño. A mí me gustaría mucho poder verle antes de que se haga demasiado grande; no me parece en absoluto que ha transcurrido tantísimo tiempo desde que tú eras un muchachito con faldones de algodón azul y blanco, yendo por ahí sin apenas saber andar y jugando con «la plancha», y me parece que

sería muy divertido para nosotras, las tías viejas, que fuese niño, aunque a una niña que se pareciese a su dulce madre y a su dulce abuela tampoco tendríamos nada que oponer ninguna de nosotras...

Es realmente terrible pensar que enseguida llegará el último mes de la estancia de madre aquí; yo pienso que podría quedarse hasta septiembre, pero es ella la que no quiere. La acompañaré hasta Mombasa, donde pasaremos un par de días en casa de Ali bin Salim. Ojalá el viaje hasta casa le siente bien. No querría yo en absoluto que pensase que esta va a ser su última visita a estas tierras, más bien al contrario, que éstas tierras sean para ella algo así como su winter-resort[305] normal. Se pasa el tiempo sentada, cosiendo, y me da la impresión de que es aquí donde ha nacido y que todo lo que nos rodea es obra y propiedad suya...

Al cabo de más de tres meses de estancia en Kenia, y tras hacer varias giras por las tierras de los alrededores para visitar a los buenos amigos de Karen Blixen, y de recibir a muchos invitados en la finca, Ingeborg Dinesen se embarcó el domingo, 1 de mayo, en Mombasa en dirección a Marsella. El 24 de mayo la esperaban Jonna y Thomas Dinesen en la estación central de Copenhague. De este modo terminaba un nuevo y feliz viaje.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, sábado, 14-5-1927

...Al volver a casa desde Mombasa me decía todo el tiempo sin pensarlo con claridad que tú estarías en la puerta en cuanto parase el coche delante de ella. Y lo mismo me ocurre el día entero, cuando estoy en el despacho, o fuera, montando a caballo, tengo la misma sensación: «Madre está en casa, va a salir a recibirme en cuanto vuelva». Quizás tu última visita ha tenido este resultado: que seguiré pensando así toda mi vida; era casi increíble que llegaras a venir hasta aquí, y una vez que ha ocurrido en realidad también puede volver a ocurrir que reaparezcas o que sigas aquí para siempre. Mi gente y los niños hablan muchísimo de ti y se muestran muy comprensivos; este lunes, cuando volví a casa, estaba yo muy cansada y me fui a la cama, y sin más vinieron a verme todas las mujeres, con sus mejores galas, como un gran ramo de flores,

y se quedaron muy quietas a la puerta; no querían más que saludarme y que no me entristeciera porque la vieja señora se había ido...

En Nairobi estaba Kanuthia esperándome con un gran montón de cartas, entre otras el telegrama de Elle, al que contesté enseguida. También una carta de la tía Bess, que me sirvió de mucho consuelo y alegría, y varias cartas de Denys, que llega en la primera semana de junio. Lo pasa bien y ha encontrado a su padre con buena salud y muy contento de verle, y ha tenido una primavera estupenda en Inglaterra, pero añora África; me escribía: I bless you whenever I think of you, which is very often[306].

Yo quería sacar dinero para pagar a los boys antes de que cerrase el banco, pero el tren se retrasó y no pude quedarme allí hasta que volviese a abrir, de modo que lo dejé para el día siguiente y continué el viaje... Todos mis boys estaban esperándome a la entrada de casa para recibirme y pedirme noticias tuyas. El viejo Pjuske se alegró de verme, pero no está nada bueno; no creo que le queden muchos días de vida, pero no sufre nada y es el de siempre, muy suave y dulce y con su sentido del humor habitual a pesar de su debilidad...

Como yo pensaba, murió Banja esta misma mañana, 18-5.

A Ingebor Dinesen

Ngong, 24-5-1927

...Espero que comprenderás que esta semana no he pensado apenas en otra cosa que en la muerte del viejo Pjuske; me siento como si hubiese perdido el mejor de todos mis amigos... No consigo hacerme en absoluto a la idea de que está muerto; tengo constantemente la sensación de que anda por la casa, y de que si yo quisiera salir volando en alas de la aurora y habitar en el mar más lejano, etcétera[307], siempre le tendría allí a mi lado, con su pata derecha bien agarrada a mí.

Escribí el domingo a la tía Bess, que ha sido muy fiel y constante en escribirme después de tu partida, de modo que no pude escribirte la carta dominguera de siempre. Por la tarde tuve la mala suerte de caerme de Rouge, y es que estaba yo tan irritada porque Heather no quiere venir conmigo cuando salgo a caballo que pensé que le iba a dar una buena lección y cogí y la até con una cuerda. Pero la cuerda se me enrolló en los dedos, de modo que no me podía soltar, y me corté en un dedo, y tanto Heather como Rouge empezaron a dar vueltas y a saltar

lentos de agitación, y, total, que me caí al suelo casi de cabeza, con gran alegría de algunos de los totos, que estaban junto a la puerta en aquel momento. Todavía me duele todo...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 10-7-1927

...Thaxton se va el 1 de diciembre; la verdad es que yo lo esperaba, porque tiene también tierra en Tanganika, y se expone a perderla si no la ocupa antes de finales de año. En mi contrato con Dickens, que ahora voy a renovar, pienso estipular que no podrá tener otros intereses en África; es bastante ruinoso esto de tener fincas en otros sitios...

Se ha producido un terrible asesinato en la finca, y sin duda ha sido obra de un kavirondo que forma parte del «personal» de la duca de Farah. La manera de pensar del asesino es un tema de estudio notable e interesante; este hombre aseguró que había visto a otro cometer el crimen —a Jerogi, de quien Tommy tiene que acordarse, el boy ese que pasa por ser un gran donjuán y que estando Tommy aquí iba a los ngomas con mis rizos postizos viejos—, bueno, pues en el juicio el asesino dio cuenta detallada de todo lo que había visto, y encajaba exactamente con los datos disponibles, pero luego resultó que Jerogi —como de costumbre— había estado en un ngoma en otro sitio muy distinto aquel día, con lo que quedó claro que el asesino había sido él. Todavía no se ha emitido juicio, pero el caso está ya en la High Court[308], y Abdullahi se encuentra en Nairobi para poder presentarse como testigo...

Estoy esperando —como más o menos te puedes imaginar— a Denys hoy aquí, que pasará con su safari que se desplaza del sur al norte. De donde vienen fueron principalmente a cazar leones, y sin duda traerán muchos. Ritchie, que estuvo aquí para verme cuando me encontraba enferma, me habló muy preocupado del perjuicio que han causado al ganado de los masai, e incluso a los propios masai, en la reserva de caza; se les han quitado las armas a los masai y ahora los leones se los comen, y él piensa que si en las alturas estuviesen bien informados de estas cosas es muy posible que decidieran abandonar el mantenimiento de una reserva de caza. Parece evidente que va a haber que hacer algo por los desdichados masai...

A Mary Bess Westenholz

Ngong, 13 de julio de 1927

Queridísima tía Bess:

Esperando que te lleguen a tiempo para tu fiesta[309] te envío muchas felicidades de todo corazón con mi más sentido agradecimiento por la parte de tus setenta años en que he tenido la felicidad de conocerte y quererte. No sabes lo que me disgusta no poder estar con todos los que se han reunido para festejarte y rendirte homenaje, pues yo también tengo muchísimo que agradecerte por la tremenda importancia que has supuesto en mi vida. Desde Los niños de la señora Drost y La corte de Nusve[310], y a lo largo de todas nuestras discusiones —incluso cuando la confianza estaba muy mermada—, hasta tus cartas que me llegan a estas tierras, y que me traen tantas alegrías, siempre te he admirado y he comprendido cuánta riqueza y luz y calor infundes en las vidas de todos los que te conocen; no siempre las cosas marchan sin dificultades, porque a ti misma no te gustaría, pero ojalá nos fuese posible expresar lo que has sido para todos nosotros y cuánto te queremos, y entonces estarías entronizada en Folehave en medio de un florecer de admiraciones y pensamientos de amor todos los días.

Tengo una tristeza, y es que nunca podrás venir a ver mi establishment[311] de aquí; me habría gustado tantísimo que lo vieras por ti misma, aunque sólo fuera una vez.

Me parece una verdadera pena que la distancia de este trocito de tierra signifique todavía tanto para la gente. Pero en espíritu confío en que estarás aquí de vez en cuando, igual que yo en esta solemne ocasión estoy en Folehave.

Cuando me imagino que estoy allá de verdad y os miro a todos vosotros, uno a uno, se me ocurren infinitas cosas que deciros y que me gustaría saber, y que resulta difícil de comunicar por carta. Contigo tengo pendiente una discusión sobre el matrimonio, eso me parece claro; he pensado mucho acerca de ello después de tus cartas sobre este tema e incluso he comenzado un tratado más bien largo, pero resulta muchísimo más fácil cuando se pueden cambiar impresiones de viva voz. He pensado que yo, en esto, puedo hablar realmente como una experta, porque cuando madre dice que «nadie ha probado las dos situaciones», quedo yo casi como la única excepción a esta regla; creo realmente que

yo —a juzgar por el promedio— puedo pasar por haber estado muy felizmente casada durante un tiempo (y además, por supuesto, de ese naufragio he conseguido salvar no sólo mi título de señora, sino también el armario ropero, para suavizar con ambos mi actual situación solitaria) y no creo de verdad que sea por resentimiento o amargura contra el estado conyugal por lo que no acabo de considerarlo como la única o, por lo menos, la más salvadora relación que puede ofrecer la vida. Pienso que es difícil conservar la humanidad en el matrimonio, o, mejor dicho, tener la propia vida en relación con otras personas concretas; es difícil, no solamente encontrar en él toda la felicidad, sino también mantener una visión general de la vida, y sin alguna especie de comprensión o visión general de las cosas la gente como yo no puede, en cualquier caso, sentirse feliz; todo se vuelve out of proportions[312] para nosotros y todo pierde armonía.

Es evidente mi fe en este punto de vista en la práctica, por ejemplo, de que siempre preferí un soltero como manager de la finca, o en que sólo en contadísimos casos accedí a aceptar gente casada como colaboradores en cualquier empresa. No pienses por esto que lo que quiero decir es que es mejor tener un cafetal o una escuela o una naviera que mujer e hijos; posiblemente no lo sea, pero lo cierto es que no domina en absoluto de la misma manera nuestra personalidad, y aun en el caso en que uno se dedique a esas cosas con alma y vida, igual que un cónyuge feliz se dedica a su matrimonio o un padre a sus hijos, por lo menos esas empresas no se interponen de la misma manera, al menos a mi modo de ver, entre uno mismo y la vida y el mundo como el matrimonio o la familia suelen interponerse; por el contrario, son, o debieran ser, un camino que conduce a una mayor comprensión de, por ejemplo, circunstancias sociales, sobre todo de otros seres humanos, o de conceptos abstractos, por ejemplo la justicia. Puedo llamar en mi apoyo nada menos al apóstol san Pablo, que escribe: «El soltero se inquieta por las cosas del Señor, por agradar al Señor; pero el casado se inquieta por las cosas que pertenecen al mundo, por agradar a la esposa»[313] (aun cuando yo, para expresar bien lo que quiero decir, tendría que cambiar por otras las palabras el Señor y el mundo en su epístola).

Yo diría que la felicidad conyugal consiste con mucha frecuencia en que la gente compra la aprobación y la admiración de otra persona de manera permanente —y absurda— con una permanente —y absurda— admiración y aprobación por esa otra persona; finalmente, ninguno de los cónyuges consigue evitarlo, ¿y qué consigue? No quiero decir que esto no valga en ciertas ocasiones, como cuando uno o ambos cónyuges tienen una vocación o una actividad fuera del matrimonio, y entonces el matrimonio se convierte en un refugio donde este cónyuge reposa o acopia fuerzas para su vocación; pero sí que hay muchas ocasiones en las que la vocación entra en conflicto con la felicidad conyugal, o ésta termina embotando o reduciendo la vocación a menos de lo que debería ser. Una amistad, aun cuando no sea tan apasionada, o una «relación libre», no tienen, a mi modo de ver, este peligro, porque ninguna de ambas interviene de manera tan profunda, ni tiene ninguna autoridad en nuestra vida diaria, en nuestros gustos, intereses o principios, como es

el caso del matrimonio; resulta, ciertamente, mucho más frecuente, por el contrario, una vocación común, o bien gustos o intereses comunes, lo que más a menudo junta a dos amigos y condiciona su amistad, llevando a estabilizarse como lo principal en ella...

Por lo demás, y en relación con esto, lo único que quiero es aconsejar, ayudar, o en términos generales, prestar atención a otras gentes. Escribiré algo que ya he pensado decirte en relación con lo que manifiestas en una de tus cartas, a saber, que no entiendo de dónde has sacado tú una fe tan ciega —pues me da la impresión de que la tienes— de que toda la gente lo que se esfuerza por conseguir y lo que les hace felices es la felicidad burguesa, la felicidad segura, reconocida, normal, doméstica. En teoría no puedo decir nada concreto contra esto; pero mi experiencia no me indica que sea eso lo que busca la gente en esta vida, ni lo que les satisface en lo más mínimo. Por el contrario, yo diría que la mayor parte de la gente, si se decidiera a ello, sería más feliz yendo por los mercados con un mono, si así pudiera experimentar algo y recibir nuevas impresiones y emociones, que apuntalada por una renta segura en una casa segura, donde cada día se parece al anterior. Cuando dices que Helene Prahl se equivoca tan profundamente tanto en cuanto a sí misma como en cuanto a la naturaleza en general al afirmar que ella prefiere «tener admiradores» que vivir para su hogar y sus hijos, lo único que puedo contestarte —al tiempo que te doy la razón en que, en general, es extremadamente estúpido decir ese tipo de cosas— es que a mí me parece que esto podría muy bien ser así porque ella ha llegado realmente al conocimiento de la verdad. Un poco pesado es, por supuesto, el que en la sociedad actual la palabra «aventura» suele querer decir casi siempre «una aventura amorosa», y para esta especie particular de experiencia no toda la gente, ni muchísimo menos, tiene disposición; la vida ha ido volviéndose poco a poco organizada de tal manera que ésta es casi la única clase de aventura con que se topa la gente. Pero a mí me parece que la mayor parte de la gente siente de manera inconsciente que hay más alimento para el alma y el espíritu en el peligro y en la más loca esperanza, y también en esto: arriesgarlo todo, que en una existencia tranquila y segura, y lo cierto es que no tienen mucha oportunidad de satisfacer este anhelo y que darían casi cualquier cosa por recibir este tipo de alimento.

Yo veo este salvaje amor a la aventura y a las experiencias en mis somalíes; se puede decir de la raza entera que son felices con lo que sucede, con sólo que suceda algo; lo que les vuelve completamente desesperados es la existencia sin suceso alguno, y esto, por otra parte, se puede decir también de casi todos los natives. Y pienso a propósito de esto que, entre todos los grandes poetas, el genial autor de Stankelben[314] ha mostrado su profundo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; cuando se lee su libro se sienten los leones salvajes del desierto, los incendios de barcos, los corsarios, el frío del polo norte, y también desdichas de mucha menor importancia, si es que, en general, se pueden incluir en el concepto de desdichas; pero lo que era realmente intolerable, lo que le indujo a la fuga, la desesperación, el suicidio, fue su, bajo muchos conceptos, excelente hermana, Stine, la cual, en el fondo, estaba dispuesta a todo por él, aliviar sus dolores en

todas las circunstancias de la vida, salvarle de la ira de los piratas, hasta saltar al fondo del infierno en pos de él, pero ni quería ni podía mostrar la menor comprensión por su única gran pasión, que para él era la aventura y el contenido de la vida...

Me alegro de que estés leyendo Hjemløs y con tanto interés; porque fue uno de los libros favoritos de mi juventud. Pienso como tú, que tiene muchos defectos; pero la expresión que usa con tanta frecuencia Goldschmidt sobre uno de sus personajes, que él o ella «tiene espíritu», se podría utilizar muy bien aplicándola a él mismo, y más o menos con idéntico sentido. Igual pienso yo que puede decirse, por otra parte, y cada vez más con el paso del tiempo, sobre la gente que uno ve por la vida; no se puede decir realmente que la gente que no tiene «espíritu» no pueden ser personas notables y útiles, pero mi opinión es que se saca muy poco provecho de su compañía, mientras siempre se siente uno, cada cual a su manera, impresionado o conmovido por los que lo tienen; no me refiero en absoluto a la cultura, porque muchos natives, por ejemplo, y gente que está al borde mismo de la idiotez, a mi manera de ver «tienen espíritu».

¿Has leído The Silver Spoon, la última parte que ha salido de La saga de los Forsyte? Como novela me parece pura y simplemente mala; nunca me imaginé que podría ir así, pero la verdad es que resulta muy interesante seguir los pasos de Galsworthy —de quien también pienso que es persona llena de espíritu— por el camino de sus ideas y sus escritos sobre la sociedad moderna. No se está quieto ni se duerme sobre los laureles en una fase determinada, sino que siempre sigue adelante, movido por su propio y gran interés por el desarrollo de su tiempo, y para el historiador La saga de los Forsyte llegará algún día a tener gran valor como document humain y como descripción, verdaderamente exploradora de la verdad, de la forma de pensar y de vivir de una cierta clase en estos últimos cincuenta años. Así pues, poco a poco, la gente se ha ido interesando por Soames, Fleur y Michael, y estoy impaciente por ver lo que será de todos ellos en la tercera y última parte...

En fin, voy a terminar esta carta igual que la empecé, deseándote toda clase de éxitos y felicidades en este nuevo año que se abre para ti, y mandándote muchos muchos saludos a Folehave y a todos vosotros que estaréis allí el día 13 de agosto. No puedo creer en absoluto que tengáis la edad que tenéis, de verdad; a mí me parece que seguís siendo muy jóvenes, más, incluso, que nosotros. La gente como vosotros y vuestra generación ya no volverá; yo considero que os habéis elevado a vosotros mismos y a la vida a un nivel del que, lamentablemente, el mundo luego ha caído. El último día de Navidad que pasé en casa y fui a Folehave con Elle hablamos de lo agradecidas que os estamos, porque nos habéis enseñado o inspirado a no llegar nunca a «abandonarnos». Y esto lo he visto también aquí con madre, entre gente que no la conoce en absoluto, pues con su gran modestia y su falta total de pretensiones, atrae, sin pensar en ningún momento en sus propios méritos, un círculo de gente en torno a ella, todo lo cual hace completamente imposible que se la

trate sin consideraciones. A mí la verdad es que tampoco me pasa; he vivido en circunstancias en las que podría perfectamente haberme abandonado por completo, pero siempre hay algo que me lo impide, y esto a mí me parece que os lo debo a vosotras. Tú eres, mucho más de lo que piensas, un ejemplo para todos nosotros, y ahora que, en este día tan grande, te ves rodeada de tanto honor y tanto agradecimiento, no creas que es porque nos dejamos llevar de la solemnidad de la ocasión, sino que se trata de la más profunda verdad, y que el más hondo deseo de nuestros corazones tiene, por una vez, el valor de salir a la superficie.

Con gracias por todo y muchos muchos cariñosos saludos desde esta lejana tierra, donde vive también gran parte de tu espíritu y de tu ser.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

(17 de agosto de 1927)

...Mi resfriado va peor que el que tuve en casa en el verano del 25, y no me deja en paz de una vez; en fin, que he tenido que acabar yendo en coche a ver al médico del Hospital Europeo —porque a Burkitt no quiero ir— y me ha dicho que lo que tengo es lo que en danés se llama inflamación del seno de la frente[315], y me quiere operar. Ya sabes que no me hace ninguna gracia dejar que me hurguen los médicos de aquí, pero, por otra parte, no puedo seguir en este estado; tengo dolores casi permanentes de cabeza, de nariz y de oídos, y los ojos me lloran sin parar; en fin, que he tomado la decisión de que me opere a fines de este mes.

Después de que me hubo examinado la cabeza —éste es uno de los grandes enigmas de la existencia: que haya instrumentos de acero tan largos que le entren a una por la nariz y le lleguen al cuello—, sentí tales dolores en la cabeza que casi ya no podía ni oír ni ver, y qué te imaginas que hice por el camino de vuelta desde Nairobi, pues lanzar el coche de Denys a la cuneta en la reserva forestal y hacerlo pedazos. Fue un susto tremendo; además es que había sacado a René Bent del hospital para que pudiera pasar unos días de cura de reposo aquí antes de volverse a Nanyuki, y estaba sentado a mi lado, y, como sabes, está casi paralítico, de modo que incluso en el momento de mayor terror me sentía angustiada por causa suya; la trasera del coche, además, estaba llena de boys y totos, pero la verdad es que salimos muy bien parados de todo

el asunto, y yo no tuve otra cosa que un volantazo. Espero poner el coche como es debido antes de que vuelva Denys, y como es lógico está asegurado. Los cristales se rompieron con el golpe, haciendo un ruido tan terrible que pensé que estábamos completamente convertidos en papilla. René lo soportó como un auténtico héroe, y yo misma no pude menos de sonreírme en cuanto me repuse un poco de la conmoción; es incomprensible que se pueda comportar una de manera tan idiota en un camino tan bueno y recto. Después de varias horas de esforzarnos por levantarlo pasó junto a nosotros uno de esos grandes camiones indios de carga pesada y nos ayudaron a ponerlo en pie. El motor resultó que no estaba tan estropeado que no pudiera llevarnos a casa, aun cuando, eso sí, no era nada fácil conducirlo.

Al día siguiente llevé el coche a Nairobi, y lo conduje yo misma con mucha dignidad; tenía un aspecto de pena, y yo estaba aterrorizada sólo de pensar que Denys podía aparecer inesperadamente. Durante el trayecto me encontré a un boy sentado al borde del camino, delante del edificio de los aeroplanos, y alargó la mano para hacerme parar, pero la verdad es que no me atreví a decirle que se subiera, con lo inseguro que estaba el volante. Mandé una nota al juez Creene, que vive en villa Coney, para pedirle que me diera un lift[316] de regreso, a lo que accedió muy amablemente, y cuando pasamos por allí todavía estaba el boy al borde del camino. Me bajé para ver lo que pasaba, y no te puedes imaginar los pies tan espantosos que tenía; se los había quemado o escaldado, pero tenía que haber sido hace mucho tiempo, y estaban terriblemente inflamados y negros. Creene, que es muy amable, dio la vuelta, y le llevamos al hospital, donde el médico dijo que estaba muy mal; tampoco podía hablar, y la verdad es que no acabo de entender cómo había podido llegar hasta donde dimos con él, o quién le dejó abandonado allí, y si no le llegamos a recoger nosotros se habrían encargado de él las hienas durante la noche, pues era ya tarde cuando le cogimos. Yo fui a verle ayer al hospital; se encontraba muy mal y parece muy probable que tengan que amputarle los pies. Es terrible que pasen estas cosas. No sé con quién habrá trabajado y cómo habrá llegado hasta aquí...

Es penoso tener tantos hijos adoptivos como tengo yo. Ahora ha vuelto a casa Tumbo, pero resulta que su padre quiere enviar a Halima a Ngong, a casa de la mujer de Jama, porque en la nuestra no aprende a hablar somalí. Está en pensión en casa de Maura, la joven esposa de Ali, a quien ella quiere por encima de todo en el mundo, y es una muchachita inteligente, espiritual y expresiva; no quiere en absoluto irse de allí, y cuando su padre habló con ella se encontró con que no podía salir de viaje porque tenía una pierna mala e iba por ahí con la pierna vendada y cojeaba y estaba muy pálida, tanto que pensé que sería algo muy serio; pero cuando le quité la venda resultó que no tenía nada, y hasta ella misma se echó a reír al ver que había descubierto su trampa. A mí me recuerda siempre a Missen[317]; es muy erguida y ligera y tiene la misma mirada viva y rápida de ella.

Ali y Maura siguen siendo muy felices; ayer les vi muy soñadores junto al estanque de los patos. Inflamado por tanto romanticismo, Kamante había decidido casarse con una ndito grande e hinchada; tanto él como Kinanjui, el antiguo cocinero de Tommy, trabajan por el momento en mi departamento de cocina y se desenvuelven muy bien; ya les he enseñado a hacer sauce béarnaise...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 21 de agosto de 1927

Queridísima madre:

Te incluyo una perpetua que ha crecido en la cima de las Ngong Hills, adonde subí con Ette y Nisse y las dos hijas de Ingrid el jueves pasado. Es realmente curioso que tenga siempre la sensación de que las Ngong Hills, y en particular el paisaje desolado que se ve hacia el oeste, te pertenecen realmente a ti; todo el tiempo pensaba que estabas a mi lado, y me pregunto si ese día experimentaste también la sensación de encontrarte en las montañas. Era de verdad notable ver en esta seca estación del año tan gran cantidad de flores; las enormes laderas estaban completamente cubiertas de amarillo con tantísimas perpetuas como había, y también abundaba una pequeña clemátide blanca que se entrelazaba por todas partes, cosa que yo nunca había visto.

Por lo demás tuvimos un día sumamente encantador en esas alturas. Habíamos quedado en encontrarnos a las nueve en el camino de Ngong, cerca de mi casa, y a esa hora caía una lluvia muy fina y había una niebla tan espesa que no se podía ver uno la mano; pero cuando llegamos a Kiambu nos lanzamos cuesta arriba a pesar de todo, y las niñas tuvieron mucho valor durante la subida. Fue peor al llegar a las alturas; no se veía en absoluto por dónde íbamos y del panorama no había ni que hablar... Mientras conducíamos comenzó la niebla a desplazarse hacia el valle y empezaron a abrirse grandes claros, con el sol al fondo como un día de septiembre en Dinamarca. Dejé el coche con la comida al cuidado de Farah y Juma en el mismo lugar donde comimos nosotras una vez. Habíamos decidido ascender a una de las auténticas cimas antes de comer, y Nisse quería ver hasta dónde podía llegar con su automóvil; en realidad se trataba de un ensayo general de mi entierro, porque me ha dado su palabra de honor de que si muero en

estas tierras y él todavía vive aquí me enterrará en la cima de las Ngong Hills.

La hierba aún estaba empapada cuando nos bajamos del coche, pero aquí se seca enseguida en cuanto sale el sol, y había un viento muy suave y ligero. Parecía desde allí arriba como si se sintiera volar la tierra por el espacio, de lo alto que está. El resto del grupo iba en coche y yo quería ver si conseguía caminar a pie tan deprisa como el coche; no es nada duro correr por estas cumbres, pero cuando me paraba me oía el corazón latir fuerte, tan fuerte que se habría podido oír en Nairobi... Cuando se llega hasta el mismo ridge hay una vereda de animales que va a lo largo de la cresta, muy pisoteada y fácil de seguir; es divertido pensar que los búfalos, los elands[318] y otros animales se paseen por allí, y que les atraiga ir por ella con tan espléndidas vistas a ambos lados. Un rebaño de elands acababa de pasar cuando llegamos nosotros a la cima —que es muy empinada— y les vimos camino de la cima siguiente, más alta, como moscas pared arriba. Tienen algo extraño las Ngong Hills, casi como un sueño, al mismo tiempo tan inmensamente grandes y libres y casi como un juguete. Los elands son grandes animales, como los más grandes que se encuentran en Dinamarca, pero de una cima a otra parecían muy pequeños, y, sin embargo, los veíamos muy claramente ir sendero arriba entre la hierba corta, volverse para mirarnos, y todo el conjunto tenía, con el aire azul y los árboles pequeños que conoces, un aspecto como de gigantesca arca de Noé. Vimos también muchos bush-bucks[319] y gran cantidad de águilas, que siempre hay por allí arriba. Por el contrario jirafas no vimos ni una. Estuvimos un rato sentados en la cima y nos sentíamos en la cúspide misma del mundo, y luego regresamos para la comida, que los boys entre tanto nos habían servido y en torno a la cual ya se habían congregado cientos de ovejas masai con sus pastorcillos...

Ayer fui hasta Orungi y cacé un eland para mis totos wakamba, que me dan mucho la lata porque quieren carne... Es un espectáculo realmente precioso ver un rebaño de elands que no perciben nuestra cercanía y siguen quietos pastando; y además estaba poniéndose el sol y lucía sobre ellos: habría más de cincuenta. Uno se encontraba muy cerca y fue a ese al que maté. Pero no llevábamos más que dos pequeños wakamba con nosotros, porque la verdad es que no habíamos pensado que fuéramos a cobrar nada, y entonces lo que tuvimos que hacer fue mandar a uno a que trajera todo el contingente, y mientras esperábamos se hizo muy oscuro. Distribuimos toda la carne, de modo que ya lo teníamos todo listo para cuando llegaron... Los kavirondos se emborrachan de carne como la gente civilizada de bebidas espirituosas, y no pueden resignarse a renunciar a una oportunidad. Los pequeños wakamba se comportaron, como Tommy recordará perfectamente, igual que una bandada de jóvenes buitres; estaban en completo éxtasis y se repartieron la carne entre ellos. Luego me volví a casa en plena oscuridad con una fila de muchachos de todos los tamaños que marchaban muy cargados. Por todas partes se oían hienas en torno a nosotros y, antes de llegar a casa, vimos un león con los restos de nuestro eland. Yo pensaba, mientras caminábamos, en lo mucho que he llegado a amar esta tierra; me recordaba los safaris de mi juventud,

cuando salíamos con armas al aire claro y ligero, que, después de puesto el sol, le penetra a una hasta la médula, con los perros y los boys alegres y jadeantes, y las estrellas, que salen y se vuelven relucientes. Venus permanece todavía en lo alto, como cuando estabas tú aquí, aunque sí es o no Venus eso es algo que Tommy sabrá. Creímos que habíamos perdido a Pedro, con su enorme carga, y tuvimos que esperarle media hora junto al río; en fin, que cuando llegué al lugar donde tú te soltaste el pelo para las ndito kikuyus llegaron mis propios boys a mi encuentro con una lámpara; habían estado muy preocupados por causa mía, pues ya eran más de las nueve. El maestro de escuela había estado esperando en vano a sus alumnos, los cuales, en tanto, se dedicaban a cantar sus himnos en torno a la hoguera y a su carne bien grasienta, llenos de profunda gratitud a la providencia, me imagino, que les había enviado tal bakshish después de un periodo tan largo de carencia...

A Ingeborg Dinesen

Domingo, 9 de septiembre de 1927

...El jueves fui en coche por la mañana a ver al doctor Sorabjee... Me echó gotas de cocaína en los ojos y no me dolió absolutamente nada, pero siempre me quedo sorprendida de ver hasta dónde le meten a uno sus instrumentos cabeza adentro; después de cortarme me hincó dos alfileres de acero para ensanchar el «canal de las lágrimas», y fueron sin duda como las agujas de hacer punto más largas que hay, y se me hincaron casi hasta la comisura del ojo. Además recuerdo que Elle ha descrito esta operación en una vieja dama la vez que fue al hospital de Frederik. Salí de allí en mi coche como Christian IV, con un vendaje ensangrentado en los ojos, entre el espanto de los conocidos que me vieron; llevaba mi propio coche, porque Denys no quiere que Farah conduzca el suyo...

A pesar de todo lo que me falta soy feliz aquí, como apenas nunca creí que pudiera llegar a serlo en la vida. Estoy libre, y lo estaría por completo si consiguiera vencer las preocupaciones económicas, pues hay aquí tantas cosas que amo. Ya comprenderás que mi relación con Denys me hace muy dichosa. Escribí a Ellen Wanscher el otro día que yo comprendía de verdad los sentimientos del rey Valdemar cuando decía que Nuestro Señor podía quedarse con el reino de los cielos con tal que él pudiera quedarse con Gurre. No quiero repetir esta frase en vista de las terribles consecuencias que tuvo para él, pero me imagino que no las sufrió por soberbia, sino a manera de una especie de ajuste de cuentas;

él se declaraba contento con lo que le había dado la vida y no pedía más. Pues igual me siento yo ahora con Ngong y con todo lo que eso representa para mí. Posiblemente bajo ninguna circunstancia vaya a ser eterno todo esto, y es muy probable que dentro de quince años vuelva yo a casa y le haga a Anders de ama de casa, si es que para entonces no se ha casado; pero si tuviera que irme ahora de aquí, estoy convencida, como ya te he dicho, de que me moriría.

Cuando pienses en mí no debes fijarte en mi soledad y en mis dificultades, sino en la bellísima tierra, en mis queridos natives, en mis caballos y mis perros, en esa sensación que tengo de estar en mi verdadero sitio, de poder hacer algo, y también la gran felicidad de contar aquí con una persona a la que verdadera y auténticamente amo. Verás como todavía las cosas van bien y tendremos muchas menos dificultades en el futuro y nos reuniremos llenos de alegría en la primavera del 1929; no sabes cómo añoro Dinamarca y os añoro a todos vosotros, y en especial a ti, pero todo lo que el mundo da lo cobra, y hay que pagarlo, y yo aquí no lo pago demasiado caro; me bastaría sólo con que pudiera seguir viviendo aquí.

Adiós, mi querida oveja blanca como la nieve.

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 18 de septiembre de 1927

...Ya te puedes suponer lo mucho que me interesaba leer tu artículo[320] que, además, trata de algunas de las cuestiones que a mí más me importan, y que nosotros hemos discutido con tanta frecuencia. Buena parte de tus puntos de vista y de tus argumentos te han llegado después de estar aquí. Pienso que es absolutamente notable; en cierto modo, lo más claro y lo más inteligente que he leído nunca sobre este problema. Además está muy bien hilvanado, con todo lo que hace falta, y muy coherente y homogéneo; no te muestras ni reticente ni locuaz, y sobre todo esto último a mí me resulta difícilísimo evitarlo.

Quería decirte, a propósito, que lo que yo más admiro de ti —y también con frecuencia en discusiones de viva voz— es lo considerado que eres siempre con tus oponentes o con los que piensan de otra manera distinta

a la tuya. Muestras hacia ellos gran comprensión en cuanto a sus puntos de vista y sus opiniones, y también mucha paciencia en la exposición de los tuyos propios. Éstas son cosas en las que yo sé perfectamente que peco por defecto, como, en general, la mayor parte de los que polemizan. Casi toda la gente se lanza a hablar, a discutir por su propia cuenta —y cuanto más se excitan tanto más se les nota esto—, sin interesarse en absoluto por escuchar y enriquecerse con lo que dicen sus oponentes ni por ver la forma de enriquecerlos a ellos. Por eso las discusiones son con tantísima frecuencia inútiles. Cada uno de los que hablan se cree la principal persona de la discusión, y si no despotrica contra los puntos de vista de su contrincante o se burla de ellos, desde luego es raro que su cortesía vaya más allá de la indiferencia, haciendo caso omiso de ellos, al tiempo que todo su interés se concentra en torno a sí mismo y a sus propios argumentos...

Gran parte de esta buena voluntad que muestras con respecto a tus contrincantes se la debes sin duda alguna a las discusiones con la tía Bess, que yo precisamente en mi carta te decía que podían resultarte peligrosas en cierta medida. Bueno, pero bien puede ocurrir que tú, por ser mucho más joven que yo, y siendo hombre, te las arregles mejor que yo para no sentir amargura ante las antiguas leyes y los antiguos ideales. Al contrincante vencido resulta fácil juzgarle sin prejuicios y con reconocimiento; es posible, incluso, llegar a apasionarse por él y ver la poesía o el idilio que reinaba bajo su régimen; pero, a pesar de todo esto, lo cierto es que fue insoportable mientras tuvo el poder. Cuando se trata, por ejemplo, de la cuestión de la emancipación de las mujeres, yo siento, con todo el amor que me inspira lo mucho que tenían de bello y gracioso y delicado los antiguos ideales, con todo el agradecimiento que me inspiran las viejas mujeres que se levantaron las primeras en defensa de la causa de nuestra libertad e independencia, que todavía no se han ajustado del todo las cuentas con un mundo, un sistema (en absoluto, por supuesto, contra individuos en general) que, con la mejor conciencia, permitió que prácticamente todo mi talento se desaprovechase, y que me expuso a la beneficencia o a la prostitución de la forma que fuese...

Por lo que se refiere al problema del que no me he sentido capaz de hablarte, porque no conseguía aclararme yo misma si tenía verdaderamente sentido dilucidarlo contigo o no —a mí misma me ha tenido muy ocupada, pero bien podría ser que para ti la cosa presente un cariz completamente distinto—, la cuestión viene a ser la siguiente:

Cuando Denys vino aquí el pasado noviembre había viajado en un barco italiano y pasado varios días por el camino en la Somalia italiana —en Mogadiscio y Kismayo—, y lo que me contó sobre el régimen impuesto por los italianos a los somalíes me produjo hondísima impresión, y él mismo estaba también profundamente impresionado por lo que había visto. Estuvo alojado en casa de un viejo conocido, un cierto Conte Capallo, que creo que lleva muchos años destacado allí, y que tenía apego a esa gente y estaba completamente desesperado de ver cómo iban las cosas. Le había dado muchos detalles y contado muchas cosas

que a mí me parecían completamente increíbles pero de cuya verdad no me es posible dudar. Según lo que pude entender tienen ahora un nuevo gobernador que es una especie de pequeño Mussolini —y protegido por éste—, pero que está poseído de megalomanía en más alto grado aún, y que da la impresión de que en el fondo de sus objetivos y de los de sus subordinados, con ayuda de todos los medios a su alcance, no hay otro propósito que intimidar y aplastar a un pueblo altivo. Lo que me contó Denys de matanzas sistemáticas puras y simples, segando a la gente a sablazos, de impuestos y multas por infracciones bastante imaginarias, que dejaban desiertos distritos enteros, de brutalísimos raptos de mujeres y de jóvenes muchachos somalíes por pequeños militares y funcionarios italianos, gente basta y sin formación, para sus harenes —los muchachos, sobre todo, es un tráfico que parece prosperar en alto grado—, era más que aterrador. Y el uso de la tortura es totalmente público. Denys me contó que según su amigo de allí cuatro somalíes de buena familia, que habían protestado contra las injusticias de los italianos, fueron sometidos a tortura por un robo que todo el mundo sabía que no habían cometido; dos de ellos murieron como consecuencia de ese trato, y Denys mismo vio sus ropas y las de los supervivientes y dijo que estaban empapadas en sangre de arriba a abajo. Al mismo tiempo el gobernador se está construyendo un palacio y vive como un príncipe.

Denys dijo: «Si hay en el mundo un lugar donde la Sociedad de Naciones debería intervenir, es éste».

Le pregunté por qué no se encargaba él de ello, pero en el transcurso de conversaciones más a fondo sobre el tema me di cuenta de que la manera que tienen los ingleses —y también, sin duda, la gente de las otras grandes naciones— de ver la política es distinta que la nuestra. Están mucho más disciplinados. Así es, además, como debe ser desde su punto de vista, porque de esta forma lo que emprende políticamente un miembro de una gran nación alcanza tal amplitud que su política, en general, puede decirse que está en manos de los escogidos y de los responsables. Acabé comprendiéndolo así; por ejemplo, a través de lo que me dijo Denys, que la mejor manera de progresar en esto sería que el asunto pasase por manos de Francia, que, como todos sabemos, odia a los italianos y se había opuesto fuertemente a permitirles instalarse en Somalilandia; pero, claro, en esto intervinieron también las relaciones de Inglaterra con Francia y con Italia.

Pero entonces una se pregunta: ¿No podría ser que la misión de las pequeñas naciones sea intervenir cuando de lo que se trata es de los más elementales conceptos de justicia e injusticia, sin que por ello se les sospeche de estar movidos por sus propios intereses políticos?

He llegado, realmente, a pensar en la posibilidad de ocuparme yo misma del asunto; la verdad es que en mi plan de batalla lo único que he hecho hasta el momento ha sido proponerme aprender italiano. Pero, por un lado no puedo, en buena conciencia, abandonar el trabajo que tengo aquí —y no tanto por la finca propiamente dicha, sino por los natives de

esta tierra—, y por el otro lo que ocurre es que una misión de este tipo resulta bastante más difícil, a pesar de todo, para una mujer, aun cuando me pusiese el traje de pantalones largos de Elle.

Pero ahora ya te he explicado a ti esta cuestión...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 16 de octubre de 1927

...Si conseguimos salir de nuestras dificultades, no olvidaré a Dickens, que ha sabido conservar el buen humor y la esperanza en estos meses de prueba. Llevar una finca en tales circunstancias es algo así como conducir un ejército en retirada, y he estado pensando mucho en la retirada de Moscú de Napoleón; no sabes lo bien que le comprendo. Pero Dickens ha sido mi mariscal Ney, a quien el emperador felicitaba porque aparecía mes tras mes igual de bien afeitado y uniformado que si estuviera en un desfile en las afueras de París, lo cual es digno de apreciar; y no es que el afeitado sea el lado fuerte de Dickens, sino su fuerza espiritual y su superioridad, que tienen otra forma de exteriorizarse y me han sido igual de útiles...

Muy en contra de mi voluntad llevé a Tumbo al internado en Pangani; ya no puedo oponerme más a la ambición de Juma de que se empape bien en ocupaciones librescas. Fue verdaderamente triste dejarle allí, con su pequeño hatillo en la mano y mirando con sus grandes ojos el automóvil que se alejaba. Le volveré a ver el lunes que viene. Soborné a todos los totos y al maestro con ricos regalos para que sean amables con él; pero el sitio es tan beastly, con polvo y basura por todas partes, y Tumbo es demasiado pequeño, me parece a mí, para lanzarse así, solo, a la vida. A Halima, mi otra hija adoptiva, se la han llevado a Embu, de modo que está por completo fuera de mi alcance. Existe una relación verdaderamente emocionante entre ella y Maura, la mujer de Ali; el otro día se corrió la voz de que Halima estaba en Nairobi, y Maura fue hasta allí a pie sólo para verla. Le pregunté si había hablado con ella; no, pero la había visto asomada a una puerta. No quería hablar con ella, porque temía que Halima entonces se angustiara y rompiera a llorar, y esto les sentaría mal a sus nuevos padres adoptivos. Muy pocos muchachos enamorados habrían hecho lo que Maura...

No sabes lo que me alegro de poder escribirte sobre Denys, y es estupendo y magnánimo de tu parte; sí, ciertamente, te haces cargo de

que no tengo, ni muchísimo menos, la menor mala conciencia en esto, a pesar de que está un poco fuera de la ley y del derecho...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 1 de noviembre de 1927

...Denys está viviendo aquí por el momento; llegó hará cosa de catorce días y seguirá aquí, espero, hasta que pueda salir con su próximo safari, un poco después de Navidad. No es tan sólo, como ya te puedes imaginar, encantador, sino también increíblemente divertido para mí tenerle conmigo; te puedo asegurar, y de verdad, que no podría pasarlo mejor que teniéndole a él en casa...

Para contestar a tus preguntas, antes de que se me olvide, te diré que la hierba ha crecido bien en el prado hacia el oeste, pero todavía tardará algo de tiempo en convertirse en una pradera como Dios manda; será preciso segarla aún unas cuantas veces. Mi gramófono funciona que da gusto, y Denys trajo muchos discos buenísimos, entre otros la Sonata a Kreutzer, que, la verdad, no puede sonar mejor, aunque vosotros, que podéis oír la música como hay que oírla, despreciáis los gramófonos. Tumbo ha vuelto a su colegio; no puedo frenar la ambición de Juma, pero regresará aquí los fines de semana y todo el mundo le tiene en palmitas, y a mí, por otra parte, me parece que se encuentra muy a gusto «en Eton», como dice Denys. Para mí Tumbo es una personita suave y dulce, sincera y franca, tan cariñoso siempre, y según creo tiene ahora también muchos amigos en Pangani, donde, por cierto, es el único interno...

Thaxton se ha ido; últimamente estaba un poco loco, me parece a mí, de modo que su ida es casi un alivio, sobre todo para el nuevo, Nisbit, que se lleva bien con Dickens, y esto lo considero, ciertamente, lo más importante, y también da la impresión de comportarse sensatamente con la mano de obra... Nisbet va a mudarse ahora a la casa de Thaxton, que está como no te puedes imaginar de sucia y desordenada; la señora Nisbet está matándose para ponerla en orden, y yo gastaré algo de dinero en pintársela; ellos, por su parte, están muy contentos de haber venido a Ngong y dejado la zona ardiente en torno a Donya Sabuk...

Ayer por la noche tuve una terrible shaurie porque me llamaron para que viera a un boy que en mi ausencia había venido aquí a buscar quinina, y mi toto que cuida de los perros, por sí y ante sí, le dio dos tabletas de sublimado corrosivo, y él se las tragó. Yo tuve que ir, en

plena noche cerrada, a verle y le encontré como cabe imaginar, en muy mal estado; vomitaba sangre a chorros y sufría mucho. Ahora le tengo aquí conmigo y espero poder pull him through[321]. He mando hacer un botiquín que se pueda cerrar bien, porque el actual sistema parece que puede ser peligroso. Denys se encargó de ajustarle las cuentas al toto de parte mía.

No sabes lo contenta que estoy con mi departamento de cocina, que nunca ha ido tan bien como ahora, y es realmente un gran alivio en mi vida. A mí me parece que Kamante tiene muy buenas aptitudes de cocinero; ayer hizo él solo unos croustades buenísimos, y se le dan muy bien la mayonesa y las salsas holandesa y bearnesa. Lo peor es que la tentación de pasarme el tiempo en la cocina enseñándole es demasiado fuerte para mí, de modo que abandono cosas más importantes, lo que demuestra que la definición del «vicio» que dice: «Un pecado convertido en costumbre» es errónea, porque la verdad es que a nadie se le ocurriría considerar pecaminoso ir a la cocina...

A Thomas Dinesen

Ngong, 19 de noviembre de 1927

...De sobra sabéis que todos los días os mando muchos y muy cariñosos saludos. La felicidad de una persona que está tan cerca de una como lo estoy yo de ti tiene mucha importancia en la vida; y como Dios, al fin y al cabo, no encuentra fácil situarnos, y además ha habido momentos, incluso estando tú aquí, en los que ese problema parecía de difícil solución, considero que Dios ha hecho gala de fantasía y originalidad por lo que a nosotros se refiere, y que los dos tenemos motivos para quitarnos el sombrero. Ojalá que para el próximo año podamos seguir con el sombrero en la mano...

Me dices que llevas mucho tiempo sin saber de mí. Espero que recibirías mi carta en la que te daba las gracias por tu tratado sobre el birth control. Además, he estado pensando mucho en esto, o, mejor dicho, en la parte que trata de moral sexual en general, y tengo algo que decir al respecto.

A mí me parece que de tu tratado se puede entender que el autor es un joven; es decir, que el problema sexual para él se ha concentrado en el problema de los jóvenes, forzados a la abstinencia o sustitutos, y con la solución del problema de éstos queda resuelto para él el problema entero. Casi toda la gente mayor estará de acuerdo conmigo, sin duda,

en que esto no es más que un aspecto del problema. Espero de verdad que nunca llegarás a trabar conocimiento con las dificultades del «matrimonio», pero si es así —diga lo que diga la tía Bess, con su fe inalterable en la capacidad de salvación del matrimonio— serás la excepción. Lee a Strindberg, lee a Bernard Shaw, lee incluso al viejo Shakespeare —Otelo era una persona absolutamente respetable, con un carácter generoso como había pocos; nunca en la vida se habría permitido estrangular a una persona indefensa en la cama, excepto por una sola razón—, ¡ya verás entonces dónde le aprieta el zapato al que lo lleva puesto!

De mí puedo decir que yo hablo aquí sin mucha experiencia personal. Polowtsoff me dijo un día que él nunca había conocido anybody so sensual and so little sexual, y no creas que le faltaba razón. Lo que dio al traste con mi matrimonio fueron las mismas cosas que habrían dado al traste con una relación de amistad o camaradería, no el tipo de pasiones que hacen perder la razón al «padre» de Strindberg[322] o que, como te dije, inducen a Otelo a cometer un asesinato. De las relaciones amorosas que he tenido yo en mi vida he salido siempre amiguísima de la otra persona. Lo que me ha conquistado a mí, o cautivado o como lo quieras llamar, en esto, ha sido siempre la personalidad de la otra persona o nuestros intereses comunes en alguna cosa, o bien la relación entera ha sido, si me está bien decirlo, como un juego o un baile. Sin duda yo no tengo disposición para tomar una relación sexual en sí misma con gran seriedad. Muy encantador me parece a mí ir de caza o al ballet o de viaje con una persona de quien estoy enamorada; bueno, pues en la misma medida me parece intolerable el ser considerada como «un objeto». Nunca en mi vida me he quedado mirando a los ojos amorosamente a nadie; me parece que me resultaría imposible hacerlo. No me gusta en absoluto que me mimen, encuentro pura y simplemente insoportable que me den apodos cariñosos y que me make a fuss about[323].

Pero he observado bastante a la gente para darme cuenta de que las cosas, en general, no son así. En la mayor parte de los casos el otro actor de la relación y su verdadera personalidad humana son, a fin de cuentas, de importancia secundaria, y puede ser elegido completamente al azar; lo que se apodera de uno, lo que arroba, conquista, devasta (etcétera) a la gente es la fuerza erótica por sí misma. Yo pienso que se puede llegar a decir que la mayor parte de las personas que están felizmente casadas encuentran felicidad en el matrimonio porque les gusta estar casadas, mucho más que porque les guste el cónyuge que les ha tocado en suerte o porque les atraiga el matrimonio o la relación conyugal en sí, incluso si el cónyuge en cuestión no siempre les atrae. Son felices en los brazos del amado porque les gusta que les mimen y les acaricien y les hagan la corte, y por esos precisos motivos llegan a querer y a sentir abandono por la persona que les hace la corte y les acaricia y les mima.

Esto puede, por consiguiente, conducir a las relaciones más íntimas y también a las más desastrosas entre dos personas que apenas se

conocen (fue justamente esto, que no la conocía, lo que utilizó Yago frente a Otelo en las relaciones de éste con Desdémona) y que no están en absoluto adaptadas la una a la otra. Una persona, por así decirlo, completamente ocasional, una mujer a quien has visto hace dos días y con quien nunca has hablado confidencialmente, puede llegar a representar para ti una de las fuerzas más grandes y desbocadas, te inspira y te hace feliz, o te hace sufrir, te devasta, te lleva a la locura con más facilidad que el mejor de los amigos y, sin duda, de una manera que éste nunca podría begin to do it.

Puede haber algo out of proportion en la relación puramente personal entre gentes que se encuentran «poseídas» de esta manera, en el poder del poder. Tú escribes que «la mayor parte de las personas tienen que confesar que cometieron las acciones más indignas de su vida por causa de sus relaciones sexuales». Pero la mayor parte de la gente no ha conocido, en general, en esas relaciones otra cosa que el éxtasis, otra cosa que «sentirse fuera de sí mismos».

Como toda una parte, que se podría muy bien calificar de pura y simple y palpablemente mentira, pero que, en este contexto, no es, sino que se trata de un rechazo, una transposición o transformación de conceptos, casi de modo inevitable pertenece a una relación sexual, resulta legítimo incluirla en la misma categoría. Es (dispensa) mi vieja parábola de los assignats transformados en oro de otra manera. Apenas puede decirse que sea posible, no es natural, no es decente en absoluto, en el momento álgido de una «situación amorosa», servirse de formas de expresión humanas generales, normales y veraces. La situación exige una lengua considerada como en un nivel completamente distinto. El amante se queja en los brazos de la amada: «Nunca jamás he querido a otra más que a ti, moriré por ti. You wonderful woman, I want nothing in life but you»[324]. Pero ¿lo dice de verdad? Sí. ¿Se le puede coger al día siguiente por la palabra, pedirle cuentas de lo que ha dicho? No, de ningún modo. No era responsable, y su mayor confusión de ideas consistió en confundir a un individuo con una de las fuerzas mayores de la vida. Él pudo haber dicho verazmente: no puedo vivir diez minutos más sin amor; pero una cosa así, en tales circunstancias, no puede pensarse ni decirse, hay que expresarla así: no puedo vivir diez minutos más sin Carolina. Es propio de Bienen[325] hablar —y no solamente a sangre fría— «de lo agradable», pero no estoy muy convencida de que la compañera de Bienen, por mucho que él renuncie al romanticismo en su relación con ella, y por muy unidos que estén los dos en la realidad, aprecie de verdad tanta franqueza.

Se podrá decir lo que se quiera, pero lo cierto es que estas relaciones son peligrosas (y lo son todavía más por causa de los niños, de quienes tanto se habla, y que, hasta ahora, sólo pueden venir al mundo por medio de esta unión). Podría sin duda haber mucho que decir a favor del punto de vista de la gente mayor y sensata, que, en su día, trató de reforzarlas de todas las maneras y de equiparse con válvulas de seguridad y muros a prueba de incendio; esta peligrosa fuerza era necesaria en la vida, pero ninguna persona debiera tener autoridad

para dejarla en libertad, jugar incontroladamente con ella o ir por ahí a solas con ella.

Tú puedes sostener, desde luego, que ni las leyes ni la policía pueden impedir que tragedias puramente humanas tengan lugar tanto en esta como en todas las otras relaciones. Pero no es a tales tragedias a las que se refiere la gente cuando habla de una «moral». Lo que hace falta es un código que guíe en casos de cambio de trayecto, una opinion. Yo pienso que la mayor parte de la gente en este momento se encuentra en la más bella de las confusiones sobre cualquier cosa que tenga algo que ver con derechos y deberes en todo lo relativo a las relaciones sexuales, el matrimonio incluido. Una excepción a esto son, creo yo, los miembros de una minoría progresiva, the smart set[326] de los grandes países (y, en parte también, el círculo de mis conocidos aquí), para quienes una relación sexual forma parte del modo normal de trato entre gente joven, en el que nadie, absolutamente nadie —ni cónyuges, ni padres, ni amantes anteriores, sin excepción— tiene derecho a mezclarse, y donde todo es all right mientras ninguna de las partes looses his temper[327] o en modo alguno toma la cosa en serio.

Cuando la gente habla de «los viejos tiempos» piensa en general en un periodo que terminó hace cincuenta años, y hablan de él como si hubiera durado una eternidad. La mayor parte de la gente que habla en sus casas de moral sexual y alude con nostalgia a los viejos tiempos en este contexto, se refiere a los setenta y cinco años últimos del siglo XIX, y no piensa en los antiguos egipcios, ni siquiera en la época de la Revolución Francesa. Ahora bien, el periodo que nos ponen de ejemplo constituye a pesar de todo —digamos entre la caída de Napoleón y la guerra mundial— todo lo contrario de un solid established order[328], al revés, es un periodo excepcional, de muy corta duración y, a mi modo de ver, corto de vista, en la historia de la humanidad, al menos por lo que se refiere a la moral sexual, pues me parece que es la época que creyó construir relaciones realmente prácticas y reales en la vida —relaciones de hogar, de familia, económicas— basadas en esta fuerza peligrosa e insegura: el amor.

Presumiblemente llegó esto con el romanticismo, que tomó el amor como pasión en serio de una forma nueva por completo; pero no sé sobre ello lo suficiente para expresar una opinión. El sistema no podía durar, a mi modo de ver, y lo cierto es que no duró; se ha llevado muchas cosas consigo. Y, creo, junto con otros muchos factores, ha contribuido a destruir la posición de las mujeres. En último término podría ser compatible con la dignidad humana al ganarse la vida cocinando y fermentando con gran pericia, o educando a una familia numerosa, o llevando una casa grande y bonita, o asumiendo un puesto en la corte, pero lo que no es digno en absoluto es ganarse el pan explotando el buen tipo o la capacidad de agradar. Y también ha hecho mucho, pienso, al mezclar las realidades con sentimientos de una manera desconocida para éstos, por disolver, confundir un código que probablemente no estaba tampoco nada claro.

Pero esto ocurría en un tiempo en el que, por lo menos teóricamente, y de acuerdo con las leyes y los profetas, cualquier relación sexual fuera del matrimonio era, en sí misma, «inmoral»; el matrimonio, en sí mismo, era «moral», tenía mucho más asidero que ahora, y las distintas partes sabían mejor cuál era el sitio de cada uno. Un hombre casado podía exigir, y esperar, fidelidad de su mujer, sumisión hasta cierto punto, e hijos legítimos; y la mujer, por su parte, de su marido, que la mantuviera durante toda su vida, y un cierto respeto. Las transgresiones eran rupturas de contrato, y en tales casos se contaba con el apoyo de la opinión pública: una muchacha seducida no tenía apenas nada que alegar en su defensa, pero podía invocar la indignación del cielo; el amante de una señora casada era un free lance que tenía que estar siempre al tanto para ver lo que podía sacar de ello.

Hoy en día me da a mí la impresión de que las exigencias, los deberes y los derechos morales en las relaciones sexuales son completamente dependientes de la personalidad, y de que la gente que anda escasa de personalidad y de criterios personales se encuentre bastante at sea[329]; sí, ciertamente, a pesar de toda la información sexual de que dispone una pequeña minoría sobre lo que supondría para ellos el meterse en una relación sexual.

Puede que tengas razón en decir que las leyes morales generales valen en esto como en cualquier otro terreno, y que la abnegación, las consideraciones y la sinceridad seguirán mostrando su valía tanto en estas como en cualesquiera otras relaciones entre seres humanos. Pero en la práctica las relaciones raras veces están tan claramente definidas que no haga falta una exposición más nítida de las reglas por las que se rigen esos ideales. Por lo que se refiere a la mayor parte de las otras maneras de contacto humano también las hay. Pero en este momento pienso que lo que domina es una gran inseguridad y una gran falta de acuerdo sobre una numerosa cantidad de circunstancias que tienen que ver con la moral sexual.

¿Es acaso la fidelidad en alguna medida un deber que se asume al comienzo de una relación amorosa, incluyendo en esta categoría al matrimonio? ¿Es la sinceridad completa por lo que a esto se refiere una exigencia generalmente reconocida y aceptada? ¿Se siguen de la relación amorosa o del matrimonio, sin previo acuerdo, deberes en cuanto a los hijos? ¿Es realmente, como he oído decir yo misma con frecuencia, una dirty trick[330] el que una mujer, sin el consentimiento específico de su hombre, ya sea su marido o su amante, se quede embarazada, o es ruptura de contrato por parte del hombre el negárselo? ¿Se sigue de una relación sexual un cierto deber con respecto a la vida puramente sexual de la otra parte, o está la moral vigente del lado de la esposa que rompe la vida conyugal sin dejar por ello de mantener la vida en común en su aspecto puramente práctico y cotidiano?

Yo creo que todavía distamos mucho de haber llegado a una verdadera comprensión de este tipo de problemas, de los que podría darte yo aquí una larga lista.

A mi modo de ver no puede resistir ningún acuerdo cuyo único recurso y salida, cuando surgen diferencias, es: sí, bueno, vamos a dejarlo. Pero por el momento pienso realmente que esto es lo único a que pueden recurrir la mayor parte de los matrimonios y de los amantes cuando las cosas no van como debieran. En cualquier caso es muy difícil para la parte que se considera perjudicada encontrar algún acuerdo anterior al que recurrir y al que agarrarse. Yo sé de un caso reciente por una joven esposa que se vio en un conflicto de este tipo. Su marido había roto por completo lo que en otros tiempos se consideraba deber de fidelidad conyugal, y cuando ella se quejó él le propuso que hiciera lo mismo; le aseguró que no protestaría. Esto a ella le pareció totalmente insatisfactorio, porque no sentía deseo alguno de cometer infidelidades. Claro está que podían separarse, ¿y qué otra cosa estaba en sus manos exigir?

Desconozco en absoluto si, según las reglas morales en uso, podía exigir en realidad algo. Pero lo que doy por supuesto es que nadie puede edificar su vida práctica sobre base tan insegura, o sea: casarse y abandonar su tierra y su círculo sobre cimiento tan poco firme. No sé si una moral así servirá para acabar con el matrimonio, pero desde luego cosas peores podrían pasar. No obstante, lo que sí hará necesariamente es desanimar a la gente de poner más de sí mismos en sus relaciones sexuales. Como ya he dicho —y en esto creo poder hablar con una cierta experiencia—, en los círculos en que este concepto sirve de regla general para las relaciones sexuales, son estas relaciones las que tienen menos duración y las que todos toman menos en serio. Una amistad, un consorcio de cualquier especie que sea, posee un peso completamente distinto.

Bien sé que nadie que tenga un concepto en uno u otro sentido puede hacer milagros o cambiar la naturaleza humana. Pero uno u otro ideal pueden servir de guía, se puede luchar por alcanzarlos. Cuando de lo que se trata es de una relación en la que se busca algo más que la felicidad o bienestar de una persona, es preciso que haya una cierta claridad, una cierta comprensión; de otra forma se puede llegar a jugar al fútbol con una parte que no sabe lo que quiere decir estar off-side. O bien, una «relación sexual» es algo en sí mismo, y un paso en falso aquí resulta realmente una desgracia, o, como solía decirse en otros tiempos, «una caída», o existe exclusivamente para el goce de ambas partes, y comienza y termina in accordance .

No creo, la verdad, que tu matrimonio, basado en la experiencia y en el esfuerzo, tenga en sí mismo más capacidad de resistencia que, por ejemplo, el de Lutero, fundado en el agrado de Dios, entre otras razones porque el cónyuge experimentado y aprobado puede elegir para sí un partner que no esté fogueado en absoluto, y, a pesar de todo, se sentirá

muy poco dispuesto a dejar que el matrimonio sea su primera experiencia, lo cual puede luego ser para ella, o para él, una ventaja.

Esta carta ha resultado algo completamente distinto de lo que habría debido ser, entre otras razones porque todo el tiempo me ha estado interrumpiendo Denys, que ahora, en el entretanto, menos mal, se ha ido a Nairobi en coche. He pensado no enviártela; pero es que tengo tantísimas cartas de Navidad que escribir que entonces acabarías no recibiendo ninguna, y con una carta, hasta si es tan tonta como ésta, por lo menos sabes que con ella van muchísimos saludos y muchos pensamientos cariñosos no sólo para ti, sino también para todos los tuyos, y que soy quien te los manda.

Abraza de mi parte a Jonna y a Anne; muchísimo cariño de verdad y simpatía os siguen por todos vuestros caminos también desde África, así como tu vieja y fiel hermana

Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 5-12-1927

...Aparte de esto hemos tenido muchos quebraderos de cabeza en la finca. El viernes por la tarde tuvimos aquí un asesinato, una muchachita kikuyu —la hija de Monyu— estrangulada con una correa en pleno maizal. No consigo recordar si ya te escribí sobre el asesinato, casi exactamente igual, que se cometió aquí hace siete meses, estando Dickens en Suráfrica. Fue también una muchachita la víctima, a la misma hora del día y casi en el mismo lugar. Detuvieron a un kavirondo que trabajaba por cuenta de Farah en su duca y que trató de echarle la culpa a Jerogi, de quien Thomas tiene que acordarse, y quizás también tú; es aquel que era tan encantador que ninguna mujer podía resistírsele. Sin embargo, consiguió probar su coartada, pues había estado en un ngoma con los kikuyus. Pienso que luego ahorcaron al kavirondo acusado, pero por otro lado he oído que había apelado contra la sentencia y que iba a ser visto su caso ayer. Yo diría que todo indica que puede ser el mismo hombre quien ha cometido los dos crímenes, de modo que he denunciado éste lo más rápidamente que me

ha sido posible, porque sería lamentable que ahorcaran a un inocente, si es que no lo han hecho ya.

Jerogi no es culpable tampoco esta vez, porque la semana pasada yo misma le llevé al hospital con una inflamación pulmonar, y allí murió la misma tarde en que mataron a la niñita. Pero la opinión general aquí es que el culpable es Lori, el garden-boy de la señora Dickens, a quien tú misma viste frecuentemente en mi jardín con Muthaiga. Es curioso que yo misma, si es que ha sido el asesino, hablé con él poco antes de que cometiera el crimen, y también poco después. Estuve en el jardín el viernes por la tarde a eso de las cinco para decirle algo a Muthaiga; no le vi allí, y entonces llamé a Lori y se lo expliqué a él. Se fue del jardín al mismo tiempo que yo, y yo caminé por la linde de la casa de Hemsted y me senté a fumar un cigarrillo, y miré en torno a mí para ver si había perdices, porque las había visto por allí hacía un par de días. Esto tuvo que ser mientras se estaba cometiendo el crimen, y a menos de quinientas yardas de distancia. Subí a la casa de Dickens para hablar con él de una shaurie, y cuando pasé por la pradera junto al cercado de los bueyes llegó Lori por detrás de mí y dijo algo sobre la lluvia, y charlamos los dos un par de minutos. El sábado por la mañana, que, además, era el cumpleaños de Anne Dickens, llegó Dickens muy upset y me dijo que habían encontrado a la niñita asesinada, y yo fui inmediatamente en coche a Nairobi a denunciarlo a la policía, que llegó sin pérdida de tiempo y han vuelto desde entonces todos los días.

Es comprensible que la gente de Dickens y todos los que tengan hijos se encuentren muy angustiados sabiendo que hay en la finca, entre nosotros, una persona de esta especie, ya sea Lori u otro. Mi evidence se considera como de la máxima importancia; no es esto nada agradable, ni es posible ser absolutamente exacta en cuanto al tiempo, ya que, en circunstancias normales, nunca está una pendiente del reloj. Además, en cualquier caso, a mí me repugna participar en una caza de hombre de esta clase y la esperanza de poder tomar parte en la captura del culpable no me produce ninguna emoción, aun cuando realmente se trata de un crimen repulsivo y desde luego me gustaría que le ahorcaran por él. Es terriblemente difícil sacarles a los kikuyus nada que se parezca a la verdad, y lo mismo cabe decir de todos los demás nativos; su mente no es como la nuestra...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 11-12-1927

...El martes estuvo aquí el jefe de policía de Nairobi y tuve que guiarle por todos los sitios donde había visto a Lori y recordar el tiempo con gran exactitud. Es realmente difícil decir con precisión la hora en que ha estado una aquí o allí, pero, por lo que puedo recordar, resulta posible que Lori asesinara a la niña entre el tiempo en que hablé yo con él abajo en el jardín y cuando habló conmigo por el camino yendo yo a ver a Dickens. Su conducta esa tarde fue, en varios aspectos, muy extraña; entre otras razones porque no volvió a su choza, sino que pasó la noche con varios kikuyus, donde hasta entonces no había estado nunca, y cuando me pongo a pensar en ello también estuvo muy raro al venir a hablar conmigo; llegó furtivamente, sin hacer ruido, tanto que me dio un susto cuando me dirigió la palabra, y no me dijo más que verdaderas tonterías. Se puede pensar que lo que pasó es que me vio y me siguió para tener así una coartada. Pero todo esto es demasiado vago para juzgar o siquiera para basar en ello sospechas contra una persona. Dicen que han encontrado un bastón que le pertenece y en el que hay manchas de sangre; pero tampoco tengo yo confianza en la inteligencia de la policía local, cuyo sueño es convertirse en otros tantos Sherlocks Holmes. Me recordó el interrogatorio de Alicia en el país de las maravillas, sobre todo cuando el comisario me preguntó: «¿Recuerda usted cómo iba vestido Lori?» «No, en absoluto.» «Recuerda usted si llevaba un bastón en la mano?» «No, en absoluto.» «Es muy importante». Saca el cuaderno y apunta: La baronesa Blixen no recuerda en absoluto lo que vestía Lori, etcétera. Y vuelta a empezar...

He estado pensando mucho en lo que me escribes sobre las relaciones entre tú y la tía Bess... Con frecuencia tengo la sensación de que la cercanía de Magleaas ha contribuido a hacer que la vejez de la tía Bess sea menos feliz, y que es esta circunstancia lo que importa aquí. A mí me parece que es como si el ideal que para ella representa Magleaas la hiciera sentirse descontenta con lo que ha conseguido en la vida y, en cierto modo, le diera la idea de que el matrimonio y los hijos constituyen tal grado de «felicidad» en la existencia que aquellos que los tienen son siempre ipso facto «ricos» —y con mucha frecuencia sin merecerlo apenas— y ella misma la desgracia en relación con ellos... Hay, desde luego, algo enfermizo en esta manera de pensar, y a mi modo de ver también algo muy penoso en lo que se refiere a la tía Bess, que, precisamente, y bajo muchos aspectos, es tan rica y tan querida y admirada, y que debiera sentirse orgullosa aunque sólo fuera por ser a glorious strongminded old maid of old Denmark[331], y entiendo perfectamente que para ti puede ser esto más molesto a veces que cuando se oye a «la clase baja» insistir en que ellos son «proletarios» y gente «sin formación y educación», y en el momento preciso en que la desdichada «clase superior» se siente más acosada entre impuestos y exigencias, etcétera.

También a Farah le entran obsesiones del mismo tipo y se pone a insistir en su privilegiada desdicha por ser only a coloured man[332], hasta que yo le digo: «Anda, Farah, haz el favor de dejar de decir tonterías; tú lo pasas mucho mejor que yo». Pero a Farah es más fácil atacarle porque

estoy completamente convencida de que, en realidad, no se cambiaría en modo alguno por mí, mientras que, en el caso de la tía Bess, la cosa me parece más honda. He llegado a la conclusión de que sería inútil hablar de nada de esto con ella. Es posible que su punto de vista vuelva a cambiar; antes no pensaba así en absoluto, si no me fallan los recuerdos de mi niñez y de mi temprana juventud. En todo esto cuentas con mi compasión, pero también me doy cuenta de que tú y la tía Bess os tenéis cariño y comprensión y lealtad para que una pequeña idea fija posea verdadera importancia...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 3 de enero de 1928

...Denys y yo tuvimos una imitación, pero tranquila, de nuestra cena de Navidad, con luces y abeto, aunque no nos quedamos hasta medianoche para despedirnos del año viejo. Lo único que te puedo decir es que ha sido un año estupendo, con tu visita, y a pesar de todas las angustias también ha sido satisfactorio por lo que a la finca se refiere, y luego la larga visita de Denys, y buenas noticias de casa.

Ahora voy a contarte una cosa divertida que pasó el día de Año Nuevo. Muy temprano por la mañana Denys y yo decidimos probar el nuevo camino que va de Ngong a Narok para alcanzar el safari de que ya hemos hablado y llevarles unas armas y catalejos que él les quería prestar. Era la primera vez que utilizábamos ese camino y, por otra parte, resultó que apenas llegaba más allá de la mitad del trayecto, de modo que no dimos con el safari. Hacía una mañana clara, espléndida, y el camino es bellísimo; desciende por donde fue Thomas de caza con Palme, y está muy bien tendido; lamenté que no existiera todavía cuando estuviste aquí, porque para ti habría sido un excelente paseo. Vimos muchísima caza, eland, cebras y gacelas. Bueno, en fin, después de habernos alejado quince millas de casa, Kanuthia señaló a la derecha y murmuró simba, y tenía razón. Sobre una enorme masa oscura, que resultó ser una jirafa muerta, se erguía un gran león con el rostro vuelto hacia nosotros. Últimamente a los masais les han estado importunando mucho los leones y el Game-Department había pedido a Denys que tratase de matar leones por allí, de modo que nos dijimos que aquélla era una bonita oportunidad. Denys lo mató de dos tiros, a cosa de doscientas cincuenta yardas. Se trataba de un león viejo, sin mucha melena, pero qué grandes y que magníficos son estos animales, y qué alegría volverlos a ver.

Lo cubrimos con ramas de espinos para desollarlo a la vuelta y seguimos nuestro viaje durante, como ya te he dicho, cosa de seis millas más, hasta llegar al punto en que terminaba el camino, de modo que no nos quedó más remedio que regresar por donde habíamos ido. Yo tenía que estar al tanto para no pasar por el lugar de la jirafa sin verla. Cuando la divisé apenas podía creer lo que veían mis ojos: teníamos allí delante otro león que nos estaba mirando, un león grande, verdaderamente espléndido, black-maned[333]; pienso que el mejor que he visto. Te aseguro que es el espectáculo más bello del mundo. Estuvimos allí quietos durante un rato, preguntándonos si debíamos matarlo o no, de modo que cuando precisamente iba a marcharse fue Denys y lo mató; el león dio un gran salto y cayó, sin más, al suelo. Denys dice que es la mejor piel que ha visto en su vida; la melena era totalmente negra y le cubría por entero los hombros. Lo desollamos entre los dos y disfrutamos, muy orgullosos y contentos, de un breakfast de Año Nuevo que consistió en pan y queso, uvas pasas y almendras, que llevábamos con nosotros, y una botella de vino tinto, en aquel aire tan claro y encantador, con las Ngong Hills y las verdes praderas frescas en torno a nosotros; no creo haber pasado nunca una mañana de Año Nuevo más maravillosa. Condujimos hasta Nairobi con la piel. No hemos dicho a nadie dónde encontramos los dos leones, porque si no lo que pasará es que todo Nairobi irá de caza por allí. No tienes la menor idea de lo grande que parece una jirafa cuando está echada en tierra, ¡y lo mal que huele! Kanuthia se llevó cuatro botellas de grasa de los leones, y Denys le compró una para Poor Singh; Tommy tiene que acordarse de lo mucho que quería grasa de león. Si 1928 sigue siendo tan estupendo y divertido la verdad es que todo irá a pedir de boca...

Denys se va mañana con su safari...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo 8-1-1928

Queridísima oveja:

Lo más notable que ha ocurrido esta semana fue que tuvimos un terremoto el viernes por la noche. Se trató, como puedes imaginarte, de poca cosa, pero para los que nunca habían conocido un terremoto resultó, a pesar de todo, una experiencia muy rara. Yo estaba en el

baño, preparándome para acostarme, y lo primero que pensé fue que un leopardo, no sé cómo, se había subido al techo; pero cuando la casa entera comenzó a tambalearse tuve que explicarme la situación de otra manera. A pesar de que, en realidad, es una sensación desagradable, hay algo, si puedo expresarme así, como de embriaguez, en el sentido de que lo que uno hasta ahora había considerado inanimado comienza de pronto a moverse. Se siente uno como si pudiera darle un golpecito a la tierra y decirle: ¡Vaya, vieja tierra!, ¿de modo que estabas viva después de todo, eh?

Juma dice que ya ha conocido uno así en Uganda, ¡y ese mismo día murió el rey Eduardo! De modo que, ya ves, podemos ir preparándonos ahora para acontecimientos importantes...

La policía da vueltas en torno a la casa, porque se piensa que hay una banda de ladrones aquí, en la finca; mataron a un indio y a un native anteayer en Limoru. Ayer vino a vernos un askari y dijo que había un kikuyu dispuesto a contar a la policía dónde tenían su guarida si le dábamos veinte chelines, y me pidió que se los diera; pero a mí la cosa me pareció tan mean[334] que no quise mezclarme en ella. Me resulta tan espantoso ver quitarle la libertad a algo que cuando observé las esposas en las manos del policía me sentí preparado a mandar aviso a los asesinos. Si hubiera sabido dónde estaban y que no iban a matarme, me habría gustado mucho, de veras, ir a buscarles; siempre tiene algo atractivo la gente que está desesperada...

Ha llegado la mujer de Farah[335] y la verdad que es encantadora; no le resulta fácil a la pobre adaptarse a este ambiente extraño: no sabe hablar una palabra de suajili —la joven esposa de Ali está dándole lecciones ahora de ese idioma—, y puedes creermelo que Farah es un terrible tirano doméstico. La mayor parte de las mujeres somalíes tienen una cierta dignidad que es atrayente; ésta no es bella, pero está bonitamente formada, con hermosos pies y manos, y se mueve muy bien.

Dile a Tommy que ahora tengo a Titi, el hermano pequeño de Kamante, a cargo de los perros; Tommy por fuerza se acordará de él. Se había quedado sin trabajo, porque Kamante ha vendido todas las cabras y terneras que guardaba para comprarse su ndito. El otro día, yendo yo con Heather y Titi, vio éste a algunas de sus antiguas terneras en manos extrañas y se echó a llorar. Kamante se ha entrampado hasta las pestañas conmigo por causa de su boda, y pienso que ya puedo considerarle mi esclavo hasta el día de su muerte...

A Ellen Dahl

Ngong, 13-1-1928

...Ante todo muchas, muchísimas gracias por el pequeño Arlequín; estoy contentísima con él y hacía mucho tiempo que deseaba tenerlo. Está con Colombina sobre la vieja cómoda de Mamá, en mi dormitorio, pero en Nochebuena los puse encima de la chimenea del comedor, detrás de una hilera de velas de Navidad, y tenían un aspecto precioso, como si estuvieran bailando en un escenario. Además de lo bonitos que son por sí mismos, representan, en cierto modo, buena parte del antiguo espíritu de Copenhague —el Tívoli, el Ballet y Dyrehavsbakken— al que yo, con el paso de los años y con la distancia, he llegado a coger mucho cariño, por su encanto, su sencillez y su alegría; además, siempre he soñado con la Comedia de la noche de san Juan, y también con Bromas de Navidad y gracias de Año Nuevo, y Arlequín participa en ambas. Pienso que todo el tiempo echo de menos la fantasía y el elemento de imaginación y reminiscencia en el arte, incluso leo los cuentos de H. C. Andersen con profunda admiración. Ya sé que este año tenéis fiestas en su honor y me encantaría participar en ellas; querría, de verdad, tener aquí sus obras completas, si se pueden conseguir encuadernadas y no a un precio excesivo. Denys y yo hablamos precisamente esta Nochebuena de lo estupendo y maravilloso que sería que tu Arlequín hiciera aunque sólo fuera una pirueta, que sucediera lo inesperado aunque fuera en miniatura...

Te deseo sobre todo que te vaya bien con tu asilo para gente sin hogar, del cual me ha escrito madre, y que me interesa muchísimo. No sé si recuerdas que una vez, en el verano de 1925, estábamos tú y yo en la estación de Skodsborg —era además el día, poco después del compromiso matrimonial de Tommy, en que llegamos de Springforbi, y llevábamos sujeto de un cordel un globo con forma de cigüeña— y hablábamos de las pasiones que la gente conserva en la vida, de cómo, gradualmente, la gente renuncia a tantas de ellas, y yo dije que mi pasión más grande, a lo largo de los años, habían sido «las clases bajas». Entonces te mostraste de acuerdo conmigo; y ahora tú, por lo menos, no evitas tu destino. Y yo, aquí, es en los natives en quienes derramo mi solicitud, pero para mí esto es de importancia secundaria, a pesar de que son igual de seres humanos: los que son Humillados y ofendidos por la razón que sea. Padre escribe en Desde la Octava Brigada que «se quiere a los soldados como se quiere a las mujeres jóvenes, de manera violenta e incontrolable», y yo misma he llegado a la conclusión de que es por completo erróneo lo que suele pensarse generalmente de que son las pasiones y las relaciones personales lo que tiene más fuerza e importancia en la vida; sobre éstas puede afirmarse, como escribe Stuckenberg a su amada, que: «La felicidad de mi vida, la

felicidad es tu imagen», pero la verdadera pasión violenta e incontrolable es siempre para otras cosas, por ejemplo: el arte, la tierra, los soldados (mujeres jóvenes), my black brother o los parados...

Si los jóvenes encuentran la existencia más fácil o más difícil que nosotros no está bien decirlo; pero, en cierto modo, es evidente que la vida, de la misma manera que la ropa y que los menús, se ha simplificado desde nuestra juventud. Pienso que ha tenido lugar un cambio que, según se tome, puede parecer un alivio o un vacío, y consiste en que poquísimos, por no decir ninguno, son los que se sienten todavía hoy en día frente a los demás o incluso frente a sí mismos representantes de algo que no sea su propia humanidad y personalidad. El entusiasmo, el orgullo, el sentimiento de la responsabilidad de representar a esta o aquella nación, por muy fuerte que se sienta todavía el amor por un país y por un pueblo, han desaparecido para la mayoría de la gente, y en su lugar quizás sean el sentimiento y el orgullo de clase, que les hace sentirse representantes del proletariado —aunque en muchos esto está mezclado con intereses que son demasiado claramente prácticos para poder interpretarlos como un verdadero ideal—, pero esto casi seguro que no es así en las clases altas o, por ejemplo, en la clase militar. A mí me parece que el tío Mogens todavía se enfrentaba con la existencia sobre todo sintiéndose un Frijs, un representante de Frijsenborg y de su familia, consciente no sólo del privilegio, sino también de la responsabilidad que se deriva de esto; pero posiblemente se llevó a la tumba este modo de ver la vida, y que quizás ahora sólo se encuentre ya en los museos.

La razón de fondo de esos fenómenos es sin duda que las viejas ideas, que, en cualquier caso, la generación anterior a la nuestra sintió y se atuvo a ellas, habían perdido vigencia, y a través de los años y de la influencia de los modos y las maneras se habían ido volviendo bastante frágiles; o sea, que sólo podían mantenerse con tiempo suave, pero resultaron incapaces de resistir la catástrofe de la guerra; sin embargo, la cuestión continúa siendo si en algún momento volverán a surgir bajo otras formas y nombres y si nuestros hijos y nietos a nuestra misma edad volverán de nuevo a luchar bajo un escudo y una bandera, sea cual sea su color.

Un cambio muy grande, del que la gente quizás todavía no se ha percatado, pienso yo que ha tenido lugar en el sentido de que, por así decirlo, ha surgido la idea de la feminidad, del hecho de ser mujer. Creo que las mujeres de los viejos tiempos, y sobre todo las mejores de ellas, se sentían representantes de algo grande y santo, gracias a cuya fuerza tenían ellas un peso, una importancia, aparte de la suya propia, personal, y esto las hacía sentirse orgullosas y dignas y les daba un gran sentido de la responsabilidad. Ni la arrogancia de las jóvenes ni la majestad de las viejas señoras era, a fin de cuentas, algo que ellas sintieran por cuenta propia; les faltaba el elemento de vanidad personal, su orgullo era semejante al que se siente por una bandera o un escudo. Se podía disculpar perfectamente una ofensa personal, pero era imperdonable una afrenta a la feminidad de que ellas se sentían

representantes; una bofetada podía quizás encontrar gracia, pero jamás un beso robado. Y pienso que son muy pocas las mujeres jóvenes que sienten ya restos de esto en nuestros días.

En una de las narraciones de Blicher[336], la protagonista se ve forzada a elegir entre la vida de su joven hermano y el sacrificio de su honor (femenino) a manos del jefe militar enemigo, y ni ella ni su hermano tienen un solo momento de duda: es la vida de él la que ha de ser sacrificada. En una narración moderna —de Jakob Wassermann[337]— un oficial bolchevique hace promesa a una joven señora de salvar a un grupo de fugitivos a cambio de que ella vaya a su tienda por la noche; y ella lo piensa tan poco como los hermanos de Blicher, pero la respuesta es: «Sí, por supuesto. Aquí me tiene». Pienso que hay pocas mujeres jóvenes modernas cuya conciencia y sentido moral no les induciría a dar la misma respuesta. Y esto es porque ya no sienten que su «feminidad» es el más sagrado punto de gravedad de la naturaleza, y el concepto del «honor femenino» no tiene ya para ellas ninguna importancia, ni apenas sentido alguno. De la misma manera el joven noble de Blicher habría elegido la muerte antes que, por ejemplo, colgar su escudo de nobleza del cuello de un cerdo, pero hoy en día no creo que se encontrase a un solo noble en todo el mundo —al menos en los países civilizados— que no estuviera dispuesto a ello con la mejor conciencia imaginable si, de esta forma, salvaba la vida de sus amigos, o simplemente la suya propia; y es que su deber más alto está ahora a otro nivel. Por muy ofendida que se sintiera una chica contra un violador —igual que, por ejemplo, contra uno que hubiese incendiado su casa—, yo diría que más furiosa todavía se sentiría contra la gente compasiva que diera por supuesto que tenía que sentirse humillada, «deshonrada», por este hecho.

Por muy bellos y grandiosos que fueran los ideales de aquellos tiempos, lo cierto e indudable es que la sal ha perdido su sabor, esto lo prueba que hoy en día son —de una forma o de otra, intelectual o moralmente— las gentes de segunda categoría quienes todavía los esgrimen. Son sin duda ingleses los que todavía ponen el Empire por encima de todo y se regodean diciendo *we englishmen*, de acuerdo, pero éstos no son los mejores, y lo mismo ocurre, más o menos, con las otras naciones...

Y las mujeres que hacen de su sexo su mayor fuerza y dan a su virtud «femenina» más importancia que a su honor y honra puramente humanas no pertenecen en absoluto, a mi modo de ver, en nuestros tiempos, a la élite femenina de la humanidad.

De todas formas es seguro, sin duda, que la gente actual ha perdido valores que daban fuerza y peso a sus vidas, y que, presumiblemente, en muchas ocasiones, les hacían más felices individualmente y facilitaban la convivencia entre los hombres. La consciencia de ser un alemán o un Reventlow, o un miembro del honrado gremio de peltreiros, pongo por caso, o una *honnête femme*, ha servido para hacer que mucha gente se mantenga firme en sus puestos, y les ha dado una afortunada sensación de amor propio contra la que los jóvenes de hoy en día, que «descansan solamente sobre su humanidad», no tienen nada que ofrecer. Creo, por

tanto, que fue en gran medida la aceptada santidad e importancia de la «feminidad» lo que hizo el matrimonio en los viejos tiempos, si no más feliz, sí, por lo menos, más llevadero. La joven desposada le daba a su novio infinitamente más que su propio valor personal; llevaba a su nuevo hogar algo eterno e inapreciable, el valor y la dignidad inviolables de la «esposa», y el punto central de su vida en común no estaba tanto en su simpatía o antipatía personal como en la relación misma entre «el hombre y la mujer», cuyo símbolo era la caja de costura de ella, la pipa y el periódico de él; y los dos se encontraban en su matrimonio, por decirlo así, como los embajadores de dos grandes potencias, llenos de reconocimiento y consciencia mutua de la fuerza y los valores que les apoyaban.

La vida conyugal hoy en día entre dos personalidades puramente humanas tiene otra base y otro contenido (si es que tiene alguno). Ahora, lo que yo, de todas formas, no sé es si resulta posible para la gente en general vivir con algún provecho, tanto humana como personalmente, sin que les haya sido asignado ningún papel en la vida. En el cielo, he oído, nadie se casará, y allí, sin duda, un Reventlow se sentará mano a mano con Pedro y Pablo. Pero también se podrá dar por supuesto que habrá algún acomodo particular o algún espíritu particular que facilite este tono social, porque, si no, yo diría que tanto los viejos Reventlow como los cónyuges de otros tiempos se van a encontrar bastante perdidos. No se puede decir, realmente, que los jóvenes de ahora hayan asumido por su propia voluntad y en un solo sentido el *modus vivendi* del milenio, pero es evidente que tendrán que pagar las consecuencias; esto les exige sin duda alguna más fantasía, más fuerza e idealismo que el modo de vida de los tiempos pasados. El Señor les acompañe; la verdad es que no les conozco demasiado bien, pero, a pesar de todo, tengo mucha fe en ellos...

Me dices en tu carta que no puede haber sido fácil para mí tener a madre y a Denys aquí juntos. Entre nosotras: ¿tienes tú esa impresión por ti misma o por madre? Yo no pensé que a madre le pareciera mal, y me alegré de que conociese a Denys. Madre está enterada de nuestras relaciones, y también naturalmente toda la gente de aquí, y no comprendo qué diferencia podría suponer ese conocimiento en su concepto de mí o en sus sentimientos hacia mí, sean los que fueren.

Bueno, pues nada más que muchos saludos, mi queridísima Elle, y saluda también mucho a Knud de parte mía, y a Frk. Møller y a Ella. Todo lo bueno imaginable para el nuevo año, tanto en Sølvgade como en Mols[338] y dondequiera que os halléis. Saludos a Kongens Have y a Langelinie y a Dyrehaven y a Ellemandsberget; todo esto está muy lejos, pero, a pesar de todo, no creo yo que la naturaleza y la vida en estas tierras sea tan distinta de Dinamarca como de otros muchos sitios. A veces me parece que gran parte de las canciones danesas podrían haber sido escritas aquí: «El pastor muy suavemente condujo a sus ovejas al frescor del atardecer y dejó huellas en el rocío»[339]...«Cabalga suavemente por el bosquecillo, amadísimo mío», y Lulu «juega dentro y fuera, en la finca y en el bosque y cada uno de sus cabellos reluce como

oro rojizo». Y después de la lluvia: «Aquí florece el bosque, aquí florece el abedul, mientras el humo se extiende sobre la hierba»[340].

Bueno, adiós, y escribe de vez en cuando.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 22-1-1928

...Mohr y yo hemos discutido —con el debido respeto a la memoria de Søren Kierkegaard— sobre El concepto de la angustia, más que nada en relación con mi banda de ladrones de aquí; pienso que en esta vida he llegado a la conclusión de que toda angustia en realidad es nerviosa, porque no hay motivo alguno de inquietud. Quiero decir: se puede, naturalmente, estar inquieto por si le matan a uno, o por si tiene una inflamación pulmonar, o por si uno se va a un hoyo con su automóvil, etcétera, pues después de todo éstos son riesgos que existen naturalmente en la vida, pero lo que no se puede es estar asustado por ellos, porque de nada en la vida se debe estar asustado (a menos que se crea en el diablo, ya que entonces, por supuesto, hay razón para estar en un susto constante). Si yo, por ejemplo, no tengo miedo de los natives, ni lo tendría aunque supiera que estaban ante mi puerta decididos a matarme, o incluso si estuviera convencida de que me iban a matar, esto se debe a que tampoco ellos tienen porqué tener miedo de matarme a mí, es decir: ni ellos ni yo creemos en el diablo, y todo el asunto podría compararse muy bien con un episodio de caza, por ejemplo con perseguir a un oso, haciéndole salir de su guarida de invierno, y esto a los cazadores no tiene por qué asustarles por mucho que sepan que el oso también les puede matar a ellos; el oso, por su parte, por muy furioso y por muy decidido que esté a put up a fight[341], tampoco les tiene miedo. Todo miedo es más o menos miedo a la oscuridad: traed luz y ya veréis como se pasa enseguida, porque se verá claramente que no hay motivo alguno de miedo. Pero son tantísimos años de creer en el infierno y en el diablo y de asustarnos unos a otros porque vemos motivos de terror en tantas cosas, que llevamos en la sangre una tendencia infernal al miedo, y se nos sube a la cabeza por cualquier nimiedad absurda...

El jueves fui a comer a casa de los Fjaestad; había quedado en ver allí a Mohr y en ir en coche con él a su finca después de comer; me ha pedido que le ayude a comprar cortinas, etcétera, para su casa, y primero teníamos que medir y ver colores. Me alegré de ver su finca, y pienso que Mohr tiene una posición muy interesante para ser tan joven. Posee más de once mil acres, con seis mil acres de henequén y quinientos acres de café por lo menos; tiene cuatro blancos, cuatro fundees[342] y quinientos natives a sus órdenes...

Volví a casa bastante tarde y allí me encontré a Denys, lo que me asombró mucho; se va a quedar una semana y luego saldrá otra vez de safari...

Puedes enviarme por fin el libro Rebelión de la juventud del que me hablas; me gustaría mucho llegar a conocer a la juventud moderna mejor de lo que la conozco. Pienso que ahora la gente se queja innecesariamente de muchos de los cambios bruscos de estos tiempos; es, desde luego, necesario que las cosas cambien y se desarrollen, y ya se sabe que no se puede hacer una tortilla sin romper huevos...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 5-2-1928

...Sobre el asesinato no puedo darte ninguna información porque no les ha sido posible probar nada contra Lori, y han tenido que soltarle de nuevo. Le hemos enviado lejos de la finca, porque hay, ya sea culpable o inocente, demasiado mal ambiente contra él para que pueda moverse por aquí tranquilamente; ahora ha vuelto a su propia tribu, en Meru. Y después la policía no ha hecho ningún esfuerzo, de modo que no se sabrá ya nada más sobre el asunto.

Tampoco han progresado nada en la búsqueda del ladrón Muangi, de quien se dice que anda por las cercanías con su banda. Este domingo, cuando nosotros, como seguramente te he escrito ya, tuvimos un gran ngoma, vimos a un policía de Nairobi que iba en coche por aquí con la esperanza de dar con él, porque se dice que le gustan mucho los ngomas. El policía, por su parte, no hizo absolutamente nada por cogerle, sino que se pasó el tiempo en la casa bebiendo cerveza y hablando de sus hazañas, de modo que habría sido muy raro que los amigos de Muangi, si es que en realidad estaba en el baile, no le avisaran con tiempo. A mí me parece que sería muy sporting por parte

de Muangi exponer de verdad la vida viniendo al ngoma —todos los policías tienen orden de disparar contra él si le ven—, y Dickinson, el amigo y subordinado de Denys en los safaris, que ha estado viviendo aquí esta semana, y yo pensamos organizar un ngoma en honor suyo y darle salvoconducto, con centinelas apostados a lo largo del camino a fin de saber con tiempo si llega la policía; pero es inverosímil que tenga suficiente confianza en nosotros para aceptar la invitación. Además no creo en absoluto que se encuentre ya por esta zona...

A nuestra vuelta a casa (el martes) tuvimos la gran sorpresa de ver aquí a Denys; se le había roto el magneto de su único lorry a treinta millas en el otro lado de la frontera de Tanganika y tuvo que volver de un tirón para conseguirse otro. Comió con nosotros y se acostó para levantarse de nuevo a la una y emprender el regreso en plena noche cerrada. Me gustaría haberle conducido yo un trecho, porque estaba muerto de cansancio y lleno de sueño, pero es que no sabía cómo volver. Todo lo relacionado con los safaris a mí me atrae muchísimo, incluso cuando hay que empezar con linternas en plena noche clara y fría; lo que hice, a fin de cuentas, fue seguirle en camión y con una chaqueta encima hasta el estanque, y luego me volví a casa; el cielo estaba iluminado de estrellas y el aire era ligerísimo...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 12 de febrero de 1928

...Este domingo, después de escribirte, recibí la visita de un lamentable personaje, un sueco, Casparsson, que fue durante algún tiempo maître d'hôtel en el Norfolk y ahora está casi sin recursos. Llegó vagabundeando, va a pie por todo el polvo y tenía muy mal aspecto; en todos los sentidos era un hopeless case[343]. Parece ser que ha tenido choques con la policía, no sé a propósito de qué, y los suecos que viven aquí, que nunca se muestran demasiado interesados en ayudar a nadie, han decidido no hacer nada por él como consecuencia de esto, de modo que las cosas han cobrado un pésimo cariz para él. Además es bastante inutilizable en esta tierra; no tiene aptitud para nada práctico, no sabe conducir ni manejar ninguna herramienta, ni sabe de agricultura o de business de ninguna clase, y tampoco se esfuerza por hacerse amigo de la gente. Ha sido... ¡actor! cuando estaba en Europa; sus mejores papeles fueron Armand en La dama de las camelias y Osvaldos en Fantasma, según él mismo dice, pero lo malo es que nada de esto sirve aquí para nada. A mí me cae bien; es un verdadero y constante «gorrón», y siempre hay gente rara, borrachos más que otra cosa, que

hacen este papel, pero ¿qué se puede hacer con ellos? Le di veinticinco chelines, pero no le duraron mucho tiempo...

El lunes estuve en Nairobi. Como de costumbre: comí con Bent, shauries con Hunter y Milligan... Té en el hotel Stanley con el desdichado Casparsson...

El viernes lo pasé entero en la finca, en parte con Dickens. Volví tarde a casa y a mi vuelta encontré, Dios me ampare, a Casparsson, que estaba en pie como una sombra a la entrada de la casa. «Sí, soy un luffare, friherreinnan!»[344], y tenía un aspecto lamentable y estaba sin afeitarse. Iba de camino a Tanganika, ¡y a pie! Esto es absolutamente imposible, son doscientas treinta millas, y la mayor parte sin agua; cuando llegue allí se encontrará sin la menor oportunidad, porque no conoce a nadie ni tiene nada de dinero. Pero ¿qué hacer con la gente de este tipo? Por supuesto que le di bien de comer, y pasó la noche aquí, y la verdad es que estuvo muy agradable. Intenté en vano convencerle de que renunciara a su plan y se volviera a Nairobi y vea si puede encontrar allí algún job, el que sea; se le había metido en la cabeza que tenía que probar suerte de esta manera, de modo que no me quedó otro remedio que dejarle irse por la mañana temprano, para que así, por lo menos, tuviera ya andado un buen trecho cuando empiece a pegar el sol. Le llevé en coche hasta el duca de Farah a las cinco y media de la madrugada y le di un paquete con comida y una botella de cerveza y diez chelines, y mi bendición, pero la verdad es que tenía un aspecto lamentable al ponerse en marcha; ni siquiera disponía de una blanket[345], sólo un gran abrigo, y absolutamente nada de equipaje. Le mandé a Nepken y me da la impresión de que no irá más lejos; Nepken podrá sin duda explicarle que es imposible, yo pienso desde luego que los leones por el camino son demasiado peligrosos; pude haberle llevado yo misma en coche hasta la casa de Nepken, pero se me ocurrió que sería más prudente hacerle pasar por alguna experiencia de lo que es ir a pie por estas tierras, y así, para cuando llegue, lo pensará bien antes de abandonar esta última habitación humana y entrar en tierras de verdad desiertas. Como te dije, me cae bien, y sigo sus andanzas con interés y simpatía; no hacía más que decir que, de todas formas, las cosas no podían irle peor de lo que ya le iban, y conservaba el buen humor en medio de sus desdichas; charló conmigo de sus aventuras, que son muy variadas y numerosas. Está casado con una danesa, Kofoed-Hansen; pobre chica...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 19 de febrero de 1928

...Todo lo que tenga algo que ver con el asilo de Elle para los desamparados a mí me interesa muchísimo... Y por lo que se refiere a la cuestión de entretener a los pupilos, sobre lo que me escribís —y que, por otra parte, parece, con ayuda de amigos, que se resuelve de la mejor manera—, la verdad es que he estado pensando mucho en ello y, desde luego, me gustaría muchísimo estar allí y participar con vosotros en esa empresa; he llegado a la conclusión de que se debería ver el modo de que los pupilos mismos participen, por ejemplo, que se les sugiera, si son personas de muchos tipos y de experiencias muy distintas, que traten de aprender unos de otros, o sea, que se pida a cualquiera de ellos con buena disposición de cooperar a que cuente por ejemplo lo peor que le ha pasado en su vida. Esto es lo que hice yo una vez con mi gente yendo de safari, y aunque la verdad es que se oyeron algunas cosas muy terribles, acabamos riéndonos tanto de nuestras propias vicisitudes que por lo menos se podía pensar que eso les daría courage para face[346] a lo que todavía nos esperaba. Es posible que se pudiera conseguir la cooperación de gente blanca —perdonad: quiero decir el equivalente de allí— para empezar, por ejemplo, Elle con su fuego[347], Tommy con sus cuentos de miedo de la guerra; yo misma podía también aportar algo, y podría ser así: «Por tu mano derecha, oh, rey de Irlanda, y por la mía propia, si estuviera libre, me encontraba yo entonces peor que ahora en tu cárcel, y con tu amenaza de muerte pesando sobre mí...»

El sábado recorrí a caballo todo MBagathi... Por la tarde fui en coche — como ya te puedes imaginar, con el coche lleno de totos— a un gran espectáculo de aviación. Lady Carbery ha llegado con su pequeño aparato nuevo, en el que voló ella sola desde Mombasa hasta Nairobi, y había otros tres aeroplanos que emprendieron varias carreras, aterrizajes y despegues difíciles, etcétera. Lady Carbery quedó muy bien en la competición; resulta gracioso ver esos pequeños aparatos jugueteando en el aire, y seguro que nosotras somos capaces de hacerlo tan bien como los hombres. Había, por cierto, mucha gente, entre otros vi a la señora Bursell, que acababa de volver de Tanganika y que me quitó un peso de encima al decirme que había encontrado a Casparsson estupendamente bien, en lo alto de un lorry y de excelente humor. La idea de esa figura solitaria y lamentable lanzándose a una caminata sin esperanza siempre ha estado presente ante mí como algo terriblemente penoso, y tenía además remordimientos de conciencia por haberle dejado marchar. Tomé el té en el aeropuerto y no sabes lo que me costó reunir de nuevo a todos mis totos para regresar a casa; se habían divertido lo indecible...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 4 de marzo de 1928

...Es, desde luego, sorprendente la rapidez con que reverdece todo aquí después de la lluvia; ya hay como una aureola sobre mis praderas desérticas y se diría que el café ha adquirido un tono nuevo. Me alegraré de que las cosas se mantengan así hasta que vuelva Denys la semana que viene, pues la última vez se quedó muy deprimido. En el estanque hay algo más de agua y los pequeños arbustos verdes comienzan a brotar...

El martes se fue Dickinson muy temprano y yo salí a caballo a dar un paseo por la finca. Por la tarde vinieron lady Grigg y lord y lady Islington a tomar el té. Era el último día de los Islington en estas tierras y desde luego fueron muy amables viniendo a mi casa. Les fui a buscar a la curva y les llevé en coche por todo MBagathi; tienen mucho interés en adquirir una casa aquí. Pienso que lady I. y lady G. se encontraban muy deprimidas por la idea de la partida de lady Islington, y estas dos, madre e hija, que ahora se van a separar, son casi demasiado para mí cuando están juntas; después del té se fueron a dar un gran paseo por el bosque, y yo me quedé charlando con lord Islington. Todos nos acusan de que nos queremos, y la verdad, no me parece disparatado, porque es un viejo muy charming.

Hablamos de política y éramos prácticamente de la misma opinión por lo que se refiere a esta tierra y a sus natives; él decía que iba a explicar sus puntos de vista en la House of Lords, y que yo debía ir a Londres y alojarme en su casa en mayo próximo, porque así me presentaría a gente que está interesada en esta cuestión, con la que podría hablar. Sería indudablemente interesante, y bastante más eficaz que escribir a seres tan apáticos y obtusos como Inge y Wells; creo de verdad que la poca influencia que podré ejercer en la vida la conseguiré siempre de palabra. Lady Islington nos tomó algo el pelo por lo de acuerdo que estábamos. «Lo que más me inducirá a mí a volver a Kenia...», comenzó a decir lord Islington, y se refería al sol. «Sí, de sobra lo sabemos todos — dijo entonces su mujer—, es la baronesa Blixen». «Sí —dijo él—, eso es completamente cierto, ha sido mi experiencia más intensa aquí». Yo he llegado a la conclusión de que los señores cuando realmente se vuelven charming de verdad es cuando tienen setenta años.

El miércoles tuve que ir, por culpa del dichoso Milligan, a Nairobi por la mañana a buscar dinero. Hacía tanto calor que nunca he visto nada parecido. Allí me encontré con el marido de Idina, Joss Erroll —su padre murió el otro día, de modo que él ya no es lord Kilmarnock—, y le pregunté si no quería venir aquí por la tarde a una bottle; entonces me preguntó si podría llevar consigo a Alice de Jancé —ya sabes, la que mató de un tiro a Raymond de Trafford y ha sido exiliada del país—, y así reuní a un grupo a tomar el té que era realmente caótico, y por la

noche, acostada, me reí mucho pensándolo. Hay ahora un barco de turistas norteamericanos en Mombasa; los pasajeros han pasado tres días en Nairobi y han estado dando vueltas por aquí para ver las cosas curiosas. Mientras yo estaba en la oficina pagando a los boys vi un coche que pasaba cerca camino de mi casa, pero pensé que serían Joss y Alice y me dije que podrían esperar. Y entonces llegó Titi y me dijo que esa memsabo[348] no podía esperar en absoluto, de modo que les pedí a Dickens y a Nisbet que se encargaran ellos de los pagos y volví a casa, donde encontré a lady Mac Millan con Mr. Bulpett y dos señoras norteamericanas grandísimas y muy viejas que habían llegado en el barco de los turistas. Iban de excursión en coche, esperando dar con algún león, porque así podrían contárselo a los otros pasajeros y quedar muy orgullosas.

Se pusieron a hablarme de las muchísimas personas verdaderamente inmorales que había en Kenia, y algunas, por desgracia, norteamericanas, y nombraron a Alice entre las peores, y yo que, por supuesto, sabía que estaban a punto de llegar, les dejé que se desfogaran a su gusto. Justo entonces vi llegar su coche y salí a su encuentro, y entré y presenté a lord Erroll y a la comtesse de Jancé, y la verdad es que no creo que el mismo diablo, de haber entrado en ese momento, habría causado mayor impresión; fue, desde luego, mejor que el más grande de los leones, y les ha dado mucho más de qué hablar con sus compañeros de viaje. Lady Mac Millan puede estarme, desde luego, muy agradecida. Invité a Alice a quedarse a vivir conmigo si es que tiene necesidad de venir a Nairobi para poner en orden sus problemas antes de que la deporten...

He recibido carta desde Moshi del entontecido Casparsson, y no me habla de cómo se las compuso para llegar hasta allí, sino de que para él había sido «forlösande at tale med Friherrennan»[349]. Por esta carta se ve que está vivo y que por lo menos ha llegado hasta Moshi.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, martes, 24-4-1928

En primer lugar, hemos tenido lluvia, casi tres pulgadas en una semana. Esto ha dado otro colorido a las cosas, tanto por el bien que nos ha hecho directamente a nosotros como porque de verdad parece que el año va a entrar en vereda y hacerse más o menos normal, aunque sea con un mes de retraso...

Y ahora tengo que contarte algo realmente divertido que ocurrió ayer. Por la mañana temprano vino aquí Dickens y contó que dos leones habían estado dentro de nuestro viejo boma de bueyes —ya sabes, cerca de la casa de Farah— y habían matado dos preciosos bueyes jóvenes. La cosa no tenía nada de animadora. Denys y yo les seguimos las huellas bajo una lluvia tremenda hasta el bosquecillo que hay junto a la casa de Thaxton, pero allí las perdimos. En fin, que volvimos sobre nuestros pasos a donde estaban los bueyes muertos y los llevamos a rastras un trecho, hasta el cafetal, para ver si se nos presentaba una oportunidad al anochecer. Por la tarde estuvimos en Nairobi... y llegamos a casa cuando empezaba a oscurecer; pasamos algún tiempo en la shamba del café viendo desde dónde podríamos disparar sobre los leones, que estarían junto a los bueyes, y fijamos bien la dirección y la distancia con pedazos de tela blanca atados a los cafetos. Dickens estaba desesperado, y muy irritado porque no quisimos poner estricnina en los restos de los bueyes —uno se encontraba ya medio comido y el otro intacto—, pero es que no nos parecía oportuno; queríamos cazar a los leones como es debido.

Había un poco de luna, pero se ocultó demasiado pronto para sernos de alguna utilidad; en fin, nuestra shooting-party, aparte de Denys con un 350, lo formábamos Farah y yo, cada uno con su linterna eléctrica; éstas no eran, después de todo, tan buenas como cabría esperar, pero, de cualquier modo, daban una luz bastante fuerte, y Denys tenía también una lámpara eléctrica sujeta a su cinturón. A las nueve salimos, dejamos el coche aparcado junto a la escuela y marchamos lo más silenciosamente que pudimos, en fila india, primero a lo largo del camino de Kilimanjaro y luego entre dos hileras de plantas de café, donde nuestros pequeños trapos blancos se destacaban en la oscuridad. Teníamos el kill más o menos delante de nosotros, pero aún habíamos andado muy poco —avanzábamos muy despacio, como te puedes figurar, y nos parábamos a escuchar cada dos pasos— cuando oímos el gruñido de aviso de un león algo más allá a la derecha. Inmediatamente después volvió a reinar el silencio, pero al cabo de un par de minutos lo oímos de nuevo, esta vez más fuerte. Denys me dio la señal de apuntar la luz en esa dirección, y cuando ésta llameó en blanco entre las hileras de los cafetos, nos mostró primero un pequeño chacal, deslumbrado por la luz, que nos miraba con gran desconcierto, y un momento después, al volverme yo un poco hacia la izquierda, apareció ni más ni menos que su majestad Simba, pero de un tamaño casi sobrenatural, a cosa de veinticinco yardas de distancia, echado en tierra, la cabeza apoyada en las pezuñas y la mirada fija en nosotros.

No te puedo decir lo grandioso que era su aspecto, y muy vívidamente iluminado en plena oscuridad; todo es posible cuando la noche revela un espectáculo así en la shamba de café. No es tan fácil apuntar y mantener la luz de una lámpara eléctrica contra un objeto; resultaba evidente que el león se estaba moviendo, y era de temer que muy pronto se desviaría hacia un lugar fuera de nuestro alcance, pero Denys disparó sin perder un momento y el león se derrumbó con uno de esos gruñidos o rugidos roncós que parecen como el eco del disparo. Con la

rapidez del rayo barrimos Farah y yo con nuestras linternas la shamba inmediata y allí, un poco más alejado, estaba en pie otro león, algo menos claro, pero iluminado a pesar de todo, y con ojos verdes y relucientes. Tuvo tiempo de volverse y desaparecer tras los cafetos —en general puede decirse que las shambas de café no son el terreno ideal para cazar, pues basta con que el animal se sitúe detrás de un arbusto para alterar el ángulo de tiro—, pero corrimos hacia la hilera siguiente y conseguimos volver a iluminarle, y también cayó sin más al recibir un rápido disparo. Hubo después varios minutos llenos de emoción, porque, naturalmente, no podíamos estar seguros por completo de que estaban muertos o heridos de muerte, y además los teníamos a los dos en un perímetro de cincuenta yardas y sólo podíamos vigilar un círculo iluminado muy pequeño en la inmensidad de la noche africana. Tuvimos que apuntar con las linternas a uno de ellos, corriendo el riesgo de que el otro nos sorprendiera por la espalda; fueron necesarios dos disparos más para acabar con el segundo, mientras que el otro había quedado muerto al recibir el primer disparo.

Eran dos jóvenes leones machos, ambos con pequeñas melenas negras y fuertes pezuñas; muertos tenían un espléndido aspecto, y nunca olvidaré su imagen, todavía vivos, en plena oscuridad de la noche. Ya puedes imaginar que la escuela entera acudió en tropel a verlos, y el entusiasmo fue enorme. Los despellejamos y regresamos a casa a las once para, como corresponde después de tal aventura —todo esto nos había llevado solamente dos horas—, bebernos una botella de champán...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 20-5-1928

...Denys se fue a Mombasa el jueves; a mí me habría gustado ir con él, pero tuve que quedarme aquí porque estaba invitada a una comida en honor de la princesa Marie Louise —no sé si la localizas, es hija de la princesa Christian y, por supuesto, nieta de la reina Victoria—, y con el gobernador, a quien no me atrevo a hacer un feo, y a continuación tengo la boda de lord Delamere, a la que había prometido asistir. La comida con la princesa, por cierto, fue muy entretenida. Yo estuve sentada al lado de lord Cholmondeley, y lo pasé muy bien jugando al bridge con él y con lord Francis Scott, que tiene fama de ser el mejor jugador de bridge de Kenia, y con el gobernador. Lord Francis y yo les dimos capote a los otros cinco veces y ganamos mucho dinero...

Tengo ahora a Halima de camarera; hay algo en ella que me recuerda a Missen: va igual de erguida y ligera y te mira de la misma manera, directamente a los ojos; se advierte en ella algo insólito que no se nota en otros niños. Es una gran actriz, sabe contar historias e imita, casi sin darse cuenta de ello, a todos aquellos de quienes habla. Desde la muerte de su madre se muestra constantemente inquieta por si morirá más gente; está aquí «vigilando —dice— a ver si te mueres» —... «¿Pero es que no te mueres?», me pregunta una y otra vez.

Denys está completamente desesperado porque se le ha pedido que lleve de safari al príncipe de Gales, que llegará aquí en octubre[350]. Me río de que se lo tome tan a pecho, pero él dice que lo que sucede es que yo no tengo la menor idea de cómo son los royalties[351] ingleses o del lío que se organiza siempre en torno a ellos. Pero me lo puedo imaginar, porque ya la gente ni habla ni piensa en otra cosa que en esta visita...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 27-5-1928

...Tuve la alegría de recibir carta de Casparsson, y en ella hasta me mandaba el dinero que le presté sin la menor esperanza de recuperarlo. Está lleno de humor y muy esperanzado, y la verdad es que resulta interesante seguir la pista del destino de una persona a quien ha visto una tan hundida y tan sin recursos. Me escribe que en un lugar del camino de Tanganika le advirtieron los indígenas que no siguiera adelante porque había muchísimos leones. «Después de pensarlo bien — escribe—, continué mi camino, diciéndome que moralmente era justo dar a mi familia esta oportunidad de deshacerse de mí. Esto, por desgracia, no me salió bien, pero por lo menos ahora ya no tengo remordimiento de conciencia, y no pienso hacer nada más por ellos». Le parece emocionante lo serviciales que fueron con él los natives, y me da también las gracias con excesiva gentileza por mi —pequeñísima— ayuda y por mi simpatía, que realmente fue sincera...

El gobernador ha pedido siete mil quinientas libras esterlinas para terminar la sala de baile de Government House con motivo de la visita del príncipe de Gales. Quizás consigan que la gente de aquí apoquine los cuartos con tan fausto motivo, porque de otro modo no habría ningún medio de forzarles a dar su asentimiento, ya que Government House es muy poco popular; también debo decir que la suma me parece muy grande, pues el edificio entero ya está construido y la verdad es que no nos hace falta, lo que se dice falta, gobelinos antiguos, etcétera. El

príncipe sólo va a pasar aquí tres semanas y mucho de ese tiempo estará por ahí de caza, de modo que sale a más de mil libras esterlinas por cada día que se aloje en Government House...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 3 de junio de 1928

...¿Te mandé una vez —o a lo mejor fue a Tommy— una carta de un viejo gunbearer dirigida a Lioness von Blixen[352] que empezaba así: Honourable lioness? Es así como me llaman aquí en general, y la verdad es que me cae bien.

...La casa de MBagathi nos tiene preocupados; los inquilinos han advertido que se van porque hay goteras y, en general, se encuentra en mal estado, pero lo que ocurre es que no tenemos dinero para repararla. Decidimos ir juntos allí y echarle una ojeada, y yo me llevé también a la mujer de Farah y a Halima en el coche para darles un joyride[353].

Halima es una muchachita de lo más raro; no sé, la verdad, cómo podrá fit in[354] en el respetabilísimo mundillo de las mujeres musulmanas; en una verdadera gitanilla. Toca el acordeón y canta y baila al mismo tiempo que lo toca, y con una ligereza sorprendente, y también diría yo que con fuerza, más que con simple gracia o encanto; imita la forma de hablar de la gente y representa escenas enteras de su propia vida —por ejemplo, sus, evidentemente, tristes circunstancias de Embu, donde vivió una

vez, y donde el vicio de la embriaguez tiene que estar muy extendido—, con gran alegría de Tumbo, que se desternilla de risa, y despierta una mezcla de indignación y admiración en la joven esposa de Farah, que, por cierto, es el súmmum personificado de la dignidad femenina. Por la tarde pensé hacer una gira por la finca; hacía ya mucho tiempo que no veía con mis propios ojos el efecto que ha tenido la lluvia, pero volví a casa tan exhausta que no pude ni comer ni dormir. Siempre que salgo a uno de estos paseos me llevo a Tumbo y a Titi para que me acompañen, y también para que cuiden de los perros; son como dos cachorrillos, corriendo por todas partes y reventando constantemente de risa por cualquier cosa. Tumbo se ha hecho ya un verdadero muchachito, un chico listo, con su tirachinas y sus «alarmantes gritos nocturnos»...

El viernes por la mañana llegó aquí Choleim Hussein en coche y me preguntó si quería invitar a tomar el té al gran sacerdote indio, que está

por aquí en viaje de inspección. Así pues lo tuve todo listo a la hora del té y me quedé llena de asombro al ver llegar ocho automóviles con un total de diecisiete sacerdotes acompañados por Jevanjee y otros de la élite india de Nairobi. En fin, que tuvimos que servir el té en el comedor. Todos iban con grandes ropajes blancos y tenían un aspecto pintoresco moviéndose por la casa; el sumo sacerdote, un hombre muy viejo, de rostro distinguido, llevaba magnífica ropa de la más fina lana blanca que cabe imaginar, tejida a mano (casi podía hacerte la competencia a ti). No hablaba ni inglés ni suajili, de modo que nos expresamos como en una pantomima nuestro respeto y buena voluntad mutuos. Me regaló un par de pendientes. Es musulmán, por supuesto que de una secta particular, pero está muy considerado en todo el mundo musulmán, de modo que puedes imaginarte lo fino que estuvo Farah, y todos mis boys le observaban con suma atención...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 24-6-1928

...Tú sin duda lo encontrarías todo como antes, incluso la cigüeña sigue aquí conmigo; ha llegado a ser una especie de conflicto para mi existencia, porque come pollitos. Vuela muy bien, y el otro día que salí a dar una vuelta a caballo la encontré lejísimos, en Wangatta, ya sabes dónde digo, donde estaban las flores blancas y rojo claro; te aseguro que es completamente mansa, y que casi habría podido acercarme con el caballo a donde estaba; pero por las noches gravita siempre, solemne y pomposa, hacia su casa. Tengo también una garzota mansa; vive en un árbol en la pradera y todas las noches se posa en la misma rama y durante el día sale por la pradera. Mi gansa, dicen los boys, tiene gran éxito, y espero que tenga gansitos, y que sean los más monos del mundo entero.

Me ha interrumpido un grupo de seis mujeres somalíes, vestidas con los colores más alegres que puedas imaginarte y que estaban de visita en casa de Fathima y vinieron a saludarme. Siempre están a punto de morir de risa por todo cuanto les digo, y, no pienso yo, por causa de mi ingenio, sino porque sin duda consideran que soy una persona esencialmente cómica. Les propuse enseñarles a conducir, y no conseguí que aceptaran, pero prorrumpieron en cascadas de risas y se lo repetían unas a otras de vez en cuando. Una me regaló un pañolón precioso de esos que ellas suelen usar, de gruesa tela negra bordada de oro; espero que no se arrepienta. Finalmente acabaron yéndose llenas de espanto porque dije que les iba a sacar una foto. Es que Denys me ha

dado una pequeña máquina fotográfica y una innumerable cantidad de rollos, de modo que ahora voy a ver si saco fotos de por aquí para enviártelas. Mucho me temo que no tengo disposición para la fotografía, pero, así y todo, vale la pena intentarlo...

No acabo de mejorar, sigo teniendo más de cien de temperatura[355]. Voy a probar ahora unas inyecciones que me servirán como tónico; no me hace ninguna gracia, pero por otra parte es pesadísimo ir constantemente con la sensación de que todo en este mundo es agobiante, de que todo está por encima de mis fuerzas...

Siento gran miedo a todo cuanto tenga que ver con partos; el otro día, estando con lady Grigg en su clínica de maternidad para indígenas, tuve la oportunidad de ver a una nativa, muy joven y con un rostro muy dulce, cuando la llevaban a la sala de partos. Dijeron que tendría su baby en el transcurso de la media hora siguiente; es natural, en cierto modo, pero me parece un método terrible y desearía que se pudiera encontrar otro. Sería tan bonito, por ejemplo, si bastara con incubar un huevo...

A Thomas Dinesen

Ngong, lunes, 25 de junio de 1928

...Hay solamente una cosa en este contexto que quiero pedirte que hagas por mí; se trata de que expliques a madre que en estas circunstancias no puedo ir a casa este otoño, y que la pongas al corriente de esta shaurie. Había contado con el dinero de la tía Emy[356] para el viaje, y ahora que no me queda más remedio que usarlo para otra cosa tendré que esperar hasta 1930. Como te puedes imaginar me duele muchísimo esto, pero el aplazamiento no es tan grande después de todo, y madre deberá comprenderlo; de todos modos no puede resultarte más difícil que cuando me tocó a mí explicarle que habías decidido ir a la guerra...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 22 de julio de 1928

...La otra mañana, yendo Denys y yo de paseo a caballo, encontramos en nuestro maizal veinticinco cabras, y las echamos de allí hasta donde su dueño las pueda encontrar y llevárselas; Holmberg solía fine[357] al culpable una cabra por esta clase de infracción, pero en el fondo es más bien una inconveniencia, de modo que he puesto fin a esta costumbre, y Dickens ahora se contenta con dar una azotaina al toto que las cuida; no es éste un buen sistema, me parece a mí, porque si no se coge al toto culpable con las manos en la masa siempre es al miembro más joven de la familia, que no tiene otro más pequeño en quien delegar, al que envían a recibir los azotes. Esta vez le tocó a una niñita que no podía tener más de cinco años; estaba bañada en lágrimas y Denys y yo nos negamos a castigarla...

Cuando las cosas van bien aquí no creo que haya nadie más feliz que yo. Naturalmente que el tipo de vida que llevo en este lugar conlleva la falta de muchas cosas; pero la mayor parte de la gente debe sufrir la falta de unas cosas u otras, y en cambio yo aquí tengo tantísimo que no sólo me produce contento, sino que, en realidad, me arroba. Precisamente, a propósito de una carta de Katla, donde me pregunta que cómo puedo sentirme tan feliz y ver tantas cosas en la vida, he estado pensando qué será lo que me hace tan feliz aquí. Por supuesto que se pueden mencionar muchas cosas y decir esto, eso o lo de más allá; pero ¿cuál es la causa esencial de que tengan tanta riqueza para una? Y francamente, cuanto más vivo más me convenzo de que la verdad es para mí lo más importante, y de la misma manera que tú dices que el amor es lo primero, yo digo que la verdad es lo primero. Y es que aquí puedo ser verdad, puedo ser yo misma.

¿Y qué es «ser una misma»? Pues no resulta tan fácil como se podría pensar. Se trata de una enorme suerte para todos los que no sean verdaderas personas de excepción el llegar a conseguirlo. Precisamente acabo de escribir a Elle sobre este tema y aduzco que no basta con «tener libertad» en mayor o menor grado, sino que es preciso establecer contacto con el ambiente, con la gente y la naturaleza, y se puede dar el caso de que un profesor de matemáticas en una isla desierta o entre negros como el carbón, o la belle Otero entre dujobors rusos, no consigan con la mejor voluntad del mundo llegar a ser ellos mismos, ni llegar a ser absolutamente nada; primero tendrán que salir a otros surroundings[358] y respirar de nuevo y desarrollar su verdadero ser cuando se vean de vuelta en sus estudios y cátedras o en los bulevares de París. Mucha gente tiene también dificultad en esto de «ser uno mismo», porque, en realidad, no son nada en sí mismos, y cuando se les dice: «Anda, hombre, muestra lo que eres», se quedan muy preocupados y buscan en torno a sí algo que mostrar; en realidad se les exige demasiado, o lo más que pueden hacer es dar con algunos fragmentos de filosofía vital y de comprensión que han picked up[359] aquí y allá, un poco en el colegio de la señorita Zahle, otro poco en el Politiken, otro

poco en las obras de Ellinor Glyn, y eso es todo lo que pueden mostrar. «Ser verdad» es algo positivo y en modo alguno se limita a abstenerse de mentir, más aún, yo diría que las dos cosas no tienen absolutamente nada que ver la una con la otra.

El profesor Wicksteed dice en *Four Lectures on Henrik Ibsen*: «What is to be onself? God meant something when he made each of us. For a man to embody that meaning of God in his words and deeds, and so become, in a degree, a “word of God made flesh,” is to be himself. But what if a poor devil can never make out what God did mean when he made him? Why, he must feel it. But how often your feeling misses fire! — Ah!, there you have it. The devil has no stauncher ally than want of perception.»[360]

Pero, yo aquí, en cualquier caso, no tengo nada que ver con ese diablo. Pienso que aquí me parece muy natural ser yo misma, ser lo que creo que God meant when he made me[361]. En mis relaciones con los natives, con la gente de piel blanca, es decir, con alguien —no con las «clases medias», y esto se debe a que no consigo sacar nada en absoluto tratándome con gente de esa clase—, en particular con Denys, me parece que soy myself as the whole man, the true, with God’s sigil upon my brow[362][363]. (No tengo aquí ninguna edición noruega de *Peer Gynt*.) Y ser feliz, creo yo, es sentirse como un pez en el agua o como un pájaro en el aire. En fin, que pienso que sin ser uno mismo no se puede conseguir gran cosa para los demás. Con la mejor voluntad e incluso con grandes esfuerzos se da a los demás, en cierto modo, piedras en vez de pan; ambas partes saben esto.

Bueno, adiós, mi querida madre; saluda muchas, muchas veces a todos los de casa. Siento mucho lo del viejo tío Fritz[364], y por sus hijas, es muy difícil cuando se tiene una enfermedad como ésa, bastante desesperada, y es triste ver irse a la generación vieja; incluso con la más grande debilidad y en el más miserable estado crearon en torno a ellos un mundo muy especial, y esa clase de personas ya no volverán más...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 2 de septiembre de 1928

Mi querida oveja blanca como la nieve:

Lo primero, muchos, muchos miles de gracias por los cuentos de H. C. Andersen y por los cosméticos. Hay libros, sin duda alguna, que da gusto leerlos, son una experiencia, y esto es lo que pienso yo de los de Andersen. En ellos es la fantasía una cualidad maravillosamente encantadora, y, sin duda, se diría que, en el fondo, sigue siendo la verdadera base divina de todo lo demás (y por eso me parece a mí tan divertido e interesante que la ciencia moderna la haya admitido en su seno, o se haya puesto de acuerdo con ella en tan alto grado: Einstein, Haldane, etc.). Hay gente sin fantasía y éstos son «los peores», porque se muestran incapaces de comprender, como los maestros gremiales en Juan el Zoquete; sólo aquellos que tienen fantasía son capaces de ver la verdadera esencia de las cosas, todas las puertas se abren. Me he pasado aquí sola horas y horas por la tarde riéndome como una loca de En la finca de los patos; es seguro que he encontrado al «portugués» en algún sitio en esta vida, pero no consigo recordar dónde. Y luego es que Andersen sabe ser tan indescriptiblemente sencillo y emocionante en otras cosas, es como un violín, un verdadero mago, de verdad...

Por desgracia he tenido que llevar a Juma al hospital, muy enfermo de inflamación pulmonar. Yo ya sabía que se encontraba mal y le había dado una medicina, pero no pensaba que estuviera tan enfermo, y las viejas repulsivas, sus mujeres, no querían mandar a buscarme; las mujeres nativas son repulsivas, completamente sin sentimientos. En fin, que el domingo por la noche oí a alguien que iba por la casa tropezando con todo. Pensé que quien fuese tenía que estar borrachísimo, pero era Juma, que se me apareció igual que la muerte en persona, y apenas podía hablar. Le cogí y le llevé al hospital el lunes mismo por la mañana, y ya se encontraba entonces muy mal. Luego, el viernes, mandó que me llamaran; estaba seguro de que se iba a morir y quería hacer una especie de testamento, que en resumen venía a ser que me dejaba a mí a Tumbo en herencia y propiedad. El propio Tumbo estaba allí presente, y ahora le tengo aquí conmigo; está muy quieto y deprimido. Las mujeres, en cambio, se muestran indiferentes, parece que no tienen corazón. Espero, a pesar de todo, que Juma salga de ésta, pero el hecho es que es viejo y débil y con una enfermedad grave...

He recibido carta de Casparsson, o sea que sigue vivo. Ha escrito dos artículos (en la edición de mitad de semana de Aftonbladet[365], el 9 de junio, titulados: «Vagabundeando por África Oriental», en los que yo salgo también; espero que sea de manera más o menos decente.

Por lo que se refiere a la carta al rey, sé muy bien lo que tengo que escribir, pero no cómo la tengo que firmar, y esto lo puedes averiguar tú preguntándoselo al tío Torben y luego me lo dices, porque la carta hay que escribirla aquí. La piel de león está en Londres[366], ya lista para mandarla...

A Ellen Dahl

Ngong, 13 de septiembre de 1928

...Por otra parte me parece a mí que madre tiene motivos para sentirse feliz con la mayor parte de sus relaciones, y da la impresión de que también ella piensa así. Yo misma he llegado, a lo largo de mi vida, a la firme convicción de que la felicidad no depende de relaciones exteriores, sino que es un state of mind, pero al mismo tiempo, por lo menos hasta que se siente una bien firme en esa fe, hay ciertas relaciones exteriores que no se pueden evitar; mejor dicho, quizás hay ciertas relaciones exteriores de las que se debe prescindir si se quiere llegar a ese state of mind y perseverar en él. Actúa una bien al quitarse de encima —incluso si es a costa de uno misma— lo que le estorba para conseguir ese state, porque, sin él, es poco lo que se puede llegar a ser o a hacer...

Sí, seguro que te escribí en mi carta anterior acerca de este asunto: ser uno mismo, y no voy a extenderme ahora sobre ello. Pero hay circunstancias en las que resulta tan sumamente difícil «ser uno mismo» que en realidad no vale la pena seguir en ellas; incluso en el caso de que una, después de haberse liberado de ellas por un tiempo y de quedar bien empapada en el arte, pueda volver a ellas con tal inmunidad que ya no existan dificultades que vencer.

Pienso que madre es, por su carácter, ligera de mente (no quiero decir, ni mucho menos, casquivana) y que, para sentirse feliz, tiene que poder pensar o estar segura de que la vida es fácil, dulce y encantadora en sí misma, o sea, en una palabra, como Nora, que también es ligera de mente, que lo maravilloso está siempre a la vuelta de la esquina. Con sólo que se sienta firme en esta idea no hay nada que le parezca difícil o le inspire miedo. Siento por ella la más honda compenetración, porque esto mismo, pienso yo, ha sido siempre mi propia lucha y mi objetivo en la vida, afirmarme en el sentimiento de que no hay en el mundo nada malo o terrible, sino millones, billones de posibilidades de belleza y esplendor. Yo vendería mi alma con gusto a algún demonio audaz y ocurrente para que me abra varias cosas que realmente deseo para mí misma, pero por nada de este mundo creería en el verdadero diablo, en «el malo». Yo, so far[367], ni he visto ni me he encontrado con «el malo», aunque haya tenido que entendérmelas con algunos seres la mar de desagradables, y no creo, la verdad, en él... No me gustaría nada codearme con la gente que cree en el diablo y en sus obras y en toda su casta, ni tampoco vivir entre ellos permanentemente; por un corto periodo de tiempo podría ser más bien curioso, y supongo que conseguiría llegar a tratarme con los peores exorcistas, más aún, con el diablo mismo, sin que ello me afectara en lo más mínimo. Por el

momento lo que me inquieta es que se cramp my style[368], o sea, que se me impida ser yo misma.

Yo pienso que madre, cuando se casó, podía ser ella misma de esta manera y sentir la vida como cosa fácil, y esto, sin duda, fue en gran medida gracias a padre; porque madre, desde luego, podría haberse casado con un hombre mejor y más seguro desde muchos puntos de vista, pero para el autor de Cartas de caza y Desde la Octava Brigada la vida era fácil y alegre. Pero, para mí, Mamá[369] y la tía Bess y su familia y sus actos tienen una terrible tendencia a hacer difícil la vida. No creo, por supuesto, que todos ellos lo sintieran así, pero era yo quien lo sentía así. Estaba una rodeada de los peligros más negros y de largo alcance: peligro de ser mundana y vanidosa, peligro de herir los sentimientos de la señora Jensen, de contraer deudas, de no pensar bastante en los demás, etcétera, por no hablar de los peligros y los terrores, absolutamente terribles, que acechaban por todas partes, concernientes a las relaciones sexuales. ¡Y la señora Jensen se exponía, sin duda, a oír algún pequeño juramento o a ver a algún joven ligeramente borracho!

No pienso en absoluto que madre sea así, pero siempre me preocupa un poco pensar que tiene en gran medida el espíritu de la tía Bess, con su «confianza se pierde», y la terrible quisquillosidad moral de la tía Lidda, y si se cansa y se siente desganada en su vida diaria puede perder «gracia» y comenzar a pasarse las noches despierta pensando en la señora Jensen y convenciéndose a sí misma incluso de la existencia del diablo. No creo que sea buena cosa vivir en esas colonias familiares que se han creado ahora en la comarca entre nosotros; cuando no se vive en completa armonía, o si alguien quiere emanciparse, es fácil que surjan complicaciones que impiden a los que están allí juntos ser ellos mismos. De lo contrario, madre, con Malla y la demás buena gente que la rodea, podría tener su propio ambiente en su propia casa, donde podría perfectamente convertirse en a word of God made flesh[370], y no molestar mucho a nadie; que pueda llegar a haber en una casa un ambiente que yo apenas lograría tolerar es algo que a ella no le preocupa, y, en sus manos, se convertiría más bien en una pradera donde «nadie ha arado y nadie ha escardado, pero mil abejas han extraído miel».

Con los años se aprende a comprender y a sortear los fenómenos menos importantes de la vida como mejor se puede, a fin de llegar a ser una misma. Sé, por ejemplo, que no debo engordar; y si, en consecuencia, tengo que sufrir los tormentos del hambre, pues resulta preferible, porque lo otro cramps my style. También sé, como le he dicho a madre, que yo, junto con la tía Emy, soy la snob más grande que hay, y si no puedo estar con la aristocracia o con la intelectualidad, tengo que reducirme al proletariado o a los natives de aquí, que viene a ser lo mismo, porque con la clase media no puedo coexistir. La auténtica aristocracia, dondequiera que se encuentre, o el proletariado, no tienen nada que arriesgar. Pero la clase media lo tiene todo en riesgo, y el

diablo está allí, en torno a ella, en su peor edición, mejor dicho, en su edición de bolsillo...

Sobre los musulmanes, que parecen interesarte, no puedo escribir con gran autoridad, pues la verdad es que sé demasiado poco sobre ellos. No le saco mucho sentido al Corán, y los musulmanes que conozco en mi vida diaria son, sin duda, de los más primitivos. A mí lo que me parece es que el islam hace a la gente que lo acepta o que se educa en él limpia y orgullosa y les da una especie de visión heroica o estoica del mundo, pero también les hace, para nosotros, muy insoportablemente doctrinarios e intolerantes. En general, a mi modo de ver, como religión o concepto de la vida es seco, y su peligro está en que o deviene completamente exterior y acaba consistiendo en una multitud innumerable de reglas y ritos o conduce al fanatismo.

Para mí tiene pocos elementos que me sean simpáticos, y pienso que hace la situación de la mujer muy inferior, pero sobre esto se puede discutir, sin duda; bajo muchos aspectos la mujer musulmana es considerada y venerada, y aquí veo también el elemento oriental que hay en nuestra caballería europea occidental, que sin duda nos llegó con las cruzadas, y tiene riqueza de colorido y algo noble en su esencia; lo que ocurre es que hace de las mujeres muy exclusivamente criaturas sexuales y las transforma en auténticas prisioneras en este sentido, sin ninguna salida al mundo exterior. El papel protector del hombre tiene aquí también, para mí, frecuentemente algo de artificial o de absurdo; por ejemplo, si se quiere, desde el principio, inmovilizar y educar a una generación en la idea de que es terrible el que un solo pelo de la cabeza de las mujeres se salga de su sitio, bastará, por supuesto, con pasarse la vida entera yendo por ahí con sombrillas y coberturas de todas clases; pero, a mi modo de ver, sería más auténticamente caballeroso no preocuparse tanto del pelo, y esto no quiere decir que resulta evidente que el peinado más perfecto y bien ordenado es más bello que los rizos sueltos o que un peinado á la coup de vent. Pero toda mi vida he querido más a Diana que a Venus, ambos tipos de belleza atraen, como yo misma los he visto en estatuas e imágenes, y más a mí, y por mi parte prefiero la vida de Diana a la de Venus, por muchos columbarios y rosaledas que tenga...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 16 de septiembre de 1928

...Denys llega hoy a casa, y los totos han decidido lavar a todos los perros en su honor, de modo que desde aquí se oyen sus aullidos en la pradera.

Aguardamos al hijo de Farah cualquier día de éstos, y él está tan impaciente, con oraciones y ayunos, que no me sirve de nada. Espero que la cosa vaya bien; Fathima es menuda y delicada, pero esto, evidentemente, no hay que tenerlo en cuenta, pues con frecuencia resulta mucho más fácil para este tipo de mujeres. Juma se encuentra mejor, pero se ha quedado muy viejo y escuálido.

Tenemos de nuevo en la finca al gran capitán de ladrones Mongaj; anoche le robó dos ovejas a Kanino. Es realmente vergonzoso que la policía de Nairobi no consiga atraparle; ya han estado varias veces en los sitios donde tiene su guarida y consume su carne robada, en el bosque, pero lo que pienso es que le tienen miedo. Los kikuyus, por supuesto, saben perfectamente dónde se oculta, pero en parte porque les aterroriza y en parte también porque sienten, sin duda, una cierta simpatía o admiración por él, siempre que pueden se ponen en contra de la policía...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 30 de septiembre de 1928

...Los Grigg vinieron aquí a comer el domingo. Los dos se hallaban muy fatigados con tanto preparativo para la visita del príncipe de Gales, pero siempre están simpatiquísimos. Les di un risotto, pollo á la Marengo, que Kamante sabe preparar a la perfección, coliflor au gratin y bayas negras, que recordarás que cultivo en el jardín, con crema. No tuve mucho tiempo para preparar la comida. Me invitaron a ir a vivir a la Government House mientras resida allí el príncipe de Gales; me figuro que será divertido...

Salí con los perros a la reserva de caza cuando se fueron los Grigg; no te puedes hacer idea de lo seco que está todo; la llanura parece como el suelo de una habitación. A mi vuelta me encontré aquí a Denys, con gran sorpresa por mi parte; sólo se quedó una noche, porque tenía que llevar a su party a Uganda al día siguiente... Denys estaba muy cansado después de haberse pasado dos días dando vueltas por los bosques de Kijabe buscando, sin resultado, bongos[371]. Yo me siento como David con Saúl cuando le pongo el gramófono; le di una velada a base de

Schubert, con la Sinfonía Incompleta y Der Tod und das Mädchen. Bueno, seguro que os reís cuando hablo de mi gramófono, como si fuera música de verdad, pero es que en estas latitudes no tenemos otra cosa...

El martes por la mañana llegó Farah para decirnos que Fathima había pasado una noche terrible y estaba muy enferma, y que llevaba sintiéndose mal desde el miércoles de la semana anterior, de modo que me decidí a salir en coche a Nairobi en busca de un médico para ella. Acabé dando con el doctor Sorabjee, pero no podía ir hasta más tarde, de modo que dejé a Farah con él y fui a los show-grounds[372] para ver dónde estaba Poorbox...[373] De allí volví a casa por la misión francesa, y siguiendo esa ruta se sale por la Dagoretti Junction al camino de Ngong; los show grounds están cerca de Kabiti, al otro lado de la vía férrea, a cinco millas de Nairobi. Al llegar yo no había aparecido el médico, pero llegó poco después de mí, y fuimos recibidos con la alegre noticia de que ya había nacido el niño, justo en el momento —dijo Halima, que trabajó allí de chica de los recados durante toda esta crisis — en que subía yo a la casa...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 14 de octubre de 1928

...El miércoles por la mañana fui temprano en coche a Nairobi para ver a Denys, que llegaba con su expedición de Kisumu a las ocho. Habían tenido un buen safari y cobrado tres sitatunga[374]; Denys se queda aquí para estar disponible si el príncipe de Gales quiere salir de caza...

El jueves Denys fue en coche a Nairobi, pero volvió a la una y media a toda velocidad, porque lord Delamere, en cuya casa estaba el príncipe, había mandado recado de que fuese allá el mismo día a fin de hacer planes con ellos para un shooting trip[375]; tenían listo un avión en el aeropuerto a las dos. Le llevé yo en coche hasta el aeropuerto, para traer otra vez el coche a casa, y me sentía justo como en una película; llegamos allí a toda velocidad y encontramos el aparato ya preparado, con todas las hélices en marcha, de modo que lo único que tuvo que hacer Denys fue subirse a él y despegaron de inmediato. No pudo llevar consigo más equipaje que lo que cupiera en un pañuelo de bolsillo; decían que el avión iba ya con demasiado peso. Volaron un poco sobre el cráter de Longonot, que tiene que ser interesante de ver desde esa altura, y el lago de Naivasha...

El viernes llegó Denys a casa; había sido una excursión excelente; estaba entusiasmado con las vistas desde el aeroplano y había disfrutado de una velada muy entretenida en casa de los Delamere. Al príncipe de Gales no le apetece lo que se dice nada salir de caza, de modo que no va a haber ningún safari, pero quieren que Denys les acompañe cuando vayan al sur, por si acaso se presenta alguna oportunidad de cazar algo por el camino, y esto sí que puede resultar divertido.

Comimos en Government House con el príncipe de Gales, que había vuelto el mismo día; por la noche proyectaron el nuevo filme de Martin Johnson, Simba, pero a mí no me dicen nada los filmes, ni siquiera cuando hay animales en ellos, aunque éstos son los mejores, porque es cosa natural y no hay que prepararlos. Fueron muy interesantes unos filmes de jirafas al galope, que habían sido tomados con tan sobrenatural lentitud que se podían seguir a la perfección todos sus movimientos; no sé si alguna vez habrás visto filmes de esta clase, son muy curiosos. Por otra parte lo pasé muy bien porque el príncipe de Gales es absolutamente charming, y tanto me enamoré de él que casi me duele. También me resulta divertido salir a comer con alguien y no tener que conducir yo, y disponer de otra persona con quien comentarlo cuando vuelvo a casa, pues Denys, aparte de casos como éste, no quiere salir nunca...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 11 de noviembre de 1928

...Este domingo, después de escribirte, nos fuimos Denys y yo en el coche, primero a donde Crean a tomar el té y luego a dar una vuelta por el nuevo camino que conduce a Kajado y que ahora lo están tendiendo. Va casi paralelo al camino de Nepken, pero a cierta altura, para evitar the black cotton soil[376], que se vuelve impasable cuando llueve. No me tiene contenta a mí este nuevo camino porque hace que toda esa tierra salvaje tan encantadora de las alturas adopte un aire muy civilizado, y en cierto modo la corta por el medio, pero, así y todo, es una excursión magnífica, yo diría que la más bella que se puede realizar aquí, o sea, en el mundo entero. Ahora todo está incomparablemente fresco y verde; las pendientes y las barrancas altas, donde la hierba se ha requemado, aparecen cubiertas de finísima hierba corta y nueva, y ya sabes lo verde que es todo aquí, igual que si fuera transparente, y la luz saliendo a torrentes de la hierba misma, o como si el aire y el cielo se reflejasen en el verdor, en las praderas y en las pendientes. Y luego

las sombras de las grandes nubes, que corren sobre el paisaje, y los animales salvajes, que pastan y descansan en la hierba; todo esto es un «paisaje ideal», como en un sueño. Volvimos por las waterworks[377] al ponerse el sol...

A la hora de comer (martes) llegó un coche de Government House para invitarme a una cena que el príncipe de Gales daba en su coche restaurante particular en la estación del ferrocarril esa misma noche; el príncipe tenía que ir a las carreras de caballos de Nanyuki y le venía bien. En fin, que Denys y yo fuimos a la cena; resultó verdaderamente curioso aparecer con ropa de noche en plena estación y la verdad es que no se puede decir que sea muy cómodo cenar en un coche restaurante; además la cena fue espantosa, pero, eso sí, muy agradable. Éramos sólo dieciséis personas y comimos en cuatro mesas pequeñas, y después de la cena nos sentamos en una especie de solana abierta que hay en uno de los vagones. Todo el tren estaba muy bien aparejado, para estar donde estamos, con un coche de dormir muy confortable y también cuarto de baño. Cuando iban a irse, me dijo el príncipe de Gales que él, Lascelles y Leigh tendrían mucho gusto en venir a mi casa a cenar el viernes, y que, si fuese posible, les gustaría mucho ver un ngoma.

No resulta tan fácil organizar un buen ngoma en esta época del año, porque la verdadera temporada de danzas de los natives ha pasado ya, y no me fue posible hacer nada realmente ni siquiera el miércoles, porque los Mohr venían a verme; pero envié a Farah en el coche el miércoles mismo por la mañana a ver a Kinanjui y a Kioi y pedirles que vinieran con sus jóvenes damas y caballeros el viernes por la noche. Y lo cierto es que me prometieron venir...

El jueves fui en coche a hacer la compra para la cena del príncipe de Gales del viernes, y sobre todo para conseguir algunas señoras como es debido, lo que no resulta fácil aquí. Es muy conveniente y agradable que Denys se haga cargo de los gastos de la bebida y los puros en ocasiones como ésta; en primer lugar porque así me ahorro yo algo de dinero, y luego también porque él entiende mucho de esas cosas, con lo que me quedo tranquila de que lo que ofreceremos será bueno...

El viernes tuve mucho que hacer entre la cena y el ngoma; cuando el único servicio de que se dispone es un toto de «jefe de cocina», incapaz de hacer otra cosa que lo que yo misma le he enseñado, no se siente una muy segura dejándole solo. Y el ngoma me dio también mucho que hacer, entre que había que reunir leña para las hogueras, y luego que había que atender debidamente a los jefes. A mí, la verdad, me gusta mucho guisar y me encanta dar cenas, pero lo que ya no me gusta tanto es que las dos cosas se me junten, y preferiría que otra gente se ocupara de preparar la comida para los invitados, quedando yo de cocinera para fiestas en las que no participo; porque es demasiado esfuerzo hacer los dos papeles juntos.

A pesar de todo me parece que puedo decir que la cena estuvo muy bien; el príncipe de Gales dijo que fue la mejor que había tenido en esta tierra, y Denys que nunca en su vida había cenado mejor, de modo que es a Kamante a quien le corresponde el mérito. Lo que les di fue: caldo con cañada, pescado de Mombasa —una especie de rodaballo con sauce hollandaise—, jamón que me había dado Denys, con salsa Cumberland, espinaca y cebolla glaseada, perdices con guisantes, ensalada, tomates con ensalada de macarrones y trufas con salsa de crema, croustade con champignons, una especie de savarin y frutas: fresas y grenadillas.

Mis invitados danzantes comenzaron a llegar ya por la tarde, y tuve que salir a cada dos por tres para cuidar de los preparativos y cumplimentar a los jefes. Celebramos el ngoma entre las chozas de los boys, que acababan de ser encaladas para tan solemne ocasión, y había en el centro una gran hoguera y luego multitud de otras más pequeñas en un gran círculo; además yo había preparado una hilera de hogueritas a lo largo del camino por el bosque, y el aspecto general era muy bueno. Puse las farolas rojas y verdes de Berkeley que me dio la tía Lidda, encendidas delante de la casa.

Estaba short of[378] una señora, porque solamente pude encontrar a Vivienne de Watteville[379], de quien sin duda ya te he hablado en mis cartas —por cierto que se parece mucho a Jonna, un poco menos fina y con mejor color—, y a Beryl, que estaba en Nairobi camino de Mombasa y de su casa, y que llegó monísima a la cena. Mandé un recado al príncipe de Gales comunicándole que había dejado un sitio libre para que trajera él una señora si quería, pero no lo hizo, de modo que fuimos siete a la cena; así:

Denys

Lascelles

Beryl

Vivienne

Piers Leigh

Príncipe de Gales

Yo

Bebimos primero un cóctel de café antes de la cena, con el ngoma, que estuvo muy lleno de vida y fue sin duda el mejor ngoma que he visto

jamás; el aspecto era imponente, con tanta hoguera. Luego comimos y después salimos de nuevo al ngoma, y el príncipe de Gales saludó a todos los jefes y les habló en suajili, que a ellos les gusta mucho. A mí me parece que el príncipe de Gales tiene muchísimo encanto, y en esto están todos de acuerdo, pienso yo, y aquí estuvo realmente de lo más amable, simpático y divertido, como si me hubiera conocido de toda la vida. De modo que disfruté lo indecible y quedé muy contenta de mi party.

El sábado estuve en mi jardín, y pasé luego por casa de los Bruce-Smith; fue un paseo precioso. Después de comer fui a un baile en Muthaiga; Denys no quiso ir conmigo, y yo había pensado volver a casa temprano, pero esto en Muthaiga es imposible y no regresé hasta las cinco y media de la madrugada. Lady Delamere se condujo escandalosamente en la cena, me parece a mí, y bombardeó al príncipe de Gales con grandes pedazos de pan, y uno de ellos me dio a mí, que estaba sentada a su lado, en el ojo, de modo que hoy lo tengo amoratado, y terminó echándosele encima y tirándole por el suelo con silla y todo. Este tipo de cosa, la verdad, es que no me parece nada divertido, sino más bien tonto, sobre todo en un club; en general, yo no considero que sea una mujer particularmente simpática, y tiene un aspecto la mar de raro; parece, ni más ni menos, una muñeca de madera pintada...

A Thomas Dinesen

Ngong, 20 de noviembre de 1928

Queridísimo Tommy:

¡Feliz Navidad! Ojalá que este nuevo año te traiga mucha felicidad. Ya sé que esperáis una nueva maravilla para marzo, y deseo que llegue al mundo en las mejores circunstancias imaginables; será recibido con muchísimo amor también en las partes más lejanas del planeta. Espero también que sigas adelante con tu libro[380], y que, en general, te sientas sobrado de fuerza y que «las llamas, el fuego, han levantado de nuevo los altares derruidos de tu juventud, en la hierba, junto a la fuente»[381].

Te mando una foto de la casa, que espero contemples con buenos recuerdos.

Querría haberte enviado un ensayo más bien largo sobre tu «moral sexual», que tengo en la cabeza desde hace algún tiempo, pero es que he tenido tantísimo que hacer que la verdad es que no me quedó tiempo de poner mis ideas en orden, de modo que ya lo recibirás más tarde. La dificultad para mí es, más bien, que no están demasiado claras mis ideas ni he pensado debidamente sobre el tema, y además resulta inevitable reducirlo siempre en cierta medida a términos personales, con lo que se acaba teniendo que exigir al lector una gran comprensión y discreción.

Te alegrará saber que aquí llueve a torrentes; hemos tenido ya más de seis pulgadas desde que comenzó la estación de las lluvias cortas, y, como recordarás, todo se pone tan bonito que no se puede decir más.

Me habría gustado mandarte un libro del profesor Haldane: *Possible Worlds*. Pero aquí, naturalmente, no lo tenían, y si se encarga a Europa no se sabe nunca si lo mandarán o no, de modo que lo que te aconsejo es que te lo encargues tú mismo. A mi modo de ver, desde el siglo pasado se ha producido el cambio de que la fantasía tiene ahora acceso a la ciencia en mucho mayor grado que antes, y le ha dado una vida completamente nueva. No sé si recuerdas que ya hablamos de este tema aquí, que los sacerdotes siempre sostienen que la fe es más alta que el conocimiento —y así es, realmente, a mi modo de ver—, pero que en realidad son ellos quienes dicen que saben que las cosas se produjeron de esta manera o de la de más allá, mientras que los hombres de ciencia son precisamente los que dicen: creemos. Yo, ahora, creo de mí misma que siempre, sin saberlo, he sido einsteiniana, por ejemplo, siempre he estado convencida en lo más hondo de mi corazón de que el tiempo era una ilusión y de que hier c'est demain[382], y para mí es, a lo largo de las pruebas que me ha brindado la vida, un grandísimo consuelo pensar que dos y dos sin duda dan la impresión de ser cuatro, pero en determinadas circunstancias podrían muy bien ser algo completamente distinto, y que mientras la línea A-B es mucho más larga que la línea B-C, la línea B-C es, por otra parte, el doble de larga que la A-B. Yo diría que la fantasía es una de las cualidades —por no decir la cualidad— a la que la humanidad más debe su desarrollo, sin ella no se habría podido crear nada, y estoy convencida, como sabes, de que el concepto perro fue creado antes que los perros mismos, y en general puede decirse: crea el concepto, que los perros llegarán enseguida.

Por lo que a mí respecta pienso que es muy notable que la gente haya tardado tanto en transferir la doctrina de la evolución al terreno más espiritual, por ejemplo a lo que se llama moral. Comprendo que la gente que cree en el pecado original —si es que los hay— todavía se aferre a la vieja moral, a pesar de su aspecto negativo: «No harás esto o lo otro», «Deja esto, no lo toques», pero lo que no comprendo es que la gente que cree que con nuestra lucha nos hemos elevado a la situación actual gracias a una serie de intentos audaces, pueda sentir tales dudas cuando se trata de adoptar esta misma actitud en su propia vida. Si los lagartos no hubieran hecho el gran esfuerzo de tratar de volar, incluso corriendo el riesgo de que el intento les fallara por completo, o los monos el de bajarse de los árboles, o los animales de pezuña y de garras

el de transformar sus pezuñas y sus garras, bueno, pues todavía estaríamos todos arrastrándonos entre los helechos y seríamos muy pequeños. Si resulta que la cosa no va, siempre queda el recurso de convertirse, por ejemplo, en pingüino y renunciar a usar las alas. Pero, por lo menos, se habrá sacado partido de ello en el intervalo. ¡Hay que tener valor! ¡Hay que tener valor!, esto es lo que me parece a mí que predica el mundo entero, excepto, por supuesto, los pedagogos y los curas. Tú te reirás de esto y dirás que es precisamente lo que más odio, una tonta que ha oído campanas y casi no sabe dónde, y la verdad es que no pretendo en absoluto entender nada de la doctrina de la evolución, por ejemplo; pero, así y todo, es muy posible que haya llegado hasta mí un simple atisbo de la verdad, y en cualquier caso mi deseo más ardiente consiste precisamente en comprender.

Y a propósito de desarrollo, sin duda, cuando vuelvas por aquí, notarás una gran diferencia en la manera de vivir de los natives y también en su «formación». Tienen una sorprendente capacidad para imitar y adapt themselves a circunstancias nuevas. Pienso que será interesante ver si realmente se puede pasar de un modo directo de la edad de la piedra a la edad de los aeroplanos y descubrir y asumir el cristianismo moderno, tolerante y sin dogmas, sin necesidad de pasar antes por el trabajo manual y la construcción de carreteras y los santos y las hogueras para los herejes. Si esto es posible resultará que nosotros hemos estado perdiendo mucho tiempo con el gótico y con le Roi Soleil y con la abolición de la esclavitud. Ahora verás a los pequeños totos que cuidan de las vacas con sus catones y los ngomas son cada vez más raros; en su lugar tienen una especie de reuniones de rezos con cánticos...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 17 de marzo de 1929

Querida oveja blanca como la nieve:

Te adjunto una foto de mi casa que sacó Denys desde el avión[383]; a Ali y a mí con unos perros se nos ve asomados a la solana que da al sur, y hay también un grupo de boys sentado en la tapia al otro lado. ¿Verdad que el conjunto da la impresión de un juguete? Yo diría que el conjunto quedaría muy bien ampliado, pero no sé si tú te encargarías de esto; podría mandarte el negativo. Denys sacó otra desde el avión que resultó mejor, me parece a mí, porque la hizo desde mayor altura, de modo que

se ven los alrededores como en un mapa, pero no la tengo yo; veré si te la puedo mandar cuando vuelva él...

Denys se fue el martes por la mañana y tenía intención de volver hacia finales de mes.

El miércoles se fueron en coche todos los hombres de mi casa a Nairobi para acudir a la iglesia, porque ya se ha terminado el Ramadán, y menos mal. Salieron antes de amanecer y yo me levanté para verles irse, todos ellos con sus mejores galas; Tumbo se había puesto tanta ropa que parecía un cerdito disecado; desde luego llevan cosas bonitas cuando van bien vestidos, y esto me hacía pensar en una mañana de Navidad en Dinamarca, viéndolos prepararse a la luz de las bombillas para ir a la iglesia. En compañía de todos tomé en casa de Farah una taza de té con cardamomo, y por cierto esta mezcla está empezando a gustarme. Las mujeres no podían ir con ellos, pues no sería propio; el ideal de una mujer somalí decente es, por supuesto, no asomar nunca la nariz fuera de su casa. Me doy cuenta de que hay algo ciertamente poético en el concepto musulmán de la mujer y en su posición en la vida como el remate mismo de la vida y la joya más preciosa a que puede aspirar el hombre; por otro lado, se gastan casi todo el dinero en sus mujeres y a su manera las sitúan muy alto; ellas están libres de muchas de las pesadillas que acechan a las mujeres europeas y yo creo que es impensable el que una mujer musulmana se quede desamparada. Todas ellas tienen completamente seguro el tratamiento de señora, la ropa blanca, el velo de novia, los niños. Pero la verdad es que esto a mí me produce la misma impresión que la gente que me dice que las corridas de toros son el mejor de los deportes, un alarde de valor y destreza, etcétera. Me gustaría en cierto modo creerles, sin embargo me siguen repeliendo instintivamente hasta el punto que renuncio por anticipado a gozar de ellas; no sólo no me gustaría por nada de este mundo ver una corrida de toros, sino que pienso que no podría casi vivir en una sociedad que las cultivase por poco que fuese, y, asimismo, no puedo menos de tratar de sacar de su jaula a mis mujeres musulmanas.

Pienso que es terrible que Halima, apenas un poco más joven que Missen, deba ser sacrificada de tal modo en el altar de las conveniencias, de modo que nunca pueda salir con Titi y Tumbo y conmigo cuando nos vamos en coche a pescar al estanque, ni tampoco pasar el río para ver animales. La casa y la diminuta y ridícula cocina van a ser todo el mundo de esta pobre chica, porque de otro modo no será una muchacha somalí como Dios manda; y sin embargo, es simpatiquísima y está llena de vida y lo que de veras le gustaría sería montar a caballo y corretear, como hace Missen... Ningún premio en el mundo podría compararse con mis paseos a caballo, mis viajes, mis safaris; ni siquiera si a ojos de todo el mundo me volviera yo tan llena de gracia como la mismísima Virgen María me compensaría el renunciar a mi libre contacto con la naturaleza y la gente y tener que pasarme el tiempo sentada entre cuatro paredes y recibir la vida de segunda mano, a través de un hombre.

El jueves llevé en coche a Fathima, a Halima y al niño a tomar el té a casa de Mrs. Bruce-Smith, que tiene mucha gracia y amabilidad para comprender e interesarse por mis diversos protegidos. La cosa resultó extraordinariamente bien; volvieron a casa y dijeron a los hombres que habían pasado unas Navidades estupendas, mejores que las de ellos, y Shimbir, que es como se llama el niño —quiere decir pájaro y le han puesto este nombre porque se echa en la cama y sonríe y charlotea y canta—, se condujo ejemplarmente y tuvo mucho éxito. Pienso que Mrs. B-S está pasando una época difícil; me parece que su marido la pone nerviosa, lo que, por otra parte, comprendo muy bien, y que no sabe en absoluto lo que va a hacer con su vida. Ella y Mrs. Steele vinieron en caballo a verme la otra mañana y estuvimos hablando de lo absurdo que es el matrimonio; a pesar de todo pienso que, en cierto modo, las dos están enamoradas de sus maridos, y que éstos hacen por ellas lo que pueden; pero lo que pasa es que dan por supuesto que las pueden tener sujetas a una existencia que no las satisface en absoluto y que, sin embargo, resulta muy a propósito para el hombre, de modo que la única posibilidad de ellas consiste en adaptarse a esa vida y ser dichas haciendo felices a sus maridos.

Puede ocurrir que las cosas cambien y pienso que depende por completo de las mujeres el tipo de cambio que sea; yo diría que una dificultad es que las mujeres, en general, no acaban de adoptar una actitud clara sobre la medida en que es más importante para ellas que para los hombres el ser amadas y admiradas, tener a alguien que makes a fuss about[384] ellas, que les esté agradecido y que no pueda prescindir de ellas, etc.; cuando llega el momento de la verdad no quieren renunciar a esto, de modo que, a pesar de los pesares, la mujer moderna no se decide a pagar el precio del cambio, y piensa que es posible, y no sólo posible, sino también lo único justo, to eat their cake and have it[385]. Hay algo deshonesto en la visión de la vida que tienen en general muchas mujeres, es como pensar que pueden comprarse el más elegante de los sombreros de una tienda al precio del peor de todos y luego se encolerizan al advertir que el sombrerero se niega a rebajarlo hasta ese nivel...

En marzo de 1929 Ingeborg Dinesen, que contaba setenta y dos años, cayó gravemente enferma. Los médicos no tenían muchas esperanzas y la familia informó telegráficamente a Karen Blixen sobre la situación. En cuanto le fue posible dejó Karen Blixen la finca y se dirigió a Dinamarca para estar con su madre en Rungstedlund; entre tanto el estado de la enferma había mejorado, y cuando Karen Blixen llegó a Dinamarca el 18 de mayo, su madre ya se encontraba casi bien del todo.

Karen Blixen se quedó en Dinamarca más de medio año, y el 25 de diciembre de 1929 fue en tren a Génova, donde algunos días más tarde

salió para África en el S/S Tanganyka. El 16 de enero de 1930 estaba ya de vuelta en la finca.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 19-1-1930

...Llegué a Mombasa el lunes por la tarde y allí estaba Farah, lo que siempre resulta como encontrarte ya en casa, y además me fue de gran utilidad. Lady Colville subió a bordo para darme la bienvenida, y como yo tenía la idea de que era demasiado tarde para ir a casa de Ali bin Salim pues me quedé a pasar la noche en su chalet. Al día siguiente hice lo que pude por conseguir que mis muebles pasasen la aduana, y acabé lográndolo, y luego fui en coche a efectuar una excursión con lady Colville en torno a la isla, y comimos en casa de Likoni. Ali estuvo muy simpático, como siempre, y me rogó que te saludase de su parte muy afectuosamente. Me quedé allí hasta el día siguiente —miércoles, 15— y luego fui en coche con él hasta Kalifi, y a la finca de Denys[386], donde Ali y yo almorzamos en su casa lo que llevábamos en una lunchbasket; siempre es encantador, entre las dunas, y con una larga playa de arena y con todo el océano Índico delante, tan azul como una flor de aciano. Hay muchas ruinas antiguas. El jueves por la tarde volví en tren...

Me pasó una cosa muy desagradable a poco de regresar aquí, a pesar de mis esfuerzos por frenar a Dickens en lo que se refiere a los ngomas, etc., de los natives; el hecho es que anteayer por la noche habían celebrado un ngoma (prohibido) y en el transcurso de él murió un hombre a golpes. Ahora, naturalmente, tenemos a la policía por toda la finca, y nos pintan los peligros de los ngomas con los colores más terribles; han detenido a Kamante esta misma mañana, aunque creo que sólo como testigo. ¡Y que no pudieran esperar siquiera a que volviera yo a casa!...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 2 de marzo de 1930

...Este domingo, poco después de irse Denys, llegó aquí de visita el príncipe de Gales[387], muy charming, cosa que, por otra parte, todo el mundo sabe que lo es; me dijo que había conocido a Tommy y a su charming young wife. Parecía muy contento con su safari, aunque no consiguieron encontrar ningún elefante. Me dio las gracias de la manera más encantadora cuando me ofrecí a prestarle mi casa, pero pienso que a todo el mundo le parece bien lo que se ha decidido, o sea, que se aloje en Government House; parece ser que se piensa que se habría producido una especie de escándalo si no llega a alojarse allí. Me alegré de ver al príncipe; como va a quedarse tan poco tiempo en Nairobi y yo no puedo ir a Government House, resultó simpático poder saludarle...

El lunes estuve en Nairobi y allí vi a Mohr, que me dio dos espléndidas truchas de mar; volví a comer a casa y llegó Denys y le gustaron mucho. Se fue con el príncipe de Gales y con todo su safari el martes por la mañana. Lo que quieren es pasarse los próximos catorce días sin hacer casi otra cosa que sacar fotografías; esperan también ver una caza de leones con lanza en la reserva masai...

El miércoles vi aquí a Dickens, como de costumbre. Ha ocurrido una cosa desagradable acerca de la cual todavía no he podido escribir al tío Aage, pues prefiero esperar hasta tener la situación un poco más clara, y es que Dickens me ha anunciado que quizás no siga aquí después del término de su contrato, o sea, a partir del 1 de julio...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 23 de marzo de 1930

Querida oveja blanca como la nieve:

Se ha convertido en una costumbre el que los totos wakamba vengan aquí los domingos por la mañana para oír el gramófono, de modo que he tenido un gran concierto; los números favoritos son la Marcha de los ciudadanos de Bjørn y Tommy's Tunes. Este último es el número final, porque termina con un hip hip hurrah en el que participan los oyentes. Hay algo conmovedor en su devota actitud y, al tiempo, en su absoluta confianza; en cierto modo pienso que consideran mi casa como si fuera

también suya, pero no creo que se les ocurriría llevarse nada de lo que hay aquí, y que ellos examinan con gran interés y aparente admiración.

El lunes vino a comer aquí Charles Taylor. Le había citado para poner fin al problema de Dickens, y estoy dispuesta a seguir su consejo; irá a ver a Dickens un día de esta semana y luego vendrá aquí a tomar el té para contarme lo que haya sacado de la entrevista, y así se podrá tomar una decisión...

A Ingeborg Dinesen

(1930)

...En este momento hay un tremendo ngoma reunido en mi pradera; es verdaderamente bonito volver a verlos con sus ropajes como es debido, aunque no tardará mucho tiempo en desaparecer todo esto. Ay, Dios mío, lo que hemos hecho con esta tierra, y la «civilización» que hemos traído. Estuve pensando en ello en el barco, donde la gente cree de verdad que llevan los tesoros de la cultura a la tierra salvaje; en los diecisiete días que pasé a bordo no se dijo ni se discutió nada, absolutamente nada, ni un solo pronóstico que se saliese de la más deadly ignorancia y estupidez. Sí, la verdad es que los alemanes saben cantar alguna que otra vez...

Es notable, y a mí me coge bastante de sorpresa, el efecto que ha tenido el libro de Tommy[388]. Yo no sabía que Dinamarca era tan pacifista. Personalmente pienso que el tono de su libro era más bien airoso y alegre, pero no tanto como una parte de la literatura y la prensa danesas; y ahora Valdemar Rørdam da la impresión de hablar con conocimiento de causa de los sentimientos del pueblo danés cuando dice que querrían condenar al autor de No Man's Land a perder su honor y sus bienes, y quizás también la vida. Me pregunto si esto no le habrá sorprendido también al mismo Tommy. Pienso que en cierto modo le va mejor que si le llenaran de elogios, pero bueno, lo que se dice bueno, no se puede afirmar que sea para él; in his time of life[389] debiera identificarse con otros hombres, o con los esfuerzos o movimientos de otros, ésta es una impopularidad fácil de adquirir y que yo no veo con alegría...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 13 de abril de 1930

...Fathima tuvo una niñita el domingo, y ya era hora; yo estaba a punto de pensar que todo el asunto era una broma pesada. Está encantada con la criatura y se encuentra bien, pienso que se alegra sobre todo de que sea niña. En circunstancias como las que rigen en este mundo musulmán, en el que hombres y mujeres están tan separados unos de otros en sus trabajos, intereses y existencias, y sólo se juntan cuando, como dice Goldschmidt, tienen que «bailar o casarse» —y ni siquiera sé, la verdad, si los somalíes de ambos sexos bailan mucho juntos—, yo diría que las mujeres están perdiendo poco a poco la capacidad de sentir realmente algo normal por nadie del sexo masculino, ni siquiera por sus hijos. Todo el mundo masculino resulta para ellas demasiado incomprensible; en el fondo pienso que no les tienen ningún respeto, excepto en la medida en que son ellos quienes les proporcionan alimento; pero el mundo real, verdadero y plausible, es el de las mujeres, y ante una niñita sienten que con ella pueden tener algo real, auténtico y plausible que les toca de cerca y que les pertenece, mientras que un niño acabará entrando tarde o temprano en esa existencia de los hombres, extraña y ajena a ellas. Algo parecido a esto creo que les pasa, por ejemplo, a las mujeres de los marineros; cuando reciben carta de Río de Janeiro u oyen hablar de cargamentos con destino a Singapur, o de contratos, etc., lo oyen con una especie de incredulidad o superioridad o completa indiferencia; pero el lavado, los calcetines de los niños, el parto, son la realidad que hay que tomar en serio.

La niña de Fathima se llama Amina, pero todos la llaman Kinsi. Siempre les dan un apodo tomado de algo bello o bueno, como una flor o una joya, pero Farah me explicó el nombre Kinsi: dice que significa some person who is not really rich, but nearly rich[390]; la verdad es que no sé por qué son tan modestos cuando pueden escoger lo que quieran. La niña es verdaderamente monísima; los niños somalíes recién nacidos son exactamente como muñequitos y no tienen ese curioso aspecto de estar sin terminar de los niños blancos de su misma edad, además enseguida les pintan las cejas de azul, de modo que se parecen a la vieja muñeca argelina de Elle.

El fiel amigo Mohr vino aquí el lunes a comer y dedicó todo el día a ir conmigo por la finca y se volvió a casa por la tarde. En este dilema de Dickens ha sido él el único que no se ha conformado con charlar, sino que ha hecho algo, y esto no pienso olvidarlo...

Me he puesto a leer a Dickens, que anima mucho cuando llueve, creo yo, y he leído ya Pickwick y Casa desolada. A mí me parece que Our Mutual Friend es su mejor libro, pero la verdad es que admiro todas sus obras;

es sorprendente el desfile de figuras que presentan, como casi ningún escritor moderno; bueno, sí, Tolstói hace algo así en Guerra y paz, por ejemplo, y luego lo interesante y emocionante que resulta, también esto es un arte casi extinguido. Algunos pasajes de Casa desolada, por ejemplo, donde el terrible y viejo Krook muere en el fuego, o la fuga de lady Dedlock, le hacen a una quedarse sin respiración, ¿y quién consigue algo así hoy en día?...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 11 de mayo de 1930

...La verdad es que soporto bien esta existencia, como detrás de un puente levadizo levantado, y los días pasan iguales, y para la finca es estupendo que caiga tanta lluvia. El lunes estuve en la ciudad, almorcé con Mohr e hice una visita a lady Colville, que está muy mal y poco lúcida; me contó una larga historia que me rogó no dijera a nadie y de la que realmente me habría sido imposible repetir una sola palabra; entre otras cosas me dijo lo siguiente: «No lo sabe nadie, pero la cocinera de mi padre le dio una noche de Nochebuena un golpe al rey Eduardo en plena cabeza». Es como la abeja con la reina viuda en la araña de cristal, y aunque se trata de una cosa bastante dolorosa, lo cierto es que le cuesta a una contener la risa.

A mí siempre se me ha dado bien eso de seguirles la corriente a los locos o a la gente que está un poco trastornada, tiene algo de liberador poder salirse de vez en cuando, pese a todo, de los caminos convencionales, tan terriblemente hollados, incluso en el terreno del pensamiento. Comprendo muy bien que la gente importante de los viejos tiempos no considerara su casa completa sin un bufón, que además estaba siempre como un poco al margen, y esta actitud es la misma que en realidad me divierte en los natives; en estos tiempos, te lo digo en serio, casi no hablo con otra gente, ni tengo apenas deseos de hacerlo. La gente verdaderamente convencional, seria, sensata, es, a mi modo de ver, la única que resulta imposible aguantar a la larga, y además tiene un talento bastante repulsivo para monopolizar toda la existencia, hasta tal punto que se llega a olvidar que aparte de ella hay tontos y locos, pecadoras y publicanos, y acaba hundiéndose una en la más profunda melancolía, de la que sólo le puede liberar la reina viuda en la araña de cristal.

Por lo demás nos hemos estado entreteniendo gracias a que ha habido, Farah está completamente convencido de ello, tres intentos de

asesinarle. Lleva largo tiempo enemistado con Hassan y su tribu y dice que éstos le amenazan sin cesar con matarle, y el otro día, estando nosotros en Nairobi, cuando Farah me esperaba a la entrada del Somali Hotel, uno de ellos le tiró al suelo de un bastonazo y le hirió con un cuchillo en la espalda. La otra noche comenzaron de pronto los perros a ladrar, a hacer un kakele[391] terrible, y al salir yo a observar lo que sucedía, vi —había un poco de luna— dos figuras huir de las cercanías de la casa de Farah. Éste dijo que habían estado empujando la puerta. Lo mismo volvió a ocurrir a la noche siguiente, y yo le di entonces a Farah un arma y le dije que lo que tenía que hacer era disparar si alguien volvía a importunarle. En medio de la noche volvieron a ladrar los perros, y cuando me estaba poniendo los zapatos para salir, ¡pum!, tronó la escopeta de Farah. Se oyó entonces un grito, pero no había ningún cadáver en el campo de batalla al salir yo afuera, ni una gota de sangre, lo que sí había era huellas de gente con zapatos en torno a la casa de Farah. Todo esto ha tenido entretenidísima a mi gente, y Fathima lo lleva con paciencia, casi como una joke; a mí me parece que las mujeres somalíes se acostumbran desde la niñez a estos estados de guerra...

Me imagino que visitas a Ellen en su nueva casa, y ya podías contarme de una vez qué tal le van las cosas. La verdad es que Ellen tiene tantísimos amigos que no debiera tener por qué sentirse nunca sola; pero, en cierto modo, su vida no es fácil, todo le afecta muchísimo. Es curioso cómo mucha gente, mujeres sobre todo, tienen una disposición para, sin necesidad de insignias exteriores de ninguna clase, rodearse de una especie de dignidad extraña que hace a todo el mundo pensar que es un honor estar a su lado. Ellen, que, la verdad sea dicha, no es ni guapa ni rica ni particularmente inteligente (¡ni está casada!), y que no es en absoluto afable o servicial con sus amigos, es siempre pero que muy bien recibida en todas partes, como si a todos les parecieran un verdadero honor sus visitas. Y así es en realidad... Si yo fuese hombre me sería completamente imposible enamorarme o casarme con una mujer que no tuviera ese talento, pero también los malvados lo prefieren. Por otra parte pienso que tanto Thomas como Anders han estado un poco enamorados de Ellen. Ellen es una de las personas a las que más me gusta a mí volver a ver cada vez que voy a Dinamarca.

Juma llega en este momento con tres gansitos recién nacidos; ya vi uno anteayer, y tengo a dos gansas incubando huevos. A mí me parece que son de lo más encantador que la vida puede ofrecer. En general, los gansos son una especie muy atractiva y debieran inspirar respeto a todo el mundo. Tienen una bellísima vida familiar, y siento la más profunda consideración por ellos, sin llegar a decir que me gustan; uno me mordió en la pierna el otro día, igual que unas pinzas. Pero cuando iba él con su esposa y su pollito por el camino, y yo pasaba por allí en el coche, no quiso abandonar a su pollito, sino que fue hacia el coche, como silbando y alargando el cuello, y me tuvo realmente en jaque, y la verdad es que ante un valor así no hay más remedio que quitarse el sombrero.

He acabado por vender mi mueble biblioteca a Bruce-Smith y he mandado a un indio que es amigo de Poor Sing que me haga una gran estantería, pues yo creo que se trata sin el menor género de dudas de la única solución. La pagará Denys, porque voy a poner sus libros en ella; tiene seis cajones en Nairobi, y ya he traído yo dos, con muchos bellos libros antiguos que parece ser que fueron de su madre. También me ha pedido que traiga doce cajas de un vino de Oporto muy bueno y añejo, que él venera, pero no quiero hacerlo mientras el camino siga como ahora; hay trechos llenos de baches y no creo que sea esto buena cosa para las botellas, con lo que salta el coche pasándolos. Yo, en realidad, no suelo beber vino de Oporto, de modo que habría preferido que fuera otra cosa...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 18 de mayo de 1930

...Es una tesitura terrible en la que vivo permanentemente por lo que se refiere a mi porvenir, y esto hace que sea difícil para mí reunir energías para escribir una carta que tenga interés y sea entretenida. Me tienes pena porque estoy sola, pero no debes tenérmela en modo alguno, a mí me sienta bien de verdad y nunca me resulta lo que se dice nada duro; pero este estar eternamente en equilibrio al borde del abismo me pone los nervios de punta, y en estas circunstancias es mejor tratarlos con mucho cuidado...

Esta finca, o, si prefieres, este ambiente, es lo único que he podido crear yo en mi vida, y me parece que ha valido la pena, dejando por completo aparte el aspecto pecuniario de la cuestión; y todo el tiempo que he estado ocupada en ello esto ha permanecido lo que se dice en el aire. La gran confianza que tienen en mí todos mis negros, convencidos como están de que yo siempre arreglaré las cosas de la manera que sea mejor para ellos, y mi propia consciencia de lo terriblemente insegura que es la base en que esta confianza descansa, consumen, por así decirlo, todas mis fuerzas espirituales; una vez que mejore esto resurgirán con multiplicada energía y entonces ya verás qué cartas escribo. Vosotros no debéis, por esta causa, dejar de escribirme a mí; vuestras cartas me alegran mucho, y lo único que hace falta es que tengáis paciencia.

El hecho de que my black brother se haya convertido en la gran pasión de mi vida, sean cuales sean mis otras circunstancias, es algo que ya tengo perfectamente claro by now y que no puede cambiar. Incluso Denys, a pesar de lo feliz que me hace, carries no weight[392] en

comparación con esto. Es maravilloso para mí que Denys exista, constantemente me alegro de tenerle a mi lado; pero la verdad es que puede hacer casi lo que quiera conmigo sin que ello influya apenas en la sensación de felicidad o infelicidad de mi vida, a pesar de que le armé una escena de primera categoría porque se había llevado consigo a Bror de second white hunter[393] para el príncipe de Gales, aunque la cosa terminó con sonrisas mías pues siempre encuentro difícil, en general, ponerme realmente serio en algo que concierna a Denys; pero en lo relativo a mis negros la cosa adquiere un cariz distinto, se trata de vida o muerte. No es propio de mí, la verdad, permitir que nadie llegue a tener tanta importancia en mi vida. Ahora, por ejemplo, cuando añoro Dinamarca, y la añoro con una fuerza tremenda desde que volví aquí esta última vez, lo cierto es que esa añoranza de la naturaleza es mucho más desgarradora que la de la gente, por lo menos con poquísimas excepciones. El rondó de la Sonate pathétique me recuerda de una manera muy dulce, muy deliciosa, a ti, pero al recordarme un atardecer danés de primavera, con rocío en la hierba, velloritas y oleaje que llega del estrecho, consigue ponerme al borde mismo de la locura.

Por lo demás ya debería haber recibido carta de Tommy sobre la piel de león del rey. Le mandé la carta de Dolle acerca del asunto y tengo que contestarla tarde o temprano. Es un asunto latoso, pero culpa mía desde el principio, y no me imagino, la verdad, que se interese mucho por un león que él ni siquiera ha matado (ni yo, por otra parte, aunque esto es mejor que sea un profundo secreto para toda la eternidad); pero si se interesa ya le enviaré a él otra piel...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, miércoles, 10 de septiembre de 1930

...Lo primero de todo, gracias por los discos con tu voz y la de Missen. Sí, la verdad es que se puede decir que estas cosas son terriblemente entretenidas, pero en lo que a mí concierne me resultan demasiado impresionantes, y, al mismo tiempo, son también en cierto modo como payasadas; no sé, la verdad, cómo tomarlo. Es casi como si tú misma estuvieras en la habitación —¡y cuánto daría porque fuera así de verdad!—, pero, al mismo tiempo, me doy perfecta cuenta de que se trata de algo puramente mecánico. Fue encantador oír tu voz. Pero la verdad es que el mundo se está volviendo poco a poco casi demasiado maravilloso.

A mi gente le cayó extraordinariamente bien. No podían contenerse, a medida que iban oyendo sus propios nombres, y gritaban: «Jambo Memsabo, Jambo Memsabo». Farah evidenció su superior nivel cultural al mostrarse inquieto y muy emocionado; Tumbo rió, como dice Malla, igual que un zueco roto. Kamante vino después a preguntarme por qué no le habías saludado también a él; estaba convencido de que yo había suprimido su nombre, porque está en desgracia. Poor Sing se siente honradísimo y me ruega que te dé muchísimas gracias de su parte...

Fue encantador volver a ver al niño de Farah, está más guapo que nunca; cumple los dos años el veinticinco de septiembre y se encuentra ahora en su mejor momento, verdaderamente precioso, y a partir de este momento, para el resto de su vida, irá bajando. Lo que más le gusta de todo son los ngomas, y hemos tenido muchísimos en la finca últimamente; sabe bailar a la manera kikuyu y a la wakamba, y canta un poco también el ngoma prohibido, que será muy poco decente, pero me imagino que no se da cuenta. Tumbo es su ideal, y a Tumbo esto le encanta...

Estoy pasando por una época en la que apenas puedo aguantar a los ingleses; si no fuera porque tengo natives en quienes refugiarme la verdad es que me volvería una ermitaña. Pienso que los ingleses que son de verdad inteligentes deben sufrir de un modo terrible con el espíritu inglés corriente, o, mejor dicho, con su falta de espíritu, y lo cierto es que es así. Poco a poco, a medida que una va envejeciendo, se da cuenta de qué es lo que realmente busca en los demás, y qué es lo que no aguanta en ellos; yo pienso que lo que me resulta más imprescindible es una cierta clase de poesía, y el resto, por lo que a mí respecta, pueden dedicarse a beber y a matar y a hacer lo que les venga en gana, pues a los seres verdaderamente prosaicos los considero insoportables. Y en esto pienso que me parezco a Anders, mientras Thomas y Elle son capaces de pasarlo bien en un ambiente prosaico, sintiéndose en él perfectamente a gusto. A mi modo de ver, los natives tienen siempre algo que a mí me parece muy poético, como la naturaleza misma; pero hay una cierta especie de ingleses, que es, con mucho, la mayoría de esa nación, que resulta insoportable por su terrible prosaísmo... El hecho mismo de que los ingleses sean siempre delgados demuestra su falta de jovialidad; Shakespeare tuvo mucho mérito al imaginar a Falstaff, y sin duda debió divertirle enormemente, y también debió caer bien a las pocas almas sensibles que habría entonces en Inglaterra además de él...

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 21-9-1930

...Te mando un par de fotos tomadas en Rongai: Fridtiof Mohr y su mujer y yo, con Tumbo al fondo... No me acuerdo ya si te escribí que la abuela de la señora Mohr pasa por ser un espíritu de los bosques que llegó de las montañas y se casó con un joven campesino en una finca y vivió allí con él muchos años hasta que, un buen día, cuando ya hacía tiempo que era abuela, les dijo a los suyos: «Bueno, pues ahora la vieja se tiene que volver a las montañas», y los abandonó sin dejar huella. Sobre si esto es verdad o no mejor será correr un tupido velo; yo, personalmente, no tengo la sensación de estar ante algo sobrenatural, sino ante algo ajeno, extraño, y esto a mí no me gusta nada; la definición más exacta sería: raza de siervos, gente que no ha nacido libre. Sin duda querrán ser gente como es debido, abierta y sincera, pero no pueden, a pesar de todos sus esfuerzos hay en ellos algo de furtivo o de comediante; los siervos tienen que agradar, pero eso no depende de ellos, sino del humor ajeno. En cualquier caso me doy cuenta de que la señora Mohr es «graciosa», pero esto es lo menos que se le puede pedir a una joven campesina; a pesar de todo me cae mucho mejor él. No sé si te dije que el abuelo de estos Mohr fue un hijo de Carlos XV de Suecia; tienen también algo de Bernadotte. Me parecen personas muy dotadas, pues no creo haber conocido nunca a nadie que sea capaz de vencer tantos obstáculos ni de sacarle tanto partido a su tiempo como mi «pequeño» Mohr; es una cualidad que admiro en el más alto grado...

He pasado un par de días muy buenos, porque Denys llegó el jueves y se volvió a ir ayer. Es una influencia mágica la que ejerce Denys en mí; nunca hasta ahora había conocido yo una sensación de felicidad como la que me produce su compañía, es como si sintiera aire y luz después de haber pasado largo tiempo encerrada en una habitación. Salí de vuelo con él ayer, y dudo mucho que pueda haber en el mundo mayor felicidad para mí que la de sobrevolar Ngong con él. Pasamos una hora volando y, entre otros sitios, sobrevolamos las cimas de las Ngong Hills, en más de una ocasión casi a ras de tierra, hasta tal punto que veíamos las manadas de impalas y cebras, y luego volvíamos a subir hasta un par de miles de pies de altura sobre las cimas.

A África como hay que verla es desde el aire, de esto estoy convencida; allí es donde se ven de verdad las tremendas llanuras y los contrastes de luz y sombra que se extienden sobre ellas. Nos cayó una granizada cuando estábamos en el aire y me azotó en plena cara como no te puedes imaginar, igual que a la princesa de El compañero de viaje que fue volando a visitar a la bruja; en torno a nosotros oscurecía, y al mismo tiempo se veía el sol lucir sobre el Kedong Valley. Denys tenía que ensayar unas maniobras y un par de vecesladeó el aparato, y no sabes lo que me alegré de estar bien sujeta al asiento; tiene que ser interesantísimo esto de saber pilotar un avión. Denys dice que si ha traído aquí su aparato es por causa mía, y espero que tengamos ocasión de volar en él muchas veces; ahora se ha ido de nuevo por dos meses, pero luego creo que volverá aquí al menos por el mismo periodo de

tiempo... Ali, Tumbo y Sirunga estaban esperándonos en el campo de aterrizaje y lo pasaron de verdad en grande, aunque creo que quedaron un poco decepcionados porque no me caí del avión. Una vez volamos casi sobre mi casa, y esta mañana vinieron aquí muchos kikuyus viejos a hacerme preguntas sobre mi vuelo.

Mi perro David murió ayer...

A Ellen Dahl

Ngong, domingo, 12 de octubre de 1930

...He volado casi todos los días con Denys, que tiene su aeroplano en Nairobi, pero puede aterrizar en la finca. Hay gran excitement entre todos mis totos en cuanto le oyen en el aire. «El pájaro de Bedar, el pájaro de Bedar»[394], gritan con todas sus fuerzas, y le siguen con arrebatos cuando comienza a describir círculos por encima de la casa y a descender; tengo una cola de negros de todos los tamaños que me sigue por la llanura donde aterriza para vernos despegar. Yo nunca he subido con él más de una hora cada vez, porque ahora Denys está muy ocupado; espero que más adelante podremos hacer vuelos largos. Pero incluso en una hora se consiguen ver muchas cosas.

Me parece dudoso que se pueda concebir para mí mayor felicidad que volar sobre las llanuras africanas y sobre las Ngong Hills con Denys. Aquí me cabe decir lo que el padre Daniel (?) en Jacques, que Dios tiene infinitamente más fantasía que nosotros, la cual, por otra parte, yo pienso que no la muestra en mucho grado en la vida cotidiana. Y es que yo, desde luego, no habría podido inventar ni a África ni a Denys — aunque sólo fuese para volar, que se trata de un anhelo humano general, ¿y no es ya algo haber sido pájaro una vez?—, y ahora me imagino fácilmente lo divertido que es sin duda ser ángel. En todo caso tiene esto algo de natural y de plausible, algo así como el cumplimiento de un sueño. Cuando me veo en el aire pienso siempre en H. C. Andersen; la primera vez que volamos juntos llovía a chaparrones, y algunos chaparrones helados, como látigos, a nueve mil pies de altura, y extensiones de nubes en torno a nosotros; era como cuando la princesa va volando a ver al brujo en El compañero de viaje. Ahora, esta última vez, fue por la noche, con aire claro y alto y nubes azules, como Los cisnes salvajes. Pero imagínate llanuras verdes, amplias, interminables, a tus pies, con manadas de cebras, ñus, jirafas, y montañas verdes perdiéndose a lo lejos, y luz y sombras que cambian de modo especial el

paisaje, y luego la velocidad a que va uno allá arriba por encima de todo.

Sin embargo no es ni la velocidad ni lo que se ve lo que, según estimo, resulta verdaderamente embriagador cuando se vuela, sino esto: que se mueve uno en tres dimensiones. Ya al moverse en dos, como cuando se va a caballo cross country o en automóvil por estas llanuras, o, por lo menos, saliéndose del camino estrecho, de la línea, tiene su propia emoción, su propio arrobamiento, y lo que, pienso yo, más se parece a valor es ir esquiando, porque aquí se entra también en la tercera dimensión. Y sin embargo es para mí muy arduo primero subir y luego, con muchas inquietudes, descender; hay que ir con la nariz en alto y serpentear por el espacio con la misma ligereza que cuando se va recto; y la verdad es que ya no hay realmente ni arriba ni abajo; en el momento en que el aeroplano se ladea en las curvas se ve todo el paisaje a los pies de uno, como si dijéramos cara a cara. Es el juego más divino que cabe imaginar; no se puede menos de reír cuando se desciende en picado desde lo alto y se pasa casi rozando la llanura, persiguiendo a una manada de cebras lanzadas a pleno galope y se ve la propia sombra de ellas sobre la hierba, y todo en este aire ligero, ligero; cuando hay luz y se corta el aire, sólo de vez en cuando se dan un par de virajes audaces, colocándonos cabeza abajo, dando vuelcos, girando, subiendo, precipitándonos como un dragón arrastrado por el viento, casi hasta tocar tierra, zumbando, susurrando, retorciéndonos en las curvas.

En fin, que a Denys le va de maravilla esto de volar. Siempre he pensado que tenía en sí mucho de aéreo (¿un sanguíneo, cálido y húmedo, o cómo es esto?) y que era una especie de Ariel. Esta naturaleza conlleva bastante falta de corazón, lo que suele entenderse por corazón pertenece sin duda a la tierra, donde las cosas crecen y florecen; un jardín y un campo de trigo pueden ser cordiales, cálidos, y Ariel también era completamente sin corazón, como verás si vuelves a leer *La tempestad*, pero tan limpio, en comparación con los demás seres terrenos de la isla, claro, sincero y entero, sin reticencias, transparente, como el aire, en una palabra. Pienso también que una de las cosas que más me gustaron en Denys desde el principio fue ésta: que se mueve espiritualmente en tres dimensiones.

Es precisamente de esto de lo que quería escribirte; sin duda daría que pensar a Paracelsus[395] e incluso le inspiraría una parábola el hecho de que podamos elevarnos en tres dimensiones. Que Einstein se encargue de desarrollarlas en el mundo físico, donde esto resulta algo difícil de comprender, pero en el mundo espiritual me imagino que toda persona que haya llegado a nuestra edad debería tener un vislumbre de ellas. Yo pienso decididamente que la gente tiene razón al decir que las alas son uno de los atributos de la salvación, o, mejor dicho, que la capacidad de moverse en tres dimensiones es parte de la salvación o, por lo menos, de la transfiguración. Con sólo que la gente lo probase, en lugar de tantas otras cosas con las que pierde el tiempo, ya vería.

Me parece una excelente idea que estés escribiendo otro libro[396]. Tienes que darme más detalles sobre él, y de qué trata. Me alegro mucho de esto y pienso que es divertido imaginarte a ti sentada en Mols llenando página tras página, como un gusano de seda; espero que la inspiración se mantendrá y continuará revoloteando sobre ti. Cuéntame lo que han dicho de Paracelsus los otros que lo han leído. Aquí yo sólo he podido enseñárselo a Mohr, que estaba muy entusiasmado; acuérdate de enviárselo, pues pienso que le interesa sobremanera.

No me extraña que no haya causado mucha impresión en la familia; en parte porque cuando la gente llega a la edad de madre la fuerza de sus impresiones depende en mayor medida de la manera de comunicárselas que del contenido mismo de ellas, y esto lo vi yo con gran claridad la vez que conté con sumo cuidado a Mamá la conducta de la tía Bess en el Parlamento[397], y yo ahora diría que a ella no le pareció nada de particular. Si va alguien y les dice con espanto en el rostro que el gato se ha muerto se llevan un gran disgusto; pero con otras cosas es como con la esposa del chambelán de Ruggaard: «¿Y ardieron también los niños?»

(Falta la continuación de esta carta.)

El año 1930 fue el año del destino en la vida de la finca africana. Los accionistas daneses querían ahora vender la Karen Coffee Company Ltd. Las proposiciones bienintencionadas de vender el terreno para edificación no fueron del agrado de Karen Blixen, y la finca hubo de ser vendida por consiguiente como una unidad a un comprador que, como es natural, invirtió en la plantación con vistas a parcelarla cuanto antes. En una reunión general extraordinaria que tuvo lugar en Copenhague en noviembre de 1932 se disolvió la sociedad según la cláusula 67 de la ley de sociedades anónimas, y con este motivo se constató que la venta forzosa celebrada antes no había conseguido los recursos necesarios para cubrir los gastos de la disolución de la sociedad.

Karen Blixen se puso de acuerdo con el nuevo comprador para seguir viviendo en la finca con objeto de dirigir el trabajo de la última cosecha de café y cuidar del porvenir de sus negros.

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 17 de marzo de 1931

...Debiera haber contestado ya al telegrama que me mandasteis tú y Tommy. Pero la cosa es que todo está muy inseguro; casi no me resulta posible en absoluto ocuparme de mis propios planes en este momento, tanto menos tomar decisiones. Hay todavía tantísimas shauries por cuestiones relacionadas con la finca, reuniones en Nairobi, etcétera, y luego además están mis negros. Hasta que sus problemas queden resueltos —en la medida de lo posible, y la verdad es que no tengo la menor idea de en qué medida podrá ser— carezco de fuerzas y tiempo para decidirme a poner en orden ninguno de mis asuntos. Tienes que hacerte cargo, se pasan el día entero aquí, sentados, y corriendo detrás de mí cuando voy a pie o a caballo por la finca, y dicen: «¿Por qué te vas? No debes irte. ¿Qué va a ser de nosotros?»...

Y luego están Farah y su familia, Abdullahi y mis houseboys, a quienes tengo que ver la forma de ayudar. Farah no quiere quedarse en esta tierra, pero posee su duca y varias otras shauries que habrá que resolver. Juma desea volver a la reserva —a la reserva masai, fue una suerte que tomara yo la precaución de hacerle registrar como masai tiempo atrás— y construir allí una casa, que le he prometido ayudarle a sufragar. En una palabra: tengo muchísimo que hacer.

No creas que pienso que, aunque ha terminado tan catastróficamente, mi «vida aquí ha sido un desperdicio», o que quiero cambiarme por alguna de las personas que conozco. Pienso como la tía Lidda, que es verdaderamente sorprendente lo que, teniendo en cuenta mi capacidad, me ha sido posible llevar a cabo. La tía Lidda no dijo esto refiriéndose en particular a mí, sino a sí misma, y en comparación con la tía Bess, que no pensaba que le había sacado a la vida todo lo que habría debido.

De todos los idiotas con quienes he topado en mi vida —y bien sabe Dios que no han sido ni pocos ni pequeños— creo que yo misma he sido el más grande. Pero mi «demonio» ha sido un cierto amor a lo grande, que no se rendía, y al tiempo me ha ayudado a mantenerme en pie. Y he tenido infinitas experiencias muy encantadoras. Aunque África se haya portado más suavemente con otros, estoy convencida, a pesar de todo, de que soy uno de Africas favourite children[398]. Un gran mundo de poesía se me ha abierto y me ha metido en su seno, aquí, y yo le he amado. He mirado a los leones a los ojos y dormido bajo la cruz del sur, y he visto incendiarse la hierba en las grandes praderas, que se cubren de fina hierba verde después de las lluvias, he sido amiga de somalíes, kikuyus y masai, he volado sobre las Ngong Hills —«Corté la mejor rosa de la vida, sea loada Freja por esto»[399]— y mi casa de aquí, creo yo, ha sido una especie de lugar de refugio para caminantes y enfermos, y para los negros el centro de un friendly spirit. En estos últimos tiempos, las cosas han sido más difíciles. Pero también lo es ahora en el mundo entero.

Farah es muy listo y amable, como te puedes imaginar, y ha dejado sus fantasmagorías y está siéndome de mucho consuelo y utilidad. Saafe me produce una gran alegría; es simpatiquísimo, no puedes imaginarte cuánto. He sufrido pesadillas hasta el punto de sentirme completamente aterrorizada, y he hecho que durmiera en mi cama; es tan grande mi cama que desaparece por completo en ella. A mis perros no les puedo meter allí, porque arman mucho escándalo...

Es una ironía del destino que tengamos lluvia tan temprana y excelente. Cuando me pongo a pensar en lo frecuentemente que he salido yo de casa en esta estación para ver si iba a llover, y no llovía, resulta extrañísimo estar ahora echada oyendo caer esta lluvia torrencial pensando que ya no me va a servir de nada.

En este momento estaréis teniendo un tiempo precioso en casa; pienso que la primavera temprana, con todas sus decepciones, posee un encanto y una delicia que son indescriptibles e incomparables.

Mil saludos a todos, y muchos, infinitos saludos a ti, mi queridísima y maravillosa madre.

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 10 de abril de 1931

Particular

Esta carta la he escrito un poco apresuradamente porque tenía que llegar a tiempo para la recogida del correo, pero espero que su sentido quede bastante claro.

Querido Tommy:

Si no te he escrito antes, y ya comprenderéis que es insólito y que he hecho mal, ha sido porque no acababa de aclarar mi situación y mis ideas. He tenido mucho que hacer para poner en orden, en la medida de lo posible, los asuntos de mis squatters y de mis boys, y espero que todo haya quedado más o menos como es debido para ellos; pero por lo que a mí respecta no he podido poner nada en claro, y precisamente por eso no sé, la verdad, qué escribir.

Vas a pensar, por tanto, que me siento terriblemente depressed y que todo lo veo en una luz trágica. Pero no es así, en absoluto; pienso, por el contrario, que gracias a estos tiempos difíciles he llegado a comprender mejor que antes que la vida es infinitamente rica y maravillosa en muchos aspectos y que hay muchísimas cosas que le preocupan a una pero que carecen por completo de importancia. Cuanto más se llega a tener una visión general —que es casi lo que más interesa conseguir en la vida— tanto más crece para una lo espléndido y lo variado de la existencia. Pero forma parte también de esto una real y auténtica amplitud mental, una falta de prejuicios que le induce a una a no empeñarse en sostener que esto o lo de más allá tiene tremenda importancia cuando está claro que no la tiene. Para mí las cosas están de tal manera que, por ejemplo, no sería en modo alguno triste o malo el que yo, después de haber sido aquí, de muchas maneras, más feliz de lo que le es dado ser a la inmensa mayoría de la gente —y conste que no hay una sola persona por la que quisiera cambiarme—, me retirase ahora tranquila y serenamente de una existencia que tanto he amado en estas tierras. Lo que a mí me parece que se les ocurriría a muchos: por ejemplo, que sería una lástima por madre o por vosotros, a mí no me preocupa. Posiblemente sea tan duro para madre perderme a mí como para mí perder Ngong; pero comprendiendo la vida y su transcurso tal y como en realidad son, que nada persiste, y comprendiendo también que precisamente en esto reside buena parte de su grandeza, la desgracia no resulta nada temible. Para mí la única cosa verdaderamente natural sería desaparecer junto con mi mundo africano, que me parece parte vital de mí misma en idéntica medida que mis ojos o que cualquier talento que yo pueda tener, y no sé, la verdad, qué parte de mí sobrevivirá a su pérdida. En pocas palabras: continuar viviendo es, a mi modo de ver, un malentendido bastante evidente en términos generales, porque ¿cuánto de uno mismo sobrevive? ¿Cuánto queda, en las actuales circunstancias, de la persona que he sido yo, o tú, si te pones en mi caso, durante quince años?

Si a pesar de todo te escribo lo que sigue es porque tanto Denys como Mohr, que se han portado conmigo como verdaderos y fieles amigos, piensan que debo hacerlo, y por esto tengo que estarles agradecida. Lo que ellos piensan es que, por causa de largos tiempos difíciles y de haber necesitado bregar yo sola con las mismas shauries, no me hago ya cargo verdaderamente de las circunstancias, y que lo que debería hacer es have another try[400] y tratar de formarme un plan. Y les parece que debiera proponértelo a ti en vista de que no tengo en

absoluto la independencia necesaria para poder formar yo sola plan alguno, y ver si tú estarías de acuerdo conmigo y dispuesto a echarme una mano. Es éste el punto de vista desde el que debes leer lo que sigue. Como te dije, me resulta sumamente violento, y creo que no tengo la menor necesidad de decirte que, ocurra lo que ocurra, me considero capaz de llevarlo a cabo, o que me siento obligada a intentarlo por lo menos.

Según puedo ver por las cartas que he recibido, toda la gente que está interesada en este asunto cuenta ya con que vuelva a Dinamarca y me quede allí. Pero esto, desde mi punto de vista, no puede ser en absoluto. Aparte de que el ambiente de casa a mí nunca me ha sentado bien y de que me casé e hice cuanto estuvo en mi mano para irme de allí, y de que ahora me sentaría mucho peor todavía —aunque sólo sea porque las divergencias en nuestras formas de ver la vida, etcétera, que ya hicieron difícil mi permanencia en casa, se han vuelto más marcadas en estos diecisiete años—, para mí sería algo infinitamente absurdo, tanto como para ti volver ahora como alumno al internado de Rungsted, y dudo que ni tú ni yo fuéramos capaces de encontrar ningún level. Esto no lo digo, desde luego, como crítica de nadie, ni siquiera del colegio interno de Rungsted; pero lo que a ellos les sienta bien no me sienta bien a mí. En casa echo de menos la capacidad de ver las cosas en su conjunto que he adquirido con tantísimo trabajo. De sobra sé que durante mis visitas a Dinamarca, en especial las dos veces últimas, he fomentado en madre una idea errónea, y quizás también en los demás, tanto por lo que se refiere a mi propia manera de ser como sobre las relaciones entre nosotros. Esto es casi inevitable cuando se está en casa pasando solamente unos meses y no se sabe cuándo nos vamos a volver a ver, y, de cualquier modo, fue con la mejor buena fe del mundo; pero no vale, y si ahora tuviera que quedarme en casa para siempre no lo podría resistir.

Si digo esto con tanta energía es para no exponerme a expresarlo demasiado débilmente y darte una impresión equivocada. Summa summarium: no soy mejor ni valgo más que antes, todo lo contrario: no puedo volver a casa llena de arrepentimiento y contrición por todo lo que me ha ocurrido aquí y todo lo que he hecho; sigue siendo la pura verdad que para mí es preferible la muerte a una existencia burguesa, y con la muerte proclamaré mi profesión de fe en la libertad.

Por supuesto que no debes entender esto en el sentido de que no me sentiría contentísima de poder pasar unos meses en casa; pero lo que sucede es que si hago un plan tendré que mirar más al futuro. De sobra sé que sería natural que dijese ahora que me gustaría estar en casa y tratar de ser un apoyo para madre durante los años que le queden de vida; pero esos años también serán los que, si es que emprendo ahora algo, me permitirán llevarlo a cabo.

Hablando con franqueza, resulta muy difícil concretar qué es lo que yo puedo hacer en este mundo. He pensado, como sin duda ya te he dicho, si podría aprender cocina en París durante uno o dos años, y luego

quizás encontrara trabajo en algún restaurante u hotel. Pero no sé, en absoluto; en los malos tiempos que corren a lo mejor resulta que casi no hay puestos de éstos. Por eso, durante estos meses difíciles, me he lanzado a lo que hacemos nosotros, los hermanos: escribir un libro. Lo estoy escribiendo en inglés porque pienso que así podría dar más dinero, pero como no sabía si el idioma llegaría a representar una gran dificultad mandé parte de él a un amigo de Mohr, un editor llamado Morley, pidiéndole que me dé su opinión. Y lo que me dice es animador (*the leisurely style and language are exceedingly attractive*)[401], de modo que casi puedo pensar que podría serme posible escribir en inglés y, por este medio, quizás consiguiera dedicarme a varias cosas, como, por ejemplo, el periodismo. Pero, en tal caso, me haría falta disponer de tiempo para terminar mi libro, y pienso, por lo que sé de las editoriales inglesas, que me será posible publicar mi primer libro —¡ojalá llegasen a ser varios!— por mi cuenta. Pero, en una palabra: si quiero llegar a ganar algo me van a hacer falta uno o dos años para prepararme; todo el mundo sabe que estoy en el aire.

Y esto nos lleva, por consiguiente, a la cuestión económica. Tengo entendido, porque me lo ha dicho Mohr, que le has escrito diciéndole que piensas que podrías darme cuanto necesito para vivir con decencia. Sin embargo, no me resulta fácil hacer un plan basándome en esto porque no sé si lo que quieres decir es lo que los otros, o sea, para vivir en Rungsted o en algún sitio donde me sea posible aprender, lo que conllevaría ciertos gastos. Nunca he vivido sola en Europa; no sé, por ejemplo, lo que costaría vivir en Italia. Y si me decido a tratar de escribir tendría que poder ir a Inglaterra y hablar con gente allí. De nada me servirá intentar crear cosas que puedan servirme de base si luego resulta que no responden a la realidad, y esto costaría mucho. ¿Estarías prepared, por ejemplo, a aceptar un job —si es que ello te resulta posible, pues ignoro cómo están las cosas en Dinamarca— durante dos o tres años para ayudarme a prepararme y a dedicarme algo? Me conoces muy bien y no hace falta que te diga que no soy nada barata. Hay muchas cosas de las que puedo prescindir perfectamente; soy lo bastante capaz como para vivir de pan y agua, pero esto no soluciona nada. Pienso que sería mejor que todo quedase muy claro, porque resultaría terriblemente penoso que luego surgieran malentendidos. Sin fun[402] en la vida no me es posible vivir, y fun es precisamente lo que ahora necesito. Me hacen falta doscientas cincuenta libras esterlinas para salir de aquí (o sea, para ir a Europa) y no tengo idea de cuánto pueda necesitar después; pero lo que sí sé es que mucha gente sería capaz de arreglárselas con mucho menos dinero que yo.

Aquí tienen la impresión de que estoy muy enferma. No es que esté muy bien de salud, y la verdad es que nadie podría esperar que lo estuviese con la de disgustos y preocupaciones que le salen a una constantemente al paso quitándome el sueño y el apetito durante los seis últimos meses. Pero pienso que en todo esto lo de menos soy yo. Es posible que tuviera que pasar uno o dos meses en algún otro sitio, pero tampoco lo creo.

Todo esto me imagino que se va a arreglar y no tiene ninguna importancia.

Te ruego que no interpretes esta carta, y estoy segura de que no lo harás, como una amenaza en modo alguno: si no me ayudas a mantenerme me muero. Si te escribo esto, como ya te dije, es porque se lo prometí a Mohr y a Denys. Pero tienes que pensar bien todo desde el siguiente punto de vista: para mí, personalmente, lo más lógico y fácil sería morirme. Ahora bien, si piensas, lo que a mí la verdad es que no se me alcanza, pero hay otra gente que lo piensa, que vale la pena hacer un esfuerzo más para continuar viviendo, bueno, pues entonces piénsalo bien si crees que puedes ayudarme a hacerme una vida que me convenga, una vida feliz. Siempre hay algo que es lo más importante para uno, y a mí me parece que en mi caso eso es la libertad, o el space. Como no quiero ni puedo vivir es encarcelada. Por supuesto que nadie puede predecir si saldrá bien; pero piénsatelo, si crees que puedes y tienes medios para ayudarme a vivir con felicidad.

Morir feliz sí que puedo, y si lo dudas en tu mano está comprobarlo. En tu mano está que coja Ngong y todo cuando este lugar representa para mí en mis brazos y me hunda con ello, y lo haré sin una queja, no, llena de agradecimiento a la vida. Hay tantísimas cosas que amo yo aquí, como también en casa; os amo a todos y os estoy infinitamente agradecida.

¿Me harías el favor de responderme por telegrama a esta carta? Acepto con mucha alegría tu oferta de ir a recibirme a Génova, si es que llega a ser necesario.

Muchos saludos. Todo y todos aquí te saludan también.

Tu Tanne

A Ingeborg Dinesen

Ngong, domingo, 12-4-1931

Mi querida oveja blanca como la nieve:

Mil y mil gracias por tus cartas; no sabes lo mucho que me ha alegrado recibirlas, y pienso que me disculparás si no te he escrito, pero es que tengo muchísimo que hacer. Debiera ocuparme también de mis propios proyectos y tratar de preparar algún scheme; pero antes necesito quitarme de encima a toda la gente que depende de mí aquí y que aguarda mi ayuda. Ahora me voy a poner al día en esto de las cartas y te pondré al corriente de lo que pasa aquí y conseguirás hacerte una idea de que no es nada fácil realizar planes personales con todo lo que tengo entre manos, y todas las shauries y los natives que no terminan nunca, pero es que ellos son así.

Primero, mis squatters. Hay ciento cincuenta y tres familias en la finca, de las que algunas estaban ya instaladas aquí antes de que esta tierra les fuera asignada a los blancos, y que dan por supuesto que les enterrarán aquí y aquí dejarán su ganado y sus shambas a sus hijos. Como yo pensaba que iba a ser Andersen, el muy bribón, quien se iba a hacer cargo de la finca, pues fui a verle y a hablar con él, y me dijo sin más que todo el mundo tendría que desalojar la finca. Le contesté que esto no lo podía hacer, porque todos ellos tenían contratos y había que darles notice de seis meses. Él entonces trató de envolverme diciendo que había ido personalmente al Native Affairs Department[403] y a ver al D. C. en Nairobi y que era perfectamente legal, de modo que yo no tenía la menor necesidad de ocuparme de ello. Pero cuando, así y todo, fui a comprobarlo en persona, me dijeron que ni siquiera habían oído hablar de Andersen y que no había posibilidad alguna de que Andersen o nadie les echase con menos de seis meses de aviso. Algo después recibí un message de la policía (de Andersen) de que si se encontraba en la finca una sola gota de tembo[404] después del 1 de abril, el culpable tendría que irse inmediatamente y su contrato quedaría void[405]. Esto también, por supuesto, era pura fanfarria, como pude comprobar con sólo ir a ver al D. C.; puede, por supuesto, prohibir la elaboración de tembo, y denunciarlo a la policía, pero no anular ningún contrato, aunque ello acarree una multa al culpable.

Bueno, esto por lo menos ha quedado arreglado —sobre todo teniendo en cuenta que ahora resulta que no va a ser Andersen quien se encargue de los asuntos de la finca—, pero lo que va a ser un problema de una magnitud completamente distinta es encontrar tierra donde todos estos squatters puedan instalarse cuando, como acabará teniendo que ocurrir, se les den seis meses de aviso para irse de aquí. La reserva no les puede admitir y no hay tierra que darles. Para hablar de esto he ido innumerables veces al Native Affairs Dep., y también al D. C. en Nairobi y en Kiambu, y he tenido que compilar listas de cada una de las familias, con mención del número de esposas, vacas y ovejas que poseen, de dónde proceden, cuánto tiempo llevan viviendo aquí, y quién era su chief o sub-headman[406] en el distrito donde residían antes. Y esto, como te puedes imaginar, es el cuento de nunca acabar cuando se trata de natives, y cuando yo ya lo tenía todo listo, clasificado por distritos y ordenado según el número de vacas, venían ellos una y otra vez con explicaciones sobre si este o aquel hombre o el de más allá habían sido incluidos en una lista equivocada, o si el número de ovejas era erróneo,

o que habían llegado aquí en un año completamente distinto al mencionado en la lista, y entonces tenía yo que rehacerlo todo desde el principio hasta el fin. Ahora, sin embargo, ya tengo escritas todas las listas; me han llevado doce caras escritas a máquina, y es tan disparatado como hacer listas de prisioneros, y he llevado copias al Native Affairs Dept., al D. C. de Nairobi, al D. C. de Kabete, al D. C. de Kiambu, al D. C. de Dagoretti, al D. C. de Fort Hall, de Nyeri y de Machakos. De modo que ha habido todas las shauries posibles, y todas éstas encima: que si éste y el de más allá prefieren irse con sus suegros y no a sus propios distritos, o si éste o el de más allá son demasiado viejos para trabajar o para pagar impuestos, etcétera, y tratan también de poner en orden sus propias shauries intestinas referentes a deudas o mujeres sin pagar y sacan a relucir asuntos más viejos que la nana, como aquel tiro que se disparó en la casa de Thaxton hace siete años, para ver si yo ahora las resuelvo de una vez antes de irme de aquí. Como ya te dije, tuve aquí de visita al D. C. de Nairobi un día para todas estas cosas, y es un hombre muy sencillo y amable; pero ellos prefieren que estos asuntos los haga yo, porque me conocen, y la verdad es que cuando se empieza con los natives es el cuento de nunca acabar.

A mí me parece un completo escándalo que el gobierno haya sido tan poco previsor que no pueda conseguir tierra donde afincar a esta gente. Aquí han hecho lo posible por abolir el squatter-system (que a mí me parece, con mucho, el mejor de todos, siempre y cuando ofrezca garantías) y ahora no saben qué hacer con los squatters que quieren echar de las tierras asignadas a los blancos. Por lo que he podido entender de lo que me han dicho los officials con los que he hablado, el problema es mucho más grande que el que plantea mi gente. Dicen que se ha discutido el conseguirles shambas en el término de seis meses, y me parece muy dudoso que las obtengan para entonces. Yo diría que a los pobres D. C. les hace sufrir mucho todo esto y están muy indignados por la actitud del gobierno.

Es, desde luego, algo por lo que se podría kick up a row[407] en Inglaterra, y yo he pensado incluso que valdría la pena ir a ver a mi amigo lord Islington y hacer que me eche una mano en esto —y te aseguro que esta amenaza produce efecto aquí entre la gente—, pero la verdad es que no me animo, porque en estas cosas suele intervenir gente muy latosa —periodistas y políticos— y resulta dudoso que acabara bien para mis squatters; quizás, incluso, a fin de cuentas, pudiera perjudicarles. Es mala suerte para mí que Grigg se haya ido de aquí, pues era buen amigo mío. Se me ha prometido una entrevista personal con el nuevo gobernador lo más pronto posible. Todos los D. C. con quienes he tratado de esto piensan que sería mucho mejor que me quede hasta que el asunto esté through[408]; dicen que cuando me vaya yo de aquí todo se va a parar, pero en cualquier caso faltan algo más de seis meses y no sé si voy a poder aguardar tanto tiempo.

Y luego está mi propia gente.

FARAH no quiere quedarse en Kenia, sino irse a Somalilandia; pero lo malo es que tiene muchos y diversos intereses aquí y antes debe ver lo que hace con ellos. Le queda pendiente un gran case[409] en Nairobi, del que creo que ya te he escrito, pero tengo entendido que ahora está llegando ya a su fin; lo malo es que, en relación con esto, mi enemigo Hemsted ha conseguido que se le rescinda el permiso para seguir con la duca. Sobre esta cuestión habré estado ya en Nairobi unas diez veces. A fin de cuentas es Hugh Martin quien tiene que ver en esto, y resulta imposible dar con él; finalmente ran him to earth[410] en su propia casa a las ocho de la mañana, de modo que no le fue posible escabullirse, y pienso que ahora el asunto se ha arreglado por lo que se refiere al permiso del gobierno, pero lo que hay que ver es qué actitud va a adoptar el nuevo dueño. Es una verdadera pesadez que cuando algo se desintegra, como ha ocurrido con mi casa de aquí, todo precisa tanto tiempo para arreglarse. Farah y Abdullahi han tenido una row[411] y Abdullahi se ha ido de aquí sin que nadie sepa a ciencia cierta lo que ha sido de él, y esto también necesitaré solucionarlo antes de marcharme. Y por si todo esto fuera poco me he visto metida en una shaurie sobre ciertos robos de cattle la otra noche —cogimos a unos ladrones cuando volvía yo por la noche en automóvil de una velada de despedida en la escuela de aquí— que va a llevar tiempo y de la que Farah no puede desentenderse, aunque, por supuesto, nadie sospecha de él. Farah es de todo esto lo que más me afecta personalmente; ha sido maravilloso y me ha ayudado sin desmayo en toda clase de shauries, pero ha considerado siempre que su porvenir dependía por completo del mío y yo estoy decidida ahora a ayudarle a él y a su familia en todo cuanto me sea posible.

JUMA quiere regresar a la reserva masai, como masai, y por consiguiente debe registrarse de nuevo como tal. Esto ya se ha hecho, no sin algunas dificultades. Ha recibido allí una shamba que está muy bien, y yo le he prometido ayudarle a construir allí una casa, pero lo que resulta verdaderamente increíble es lo brutos que son los natives. Como es lógico debiera yo haber supervisado la construcción y haberle dado consejos, o haberle conseguido un fundee como es debido, pero di por supuesto que él sabría construirse la casa solo —after all se construyen casas todos los días, y llevan muchos miles de años haciéndolo—, pero me quedé preocupada al ver cuánta madera —que era lo que yo le había prometido— necesitaba; de modo que fui en coche el jueves para observar lo que pasaba y comprobé, con gran espanto, que se había construido las paredes para una casa de sesenta y cinco pies cuadrados. Me quedé verdaderamente depressed sólo de verlo; no me puedo imaginar cómo va a ponerle techo a una casa así si solamente el hierro, por lo que yo calculo, le costará ochocientos chelines, y todo para que se le caiga encima y le rompa la cabeza a la primera tormenta, me figuro. Juma podría haber quedado muy bien con sólo que hubiera tenido un poco de sentido común; pero quién iba a pensar que fuera tan bruto. Ahora tengo que volver hoy allí —está cerca de Ngong Boma— con Farah y Juma y un fundee y ver qué se hace; lo único que se me ocurre es que lo echen todo abajo. A Tumbo le he prometido una vaca, y mis gansos.

ALI querría aprender a conducir y recibir el permiso antes de que yo me vaya, de modo que le he enseñado a conducir y este jueves le conseguí su permiso. Pienso que no le resultará difícil lograr un job, aunque con los tiempos que corren la verdad es que nunca se sabe. Su padre tiene shamba en la Forest Reserve —¿no estuvimos allí una vez tú y yo?— y ciertamente está well off[412]. He pensado que también a Ali le puedo dar una vaca.

KAMANTE, naturalmente, pierde el puesto y la shamba que tenía aquí, y dudo mucho que, a pesar de sus indiscutibles dotes como cocinero, le vaya a ser posible encontrar un empleo; es demasiado especial. Pero no está, después de todo, en tan mala posición, porque ha ahorrado dinero para casarse y también para comprarse un par de vacas, de modo que con que consiga encontrar un sitio donde vivir —como los demás squatters— tengo la esperanza de que se arregle. Tiene dos hijos, a los que quiere mucho. Titi está muy triste por mi partida; me parece que le voy a dar un torito, a ver si así se consuela.

CHOTHA, mi boy ciego, tiene un case en Dagoretti del que me voy a hacer cargo para echarle una mano mañana, porque, si no, será el cuento de nunca acabar. Ha sido vergonzosamente engañado por unos kikuyus a quienes había comprado una ndito. Da pena, acabará blind por completo; necesito encontrar la forma de que le examine un oculista, aunque la verdad es que me temo que hay pocas esperanzas para él.

KAMAU, el sais, se va a Fort Hall y allí le irán bien las cosas, aunque su situación es algo rara por causa de su matrimonio con la abuela de Tumbo. Le he prometido, si ello me resulta posible, encontrarle trabajo de sais.

MAHAA se casa el año que viene con un maestro y es de esperar que será feliz con él.

LA PEQUEÑA HALIMA me tiene preocupada. Su repulsivo padre la ha prometido a un hombre aquí, en Kenia, de quien dicen que no es un tipo agradable. Ella está tremendamente unida a la familia de Farah y se ha hecho muy sensata durante el tiempo que ha pasado con ellos; pienso que se va a desesperar si se van de aquí y la dejan sola, pero es muy difícil intervenir en la vida y las decisiones de los somalíes, y ni siquiera sé dónde está su padre. Halima tiene excelentes cualidades, pero es muy salvaje; si ahora se queda abandonada puede cambiar muchísimo.

Y después hay numerosas personas a las que no conoces, por ejemplo el lamentable y pequeño Sirunga, mi bufón, de quien la verdad es que no sé qué va a ser. Depende de mí por completo, y lo pasa muy mal, porque no tiene la cabeza como es debido. Sufre terribles ataques de epilepsia; el otro día se quedó de pronto totalmente inmóvil, justo cuando estábamos jugando con Saafe, y dijo: «Mimi na take kufa»[413]. No entendí lo que quería decir, pero era evidente que se sentía asustadísimo; se agarró a mis piernas y comenzó a estremecerse, y

entonces le dio un terrible ataque, que es espantoso de presenciar. La gente aquí está convencida de que a esta clase de totos lo que hay que hacer es pegarles un tiro, como a un perrito al que se le ha roto una pata, cuando tienes que separarte de ellos. Pero Sirunga, naturalmente, como la mayor parte de los seres vivos, pasa muchas horas divertidas y felices cuando se siente bien.

Ahora es posible que te hagas cargo de que, con tantos problemas encima, no puedo ponerme a realizar planes para mí misma. En cuanto pueda, por supuesto, os lo comunicaré. Y es mala pata que no me sienta bien del todo; con esto lo que pasa es que los problemas tardan más en resolverse de lo que tardaría si estuviera buena, y a veces, justo cuando estoy hablando con el D. C. o con alguna otra persona de importancia, no consigo acordarme de lo que debo decir. Pero ahora ya hemos terminado con las shauries de la finca, que también me han llevado mucho tiempo, entre inventarios y cuentas sin pagar y tickets a medio gastar, y cada día que pasa resuelvo alguna otra cosa.

Denys ha pasado algún tiempo aquí, pero estos días está en Nairobi, porque quería terminar con todos los problemas que siempre surgen después de un safari. Probablemente vuelva mañana. Ha sido estupendo tenerle conmigo. El otro día vino y me llevó en su aeroplano para ver toda una manada de búfalos en el monte. Fue grandioso verles, más de veinte, y algunos muy grandes, sobre las verdes laderas.

Mohr también se ha portado como un verdadero amigo y realmente se ha tomado muchas molestias para ayudarme en todo cuanto le ha sido posible. Le estaré siempre muy agradecida. Rose Cartwright ha estado aquí algunos días; es una persona sumamente agradable y muy comprensiva. Toda la gente, por lo demás, es muy amable...

La carta siguiente es la única de toda esta colección que no fue escrita por Karen Blixen. Sin embargo nos da, junto con su visión del verdadero carácter de Karen Blixen y de la auténtica situación en que se encontraba, una inapreciable instantánea, casi a quemarropa, de la calidad humana de Ingeborg Dinesen, y nos permite ver la personalidad única de la madre de Karen Blixen.

La carta de Karen Blixen a Thomas Dinesen a que aluden las primeras líneas está en las páginas 371-375.

Ingeborg Dinesen a Thomas Dinesen

Rungstedlund, 9-5-1931

Particular, para Tommy.

Queridísimo muchacho:

Sé perfectamente que no estuvo bien y que fue arriesgado abrir la carta que te mandaba Tanne a ti —era muy posible que contuviera cosas que yo no debería haber leído—, pero también fue una tremenda tentación, para poder conocer cuanto antes cuáles eran sus planes. No hace falta que me digas que me perdonas, eso lo dirías en cualquier caso, y te aseguro que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que pudieras estar enfadado conmigo. Yo no creo que me fuera posible, en absoluto, enfadarme contigo si me hicieras tú algo semejante. De todos modos se diría que me he llevado mi castigo al leer esa carta, de la que yo no hubiera debido tener conocimiento en ningún caso. Y ahora la borraré por completo de mi memoria; lo fundamental es que Tanne no tenga nunca la menor sospecha de que yo también la he leído.

De cualquier forma me parece que todo te va a resultar a ti más fácil ahora que también yo me he enterado de los planes y los pensamientos de Tanne. Sabes muy bien que yo, durante toda mi vida con vosotros, he tratado de comprenderos en la medida que me ha sido posible, y puedes estar completamente seguro de que ahora también comprendo a Tanne. Siempre he sabido que las circunstancias que le ofrecía en casa no encajaban con su carácter ni con sus aptitudes y talento, y esto ha sido para mí un gran dolor, pero no me era posible cambiarlas hasta tal punto que pudieran hacerla feliz. Tal vez Tanne, por su parte, no tuviera realmente la voluntad de tratar de encontrar felicidad en esas circunstancias; pero incluso si hubiera violentado su carácter en suficiente medida nunca habría llegado a encontrarse verdaderamente a gusto en lo que llama con acierto una existencia burguesa, y buena parte de lo que en ella vale la pena se desaprovecharía.

Para mí es perfectamente comprensible que Tanne escriba con tanta tranquilidad sobre la muerte. Yo he hablado muy poco con vosotros de la muerte de vuestro padre, y es posible que hubiera debido hablar de ello con mayor franqueza, pero lo cierto es que siempre ha significado para mí terreno sagrado que nadie podía pisar a menos de que comprendiera lo que había sucedido. Para vuestro padre la idea de vivir enfermo e impedido era intolerable, y cuando yo —sobre todo en los primeros momentos de dolor— tuve la sensación de como si me hubiera engañado, me di cuenta con inmediata claridad de que le habría sido imposible vivir de esa forma, y que por eso había elegido lo único que, dada su manera de ser, se podía hacer en una situación así. He pensado muchas veces que habría sido más difícil verle hacerse viejo y débil; para él la vida tenía que ser vivida como movimiento y acción, tenía que

vivir algo que fuese o alegría o dolor, pero nunca quietud, «aburguesamiento». El hecho mismo de que me eligiera a mí y me mostrara, a lo largo de los años que pasamos juntos —y sintiendo, como sé muy bien que sintió—, el más grande amor y la más grande comprensión por mí, ha sido para mí un verdadero enigma. Es evidente que tenía que haber en él algo que anhelaba otro aspecto de la vida, quizás en años durante los que aspiraba a una mayor tranquilidad y paz después de demasiada agitación. No tengo la menor duda de que era feliz aquí, en su casa, más feliz de lo que jamás ha sido Tanne.

Sé muy bien —y sé que también tú lo sabes, ésa es la verdad— que quiero poder dar a Tanne completa libertad para hacer lo que considere que es mejor para ella; no quiero reprimirla si llega a la conclusión de que la vida resulta demasiado dura para ella, ni tampoco quiero forzarla ni un solo momento apelando a su deber de «ser algo» para mí en estos años, y cuando le he escrito en este sentido ha sido más que otra cosa para que lo tomara como la sugerencia de una misión, de una tarea. Para mí la única consideración es que siga a su propia naturaleza, yo ni puedo ni quiero exigir ninguna otra cosa de ella. Con frecuencia me ha causado inquietud, mucha más que ninguno de mis otros hijos, pero al tiempo ha llenado mi vida de tanto amor, ha sido una tal fiesta, me he sentido —y me siento— tan orgullosa de ella que, haga lo que haga, siempre la amaré y la bendeciré. Prefiero no verla nunca más a que se sienta «oprimida por vínculo alguno». Quisiera saber que ella, viviendo una existencia sin ninguna de estas limitaciones, me amaría más que si tuviera que recluirse aquí, en Rungsted, como en una jaula.

Sabes muy bien que en cuanto me detuve a reflexionar, después de decirme Tanne que querías ir a la guerra, vi con completa claridad que tenían que ir con mi total aprobación y permiso; esto te lo debía yo a ti, y lo único que podía hacer por vosotros era precisamente tratar de comprenderos y ayudaros a seguir los dictados de vuestro carácter. Cuando me daba cuenta de que algo en vosotros era ajeno a mí me sentía siempre preocupada por temor a que quedara reprimido en vosotros si yo misma no lo estimulaba. Los años llenos de riqueza que viví con vuestro padre me enseñaron también a comprender otros aspectos de la vida que aquellos que coincidían con mi forma de ser. Muchísimas veces he tenido escrúpulos de conciencia por permitir que Folehave ejerciera sobre vosotros su amorosa pero opresiva influencia, y, naturalmente, más sobre Tanne, por ser la más ajena a todo ese espíritu. No pido excusas por esto; fue el amor el que lo hizo, pero, así y todo, no estuvo bien.

Por lo que se refiere al aspecto práctico de los planes de Tanne, de sobra sabes que yo quiero hacer todo lo que me sea posible. Ella lo que ahora necesita es disponer de algún dinero que le pueda ser útil, antes que heredarlo a mi muerte. No debes decir —como sé muy bien que dirás— que no tengo derecho a darle más; es muchísimo más importante para ella, y precisamente por intermedio mío, que cuente con la posibilidad ahora de comenzar una nueva vida. Si le hubiera apetecido

la idea de quedarse a vivir aquí conmigo me habría resultado más caro y, por consiguiente, considero perfectamente legítimo darle el dinero. No es propio que dependa demasiado de ti, pues tú cuentas ahora con otras obligaciones, de modo que debes tener en cuenta esto que te digo.

En cierto modo me alegro de haber leído la carta de Tanne. Es posible que no me lo hubieras permitido, y es mejor, mucho mejor, que tenga yo en este momento una idea clara de cuáles son sus intenciones y proyectos. Lo peor que podría yo hacer en esta situación sería atraerla o forzarla a aceptar un estado de cosas que encontraría opresivo, y naturalmente me doy perfecta cuenta de que se sentiría oprimida si tuviera que vivir aquí con Bess y conmigo, con la condesa Ahlefeldt, con la señora Funch, con Ulla, etcétera; aburguesamiento en aguas estancadas, llenas de amor, pero estancadas.

Queridísimo muchacho, no debes sentir mala voluntad hacia Tanne porque rechaza lo que puedo ofrecerle y quizás exige demasiado de nosotros. Es de otro temple en todos los sentidos, y me alegro de haberme dado cuenta a tiempo del error que cometimos al pensar que iba a poder cambiar. Ha aprendido en una escuela muy estricta, pero no por ello ha variado su forma de ser; lo que estos años le han dado no ha hecho de ella una persona más convencional de lo que ya era, y si habíamos pensado que tal cosa fuese posible está claro que nos equivocamos, de esto me doy ahora perfecta cuenta, y también de que nos equivocamos precisamente porque ello habría sido lo más sencillo de todo para nosotros.

No creo que resulte posible contestar a Tanne por telegrama: ¡qué idea más disparatada!

No sé hasta qué punto desearás hablar de esto a Jonna, en todo caso de lo que sí debes cuidarte es de que Tanne se entere de que he leído su carta.

Te envió la carta que recibí hoy de Tanne, pero me la tienes que devolver inmediatamente. Te he escrito ésta en cuanto leí la que iba destinada a ti, la cual esperaré hasta mañana para mandártela, pues quizás sea preferible releerla y consultar con la almohada. En todo caso os escribo una carta a los dos sobre los niños.

Sabes lo mucho que te quiero.

Tu madre

A Ingeborg Dinesen

Ngong, 13 de mayo de 1931

...Te envié una carta de Joannie Grigg, en parte porque creo que es muy bonita y en parte también porque escribe sobre Valmont, donde ella piensa que se curó de manera milagrosa de precisamente lo mismo que, según vosotros, me aqueja a mí. En general es evidentemente muy apropiado para enfermedades tropicales y parece ser que es famoso en el mundo entero... Ella es muy partidaria de Solsana, pero yo sigo prefiriendo la que dice Joannie —se llama clínica Valmont, en Glion—, porque es importante, si decide una ir a algún sitio a curarse, estar en manos de personas como es debido y que tengan, por encima de todo, mucha experiencia. El médico de Nairobi dice que no cabe la menor duda de que lo que tengo yo es lo que se llama disentería amebiana; y yo, personalmente, pienso, como ya te dije, que me curaré en cuanto me vea libre de todas mis shauries.

Te telegrafiaré con más detalle esta semana sobre mis planes, a fin de que estés enterada mucho antes de recibir esta carta. He pensado salir de aquí el día 9 de junio en un barco de una línea italiana que, por un lado, es más barato que los otros y, además, va a Venecia, y pienso que sería muy bonito desembarcar en un sitio distinto al de las otras veces. Me gustaría mucho pasar una semana en Venecia y luego seguir el viaje despacio, para poder disfrutar un poco de mi amado norte de Italia, hasta llegar al lugar de curas que sea, Valmont o Solsana...

No dispongo de mucho tiempo para escribir hoy, porque he anunciado que mis muebles están a la venta y tengo mucho que hacer a causa de esto. Los precios que se pagan ahora son muy malos; ya puede darse uno con un canto en los dientes si saca el cincuenta por ciento de lo que se pagaría en Dinamarca, sin gastos de transporte, pero, de todos modos, lo mejor es sin duda venderlos; sería demasiado caro y molesto llevármelos conmigo. La plata y la ropa blanca me la llevo, y también algunas otras cosas: la pequeña cómoda que estaba en Folehave y el pequeño reloj de pared de padre, y también mis libros, que la verdad es que han hecho un viaje de placer a los trópicos más bien corto; pero en cierto modo tiene gracia que los viejos clásicos: Oehlenschläeger, Blicher, Heiberg, etc., hayan estado en África, ahora probablemente aumentarán de valor para Anders, cuando los herede...

El 14 de mayo de 1931 Denys Finch Hatton cayó con su avión en Voi y murió en el accidente. Fue enterrado al día siguiente en las colinas de Ngong.

A Thomas Dinesen

Telegrama de Nairobi

Recibido el 15 de mayo de 1931

LCO = DINESEN SERRIDSLEVVEJ 8 KBH =

Oficina de telégrafos

Copenhague Ø

DENYS MUERTO EN VUELCO CATORCE ENTERRADO COLINAS
NGONG HOY =

TANIA**

A Thomas Dinesen

Ngong, 7 de mayo (en realidad: 7 de junio) de 1931

Queridísimo Tommy:

Debiera haberte dado las gracias por tus cartas y tu cheque de doscientas libras esterlinas, pero estaba esperando a que me respondieras telegráficamente a mi carta del 10 de abril, por eso no te

escribí. Ahora entiendo por la carta de madre que habías estado de viaje por Alemania o Austria. Tienes que perdonar esta tardanza; no sabes lo que me alegro por el dinero, y te aseguro que me ha venido all right.

En este momento no tengo una idea clara de lo que debo o puedo hacer, de modo que no empezaré siquiera a explicártelo. Sigo pensando que has hecho bien en no venir aquí; las shauries, puramente prácticas, que tengo aquí no creo que tú hubieras podido ayudarme a resolverlas, porque no estás enterado de todos sus detalles; por el momento consisten más que otra cosa en vender mis muebles, lo que es una verdadera curse, porque la gente viene a cualquier hora del día y de la noche y tengo que enseñárselos; en los tiempos que corren no se paga nada por estas cosas, y la verdad es que no puedo decir que esté tomándome demasiado interés por este asunto, no me encuentro con ánimo para ello, pero hay que hacerlo, porque no los voy a dejar aquí en la casa o amontonados en la carretera de Ngong. Luego tengo que arreglar la cuestión de mis boys, con lo que no me queda tranquilidad para otra cosa. Sabes muy bien que el futuro de mis boys, de Farah sobre todo, es algo que me preocupa de verdad. Resulta muy duro para ellos ahora, porque si Denys estuviera vivo podrían haber recurrido a él y estoy segura de que les habría ayudado, no sólo por mí, sino porque, en cierto modo, los consideraba también suyos; con su muerte todo ha quedado abandonado y en desorden. Los tiempos son asimismo difíciles para ellos, en especial para los somalíes, que son muy impopulares entre la clase de blancos que tenemos ahora en esta tierra; todos sus viejos amigos: Mac Millan, Berkeley, Galbraith, Charles Gordon, los Northey, se han ido, y ellos se sienten up against it[414]. En cualquier caso te ruego que recuerdes que Farah ha sido mi mejor amigo aquí, y que Saafe es the apple of my eye[415].

Si hubieras venido con tiempo y dinero para pasar un mes de safari habría sido otra cosa. Me habría gustado mucho, para despedirme de África con una sonrisa, con todas las shauries que he tenido en este último año. Habría sido como en los buenos tiempos. Si me siento ahora con fuerzas para ello y las circunstancias me lo permiten a lo mejor me atrevo yo sola, y a esto estoy segura de que me ayudarás. No quiero cazar, sino sentarme ante un camp-fire[416]. Sólo me harían falta Farah y un par de boys más y me iría a pasar un mes donde a nadie se le ocurriera buscarme. Mohr considera que no es buena idea, pero tampoco se le puede pedir que se haga cargo de cómo me siento en estos momentos; a mí me parece que no importa nada que sea una tontería; no implica ningún riesgo serio y me da la impresión de que me sentaría bien, y por otra parte es que no consigo pensar en nada mejor. Pero antes tengo que dejar resueltas todas las shauries de la finca y la casa. Probablemente te telegrafiaré sobre esto más adelante.

Muchos saludos a ti y a todos vosotros.

Tu Tanne

A Thomas Dinesen

Ngong, 5 de julio de 1931

Querido Tommy:

Esta semana mando veinticinco cajones que contienen cosas que de ninguna manera he conseguido vender aquí y también cosas que me gustaría mucho tener en casa conmigo, y asimismo efectos personales de los que no puedo prescindir...

Estoy muy fatigada, pues he tenido muchísimo que hacer. Por tanto, si piensas que éste es un mal arrangement, o si, al recibir todo esto, piensas que he hecho una mala selección o que habría podido mandar otras cosas, por lo menos no éstas, hazte cargo de que verdaderamente no he tenido fuerzas para más.

Preferiría que no hablastes de esto con los otros, para evitar chismorreos.

Muchos muchos saludos a todos vosotros.

Tu Tanne

Thomas Dinesen fue a recibir a su hermana a Marsella, donde desembarcó el 19 de agosto de 1931. Llegó en el S/S Mantola. Al cabo de varios días de estancia en Montreux, donde Karen Blixen repuso algo sus fuerzas en la clínica Valmont, continuaron el viaje a través de Europa. El 31 de agosto regresó a casa de su madre, Rungstedlund, la casa donde Karen Blixen iba a pasar el resto de su vida.

Índice analítico y onomástico

Estos índices no contienen ninguna referencia a Karen Blixen ni a Ingeborg Dinesen ni a Thomas Dinesen. Tampoco se menciona Ngong como dirección de la remitente.

Aage, tío, véase Westenholz, Aage.

Aarestrup, Emil, 1800-1856, poeta y médico danés.

Aarup, Peter M., hacia 1865-1924, constructor de barcos, danés de nacimiento, residente en Kenia (aparece en Memorias de África con el nombre de viejo Knudsen).

Abdullah Hassan, llamado también «el mullah loco», jefe de los derviches en Somalia.

Abdullahi Ahamed, pariente de Farah, somalí al servicio de Isak Dinesen en la finca africana.

Abdulai, hacia 1907-1926, joven somalí que estuvo con Isak Dinesen en Dinamarca en 1919-1920.

Aberdaire, Aberdare, cordillera al norte de Nairobi.

Abisinia, en el noreste de África.

Abraham, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Absalon, 1128-1201, arzobispo danés.

Abuela (la), véase Dinesen, Dagmar Alvilde.

Academia de Artes (Kunstakademiet), en Charlottenborg.

Adam Homo, novela contemporánea danesa en verso de Frederik Paludan-Müller, 1841-1848.

Adán, primer hombre según la Biblia.

Adén, puerto situado a la entrada del mar Rojo.

Admiral, barco alemán de vapor que hacía la ruta Nápoles-Mombasa.

Admiral Pierre, barco de vapor que hacía la ruta Mombasa-Marsella.

África.

África del Sur, véase Suráfrica.

África oriental británica, véase British East Africa.

Afrodites Dampe (Los efluvios de Afrodita), poema de Sophus Claussen publicado en la revista Tilskueren en 1903.

Aftonbladet (La Hoja de la Tarde), diario sueco.

Agnes (Wickfield), personaje de la novela de Charles Dickens David Copperfield, 1850.

Agnete, personaje de la canción popular Agnete og Havmanden (Agnete y el tritón).

Ahamed Farah Aden, llamado Saufe, nacido en 1928, hijo de Farah Aden.

Ahlefeldt-Laurvig, Christine, de soltera Musaeus, 1863-1936, condesa. Residía en Flakvad, al sur de Rungsted.

Aimable, uno de los caballos de Karen Blixen en África.

Alberti, P.A., 1851-1932, ministro danés de Justicia entre 1901 y 1908, juzgado en 1910 por numerosos fraudes.

Alemania.

Alexandra, reina de Inglaterra, 1844-1925.

Alfred, tío, véase Grut, Alfred Walter.

Ali bin Hassan, somalí.

Ali bin Salim, véase Seyyed Ali bin Salim.

Alicia en el país de las maravillas; título entero: Alice's Adventures in Wonderland, libro de Lewis Carroll para niños, 1865.

Almannagjaa, garganta o desfiladero de diez kilómetros de longitud, al norte de Tingvalla, en Islandia, mencionado en las sagas islandesas.

Amberes, puerto belga.

América.

Amiane, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Amina, llamada Kinsi, nacida en 1930, hija de Farah Aden.

Ancient Mariner (The), poema de Samuel Taylor Coleridge, 1798.

Ancha vela cruza el mar del Norte (Brede Sejl over Nordso gaar), primer verso del poema de Bjørnstjerne Bjørnson titulado Olav Trygvason, 1862, al que puso música Rikard Nordraak.

Anders, véase Dinesen, Anders.

Andersen, danés de Kenia.

Andersen, H.C., 1805-1875, escritor danés de cuentos infantiles.

Andersen, P.E., cónsul de Dinamarca en Nairobi.

Ana Karenina, novela de León Tolstói, 1873-1876.

Anne, véase Dinesen, Anne.

Aprendiz de brujo (El), balada de Goethe, 1797.

Arcadia, originariamente nombre de una provincia griega; más tarde se utilizó alegóricamente como sinónimo de país de la felicidad.

Ariel, espíritu del aire en la obra de teatro de Shakespeare La tempestad.

Arlequín.

Armisticio (día del), 11 de noviembre de 1918.

Arnold, Thomas, 1795-1842, reformador docente inglés.

Arras (batalla de), librada en octubre de 1914 en torno a la ciudad francesa de Arras.

Artful Dodger (The), personaje de la novela de Charles Dickens *Oliver Twist*, 1838.

Arua, ciudad situada al noroeste de Uganda, en la frontera del Congo.

Asís (Assisi), ciudad del norte de Italia.

Askari (suajili), soldado indígena del África Oriental.

Askari (suajili: askari polisi = agente de policía), uno de los perros de Isak Dinesen en la finca, hijo de Dusk y de Dawn.

Assignat, papel moneda.

Athi (llanuras de), alrededor de Nairobi.

Audhild o Aashild, personaje de la novela de Sigrid Undset *Kristin Lavransdatter*.

Australia.

Austria.

B.E.A., véase *British East Africa*.

Bagatelle, parque diseñado en el siglo XIX por el conde de Artois alrededor del palacio de Bagatelle y actualmente situado en el bosque de Boulogne, en París.

Bakkehus og Solbjaerg, descripción histórica de la vida intelectual danesa en el siglo XIX por Troels Troels-Lund, 1920-1922.

Balfour, lord Arthur James, 1848-1930, estadista inglés.

Balmoral Castle, barco de vapor que hacía la ruta Inglaterra-Kenia.

Ballet (el), cuerpo de baile en el teatro de pantomimas de los jardines del Tívoli, en Copenhague.

Banja, palabra suajili que significa «rata»; nombre de uno de los perros que tenía en África Karen Blixen, hijo de Dusk y de Dawn.

Barbero de Sevilla (El), ópera de Gioacchino Rossini, 1816.

Barco navega con la corriente (El), véase *Viento favorable*.

Bardenfleth, Ida, de soltera Meldal, 1856-1946, esposa del chambelán y contralmirante Frederik Bardenfleth (1846-1935). Madre de Else Reventlow.

Baynes, sir Joseph, 1842-1925, latifundista y pionero de la industria láctea surafricana.

Bazar (el), barrio comercial de los indígenas, dominado principalmente por los comerciantes indios, en Nairobi.

Beatrice Donato, soneto de Alfred de Musset, 1838.

Beck-Friis, Carl Augustin, 1869-1927, barón sueco, consejero de embajada, más tarde enviado extraordinario a Roma.

Bech Frijs, barón; véase Beck-Friis, Carl Augustin.

Beethoven, Ludwig van, 1770-1827, compositor alemán.

Belfield, C.E.M., o G.S.E., hija del gobernador Henry Belfield.

Belfield, sir Henry Conway, 1855-1923, gobernador y jefe supremo de las fuerzas armadas en Kenia desde 1912 a 1917. Casado con Florence Belfield.

Bélgica.

Bent, René.

Benzon, Otto, 1856-1927, escritor danés.

Bera (la reina), (Dronning Bera), personaje de la tragedia de Adam Oehlenschläger Hagbarth y Signe, 1815.

Bergen, ciudad costera de Noruega.

Bergljot, hija de Haakon Jarl, casada con Ejnar Tambeskaelver. Heroína de la Saga de Harald Haardraade y del poema Bergljot de Bjørnstjerne Bjørnson.

Bergthora, personaje de la Saga de Njal, casada con Njal Thorgeirsson.

Beriberi, enfermedad.

Berlín.

Berlingske Tidende, diario danés.

Bernhard (padre), jefe de la misión católica francesa en Kenia.

Bernstorff-Gyldensteen, Agnes Louise («Sophie»), de soltera condesa Frag-Juel-Vind-Frijs, 1892-1975. Hija del conde Mogens Frijs.

Beryl, véase Markham, Beryl.

Bess, tía, véase Westenholz, Mary Bess.

Biblia (la).

Bienen, véase Krag-Juel-Vind-Frijs, Frederik.

Bill Sikes, personaje de la novela de Charles Dickens Oliver Twist, 1838.

Birkbeck, Cockie, véase Blixen-Finecke, Jacqueline von.

Birth control (control de natalidad).

Bjørn, personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Bjørnson, Bjørnstjerne, 1832-1910, poeta noruego.

Black-Water, literalmente, «Agua Negra»; complicaciones o secuelas de la malaria.

Blicher, Steen Steensen, 1782-1848, escritor danés.

Blixen-Finecke, Bror von, 1886-1946, barón sueco, agricultor y organizador de safaris. Casado en primeras nupcias con Karen (Isak) Dinesen (el matrimonio fue disuelto en 1925); en segundas, en 1928, con Cockie Birkbeck (el matrimonio se disolvió en 1935), y en terceras con Eva Lindström.

Blixen-Finecke, Clara von, de soltera condesa Krag-Juel-Vind-Frijs, 1855-1925, baronesa. Casada con el barón Frederik von Blixen-Finecke, de Näsbyholm. Suegra de Karen Blixen.

Blixen-Finecke, Frederik von, 1847-1919, barón sueco, propietario de Näsbyholm, suegro de Karen Blixen.

Blixen-Finecke, Jacqueline («Cockie») von, de soltera Alexander, 1892, baronesa. Casada en primeras nupcias con Ben Birkbeck, en segundas, 1928, con Bror von Blixen-Finecke (matrimonio disuelto en 1935).

Blixen-Finecke, Karen Christentze («Tanne»), de soltera Dinesen, 1885-1962, baronesa, escritora (bajo el seudónimo de Isak Dinesen). Hija del capitán Wilhelm Dinesen («Boganis») y de Ingeborg Dinesen, de soltera Westenholz. Casada de 1914 a 1925 con el barón Bror von Blixen-Finecke.

Blixeniana, 1978, anuario de la Sociedad Karen Blixen, editado por Hans Andersen y Frans Lasson.

Blohm, Elisabeth, de soltera condesa de Ahlefeldt-Laurvig, 1888. Hija del conde Theodor Ahlefeldt-Laurvig y de Christine A.-L., de soltera Musaeus. Casada en 1920 con Thomas Blohm de Viecheln (1885-1944), en Mecklemburgo.

Blue Post, hotel situado en las proximidades de Nairobi.

Bodas de Fígaro (Las), ópera de Mozart, 1786.

Bödtcher, Ludvig, 1793-1874, poeta danés.

Bogani, edificio principal de la segunda finca, adquirido por la sociedad anónima Karen Coffee Company, 1916. Residencia de Karen Blixen en África entre 1917 y 1931.

Bohème (La), ópera de Giacomo Puccini, 1896.

Bombay, ciudad de la India.

Borre, uno de los acreedores de Karen Blixen en Dinamarca.

Boström, Erland, 1876-1954, primer ayuda de cámara en la corte sueca, acompañante del príncipe Wilhelm de Suecia durante la visita de éste a Kenia.

Botha, Louis, 1862-1919, general y político surafricano.

Brandes, Georg, 1842-1927, crítico danés.

Bredgade, calle de Copenhague.

Brink, A., danés residente en Nairobi, en cuya casa vivió durante un tiempo el ciego Peter M. Aarup.

British East Africa.

Bromas de Navidad y gracias de Año Nuevo, comedia en dos actos y un intermedio de Johan Ludvig Heiberg, 1817.

Brontë, Charlotte, 1816-1855, escritora inglesa.

Brontë, Emily, 1818-1848, escritora inglesa.

Bror, véase Blixen-Finecke, Bror von.

Bruce-Smith, amigo de Karen Blixen, domiciliado en las cercanías de la granja de ésta.

Bruce-Smith, Felice.

Brun, Alf, 1866-1932, capitán, edecán del rey Frederik VIII de 1909 a 1912.

Buch der Lieder, poemario de Heinrich Heine, 1827.

Buchanan, gerente de la finca East African Syndicates en Gilgil, Kenia.

Bulpett, Charles W.L., 1851-1939, trotamundos que vivió en casa de los Mac Millan, en Chiromo.

Burkitt, Rowland Wilks, cirujano irlandés. Llegó al África Oriental en 1912. Residente en Nairobi.

Bursell, Åke Ernest Hjalmar, hacendado sueco, afincado en Kenia desde 1913.

Bursell, señora, casada con Ake Bursell.

Butler, Samuel, 1835-1902, escritor inglés.

Buxton, Geoffrey Charles, 1879-1958, comandante y hacendado inglés en Kenia, afincado en Naivasha.

Byrne, sir Joseph, 1874-1942, general, gobernador y jefe supremo de las fuerzas armadas en Kenia desde 1931 a 1937.

Cabo (El). Ciudad del Cabo, en Suráfrica.

Caecilie, véase Raeder, Auguste Caecilie.

Cairo, El.

Calcuta Sweep, lotería internacional organizada con ocasión del Derby de.

Caldwell, Keith.

Campanas doblan por Navidad (Las), (Det kimer nu til Julefest), salmo de N.F.S. Grundtvig, 1817.

Canadá.

Capallo, Conte.

Carbery, lady Maiä Ivi, de soltera Anderson, 1903-1928. Hija de Alfred Anderson, Nairobi. Casada en 1922 con John Evans, décimo barón Carbery, Nyeri.

Carlos XV, rey de Suecia y Noruega, 1826-1872.

Carlton Hotel, Londres.

Carlyle, Thomas, 1795-1881, crítico e importante historiador inglés.

Cartas de caza (Jagtbreve), de Wilhelm Dinesen, publicada en dos entregas, 1889 y 1892, con el seudónimo Boganis.

Cartwright, Algernon («Algy») Richard Aubrey, muerto en 1947, oficial inglés. Dueño de la finca Melewa, en Naivasha.

Cartwright, Rose, apellido de soltera Buxton, nacida en 1898, hermana de Geoffrey Buxton. Casada en 1923 con Algy Cartwright. Residente en Naitola, Gilgil, Kenia. Su hija Prudence se casó más tarde con un hijo de Galbraith Cole.

Casa desolada (Bleak House), novela de Charles Dickens, 1852.

Casparsson, Otto, 1888-1941, sueco que vivía en Kenia (aparece en el libro Memorias de África con el nombre de Emmanuelson).

Casse, Christine Bothilde Petrea, de soltera Winding. Fallecida en 1917.

Casse, Peter, 1837-1920, fiscal del tribunal supremo.

Catacumbas, subterráneos en los que los primitivos cristianos enterraban, principalmente en Roma, a sus muertos y practicaban las ceremonias del culto.

Catolicismo.

Cazador de ciervos (El), (The Deerslayer), novela de J.F. Cooper, 1841.

Cellini, Benvenuto, 1500-1571, escultor y orfebre italiano.

Censor, el censor inglés en Nairobi durante la Primera Guerra Mundial.

Cigüeña (La), cuento para niños conocido por la versión de Isak Dinesen en el libro Memorias de África.

Clara, tía véase Blixen-Finecke, Clara von.

Claro de luna, poema de Isak Dinesen aparecido en los anales de la asociación Norden en 1943.

Claussen, Shopus, 1865-1931, escritor danés.

Clinique Valmont, en Glion, Montreux, balneario suizo situado en la orilla norte del lago de Ginebra.

Cole, Galbraith Lowry Egerton, 1881-1929, hijo del conde de Enniskillen. Llegó a Kenia en 1903. Propietario de la finca Keekopey, en Elmenteita. Hermano de Berkeley Cole.

Cole, lady Eleanor, de soltera Balfour, casada con Galbraith Cole.

Cole, Reginald Berkeley, 1882-1925, oficial y hacendado inglés en Nyeri. Hijo del conde de Enniskillen. Luchó en la guerra contra los boers en el año 1900. Miembro del Legislative Council de Kenia. Hermano de Galbraith Cole.

Coleridge, Samuel Taylor, 1772-1834, poeta inglés.

Colville, lady, de soltera Olivia Spencer-Churchill, casada con Arthur Edward William Colville (1857-1942).

Collet, Holger, 1864-1943, chambelán, montero mayor de la corte danesa, propietario de Katholm en 1916.

Collier, inglés que participó en un safari.

Comandanta (la), personaje de la novela de Selma Lagerlöf La saga de Gösta Berling.

Comendador (el), personaje de la ópera de Mozart Don Juan.

Company, véase, Karen Coffee Company, Ltd.

Compañero de viaje (El), conde d'Andersen.

Concepto de la angustia (El), libro de Søren Kierkegaard publicado en 1844 con el seudónimo de Vigilius Haufniensis.

Coney (casa de) en la finca de Karen Blixen, habitada durante cierto tiempo por el capitán Coney.

Confesiones (Las), (Les Confessions), autobiografía de Jean-Jacques Rousseau, 1781-1788.

Congo.

Constant Nymph (The), (La ninfa constante), novela sobre artistas escrita por Margaret Kennedy, 1924.

Copenhague.

Corán (el), libro sagrado de los musulmanes.

Coryndon, sir Robert Thorne, 1870-1925, nacido en Suráfrica, gobernador de Uganda en 1917, gobernador y jefe supremo de las fuerzas armadas en Kenia entre 1922 y 1925.

Covent Garden, la ópera de Londres.

Crean, B.A., juez que vivió durante algún tiempo en la finca, en la casa de Coney.

Creene, véase Crean.

Cristianismo.

Croix de Guerre, condecoración militar francesa.

Cyrano, personaje de la obra teatral de Edmond Rostand Cyrano de Bergerac, 1898.

Chambord, barco que hacía la ruta Marsella-Mombasa.

Charlie (casa de), vivienda situada en la finca.

China.

Chinde, nombre de ciudad surafricana.

Chiromo, propiedad de los Mac Millan en Nairobi, cerca de Westlands.

Choleim Hussein, comerciante maderero indio en Nairobi.

Cholmondeley, Thomas («Tom») Pitt Hamilton, nacido en 1900. Hijo de lord Delamere, cuarto barón Delamere a la muerte de su padre, en 1931.

Chotha, jardinero ciego de Karen Blixen.

Christian IV, 1577-1648, rey de Dinamarca.

Christian X, 1870-1947, rey de Dinamarca.

D'Artagnan.

D.C., véase District Commissioner.

Dagoretti Junction, nudo ferroviario en las afueras de Nairobi, en la ruta de Ngong.

Dahl, Ellen («Elle») Alvilde, de soltera Dinesen, 1886-1959, escritora (bajo el seudónimo de Paracelsus). Hermana menor de Karen Blixen. Casada en 1916 con el abogado Knud Dahl.

Dahl, Knud, abogado, director de la Casa de la Seda en Copenhague. Propietario de la finca Sandbjerg, situada en la isla de Als.

Daisy, véase condesa de Grevenkop-Castenskiold, Anne Margrethe.

Dama de las camelias (La), obra teatral de Alejandro Dumas hijo, basada en su novela del mismo nombre, 1852.

Danton, Georges Jacques, 1759-1794, abogado y revolucionario francés.

Dar-es-Salaam, ciudad situada en Tanganika. Hasta el final de la Primera Guerra Mundial fue sede del gobierno del África Oriental alemana; a partir de entonces pasó a manos británicas.

David, rey de Israel.

David, uno de los perros pastores escoceses de Karen Blixen en Kenia.

Davis, H. Home, comandante de los King's African Rifles. Presidente de la Kaimosi Farmers' and Planters' Association. Juez de paz en el norte de Kavirondo, Kenia.

Dawn, uno de los perros pastores escoceses de Karen Blixen en la finca.

Dedlock, Lady, personaje de la novela de Charles Dickens Casa desolada (Bleak House):.

Delamere, Hugh Cholmondeley, tercer barón, 1870-1931, pionero y persona de gran relieve en Kenia, propietario de la finca Soysambu, junto al lago Elmenteita.

Delamere, lady Gladys, casada con lord Delamere desde 1928 a 1931.

Den Fremsynte (El clarividente), novela del noruego Jonas Lie, 1870.

Den Sachsiske Bondekrig (La guerra campesina de Sajonia), novela corta de Steen Steensen Blicher, 1827.

Denys, véase Finch Hatton, Denys George.

Departamento de Agricultura, en Nairobi.

Der Tod und das Mädchen, cuarteto de cuerda en re menor de Franz Schubert compuesto en 1824-1825.

Derby (el), concurso hípico danés celebrado por primera vez el año 1910 en Klampenborg, Dinamarca.

Desde la Octava Brigada (Fra Ottende Brigade), de Wilhelm Dinesen, 1889. Descripciones de la guerra de 1864.

Desdémona, personaje de la obra de Shakespeare Otelo.

Det flager i byen og på havnen (Caen copos en la ciudad y en el puerto), novela de Bjørnstjerne Bjørnson, 1884.

Diana, diosa romana de la caza y la luna.

Dickens, Anne, hija de W.H. Dickens.

Dickens, Charles, 1812-1870, novelista inglés.

Dickens, señora, casada con W.H. Dickens.

Dickens, W.H., nacido en Suráfrica, capataz de la finca de Karen Blixen durante muchos años (aparece en Memorias de África con el nombre de Nichols).

Dickinson, ayudante de Finch Hatton en sus safaris.

Dinamarca.

Dinesen, Adolph Wilhelm, 1807-1876, chambelán, propietario de Katholm, cerca de Grenaa desde 1839 a 1876. Abuelo paterno de Karen Blixen.

Dinesen, Adolph Wilhelm («Boganis»), 1845-1895, capitán, escritor, propietario de Rungstedlund, Rungstedgaard y Folehave a partir de 1879. Padre de Karen Blixen.

Dinesen, Anders Runsti, 1894-1976, subteniente, propietario de la finca Leerbaek de 1925 a 1956. Hermano menor de Karen Blixen.

Dinesen, Anne Arendse, nacida en 1927. Hija mayor de Thomas y Jonna Dinesen. Casada con Erik Kopp de 1950 a 1975. Propietaria de la finca Folehave desde 1958.

Dinesen, Dagmar Alvilde, de soltera von Haffner, 1818-1874, casada con el chambelán A.W. Dinesen. Abuela paterna de Karen Blixen.

Dinesen, Emilie («Emy») Augusta, 1851-1927, hermana de Wilhelm Dinesen. Vivió en Villa Vesta, cerca de Randers.

Dinesen, Ingeborg, de soltera Westenholz, 1856-1939. Casada en 1881 con Wilhelm Dinesen; después de la muerte de éste, propietaria de Rungstedlund. Madre de Karen Blixen.

Dinesen, Inger, véase Neergaard, Inger de.

Dinesen, Jonna, de soltera Lindhardt, nacida en 1902. Casada en 1926 con Thomas Dinesen.

Dinesen, Thomas Fasti, 1892-1979, ingeniero civil, oficial, escritor. El mayor de los hermanos varones de Karen Blixen.

Dinesen, Wentzel Laurentzius, 1843-1916, chambelán, montero mayor de la corte, propietario de Katholm desde 1876 a 1916, tío paterno de Karen Blixen.

Dios de Egholm (El), (Egholms Gud), novela de Johannes Buchholtz, 1915.

Disentería tropical, enfermedad intestinal contagiosa.

District Commissioner (Comisario de Distrito).

Djaevlerier (Diabluras), libro de poemas de Sophus Claussen, 1904.

Djibuti, en la época, puerto y capital de la Somalia francesa.

Doctor de Nairobi, véase King, Alfred.

Dolle: Sofie Gyldenkrone, de soltera Dinesen, 1873-1942, baronesa.

Dombey & Son, novela de Charles Dickens, 1848.

Don Juan, personaje que da título a la ópera de Mozart, 1787.

Don Ottavio, personaje de la ópera de Mozart Don Juan.

Donya Sabuk (Monte de Búfalos), a 90 km de Nairobi.

Doone, véase Doune, lord Francis.

Dostoievski, F.M., novelista ruso.

Doune, lord Francis.

Drachmann, Holger, 1846-1908, escritor y pintor danés.

Draga, reina de Serbia, 1867-1903.

Drage (el pequeño), probablemente uno de los perros de la granja.

Dream (The), novela de H.G. Wells, 1924.

Durban, puerto de mar en la costa oriental de Suráfrica.

Dusk, el primer perro pastor escocés de Karen Blixen en Kenia.

Dyrehaven, parque situado en Klampenborg, Copenhague: 324.

Dyrehavsbakken, parque de atracciones en Klampenborg, Copenhague.

Ea, véase Neergaard, Inger de.

E.A. Womans (sic) League, East African Women's League, asociación apolítica de Kenia para el bienestar social.

East London, ciudad costera en Suráfrica.

Edmund, tío, véase Grut, Edmund Hansen.

Eduardo VII, rey de Inglaterra, 1841-1910.

Egede, Hans, 1686-1758, sacerdote y misionero en Groenlandia.

Egipto.

Einstein, Albert, 1879-1955, físico alemán.

Ejnar Tambeskaelver, gran señor noruego de Trøndelagen, muerto hacia 1055.

Ekman, financiero sueco.

Elberfeld, ciudad industrial en Alemania.

Eldoret, ciudad situada en la línea ferroviaria Nairobi-Uganda.

Elisabeth, véase Blohm, Elisabeth.

Elkington, comandante.

Elmenteita (lago), situado al norte de Naivasha, Kenia.

Elmenteita, junto al lago del mismo nombre, al norte de Naivasha, en Kenia.

Elmorans, jóvenes guerreros masai.

Else, véase Reventlow, Else.

Ella, véase Taube, Ella.

Elle, véase Dahl, Ellen.

Ellemandsberget: Ellemandsbjerg, el punto más alto de la península de Helgenaes, en Djursland.

Ellen, tía, véase Plum, Ellen.

Ellen, véase Wanscher, Ellen.

Ellinor, tía, véase Knudtzon, Ellinor.

Embu, ciudad situada al sur del monte Kenia.

Empire (The).

Emy, tía, véase Dinesen, Emilie Augusta.

English Magazine (The), revista inglesa.

Erasmus Montanus, protagonista de la comedia danesa del mismo título de Ludvig Holberg.

Eric, véase Otter, Eric von.

Erichsen, Erich, 1870-1941, escritor danés, subjefe de policía de Jutlandia del Sur.

Erlend (Nikolaussøn), personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Erling Skjalgsøn, hacia 975-1028, jefe noruego de Sole. Mencionado en La saga de Olav el Santo (Olav den Helliges Saga) y en el poema de Bjørnstjerne Bjørnson Olav Trygvason.

Erling (Vidkunssøn), personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Erroll, Idina, condesa de. Muerta en 1955. Casada con el vigésimo segundo conde de Erroll desde 1922 a 1930.

Erroll, Josslyn («Joss»), Victor, vigésimo segundo conde de. (1901-1941) Hacendado en Kenia. Hasta la muerte de su padre, en 1928, llevó el título de barón de Kilmarnock. Casado de 1923 a 1930 con la condesa Idina de Errol.

Esa, musulmán, viejo houseboy y cocinero en la finca.

Escandinavia.

Escocia.

Esmail, somalí, primer cocinero de Karen Blixen en África.

Esman, somalí de la tribu de Habr Yunis, escopetero de Bror Blixen en los safaris.

Estuardos (los).

Eton, colegio privado inglés.

Ette, véase Fjaestad, Henriette.

Eugenics, eugenesia, ciencia de la higiene racial.

Europa.

Eva, primera mujer según la Biblia.

Ex Africa, poema de Isak Dinesen, 1915, publicado bajo el seudónimo Osceola en la revista Tilskueren en abril de 1925.

Fagerskiöld, Helge, 1871-1926, barón e ingeniero de ferrocarriles sueco, en Transvaal, Suráfrica.

Fagin, personaje de la novela de Charles Dickens Oliver Twist, 1838.

Fair Haven (The), novela de Samuel Butler, 1873.

Falstaff, personaje de la obra teatral de Shakespeare Henry IV y también de Las alegres comadres de Windsor.

Fangen, Ronald, 1895-1946, crítico y escritor noruego.

Farah, Aden, nacido hacia 1885, muerto durante la Segunda Guerra Mundial, somalí de la tribu de Habr Yuni. Mayordomo al servicio de Karen Blixen en África de 1914 a 1931.

Fathima, joven con la que se casó Farah en Mombasa en 1918.

Fathima, joven esposa de Farah que llegó a la finca a principios de 1928.

Fausto, ópera de Charles Gounod, 1859.

Fausto, personaje principal que da título a la ópera de Gounod.

Fils du Titien (Le), novela corta de Alfred de Musset, 1838.

Finch Hatton, Denys George, 1887-1931, oficial inglés, hombre de negocios y organizador de safaris en Kenia, hijo segundo del decimotercer conde de Winchilsea.

Finse, estación de deportes de invierno de Noruega, a los pies del glaciar Hardanger.

Firman Åbergsson, novela de Erik Fahlmann (seudónimo del abogado sueco Sigurd Dahlbäck), 1914.

Fjaestad, Henriette, de soltera De Maré, nacida en 1899. Hermana de Ingrid Lindström. Casada en 1926 con Nils Fjaestad.

Fjaestad, Nils, 1890-1964. Propietario de plantaciones en Kenia. Casado en 1926 con Henriette de Maré.

Flauta mágica (La), ópera de Mozart, 1791.

Flensborg Avis, diario danés de la ciudad de Flensborg que se empezó a publicar en 1869.

Fleur, personaje de la novela de John Galsworthy La saga de los Forsythe.

Florenzia, ciudad de Italia.

Fog, Mogens, nacido en 1904, profesor de la universidad de Copenhague y superintendente médico del departamento de neurología del Hospital Nacional (Rigshospitalet) de 1938 a 1974.

Folehave, finca en Hørsholm, propiedad de la familia Dinesen desde 1879.

Fontainebleau, palacio francés situado al sureste de París.

Foraeldre (Padres), tres obras teatrales en un acto por Otto Benzon, 1923.

Forest Reserve.

Fort Hall, ciudad situada al norte de Nairobi.

Fortunio, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Four lectures on Henrik Ibsen dealing chiefly with his metrical works, conferencias de Philip H. Wicksteed, 1892.

France, Anatole, 1844-1924, escritor francés.

Francia.

Frascati, ciudad italiana cercana a Roma.

Frederik (hospital), en Copenhague hasta 1910. Transformado en museo de artes industriales en 1919.

Frederik, tío, véase Blixen-Finecke, Frederik von.

Frederiksen, señora, vivía cerca de Hørsholm, mujer del servicio de Folehave en los tiempos de la abuela de Karen Blixen.

Frijs, Frederik, véase Krag-Juel-Vind-Frijs, Frederik.

Frijs, Mogens, véase Krag-Juel-Vind-Frijs, Mogens.

Frijsenborg, castillo junto a Hammel, en la región de Århus, propiedad de la familia Krag-Juel-Vind-Frijs.

Fritz, tío, véase Raeder, Johan Carl Fritz.

Fritze, tía, véase Krag-Juel-Vind-Frijs, Frederikke.

Frydenlund, nombre que tuvo durante poco tiempo la casa de la segunda finca de Karen Blixen en África, cuyo nombre definitivo fue Bogani.

Funch, Johanne Frederikke Louise, de soltera Andersen, 1868-1936. Casada con el médico Frederik Funch, de Hørsholm, que fue médico de cabecera de la familia Dinesen en Rungstedlund.

Fyfe, Henry Hamilton, 1869-1951, periodista, escritor y corresponsal de guerra inglés.

Fyrrebakkerne, zona situada al sur de Rungstedlund, entre Strandvejen y el Sund. Propiedad de la familia Dinesen, luego vendida y parcelada para la construcción de chalets.

G.E.A., véase German East Africa.

Gads Danske Magasin, revista literaria mensual, 1906-1953.

Gainsborough, Thomas, 1727-1788, pintor inglés: 228.

Gales, Edward, príncipe de, 1894-1972. Hijo de George V de Inglaterra. Rey de Inglaterra desde enero a diciembre de 1936 con el nombre de Eduardo VIII, luego duque de Windsor.

Galsworthy, John, 1867-1933, escritor inglés.

Game-Department (Departamento de Caza), fundado en 1907 con objeto de proteger la caza organizando reservas y promulgando normas para la lucha contra los cazadores furtivos.

Garman & Worse, novela del noruego Alexander L. Kielland, 1880.

Garth Castle, barco que hacía la ruta Marsella-Kilindini (puerto de Mombasa).

Geizler, véase Gessler, Herman.

Gennem de fagre Riger (Por los bellos reinos), libro de viajes de Johannes Poulsen, 1916.

Génova, ciudad portuaria de Italia.

Geoffrey, véase Buxton, Geoffrey.

George V, rey de Inglaterra, 1865-1936.

Gerhardt, tío, véase Lichtenberg, Gerhard de.

German East Africa (África Oriental alemana).

Gessler, Herman, personaje de la obra teatral de Schiller Guillermo Tell, 1804.

Gethin, empleado de la Swedo-African Coffee Co., Ltd, Ngong.

Gethin, Mrs.

Gex, tío, véase Sass, Georg.

Gilgil, ciudad situada junto a la línea de ferrocarril Nairobi-Uganda.

Gilliat, más exactamente John K. Gilliat & Co., Ltd., 7, Crosby Square.

Gillis, véase Lindström, Gillis.

Gineceo (El), (Jomfruburet), opereta en tres actos de Heinrich Berté, con texto de A.M. Willner y Hans Reichert, 1916. Está construida sobre episodios de la vida de Franz Schubert y utiliza su propia música.

Gliemann, Idina, señora residente en Kenia, danesa de nacimiento.

Glion, una de las poblaciones que forman el lugar de curas y descanso de Montreux, en Suiza.

Glyn, Elinor, 1864-1943, escritora inglesa.

Gobernador (el), 1912-1917, véase Belfield, sir Henry.

Gobernador (el), 1919-1922, véase Northey, sir Edward.

Gobernador (el), 1922-1925, véase Coryndon, sir Robert.

Gobernador (el), 1925-1930, véase Grigg, sir Edward.

Gobernador (el), 1931-1937, véase Byrne, sir Joseph.

Goethe, Johann Wolfgang von, 1749-1832, escritor alemán.

Goldschmidt, Meïr Aron, 1819-1877, escritor danés.

Gordon, Charles, residió durante muchos años en Kenia. Luego fue secretario del Traveller's Club en París. Casado con Honour Gordon.

Gordon, Honour, esposa de Charles Gordon.

Gorringe, capitán, Ngong.

Goschen, Mary.

Gösta Berling, personaje de la novela de Selma Lagerlöf La saga de Gösta Berling.

Göteborg, ciudad de Suecia.

Government House (Casa del Gobierno), en Nairobi.

Greswolde-Williams, Francis («Frank») Wigley, hacendado inglés de Kedong Valley. Llegó al África Oriental en 1907.

Grevenkop-Castenkiold, Anne Margrethe («Daisy»), de soltera condesa Krag-Juel-Vind-Frijs, 1888-1917, amiga de juventud de Isak Dinesen. Casada en 1910 con el diplomático Henrik Grevenkop-Castenkiold.

Grevenkop-Castenkiold, Henrik, 1862-1921, embajador de Dinamarca en Londres, casado en 1910 con Daisy Frijs.

Grieg, Edvard, 1843-1907, compositor noruego.

Grigg, lady Joan («Joannie») Katherine, de soltera Dickson-Poynder. Hija de lord Islington, casada en 1923 con el que luego sería gobernador Edward Grigg. En 1928 fundó el Native Maternity Home en Nairobi.

Grigg, Sir Edward William Macleay, ennoblecido más tarde con el título de lord Altrincham, primer barón Tomarton, 1879-1955. Gobernador y jefe supremo de las fuerzas armadas en Kenia. Casado con Joan Poynder.

Gripe española.

Grut, Alfred Walter Hansen, 1859-1928, propietario de fábricas. Hijo del comerciante al por mayor Alfred Hansen, hermano de la consejera de Estado Westenholz.

Grut, Edmund Hansen, 1831-1907, oftalmólogo.

Grut, Torben, 1865-1952, general de división, chambelán.

Guaso Nyiro, río de Kenia.

Guerra mundial (primera), 1914-1918, principalmente, operaciones contra los alemanes en el África Oriental.

Guerra y paz, novela de León Tolstói, publicada en 1878.

Gunnulf, personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Gurre, castillo de Valdemar Atterdag junto al lago de Gurre, en el norte de Zelandia.

Gustaf, véase Hamilton, Gustaf.

Haarek de Thjotta, hacia 965-1036, jefe noruego, hijo de Eyvind Skaldspiller. Mencionado en la Saga de Olav el Santo.

Haglemere, véase Haslemere.

Haldane, John Scott, 1860-1936, fisiólogo y escritor inglés. Profesor en Birmingham.

Halfrid, personaje de la novela de Sigrid Undset, Kristin Lavransdatter.

Halima, hija de Juma bin Muhammed.

Hals, Frans, hacia 1580-1666, pintor holandés.

Hamburgo, ciudad de Alemania.

Hamilton, Gustaf, 1880-1935, capitán de la caballería sueca en 1917. Comandante y jefe de la escuela de equitación, 1926. Casado con Tyra H., hermana de Bror Blixen-Finecke.

Hannover (los).

Hansen, Ulf, 1867-1926, abogado del tribunal supremo. Hijo del abogado del tribunal supremo Octavius Hansen, hermano de la consejera de estado Westenholz.

Harley: Harley-Davidson, marca norteamericana de motocicletas.

Harrison, uno de los socios del estudio jurídico Harrison, Creswell & Hopley, Nairobi.

Haslemere, ciudad del sur de Inglaterra.

Hassan Ismail, somalí al servicio de Karen Blixen, como cocinero principalmente.

Hassan; se trata de The story of Hassan of Bagdad, and how he came to make the Golden Journey to Samarkand (La historia de Hassan de Bagdad y de cómo consiguió hacer el áureo viaje a Samarcanda), obra en cinco actos de James Elroy Flecker, 1922.

Hatton, Denys George Finch, véase Finch Hatton, Denys George.

Heather, uno de los perros pastores escoceses de Karen Blixen en Kenia.

Heiberg, Johan Ludvig, 1791-1860, poeta y crítico danés.

Heine, Heinrich, 1797-1856, poeta alemán.

Helene, princesa, 1846-1923. Hija de la reina Victoria de Inglaterra. Casada con el príncipe Christian de Schleswig-Holstein.

Helleholm, extremo sur de la isla de Agersø en el Gran Belt.

Hellstern, empresa zapatera de París.

Hemsted, Henry, médico, district commissioner de Dagoretti.

Henrik, véase Grevenkop-Castenkiold, Henrik.

Heroworship; exactamente: On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History (Sobre los héroes, el culto al héroe y lo heroico en la Historia), por Thomas Carlyle, 1840.

High Court (Tribunal Supremo) de Nairobi.

Hindenburg, Paul von, 1847-1934, mariscal de campo y presidente alemán.

Hjemløs (Sin hogar), 1853-57, novela de Meïr Aaron Goldschmidt.

Hobley, Charles William, 1867-1947, comisario principal en funciones del Protectorado de África Oriental, 1907. Miembro del Legislative Council de 1912 a 1920.

Hogarth, William, 1697-1764, pintor y grafista inglés.

Holbaek Ladegaard (granja del castillo de Holbaek), propiedad, 1913-1939, del terrateniente Paul Dahl (1886-1939), hermano de Knud Dahl: 135.

Holmberg, Emil, hacendado en Kiama, Thika.

Holmberg, Olga, casada con Emil Holmberg, fallecida en 1962.

Holstein, Ludvig, 1864-1943, poeta danés.

Homosexualidad.

Hopcraft, J.N., hacendado y cazador de Naivasha.

Hoskier, Emil, 1830-1915, banquero, cónsul general en París en 1897.

Hospital europeo en Kenia, Nairobi.

Hospital municipal de Copenhague.

Hospital para indígenas en Kenia, Nairobi.

Hôtel du Louvre et de la Paix, Marsella.

Hôtel du Quai-Voltaire, 19 Quai Voltaire, París.

Hotel Edward, Beach, Durban.

Hotel Washington, Curzon Street, Mayfair, Londres.

Hugo, Victor, 1802-1885, escritor francés.

Humillados y ofendidos, novela de F.M. Dostoievski, 1861.

Humblebaek, ciudad situada junto al estrecho de Øresund, entre Rungsted y Helsingør.

Hunter, W.C., propietario de una empresa jurídica en Nairobi.

Huth, Erik Wilhelm Tancredo von, 1895-1952, contable de la finca, 1918-20; luego se estableció en Ruiri, Kenia.

Huxley, Aldous, 1894-1963, escritor inglés.

Ida, tía, véase Bardenfleth, Ida.

Idiot (L'), (El idiota) obra de teatro en seis escenas por Fernand Nozière y J. Wladimir Bienstock, según la novela de Dostoievski. Representada en París en 1925, publicada en 1931.

Ignatieff, Madame, véase Polovtsoff, Elena Vladimirova.

Indien (sic) Question, cuestión india.

India.

Índico (océano).

Indios.

Inge, William Ralph, 1860-1954, deán de la catedral de Saint Paul's en Londres de 1911 a 1934.

Ingeborg, la pequeña, véase Dinesen, Anne.

Inglaterra.

Ingrid, véase Lindström, Ingrid.

Isa, véase Esa.

Isle des Pingouins (L'): Más exactamente L'Île des Pingouins, novela de Anatole France, 1908.

Islington, John Poynder Dickson-Poynder, primer barón, 1866-1936. Gobernador de Nueva Zelanda de 1910 a 1912. Casado con lady Anne Islington.

Islington, lady Anne, esposa de lord Islington.

Italia.

Jacobinos (clubs), durante la Revolución Francesa.

Jacobsen, Jens Peter, 1847-1885, escritor danés.

Jacques, relato de Isak Dinesen conocido como Onkel Theodore (El tío Theodore), publicado en Relatos póstumos, 1975.

Jama, somalí, servidor de Berkeley Cole.

Jan Bravida, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Jancé, Alice de; nombre correcto: Alice de Janzé, 1900-1941, de soltera Silverthorne, casada primero con el conde Frédéric de Janzé y posteriormente con Raymond de Trafford.

Jardín de Rosenborg (El), (Rosenborg Have), artículo de Ellen Dahl aparecido en la revista Forskønnelsen, año 16, 1926, firmado «M».

Jensen, señora.

Jensen, Thit, 1876-1957, escritora danesa.

Jeppe de la Montaña, comedia de Ludvig Holberg.

Jeppesen, Knud, 1892-1974, compositor e historiador de la música danesa.

Jerogi, servidor en la finca de Karen Blixen.

Jesper el Alguacil, personaje de la comedia de Ludvig Holberg Erasmus Montanus.

Jesucristo.

Jevanjee, A.M., comerciante indio de Nairobi. Jefe de la delegación india que, en 1906, fue a Londres para debatir la cuestión india con el gobierno inglés. Oficiosamente miembro del Legislative Council.

Jezabel, reina de Israel.

Jocelyn, véase Jolyon.

Jogona, mozo de establo en la finca africana.

Johnson, Martin, 1886-1937, fotógrafo norteamericano, autor de libros sobre animales.

Jolyon, personaje de la novela de John Galsworthy La saga de los Forsyte.

Jonna, véase Dinesen, Jonna.

José, personaje bíblico.

Judíos.

Juma bin Mohammed, criado de la finca desde 1916 a 1931.

Jutlandia.

Jyder (Jutlandeses), dos libros de narraciones de Jakob Knudsen, 1915-1917.

Jørgensen, Marie («Malla»), fallecida en 1931. Muchacha de Rungstedlund desde 1894, sirvió en la familia Dinesen hasta su muerte.

K.A.R., King's African Rifles (The), regimiento africano de Kenia.

K.C.C., véase Karen Coffee Company, Ltd.

Kabiro, hijo de Kanino.

Kabiti, o Kabete, lugar situado en el camino de Naivasha, en la región de Nairobi.

Kadidja, primera esposa del profeta Mahoma, muerta en el año 619.

Kafir, lengua surafricana.

Kaiser (el), Guillermo II, emperador de Alemania, 1859-1941.

Kajado, ciudad al sur de Nairobi.

Kalifi, o Kilifi, ciudad costera al norte de Mombasa.

Kamante Gaturra, nacido hacia 1910, todo encargado de cuidar los perros de Karen Blixen; más tarde fue cocinero en la finca.

Kamau, kikuyu que durante muchos años cuidó a Rouge, el caballo de Isak Dinesen.

Kanino, muchacho indígena de la finca, padre de Kabiro.

Kanuthia, kikuyu, chófer de Denys Finch Hatton en Kenia.

Karen Blixen (Sociedad), Copenhague, fundada el 3 de abril de 1975.

Karen Coffee Company, Ltd., sociedad anónima danesa propietaria de la finca africana.

Karen Estates, P.O. Box 223, Nairobi (Fincas Karen, apartado 223, Nairobi).

Karen, sobrina de Isak Dinesen; véase Neergaard, Karen de.

Karen, véase Karen Coffee Company, Ltd.

Katholm, finca situada al sur de Grenaa, propiedad de la familia Dinesen entre 1839 y 1916.

Katla, uno de los conocidos daneses de Karen Blixen.

Kavirondos, tribu de Kenia.

Kedong Valley, valle situado a unos cincuenta kilómetros al oeste de Nairobi, en la frontera de Ukumbo, la provincia administrativa más grande de Kenia, y Naivasha. Zona agrícola donde también se experimentó positivamente con la vinicultura.

Kennedy, Margaret, 1896-1967, escritora inglesa.

Kenia (monte), cumbre de Kenia de 5.200 m de altitud.

Kenia, colonia de la Corona británica a partir de 1920.

Kenya Nursing Home, clínica de Nairobi.

Keops, pirámide, la mayor de las pirámides en Giza, Egipto.

Kiambu, distrito kikuyu en las proximidades de Nairobi, en el camino a Naivasha.

Kierkegaard, Søren Aabye, 1813-1855, escritor y filósofo danés.

Kijabe, ciudad junto a la línea ferroviaria Nairobi-Uganda.

Kikuyu, ciudad al oeste de Nairobi.

Kikuyu, lengua.

Kikuyu, reserva.

Kikuyu Station, la estación ferroviaria local de Ngong.

Kikuyu, tribu de Kenia.

Kilimanjaro (camino o ruta del).

Kilimanjaro, la montaña más alta de África, situada en el entonces llamado territorio de Tanganika.

Kilindini, puerto de Mombasa.

Kilmarnock, lord, véase Erroll, vigésimo segundo conde de.

Kinanjui, jefe de la tribu kikuyu de Kenia. Su poblado estaba junto a Dagoretti, en la reserva kikuyu.

Kinsi, véase Amina.

Kioi, jefe indígena.

Kipling, Rudyard, 1865-1936, escritor inglés.

Kismayo, ciudad costera situada en la entonces Somalia italiana, en la desembocadura del río Juba.

Kisumu, ciudad de Kenia junto al lago Victoria.

Kitty, personaje de la novela de León Tolstói Ana Karenina.

Kjellberg, J., MBagathi.

Knud, véase Dahl, Knud.

Knudsen, Jakob, 1858-1917, escritor danés.

Knudtzon, Ellinor, de soltera Hansen Grut, 1859-1935, hija del profesor Edmund Grut, casada en 1882 con Christian Knudtzon, director del banco nacional.

Knuthenborg (parque de), situado en la comarca del mismo nombre, en la isla de Lolland.

Kofoed-Hansen, señora, casada con Otto Casparsson.

Kolbe, hacendado holandés.

Kolding, ciudad de Jutlandia.

Kongens Have, jardín que rodea el castillo de Rosenborg en Copenhague.

Koosje, véase Westenholz, Ellen.

Kormak, personaje de Kormaks Saga y de la imitación de cantar de gesta de J.P. Jakobsen Kormak og Stengerde (Kormak y Stengerde).

Krag-Juel-Vind-Frijs, Frederik («Bienen»), 1882-1926, conde feudatario, administrador de la montería. Propietario de Halsted Kloster.

Krag-Juel-Vind-Frijs, Frederikke («Fritze»), de soltera Danneskiold-Samsøe, 1865-1949, condesa de Frijsenborg. Casada con el conde Mogens Frijs.

Krag-Juel-Vind-Frijs, Mogens, 1849-1923, conde de Frijsenborg, político.

Kreutzer (Sonata a), sonata para violín y piano de Ludwig van Beethoven, opus 47.

Kristin Lavransdatter, novela en tres partes de Sigrid Undset, 1920-1922.

Kristin Lavransdatter, protagonista de la novela de Sigrid Undset.

Krohn, Mario, 1881-1922, historiador danés del arte, director del Museo Thorvaldsen de 1916 a 1921.

Krook, personaje de la novela de Charles Dickens Casa desolada (Bleak House).

Lagerlöf, Selma, 1858-1940, escritora sueca.

Lakepea, más bien Laikipia, distrito sin población indígena cuya capital es Rumurati, a cien kilómetros al norte de Naivasha. Antes estuvo

habitado exclusivamente por masais, ahora lugar colonizado por blancos.

Land Commission (Comisión Territorial).

Landmandsliv (Vida de agricultor), novela de Fritz Reuter, 1862-1863.

Langelinie, paseo de Copenhague.

Lanvin, casa de modas francesa.

Lascelles, sir Alan Frederick, nacido en 1887. Secretario particular del príncipe de Gales de 1920 a 1929. Luego, secretario particular de George V, George VI y la reina Elizabeth II, hasta 1953.

Laurentzius, tío, véase Dinesen, Wentzel Laurentzius.

League of Nations (Liga de Naciones), véase Sociedad de Naciones.

Leerbaek, finca en el valle de Grejs, cerca de Vejle.

Legh, Piers Walter, 1890-1955, hijo segundo del barón Newton, teniente coronel, edecán del Príncipe de Gales; más tarde, mayordomo o supervisor de la Casa Real inglesa hasta 1953.

Legión de Honor, condecoración francesa creada en 1802 por el que luego sería emperador Napoleón I.

Leigh, Piers, véase Legh, Piers Walter.

Leningrado, ciudad de Rusia.

Lettow-Vorbeck, Paul von, 1870-1964, general alemán.

Lettres d'un Soldat, libro no identificado sobre las experiencias bélicas de un joven artista francés durante la Primera Guerra Mundial.

Leunbach, Jonathan Høegh, 1884-1955, médico de Copenhague desde 1925. Cofundador de la Liga Mundial pro Reforma Sexual, 1928. Autor de publicaciones sobre control de la natalidad e información sexual.

Levad anclas (Hejs Ankret op), segunda canción de Fortunio en la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Levertin, Oscar, 1862-1906, escritor y crítico sueco.

Levin, Poul, 1869-1929, escritor danés, redactor jefe de la revista Tilskueren de 1909 a 1929.

Levine, personaje de la novela de León Tolstói Ana Karenina.

Lewenhaupt, Claës Gustaf August Claësson, 1870-1945, conde sueco, oficial de marina y terrateniente. Propietario de Aske, en Hatuna. Participó en las expediciones de caza del príncipe Wilhelm en Siam y en el África Oriental británica de 1911 a 1914.

Lichtenberg, Gerhard de, 1845-1927, terrateniente, casado con Anna Ulrike Dinesen, hermana de Wilhelm Dinesen.

Lidda, tía, véase Sass, Karen.

Lie, Jonas, 1833-1908, escritor noruego.

Likoni, zona costera de Kenia, al sur de Mombasa Island.

Lilian, amiga de Thomas Dinesen.

Lille Kongensgade, calle de Copenhagen.

Limoru, más bien Limuru, localidad y estación de ferrocarril en el distrito de Kiambu.

Lindhardt, Jonna, véase Dinesen, Jonna.

Lindhardt, Theodora, de soltera von Bülow, 1860-1931, casada con Vincentz Lindhart, arcediano de la catedral de Aarhus.

Lindström, Gillis, 1882-1958, teniente sueco. Afincado en Kenia en 1920. Fue propietario de la finca Sergoita, en Njoro. Casado en 1911 con Ingrid de Maré.

Lindström, Ingrid, de soltera De Maré, 1890. Casada en 1911 con el teniente Gillis Lindström. Afincada en Kenia en 1920.

Lindström, Nina, hija de Ingrid y Gillis Lindström.

Lindström, Ulla, hija de Ingrid y Gillis Lindström.

Lisbet: Lisbed, personaje de la comedia de Ludvig Holberg Erasmus Montanus.

Lived a woman wonderful, primer verso del poema de Rudyard Kipling titulado South Africa, 1903.

Ljovin, personaje de la novela de León Tolstói, Ana Karenina.

Londres.

Long, Genessee, casada con E. Caswell («Boy») Long, de Elmenteita, que desde 1912 hasta 1927 fue administrador de varias de las propiedades de lord Delamere en Kenia.

Longonot (cráter de), volcán apagado de 2.777 m de altitud, situado en el Rift Valley de Naivasha.

Lorena (Claudio de), (Claude Lorrain), hacia 1600-1682, pintor francés.

Lori, jardinero indígena de la señora Dickens.

Louvre & Paix Grand Hôtel, en Marsella.

Lucerna, ciudad de Suiza.

Lucifer (latín: el que porta luz), nombre medieval del ángel caído, el diablo.

Lulu (en suajili: perla), antílope manso que llegó a la finca en julio de 1923.

Lumbwa, región situada al sur de la línea ferroviaria de Kisumu.

Lund, Troels, véase Troels-Lund, Troels.

Lunden, en Rungstedlund.

Lutero, Martin, 1485-1546, reformador alemán.

Llewellyn, Evan Henry, 1871-1948, general, hermano del teniente coronel John Malet Llewellyn. Jefe de los King's African Rifles.

Llewellyn, John («Jack») Malet, 1885-1945, teniente coronel, hermano del general E.H.L. Llegó al África Oriental británica en 1911.

Mac Millan, lady Lucie, de soltera Fairbanks Webber. Murió en 1957. Casada en 1848 con sir Northrup Mac Millan.

Mac Millan, sir William Northrup, 1872-1925, nacido en Estados Unidos. Llegó al África Oriental británica en 1904. Hacendado, miembro del Legislative Council. Recibió el título de Sir en 1918. Vivió en Chiromo, Riverdale, Nairobi.

Mackenzie, Lady, norteamericana de safari en Kenia en 1914.

Machakos, ciudad al suroeste de Nairobi.

Madrugada (La), poema de Isak Dinesen enviado en 1924 a Poul Levin, redactor de la revista Tilskueren.

Magleaas, propiedad de Aage Westenholz situada a orillas del lago Sjael, en Høsterkøb, Zelandia del Norte.

Mahaa o Mahu, véase Mannehawa.

Mahoma, 570-632, profeta del islam.

Malaria, fiebre tropical.

Malla, véase Jørgensen, Marie.

Mamá, véase Westenholz, Mary Lucinde.

Man-eaters of Tsavo and other East African adventures (The), libro de J.H. Patterson, 1907.

Mannehawa, hija de Juma bin Muhammed, nacida en 1918.

Mantola, vapor que hacía la ruta Mombasa-Marsella.

Marcha de los ciudadanos de Bjørn (Bjørneborgernes March), poema de J.L. Runeberg extraído de Fänrik Ståls Sägner (Las leyendas del abanderado Stål), II, 1860. Se cantaba con una vieja melodía popular francesa.

María Antonieta, reina francesa, 1755- 1793, casada con Luis XVI.

Marie Louise, princesa de Schleswig-Holstein, 1872-1956, hija del príncipe Christian y de la princesa Helene, nieta de la reina Victoria de Inglaterra.

Maritzburg, véase Pietermaritzburg.

Markham, Beryl, de soltera Clutterbuck, escritora. Escribió el libro de recuerdos West with the Night, Londres, 1943.

Marsella, ciudad portuaria en el sur de Francia.

Martensen-Larsen, H. 1867-1929, deán de la catedral de Roskilde.

Martha, doncella danesa del barco Admiral en 1913-14.

Martin, Humphrey («Hugh») Trice, 1888-1931. Jefe de la Land Office de Nairobi. Educado en Oxford. Llegó al África Oriental en 1917.

Masai (reserva).

Masai, tribu de nómadas y ganaderos de Kenia.

Matrimonio (el).

Matrup, finca de la familia Westenholz desde 1853, situada en las cercanías de Horsens, donde pasó su niñez Ingeborg Dinesen.

Maturri, muchacho africano.

Mau (The), cordillera al oeste del lago Naivasha. Forma la ladera sur del Great Rift Valley.

Maura, mujer de Ali.

MBagathi, nombre de la primera granja y de su edificio principal. Casa de Karen Blixen en África desde enero de 1914 hasta marzo de 1917. La Karen Coffe Co. poseía tanto ésta como la finca Bogani, más grande, desde 1916 a 1930.

Meca (La), ciudad sagrada de los musulmanes.

Mediterráneo (mar).

Mefistófeles, personaje de la ópera de Charles Gounod Fausto.

Memorias de África (Den Afrikanske Farm).

Mennesket (El hombre), poema de Sophus Claussen, 1904.

Meru, montaña al suroeste del Kilimanjaro, en lo que era entonces el territorio de Tanganika.

Merwede, Ida van der, 1836-1917. Residía en Bjerre Mølle, en la finca de Matrup.

Mesopotamia.

Micawber, personaje de la novela de Charles Dickens David Copperfield.

Michael, personaje de la novela de John Galsworthy.

Miguel Ángel (Michelangelo Buonarrotti), 1475-1564, pintor, escultor, arquitecto y poeta italiano.

Mil y una noches (Las), libro de cuentos orientales.

Milagros de Clara van Haag (Los), (Clara van Haags Mirakler), novela de Johannes Buchholtz, 1916, continuación de El Dios de Egholm (Egholms Gud).

Milking Time, poema del libro de Robert William Services titulado The Rhymes of a Red-Cross man, 1916.

Milligan, J.W., corresponsal de negocios de Isak Dinesen en Nairobi. La empresa J.W. Milligan & Co., fundada en 1912, se ocupaba de negocios de propiedades, hacía de agencia inmobiliaria y desarrollaba amplia actividad de importación y exportación.

Minerva, la lechuza mansa de Karen Blixen en la finca de Kenia.

Misión escocesa; nombre más preciso: Church of Scotland Mission. Fundada en 1898 con fines evangélicos, docentes y médicos. En la época de Karen Blixen estaba dirigida por el Hon. Rev. John W. Arthur, M.D.

Misión francesa.

Misión inglesa.

Mitten, Missen o Missekatten, véase Neergaard, Karen de.

Moderne Aegteskab og andre Betragtninger (El matrimonio moderno y otras observaciones), ensayo en doce capítulos de Isak Dinesen, escrito entre 1923-1924 y publicado en Blixeniana en 1977.

Mogadiscio, capital y ciudad portuaria principal de la entonces Somalia italiana.

Mogens, tío, véase Krag-Juel-Vind-Frijs, Mogens.

Mohr, Fridtjof Lous, 1888-1942, ingeniero forestal noruego, agricultor y escritor. Hermano de Gustav Lous Mohr. Casado en 1928 con la pintora Joronn Sitje. Vivió de 1928 a 1939 en Rongai, Kenia.

Mohr, Gustav Lous, 1898-1936, hacendado de Kenia. Nacido en Noruega, hijo de Olaf Eugen Mohr y de Jeannette Lous. Hermano de Fridtjof Mohr, del pintor Hugo Lous Mohr y del profesor Otto Lous Mohr.

Mohr, señora, véase Sitje, Joronn.

Mols, parte de la región de Djursland, Dinamarca.

Mombasa, ciudad portuaria de Kenia.

Mombasa Club, en Mombasa.

Mongaj, jefe de una banda de ladrones indígenas.

Monica, personaje de la novela de Michael Sadleir Privilege, a novel of the transition, 1921.

Montague, lady Mary Wortley, 1689-1762, escritora epistolar inglesa.

Montecarlo.

Montespan, Françoise, marquesa de, 1641-1707, amante de Luis XIV.

Montreux, lugar de curas suizo, junto a la orilla norte del lago de Ginebra.

Monyu, indígena.

Mopsus, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La vengaza de la verdad.

Moral sexual (la).

Morley, Christopher, 1890-1957, escritor y crítico norteamericano.

Moshi, ciudad situada al pie del Kilimanjaro en el entonces territorio de Tanganika.

Motherwell, Miss, enfermera.

Mourier-Petersen, Alvilda, 1832-1911, esposa del chambelán de Rugaard, Ferdinand Mourier-Petersen, terrateniente y político.

Movoroni, junto a Uasin Gishu.

Muangi, jefe de ladrones indígena.

Muhammed Juma, llamado Tumbo (palabra suajili que significa vientre), nacido en 1921. Hijo de Juma bin Muhammed.

Mujer del funcionario, personaje de la novela de Bjørnsterne Bjørnsson Det flager i byen og på Havnen (Caen copos en la ciudad y en el puerto): 268.

Múnich, ciudad de Alemania.

Musset, Alfred de, 1810-1857, escritor francés.

Mussolini, Benito, 1883-1945, dictador italiano.

Musulmanes (islam).

Muthaiga, jardinero de Karen Blixen en África.

Muthaiga Club de Nairobi. Fundado en 1914. Sólo se admitían socios blancos. En 1919 tenía alrededor de doscientos cincuenta socios y su presidente era lord Delamere.

Møller, señorita.

Nairobi boys.

Nairobi, capital de Kenia.

Naivasha, ciudad situada junto al lago Naivasha, en el norte de Kenia, en la línea ferroviaria Nairobi-Uganda.

Naivasha (lago).

Nakuru, ciudad situada en la línea ferroviaria Nairobi-Uganda.

Nakuru Hotel, en Nakuru.

Nanyuki, ciudad situada a los pies del monte Kenia.

Napoleón I, emperador de Francia, 1769-1821.

Nápoles, ciudad del sur de Italia.

Narok, ciudad situada en la comarca de Narok, al este de Nairobi.

Narok, comarca situada en una zona elevada, al sur del Mau, al oeste de Nairobi.

Nash's Magazine, revista inglesa fundada en 1909. De 1914 a 1927 se publicó junto con la Pall Mall Magazine con el título conjunto Nash's and Pall Magazine.

Natal, provincia de la Suráfrica británica.

Native Affairs Department (Departamento de Asuntos Indígenas), en Nairobi.

Native Pass (pasaporte interior indígena).

Neder Strandkjaergaard, residencia de verano de Knud y Ellen Dahl en Mols, generalmente llamada Strandkjaer.

Neergaard, Inger («Ea») Benedicte de, de soltera Dinesen, 1883-1922, hermana mayor de Karen Blixen. Cantante. Casada en 1916 con el terrateniente Viggo de Neergaard, de Valdemarskilde.

Neergaard, Karen Christence de, 1917-1950, hija de Ea y de Viggo de Neergaard.

Neergaard, Peter de, 1871-1931, montero real, gentilhombre de cámara, propietario de la finca Taarnborg, en Slagelse, primo de Viggo de Neergaard.

Neergaard, Viggo de, 1881-1965, propietario de la finca Valdemarskilde, casado en primeras nupcias en 1916 con Ea Dinesen, en segundas en 1925 con Elisabeth Perrochet.

Nel, abuelo materno del general surafricano Louis Botha.

Nel's Rust, propiedad de sir Joseph Baynes en Suráfrica.

Nepken, John Dobi, 1870-1966, dano-africano que vivía en Ngong Hills.

New Arabian Nights, cuentos fantásticos en dos volúmenes de Robert Luis Stevenson, 1882.

New Stanley Hotel, en Nairobi.

Ney, Michel, 1769-1815, mariscal francés.

Ngong (aparte del uso de este topónimo en el remite de Karen Blixen).

Ngong Boma.

Ngong Hills, cadena de colinas al suroeste de Nairobi.

Nilo, el río de Egipto.

Nimb, Henriette, 1863-1919, propietaria de un restaurante. Hija de Vilhelm Nimb, propietario también de un restaurante.

Nina, véase Lindström, Nina.

Niobe, figura materna en la mitología griega.

Nisbet, gerente en la finca de Karen Blixen después de H. Thaxton.

Nisbet, señora, casada con el gerente Nisbet.

Nisse, véase Fjaestad, Nils.

Njoro, ciudad en la línea ferroviaria Nairobi-Uganda.

Njovana Bogani (Casa del Bosque), uno de los nombres que dio Karen Blixen a la segunda finca.

No Man's Land (Tierra de nadie), libro de Thomas Dinesen sobre sus recuerdos de la Primera Guerra Mundial, 1929.

Noé (arca de).

Nora, protagonista femenina de la obra teatral de Henrik Ibsen Casa de muñecas (Et Dukkehjem), 1879.

Norfolk: el Norfolk Hotel, en Nairobi.

Norte (mar del).

Northey, lady Evangeline, muerta en 1941, esposa del gobernador Northey.

Northey, sir Edward, 1868-1953, general de brigada, gobernador y jefe supremo de las Fuerzas Armadas en Kenia desde 1918 a 1922.

Nueva York.

Nyeri, ciudad en las cercanías del monte Kenia.

Nyhavn, barrio del puerto de Copenhague.

Näsbyholm, hacienda situada en Scanie, propiedad de la familia Blixen-Finecke desde 1744.

Nørre Faelled, antiguo terreno comunal de Copenhague.

Oehlenschläger, Adam Gottlob, 1779-1850, poeta danés.

Olav el Santo.

Olav Trygvason, rey de Noruega desde 995 al 1000.

Oldenburg (los).

Olga, véase Holmberg, Olga.

Oliver Twist, protagonista de la novela de Charles Dickens del mismo título.

Orfeo y Eurídice, ópera de Christoph Willibald Gluck, 1762.

Orungi, llanuras situadas en las proximidades de Ngong Hills.

Osceola, seudónimo que usó Isak Dinesen para sus primeras obras literarias, 1907-1925.

Osvold, personaje de la obra teatral de Henrik Ibsen *Fantasma* (*Gengangere*), 1881.

Otelo, personaje de la obra de teatro de William Shakespeare que da título a la misma.

Otero, Carolina («La bella Otero»), 1868-1965. Su verdadero nombre era Carolina Rodríguez, bailarina española que obtuvo resonantes éxitos en diversas capitales europeas y, principalmente, en París.

Otter, Erik von, 1889-1923, barón y oficial sueco. Llegó al África Oriental británica en 1914.

Our Mutual Friend, novela de Charles Dickens, 1865.

Oxford, ciudad universitaria inglesa.

På luffen genom Østafrika (Vagabundeando por África Oriental), título (en sueco) de los recuerdos de Otto Casparsson, publicados en la edición de mitad de semana de Aftonbladet, días 6 y 9 de junio de 1928.

Paa Løvejagt i Østafrika (La caza del león en África Oriental), artículo de Thomas Dinesen publicado en Gads Danske Magasin en 1924.

Pájaro de Bedar, nombre dado por los indígenas al avión de Denys Finch Hatton.

Palme, sueco que vivió durante algún tiempo en la finca africana de Isak Dinesen.

Pangani, zona urbana en la parte nordeste de Nairobi, cerca de Muthaiga.

Paracelsus, seudónimo que usó Ellen Dahl para publicar sus libros.

Paraíso (el).

París.

Pedro, toto wakamba.

Peer Gynt, obra teatral de Henrik Ibsen, 1867.

Pennskaftet (El portaplumas), novela de Elin Wägner, 1910.

Per Degn (Per el Sacristán), personaje de la comedia de Ludvig Holber
Erasmus Montanus.

Persia.

Peter, véase Casse, Peter.

Petrogrado, véase Leningrado.

Piccadilly Square (Circus), en Londres.

Pickwick Papers, novela de Charles Dickens.

Pietermaritzburg, ciudad situada a 75 km al oeste de Durban, en
Suráfrica.

Pilato, Poncio, legado romano en Judea.

Pjuske, véase Banja.

Plum, Ellen, 1836-1913, hija del comerciante A.N.Hansen (bisabuelo de
Karen Blixen), casada con Peter Plum.

Plum, Peter, 1829-1915, cirujano y profesor.

Politécnico (Instituto) de Copenhagen.

Politiken, diario danés.

Polovtsoff, Elena Vladimirovna, de soltera Ochotnikova, casada en
primeras nupcias con el oficial y diplomático ruso conde Aleksei A.
Ignatieff (1877-1954), que fue agregado a la legación rusa en
Copenhague, 1908-1912, y en segundas con el general Peter A.
Polovtsoff.

Polovtsoff, Peter A., nacido en 1874, general ruso, huido durante la
revolución.

Pontemolle, ballet en dos actos de August Bournonville, con música de
Holm y Lincke, 1867.

Pooran Singh, el herrero indio de Karen Blixen en África.

Poorbox, uno de los caballos de Karen Blixen en África.

Por amor a la vida (For Livets Skyld), novela danesa de Jakob Knudsen,
1905.

Port Said, ciudad portuaria egipcia en el canal de Suez.

Porthos, personaje de la novela Los tres mosqueteros, de Alejandro Dumas padre.

Posma, hacendado holandés.

Possible Worlds and other Essays, libro de John Scott Haldane, 1927.

Poulsen, Johannes, 1881-1938, actor y productor teatral danés.

Prahl, Helene, amiga de las tres hermanas Dinesen.

Primavera (La), (Foraaret), poema de juventud de Isak Dinesen, publicado en parte en el libro de Thomas Dinesen Tanne.

Primo (el), véase Neergaard, Peter de.

Princesa Christian, véase Helene, princesa.

Príncipe Florizel de Bohemia, personaje del ciclo de relatos de Robert Louis Stevenson New Arabian Nights, 1882.

Principles of Social Reconstruction, libro de Bertrand Russell, 1916.

Pundua, vapor que hacía la ruta Mombasa-Inglaterra.

Quai Voltaire, véase Hôtel du Quai-Voltaire.

Rabelais, François, hacia 1494-1553, escritor francés.

Racine, Jean, 1639-1699, dramaturgo francés.

Raeder, Auguste Caecilie, de soltera Raeder, nacida en 1888, casada con Johanx Georg Jacob Raeder, cónsul de Noruega en Johannesburgo, Suráfrica.

Raeder, Johan Carl Fritz, 1843-1928, montero real, propietario de la finca Palstrup, casado con Thyra Valborg Raeder, de soltera Dinesen, hermana de Wilhelm Dinesen.

Ragnarok, los últimos tiempos y el fin del mundo en la mitología nórdica.

Ragnfrid, personaje de la novela Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Ragnhild, personaje de la obra de teatro de Henrik Hertz Svend Dyrings Hus (La casa de Svend Dyring).

Ralli, rico europeo de safari.

Ramadán, mes de ayuno de los musulmanes.

Ramborg, personaje de la novela de de Sigrud Undset Kristin Lavransdatter.

Rasch, Carl, 1861-1938, profesor, jefe de médicos del departamento de enfermedades venéreas y cutáneas del Hospital Nacional de Dinamarca de 1911 a 1931.

Rathenau, Walter, 1867-1922, estadista y sociólogo judeoalemán.

Rebelión de la juventud (Ungdommens Oprør), obra no identificada.

Renacimiento italiano.

Rentz, tío, véase Dinesen, Wentzel Laurentzius.

Repsdorph, Halfdan, 1868-1941, abogado.

Reserva, véase Masai (reserva).

Reserva de caza (Game Reserve).

Reserva Masai, poema de Isak Dinesen, véase Ex Africa.

Reventlow, Eduard, 1883-1963, conde, diplomático, más tarde embajador danés en Londres.

Reventlow, Else, de soltera Bardenfleth, 1884-1964, condesa, casada con el que luego sería embajador Eduard Reventlow. Amiga de niñez de Karen Blixen.

Révolte des Anges (La), de Anatole France, 1914.

Revolución Francesa, 1789.

Rey (el), véase Christian X.

Reynolds, sir Joshua, 1723-1792, pintor inglés.

Río de Janeiro, ciudad principal de Brasil.

Ritchie, Archie, Chief Game Warden de Kenia.

Robinson Crusoe, novela de Daniel Defoe, 1719.

Roi Soleil, Luis XIV, rey de Francia, 1638-1715.

Rojo (mar).

Roma.

Romanticismo.

Rongai, lugar situado a unos 3 km al oeste de Nakuru.

Rossetti, Dante Gabriel, 1828-1882, pintor y poeta inglés.

Rothe, Oluf, 1880-1966, sacerdote danés.

Rôtisserie de la Reine Pédauque (La), novela de Anatole France, 1891.

Rouge, uno de los caballos de Isak Dinesen en África.

Rousseau, Jean-Jacques, 1712-1778, filósofo y escritor francés.

Rubinstein, Ida, 1885-1960, coreógrafa, bailarina y actriz rusa.

Rugaard, finca situada cerca de Grenaa, propiedad de la familia Mourier-Petersen desde 1857. Véase Mourier-Petersen, Alvilda.

Rundgren, Ture, empleado sueco de la Swedo-African Coffee Co. Posteriormente, plantador de café por su cuenta en Kenia.

Rungsted (internado de), fundado en 1900.

Rungsted, véase Rungstedlund.

Rungstedlund.

Rusia.

Russell, Bertrand, 1872-1970, filósofo, matemático y sociólogo inglés.

Rørdam, Valdemar, 1872-1946, escritor danés.

Saafe, véase Ahamed Farah Aden.

Sabine, personaje de la comedia de marionetas de Isak Dinesen.

Saga de Gösta Berling (La), novela de Selma Lagerlöf, 1891.

Saga de Olav el Santo.

Saga de los Forsythe (La), saga novelesca familiar de John Galsworthy, 1906-1928.

Sagas (las).

Sáhara, en África.

Salomón, rey de Israel.

San Pablo.

San Pedro.

Sanne: Susanna Ovesen, niñera en Matrup.

Sansón, personaje bíblico.

Sass, Georg («tío Gex»), 1851-1943, propietario de la finca Leerbaek desde 1874 a 1925, casado con Karen Westenholz, hermana de Ingeborg Dinesen.

Sass, Karen («tía Lidda»), de soltera Westenholz, 1861-1949, hermana de Ingeborg Dinesen, casada en 1889 con el terrateniente Georg Sass.

Saufe, véase Ahmed Farah Aden.

Saúl, rey de Israel.

Scotch Guards, regimiento escocés durante la Primera Guerra Mundial.

Scott, lady Margaret, sobrina de lord Francis Scott.

Scott, lord Francis George Montagu-Douglas 1879-1952, oficial y hacendado inglés en Kenia. Llegó al África Oriental británica en 1920; propietario de 3.500 acres en Rongai, miembro del Legislative Council, casado con lady Eileen, hija del virrey de la India, conde de Minto.

Schubert, Franz, 1797-1828, compositor austríaco.

Serridslevvej 8, en el barrio de Østerbro, en Copenhague, primer hogar de Jonna y Thomas Dinesen.

Sévigné, Marie de Rabutin-Chantal, Marquise de, 1626-1696, escritora epistolar francesa.

Seyyed Ali bin Salim, jeque residente en Mombasa, liwali (dirigente oficial mahometano) de la región costera, gran visir del sultán de Zanzíbar, miembro del Legislative Council de Kenia.

Shakespeare, William, 1564-1616, dramaturgo inglés.

Shaw, George Bernard, 1856-1950, escritor irlandés.

Shelley, Percy Bysshe, 1792-1822, poeta inglés.

Sherlock Holmes, personaje de las novelas policiacas del escritor inglés A. Conan Doyle.

Shimbir, véase Ahamed Farah Aden.

Shoreham by Sea, ciudad costera inglesa cercana a Brighton.

Show grounds, cerca de Kabiti, en las proximidades de Nairobi.

Shropshire Lad (A), (Un muchacho de Shropshire), libro de poemas de A.E. Housman, 1896.

Sífilis, enfermedad venérea.

Silver Spoon (The), (La cuchara de plata), quinta parte de la novela de John Galsworthy La saga de los Forsyte, publicada en 1926.

Simba, película de animales de Martin Johnson, 1928.

Simon, personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Sinfonía Incompleta o Inacabada, sinfonía nº 8 en si menor de Franz Schubert, 1822.

Singapur, capital de la entonces colonia de la Corona británica del mismo nombre, en el océano Pacífico.

Sirunga, mestizo masai, epiléptico.

Sitje, Joronn, nacida en 1897, pintora noruega. Casada en 1928 con el granjero Fridtjof Lous Mohr, residente en Kenia de 1928 a 1939.

Sjögren, Åke, propietario de la Swedo-African Coffee Co. (Compañía Cafetera Sueco-Africana) hasta 1913. Cónsul de Suecia en el África Oriental británica.

Skodsborg (estación de), en el camino de la costa entre Klampenborg y Rungsted.

Slagelse (sociedad musical de).

Slettemose (casa de), cerca de Folehave.

Soames, personaje de la novela de John Galsworthy, La saga de los Forsyte.

Sociedad de Naciones, creada como consecuencia del tratado de Versalles, 1919, funcionó hasta 1946 en que transmitió sus misiones a la Organización de las Naciones Unidas.

Soldier-settlement scheme.

Solsana, balneario, lugar de curas.

Somalia francesa.

Somalia italiana.

Somalí (ciudad), en las cercanías de Nairobi.

Somalí (idioma).

Somalí Hotel, en Nairobi.

Somalíes.

Somalilandia, península situada entre el océano Índico y el golfo de Adén.

Sonate Pathétique, sonata para piano en do menor, opus 13, de Ludwig van Beethoven, 1799.

Sophie, véase Bernstorff-Gyldensteen, Agnes Louise.

Sorabjee, Elchi, médico indio del hospital europeo de Nairobi, formado en Inglaterra.

Springfontein, barco que hacía la ruta Amberes-Mombasa.

Springforbi, estación de Dinamarca en la línea del litoral, entre Klampenborg y Rungsted.

St James & D'Albany (Hôtels), 202 rue de Rivoli, París.

Stankelben (Piernaslargas), personaje del libro para niños de Rodolphe Töppfer titulado Los notables viajes del señor Piernaslargas y sus aventuras por tierra y por mar, 1845, traducido por primera vez al danés en 1847.

Stanley Hotel, véase New Stanley Hotel.

Star and Garter, en Nairobi.

Steele, A., comandante afincado en Kiambu, en las cercanías de Nairobi.

Steele, Mrs, esposa del comandante Steele.

Stelling, comerciante en pinturas establecido en Gammel Torv 6, Copenhague, firma fundada en 1860.

Stengerde, personaje de La gesta de Kormak y de la parodia de cantar de gesta (saga) de J.P. Jacobsen titulada Kormak y Stengerde.

Stevenson, Robert Louis, 1850-1894, escritor inglés.

Stort Vildt (Caza mayor), libro danés de Hans Kaarsberg, 1901.

Strachey, Lytton, 1880-1932, escritor inglés.

Strandvejen, camino costero entre Copenhague y Helsingør.

Strindberg, August, 1849-1912, escritor sueco.

Stuckenberg, Viggo.

Suajili (idioma).

Suajili, tribu de Kenia.

Suecia.

Suicidio (el).

Sund (el).

Suráfrica.

Swedo, nombre de la casa adquirida por la Karen Coffe Co., Ltd., a los suecos en 1916 y que pasó a llamarse posteriormente Bogani.

Swedo-African Coffe Co., Ltd., H'ruru Estate, Ngong, plantación de café que adquirió Bror Blixen en 1913.

Swift, Jonathan, 1667-1745, escritor inglés.

Sølvgade 26, Copenhague, propiedad de Ellen y Knud Dahl situada frente al Kongens Have.

Tabora, ciudad situada en el territorio de Tanganika, en la línea del ferrocarril de Dar-es-Salaam a Kigoma.

Tana, río que nace en el monte Kenia y corre al mar después de haber atravesado una gran llanura llamada Tana Plains.

Tanganika (territorio de), comprendía la mayor parte de la antigua África Oriental alemana, bajo mandato británico.

Tanganyika, barco que hacía la ruta Génova-Mombasa.

Tanne, Min søster Karen Blixen (Tanne, mi hermana Karen Blixen), libro de recuerdos de Thomas Dinesen, 1974.

Taube, Ella, de soltera Ekman-Hansen, 1884-1966, hija del escritor y profesor P. Hansen, casada en 1911 con el actor de teatro y pintor Mathias Taube (1876-1934).

Taylor, Charles, comandante. The Survey Department (Departamento de Medición del Territorio), Nairobi.

Tempestad (La), obra de teatro de William Shakespeare.

Tennyson, Alfred, 1809-1892, poeta inglés.

Thaxton, H., gerente norteamericano de Isak Dinesen hasta el otoño de 1927 (aparece en Memorias de África con el nombre de Belknap). Más tarde agricultor en Naivasha.

There is life for a look at the crucified one, salmo misionero inglés de Amelia Matilda Hull (hacia 1825-1882).

Thika, ciudad situada al noreste de Nairobi.

Thomas, véase Dinesen, Thomas.

Thompson, Alan.

Thora, tía, véase Westenholz, Victoria Christine.

Thorvaldsen (Museo), en Copenhague.

Tilskueren, revista literaria mensual danesa desde 1884 a 1939.

Times (The), diario inglés.

Titi Gaturra, hermano menor de Kamante, toto encargado de cuidar los perros de Karen Blixen.

Tívoli, parque de atracciones de Copenhague.

Tolstói, León, 1828-1910, escritor ruso.

Tommy's Tunes, recopilación de canciones, marchas y parodias musicales de soldados compilada y arreglada por Frederick Thomas Nettleingham, 1917-1918.

Tommy, véase Dinesen, Thomas.

Torben, tío, véase Grut, Torben.

Tourvel, Monsieur de, alcalde francés de una pequeña ciudad en el siglo XVII.

Trafford, Raymond de.

Tres mosqueteros (Los), novela de Alejandro Dumas padre, 1844: 90, 94.

Troels-Lund, Troels, 1840-1921, historiador danés.

Tumbo, véase Muhammed Juma.

Turkana, comarca del norte de Kenia, al oeste del lago Turkana.

Tvív og Tro (Duda y fe), libro de H. Martensen-Larsen, 1909.

Uasha Nyero, véase Guaso Nyiro.

Uasin Gishu, distrito al oeste de Kenia, en torno a la ciudad Eldoret, famoso por sus muchos maizales.

Uganda, colonia del África Oriental británica.

Ulf (Haldorssøn), personaje de la novela de Sigrid Undset Kristin Lavransdatter.

Ulf, véase Hansen, Ulf.

Ulla, tía, véase Westenholz, Ulla.

Ulla, véase Lindström, Ulla.

Undset, Sigrid, 1882-1949, escritora noruega.

V.C., The Victoria Cross, condecoración inglesa (en forma de cruz de Malta), creada en 1852 por la reina Victoria para recompensar los actos de valor en la guerra.

Valdemar Atterdag, rey de Dinamarca.

Valmont, véase Clinique Valmont.

Vejle, ciudad de Jutlandia.

Ven, dulce tristeza (Kom søde Sorg), primera canción de Fortunio en la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad.

Venecia, ciudad del norte de Italia.

Venganza de la verdad (La), (Sandhedens Haevn), comedia de marionetas de Isak Dinesen publicada en la revista Tilskueren en mayo de 1926.

Venus, diosa romana de la belleza y el amor.

Venus, la estrella.

Verdún, escenario de una importante batalla durante la Primera Guerra Mundial.

Versalles, palacio situado en las afueras de París, construido en el siglo XVII.

Victoria (lago), lago de África, al oeste de Kenia.

Victoria, reina de Inglaterra, 1819-1901.

Viento favorable, poema de Isak Dinesen publicado en los anales de la asociación Norden en 1943.

Viernes, personaje de la novela de Daniel Defoe Robinson Crusoe, 1719.

Viggo, véase Neergaard, Viggo de.

Vimmelskaftet, calle del centro de Copenhague.

Virgen María (la).

Vivienne, véase Watteville, Vivienne de.

Vizcaya (golfo de).

Voi, ciudad situada al sureste de Kenia, en la línea ferroviaria Mombasa-Nairobi.

Vuggesang. En Moder synger for sin i Krigen faldne søn (Canción de cuna. Una madre canta a su hijo muerto en la guerra), poema de Karen Blixen publicado en Osceola, 1962.

Wakamba, tribu de Kenia.

Wangatta, localidad situada cerca de la granja de Karen Blixen.

Wanjangiri, joven indígena.

Wanscher, Ellen, 1883-1967, amiga de la infancia de Karen Blixen, luego casada con el arquitecto Mogens Lassen.

Wanscher, Johanne Margrethe, de soltera Hage, 1850-1929, madre de Ellen Wanscher.

Warren, Mrs, personaje de la obra teatral de George Bernard Shaw Mrs Warren's Profession, 1898.

Wassermann, Jakob, 1873-1934, escritor alemán.

Waterworks, traída de aguas que abastecía al distrito productor de sosa de Magadi, situado al suroeste de Nairobi.

Watteville, Vivienne de, muerta en 1957, escritora suiza, hija del naturalista Bernard de Watteville.

Webbs store (gran almacén de Webb).

Wells, H.G., 1866-1951, escritor inglés.

Westenholz, Aage, 1859-1935, ingeniero civil y propietario de plantación, presidente de la Karen Coffe Co., Ltd., de 1916 a 1932. Hermano de Ingeborg Dinesen.

Westenholz, Ellen («Koosje»), de soltera Grut, 1873-1951, casada en 1903 con el ingeniero civil Aage Westenholz.

Westenholz, Mary Bess («tía Bess»), 1857-1947, hermana de Ingeborg Dinesen, cofundadora de la Sociedad de la Iglesia Libre. Autora de Erindringer om Mama og hendes Slaegt (Mi madre y su familia,

recuerdos), aparecido en Blixeniana, 1979. Publicó, bajo el seudónimo de Bertel Wrads, Fra mit Pulterkammer (Desde mi trastero).

Westenholz, Mary Lucinde («Mamá»), abuela materna de Isak Dinesen, de soltera Hansen, 1832-1915, consejera de Estado, casada con el terrateniente Regnar Westenholz, de la finca de Matrup. Vivió en Folehave con su hija Mary Bess Westenholz.

Westenholz, Regnar Lodbrog, 1815-1866, abuelo materno de Karen Blixen, terrateniente, hombre de negocios y ministro de Finanzas, propietario de la finca de Matrup, en Horsens.

Westenholz, Ulla, 1860-1940, de soltera Hansen Grut, 1860-1940, casada con Asker Westenholz, de Matrup.

Westenholz, Victoria («Thora») Christiane, 1858-1935, hija de Rolf Krake Westenholz, hermano del abuelo materno de Karen Blixen, el consejero de Estado Westenholz. Muy íntimamente vinculada a la familia de Matrup.

Weyer, Johnnie van de, oficial, hacendado en Ngong.

Whittet, Roy, amigo de Bror Blixen.

Wickfield, Doctor, personaje de la novela de Charles Dickens David Copperfield, 1850.

Wicksteed, Philip H., sociólogo inglés.

Wieth, véase With, Aug., sucesor de.

Wilde, Oscar, 1856-1900, escritor irlandés.

Wilhelm, príncipe sueco, duque de Södermannland, 1884-1965, hijo del rey Gustav V, escritor.

Wilkes, cazador en safaris.

Winchilsea, Anne Jane, condesa de, fallecida en 1924, hija del almirante sir Henry Codrington, madre de Denys Finch Hatton.

Winchilsea, Guy Montagu George Finch Hatton, decimocuarto conde de, 1885-1939, hermano de Denys Finch Hatton.

Winchilsea, Henry Stormont, decimotercer conde de, 1852-1927, padre de Denys Finch Hatton.

With, Aug., sucesor de, comerciante en objetos de arte, Vimmelskaftet 34, Copenhagen.

Yago, personaje de la obra de Shakespeare Otelio.

Zahle (colegio femenino), en Nørrevold, Copenhague; fundado en 1851.

Zahrtmann, Kristian, 1843-1917, pintor danés.

Zøylner, Maria, 1876-1952, institutriz de Karen Blixen y de sus hermanas en Folehave, casada en 1917 con Herman Heilbuth.

Ølholm, pueblo a unos 20 km al oeste de Horsens, al sur de la finca de Matrup.

Notas

[1] En Copenhague. (N. del T.)

[2] «Fue la acción más valiente que he visto en mi vida». (N. del T.)

[3] Lo mismo, sólo que plucky, «valiente», aquí en superlativo, es más coloquial. (N. del T.)

[4] Poesía y verdad, título de un libro de memorias de Goethe. (N. del T.)

[5] Nordsjaelland, en Dinamarca. (N. del T.)

[6] «Fracasado en la vida». (N. del T.)

[7] Fara Krigsmand: Personaje de una canción infantil danesa al que se le promete una muerte inminente. La ortografía correcta del nombre del servidor de Karen Blixen es Farah, pero ella en gran parte de sus cartas escribe Fara. (N. del T.)

[8] Literalmente, «Vida campesina» o «Agrícola»; evidentemente se refiere a una revista para la gente del campo. (N. del T.)

[9] Hobley: Charles William Hobley, 1867-1947. Comisario principal en funciones del Protectorado de África Oriental, 1907. Autor, entre otras obras, de Kenya, from Chartered Company to Crown Colony (Kenia, de compañía comercial privilegiada a colonia de la Corona), [1929.]

[10] Siglas de British East Africa, África Oriental británica. (N. del T.)

[11] «Asqueada de todo el mundo como de un vestido que sienta mal»: cita de la comedia de marionetas de Isak Dinesen La venganza de la verdad. En la escena cuarta dice la chica Sabine: «Me repele esta vida de Edam como un vestido que sienta mal».

[12] Héroes de la historia danesa antigua. (N. del T.)

[13] The man-eaters of Tsavo: más exactamente, The man-eaters of Tsavo and other East African adventures (Los caníbales de Tsavo y otras

aventuras en el África Oriental), de J. H. Patterson, 1907. Relato sobre los leones caníbales que, en 1898, hostigaron a los obreros e ingenieros que tendían el nuevo ferrocarril de Mombasa a Uganda.

[14] Bror se fue volunteer: el 3 de agosto de 1914 Alemania declaró la guerra a Francia y a los pocos días de esto la Primera Guerra Mundial era un hecho. Sobre la participación de Bror Blixen en ella como voluntario y sobre el transporte de bueyes de Karen Blixen (mencionado en las cartas siguientes), véase el capítulo «Un safari en tiempo de guerra», en la cuarta parte del libro *Lejos de África*.

[15] No luchadores; es palabra inventada en inglés. (N. del T.)

[16] Posho: palabra suajili que significa «aprovisionamiento». En otras cartas se utiliza para denominar una especie de gachas de maíz poco espesas.

[17] Terreno para caballos. (N. del T.)

[18] Boma: palabra suajili que significa «cerca», «lugar cerrado». En la narración *Kongesønnerne* (Los hijos de los reyes), escrita en 1946, publicada en *Blixeniana*, 1987, pp. 14-27, describe Karen Blixen una noche en la boma, evidentemente tomando como base la descripción de esta carta.

[19] Pica: palabra suajili que significa «preparar».

[20] Grant: gacela de África.

[21] Lord Delamere: Hugh Cholmondeley, tercer barón Delamere, 1870-1931. Explorador inglés e importante personalidad en la creación del protectorado inglés de África Oriental, que luego llegó a ser colonia de la Corona inglesa con el nombre de Kenia. Llegó al África Oriental en 1903. Presidente de The Farmers' and Planters' Association (Asociación de Granjeros y Plantadores), miembro del Legislative Council (Consejo Legislativo). Fue, durante el tiempo que vivió en África, campeón de la supremacía blanca en Kenia, y a partir de 1920 estuvo en franca oposición con el gobierno de Londres, que quería proteger en la medida de lo posible los intereses de los africanos. Fue dueño de la finca Sosityambu, junto al lago Elmenteita, y de numerosas otras propiedades.

[22] Siglas de «District Commissioner». (N. del T.)

[23] Abreviatura de German East Africa, G.E.A., «África Oriental alemana». (N. del T.)

[24] El lago: se refiere al lago Victoria.

[25] «Cuartel general». (N. del T.)

- [26] «Cimiento». Aquí, evidentemente, significa sótano. (N. del T.)
- [27] Kiboko: palabra suajili que significa «látigo», hecho con cuero de hipopótamo.
- [28] Arda Volaja: más exactamente, Adhama Ulaja, expresión suajili que significa la majestad o la grandeza de Europa.
- [29] Res muerta por el cazador. (N. del T.)
- [30] Pertrechos, provisiones, vituallas. (N. del T.)
- [31] Latas de conserva. (N. del T.)
- [32] En la caza, el que lleva las escopetas para los cazadores. (N. del T.)
- [33] Mare (la «n» es el sufijo correspondiente al artículo) puede significar también «pesadilla», «íncubo», en danés. (N. del T.)
- [34] Probablemente confusión con aufgeregt, «agitado», en alemán. (N. del T.)
- [35] León. (N. del T.)
- [36] Su mujer en Somalilandia ha tenido un toto: de las cartas de Karen Blixen resulta que Farah, entre 1914 y 1931, estuvo casado con tres mujeres somalíes.
- [37] Cerebro. (N. del T.)
- [38] Me deprime mucho oír que Mamá no está bien: la abuela materna de Karen Blixen, la consejera de Estado Mary Westenholz, murió el 7 de septiembre de 1915 en Folehave, a los ochenta y tres años de edad.
- [39] El censor: el censor inglés en Nairobi que, durante la Primera Guerra Mundial, tenía la misión de leer todas las cartas enviadas desde el África Oriental británica.
- [40] «Fiebre del agua negra»: enfermedad del África tropical con fiebre inminente, vómitos y orina roja o negra. (N. del T.)
- [41] Shauri es palabra suajili que significa problema, lío. Aquí parece que quiere decir problemas de venta (trading) de cosas que tenía para comerciar con ellas. (N. del T.)
- [42] En 1916 se casaron sus dos hermanas: el 14 de julio se casó Ellen Dinesen con el abogado Knud Dahl, que llevaba muchos años haciéndole la corte, y el 24 de agosto se casó Inger Dinesen con el terrateniente Viggo de Neergaard, de Valdemarskilde.

[43] Tommy, equivalente de soldado raso en inglés. (N. del T.)

[44] El Hon. Joseph Baynes: sir Joseph Baynes, nacido en Inglaterra en 1842, murió en Nelsrust, Pietermaritzburg, en 1925. Iniciador de la industria láctea surafricana y latifundista en Natal, Suráfrica. Se hizo cargo en 1868 de la finca de su padre y la convirtió en un modelo de explotación agrícola que llegó a tener no menos de veinticuatro mil acres.

[45] Kafir, cafre, es término peyorativo, que se aplica a negros de las tribus y lenguas más diversas; actualmente, en Suráfrica, se usa para referirse despectivamente a los negros bantúes. (N. del T.)

[46] La muerte de Daisy: la más íntima amiga de juventud de Karen Blixen, Daisy Grevenkop-Castenkiold, casada con el embajador danés en Londres, murió repentinamente el 12 de enero de 1917.

[47] Saldo o venta realizado por el Gobierno. (N. del T.)

[48] «Y si no arriesga la vida...»: de la canción final de la obra teatral de Schiller Wallensteins Lager (El campamento de Wallenstein), 1798, donde se lee: Und setzet Ihr nicht das Leben ein,/Nie wird euch das Leben gewonnen sein (Y si no arriesgáis la vida/ no habréis ganado la vida.) Karen Blixen conocía evidentemente la cita por uno de sus libros favoritos, Hjemløs (Sin hogar), de M. A. Goldschmidt (1857), t. II, p. 1019, donde la dice Otto Krøyer.

[49] Los holandeses. (N. del T.)

[50] Trinchera. (N. del T.)

[51] El libro de Johannes Poulsen: libro de viajes titulado Gennem de fagre Riger (Por los bellos reinos), 1916.

[52] En Copenhague. (N. del T.)

[53] «En la reserva masai»: cita del poema de Isak Dinesen Ex Africa, escrito en 1915, publicado en la revista Tilskueren en abril de 1915.

[54] Eric von Otter: el barón sueco Carl Erik August von Otter, 1889-1923, llegó al África Oriental británica en 1914. Se enroló al comienzo de la Primera Guerra Mundial en los East African Mounted Rifles, de los que fue hecho capitán en 1916. Jefe de las fuerzas armadas de Turkana en 1919. Murió en Lodwar, Turkana. Hay una lápida en recuerdo suyo en la iglesia All Saints de Nairobi. Se casó en 1911 con Helga Maria Stenborg, de la que se divorció pocos años después. Dejó dos hijas.

[55] De permiso. (N. del T.)

[56] «En lo alto de Skandsen por la mañana»: cita del poema de Bjørnson, Olav Trygvason, cuyo primer verso dice: Brede sejl over Nordsø gaar («Ancha vela cruza el mar del Norte»).

[57] Te mandé a Inglaterra un poema de Año Nuevo: ni el poema ni la carta que lo acompañaba parecen haber sido conservados.

[58] Garrapata, ácaro. (N. del T.)

[59] Literalmente: «Caja fuerte para la carne». (N. del T.)

[60] «Si le roba dos peniques a un mendigo ciego y compra con ellos veneno para su madre, no ha sido más que por buen humor». (N. del T.)

[61] Arteria central de Copenhague. (N. del T.)

[62] Alemán: «Pero no preguntes cómo». (N. del T.)

[63] En Copenhague. (N. del T.)

[64] La hija del gobernador anterior: Miss C. E. M., o Miss G. S. E. Belfield, hijas ambas del gobernador Henry Belfield.

[65] Colonos. (N. del T.)

[66] En Dinamarca. (N. del T.)

[67] El poema de Musset a Victor Hugo: el soneto A. M. Victor Hugo, escrito el 26 de abril de 1843, del que se citan aquí los dos últimos versos.

[68] «...Y recordamos que marchábamos juntos/ y que el alma es inmortal.../ y que ayer es mañana». (N. del T.)

[69] Lived a woman wonderful: «Vivía una mujer maravillosa», verso del poema de Rudyard Kipling South Africa (1903). El poema consta de ocho versos.

[70] «Estimaban en más sus favores/ que la fundación de un trono/ por la luz de su rostro/ se despidieron de su casta y de su raza/ y llegaron a hacer de su tumba el altar de una nación». (N. del T.)

[71] Una tribu odiosa. (N. del T.)

[72] El mullah (jerarca religioso musulmán) loco. (N. del T.)

[73] Superar. (N. del T.)

[74] «Las mismas hayas y claras noches...»: cita del poema de Johannes V. Jensen titulado *Envoi* (1910).

[75] *Karen Coffee Company, Ltd.* (N. del T.)

[76] *Soldier-settlement*: la idea de repartir tierra gratis o barata entre los soldados que lucharon en la guerra ya había sido propuesta oficialmente en Inglaterra en 1915. Bror Blixen tomó la iniciativa de conseguir capital sueco para la financiación del plan, pero tanto sus cálculos numéricos como sus motivos personales fueron considerados inaceptables. El plan se suscitó de nuevo y fue llevado a cabo por parte unilateral inglesa en 1919.

[77] *Land Commission*: esta comisión tomaba decisiones relativas al derecho agrícola y la cumplimentación de las solicitudes de tierra de los indígenas. Administraba leyes sobre las reservas indígenas. El 2 de marzo de 1917 se nombró una comisión de parcelación cuya misión consistía en examinar las posibilidades y estipulaciones para asignar parcelas de tierra a los soldados de origen europeo que lucharon del lado inglés durante la guerra mundial en África Oriental o en algún otro territorio.

[78] «Los Dinesen son la familia de la baronesa Blixen, conocidos como germanófilos». (N. del T.)

[79] *Proyecto*. (N. del T.)

[80] *Rectitud*. (N. del T.)

[81] «¡Muerte!, ¿dónde está tu lanza? ¡Infierno!, ¿dónde tu victoria?»: variante de: «¡Muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Muerte!, ¿dónde está tu lanza?» Primera Epístola a los Corintios, 15, 55.

[82] *Ragnarök* o *Ragnarökkr*: crepúsculo o destino de las potencias, *Götterdämmerung* en la mitología escandinava. (N. del T.)

[83] *En Dinamarca*. (N. del T.)

[84] Este nombre, y los siguientes: personajes de los cantares de gesta escandinavos. (N. del T.)

[85] «Cara a cara deben luchar las águilas»: réplica de Erling Skjalgsøn, conservada en el poema del bardo Sigvat Tordsson sobre el duelo entre Erling y el rey Olav, que terminó con la muerte de Erling el 21 de junio del año 1028. El poema se encuentra en *La gesta de san Olav*. (Aquí se cita según la traducción del noruego de Gustav Storm.)

[86] He escrito algunos versos, que te envío: se trata del poema titulado *Vuggesang*. En *Moder synger for sin i Krigen faldne Søn* (Canción de

cuna. Una madre canta a su hijo muerto en la guerra), publicado en el libro de Navidad de ediciones Gyldendal Osceola, 1962.

[87] «Las personas de uniforme no son seres humanos». (N. del T.)

[88] Bien controlados. (N. del T.)

[89] El promedio de la gente, la gente corriente o media. (N. del T.)

[90] Bíblico o evangélico. (N. del T.)

[91] «Fue la acción más valiente que he visto en mi vida». (N. del T.)

[92] Leerbaek: finca situada en el valle de Grejs, cerca de Vejle. Fue propiedad, de 1874 a 1925, del comisario de Agricultura Georg Sass y de su esposa Karen Sass, apellidada de soltera Westenholz, hermana de Ingeborg Dinesen. En 1925 Leerbaek pasó a manos del hermano menor de Karen Blixen, Anders Dinesen, que, desde 1920, había participado con su tío en el cultivo de la finca. Georg y Karen Sass siguieron viviendo en el edificio principal hasta su muerte, mientras Anders Dinesen prefería vivir en la llamada «Hopballehus», que era una vivienda más modesta situada en la finca propiamente dicha. En 1956 Leerbaek pasó a ser propiedad de Thomas Dinesen, y desde 1962 lo es de su hijo menor.

[93] El viejo del sillón: el abuelo paterno de Karen Blixen, el montero mayor del rey Laurentz Dinesen, de Katholm, que, en 1910, fue víctima de un ataque de apoplejía, repetido en 1915.

[94] Sobrina. (N. del T.)

[95] Finca ganadera. (N. del T.)

[96] Carne muerta (N. del T.)

[97] Viruela. (N. del T.)

[98] Irrumpir fuera de la trinchera para lanzarse al asalto. (N. del T.)

[99] «¡Victoria en tu mano y victoria en tu pie...!»: cita de la canción folclórica Svend Vonved, que aparece también en el libreto escrito por Christian Richardt para la ópera de Heise Drot og Marsk (Rey y condestable) (1878).

[100] Entusiasmo. Propiamente excitement. (N. del T.)

[101] Almacenes. (N. del T.)

[102] Lío. (N. del T.)

- [103] Jefes de los masai (N. del T.)
- [104] Hoguera. (N. del T.)
- [105] Tu V. C.: Thomas Dinesen recibió la Victoria Cross el 26 de octubre de 1918.
- [106] La única condecoración del mundo. (N. del T.)
- [107] «Le superflu» y, por tanto, «le nécessaire»: alusión a la frase de Voltaire le superflu, chose très nécessaire, en Satires, Le Mondain, 9-11-1736.
- [108] Beneficio neto. (N. del T.)
- [109] Contentísimos. (N. del T.)
- [110] Socio a medias. (N. del T.)
- [111] El soneto de Musset sobre Beatrice Donato: escrito por Alfred de Musset en 1838, utilizado en su novela corta Le Fils du Titien.
- [112] «Fíjate, tan poca cosa es la gloria en la tierra/ que por muy bello que sea ese retrato, no vale,/ créeme bajo palabra, lo que un solo beso de la modelo». (N. del T.)
- [113] Papel moneda sin valor, emitido durante la Revolución Francesa. (N. del T.)
- [114] «Todo lo dan los dioses, los infinitos, a sus favoritos completamente: todas las alegrías —las inconmensurables—, todos los dolores, los inconmensurables, completamente». (N. del T.)
- [115] «Alles geben die Götter...»: cita del poema de Goethe An Auguste Stolberg (1777).
- [116] Que tú me shindar sana (suajili): que tú eres superior a mí.
- [117] Tu croix de guerre: Thomas Dinesen recibió la Cruz de Guerra francesa el 27 de septiembre de 1918.
- [118] Te envío un recorte de uno de nuestros periódicos: el recorte a que aquí se alude debe de ser el artículo de The Leader, del 21 de diciembre de 1918, con el título: Baronness' Blixens Brother gets V. C. (El hermano de la baronesa Blixen recibe la Victoria Cross).
- [119] Seguimos la pista. (N. del T.)
- [120] Se desbocaron. (N. del T.)

- [121] Plan de colonia militar, o de soldados. (N. del T.)
- [122] «¡Ahora, pobre corazón, olvida el dolor! ¡Ahora todo va a mejorar!» (N. del T.)
- [123] «Nun, armes Herz...»: cita extraída del poema de Ludwig Uhland *Frühlingsglaube*, al que puso música Franz Schubert en 1820.
- [124] Semana de carreras. (N. del T.)
- [125] Estadio o hipódromo. (N. del T.)
- [126] Grupo de gente invitada a pasar unos días en una casa. (N. del T.)
- [127] Los Polovtsoff: el general ruso Peter A. Polowtzoff y su mujer. Huyeron de Rusia durante la revolución y vivieron muchos años en Montecarlo, que el general ha descrito en su libro *Monte Carlo Casino* (Nueva York y Londres, 1937). Su segundo libro, *Glory and Downfall — reminiscences of a Russian general staff officer*, se publicó en ruso en 1927 y en inglés en Londres en 1935.
- [128] (La Política), diario fundado en 1884. (N. del T.)
- [129] Las actividades del tío Aage: durante el fuerte avance bolchevique en Europa Oriental poco antes de firmarse la paz en 1919, Aage Westenholz fue la figura principal en la creación de un cuerpo militar danés compuesto por voluntarios que se dirigió a los países del Báltico para luchar contra la ocupación comunista. La organización del cuerpo no despertó un entusiasmo unánime, ni mucho menos, en la prensa danesa, y cuando llegaron noticias de los primeros caídos estalló seriamente la crítica, sobre todo en el diario *Politiken*. Como consecuencia de una manifestación de protesta de jóvenes radicales en Copenhague, Aage Westenholz y los demás organizadores fueron denunciados a la policía y acusados de reclutamiento ilegal de mercenarios daneses. La polémica a favor y en contra del cuerpo de voluntarios tardó varios meses en terminar.
- [130] Pequeños salones de té. (N. del T.)
- [131] Escritura de venta. (N. del T.)
- [132] La choza de hierba (...) del tío Aage: durante su visita a la finca, el presidente del consejo de administración Aage Westenholz propuso que Karen Blixen se mudase a una casa muy modesta y primitiva, «la choza de hierba», para mostrar así su voluntad de ahorrar dinero, pero esta proposición fue tajantemente rechazada por Karen Blixen.
- [133] Personaje de la novela de Selma Lagerlöf *Gösta Berlings Saga*. (N. del T.)

[134] Malentendidos. (N. del T.)

[135] «Moriré si dejáis caer sobre mi corazón desde alta altura una palabra dura...» (N. del T.)

[136] «Je mourrai si de cette hauteur...»: cita extraída de la obra de Edmond Rostand Cyrano de Bergerac, acto III, escena sexta (1897). En el original, Cyrano dice: ...et vous me tueriez si de cette hauteur / Vous me laissiez tomber un mot dur sur le cœur !, lo que puede traducirse como: «¡y... me mataríais si desde esta altura/ me arrojaseis una palabra dura sobre el corazón!»

[137] Equivocada. (N. del T.)

[138] Alusión a los caballeros de la obra La saga de Gösta Berling. (N. del T.)

[139] Una señora inglesa: Jacqueline («Cockie») Birkbeck, de soltera apellidada Alexander.

[140] Agricultura, labranza. (N. del T.)

[141] «En el maravilloso mes de mayo...». (N. del T.)

[142] «No te soltaré hasta que me bendigas»: Génesis, 32, 26.

[143] Viggo y el primo llevan ya más de quince días aquí: después de la muerte de Ea de Neergaard, el 17 de junio de 1922, su viudo, Viggo de Neergaard, quería salir de su ambiente habitual y se fue de viaje a fines de ese año con su primo, el montero real Peter de Neergaard, a Kenia, donde pasó un par de meses en la finca como invitado de Karen Blixen.

[144] The indien (sic) question: la cuestión india, que se agudizó en 1923, cuando el gobierno de Londres decidió conceder el derecho al voto a los treinta y cinco mil indios que vivían en Kenia. Los casi diez mil europeos se opusieron a ello con tanta energía que el gobierno inglés tuvo que retirar el proyecto.

[145] Venta forzosa. (N. del T.)

[146] Fracaso. (N. del T.)

[147] ¿O cómo?, ¿de qué otra forma? (N. del T.)

[148] Solera o cosecha. (N. del T.)

[149] Clásicos daneses, el primero de gran importancia. (N. del T.)

[150] «Madurará hasta volverse tan agudo, amable y recto... que todo él parecerá auténtico como un buen soberano». El soberano es una

moneda inglesa de oro, que ya no tiene curso legal, equivalente a una libra esterlina y un chelín, según el sistema monetario inglés que dejó de existir hace unos años para dejar paso al decimal. (N. del T.)

[151] Las cartas de Zahrtmann: las cartas de Kristian Zahrtmann a Benedicte Frølich, extractos de las cuales fueron publicados en la revista Tilskueren en marzo de 1926, pp. 216-235.

[152] Las obras teatrales en un acto de Otto Benzon: la trilogía dramática Forældre (Padres), que consta de Interiør, Landskab med Figurer y Genrebilleder (Interior, Paisaje con figuras y Cuadro de género), y que se estrenó en el Teatro Real de Copenhague en enero de 1923.

[153] «Todo el mundo sabe que usted es una verdadera mujer cristiana». (N. del T.)

[154] He releído ahora a Benvenuto Cellini: la autobiografía del orfebre y escultor florentino se publicó en danés en 1900 en dos tomos.

[155] La biografía de Mamá: recuerdos de la vida en Matrup, Folehave y Rungstedlund, escritos por Mary Bess Westenholtz, publicados en Blixeniana en 1979.

[156] Kali (suajili): significa cortante, arisco.

[157] «Llévatelo y quémalo, no quiero volverlo a ver». (N. del T.)

[158] «Prueba un día más, pienso que ahora Dios va a ayudarte y te quedará muy bien». (N. del T.)

[159] Árboles de sombra. (N. del T.)

[160] En el texto: runned saa close, o sea: el verbo inglés run, «correr», con la desinencia danesa del pasado ed, luego saa, actualmente så, «tan» en danés, y close, «cercano» en inglés. Frase híbrida típica de la autora. (N. del T.)

[161] Carros indios. (N. del T.)

[162] «Sólo los gatos y los perros, éstos son los que las traen» (a casa). (N. del T.)

[163] La muerte de Eric Otter: amigo íntimo de Karen Blixen, Eric von Otter murió en Lodwar, Turkana, el 7 de agosto de 1923.

[164] La vicaría de Nøddebo: conocida por la novela de Henrik Scharling Ved Nytaarstid i Nøddebo præstegaard (Año Nuevo en la vicaría de Nøddebo) (1862), llevada más tarde al teatro por Elith Reumert.

[165] «La muerte no es nada, el invierno no es nada...»: cita extraída de la penúltima estrofa del poema de Sophus Claussen Røg I (Humo I), aparecido en el libro Kulrøg (Humo de carbón) (1899). El resto dice así: «Porque las llamas, el fuego / han reavivado los altares caídos de mi juventud/ en la hierba junto a la fuente». Ver la carta de Karen Blixen a Thomas Dinesen de fecha 20-11-1928, p. 351.

[166] El infierno en la mitología escandinava. (N. del T.)

[167] Managing director: éste fue el puesto de Karen Blixen en la Karen Coffee Co. desde el 19 de junio de 1921, cuando Aage Westenholz y Karen Blixen, con Thomas Dinesen como testigo, llegaron a un acuerdo sobre la finca africana.

[168] Justicia y dignidad. (N. del T.)

[169] Reserva de caza. (N. del T.)

[170] Un pequeño tratado de moral sexual: ensayo en doce capítulos titulado Moderne Aegteskab og andre Betragtninger (El matrimonio moderno y otras observaciones), enviado a Thomas Dinesen en manuscrito en mayo-junio de 1924; publicado en Blixeniana en 1977.

[171] Pinche negro. (N. del T.)

[172] Hasta que «se haya casado con cinco o seis mujer» (Sic). Debiera ser wives, en plural. (N. del T.)

[173] Audhild: en realidad, se trata de Aashild, un personaje de la novela de Sigrid Undset.

[174] La autora, noruega, de la novela de que se habla en esta carta. (N. del T.)

[175] Importante crítico literario sueco. (N. del T.)

[176] «No hay brujería alguna». (N. del T.)

[177] El joven Jocelyn: se trata, en realidad, del joven Jolyon, de la novela de John Galsworthy.

[178] Control de natalidad. (N. del T.)

[179] Sin que «en su voz se note una pizca de ironía»: cita extraída de Breve og Strøtanker (Cartas y pensamientos dispersos), de J. P. Jacobsen, publicado en Digte og Udkast (Poemas y borradores), 1886. La frase completa es la siguiente: «Ninguna persona culta de nuestro tiempo puede pronunciar la palabra "conmovedor" sin que en su voz se note una pizca de ironía».

[180] Anglicismo. Propiamente es independent. (N. del T.)

[181] Un danés viejo, ciego y borracho, Aarup: Peter M. Aarup, hacia 1865-1924, descendiente de una vieja familia de pescadores daneses; él mismo había sido marinero y pescador en su juventud. Hacia el comienzo del siglo emigró a África y se ganó la vida como excelente constructor de barcos en África Oriental; construyó, por ejemplo, el yate de placer del sultán de Zanzíbar. En sus últimos años llegó a quedarse casi ciego, pero hasta el final estuvo ocupado en grandes y nuevos proyectos. Fue el primero que consiguió encontrar y pescar peces en el río Athi, cerca de Nairobi, preparando de esta manera las bases para la gran industria pesquera de este río que, hoy en día, abastece a Nairobi de pescado seco. En 1924 el gobierno le recompensó con una pensión mensual para el resto de su vida, pero murió poco tiempo después. Peter M. Aarup tuvo en 1887 una hija con una joven danesa y mantuvo constante correspondencia con la familia de su hija.

[182] Defenderse, tener sentido. (N. del T.)

[183] En realidad, Gessler, personaje de Guillermo Tell. (N. del T.)

[184] «...Tengo abundancia de parientes...»: cita según la respuesta de Ragnhild en el IV acto, escena tercera, de la obra de teatro de Henrik Hertz Svend Dyrings Hus (La casa de Svend Dyring) (1837).

[185] «No me doblo, me rompo». (N. del T.)

[186] Gente remilgada, pagada de su propia rectitud, superioridad o erudición, pedantes. (N. del T.)

[187] «Pasar por encima». El verbo alemán está aquí mal usado: debiera ser schwimme o Schwimmen über. (N. del T.)

[188] «Los que te quedan arden con sólo oír tu nombre»: cita de la última estrofa del poema de B. S. Ingemann Til Dannebroege (A la bandera danesa), que comienza así: «Onde orgullosamente ante las olas del Báltico». El original es el siguiente: «¡Ve a los que te quedan,/ arden con sólo oír tu nombre!./ en defensa de tu honor quieren/ con impaciencia morir...»

[189] Atajo. (N. del T.)

[190] (Llover) a manta. (N. del T.)

[191] El viejo Nepken: el africano-danés Johan Dobi Nepken, 1870-1966. Nacido en Lolland, emigró a Suráfrica en 1895 y llegó a Kenia en 1912. Construyó, después de la Primera Guerra Mundial, una traída de aguas para la Magadi Soda Co.; desempeñó luego el puesto de administrador de la misma y supervisó la traída de aguas, de ciento sesenta kilómetros de longitud, desde las colinas de Ngong hasta Magadishu. Fue excelente

cazador; debido a la rapidez de sus reflejos ante los animales salvajes los indígenas le dieron el apodo de Bwana Chui, señor Leopardo.

[192] En el original Kanariesek. Sek, propiamente sekt, es champán en alemán, a través del inglés sack, jerez seco, del castellano «seco». (N. del T.)

[193] «¿Piensas acaso que, porque eres virtuoso...?»: cita de la obra de Shakespeare Twelfth Night (Noche de Epifanía), acto II, escena tercera. La frase es una mezcla de las contestaciones de sir Toby Belch y del bufón, libremente citadas de memoria, como era la costumbre de Karen Blixen.

[194] «Nunca pude vivir la vida del joven...»: cita de la segunda estrofa del poema de J.P. Jacobsen Der hjaelper ej Drømme (No ayuda a soñar), del libro Hervert Sperring, escrito en 1867-68 y editado póstumamente, en 1886, en Digte og Udkast (Poemas y borradores). El original dice así: «Bien poseí yo una niñez bella y rica,/ pero la niñez no es más que el rescoldo de la vida,/ y nunca pude vivir la vida del joven,/ ésa la viví en sueños, ¡ay!, en el país de las sombras,/ nunca pude luchar a brazo partido con el mundo,/ no he sido joven,/ y ahora soy hombre».

[195] Maquillados de arriba (a abajo). (N. del T.)

[196] «Sobre la roca de la palabra divina»: cita del salmo Jert Hus skal I bygge paa Ordets Klippegrund (Vuestra casa construiré sobre la roca de la palabra), escrito en 1878 por Jakob Paulli (1844-1915).

[197] Chismorreos, cotilleos. (N. del T.)

[198] «Ella era digna de amor y él la amaba...»: lema del capítulo I del libro de Heinrich Heine Ideen, Das Buch Le Grand (Ideas, el libro Le Grand) (1826), traducido al danés por Sophus Claussen en 1901 con el título Bøgen om Le Grand.

[199] Privada. (N. del T.)

[200] El arte de ser humanos. (N. del T.)

[201] Ejemplo de anglodanés a lo Blixen: cheerful es «animado» en inglés, pero en danés si a un adjetivo se le añade una t se convierte en adverbio. (N. del T.)

[202] «Movilidad de alma»: cita del libro de Carsten Hauch Minder fra min Barndom og Ungdom (Recuerdos de infancia y juventud) (1867), p. 203.

[203] Inadaptados. (N. del T.)

[204] Recibió carta de su (...) hermano: Guy Montagu George Finch Hatton, luego decimocuarto conde de Winchilsea.

[205] Tu artículo sobre la caza del león en Gads Magasin: se trata del artículo titulado Paa Løvejagt i Østafrika (La caza del león en África Oriental), por Thomas Dinesen, aparecido en el Gads Danske Magasin, 1924, pp. 51-64, con ilustraciones.

[206] El libro de Martensen-Larsen: Tvivl og Tro (Duda y fe), de H. Martensen-Larsen, 1909.

[207] No lo que le dijo Kormak a Stengerde: las mencionadas citas del ensayo de Isak Dinesen no proceden de Kormaks Saga (La gesta de Kormak), sino de la parodia de gesta de J.P. Jacobsen Kormak og Stengerde (Kormak y Stengerde), escrita hacia 1868 y publicada en Digte og Udkast, 1886, pp. 92-121. El texto de Isak Dinesen contiene desviaciones aisladas del original. Véase Moderne Aegteskab og andre Betragtninger (El matrimonio moderno y otras observaciones), capítulo VII (Den store Kejser Otto), publicado en Blixeniana, 1977, p. 31.

[208] Me asqueaba la vida como un vestido que sienta mal: véase nota de la página 53.

[209] Una debilidad. (N. del T.)

[210] Respectivamente, Per Degn y Jesper Ridefogden, en la comedia de Holberg Erasmus Montanus. (N. del T.)

[211] «El individuo»: concepto en la obra de Søren Kierkegaard, mencionado, entre otros sitios, en el prólogo a To Opbyggelige Taler (Dos discursos edificantes), [1843, y en Synspunktet for min Forfatter-Virksomhed (Punto de vista sobre mi actividad de escritor), 1859.

[212] «Bendita para siempre». (N. del T.)

[213] Wataa yaate na penda Mama (suajili): «Estamos hartos de esto, porque queremos mucho a tu madre».

[214] Mimi kidogo (suajili): «Soy demasiado pequeño».

[215] «El más bello, encantador y delicioso tipo de mujer». (N. del T.)

[216] Molesto, penoso. (N. del T.)

[217] Ayer fui al teatro a ver L'Idiot: la dramatización, por Fernand Nozière y J. Wladimir Bienstock, de la novela de Dostoievski El idiota, se estrenó en el Vaudeville de París en abril de 1925.

[218] Imponer reglas. (N. del T.)

- [219] Zorro, que sortea astutamente las dificultades. (N. del T.)
- [220] Mojigatería. (N. del T.)
- [221] «Pattat ndito» (suajili): «encontrado una novia».
- [222] «Modja tu?» (suajili): «¿solamente una?»
- [223] «Muy bueno, muy bueno, muy bueno, todo el mundo lo dice». (N. del T.)
- [224] «No es esto, mucha gente no es kali, pero Thomas completamente distinto, su palabra mejor que gran contrato con otros hombres blancos». El inglés de Farah está lleno de incorrecciones. (N. del T.)
- [225] Reloj. (N. del T.)
- [226] Propina, soborno. (N. del T.)
- [227] Su padre está enfermo: el padre de Denys Finch Hatton, Henry Stormont, decimotercer conde de Winchilsea, murió el 14 de agosto de 1927.
- [228] «Siempre era con usted con quien íbamos a cenar, pero era terrible sin usted, como una casa con fantasmas». (N. del T.)
- [229] Carreras. (N. del T.)
- [230] Grados Fahrenheit, equivalen aproximadamente a 40 grados centígrados. (N. del T.)
- [231] «Por favor, ayúdame a ir a Europa, moriré si sigo aquí». (N. del T.)
- [232] «Taparse las orejas y la boca»: cita de la canción folclórica danesa Agnete og Havmanden (Agnete y el Tritón). El original dice así: «Él le tapó a ella las orejas, le tapó a ella la boca».
- [233] Mbuni (suajili): significa los desperdicios del café (en planta).
- [234] «Lo que quiero es precisamente lo que no hago, y lo que no quiero es lo que hago»: variante de «lo bueno que quiero no lo hago, pero lo malo que no quiero es lo que hago». Epístola a los Romanos, 7, 19.
- [235] «Ya no hay una escalera que conduzca al infierno»: cita del poema de Sophus Claussen Trappen til Helvede (La escalera del infierno), 1904.
- [236] «El diablo es caro...»: cita del poema de Sophus Claussen Djaevlerier (Diabluras), publicado en 1904 en el libro del mismo título.

El segundo verso de la cita dice: «Un jactancioso relucir de su cola de estrella de fuego».

[237] En poquísimos tiempo. (N. del T.)

[238] «No tiene nada que ver con lo que estamos hablando». (N. del T.)

[239] Inconvenientes. (N. del T.)

[240] Posibilidad, oportunidad. (N. del T.)

[241] De verdad, en carne y hueso. (N. del T.)

[242] Forzar los sentimientos (de la gente). (N. del T.)

[243] Los niños de Rothe: los hijos del pastor Oluf Rothe: Jens Wilhelm Rothe, nacido en 1911; Nina Rothe, cuyo apellido de casada sería Friedberg, 1916-1970, y Bendt Rothe, nacido en 1921. La segunda mujer de Oluf Rothe, de apellido de soltera Lindhart, era hermana de Jonna Dinesen.

[244] «Lleva demasiado peso». (N. del T.)

[245] Mujer, en suajili. (N. del T.)

[246] Bombachos. (N. del T.)

[247] Jersey (de tartán de pastor). (N. del T.)

[248] Zarrapastrosa. (N. del T.)

[249] Tu artículo sobre el jardín de Rosenborg: la Asociación para el Embellecimiento de la Capital convocó en 1925 un concurso sobre un tema relacionado con el objetivo de dicha Asociación. El premio se lo llevó Ellen Dahl, cuya colaboración se publicó en la revista Forskønnelsen, año XVI, número 2, 1926, firmada «M».

[250] «There is life in a look at the crucified one»: salmo misionero inglés de Amelia Matilda Hull (hacia 1825-82). La traducción al noruego es de Eveline Heede (1820-83), con los siguientes versos iniciales: «Hay vida en mirar al cordero que sangra, / hay salvación, oh, pecador, para ti.» Indre Missions Sangbog (Libro de cánticos de la misión interior), 1945, número 503.

[251] Damu a gondoa (suajili): propiamente, damu a kondoa, la sangre del cordero.

[252] Vuestro nuevo hogar: Thomas y Jonna Dinesen se habían instalado, después de su boda, en Serridslevvej, 8, barrio de Østerbro, Copenhague.

[253] «Mi alma, el hogar de mi corazón»: cita de la narración autobiográfica de Jakob Knudsen, *Bortliciteret* (Ofertado), publicada en Jyder (Jutlandeses), 1915.

[254] «Oigo en la noche/ de bosques silenciosos,...»: primera estrofa del poema de Holger Drachmann *Jeg hører i Natten* (Oigo en la noche). Los tres últimos versos, en la versión de Isak Dinesen, están tomados de la última estrofa. La primera termina así en el original: «Me llaman, salgo afuera».

[255] «Suenan bien, como un buen soberano» (moneda antigua inglesa). (N. del T.)

[256] Hermano negro (aquí se entiende en plural). (N. del T.)

[257] *The love of the parallels*: en realidad, *The Loves of the Parallels* (Los amores de los paralelos), título de la tercera parte de la novela de Aldous Huxley *Those Barren Leaves* (Esas hojas estériles), 1925.

[258] Corrían riesgos. (N. del T.)

[259] «No hay retirada, no hay retirada, no tienen más remedio que vencer o morir los que no carecen de posibilidad de retirada». (N. del T.)

[260] *Jambo memsabo* (suajili): saludos, señora.

[261] Fumadero o café. (N. del T.)

[262] Una broma pesada. (N. del T.)

[263] No digna de ser vivida. (N. del T.)

[264] «En espíritu y verdad»: del Evangelio de san Juan, 4, 23-24.

[265] Nombre de una finca familiar. (N. del T.)

[266] A gusto. (N. del T.)

[267] A la altura. (N. del T.)

[268] Llegar a fin de mes (malvivir económicamente). (N. del T.)

[269] «One whom men love not and yet regret»: «Uno a quien nadie ama, y al que, sin embargo, lamentan», cita de *Stanzas written in dejection near Naples* (Estrofas escritas con abatimiento cerca de Nápoles), de Percy Bysshe Shelley, 1818, quinta estrofa.

[270] Animosamente. (N. del T.)

[271] Rancio. (N. del T.)

[272] Estado de ánimo. (N. del T.)

[273] «Por causa de la incertidumbre sus pies perdían...»: cita de la novela de Bjørnstjerne Bjørnson *Det flager i byen og på havnen* (Caen copos en la ciudad y en el puerto), 1884, cuarta parte, capítulo 2. El texto original dice así: «...por celos y por inseguridad, ella había ido perdiendo el pie poco a poco, de modo que, con el pensamiento y con el cuerpo, daba saltos en torno como un pájaro; parecía tan increíblemente encantada, tan llena de cuestiones espirituales y de música..., hasta un día en que las fuerzas ya no le bastaron; se hundió».

[274] Rompe. En el original, breaker, aplicando la desinencia verbal danesa a un verbo puramente inglés. (N. del T.)

[275] Bibi: esta palabra suajili se usa aquí para designar a una indígena vieja y casada.

[276] Garrapata. (N. del T.)

[277] Literalmente, calle ancha. Una calle céntrica de Copenhague. (N. del T.)

[278] Apurados de dinero. (N. del T.)

[279] «La felicidad de mi vida»: más exactamente, «la felicidad de mi alma», del poema de Viggo Stuckenberg Ingeborg, I, publicado en el libro titulado *Sne* (Nieve), 1901.

[280] «Se me ha enseñado mal a propósito». (N. del T.)

[281] La señora Warren en la obra de Bernard Shaw: el personaje principal en la obra teatral de G.B. Shaw *Mrs Warren's Profession* (La profesión de la señora Warren), 1898.

[282] Inquietud. (N. del T.)

[283] Balance. (N. del T.)

[284] Duca (suajili): negocio o empresa comercial, tienda donde se vende todo, principalmente para los habitantes indígenas de la finca o squatters.

[285] Camión. (N. del T.)

[286] Literalmente, azotar a un caballo muerto. Insistir en algo ya sabido o pasado. (N. del T.)

[287] East African Women's League: fundada el 14 de marzo de 1917. Su objetivo: estimular el interés de las mujeres por los deberes que la sociedad impone a sus ciudadanos. Promover la unidad, la colaboración y la beneficencia hasta convertirlos en objetivo de utilidad pública. Fundar bibliotecas locales y dar clases sobre temas relacionados con la Cruz Roja. Estimular el bienestar de mujeres y niños en toda la colonia.

[288] Sangre holandesa. (N. del T.)

[289] Escaramuzadores: soldados de vanguardia de infantería que iban de dos en dos explorando el terreno antes de que avanzase el contingente principal.

[290] Diario de Copenhague que aún se publica; Berling es el apellido de su fundador. (N. del T.)

[291] Cuidar de los propios asuntos. (N. del T.)

[292] Los «hijos saltarines del bosque» (...) «rugen los rebaños»: citas ambas de la segunda estrofa de la oda de Johannes Ewald Rungsteds Lyksaligheder (Dichas de Rungsted), 1775, y que comienza así: «Donde rugen los rebaños/ contra los hijos saltarines del bosque».

[293] «...Campesinos o poetas,...»: del poema de Emil Aarestrup Skaaler ved et Barselgilde (Brindis en una fiesta de bautizo), escrito en 1833, publicado en Efterladte Digte (Poemas póstumos), 1863, pp. 52-54. Evidentemente citado de memoria. Las dos estrofas se citan aquí al revés, equivocadamente y con desviaciones del texto original del poeta.

[294] Msei kabisha (suajili): un hombre muy viejo.

[295] Desazona. (N. del T.)

[296] «La noche cálida ha derramado sus dones,...»: primera estrofa del poema de Ludvig Bødtcher Piazza Barberina, escrito en Roma en 1830, publicado en 1866. El cuarto verso dice así en el original: «Desde los jardines romanos, ricos en naranjas».

[297] «Me da la impresión de que voy a casa, porque ahora Ngong me parece mi hogar más que Inglaterra». (N. del T.)

[298] Mi querida oveja blanca como la nieve: expresión tomada del poema de cumpleaños de Karen Neergaard, de ocho años de edad, al cumplir setenta años su abuela materna Ingeborg Dinesen, 5-5-26, donde se dice: «Una oveja blanca como la nieve vio llegado el momento...» Karen Blixen utilizó a partir de entonces esta expresión, con diversas variantes, en el encabezamiento de las cartas dirigidas a su madre.

[299] «Perspectivas dudosas». (N. del T.)

[300] «Perspectivas muy inciertas». (N. del T.)

[301] «Tu gente tiene que estar loca de atar si deja salir de viaje a tu madre después de esto». (N. del T.)

[302] «No seas bestia». (N. del T.)

[303] La señora Gliemann: Sigrid M. Gliemann, a quien la madre de Karen Blixen, según su propio diario de su segundo viaje a Kenia, que se conserva, vio varias veces. Era danesa de nacimiento y enseñaba inglés en un colegio de Dar es Salaam.

[304] «¿Qué es la verdad?»: Evangelio de san Juan, 18, 38.

[305] Lugar para pasar el invierno. (N. del T.)

[306] «Te bendigo cada vez que pienso en ti, que es con mucha frecuencia». (N. del T.)

[307] Salir volando en alas de la aurora...: Salmos, 139, 9.

[308] High Court: el sistema jurídico de la colonia consistía, en tiempos de Karen Blixen, en: 1) El tribunal supremo, cuya competencia abarcaba a todas las personas y a todas las cosas, y que entendía de todos los casos criminales y de todos los casos civiles importantes. 2) Tribunales inferiores, con jueces de paz de tres clases. 3) Tribunales inferiores para indígenas, que, en las zonas costeras, tenían liwali o cadíes árabes; su competencia abarcaba a los habitantes de la costa por lo que se refiere a la mayor parte de los casos de derecho civil. 4) Los tribunales indígenas, que, en general, eran tribunales tribales tradicionales para casos civiles o criminales de orden menor, sometidos a la supervisión de los jueces de paz locales.

[309] Tu fiesta: la tía Bess cumplió setenta años el 13 de agosto de 1927.

[310] Los niños de la señora Drost y La corte de Nusve: plausiblemente títulos de narraciones, hoy desconocidas, escritas por Isak Dinesen en su niñez o contadas a los niños en Rungstedlund por la tía Bess. Nusve es Venus, leído al revés.

[311] En este sentido, la finca. (N. del T.)

[312] Se sale de sus proporciones. (N. del T.)

[313] «El soltero se inquieta por las cosas del Señor,...»: san Pablo, primera Epístola a los Corintios, 7, 32-33.

[314] Stankelben (Piernaslargas): referencia al libro titulado Los notables viajes del señor Piernaslargas y sus aventuras por tierra y por mar, del suizo Rodolphe Töppfer, 1845. Traducido por primera vez al

danés en 1847. Es una historia en imágenes para niños publicada en serie y que trata del solterón y cazador de mariposas señor Piernaslargas, que está siempre huyendo de su atormentadora hermana Stine.

[315] Pandehulebetaendelse, sinusitis. (N. del T.)

[316] Que la llevara en coche. (N. del T.)

[317] Karen de Neergaard. También Mitten o Missekatten. (N. del T.)

[318] Gran antílope. (N. del T.)

[319] Antílope; literalmente, gamo de la maleza. (N. del T.)

[320] Ya te puedes suponer lo mucho que me interesaba leer tu artículo...: en el verano de 1927 Thomas Dinesen envió el manuscrito de un artículo sobre birth control (control de natalidad) a su hermana.

[321] Sacarle adelante. (N. del T.)

[322] Al «padre» de Strindberg: principal personaje del drama de August Strindberg El padre, 1887.

[323] To make a fuss about somebody es estar inquietándose constantemente por nimiedades en relación con alguien. (N. del T.)

[324] «Maravillosa mujer, tú eres la única cosa que quiero en la vida». (N. del T.)

[325] «Bienen» es el apodo del primo de Karen Blixen, conde Frederik Krag-Juel-Vind-Frijs; véase índice onomástico. (N. del T.)

[326] La gente elegante (con un matiz progresivo). (N. del T.)

[327] Pierde los estribos. Propiamente loses; looses significaría «afloja» o «suelta». (N. del T.)

[328] Un orden sólido, consolidado. (N. del T.)

[329] Confusa. (N. del T.)

[330] Treta sucia, mala pasada. (N. del T.)

[331] «Una espléndida y vieja señora soltera de la vieja Dinamarca, de espíritu vigoroso». (N. del T.)

[332] Un simple hombre de color. (N. del T.)

[333] De melena negra. (N. del T.)

[334] Ruin. (N. del T.)

[335] Ha llegado la mujer de Farah: se trata de la joven Fathima. Referente a los otros matrimonios de Farah.

[336] En una de las narraciones de Blicher...: se trata de Den Sachsiske Bondekrig (La guerra campesina de Sajonia), publicada en la revista Nordlyset en 1827.

[337] En una narración moderna —de Jakob Wassermann—: se refiere a la narración titulada Golowin, publicada en Der Wendekreis en 1920, de la que hay traducción al danés de Carl Gad en Den Ensomme Gaest (El invitado solitario), 1924.

[338] En Mols: Knud y Ellen Dahl poseían una residencia de verano, Neder Strandkjaergaard, en la península de Mols.

[339] «El pastor muy suavemente condujo a sus ovejas al frescor del atardecer...»: cita del poema amoroso de Thomas Kingo Chrysillis, 1669, estrofa sexta.

[340] Las citas de canciones folclóricas de esta carta parecen haber sido escritas de memoria y tienen principalmente por objeto crear una atmósfera danesa familiar y conocida. Se localizan o reconocen versos aislados por canciones folclóricas cuyo título se menciona, por ejemplo: Ridder Stigs Bryllup (La boda del caballero Stig). Karen Blixen tenía en la finca la edición de Abrahamson, Nyerup y Rahbek de Canciones danesas medievales escogidas, I-V, 1812-14.

[341] Aquí, «defenderse». (N. del T.)

[342] Fundee (suajili): palabra que designa una clase de artesano.

[343] Caso desesperado. (N. del T.)

[344] «¡Soy un vagabundo, baronesa!», medio en sueco y medio en danés. Baronesa en sueco se dice friherrinna, en danés, friherreinde. (N. del T.)

[345] Manta. (N. del T.)

[346] Valor (para) hacer frente. (N. del T.)

[347] Elle con su fuego: la hermana menor de Karen Blixen sufrió un accidente a los veintiún años. Tenía que ir a una fiesta y estaba ante la chimenea encendida del cuarto de estar de Rungstedlund con su vestido de noche cuando éste comenzó a arder. Sufrió, como consecuencia, graves heridas, hasta el punto de que durante varios meses los médicos temieron por su vida; se le quemaron sobre todo los hombros y el cuello. Este desgraciado suceso la dejó muy traumatizada, y fue causa de que

perdiera parte de su confianza en la vida y en el futuro. (Información de Thomas Dinesen al compilador.)

[348] Señora. (N. del T.)

[349] Palabras danesas con ortografía sueca. Debieran ser propiamente *forløsende* y *friherreinde*: «De gran alivio hablar con la baronesa». (N. del T.)

[350] Al príncipe de Gales, que llegará aquí en octubre: el heredero del trono británico hizo una visita oficial a la colonia de Kenia en el otoño de 1928. Su estancia allí se vio interrumpida por la inesperada y grave enfermedad del rey George V, lo que forzó al príncipe a regresar a Inglaterra a mediados de diciembre.

[351] Miembros de una familia real. (N. del T.)

[352] «Leona von Blixen». (N. del T.)

[353] Propiamente un paseo en automóvil saltándose todas las reglas del tráfico. Aquí, probablemente, una excursión alegre y descuidada. (N. del T.)

[354] Encajar. (N. del T.)

[355] Grados Fahrenheit. Más de treinta y ocho grados centígrados. (N. del T.)

[356] El dinero de la tía Emy: Karen Blixen había recibido una parte del «legado familiar de la señorita Emy Dinesen», establecido el 17 de diciembre de 1925 en beneficio de los descendientes del chambelán A.W. Dinesen, de Katholm. Este legado, que todavía existe, debía beneficiar especialmente a las mujeres de la familia. Emy Dinesen murió en Randers el 25 de enero de 1927.

[357] (Solía) multarles (una cabra, etc.) (N. del T.)

[358] Alrededores, ambiente (N. del T.)

[359] Recogido. (N. del T.)

[360] Cuatro conferencias sobre Henrik Ibsen. «¿Qué es ser uno mismo? Dios quiso decir algo cuando nos hizo a cada uno de nosotros. Si un hombre encarna ese significado de Dios en sus palabras y en sus actos y, en consecuencia, se convierte, en cierto modo, en una "palabra de Dios hecha carne", será él mismo. Pero ¿qué ocurre si un pobre diablo no consigue darse cuenta de lo que quiso decir Dios cuando le hizo? Evidentemente tiene que sentirlo. Pero ¡con cuánta frecuencia sus sentimientos yerran el blanco! Y ahí lo tenéis: el diablo no posee más firme aliado que la falta de percepción». (N. del T.)

[361] «Lo que Dios quiso decir cuando me hizo a mí». (N. del T.)

[362] «Yo misma en términos de hombre entero, verdadero, con el sello de Dios en la frente». (N. del T.)

[363] «Myself as the whole man...»: traducción al inglés de las palabras de Peer Gynt a Solveig en la última escena de Peer Gynt, de H. Ibsen, 1867: «¿Dónde estaba yo, como yo mismo, como el entero, el verdadero? ¿Dónde estaba yo con el sello de Dios en mi frente?»

[364] Siento mucho lo del viejo tío Fritz,...: el montero mayor Fritz Raeder, padre, entre otros hijos, de Caecilie y de Thyra Raeder, murió el 24 de noviembre de 1928 en Copenhague, a los ochenta y cuatro años de edad.

[365] Periódico sueco de la tarde (Hoja de la Tarde.) (N. del T.)

[366] La piel del león está en Londres: Karen Blixen quería regalar una piel de león al rey Christian X, pero hasta 1930 no fue entregada en el palacio de Amalienborg. El rey le dio las gracias por ella en la carta, fechada 23-12-1930, que es la base real del cuento de Karen Blixen Barua a Soldani, que aparece en el libro Sombras en la hierba. La piel del león estuvo muchos años en el gran salón del palacio Christian VIII de Amalienborg, donde residía Christian X, pero ya no existe en la actualidad. (Información enviada por carta, con fecha 8-1-1960, a Karen Blixen por Sybille Bruun.)

[367] Hasta ahora. (N. del T.)

[368] «Que se le pongan obstáculos a mi forma de ser y expresarme». (N. del T.)

[369] Se refiere a su abuela materna. (N. del T.)

[370] «A word of God made flesh»: Evangelio de san Juan, 1, 14. La traducción exacta dice así: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

[371] Bongo: antílope grande y muy tímido.

[372] Terreno para exposiciones. (N. del T.)

[373] Para ver dónde estaba Poorbox: antes de la llegada a Kenia del príncipe de Gales, Karen Blixen entrenó a su caballo Poorbox para una carrera en Nairobi, organizada con motivo de la inminente visita real.

[374] Antílope emparentado con el bushbuck. (N. del T.)

[375] Partida de caza. (N. del T.)

[376] El suelo de algodón negro. (N. del T.)

[377] Traída de aguas. (N. del T.)

[378] Me faltaba (una señora). (N. del T.)

[379] Vivienne de Watteville: fallecida en 1957. Hija del naturalista y cazador suizo Bernard Perceval de Watteville (1877-1924), a quien acompañaba en sus viajes. Después de la muerte de su padre regaló sus importantes colecciones al Museo de Historia Natural de Berna. Casada en 1930 con George Gerard Goschen (1887-1953). Autora de *Out in the Blue* (Bajo el cielo azul), 1927, y *Speak to the Earth. Wanderings and reflections among elephants and mountains* (Hablad a la Tierra: Reflexiones entre elefantes y montañas), 1935.

[380] Tu libro: se trata de *No Man's Land* (Tierra de nadie), que Thomas Dinesen estaba escribiendo por entonces, con ayuda de sus propias notas y cartas, sobre su participación en la Primera Guerra Mundial.

[381] «Las llamas, el fuego...»: véase la nota 165.

[382] Hier c'est demain: véase la nota 68.

[383] Te adjunto una foto de mi casa que sacó Denys desde el avión: esta foto está reproducida en el libro *Isak Dinesen: Una biografía en imágenes*, compilada y preparada por Frans Lasson, con texto de Clara Selborn, 1969, p. 137. Publicada en castellano por Alfaguara, 1987, Madrid, con traducción de Jesús Pardo.

[384] (Alguien) que se preocupa por ellas, las mime. (N. del T.)

[385] Modismo inglés citado al revés: propiamente es *to have their cake and eat it*. Salirse con la suya de todas las maneras, tener lo mejor de dos mundos. (N. del T.)

[386] La finca de Denys: Denys Finch Hatton poseía un terreno junto a la bahía de Takaungu, a cincuenta kilómetros al norte de Mombasa.

[387] Este domingo (...) llegó aquí de visita el príncipe de Gales...: el heredero del trono de Inglaterra volvía a Kenia en febrero de 1930 para, entre otras razones, participar en un safari. Karen Blixen le propuso, presumiblemente por intermedio de Denys Finch Hatton, que iba a dirigir los safaris proyectados, que se quedara a vivir en la finca, pero la invitación no fue aceptada. Luego cundió por la familia el rumor de que Karen Blixen había rechazado el deseo del príncipe de Gales de alojarse en casa de ella, una insinuación que le causó gran contrariedad y contra la que se vio obligada a defenderse indignada.

[388] El libro de Tommy: véase la nota 142, correspondiente a la página 351.

[389] A su edad. (N. del T.)

[390] «Una persona que no es rica, pero casi rica». (N. del T.)

[391] Kakele: probablemente quiso decir kalele, expresión africana usada con frecuencia por Karen Blixen, incluso después de su regreso a Dinamarca, y que significa escándalo, ruidos, y también «hola», como saludo. (Información de Clara Selborn.)

[392] Carece de importancia. (N. del T.)

[393] Segundo cazador blanco. (N. del T.)

[394] «El pájaro de Bedar»: Bedar es una palabra somalí que significa «el calvo». El pájaro de Bedar era el nombre que daban los indígenas al avión de Denys Finch Hatton, un De Havilland Gypsy Moth comprado por él en 1929 y que fue transportado en barco a Kenia. El aparato tenía como matrícula las letras G-ABAK.

[395] Paracelsus: seudónimo con que publicó Ellen Dahl su primer libro, Parabler (Parábolas), en 1929.

[396] Me parece una excelente idea que estés escribiendo otro libro: el libro de Ellen Dahl, titulado Introductioner (Presentaciones), se publicó en 1932, también con el seudónimo de Paracelsus.

[397] La conducta de la tía Bess en el Parlamento: «El 19-8-1909, después del asunto Alberti, estaba la Cámara Baja debatiendo, en sesión extraordinaria, las leyes de defensa nacional cuando, súbitamente, una señora que había conseguido tener acceso a la sala de debates cogió la campanilla del presidente y la agitó pidiendo silencio y se puso a hablar. La señora era Mary Bess Westenholz, que, según todas las informaciones de prensa, dijo: "Se sienta en esta sala un hombre que ha traído la infamia a Dinamarca." Y al decir esto la señorita Westenholz señaló a los bancos ministeriales, con lo que todos pensaron que se refería a J. C. Christensen. "¡Oh, hombres daneses, heos aquí negociando con el bien de la patria en beneficio de vuestros intereses y de vuestra ansia de poder! Pero yo os puedo decir que las mujeres danesas os desprecian y os marcan a fuego como lo que sois, una pandilla de mercenarios sin patria que traicionáis el honor de Dinamarca." El presidente, Anders Thomsen, perplejo, agitó fuertemente su campanilla y, con su frágil voz, se limitó a balbucear: "Me quitó la campanilla." La escena despertó gran interés y dio mucho que hablar, también porque entonces era inaudito que una mujer hablase en la sala de debates de la Cámara Baja». (De Bevingede Ord (Palabras aladas) de T. Vogel-Jørgensen, 1963, columna 406.)

[398] (Uno de) los hijos favoritos de África. (N. del T.)

[399] «Corté la mejor rosa de la vida...»: cita extraída de la segunda estrofa de *Min Hielm er mig for blank og tung* (Mi yelmo me resulta demasiado reluciente y pesado), la canción del bardo en el IV acto de la tragedia de Adam Oehlenschläger *Hagbarth og Sinne* (Hagbarth y Signe), 1815.

[400] Hacer otro intento. (N. del T.)

[401] «El estilo y el lenguaje, ambos reposados y serenos, son sumamente atractivos». (N. del T.)

[402] Diversiones. (N. del T.)

[403] Native Affairs Department: Departamento de Asuntos Indígenas, en Nairobi. Entendía de inspecciones laborales, administración y empadronamiento de indígenas. Promulgaba regulaciones y fijaba las condiciones de trabajo de los indígenas.

[404] Tembo (suajili): significa vino de palmera, zumo fermentado del cocotero.

[405] Nulo. (N. del T.)

[406] Jefe o subjefe o, más propiamente, subcabecilla. (N. del T.)

[407] Provocar una polémica, una disputa. (N. del T.)

[408] Terminado. (N. del T.)

[409] Proceso, pleito. (N. del T.)

[410] «Di con él». (N. del T.)

[411] Riña. (N. del T.)

[412] Bien de dinero. (N. del T.)

[413] «Mimi na take kufa» (suajili): «Me quiero morir».

[414] En oposición, o en contra (de algo). (N. del T.)

[415] Mi favorito, la niña de mis ojos. (N. del T.)

[416] Fuego (hoguera) de campamento. (N. del T.)

Biografía

Isak Dinesen (1885-1962), seudónimo utilizado por la baronesa Karen Blixen para firmar sus trabajos, nació en Dinamarca. Después de estudiar Arte se casó con su primo, con el que emigró a África para regentar una plantación de café. En 1931, la baja en los mercados internacionales del precio del café la obligaron a volver a Europa. Entonces empieza su segunda gran aventura: durante dos años se encierra en el dominio familiar y escribe Siete cuentos góticos. Los editores daneses e ingleses rechazan el manuscrito, y decide enviarlo a Estados Unidos bajo un nombre masculino. Es aceptado en 1934. Así nace Isak Dinesen, cuyo siguiente libro sería una de las obras cumbres de la literatura contemporánea: Memorias de África, publicado por Alfaguara, al igual que Anécdotas del destino, Cuentos de invierno, Sombras en la hierba, Vengadoras angelicales y Cartas de África.



Título original: Breve fra Afrika, 1914-31

© 1978, Rungstedlundfonden

© De la traducción: Jesús Pardo de Santayana

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-9460-9

Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera

Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 279 22 78

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, n° 9 - 69

Bogotá

Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51

